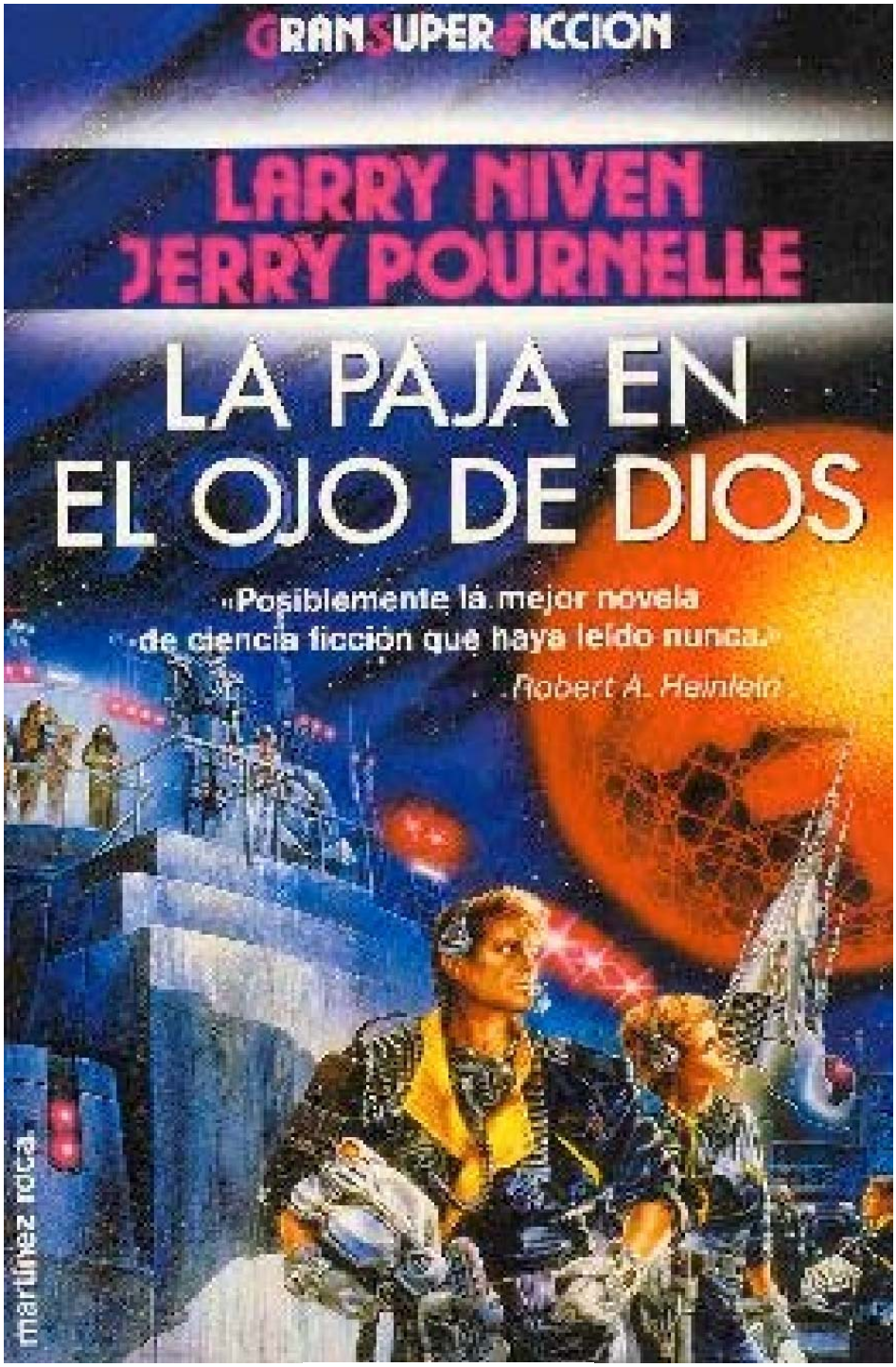
LA PAJA EN El OJO DE DIOS
LARRY NIVEN – JERRY POURNELLE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Marilyn y Roberta,
que nos soportaron mientras escribíamos esto;
y a Lurton y Ginny,
que nos hicieron repetir el trabajo.

¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?
SAN MATEO 7, 3

Lista de personajes

RODERICK HAROLD, Lord Blaine, Marina Espacial Imperial.

ARKLEY KELLEY, artillero, Infantería de Marina Imperial, y criado de la familia Blaine. ALMIRANTE SIR VLADIMIR RICHARD GEORGE PLEJANOV, vicealmirante al mando de las fuerzas de la Marina Imperial y general gobernador en funciones, Nueva Chicago. CAPITAN BRUNO CZILLER, Marina Espacial Imperial, capitán de la nave MacArthur. JOHN CARGILL, MEI, primer teniente de la MacArthur.

JOCK (SANDY) SINCLAIR, MEI, ingeniero jefe de la MacArthur.

HORST STALEY, MEI, veterano a bordo de la MacArthur.

JONATHON WHITBREAD, Marina Espacial Imperial

KEVIN RENNER, piloto jefe, reserva de la Marina Espacial Imperial.

LADY SANDRA LIDDELL LEONOVNA BRIGHT FOWLER, doctora en antropología por la Universidad Imperial de Espada.

Su EXCELENCIA HORACE HUSSEIN BURY, comerciante y magnate; presidente del Consejo de Autonética Imperial, Ltd.

GAVIN POTTER, Marina Espacial Imperial.

ALMIRANTE DE LA FLOTA HOWLAND CRANSTON, comandante en jefe de las fuerzas de Su Majestad más allá del Saco de Carbón.

Su ALTEZA IMPERIAL RICHARD STEFAN MERRILL, Virrey de los dominios de Su Majestad más allá del Saco de Carbón.

DR. ANTHONY HORVATH, Ministro de Ciencias para el Sector Trans-Saco de Carbón. DR. JACOB BUCKMAN, astrofísico.

PADRE DAVID HARDY, capitán-capellán, reserva de la Marina Espacial Imperial. ALMIRANTE LAVRENTI Kutuzov, vicealmirante al mando de la expedición de Su Majestad más allá del Ojo de Murcheson.

SENADOR BENJAMÍN BRIGHT FOWLER, jefe de la Mayoría y miembro del Consejo Privado.

DR. SIGMUND HOROWITZ, profesor de xenobiología de la Universidad de Nueva Escocia.

HERBERT COLVIN, antiguo capitán de las fuerzas espaciales de la República de la Unión y antiguo capitán del crucero de la Unión Defiant.

Cronología

1969 Neil Armstrong pone el pie en la Luna de la Tierra.

1990 La serie de tratados entre Estados Unidos y la Unión Soviética crean el Condominio.

2008 Primera prueba con éxito del motor interestelar. Perfeccionamiento del Impulsor Alderson.

2020 Primeras colonias interestelares. Inicio del Gran Éxodo.

2040 La Oficina de Reorientación del Condominio inicia las primeras expediciones transistemáticas de convictos. Colonización de Espada y St. Ekaterina.

2079 Sergei Lermontov es nombrado Gran Almirante de la Flota Espacial del Condominio.

2103 Las Grandes Guerras Patrióticas. Fin del Condominio. Éxodo de la Flota.

2110 Coronación de Lysander 1 de Espada. La Flota jura lealtad al trono espartano.

Con el pacto matrimonial entre las dinastías se consigue la unión entre Espada y St. Ekaterina.

2111 Principio de las Guerras de Desarrollo.

2250 Leónidas 1 proclama el Imperio del Hombre.

2250-2600 El Imperio del Hombre impone la paz interestelar.

2450 Jasper Murcheson explora las regiones situadas más allá del Saco de Carbón. Terraformación de Nueva Escocia.

2603 Inicio de las Guerras Separatistas. Aparición de los superhombres de Sauron. Destrucción casi total de St. Ekaterina.

2640 Continuación de las Guerras Separatistas. Edad Media en muchos sistemas. Ocaso del Primer Imperio. Exterminio de los superhombres de Sauron.

2800 Fin del comercio interestelar. Piratería y bandidaje. Edad Media.

2862 La luz coherente de la Paja llega a Nueva Escocia.

2870 Fin de las Guerras Separatistas.

2882 Howard Grote Littlemead funda la Iglesia de Él en Nueva Escocia.

2902 La luz coherente de la Paja cesa de forma abrupta.

2903 Leónidas IV de Espada proclama el Segundo Imperio del Hombre. Se efectúa el Juramento de la Reunión.

3016 Revuelta de Nueva Chicago.

3017 PRIMER CONTACTO.

Prólogo

«En los últimos mil años de historia ha sido tradicional considerar el impulsor Alderson como una bendición absoluta. Sin el viaje a velocidad superior a la de la luz, que hizo posible el descubrimiento de Alderson, la humanidad habría quedado atrapada en la pequeña cárcel del sistema solar cuando las Grandes Guerras Patrióticas destruyeron el Condominio en la Tierra. En vez de eso, nos hemos establecido ya en más de doscientos mundos.

»Una bendición, sí. Estaríamos ya extinguidos si no hubiese sido por el impulsor Alderson. Pero ¿carece de inconvenientes? Considerémoslo. Lo mismo que nos permitió colonizar las estrellas, los mismos contactos interestelares que permitieron la formación del Primer Imperio hicieron posible la guerra interestelar. Los mundos se hundieron en doscientos años de Guerras Separatistas y fueron colonizados y destruidos por naves que utilizaban el Impulsor Alderson.

»Debido al Impulsor Alderson no tenemos ni que considerar siquiera el espacio que media entre las estrellas. Porque podemos saltar entre los sistemas estelares en un tiempo cero, y nuestras naves y los impulsores de nuestras naves sólo tienen que cubrir distancias interplanetarias. Decimos que el Segundo Imperio del Hombre gobierna doscientos mundos y todo el espacio intermedio, unos quince millones de parsecs cúbicos...

«Consideremos el cuadro verdadero. Pensemos en las miríadas de pequeñas burbujas, muy esparcidas, que se elevan a través de un inmenso mar negro. Controlamos algunas de las burbujas. De las aguas nada sabemos...»

De un discurso pronunciado por el doctor Anthony Horvath en el Instituto Blaine, 3029 d. de C.

Primera parte
La sonda de Eddie el Loco

1
Mando 3017 d. de C.

- Saludos del almirante, y que vaya usted a su oficina inmediatamente -comunicó el brigadier Staley.

El comandante Roderick Blaine echó una nerviosa ojeada al puente, donde sus oficiales dirigían las reparaciones con voces bajas y urgentes, cirujanos ayudando en una difícil operación. El compartimiento de gris acero era una confusión de actividades, que aunque fuesen ordenadas cada una de ellas independientemente, daban una impresión general de caos. Las pantallas del sector de timonel mostraban el planeta de abajo y las otras naves en órbita junto a la MacArthur, pero habían sido retirados los paneles de los cuadros de mando por todas partes, y se veían los instrumentos de control de su interior, y los técnicos trabajaban con instrumentos electrónicos de colores codificados para sustituir todo lo que pareciese dudoso. Resonaban a través de la nave golpes y chirridos en los lugares donde los del grupo de ingeniería de la tripulación trabajaban en el casco.

Se veían por todas partes las huellas del combate, horribles quemaduras donde el Campo Langston protector de la nave se había sobrecargado momentáneamente. Un agujero irregular mayor que el puño de un hombre atravesaba por completo un cuadro de mandos, y dos técnicos parecían permanentemente instalados en el sistema por una red de cables. Rod Blaine contempló las manchas negras de su traje de combate. Aún persistía el olor a vapor metálico y a carne quemada en su olfato, o en su cerebro, y volvía a ver el fuego y el metal fundido brotar del casco y caer sobre él. Aún tenía el brazo izquierdo vendado sobre el pecho con una venda elástica, y podía seguir la mayoría de las actividades de la semana anterior por las manchas que llevaba.

¡Y llevo a bordo sólo una hora!, pensó. Con el capitán fuera, y todo este caos. ¡No puedo irme ahora! Se volvió al brigadier.

- ¿Ahora mismo?

- Sí, señor. La señal indicaba que era urgente.

No había nada que hacer, entonces, y cuando el capitán volviese a bordo sería un infierno para Rod. El teniente Cargill y el ingeniero Sinclair eran hombres competentes, pero Rod era oficial ejecutivo y el control de los daños era responsabilidad suya, aunque hubiese estado fuera de la MacArthur cuando ésta había recibido la mayoría de los impactos.

El asistente de Rod carraspeó discretamente y señaló el uniforme sucio.

- Señor, ¿tendremos tiempo de ponerlo más decente?

- Buena idea.

Miró el tablero de posición para asegurarse. Sí, aún faltaba media hora para que pudiese tomar un vehículo para descender a la superficie del planeta. Descender antes no le llevaría más deprisa a la oficina del almirante. Sería un alivio desprenderse de aquellas ropas de trabajo. No se las había quitado desde que le habían herido.

Tuvieron que enviar por un cirujano para desvestirle. El médico examinó la tela blindada embebida en su brazo izquierdo y murmuró:

- No se mueva, señor. Este brazo está hecho un buen guiso. -Su tono era desaprobatorio-. Debería haberse internado hace una semana.

- Imposible -replicó Rod.

Una semana antes la MacArthur había estado combatiendo con una nave de guerra

rebelde, que la había alcanzado más veces de lo que debiera antes de rendirse. Después de la victoria Rod tuvo que hacerse cargo de la nave enemiga, y allí no había servicios para un tratamiento adecuado. Cuando le retiraron la venda olió algo peor que sudor de una semana. Aquel olor podía ser de gangrena.

- Sí señor. -El médico retiró más vendas. La tela sintética era dura como el acero-. Ahora tendrá que someterse a cirugía, comandante. Para que puedan trabajar los estimuladores regenerativos hay que quitar todo esto. Y mientras esté usted internado podremos arreglar esa nariz.

- Me gusta mi nariz -le dijo Rod fríamente.

Se tocó el apéndice, ligeramente torcido, y recordó la batalla en la que se lo había roto. Rod consideraba que le hacía más viejo, lo que no estaba mal a los veinticuatro años normales; y era la enseña de un triunfo ganado, no heredado. Rod estaba orgulloso de sus antecedentes familiares, pero había veces que la reputación de los Blaine resultaba algo difícil de mantener.

Por fin le retiraron las vendas y le aplicaron numbitol en el brazo. Los camareros le ayudaron a ponerse un uniforme de un azul polvoriento, faja roja, cordón dorado y charreteras; estaba todo arrugado, pero era mejor que los monos de monofibra. La rígida chaqueta le hacía daño en el brazo pese a la anestesia, pero descubrió que podía apoyar el antebrazo en la culata de la pistola.

Una vez vestido subió al trasbordador de desembarco de la bodega hangar de la MacArthur, y el piloto condujo el vehículo a través de las grandes puertas del ascensor volante sin eliminar el giro de la nave. Era una maniobra peligrosa, pero ahorraba tiempo. Se encendieron los retros, y el pequeño planeador alado se hundió en la atmósfera.

NUEVA CHICAGO: Mundo habitado, Sector Trans-Saco de Carbón, aproximadamente a veinte parsecs de la Capital Sectorial. El primario es una estrella amarilla F9 llamada comúnmente Beta Hortensis.

La atmósfera es muy parecida a la normal de la Tierra y respirable sin ayudas o filtros. La gravedad media es de 1,08. El radio planetario es de 1,15, y la masa de 1,12 según medida terrestre, lo que indica que se trata de un planeta de densidad superior a la normal. Nueva Chicago tiene una inclinación de cuarenta y un grados con un eje semimayor de 1,06 UA, moderadamente excéntrico. Las variaciones resultantes de las temperaturas estacionales han confinado las áreas habitadas a una faja relativamente estrecha en la zona sur templada.

Hay una luna a distancia normal, llamada comúnmente Evanston. El origen del nombre es oscuro.

Nueva Chicago tiene un setenta por ciento de mar. La tierra firme es predominantemente montañosa, con continua actividad volcánica. Las grandes industrias metalúrgicas del período del Primer Imperio fueron casi todas destruidas en las Guerras Separatistas; la reconstrucción de una base industrial ha ido desarrollándose satisfactoriamente desde que Nueva Chicago fue admitida en el Segundo Imperio en el 2940 d. de C.

La mayoría de los habitantes residen en una sola ciudad, que lleva el mismo nombre del planeta. Los otros centros de población están muy esparcidos, y ninguno de ellos tiene más de cuarenta y cinco mil habitantes. La población total del planeta era, según el censo del año 2990, de 6,7 millones de habitantes. Hay explotaciones mineras de hierro y ciudades metalúrgicas en las montañas, y extensos asentamientos agrícolas. El planeta es autosuficiente en la producción de alimentos.

Nueva Chicago posee una creciente flota mercante, y está localizado en un punto que resulta muy conveniente como centro de comercio interestelar del Sector Trans-Saco de Carbón. Está gobernado por un general gobernador y un consejo nombrado por el Virrey del Sector Saco de Carbón; hay también una asamblea elegida y han sido admitidos dos delegados en el Parlamento Imperial.

Rod Blaine miraba ceñudo las palabras que fluían a través de la pantalla de su computadora de bolsillo. Los datos físicos eran actuales, pero todo lo demás estaba anticuado. Los rebeldes habían cambiado incluso el nombre de su mundo, de Nueva Chicago había pasado a ser Señora Libertad. Su gobierno se reorganizaría por completo. Desde luego perdería sus delegados; podía perder incluso el derecho a una asamblea elegida.

Apartó el instrumento y miró hacia abajo. Estaba sobre una zona montañosa, y no vio signo alguno de guerra. Gracias a Dios, no se habían producido bombardeos en la zona.

Sucedía a veces: una fortaleza urbana se resistía con el auxilio de defensas planetarias basadas en satélites. La Marina Espacial no tenía tiempo para asedios prolongados. La política imperial era acabar con las rebeliones con el menor coste posible de vidas... pero acabar con ellas. Un planeta rebelde podía verse reducido a resplandecientes campos de lava, con la supervivencia de sólo unas cuantas ciudades rodeadas de las negras cúpulas de los Campos Langston; y luego ¿qué? No había naves suficientes para transportar alimentos a través de las distancias interestelares. Después vendrían las plagas y el hambre.

Sin embargo, pensaba Rod, era el único medio posible. Él había jurado fidelidad al ingresar en el servicio imperial. La humanidad debía agruparse en un solo gobierno, por la persuasión o por la fuerza, para que no volviesen a repetirse los centenares de años de Guerras Separatistas. Todos los oficiales imperiales habían podido ver los horrores que acarreaban tales guerras; por eso las academias estaban localizadas en la Tierra y no en la Capital.

Al aproximarse a la ciudad vio los primeros indicios del combate. Un anillo de tierras devastadas, fortalezas destruidas, cintas de hormigón del sistema de transporte rotas; luego la ciudad casi intacta, pues había permanecido al abrigo del círculo perfecto de su Campo Langston. La ciudad había padecido daños menores, porque, una vez retirado el Campo, había cesado toda resistencia efectiva. Sólo los fanáticos siguieron luchando contra la Infantería de Marina Imperial.

Pasaron sobre las ruinas de un alto edificio descabezado por la caída de una nave de aterrizaje. Alguien debía de haber disparado sobre los infantes de marina y el piloto no había querido que su muerte resultase inútil...

Rodearon la ciudad, aminorando para poder aproximarse a los muelles de aterrizaje sin destrozar todas las ventanas. Los edificios eran viejos, la mayoría construidos con tecnología hidrocarbónica, supuso Rod, con fajas arrancadas y sustituidas por estructuras más modernas. De la ciudad del Primer Imperio que se había alzado allí no quedaba nada.

Cuando descendieron al puerto situado sobre la Casa del Gobierno, Rod vio que no era preciso aminorar la velocidad. La mayoría de las ventanas de la ciudad estaban ya rotas. Había multitudes por las calles, y los únicos vehículos que se movían eran los transportes militares. Algunos ciudadanos permanecían ociosos, otros entraban y salían corriendo de las tiendas. Infantes de la Marina Imperial con su uniforme gris montaban guardia tras las alambradas electrificadas antidisturbios que rodeaban la Casa del Gobierno. El vehículo de Rod tomó tierra.

Blaine fue conducido rápidamente a la planta del general gobernador. No había una sola mujer en el edificio, aunque las oficinas del gobierno imperial estaban normalmente llenas de ellas, y Rod echó de menos a las chicas. Llevaba demasiado tiempo en el espacio. Dio su nombre al tieso infante de marina que hacía de recepcionista y esperó.

No se dedicó a pensar en la inmediata entrevista, y pasó el rato contemplando las paredes blancas. Todos los cuadros decorativos, el mapa estelar en tres dimensiones con banderas imperiales flotando sobre las provincias, todo el equipamiento normal de una oficina de general gobernador de un planeta de primera clase, habían desaparecido, dejando feas huellas en la pared.

Por fin el guardia le introdujo en la oficina. El almirante Vladimir Richard George Plejanov, vicealmirante del Negro, Caballero de San Miguel y San Jorge, se sentaba a la mesa del general gobernador. No había señal alguna de Su Excelencia el señor Haruna, y Rod pensó por un instante que el almirante estaba solo. Advirtió luego la presencia, junto a la ventana, del capitán Cziller, su superior inmediato en la MacArthur. Todos los elementos transparentes

estaban rotos, y había profundas señales en las paredes revestidas. Muebles y adornos habían desaparecido. Hasta el Gran Sello (corona y nave espacial, águila, hoz y martillo) faltaba de la mesa cubierta con duraplast. Rod no recordaba haber visto nunca una mesa de duraplast en la oficina de un general gobernador.

- Se presenta el teniente Blaine, cumpliendo sus órdenes, señor.

Plejanov devolvió el saludo con aire ausente. Cziller siguió mirando por la ventana. Rod mantuvo un aire de rígida atención mientras el almirante le contemplaba con la misma expresión. Por último dijo:

- Buenos días, teniente.

- Buenos días, señor.

- No lo son en realidad. Creo que no he vuelto a verle a usted desde la última vez que visité Crucis Court. ¿Cómo está el marqués?

- Bien la última vez que estuve en casa, señor.

El almirante cabeceó y continuó contemplando a Blaine con aire crítico. No ha cambiado, pensó Rod. Un hombre de gran competencia, que combatía su tendencia a engordar haciendo ejercicio en alta gravedad. La Marina Espacial enviaba a Plejanov cuando se suponía que el combate iba a ser duro. Nunca se dio el caso de que excusara a un oficial incompetente, y corría el rumor de que había tumbado en una mesa al príncipe coronado (ahora emperador) y le había dado una zurra cuando Su Alteza servía como brigadier en la nave Platea.

- Tengo aquí su informe, Blaine. Tuvo usted que abrirse paso hasta el generador del campo rebelde. Perdió usted una compañía de infantes de la Marina Imperial.

-Así es, señor. -Los fanáticos rebeldes habían defendido la estación del generador, y la batalla había sido feroz.

- ¿Y qué demonios hacía usted combatiendo en tierra? -preguntó el almirante-. Cziller le dio a usted un crucero capturado para escoltar a nuestros vehículos de asalto. ¿Tenía usted órdenes de descender a tierra?

- No las tenía, señor.

- ¿Acaso supone que la aristocracia no está sometida a la disciplina de la Marina Espacial?

- Por supuesto que no, señor.

Plejanov ignoró la respuesta.

-Y luego tenemos ese trato que hizo usted con un jefe rebelde. ¿Cómo se llamaba? -Plejanov miró sus papeles-. Stone. Jonas Stone. Inmunidad frente a cualquier posible proceso. Reintegro de propiedades. Pero qué demonios, ¿acaso se imagina que cualquier oficial tiene autoridad para hacer tratos con rebeldes? ¿O acaso tenía encomendada usted alguna misión diplomática que yo desconozca, teniente?

- No, señor. -Rod apretó con fuerza los labios contra los dientes. Deseó gritar, pero no lo hizo. Al diablo con la tradición de la Marina Espacial, pensó. Gané la maldita guerra. -Veamos, ¿tiene usted una explicación? -exigió el almirante.

- Sí, señor.

- Bien, hable.

Rod habló con voz tensa y forzada.

-Verá, señor. Mientras mandaba la nave Defiant, recibí una señal de la ciudad rebelde. Por supuesto el Campo Langston de la ciudad estaba intacto, el capitán Cziller, a bordo de la MacArthur, estaba totalmente ocupado con las defensas planetarias del satélite, y el cuerpo principal de la flota se hallaba enzarzado en una lucha general con las fuerzas insurrectas. El mensaje estaba firmado por un caudillo rebelde. El señor Stone prometió admitir en la ciudad fuerzas imperiales a condición de obtener inmunidad completa frente a cualquier juicio y restauración de sus propiedades personales. Daba un tiempo límite de una hora, e insistía en que un miembro de la aristocracia sirviese como fiador. Si se atendía a su oferta, la guerra terminaría en cuanto los infantes de marina entrasen en las instalaciones del generador del campo de la ciudad. Al no haber posibilidad de consulta con una autoridad superior, bajé yo

mismo con las fuerzas de desembarco y di al señor Stone mi palabra de honor personal.

- Su palabra -dijo Plejanov, frunciendo el ceño-. Como Lord Blaine. No como oficial de la marina.

- No había otro medio, almirante.

- Comprendo. -Plejanov parecía ahora pensativo.

Si no cumplía la palabra dada por Blaine, Rod acudiría a todos los medios, a la Marina Espacial, al gobierno... Por otra parte, el almirante Plejanov tendría que explicarse ante la Cámara de los Pares.

- ¿Qué le hizo pensar que la oferta era sincera?

- Señor, estaba en código imperial y suscrita por un oficial del servicio secreto de la marina.

-Así que arriesgó usted su nave...

-Ante la posibilidad de acabar con la guerra sin destruir el planeta. Sí, señor. He de señalar que el mensaje del señor Stone describía el campo prisión de la ciudad donde mantenían encerrados a los oficiales imperiales y a diversos ciudadanos.

- Comprendo -las manos de Plejanov se movieron en un súbito gesto de cólera-. Muy bien. Yo no quiero saber nada con los traidores, ni siquiera con uno que nos ayude. Pero respetaré su pacto, y eso significa que tengo que dar aprobación oficial a su desembarco. No tiene por qué gustarme lo que ha hecho, Blaine, y no me gusta. Fue una estupidez.

Pero resultó, pensó Rod. Continuaba tenso, pero sintió que el nudo de su estómago se aflojaba.

- Su padre corrió riesgos estúpidos -gruñó el almirante-. Estuvo a punto de conseguir que nos mataran a todos en Taniz. Es asombroso que su familia haya sobrevivido a través de once marqueses, y lo será aún más si llega hasta doce. Está bien, siéntese.

- Gracias, señor. -Rod se sentó rígido y tenso, su voz fríamente cortés. La cara del almirante se relajó un poco.

- ¿Nunca le dije que su padre fue mi oficial al mando en Taniz? -preguntó en tono más cordial Plejanov.

- No, señor. Me lo dijo él. -Aún no había cordialidad alguna en la voz de Rod.

- Fue además el mejor amigo que tuve en la Marina Espacial, teniente. Su influencia me situó donde estoy, y él solicitó que usted estuviese bajo mi mando

- Sí, señor. -Lo sabía. Pero en aquel momento se preguntaba por qué.

- Le gustaría a usted preguntarme qué espero que usted haga, ¿no es así, teniente?

- Sí, señor -Rod se estremeció de sorpresa.

- ¿Qué habría sucedido si la oferta del rebelde no hubiese sido sincera? Si hubiese sido una trampa...

- Los rebeldes podrían haber destruido mi comando.

- Sí -la voz de Plejanov era aceradamente tranquila-. Pero consideró usted que valía la pena correr el riesgo porque tenía la posibilidad de poner fin a la guerra con pocas bajas por ambos bandos. ¿No es así?

-Así es, señor.

-Y si morían los infantes de marina, ¿qué habría podido hacer mi flota? -el almirante aporreó con sus puños la mesa-. ¡No habría tenido ninguna elección posible! -bramó-. ¡Cada semana que mantengo esta flota aquí es una oportunidad más para que los exteriores ataquen a uno de nuestros planetas! No habría tiempo para enviar a por otro transportador de fuerzas de asalto y a por más infantes de marina. Si hubiese perdido usted su comando, yo habría barrido este planeta reduciéndolo de nuevo a la edad de piedra, Blaine. ¡Aristócrata o no, no vuelva a colocar a nadie jamás en una situación así! ¿Ha comprendido?

- Sí, señor, he comprendido... -Tenía razón. Pero... ¿Qué habrían podido hacer los infantes de marina con el campo de la ciudad intacto? Rod bajó los ojos. Algo. Habrían hecho algo. Pero ¿qué?

- La cosa salió bien -dijo fríamente Plejanov-. Quizás tuviese usted razón. Quizás no la tuviese. Si hace usted otra cosa parecida, le degradaré. ¿Está claro? -Alzó un documento

impreso, copia del expediente de Rod-. ¿Está la MacArthur preparada para el espacio?

- ¿Cómo dice, señor? -la pregunta había sido formulada en el mismo tono que la amenaza, y Rod tardó unos instantes en accionar sus engranajes mentales-. Para el espacio, señor. No para un combate. Y no me gustaría que fuese muy lejos sin un reajuste general.

En la frenética hora que había pasado a bordo, Rod había realizado una inspección general, y ésa era una de las razones de que necesitara un afeitado. Ahora se sentía inquieto y sorprendido. El capitán de la MacArthur seguía junto a la ventana, evidentemente escuchando, pero no había dicho una palabra. ¿Por qué no le había preguntado el almirante a él?

Mientras Blaine seguía preguntándose todo esto, habló Plejanov despejando sus dudas.

- Bueno, Bruno, tú eres Capitán de la Flota. ¿Qué dices?

Bruno Cziller se volvió. Rod se quedó asombrado: Cziller no llevaba ya la pequeña reproducción en plata de la MacArthur que indicaba que era su jefe. En vez de ella brillaban en su pecho el cometa y el sol del Estado Mayor de la Marina Espacial, y anchas fajas de almirante.

- ¿Cómo está usted, teniente? -preguntó formulariamente Cziller; luego sonrió; aquella sonrisa oblicua era famosa en la MacArthur-. Tiene usted un aspecto magnífico. Al menos por el lado derecho. Bueno, estaba usted en la nave hace una hora. ¿Qué daños descubrió en ella?

Confuso, Rod fue informando del estado de la MacArthur según sus comprobaciones, y de los arreglos y reparaciones que había ordenado. Cziller asentía y hacía preguntas. Por último dijo:

-Y cree usted que está preparada para salir al espacio, pero no para la guerra, ¿no es cierto?

-Así es, señor. No podría enfrentarse a una nave grande, de ningún modo.

- Eso es cierto. Almirante, quiero recomendarle lo siguiente: el teniente Blaine está en condiciones de ascender y podemos darle la MacArthur para que vaya a repararla a Nueva Escocia y siga luego hasta la Capital. Puede llevarse con él a la sobrina del senador Fowler.

¿Darle la MacArthur? Rod le oyó confusamente, asombrado. Tenía miedo a creerlo, pero allí estaba la oportunidad de demostrarles algo a Plejanov y a todos los demás.

- Es muy joven. Demasiado. Nunca debería permitírsele tomar el mando de esa nave -dijo Plejanov-. Aun así, probablemente sea la mejor solución. No creo que haya ningún problema en el viaje a Esparta por Nueva Caledonia. La nave es suya, capitán. - Al ver que Rod no decía nada, Plejanov le gritó-. Mire, Blaine. Queda ascendido a capitán y tomará el mando de la MacArthur. Mi secretario le dará instrucciones escritas de aquí a media hora.

Cziller sonrió oblicuamente.

- Diga algo -sugirió.

- Gracias, señor. Yo... yo creí que le desagradaba.

- No esté tan seguro de lo contrario -dijo Plejanov-. Si tuviese otra alternativa sería usted ayudante de alguien. Quizás resulte usted un buen marqués, pero no tiene carácter para la Marina. Supongo que eso no importa mucho; de todos modos su carrera no es la Marina Espacial.

-Ya no, señor -dijo cuidadosamente Rod.

Aún le dolía dentro. El Gran George, que había destacado en el levantamiento de pesos a los doce años y poseía ya una gran corpulencia antes de los dieciséis... su hermano George había muerto en una batalla al otro lado del Imperio. Rod estaría planeando su futuro, o pensando voluntariamente en su casa, y el recuerdo llegaba como si alguien hubiese punzado su alma con una aguja. Muerto. ¿George?

A George correspondía heredar las fincas y los títulos. Rod sólo deseaba hacer carrera en la Marina con la posibilidad de convertirse algún día en Gran Almirante. Ahora... habían transcurrido menos de diez años y debía ocupar su puesto en el Parlamento.

- Tendrá usted dos pasajeros -dijo Cziller-. A uno lo conoce ya. Conoce usted a la señorita Sandra Bright Fowler, ¿verdad? La sobrina del senador Fowler...

- La conozco, señor. Hace años que no la veo, pero su tío cena muy a menudo en Crucis Court... Además la encontré en el campo prisión. ¿Cómo está?

- No muy bien -contestó Cziller; su sonrisa se desvaneció-. La enviamos a casa, y no tengo ni que decirle que debe tratarla con la mayor delicadeza. Viajará con usted hasta Nueva Escocia, o hasta la Capital incluso, si ella quiere. Queda al criterio de ella. Su otro pasajero, sin embargo, es una cuestión diferente.

Rod le miró atentamente. Cziller miró a Plejanov, que asintió, y continuó:

- Su excelencia, el comerciante Horace Hussein Bury, magnate, presidente del Consejo de Autonética Imperial, y figura importante de la Asociación de Comerciantes Imperiales. Viajará con usted hasta Esparta, y no debe moverse de la nave, ¿comprende?

- Bueno, no exactamente, señor -contestó Rod. Plejanov lanzó un bufido.

- Cziller lo ha dicho bastante claro. Pensamos que Bury está detrás de esta rebelión, pero no hay pruebas suficientes para una detención preventiva. Apelaría al Emperador. Pues bien, le enviaremos a Esparta para que curse su apelación. Eso es lo que la Marina considera más adecuado. Pero ¿a quién debo enviar con él, Blaine? Posee millones. Más aún. ¿Cuántos hombres podrían dar un planeta entero corno soborno? Bury podría ofrecer uno.

-Yo... Sí, señor dijo Rod.

-Y no se muestre tan desconcertado, demonios -aulló Plejanov-. No he acusado de corrupción a ninguno de mis oficiales. Pero lo cierto es que usted es más rico que Bury. Ni siquiera puede tentarle. Es mi principal razón para darle el mando de la MacArthur, así no tendré que preocuparme de mi próspero amigo.

- Comprendo. Gracias de todos modos, señor. -Y le demostraré que no es un error. Plejanov asintió como si leyese los pensamientos de Blaine.

- Usted podría ser un buen oficial. Esta es su oportunidad. Necesito que Cziller me ayude a gobernar este planeta. Los rebeldes mataron al general gobernador.

- ¿Mataron al señor Haruna? -Rod estaba asombrado; recordaba al viejo caballero, con bastante más de cien años, cuando fue a casa a visitar a su padre-. Era un viejo amigo de mi padre.

- No fue al único que mataron. Pusieron las cabezas clavadas en picas a la salida de la Casa del Gobierno. Alguien pensó que eso forzaría a la gente a apoyar la lucha durante más tiempo. Les daría miedo rendirse. Bueno, ahora tienen una razón para tener miedo. El trato que usted hizo con Stone. ¿Hay alguna otra condición en ese trato?

- Sí la hay, señor. Quedará rescindido si se niega a cooperar con los servicios secretos. Tiene que dar el nombre de todos los conspiradores. Plejanov miró significativamente a Cziller.

- Que sus hombres se ocupen de eso, Bruno. Es un punto de partida. Muy bien, Blaine, disponga su nave y salga. -El almirante se levantó; la entrevista había terminado-. Tenemos mucho trabajo por delante, capitán. Empecemos.

2
Los pasajeros

Horace Hussein Chamun al Shamlan Bury Índico el último de los artículos que se llevaría con él y despidió a los criados. Sabía que esperarían a la salida de su suite para repartirse las riquezas que él dejaba atrás, pero le divertía hacerles esperar. Serían mucho más felices con la emoción del robo.

Una vez solo en la habitación se sirvió un gran vaso de vino. Era un vino de poca calidad introducido después del bloqueo, pero él apenas si lo advertía. El vino estaba oficialmente prohibido en Levante, lo que significaba que los traficantes pasaban cualquier producto alcohólico a sus clientes, incluso a los ricos como la familia Bury. Horace Bury nunca había llegado a apreciar realmente los licores caros. Los compraba para mostrar su riqueza, y para entretenerse; pero para él cualquier cosa servía. El café era una cuestión distinta.

Era un hombre bajo, como la mayoría en Levante, de piel oscura y nariz prominente,

ojos negros y ardientes, rasgos afilados, gestos rápidos y un temperamento violento que sólo percibían sus más íntimos allegados. Solo ya, se permitió un gesto colérico. Sobre la mesa tenía un documento enviado desde el despacho del almirante Plejanov, e interpretó fácilmente las frases formulariamente corteses que le invitaban a abandonar Nueva Chicago y lamentaban el que no hubiese ningún pasaje civil disponible. La Marina sospechaba, y él sentía que un frío remolino de cólera amenazaba con dominarle a pesar del vino. Se mantenía tranquilo exteriormente, sin embargo, sentado ante su mesa.

¿Qué tenía contra él la Marina? Los servicios secretos tenían sospechas, pero ninguna prueba. Era el odio habitual de la Marina Espacial a los comerciantes imperiales, debido, pensaba, a que algunos miembros del estado mayor de la Marina eran judíos, y todos los judíos odiaban a los levantinos. Pero la Marina no podía tener ninguna prueba, porque si no no le invitarían a bordo de la MacArthur como huésped. Le pondrían grilletes. Eso significaba que Jonas Stone aún guardaba silencio.

Y debía seguir guardándolo. Bury le había pagado cien mil coronas con promesa de más. Pero no tenía confianza alguna en Stone: dos noches antes, Bury había visto a determinados hombres en la parte baja de la calle Kosciusko y les había pagado cincuenta mil coronas, por lo que esperaba que muy pronto Stone guardara silencio eterno. Podría susurrar secretos en su tumba.

¿Quedaban más cabos sueltos?, se preguntó. No. Lo que ha de suceder sucederá, alabado sea Dios... sonrió. Aquel pensamiento brotaba de modo espontáneo, y se despreciaba a sí mismo por aquella superstición estúpida. Que su padre alabase a Dios por sus éxitos; la fortuna sonreía al hombre que no dejaba nada en manos del azar; como él, que había dejado muy pocas cosas al azar en sus noventa años normales.

El Imperio había llegado a Levante diez años después de nacer Horace, y al principio su influencia fue muy escasa. En aquellos tiempos la política interior era distinta y el planeta ingresó en el Imperio con unas condiciones casi iguales a las de los mundos más avanzados. El padre de Horace Bury pronto comprendió que el imperialismo podía ser rentable. Pasó a ser uno de los elementos utilizados por los imperiales para gobernar el planeta, y amasó una inmensa fortuna: vendió audiencias con el gobernador, y traficó con la justicia como con berzas en la plaza del mercado, pero siempre cuidadosamente, siempre dejando que otros afrontasen la cólera de los hombres del servicio interior.

Su padre fue cuidadoso con las inversiones y utilizó su influencia para conseguir que Horace Hussein se educase en Esparta. Le había puesto incluso un nombre sugerido por un oficial de la Marina Imperial; sólo más tarde se enteraron de que Horace era bastante común en el Imperio y que además resultaba un poco cómico.

Bury ahogó el recuerdo de sus primeros días en las escuelas de la Capital con otro vaso de vino. ¡Había aprendido! Y ahora invertía el dinero de su padre y el suyo propio. Horace Bury no era un personaje del que uno pudiera reírse. Le había costado treinta años, pero sus agentes habían conseguido localizar al oficial que le había puesto aquel nombre. Las grabaciones de su agonía estaban ocultas en la casa que tenía Bury en Levante. Él había sido el último en reír.

Ahora compraba y vendía hombres que reían por él, compraba votos en el Parlamento, naves, y había comprado casi aquel planeta de Nueva Chicago. El control de Nueva Chicago daría a su familia influencia allí, más allá del Saco de Carbón, donde el Imperio era débil y se descubrían todos los meses nuevos planetas. Un hombre podía encontrar... ¡Cualquier cosa!

El ensueño había ayudado. Ahora citaba a sus agentes, el hombre que estaba al cargo de sus intereses allí, y Nabil, que le acompañaría como criado en la nave. Nabil era un hombre bajo, mucho más que Horace, más joven de lo que parecía, con una cara de hurón que podía adoptar miles de expresiones, y muy hábil con el puñal y el veneno, cuyo uso había aprendido en diez planetas. Horace Hussein Bury sonrió. Así que los imperiales le mantendrían prisionero a bordo de sus naves... Mientras las naves no se dirigiesen a Levante, les dejaría. Pero cuando llegasen a un puerto de gran tráfico, podría resultarles difícil hacerlo.

Rod trabajó durante tres días en la MacArthur. Hubo que reemplazar muchas piezas y

materiales destruidos. Había pocos repuestos y la tripulación de la MacArthur se pasó horas en el espacio canalizando las naves de la flota de guerra de la Unión que orbitaban Nueva Chicago.

Lentamente la MacArthur fue quedando en perfectas condiciones de combate. Blaine trabajó con Jack Cargill, primer teniente y ahora segundo de a bordo, y con el teniente Jock Sinclair, ingeniero jefe. Como muchos otros oficiales de ingeniería, Sinclair era de Nueva Escocia. Su fuerte acento era común entre los escoceses en todo el espacio. Lo habían conservado orgullosamente como un distintivo durante las Guerras Separatistas, aun en planetas donde el gaélico era un idioma olvidado. Rod sospechaba para sí que los escoceses estudiaban aquel idioma en sus horas libres para que resultase ininteligible al resto de la humanidad.

Se soldaron las placas del casco, utilizando enormes fragmentos de armadura de las naves de guerra de la Unión. Sinclair hizo maravillas adaptando a la MacArthur el equipo disponible de Nueva Chicago, un repuesto de piezas que difícilmente se ajustaban al diseño original de la nave. Los oficiales de puente trabajaban noches y noches intentando explicar y traducir los cambios a la computadora principal de la nave.

Cargill y Sinclair estuvieron a punto de darse de puñetazos discutiendo algunas de las adaptaciones, sosteniendo Sinclair que lo importante era que la nave estuviese lista para el espacio, e insistiendo el teniente en que nunca podría controlar las reparaciones de las instalaciones de combate porque ni Dios sabía lo que se había hecho en la nave.

- No me agrada oír esa blasfemia -decía Sinclair cuando Rod se acercó a ellos-. ¿No es suficiente que tenga que soportar lo que se ha hecho ya a la nave?

- ¡No, a menos que quieras hacer también tú de cocinero, chapucero maniático! Esta mañana no hubo manera de hacer funcionar la cafetera. Uno de tus artilleros se apoderó del calentador microndular. Ahora, por amor de Dios, haz que lo devuelva...

- Muy bien, te lo devolveré cuando me encuentres piezas para la bomba que estoy reemplazando. A ti, claro, te da igual que la nave pueda luchar de nuevo o no. Para ti, es más importante el café.

Cargill tomó aliento y luego continuó:

-La nave puede luchar -dijo en lo que parecía una discusión de niños- hasta que alguien le hace un agujero. Entonces hay que arreglarla, Ahora suponte que yo tuviese que reparar esto dijo, indicando con la mano algo que Rod estaba casi seguro que era un extractor-transformador de aire-. Ahora esta maldita cosa está toda medio fundida. ¿Cómo voy a saber yo lo que está dañado? ¿O si está dañado? Supón...

Pero en ese momento Rod consideró que era mejor intervenir. Envió al ingeniero jefe a un extremo de la nave y a Cargill al otro. No resolverían su disputa hasta que la MacArthur no quedase totalmente reparada en los talleres de Nueva Escocia.

Blaine pasó una noche internado bajo el control del teniente médico. Salió con el brazo inmovilizado en un gran envoltorio como una almohada. Estuvo receloso y especialmente alerta durante los días siguientes, pero nadie llegó a reírse, al menos lo bastante alto como para que él lo oyera.

Al tercer día de hacerse cargo del mando, Blaine hizo una inspección. Se paralizaron todos los trabajos y se dio rotación a la nave. Luego Blaine y Cargill la recorrieron.

Rod sintió la tentación de aprovecharse de su experiencia anterior en la MacArthur. Conocía todos los lugares donde podía esconderse en pleno trabajo un oficial ejecutivo perezoso. Pero era su primera inspección, la nave acababa de ser reparada de los daños del combate, y Cargill era un oficial demasiado bueno para dejar pasar algo que pudiese haber corregido. Blaine hizo un recorrido general, comprobando las cosas más importantes y dejando a Cargill que le guiase. Mientras lo hacía, decidió mentalmente no permitir que aquello fuese un precedente. Cuando hubiese más tiempo, volvería a revisar la nave y lo comprobaría todo.

En el espaciopuerto de Nueva Chicago aguardaba una compañía completa de infantes de marina. Como el general del Campo Langston de la ciudad había caído, habían cesado por completo las hostilidades. En realidad, la mayoría de la agotada población parecía dar la bienvenida a las fuerzas imperiales con un alivio más convincente que los desfiles y los vítores. Pero la rebelión de Nueva Chicago había sido una gran sorpresa para el Imperio; no sería difícil que se repitiese pronto.

Así pues, los infantes de marina patrullaban el espaciopuerto y guardaban las naves imperiales, y Sally Fowler sintió sus miradas mientras caminaba con sus criados bajo la ardiente luz del sol hacia la nave. No la molestaron. Era la sobrina del senador Fowler. Sólo podían contemplarla.

Encantadora, pensaba uno de los soldados. Pero sin expresión. Sería lógico pensar que se siente feliz de poder salir de este inmundo campo prisión, pero no lo parece. El sudor goteaba firmemente por las costillas del hombre, y pensó: Ella no suda. Fue tallada en hielo por el mejor escultor de todos los tiempos.

El vehículo era grande, y estaba vacío en sus dos tercios. Los ojos de Sally se posaron sobre dos hombres bajos y oscuros (Bury y su criado, y no había duda alguna sobre quién era quién) y cuatro hombres más jóvenes que mostraban temor, ansiedad y desconcierto. Mostraban a las claras que eran de las zonas más remotas de Nueva Chicago. Nuevos reclutas, pensó.

Ocupó uno de los últimos asientos del fondo. No tenía ganas de hablar con nadie. Adam y Annie la miraron con expresión preocupada, y luego se sentaron enfrente. Ellos sabían.

-Es bueno poder irse -dijo Annie.

Sally no contestó. No sentía nada en absoluto.

Tenía esa sensación desde que los soldados imperiales habían irrumpido en el campo de concentración. Con ellos había llegado buena comida, un baño caliente, ropas limpias y respeto hacia ella... y sin embargo nada de esto la había afectado. Nada sentía.

Aquellos meses en el campo de concentración habían quemado algo en su interior. Quizás de manera permanente, pensaba. Aquello le molestaba remotamente.

Cuando Sally Fowler dejó la Universidad Imperial de Esparta con su título de doctora en antropología, convenció a su tío de que en vez de enviarla a la escuela graduada la enviase de viaje por el Imperio, para visitar las provincias recién conquistadas y estudiar directamente las culturas primitivas. Escribiría incluso un libro.

-Después de todo -había insistido-, ¿qué voy a hacer aquí? Donde me necesitan es allí, más allá del Saco de Carbón.

Sally tenía una imagen mental de su triunfal regreso, con publicaciones y artículos eruditos, consiguiendo un puesto destacado en su profesión en vez de esperar pasivamente a que algún joven aristócrata se casase con ella. Sally se proponía casarse, pero no mientras no dispusiese de algo más que su herencia. Quería ser algo por sí misma, servir al reino en algo más que darle hijos para que muriesen en naves de combate.

Sorprendentemente, su tío había aceptado. Si Sally hubiese sabido algo más de la gente que lo que enseña la psicología académica, podría haber comprendido por qué, Benjamín Bright Fowler, el hermano más joven de su padre, no había heredado nada, había obtenido su puesto dirigente del Senado a base de coraje y habilidad. Como no tenía hijos consideraba como hija suya a la única superviviente de su hermano, y estaba harto de las jóvenes cuyo único mérito eran sus parientes y su dinero. Sally y una compañera de clase habían salido de Esparta con los criados de Sally, Adam y Annie, hacia las provincias, para estudiar las culturas humanas primitivas que la

Marina Espacial descubría constantemente. Algunos planetas llevaban trescientos años o más sin que los visitase ninguna nave, y las guerras habían reducido hasta tal punto sus poblaciones que los supervivientes habían retrocedido a la barbarie.

Camino de un mundo colonia primitivo, hicieron una parada en Nueva Chicago para cambiar de nave, cuando estalló la revolución. Dorothy, la amiga de Sally, estaba fuera de la ciudad aquel día, y nunca más se volvió a saber de ella. Los guardias de la Unión del Comité

de Salud Pública habían sacado a Sally de sus habitaciones del hotel, y le habían quitado cuanto tenía de valor y encerrado en el campo prisión.

Durante los primeros días la situación en el campo era más o menos aceptable. Nobleza imperial, funcionarios civiles y antiguos soldados imperiales hacían el campo más seguro que las calles de Nueva Chicago. Pero día a día aristócratas y funcionarios del gobierno fueron retirados del campo y no volvió a vérseles, añadiéndose a la mezcla delincuentes comunes. Adam y Annie la localizaron, y los otros habitantes de su tienda eran ciudadanos imperiales, no delincuentes. Sally sobrevivió primero días, luego semanas y por último meses de presión bajo la noche negra interminable del Campo Langston de la ciudad.

Al principio había sido una aventura, aterradora, desagradable, pero nada más. Luego comenzaron a disminuir las raciones, y siguieron disminuyendo, y los prisioneros empezaron a pasar hambre. Hacia el final los últimos signos de orden habían desaparecido. No se cumplían las normas sanitarias. Cadáveres hinchados yacían en montones junto a las verjas días y días hasta que venían a por ellos los escuadrones encargados de recoger a los muertos.

Aquello se convirtió en una pesadilla interminable. Su nombre apareció en la verja: el Comité de Salud Pública la reclamaba. Los otros compañeros juraron que Sally Fowler había muerto, y, como los guardianes raras veces entraban en la zona de los prisioneros, pudo librarse del destino que tuvieron otros miembros de las familias gobernantes.

Cuando las condiciones empeoraron, Sally encontró una nueva fuerza interior. Intentó convertirse en un ejemplo para el resto de los de su tienda. Todos la consideraban su jefe,

con Adam como su primer ministro. Si ella lloraba, cundía el pánico. Y así, a los veintidós años normales de edad, el pelo negro convertido en una maraña, la ropa sucia y rota y las manos ásperas y sucias, Sally no podía siquiera refugiarse en un rincón y llorar. Lo único que podía hacer era soportar la pesadilla.

En la pesadilla se oyeron rumores de naves imperiales en el cielo sobre la cúpula negra... y rumores de que los prisioneros serían sacrificados antes de que las naves pudiesen penetrar. Sally había sonreído fingiendo no creer posible tal cosa. ¿Fingiendo? Una pesadilla no era algo real.

Luego habían irrumpido los infantes de la Marina Imperial, dirigidos por un hombre alto cubierto de sangre, con las maneras de la Corte y un brazo en cabestrillo. La pesadilla había terminado entonces, y Sally esperaba despertar. La habían limpiado, alimentado, vestido... ¿Por qué no despertaba? Sentía su alma envuelta en algodón.

La aceleración le oprimía el pecho. Las sombras en la cabina eran afiladas corno cuchillas. Los reclutas de Nueva Chicago se apretujaban en las ventanillas, charlando. Debían de estar ya en el espacio. Pero Adam y Annie la observaban con ojos preocupados. Estaban gordos cuando llegaron por primera vez a Nueva Chicago. Ahora la piel de sus caras colgaba en pliegues. Sally sabía que le habían dado gran parte de sus propios alimentos. Sin embargo parecían haber sobrevivido mejor que ella.

Me gustaría poder llorar, pensó. Debería llorar. Por Dorothy. Esperaba que ellos le dijesen que Dorothy había aparecido. Nada. Desapareció en el sueño.

Una voz grabada dijo algo que ni siquiera intentó escuchar.

Luego sintió que la opresión del pecho desaparecía y que estaba flotando. Flotando.

¿Iban a dejarla realmente marchar?

Se volvió bruscamente hacia la ventana. Nueva Chicago brillaba como cualquier mundo semejante a la Tierra, sus rasgos distintivos indiferenciables ya. Mares resplandecientes, tierras, todos los matices del azul, se combinaban con el blanco escarcha de las nubes. Su tamaño iba disminuyendo. Sally apartó la vista ocultando la cara. Nadie debía ver aquel gesto feroz. En aquel momento podría haber ordenado que destruyesen por completo Nueva Chicago.

Después de la inspección, Rod dirigió las ceremonias del culto en la bodega hangar. Cuando acabaron el último himno el vigía de control anunció que los pasajeros llegaban a bordo. Blaine se ocupó de que la tripulación volviese a su trabajo. No habría domingos libres mientras la nave no estuviese en perfectas condiciones de combate, dijesen lo que dijesen las

tradiciones del servicio sobre domingos en órbita. Blaine escuchó a los hombres mientras pasaban, atento a cualquier indicio de descontento. Pero oyó, por el contrario, conversaciones normales, y sólo los refunfuños esperados.

- Muy bien, sé perfectamente lo que es una paja -decía Stoker Jackson a su compañero-. Puedo entender lo que es tener una paja en un ojo. Pero, en nombre de Dios, ¿cómo puedo tener en un ojo una viga? Tú me dijiste eso, pero ¿cómo puede meterse una viga en el ojo de un hombre sin él saberlo? Es absurdo.

- Claro, claro. ¿Qué es una viga?

- ¿Qué es una viga? Ah, ya, tú eres de Tabletop, ¿verdad? Bueno, una viga es madera cortada..., madera. Viene de un árbol. Un árbol, es decir, un gran...

Las voces se perdieron. Blaine siguió caminando rápidamente hacia el puente. Si Sally Fowler hubiese sido la única pasajera se habría sentido feliz de encontrarla en la bodega hangar, pero deseaba que aquel Bury comprendiese su relación inmediatamente. No quería que pensara que el capitán de una de las naves de guerra de Su Majestad salía a recibir a un comerciante. Desde el puente Rod observó las pantallas mientras el vehículo cuneiforme se situaba en la misma órbita y era remolcado a bordo, penetrando en la

MacArthur entre las grandes alas rectangulares de las puertas del hangar. Su mano se posó junto a los marcadores del intercom. Aquellas operaciones eran complicadas.

Recibió a los pasajeros el brigadier Whitbread. El primero fue Bury, seguido de un hombre pequeño y oscuro que el comerciante no se molestó en presentar. Ambos llevaban ropa razonable para el espacio, pantalones bombachos con apretadas bandas en los tobillos, túnicas con cinturón, todos los bolsillos con cremallera o cerrados con velero. Bury parecía irritado. Maldijo a su sirviente, y Whitbread registró pensativo sus comentarios, proponiéndose hacerlos pasar más tarde por el cerebro de la nave. El brigadier envió al comerciante al interior con otro oficial de más baja graduación, pero esperó a la señorita Fowler para acompañarla él mismo. Había visto fotografías de ella.

Acomodaron a Bury en los compartimentos del capellán, y a Sally en la cabina del primer teniente. La razón ostensible de que ella tuviese habitaciones mayores era que Annie, su criada, tendría que compartir su camarote. Los criados varones podían acomodarse con la tripulación, pero las mujeres, aunque fuesen tan mayores como Annie, no podían mezclarse con los hombres. Los tripulantes que llevaban mucho tiempo alejados de los planetas desarrollaban nuevos criterios estéticos. Jamás molestarían a la sobrina de un senador, pero con una criada era distinto. Todo parecía razonable, y si la cabina del primer teniente estaba próxima a las habitaciones del capitán Blaine, mientras que la del capellán estaba una planta más abajo y tres mamparos después, nadie podía quejarse.

- Los pasajeros están a bordo, señor -informó el brigadier Whitbread.

- Bien. ¿Están todos cómodos?

- Bueno, la señorita Fowler lo está, señor. El oficial Allot acompañó al comerciante a su cabina...

- Me parece muy bien.

Blaine se retrepó en su asiento de mando. Lady Sandra (no, ella prefería que la llamaran Sally, según recordaba) no le había parecido que estuviese demasiado bien los breves momentos que la había visto en el campo prisión. Por lo que Whitbread decía, debía de haberse recuperado un poco. Rod había querido ocultarse cuando la reconoció saliendo de una tienda en el campo prisión. Estaba cubierto de sangre y polvo... y luego ella se había aproximado. Caminaba como una dama de la Corte, pero estaba flaca, hambrienta, y tenía grandes ojeras oscuras. Y aquellos ojos. Bueno, en dos semanas habría podido recuperarse, y ahora se libraba de Nueva Chicago para siempre.

- Supongo que le habrán mostrado las estaciones de aceleración a la señorita Fowler -dijo.

- Lo he hecho, señor -contestó Whitbread. Y las prácticas de gravedad nula, pensó.

Blaine miró divertido a su brigadier. Leía sus pensamientos fácilmente. Bien, podía tener sus esperanzas, pero el rango tiene sus privilegios. Además, él conocía a la chica, la había conocido cuando ella tenía diez años.

- Llaman de la Casa del Gobierno -informó el vigilante. La alegre y despreocupada voz de Cziller llegó hasta él.

- ¡Hola, Blaine! ¿Preparado para salir?

El capitán de la flota estaba retrepado en una silla, soplando y chupando una enorme y recia pipa.

- Sí, señor. -Rod iba a decir algo más, pero se detuvo.

- ¿Están bien acomodados los pasajeros? -Rod podría haber jurado que su antiguo capitán estaba riéndose de él.

- Lo están, señor.

- ¿Y su tripulación? ¿Ninguna queja?

- Sabe usted muy bien... Todo saldrá bien señor. -Blaine ahogó su cólera; le resultaba difícil enfadarse con Cziller, que, después de todo, le había entregado su nave, pero...-. No andamos sobrados de gente, pero nos las arreglaremos.

- Escuche, Blaine, no lo hice por pura diversión. Pero es que no disponemos de los hombres necesarios para gobernar aquí, y tendrá usted tripulantes antes que nosotros. He enviado hacia su nave veinte reclutas, jóvenes locales que piensan que les gustará el espacio. En fin, quizás les guste. A mí me gustó.

Bisoños que no sabían nada y a los que habría que enseñárselo todo, pero los oficiales podían ocuparse de eso. Veinte hombres significarían una ayuda. Rod se sintió un poco mejor.

Cziller hurgó entre sus papeles.

-Y le devolveré un par de escuadrones de sus infantes de marina, aunque dudo mucho que encuentren ustedes enemigos con los que combatir en Nueva Escocia.

- Está bien, señor. Gracias por dejarme a Whitbread y a Staley.

Salvo aquellos dos, Cziller y Plejanov se habían quedado con todos los brigadieres de a bordo y también con muchos de los mejores oficiales. Pero le habían dejado los mejores de todos. Bastaban aquellos para que todo siguiera en marcha. La nave vivía, aunque muchas literas pareciesen indicar que habían perdido la batalla.

- De nada. Es una buena nave, Blaine. Lo más probable es que el almirante no le deje a usted seguir al mando de ella, pero quizás tenga suerte. Ya me ve a mí gobernando un planeta prácticamente sin nada. ¡No hay siquiera dinero! ¡Sólo vales del gobierno! Los rebeldes se apoderaron de todas las coronas imperiales y emitieron papel impreso. ¿Cómo demonios vamos a conseguir poner en circulación dinero real?

- Es un problema, señor.

Como capitán, Rod era teóricamente del mismo rango que Cziller. El nombramiento del almirante era sólo pura fórmula, para que los capitanes más veteranos que Cziller pudiesen, sin embarazo, cumplir sus órdenes como capitán de la flota. Pero Blaine aún tenía que pasar ante un comité de ascenso, y era lo bastante joven para que le preocupase aquella prueba. Quizás en seis semanas volviera a ser teniente.

- Una cosa -dijo Cziller-. Le dije hace un momento que no había nada de dinero en el planeta, pero eso no es del todo exacto. Tenemos aquí algunos hombres muy ricos. Uno de ellos es Jonas Stone, el hombre que entregó la ciudad a sus infantes de marina. Dice que logró ocultar su dinero a los rebeldes. En fin, ¿por qué no? Era uno de ellos. Pero hemos encontrado a un simple minero que murió de una borrachera con una fortuna en coronas imperiales. No podrá decirnos de dónde sacó el dinero, pero creemos que procede de Bury.

- Comprendo, señor.

-Así que vigile a Su Excelencia. Bueno, tendrá sus despachos y los nuevos miembros de su tripulación a bordo en el plazo de una hora. -Cziller miró su computadora-. Digamos cuarenta y tres minutos. Podrá usted marcharse tan pronto como estén a bordo.

Cziller se guardó en el bolsillo la computadora y comenzó a hurgar en su pipa, mientras continuaba:

- Dele recuerdos míos a MacPherson en los Talleres, y tenga en cuenta una cosa: si el trabajo se demora, y se demorará, no envíe informes al almirante. Lo único que conseguirá así es sacar de quicio a MacPherson. En vez de eso, invite a Jamie a bordo y beba whisky con él. No puede aguantar usted tanto como él, pero si lo intenta conseguirá más que con el memorándum.

- Sí, señor -dijo Rod, vacilante.

Comprendía de pronto hasta qué punto no estaba preparado para mandar la MacArthur. Conocía los aspectos técnicos, probablemente mejor que Cziller; pero en cuanto a las docenas de pequeños trucos que uno sólo podía aprender con la experiencia...

Cziller debió de leer sus pensamientos. Era una virtud que todos los oficiales que estaban bajo sus órdenes le habían atribuido.

- Relájese, capitán. No le reemplazarán antes de que llegue a la Capital, y por entonces llevará ya mucho tiempo a bordo de la vieja Mac. Y no malgaste su tiempo preparando los exámenes de ascenso. No le hará ningún bien.

Cziller dio una chupada a su inmensa pipa y dejó que una espesa nube de humo brotase de su boca.

- Tiene usted mucho que hacer -prosiguió-, no quiero entretenerle. Pero cuando llegue a Nueva Escocia, procure fijarse en el Saco de Carbón. Hay pocas vistas en la galaxia que lo igualen. La Cara de Dios lo llaman algunos.

La imagen de Cziller se desvaneció, y su oblicua sonrisa pareció quedar en la pantalla como la del gato de Cheshire.

3
El banquete

La MacArthur se alejó de Nueva Chicago a una gravedad estándar. Por toda la nave los tripulantes procuraban cambiar la orientación abajo-es-afuera de la órbita cuando el giro proporcionaba la gravedad por la arriba-es-delante del vuelo energético. A diferencia de las naves mercantes que solían deslizarse largas distancias desde los planetas más internos a los puntos del Salto Alderson, las naves de guerra solían acelerar constantemente.

A dos días de Nueva Chicago, Blaine celebró un banquete.

La tripulación colocó manteles y candelabros, pesados cubiertos y cristalería tallada, hechos por hábiles artesanos de media docena de mundos; un tesoro que pertenecía, no a Blaine, sino a la propia MacArthur. El mobiliario estaba todo fuera de su posición de giro alrededor de los mamparos exteriores y reinstalado en los posteriores... salvo la gran mesa de giro, que habían adosado a lo que era ahora la pared cilíndrica de la sala de oficiales.

A Sally Fowler aquella mesa curvada le había molestado. La había visto dos días antes, cuando la MacArthur aún estaba bajo giro y el mamparo exterior era una cubierta, también curvada. Blaine advirtió su alivio cuando la vio descender por la escalera.

Observó la ausencia de un alivio similar en Bury, que parecía afable, y muy tranquilo y satisfecho. Había pasado tiempo en el espacio, dedujo Blaine. Posiblemente más tiempo que él.

Era la primera oportunidad que tenía de recibir oficialmente a los pasajeros. Mientras se sentaba en su sitio a la cabecera de la mesa, observando a los camareros con sus vestidos de un blanco impecable que traían el primer plato, Blaine reprimió una sonrisa. La MacArthur tenía de todo salvo comida.

- Me temo que la cena no va a estar a tono con el servicio -dijo a Sally-. Pero, en fin, ya veremos lo que encontramos.

Kelley y los camareros habían conferenciado con el oficial jefe de cocina toda la tarde, pero Rod no esperaba gran cosa.

Había comida en abundancia, por supuesto. Alimentos típicos del espacio: bioplasma,

filetes de levadura, maíz de Nueva Washington; pero Blaine no había tenido ninguna oportunidad de entrar en las cabinas almacenes en Nueva Chicago, y sus propios suministros habían sido destruidos en la lucha con las defensas planetarias rebeldes. El capitán Cziller había sacado, por supuesto, sus artículos personales. Se las había arreglado también para llevarse al cocinero principal y al cañonero de la tórrela número tres, que había servido como cocinero del capitán.

Trajeron el primer plato, una fuente enorme con una gran tapa que parecía de oro batido. Dragones dorados se cazaban entre sí alrededor del perímetro, mientras flotaban sobre ellos benignamente los hexagramas de la buena suerte del 1 Ching. Fuente y tapa, de estilo Xanadu, valían tanto como uno de los botes de la MacArthur. El artillero Kelley se colocó detrás de Blaine, un mayordomo perfecto con su traje blanco y su faja escarlata.

Resultaba difícil reconocerle como el hombre que podía hacer desmayarse con una reprimenda a los nuevos reclutas, como el sargento que había dirigido a los infantes de marina de la MacArthur en la lucha contra la Guardia de la Unión. Kelley levantó la tapa con un gesto teatral.

- ¡Magnífico! -exclamó Sally.

Si se trataba sólo de un cumplido, lo hacía muy bien. Kelley resplandeció. En la fuente apareció una reproducción en pasta de la MacArthur y la fortaleza de negras cúpulas contra la que había luchado, todos los detalles esculpidos con tanto cuidado como en una obra de arte del Palacio Imperial. Las otras fuentes eran lo mismo, así que, aunque ocultaban pastel de levadura y otras lindezas parecidas, el efecto fue un banquete. Rod consiguió olvidar sus preocupaciones y disfrutar de la cena.

-Y ¿qué hará usted ahora, señorita? -preguntó Sinclair-. ¿Ha estado alguna vez en Nueva Escocia?

- No, ya que viajo, en principio, por motivos profesionales, teniente Sinclair. No sería halagador para su planeta natal el que yo lo hubiese visitado, ¿verdad? -sonrió, pero había años luz de espacio en blanco tras sus ojos.

- ¿Y por qué no habría de halagarnos su visita? No habría lugar en el Imperio que no se sintiese honrado.

- Gracias..., pero soy una antropóloga especializada en culturas primitivas. Y Nueva Escocia no es precisamente eso -le aseguró.

El acento del teniente despertaba en ella su interés profesional. ¿Hablan así realmente en Nueva Escocia? Este hombre habla como un personaje de una novela preimperio. Pero pensó esto muy cuidadosamente, sin mirar a Sinclair mientras lo hacía. Percibía perfectamente el desesperado orgullo del ingeniero.

- Bien dicho -aplaudió Bury-. Me he encontrado con gran cantidad de antropólogos últimamente. ¿Es una nueva especialidad?

- Sí. Lástima que no fuésemos más antes. Hemos destruido todo lo que era bueno en tantos lugares incorporados al Imperio. Ojalá no se repitan esos errores.

- Supongo que debe de ser un gran choque -dijo Blaine- verse incluido de pronto en el Imperio, le guste a uno o no, sin previo aviso; incluso aunque no haya más problemas. Quizás debiera haberse quedado usted en Nueva Chicago. El capitán Cziller dijo que tenían muchos problemas para gobernar el planeta.

- Me resultaría imposible. -Ella miró sombríamente su plato, y luego alzó los ojos con una sonrisa forzada-. Nuestra primera norma es que debemos sentir simpatía hacia la gente que estudiamos. Y odio ese planeta -añadió con agria sinceridad. La emoción la hacía sentirse mejor. Incluso el odio era mejor que... el vacío.

- Sí, claro -asintió Sinclair-. A cualquiera le pasaría después de meses en un campo de concentración.

- Es aún peor que eso, teniente. Dorothy desapareció. Era la chica que venía conmigo. Simplemente... desapareció. -Hubo un largo silencio que llenó de embarazo a Sally-. No me permitan que estropee la fiesta.

Blaine buscaba algo que decir y Whitbread le dio su oportunidad. Al principio Blaine

sólo vio que el joven brigadier andaba haciendo algo en el borde de la mesa... pero ¿qué? Estaba tanteando el mantel, probando su resistencia. Y antes había estado mirando la cristalería.

- Sí, señor Whitbread -dijo Rod-. Es muy fuerte. Whitbread alzó la vista, ruborizándose, pero Blaine no se proponía poner nervioso al muchacho.

- El mantel, los cubiertos, la vajilla, la cristalería, tienen que ser muy resistentes -dijo dirigiéndose a todos los comensales-. El material corriente no soportaría el primer combate. Nuestra cristalería es especial. Es material extraído del parabrisas de un vehículo averiado del Primer Imperio. O al menos eso me contaron. No somos ya capaces de construir materiales tan fuertes. El mantel no es en realidad tela; es fibra artificial, también del Primer Imperio. Las tapas de las fuentes son acero-cristal electroplacado sobre oro batido.

- El cristal fue lo que primero me llamó la atención -dijo Whitbread respetuosamente.

- Lo mismo me pasó a mí, hace algunos años -dijo Blaine con una sonrisa. Eran oficiales, pero eran también muy jóvenes aún, y Rod recordó la época en que se hallaba en situación similar. Trajeron más platos, mientras Kelley orquestaba la cena. Por último se despejó la mesa quedando sólo el café y los vinos.

- Señor Vice -dijo protocolariamente Blaine.

Whitbread, tres semanas más bisoño que Staley, alzó su vaso.

- Capitán, señora. Por su Majestad Imperial. -Los oficiales alzaron los vasos para brindar por su soberano, tal como habían hecho los hombres de la Marina durante dos mil años.

- Debe permitirme usted que le enseñe mi planeta natal -dijo Sinclair, ansiosamente.

- Desde luego. Gracias. Aunque no sé cuánto tiempo pararemos allí. -Sally miró interrogante a Blaine.

- Ni yo. Tenemos que hacer una reparación general, y no sé el tiempo que tardarán los técnicos en los talleres.

- Bueno, si no es demasiado tiempo, me quedaré a esperar. Dígame, teniente, ¿hay mucho tráfico de Nueva Escocia a la Capital?

- Más que entre la mayoría de los mundos de este sector del Saco de Carbón y la Capital, aunque eso no sea decir mucho. Hay pocas naves con servicios decentes para pasajeros. Quizás el señor Bury pueda decirle más. Sus naves trabajan también en Nueva Escocia.

- Pero, tal como dice usted, no transportan pasajeros. Nuestro negocio es reducir el comercio interestelar, ¿sabe? -Bury vio miradas quisquillosas; luego continuó-: Autonética Imperial se dedica al transporte de fábricas reboticas. Siempre que podemos hacer algo más barato en un planeta, instalamos fábricas. Nuestra competencia principal son los cargueros mercantes.

Bury se sirvió otro vaso de vino, eligiendo cuidadosamente uno del que Blaine había dicho que tenían poca reserva. (Debe de ser bueno; si no su escasez no habría preocupado al capitán.)

- Por eso estaba yo en Nueva Chicago cuando estalló la rebelión.

Cabeceos de aceptación de Sinclair y de Sally Fowler; Blaine siguió inmóvil e imperturbable; Whitbread hizo un gesto a Staley -espera que te cuente-, con lo que indicó a Bury más de lo que éste deseaba saber. Sospechas, pero nada confirmado, nada oficial.

- Tiene usted una vocación fascinante -dijo a Sally antes de que el silencio pudiese prolongarse-. Háblenos más de su profesión. ¿Ha visto usted muchos mundos primitivos?

- Ninguno -dijo ella quejumbrosamente-. Sé de ellos sólo por los libros. Teníamos que haber ido a visitar Arlequín, pero la rebelión...

-Yo estuve una vez en Makasar -dijo Blaine. La cara de Sally se iluminó instantáneamente.

- Había todo un capítulo dedicado a ese mundo. Muy primitivo, ¿verdad?

-Aún lo es. No había una gran colonia allí con que empezar. Todo el complejo industrial quedó destruido en las Guerras Separatistas, y nadie visitó el planeta en cuatrocientos años.

Cuando llegamos nosotros, tenían una cultura Edad de Hierro. Espadas. Cotas de mallas. Barcos de madera.

- Pero ¿cómo era la gente? -preguntó Sally muy interesada-. ¿Cómo vivían?

Rod se encogió de hombros, embarazado.

- Estuve allí sólo unos días. Apenas tuve tiempo de ver cómo era aquello. Fue hace años, yo tendría la edad de Staley. Recuerdo sobre todo que anduve buscando una buena taberna. -Después de todo, deseó añadir, no soy un antropólogo.

La conversación se desvió. Rod se sentía cansado y esperaba una oportunidad que le permitiese dar por concluida la cena sin brusquedades. Los otros parecían enraizados en sus asientos.

- Ustedes estudian la evolución cultural -dijo amistosamente Sinclair-, y quizás esté bien que lo hagan. Pero ¿no podría darse también evolución física? El Primer Imperio era muy grande y estaba muy disperso, había espacio suficiente casi para cualquier cosa. ¿No podremos encontrar en algún sitio, en algún rincón olvidado del viejo Imperio, un planeta lleno de superhombres?

Ambos brigadieres parecieron de pronto mostrarse muy atentos. Bury pregunto:

- ¿Que dirección seguiría la evolución fisica de los humanos, señorita?

- Según nos enseñaron, no es posible la evolución de los seres inteligentes -dijo ella-. Las sociedades protegen a sus miembros más débiles. Las civilizaciones suelen fabricar sillas de ruedas y gafas y auriculares para sordos en cuanto disponen de herramientas para hacerlo. Cuando una sociedad hace la guerra, los hombres suelen pasar por una prueba de aptitud antes de que se les permita arriesgar sus vidas. Supongo que esto ayuda a ganar la guerra -sonrió-. Pero deja muy pocas posibilidades de que sobrevivan los más aptos.

- Pero supongamos -sugirió Whitbread-, supongamos que una cultura hubiese retrocedido mucho más atrás que la de Makasar... Que hubiese retrocedido hasta el salvajismo total: bastones y fuego. Entonces tendría que haber evolución, ¿no es así?

Tres vasos de vino habían borrado el pesimismo y la inercia de Sally, que parecía ansiosa por hablar de cuestiones profesionales. Su tío le decía a menudo que hablaba demasiado para una dama, y ella intentaba controlarse, pero el vino siempre le producía aquel efecto... el vino y un público atento. Se sentía bien, después de semanas de vacío.

- Desde luego -dijo-. Hasta una sociedad evoluciona. Existe selección natural hasta que hay un número suficiente de humanos que se agrupan para protegerse mutuamente frente al medio. Pero no es bastante. Señor Whitbread, hay un mundo en el que practican el infanticidio ritual. Los mayores examinan a los niños y matan a los que no se ajustan a sus normas de perfección. No es evolución, exactamente, aunque podrían conseguirse así algunos resultados... pero no ha transcurrido aún tiempo suficiente.

- Hay gente que selecciona caballos mediante una crianza especial. Y perros - comentó Rod.

- Sí. Pero no han conseguido nuevas especies. Nunca. Y las sociedades no pueden mantener reglas constantes el tiempo suficiente para que se produzcan cambios reales en la raza humana. Tendría que transcurrir un millón de años... Por supuesto, ha habido intentos deliberados de crear superhombres. Como en el Sistema Sauron.

Sinclair lanzó un gruñido.

- Esos salvajes -escupió-. Fueron ellos los que iniciaron las Guerras Separatistas y casi nos matan a todos. -Se detuvo de pronto, al ver que el brigadier Whitbread carraspeaba.

Sally intervino rápidamente.

- Ése es otro sistema por el que no puedo sentir simpatía. Aunque ahora sean fieles al Imperio...

Miró a su alrededor. Todos tenían una expresión extraña, y Sinclair intentaba ocultar la cara detrás del vaso de vino que sostenía. El rostro anguloso del brigadier Horst Staley parecía como tallado en piedra.

- ¿Que pasa? -preguntó Sally.

Hubo un largo silencio. Por último habló Whitbread:

- El señor Staley es del Sistema Sauron, señorita.

-Vaya... cuánto lo siento -balbució Sally-. Creo que he metido la pata... en realidad, señor Staley, yo...

- Si mis jóvenes caballeros no pueden soportar esa presión, no los necesito en mi nave - dijo Rod-. Y no ha sido usted la única que ha metido la pata -miró significativamente a Sinclair-. No juzgamos a los hombres por lo que sus mundos natales hicieron hace cientos de años. -Maldita sea; esto suena a pura fórmula-. ¿Hablaban ustedes sobre la evolución?

- Sí... teóricamente es algo que queda casi eliminado en las especies inteligentes - dijo ella-. Las especies evolucionan para ajustarse al medio. Una especie inteligente cambia el medio para ajustarlo a ella. Tan pronto como una especie se hace inteligente, debe dejar de evolucionar.

- Lástima que no dispongamos de más elementos de comparación -dijo suavemente Bury-. Sólo contamos con unos cuantos datos teóricos.

Explicó una larga historia sobre un improbable ser inteligente octopoide que se encuentra con un centauro, y todos rieron.

- Bueno, capitán, fue una cena magnífica -concluyó.

- Sí. -Rod se levantó y ofreció su brazo a Sally; los otros se levantaron también.

Sally guardó silencio mientras él la acompañaba por el pasillo hasta su camarote, y sólo intercambiaron una despedida cortés al separarse. Rod volvió al puente. Había que grabar más reparaciones en el cerebro de la nave

4
Prioridad OC

El viaje hiperespacial puede ser extraño y decepcionante.

Se tarda un tiempo inconmensurablemente corto en viajar entre las estrellas; pero cuando la ruta sigue sólo un camino crítico entre cada par de estrellas (nunca una línea absolutamente recta, pero aproximándose lo bastante para visualizarla como tal) y los puntos terminales del camino están lejos de las distorsiones de espacio causadas por estrellas y grandes masas planetarias, sucede que una nave dedica la mayor parte de su tiempo a desplazarse de un punto terminal al otro.

Y, aún peor, no todo par de estrellas se halla unido por líneas de este género. Los caminos corren a lo largo de líneas de flujo termonuclear y equipotencial, y la presencia de otras estrellas en el plano geométrico puede impedir que exista ese camino. De las líneas que existen, no todas se hallan registradas en los mapas. Son difíciles de encontrar.

Los pasajeros de la MacArthur descubrieron que viajar a bordo de una nave de guerra imperial era algo parecido a la cárcel. Los tripulantes tenían tareas que realizar y reparaciones que hacer incluso cuando no estaban de servicio. Los pasajeros se hacían compañía mutua y gozaban de la vida social que permitía la rutina de la Marina. No había espacio para los servicios de recreo de las lujosas naves de pasajeros.

Resultaba aburrido. Cuando la MacArthur se disponía a emprender su último Salto, los pasajeros pensaban en su llegada a Nueva Caledonia como la liberación de una cárcel.

NUEVA CALEDONIA: Sistema estelar situado detrás del Saco de Carbón con una estrella primaria F8 catalogada como Murcheson A. La lejana binaria, Murcheson B, no forma parte del sistema de Nueva Caledonia. Murcheson A tiene seis planetas de cinco órbitas, con cuatro planetas internos, un vacío relativamente grande en el que se encuentran los restos de un planeta que no llegó a formarse, y otros dos planetas exteriores en una relación troyana. Los cuatro planetas internos se llaman Conchobar,

Nueva Irlanda, Nueva Escocia y Fomor, según el orden de separación del sol, al que se conoce localmente como Cal, o Viejo Cal, o el Sol. Los dos planetas de la parte media están habitados; fueron terraformados por los científicos del Primer Imperio después de que Jasper Murcheson, que estaba emparentado con Alejandro IV, convenciese al Consejo de que el

sistema de Nueva Caledonia era el lugar más adecuado para construir una universidad imperial. Se sabe hoy que a Murcheson le interesaba más que nada disponer de un planeta habitado próximo a la supergigante roja llamada Ojo de Murcheson, y como no estaba satisfecho del clima de Nueva Irlanda exigió también la terraformación de Nueva Escocia.

Fomor es un planeta relativamente pequeño, casi sin atmósfera, y con muy pocas características interesantes. Posee, sin embargo, varios hongos biológicamente relacionados con los hongos encontrados en el Sector Trans-Saco de Carbón, y su sistema de transmisión a Fomor ha originado una polémica interminable en el Diario de la Sociedad Imperial de Xenobiólogos, pues no existe ninguna otra forma de vida nativa en Nueva Caledonia.

Los dos planetas exteriores ocupan la misma órbita y se llaman Dagda y Mider, siguiendo la nomenclatura mitológica celta del sistema. Dagda es un gigante gaseoso, y el imperio mantiene estaciones de combustible en las dos lunas del planeta, Angus y Brigit. Se advierte a las naves mercantes que Brigit es una base de la Marina Espacial a la que no pueden acercarse sin permiso.

Mider es una fría bola de metal, ampliamente excavada, y problemática para los cosmólogos porque su proceso de formación no parece ajustarse a ninguna de las dos principales teorías opuestas sobre el origen de los planetas.

Nueva Escocia y Nueva Irlanda, los únicos planetas habitados del sistema, tenían amplias atmósferas de vapor de agua y metano cuando los descubrieron, pero sin oxígeno libre. Elementos biológicos en cantidades masivas los convirtieron en mundos habitables a un coste considerable; Murcheson perdió al final su influencia en el Consejo, pero la inversión era ya tan grande que el proyecto se llevó a la práctica en su totalidad. En menos de cien años de trabajo intensivo las colonias cupuladas se convirtieron en colonias abiertas, uno de los mayores triunfos del Primer Imperio.

Ambos mundos quedaron parcialmente despoblados durante la Guerra Separatista, incorporándose Nueva Irlanda a las fuerzas rebeldes mientras Nueva Escocia permanecía inquebrantablemente fiel. Después de que se interrumpiese el viaje interestelar en el sector Trans-Saco de Carbón, Nueva Escocia continuó la lucha hasta su redescubrimiento por el Segundo Imperio. Como consecuencia, Nueva Escocia es la capital del sector.

La MacArthur traqueteó y volvió a la existencia pasada la órbita de Dagda. Durante largos instantes sus tripulantes siguieron sentados en sus puestos de transición hiperespacial, desorientados, luchando por superar la confusión que sigue siempre al viaje instantáneo.

¿Por qué? Un sector de física de la Universidad Imperial de Segismundo sostiene que el viaje hiperespacial no exige tiempo cero sino tiempo trans-finito, y que esto produce esa confusión característica en hombres y en el equipo de computación. Otras teorías afirman que el Salto produce un estiramiento o un encogimiento del espacio local, que afecta a los nervios, y también a los elementos de computación; o que no todas las partes de la nave aparecen al mismo tiempo; o que inercia y masa varían a un nivel subatómico después de la transición. Nadie lo sabe con certeza, pero el efecto es real.

- Piloto -dijo Blaine pesadamente. Sus ojos se centraron poco a poco en los indicadores del puente.

- Sí, diga, señor -aunque con voz confusa e indecisa, el piloto respondió de forma automática.

- Ponga rumbo a Dagda. Inmediatamente.

-Así lo haré, señor.

En los primeros tiempos del viaje hiperespacial las computadores de la nave habían intentado acelerar inmediatamente después del Salto. No se tardó en descubrir que su confusión era aún mayor que la de los hombres, y se decidió desconectar todo el equipo automático para la transición. En los marcadores de Blaine se encendieron las luces en cuanto los tripulantes comenzaron a reactivar a la MacArthur y a comprobar sus sistemas.

- Haremos escala en Brigit, señor Renner -continuó Blaine-. Ajuste su velocidad. Señor Staley, usted ayudará al piloto jefe.

- De acuerdo, señor.

El puente volvió a la vida. Los tripulantes se incorporaron y reanudaron sus tareas. Los camareros sirvieron café una vez ajustadas aceleración y gravedad. Todos abandonaron los puestos hiperespaciales para volver a sus tareas de control, mientras los ojos artificiales de la MacArthur escrutaban el espacio buscando posibles enemigos. El indicador encendía una luz verde a medida que los tripulantes informaban de que la transición había sido satisfactoria.

Blaine asentía con satisfacción mientras iba tomando su café. Siempre era así, y después de centenares de transiciones aún seguía sintiendo lo mismo. Había algo básicamente erróneo en el viaje instantáneo, algo que dañaba los sentidos, algo que la mente no aceptaba por debajo del nivel del pensamiento. Los hábitos del Servicio hacían a los hombres continuar; también éstos estaban engranados a un nivel más profundo que las funciones intelectuales.

- Señor Whitbread, felicite en mi nombre al jefe de señales e informe, por favor, de nuestra presencia al Cuartel General de la flota de Nueva Escocia. Que Staley les dé nuestro rumbo y nuestra velocidad, y comunique a la estación de combustible de Brigit que nos dirigimos allí. Informe a la Flota de nuestro destino.

- De acuerdo, señor. ¿Señal en diez minutos, señor?

- Sí.

Whitbread se levantó de su silla de mando situada detrás del capitán y caminó tambaleándose hasta el timón.

- Necesitaré suministro completo de energía para una transmisión en diez minutos, Horst.

Se abrió paso desde el puente, recobrándose rápidamente. Los jóvenes solían recuperarse enseguida, lo que era una buena razón para dar el mando de las naves a oficiales jóvenes.

- ESCUCHEN, ESCUCHEN TODOS -dijo Staley; la llamada resonó por toda la nave-. ATENCIÓN. FIN DE LA ACELERACIÓN EN DIEZ MINUTOS. BREVE PERÍODO DE CAÍDA LIBRE EN DIEZ MINUTOS.

- Pero ¿por qué? -oyó Blaine.

Alzó la vista y vio a Sally Fowler a la entrada del puente. Su invitación a los pasajeros para que fuesen al puente cuando no hubiese ninguna emergencia había resultado positiva: Bury apenas si había hecho uso del privilegio.

- ¿Por qué caída libre tan pronto? -preguntó ella.

- Necesitamos la energía para transmitir un mensaje -contestó Blaine-. A esta distancia necesitamos un gran volumen de energía para el rayo máser. Podríamos sobrecargar los motores si fuese necesario, pero es norma desconectar para las transmisiones si no hay urgencia.

- Oh.

Sally se sentó en la silla que acababa de abandonar Whitbread. Rod hizo girar su silla de mando para verla de frente, deseando de nuevo que alguien diseñase una prenda de caída libre para las mujeres que no cubriesen tanta parte de sus piernas, o que volviesen a ponerse de moda los antiguos pantalones cortos. Por entonces las faldas se llevaban en

Esparta por debajo de las pantorrillas, y las provincias copiaban la moda de la capital. Para los viajes espaciales, los diseñadores hacían prendas tipo pantalón, bastante cómodas, pero holgadas y abultadas...

- ¿Cuándo llegaremos a Nueva Escocia? -preguntó ella.

- Depende del tiempo que estemos en Dagda. Sinclair quiere hacer unos trabajos exteriores mientras estamos varados. -Sacó del bolsillo la pequeña computadora y anotó rápidamente en ella-. Veamos, estamos aproximadamente a unos mil quinientos millones de kilómetros de Nueva Escocia, esto significa sobre un centenar de horas de viaje. Unas doscientas horas, aproximadamente, con el tiempo que pasemos en Dagda. Y el tiempo que nos lleve llegar allí, naturalmente. No es tanto, en realidad; queda a unas veinte horas.

-Así que estaremos aún un par de semanas por lo menos -dijo ella-. Yo creía que una vez que llegásemos aquí... -Se interrumpió, riendo-. Es una estupidez. ¿Por qué no se inventa algo que permita utilizar el Salto en el espacio interplanetario? Resulta ridículo, cruzamos

cinco años luz en tiempo cero y luego tardamos semanas en llegar a Nueva Escocia.

- ¿Tan pronto se ha cansado de nosotros? Es peor que eso, en realidad. El Salto consume una parte insignificante de nuestro hidrógeno... Bueno, no tan insignificante, pero no es gran cosa comparado con el que tendremos que consumir para llegar a Nueva Escocia. No tengo bastante combustible a bordo para ir directamente, en realidad tardaría por lo menos un año, pero hay más que suficiente para hacer un Salto. Todo lo que se necesita es energía suficiente para entrar en el hiperespacio.

Sally cogió una taza de café que le ofrecía el camarero. Estaba acostumbrándose a aquel café de la Marina, que no se parecía a ningún otro de la galaxia.

-Así que tendremos que tener paciencia -dijo ella.

- Eso me temo. He hecho viajes en los que era más rápido pasar a otro punto Alderson, hacer un salto, desviarse a un nuevo sistema, saltar a otro punto, seguir haciendo esto hasta volver al sistema original en un punto distinto... hacer todo eso resultaba más rápido que, simplemente, cruzar el sistema original por el espacio normal. Pero esta vez no, la posición geométrica no es la adecuada.

- Qué lástima -dijo ella riendo-. Veríamos más sectores del universo por el mismo precio.

No dijo que se sentía aburrida; pero Rod pensó que lo estaba, y que poco podía hacer él para impedirlo. No disponía de tiempo para dedicárselo a ella, y no había gran cosa que ver en el viaje.

-ATENCIÓN. ATENCIÓN. PREPÁRENSE PARA CAÍDA LIBRE. Ella apenas si tuvo tiempo para abrocharse el cinturón.

El jefe de comunicaciones, Lud Shattuck, atisbo por su punto de mira, realizando ajustes increíblemente precisos con sus nudosos dedos, increíblemente precisos para aquellos torpes apéndices. Fuera del casco de la MacArthur, un telescopio se movió bajo la dirección de Shattuck hasta dar con un pequeño punto de luz. Se movió luego hasta centrar perfectamente el punto. Shattuck lanzó un gruñido de satisfacción y accionó una palanca. Una antena de máser se ajustó al telescopio mientras la computadora de la nave deducía dónde estaría el punto de luz cuando llegase el mensaje. Un mensaje codificado brotó del carrete de su cinta, mientras los motores posteriores de la MacArthur fundían hidrógeno en helio. La energía recorrió las antenas, energía modulada por la pequeña cinta del cubículo de Shattuck, dirigiéndose hacia Nueva Escocia.

Rod cenaba solo en su camarote cuando llegó la respuesta. El ayudante de guardia miró el encabezamiento y se puso inmediatamente en contacto con Shattuck. Cuatro minutos después el brigadier Whitbread llamaba a la pueda de su capitán.

- ¿Sí? -contestó Rod irritado.

- Hay un mensaje del almirante Cranston, señor...

Rod alzó la vista molesto. No quería comer solo, pero los oficiales habían invitado a cenar a Sally Fowler (después de todo, era su turno), y si Blaine se hubiese invitado a cenar con sus oficiales, habría ido también el señor Bury. Y ahora hasta aquella triste cena en soledad se veía interrumpida.

- ¿No puede esperar?

- Es prioridad OC, señor.

- ¿Prioridad máxima para nosotros? ¿OC? -exclamó Blaine bruscamente, olvidando la gelatina proteínica-. Léamelo, señor Whitbread.

- Sí, señor. A MACARTHUR DE FLOTAIMP. NUEVA ESCOCIA OC OC 8175...

- Omita los códigos de verificación, brigadier. Ya me imagino que los ha comprobado.

- Desde luego, señor. Bueno, continúo señor, fecha, código... SE DIRIGIRA USTED CON MÁXIMA VELOCIDAD POSIBLE REPITO MÁXIMA VELOCIDAD POSIBLE A BRIGIT PARA REPONER COMBUSTIBLE CON PRIORIDAD DOBLE STOP REPONDRÁ USTED COMBUSTIBLE EN MÍNIMO TIEMPO STOP.

»LA MACARTHUR SE DIRIGIRA LUEGO... bueno, señor, nos dan una coordenada del sistema de Nueva Caledonia... o CUALQUIER OTRO VECTOR QUE

ELIJA PARA INTERCEPTAR E INVESTIGAR OBJETO MISTERIOSO QUE HA ENTRADO EN SISTEMA NUEVA CALEDONIA EN ESPACIO NORMAL REPITO ESPACIO NORMAL STOP OBJETO SIGUE VECTOR GALÁCTICO... aquí nos dan un rumbo de la ruta general del Saco de Carbón, señor... A VELOCIDAD APROXIMADA DE SIETE POR CIENTO LA DE LA LUZ STOP VELOCIDAD OBJETO DISMINUYE RÁPIDAMENTE STOP SEGÚN ASTRÓNOMOS UNIVERSIDAD IMPERIAL ESPECTRO DEL INTRUSO ES ESPECTRO SOL NUEVA CALEDONIA AZUL CAMBIADO STOP CONCLUSIÓN OBVIA ES QUE INTRUSOS UTILIZAN COMO PROPULSOR VELA DE LUZ STOP.

»ASTRÓNOMOS UNIVERSIDAD IMPERIAL SEGUROS OBJETO ES ARTEFACTO CONSTRUIDO POR SERES INTELIGENTES STOP PERO NINGUNA COLONIA HUMANA CONOCIDA PARECE SER ORIGEN OBJETO INTRUSO STOP.

«ENVIAMOS CRUCERO LERMONTOV COMO AYUDA PERO NO PUEDE LLEGAR A IGUALAR VELOCIDAD INTRUSO HASTA SETENTA Y UNA HORAS DESPUÉS TIEMPO MÍNIMO QUE VELOCIDAD MACARTHUR SE AJUSTE CON OBJETO STOP ACTÚEN CON PRECAUCIÓN STOP DEBEN SUPONER INTRUSO HOSTIL HASTA QUE DEMUESTRE LO CONTRARIO STOP TIENE USTED ÓRDENES DE MANTENER MÁXIMAS PRECAUCIONES PERO DE NO INICIAR HOSTILIDADES REPITO NO INICIAR HOSTILIDADES STOP.

«DESEARÍA ESTAR AHÍ CZILLER STOP BUENA SUERTE STOP CRANSTON FIN TRANSMISIÓN. Bueno, eso es todo, señor.

Whitbread estaba sin aliento.

- Eso es todo. Eso es mucho, señor Whitbread. -Blaine accionó el intercom-. Sala de oficiales.

- Sala de oficiales, capitán -contestó el brigadier Staley.

- Póngame con Cargill.

El primer teniente parecía irritado. Blaine estaba interrumpiendo su fiesta. Rod sintió cierta satisfacción interna al hacerlo.

- Jack, vaya al puente. Quiero que este pájaro se mueva. Tenemos un tiempo mínimo para llegar a Brigit, quiero decir mínimo. Aunque agote todo el combustible, debemos llegar allí lo antes posible.

- Desde luego, señor. A los pasajeros no va a gustarles.

- Dígales... bueno, salude de mi parte a los pasajeros; se trata de una emergencia de la flota. Lo siento por su fiesta, Jack, pero acomode a sus pasajeros en lechos hidráulicos y ponga en movimiento la nave. Yo estaré en el puente dentro de un minuto.

- Desde luego, señor -el intercom quedó en silencio un instante, luego la voz de Staley resonó por toda la nave-. ATENCION. ATENCION. PREPÁRENSE PARA ACELERACIÓN PROLONGADA POR ENCIMA DE LAS DOS GRAVEDADES. QUE LOS JEFES DE SECCIÓN INDIQUEN CUÁNDO ESTÁN PREPARADOS PARA AUMENTAR LA ACELERACIÓN.

- Muy bien -dijo Blaine; se volvió a Whitbread-. Introduzca los datos de ese condenado vector en la computadora y veamos de dónde vienen los intrusos.

Comprendió que su nerviosismo se traslucía e hizo un esfuerzo para calmarse. Intrusos... ¿alienígenas? ¡Dios santo, vaya situación! Verse ante la posibilidad de un contacto con alienígenas estando al mando de su primera nave, en su primer viaje como comandante.

-Veamos de dónde vienen... -repitió.

Whitbread se aproximó al tablero de mando próximo a la mesa de Blaine. La pantalla se iluminó violentamente, luego aparecieron números.

- ¡Por Dios, Whitbread, no soy matemático! ¡Expréselo en forma gráfica!

- Disculpe, señor.

Whitbread accionó de nuevo los mandos. La pantalla se convirtió en un volumen negro lleno de burbujas y líneas de luz coloreadas. Las burbujas grandes eran estrellas, coloreadas según su género; los vectores de velocidad eran finas líneas verdes, los de aceleración de

color azul, y las rutas proyectadas eran curvas de un rojo apagado. La larga línea verde...

Blaine contempló la pantalla con incredulidad, luego se pasó el dedo por la protuberancia de la nariz.

- De la Paja. Bueno, esto va a ser un infierno. De la Paja, en el espacio normal.

No había ninguna línea de comunicación conocida hasta la estrella del intruso. Esta colgaba aislada, una mancha amarilla junto a la supergigante Ojo de Murcheson. En la cabeza de Rod danzaron visiones de octopoides.

¿Y si fuesen hostiles?, pensó de pronto. Si la MacArthur tenía que combatir con una nave alienígena, necesitaría más reparaciones. Reparaciones que habían aplazado para hacerlas en órbita o varados, y ahora tendrían que hacerlas a dos gravedades. Pero de un modo u otro tendrían que hacerlo.

5
La Cara de Dios

Blaine se abrió paso rápidamente hasta el puente y se acomodó en la silla de mando. Una vez allí puso en marcha el intercom. Un asombrado brigadier Whitbread le miró en la pantalla, desde la cabina del capitán.

- Léamelo, señor -dijo Blaine.

- ¿Cómo? ¿Qué dice, señor?

- Tiene usted abiertos los reglamentos por la sección de normas sobre contacto con alienígenas, ¿no es así? Lea, por favor. -Blaine recordaba haber leído aquellas normas mucho tiempo atrás, por pura curiosidad más que nada. Lo hacían la mayoría de los cadetes.

- Desde luego, señor. -Se veía claramente que Whitbread se preguntaba si el capitán le habría leído el pensamiento, luego pareció concluir que aquello era prerrogativa del capitán; este incidente se convertiría en una leyenda-. «Sección 4500: Primer contacto con seres inteligentes no humanos. Nota: Se considera seres inteligentes a las criaturas que utilizan instrumentos y sistemas de comunicación de forma voluntaria y premeditada.

Subnota: se advierte a los oficiales que deben utilizar su criterio a la hora de aplicar la definición. Las ratas colmeneras de Makasar, por ejemplo, emplean instrumentos y sistemas de comunicación en sus habitáculos, pero no son seres inteligentes.

«Sección 1: Los oficiales que se encuentren con seres inteligentes no humanos deben comunicar la existencia de estos alienígenas al mando más próximo de la Flota. Todas las demás tareas se considerarán secundarias frente a ésta. Sección 2: Una vez cumplido el objetivo descrito en la sección primera, los oficiales procurarán establecer comunicación con los alienígenas, teniendo en cuenta, sin embargo, que no están autorizados a hacerlo arriesgando la unidad a su mando, a menos que así se lo ordene una autoridad superior. Aunque los oficiales no deben iniciar hostilidades, se considerará en principio hostiles a las criaturas inteligentes no humanas. Sección 3...»

Whitbread fue interrumpido por el último aviso de aceleración. Blaine hizo un gesto de reconocimiento al oficial y se acomodó en su asiento. De todos modos, las normas probablemente no fuesen de gran utilidad. Se referían sobre todo a contactos iniciales sin aviso previo, y en este caso el mando de la Flota sabía muy bien que la MacArthur iba a interceptar una nave alienígena.

La gravedad de la nave se elevó lo bastante lentamente para dar tiempo a la tripulación a ajustarse, todo un minuto para elevarse a tres gravedades. Blaine sintió que se asentaban en su silla de aceleración doscientos sesenta kilos. Los tripulantes estarían moviéndose por toda la nave con la minuciosa atención que uno presta cuando levanta pesos, pero no era una aceleración inmovilizadora. Al menos para un joven. Para Bury sería duro, pero el comerciante no tendría problemas si permanecía en su lecho de gravedad.

Blaine se sentía muy a gusto en su silla. Tenía un cabezal, controles manuales, una pequeña repisa y podía hacerla girar de modo que controlase todo el puente sin esfuerzo; tenía

incluso un tubo personal de desagüe. Las naves de guerra estaban diseñadas para largos períodos de alta gravedad.

Blaine accionó los controles de su pantalla y apareció sobre él un gráfico en tres dimensiones. Accionó la palanca de aislamiento para que no pudiese verle el resto de la tripulación. A su alrededor los oficiales del puente atendían a sus deberes: Cargill y el piloto jefe, Renners, estaban junto a la estación de astrogación, el brigadier Staley se sentaba junto al piloto, para ayudarle si era necesario, pero sobre todo porque quería aprender a manejar la nave. Los largos dedos de Blaine se movieron sobre los controles de la pantalla.

Una larga línea verde de velocidad, un corto vector de color azul señalando en dirección opuesta... con una pequeña bola blanca en medio. Vaya. El intruso venía directamente de la dirección de la Paja y desaceleraba directamente en el sistema de Nueva Caledonia... y era algo mayor que el satélite de la Tierra. Un objeto en forma de nave habría sido un punto sin dimensiones.

Era una buena cosa que Whitbread no se hubiese dado cuenta de esto. Habría murmuraciones, correrían cuentos entre los tripulantes, los bisoños se asustarían... Blaine sintió también el sabor metálico del miedo. Dios santo, qué grande era.

- Pero necesitaban sin duda una cosa de ese tamaño -murmuró Rod.

¡Treinta y cinco años luz a través del espacio normal! Ninguna civilización humana había conseguido una cosa así. De todos modos, ¿cómo esperaba el almirante que la «investigase»? Y mucho menos que la interceptase... ¿debería abordarla con infantes de marina?

¿Qué demonios sería una vela de luz?

- Rumbo a Brigit trazado, señor -anunció el piloto jefe Renner. Blaine salió de su ensueño y accionó de nuevo los controles de sus pantallas. Apareció el rumbo en un gráfico bajo los cuadros de cifras.

Aprobado -dijo laboriosamente. Luego volvió a situar aquel objeto increíblemente grande en su pantalla. Bruscamente, sacó su computadora de bolsillo y tecleó apresurado. Fluyeron por su superficie palabras y números mientras él asentía...

Por supuesto la presión de la luz podía utilizarse como medio de propulsión. De hecho la MacArthur hacía exactamente eso, utilizando fusión hidrogénica para generar fotones y emitirlos en un cono de luz enormemente ampliado. Un espejo reflector podía utilizar la luz exterior como propulsión y duplicar su eficacia. Naturalmente el espejo debía ser lo mayor y lo más ligero posible, y reflejar a ser posible toda la luz que cayese sobre él.

Blaine sonrió para sí. ¡Había estado preparándose para atacar un planeta capaz de recorrer el espacio como una nave con su crucero de combate a medio reparar! Naturalmente la computadora había pintado un objeto de aquel tamaño como un globo. En realidad, probablemente fuese una lámina de tejido plateado de miles de kilómetros de anchura, fijada con obenques ajustables a la masa que sería la nave propiamente dicha.

En realidad, con un albedo de uno... Blaine trazó un rápido esquema. La vela de luz necesitaría unos ocho millones de kilómetros cuadrados de área. Si fuese circular, tendría unos tres mil de anchura...

Utilizaba la luz como fuerza impulsora, así que... Blaine extrajo la deceleración de la nave intrusa, la comparó con la luz total reflejada, dividió... vela y peso total formaban una masa de unos cuatrocientos cincuenta mil kilos.

Aquello no parecía peligroso.

De hecho, no daba la sensación de una nave espacial en funcionamiento, ni que pudiese recorrer treinta y cinco años luz por el espacio normal. Los pilotos alienígenas se volverían locos con tan poco espacio... a menos que fuesen muy pequeños o que les gustase el hacinamiento, o hubiesen pasado varios centenares de años viviendo en globos hinchados de finas y delicadas paredes... no. Había demasiado pocos datos y demasiado campo para la especulación. Aun así no podía hacer otra cosa. Se rascó su protuberante nariz.

Cuando se disponía a despejar las pantallas, lo pensó mejor y aumentó la ampliación. Estuvo contemplando el resultado largo rato y luego lanzó un suave juramento. La nave

intrusa se encaminaba en línea recta hacia el sol.

La MacArthur desaceleró a casi tres gravedades en órbita directa alrededor de Brigit; luego descendió al Campo Langston protector de la base, un pequeño dardo negro hundiéndose hacia una almohada tremendamente blanca, los dos unidos por un hilo de blanco intenso. Si el Campo no absorbiese la energía de empuje, el impulsor principal habría abierto enormes cráteres en aquella luna que era como una bola de nieve.

El personal de la estación de aprovisionamiento se apresuró a realizar sus tareas. En los complejos depósitos de la MacArthur fue derramándose hidrógeno líquido, electrolizado del pulposo hielo de Brigit y destilado después de su licuefacción. Al mismo tiempo Sinclair condujo fuera a sus hombres. Los tripulantes se desparramaron por la nave para aprovechar la baja gravedad del vehículo en aquella posición. Los contramaestres chillaban a los encargados de suministros al ver que Brigit iba quedándose sin piezas de repuesto.

- El teniente Frenzi pide permiso para subir a bordo, señor -dijo el oficial de guardia. Rod frunció el ceño.

- Que suba. -Se volvió a Sally Fowler, que estaba sentada en el asiento de observación del brigadier.

- Piense que tendremos que acelerar a gravedades elevadas durante todo el camino para poder interceptarles... Ya sabe lo que eso significa. Además, ¡es una misión peligrosa!

- Bah. Sus órdenes fueron llevarme a Nueva Escocia -replicó ella-. Nada decían de dejarme sobre una bola de nieve.

-Aquéllas fueron órdenes generales. Si Cziller hubiese sabido de este grave riesgo, nunca la habría dejado subir a bordo. Como capitán de esta nave me corresponde decidir, y digo que no voy a llevar a la sobrina del senador Fowler a un posible combate.

- Oh -lo pensó un momento; el enfoque directo no había resultado-. Rod, escuche. Por favor. Considera usted esto una tremenda aventura, ¿verdad? ¿Qué cree que siento yo? Sean alienígenas o sean sólo colonos perdidos que intentan encontrar de nuevo el Imperio, éste es mi campo. Es lo que yo he estudiado, y soy el único antropólogo que hay a bordo. Usted me necesita.

- Podemos arreglárnoslas solos. Es demasiado peligroso.

- Pero deja usted que el señor Bury siga a bordo.

- No es que le deje. El almirante me ordenó concretamente mantenerle en la nave. No tengo otra alternativa con él, pero sí con usted y con sus criados...

- Si se trata de Adam y de Annie, si está preocupado por ellos, los dejaremos aquí. De todos modos no podrían soportar la aceleración. Pero yo puedo soportar cualquier cosa que pueda soportar usted, mi señor capitán Roderick Blaine. Le he visto después de un Salto hiperespacial, desconcertado, mirando a su alrededor sin saber qué hacer, y yo fui capaz de salir de mi cabina y llegar caminando hasta aquí, hasta el puente. ¡No me trate, pues, como a un ser desvalido! Y deje que me quede aquí, porque si no...

- Si no ¿qué?

- Nada, por supuesto. Sé que no puedo amenazarle con nada. Pero ¿querrá hacerme ese favor, Rod? -Lo intentaba todo; incluso bajar los ojos, y esto fue demasiado para Rod, que rompió a reír.

- El teniente Frenzi, señor -anunció el infante de marina que estaba de centinela a la entrada del puente.

- Entre, Romeo, entre -dijo Rod con más cordialidad de la que sentía.

Frenzi tenía treinta y cinco años, diez más que Blaine, que había servido a sus órdenes durante tres meses y había sido el período más triste que recordaba. Frenzi era un buen administrador, pero un oficial espantoso.

El recién llegado miró por todo el puente, la mandíbula inferior muy adelantada.

- Hola, Blaine. ¿Dónde está el capitán Cziller?

- En Nueva Chicago -dijo Rod complacido-. Ahora estoy yo al mando de la MacArthur. -Se volvió para que Frenzi pudiese ver los cuatro anillos en ambas mangas. Frenzi arrugó la cara.

- Felicidades. -Hubo una larga pausa-. Señor.

- Gracias, Romeo. Aún me cuesta trabajo acostumbrarme también a mí.

- Bueno, saldré y diré a los hombres que no se apresuren con el combustible, ¿verdad? -dijo Frenzi. Se volvió para irse.

- ¿Qué demonios quiere decir con eso? Tengo una prioridad doble A-I. ¿Quiere ver el mensaje?

- Lo he visto. Enviaron una copia a la estación, Blaine... perdón, capitán. Pero el mensaje indica claramente que el almirante Cranston cree que Cziller está aún al mando de la MacArthur. Con todo respeto, señor, creo que no habría enviado esta nave a interceptar a una posible nave alienígena si supiese que iba al mando de un... un joven oficial que es la primera vez que ostenta el mando de una nave. Señor.

Antes de que Blaine pudiese contestar, habló Sally.

- He visto el mensaje, teniente, e iba dirigido a la MacArthur, no a Cziller. Y concedía a la nave prioridad para reponer combustible. Frenzi la miró fríamente.

- La Lermontov será mucho más adecuada para esta operación, según creo. Perdone, capitán, pero he de volver a mi puesto. -Miró de nuevo hoscamente a Sally-. No sabía que empleasen mujeres sin uniforme como pilotos.

- Da la casualidad de que soy la sobrina del senador Fowler y estoy a bordo de esta nave por órdenes del Almirantazgo, teniente -dijo ella con acritud-. Me asombra su descortesía. Mi familia no está acostumbrada a un tratamiento como éste, y estoy segura de que mis amistades de la Corte se asombrarán de que un oficial del Imperio se comporte de modo tan grosero.

Frenzi enrojeció y miró a su alrededor muy nervioso.

- Discúlpeme, señora. No pretendía ofenderla, se lo aseguro... Me sorprendió su presencia aquí porque es poco frecuente que haya mujeres a bordo de las naves de guerra, y aún más tratándose de una joven dama tan atractiva como usted... Le ruego me perdone...

Su voz se fue perdiendo a medida que salía del puente.

- Bueno, ¿por qué no reacciona usted también así? -preguntó Sally sonoramente. Rod sonrió y luego se levantó de un salto de su asiento.

- ¡Comunicará a Cranston que soy yo quien manda la nave! Tardará aproximadamente una hora en llegar el mensaje a Nueva Escocia y la contestación tardará por lo menos otra. -Accionó los controles del intercom-.

ME DIRIJO A TODA LA TRIPULACIÓN. SOY EL CAPITÁN. DEBEMOS PARTIR EN CIENTO VEINTICINCO MINUTOS. DEBEMOS PARTIR EN CIENTO VEINTICINCO MINUTOS. Si NO ESTÁN USTEDES A BORDO LES DEJAREMOS ATRÁS.

- Ése es el sistema -gritó Sally animándole-. Déjele que envíe sus mensajes. - Mientras Blaine se volvía para dar prisa a la tripulación, ella abandonó el puente y fue a ocultarse en su camarote.

Rod hizo otra llamada.

- Teniente Sinclair. Comuníqueme si hay algún retraso ahí.

Si Frenzi intentaba retrasar las operaciones, podría destituirle. Desde luego que lo haría... hacía mucho que soñaba con darle una lección a Frenzi.

Llegaron los informes. Cargill llegó al puente con una serie de órdenes de transferencia y una expresión satisfecha. Los contramaestres de la MacArthur, con copias del mensaje de prioridad en la mano, habían ido a buscar a los mejores hombres de Brigit.

Nuevos y viejos tripulantes andaban por la nave, sacando el equipo dañado y colocando apresuradamente piezas de repuesto del depósito de suministros de Brigit, revisando o colocando y pasando en seguida a la tarea siguiente. Otras piezas de repuesto se almacenaban en cuanto llegaban. Más tarde podrían utilizarlas para reemplazar los instrumentos de Sinclair que parecían fundidos... si es que alguien podía descubrir un modo de desmontarlos. Era bastante difícil determinar lo que había dentro de una de aquellas cajas negras regularizadas. Rod localizó un calentador microondular e hizo que lo enviasen a la sala de oficiales; a Cargill le gustaría.

Cuando la reposición de combustible había casi concluido, Rod se colocó su traje de presión y salió. No era necesaria su inspección, pero el saber que el capitán estaba al tanto de todo estimulaba la moral de la tripulación. Allí fuera, Rod buscó a la nave intrusa.

La Cara de Dios le contemplaba desde el espacio.

El Saco de Carbón era una masa nebulosa de polvo y gas, pequeña desde aquella distancia pese a tener de veinticuatro a treinta años luz de espesor, pero densa y lo bastante próxima a Nueva Caledonia como para bloquear una cuarta parte del cielo. La Tierra y la Capital Imperial, Esparta, quedaban invisibles al otro lado. La esparcida negrura ocultaba la mayor parte del Imperio, pero constituía un fino y aterciopelado telón de fondo para dos estrellas próximas y luminosas.

Incluso sin ese telón de fondo, el Ojo de Murcheson era la estrella más brillante del cielo: una gran gigante roja a treinta y cinco años luz de distancia. La mancha blanca que había a un lado era su estrella compañera, una enana amarilla, más pequeña, más difusa y menos interesante: la Paja. Visto desde allí el Saco de Carbón tenía la forma de un hombre encapuchado, con cabeza y hombros; y la supergigante roja descentrada se convertía en un ojo atento y malévolo.

La Cara de Dios. Era una vista famosa en todo el Imperio, aquel panorama extraordinario del Saco de Carbón visto desde Nueva Caledonia. Pero allí, en el frío del espacio, resultaba distinto. En una fotografía parecía un saco de carbón. Allí era real.

Y algo que no podía ver avanzaba hacia él desde la Paja en el Ojo de Dios.

6 - La vela de luz

Una gravedad sólo... con sensaciones de náusea cuando la MacArthur enfiló el rumbo de intercepción previsto. La red elástica le mantuvo fijado a la silla de aceleración durante los escasos minutos de gravedad cambiante pero normal... minutos, sospechaba Rod, que pronto consideraría retrospectivamente con nostalgia.

Kevin Renner había tripulado un navío mercante interestelar antes de incorporarse a la MacArthur como piloto. Era un hombre delgado de rostro flaco, diez años más viejo que Blaine. Cuando Rod situó su silla de aceleración tras él, Renner ajustaba curvas en una pantalla visual; y su sonrisa satisfecha no correspondía a un hombre de la Marina.

- ¿Ajustado el rumbo, teniente Renner?

- Sí, señor -contestó animosamente Kevin Renner-. ¡Directamente hacia el sol a cuatro gravedades!

Blaine rechazó el deseo de comprobarlo.

-Adelante.

Las alarmas de aviso sonaron y la MacArthur aceleró. La tripulación y los pasajeros sintieron que su peso se asentaba más profundamente en literas y sillas, y se prepararon para varios días de peso excesivo.

- Bromeaba usted, ¿verdad? -preguntó Blaine. El piloto le miró quisquillosamente. -Ya sabe que se trata de un sistema de propulsión basado en la luz, ¿no?

- Naturalmente.

- Entonces mire allí. -Renner trazó una curva verde en la pantalla visual, una parábola que se elevaba agudamente hacia la derecha-. La luz solar por centímetro cuadrado que incide sobre una vela de luz decrece proporcionalmente al cuadrado de la distancia de la estrella. La aceleración varía en proporción directa a la luz solar reflejada desde la vela.

- Por supuesto, señor Renner. Explíquese.

Renner trazó otra parábola, muy parecida a la primera, pero azul.

- El viento estelar puede también impulsar una vela de luz. El empuje varía más o menos igual. La diferencia importante es que el viento estelar lo forman núcleos atómicos. Se fijan donde golpean la vela. El impulso se transfiere directamente... y es todo radial respecto al sol.

- No se puede virar por avante contra él -comprendió de pronto Blaine-. No puedes virar por avante contra la luz inclinando la vela; el viento estelar siempre te aleja en línea recta del

sol.

- Exactamente. Así que, capitán, supongamos que penetramos en un sistema al siete por ciento de la velocidad de la luz y que queremos parar. ¿Qué haríamos?

- Soltar todo el peso posible -musitó Blaine-. Bueno... no veo dónde está el problema. Ellos deben de haber despegado de ese mismo modo.

- No lo creo. Se mueven demasiado aprisa. Pero aceptemos eso por un minuto. Lo que cuenta es que se mueven demasiado aprisa para parar, a menos que se aproximen mucho al sol, realmente mucho. Los intrusos se dirigen en realidad directamente hacia el sol. Probablemente la nave vire mucho después de que la luz solar la haya desacelerado lo suficiente... siempre que no se haya fundido o se hayan partido los obenques o se le haya rasgado la vela. Llegarán tan cerca que tendrán que desviarse en ángulo recto; no tienen elección.

-Ah -dijo Blaine.

- Ni que decir tiene -añadió Renner- que cuando ajustemos nuestro rumbo al suyo, también tendremos que movernos directamente hacia el sol...

- ¿A un siete por ciento de la velocidad de la luz?

-A un seis. Los intrusos habrán disminuido un poco su velocidad por entonces. Nos llevará ciento veinticinco horas, con cuatro gravedades la mayor parte del tiempo, reduciendo un poco al final.

-Va a ser duro para todos -dijo Blaine, y de pronto se preguntó, con retraso, si Sally Fowler habría desembarcado realmente-. Sobre todo para los pasajeros. ¿No sería posible otro rumbo más fácil?

- Lo sería, señor -repuso instantáneamente Renner-. Puedo hacer lo mismo en ciento setenta horas sin llegar nunca a superar las dos gravedades y media... y ahorrar además algo de combustible, porque la sonda tendrá más tiempo para aminorar. El rumbo en que estamos ahora nos llevará a Nueva Irlanda con tanques secos, suponiendo que llevemos al intruso a remolque.

- Tanques secos. Pero a usted le gusta más este rumbo. Rod empezaba a detestar al piloto y aquella sonrisa que implicaba constantemente que el capitán había olvidado algo esencial y evidente.

- Dígame por qué -añadió.

- Pienso -dijo el piloto- que el intruso podría ser hostil.

- Sí. ¿Y qué?

- Si siguiésemos su mismo rumbo y nos dañasen los motores...

- Caeríamos en el sol a un seis por ciento de la velocidad de la luz. Comprendo. Así que usted pretende que les alcancemos lo más lejos posible de Cal, para tener un cierto margen de maniobra.

- Eso mismo, señor. Exactamente.

- Muy bien. Le gusta esto, ¿verdad, señor Renner?

- No me lo habría perdido por nada del mundo, señor. ¿Y a usted?

- Continúe, señor Renner.

Blaine guió su silla de aceleración hasta otra pantalla y comenzó a comprobar el rumbo del piloto. Le indicó que podía darles casi una hora de una sola gravedad inmediatamente antes de la intercepción, para que todos tuviesen posibilidad de recuperarse. Renner aceptó con un entusiasmo estúpido y se puso a trabajar en el cambio.

«Pueden serme muy útiles los amigos a bordo de mi nave -solía decir el capitán Cziller a sus oficiales- pero los cambiaría todos por un piloto competente.»

Renner era competente. Renner era también un sabihondo; pero era un buen arreglo. Rod se conformaría con un sabihondo competente.

A cuatro gravedades nadie caminaba, nadie alzaba nada. Las respuestas de la caja negra de la bodega seguían allí mientras la MacArthur continuaba con las chapuzas de Sinclair. La

mayoría de los miembros de la tripulación trabajaban desde sus literas, o en sillas móviles, o no trabajaban.

En otras secciones se entretenían con complicados juegos de palabras, o especulaban sobre el próximo encuentro, o contaban historias. La mitad de las pantallas de la nave mostraban lo mismo: un disco como el sol, con el Ojo de Murcheson tras él y el Saco de Carbón como telón de fondo.

Los indicadores de la cabina de Sally reflejaban consumo de oxígeno. Rod dijo palabras de potente y malévola magia en voz alta. Estuvo a punto de llamarla luego, pero lo pospuso. En vez de llamarla a ella llamó a Bury.

Bury estaba en el baño de gravedad: una película de mylar sobre líquido muy elástica. Sólo se veían su cara y sus manos por encima de la curvada superficie. Su cara parecía vieja... mostraba casi su verdadera edad.

- Capitán, decidió usted no dejarme en Brigit. Ha preferido llevar a un civil a un posible combate. ¿Puedo preguntarle por qué?

- Desde luego, señor Bury. Supuse que le sería más incómodo quedar aislado en una bola de hielo sin ningún medio de transporte garantizado. Quizás me equivoqué.

Bury sonrió... o al menos intentó hacerlo. Todos los hombres de a bordo parecían tener doble edad de la que tenían, con cuatro gravedades pesando sobre la piel de sus rostros. Bury sonrió como si levantara un peso.

- No, capitán, no se equivocó usted. Vi sus órdenes en la sala de oficiales. Sí. Vamos al encuentro de una nave espacial no humana.

- Eso es lo que parece, desde luego.

- Quizás tengan cosas que intercambiar. Sobre todo si vienen de un mundo no terrestre. Ojalá. Capitán, ¿me mantendrá informado de lo que suceda?

- Probablemente no tenga tiempo -dijo Blaine, eligiendo la más cortés de las diversas respuestas que se le ocurrieron.

- Claro, por supuesto. No quería decir personalmente. Sólo quiero tener acceso a las informaciones sobre nuestro avance. A mi edad no me atrevo a moverme de esta bañera de goma mientras dure nuestro viaje. ¿Cuánto tiempo seguiremos a cuatro gravedades?

- Ciento veinticinco horas. Ciento veinticuatro ya.

- Gracias, capitán. -Bury se desvaneció de la pantalla.

Rod se frotó la nariz pensativo. ¿Conocía Bury su situación a bordo de la MacArthur? En realidad daba igual. Pasó al camarote de Sally.

Esta parecía como si no hubiese dormido en una semana o no hubiese sonreído en años.

- Hola, Sally -dijo Blaine-. ¿Lamenta haber venido?

-Ya le dije que puedo soportar todo lo que pueda soportar usted -dijo sosegadamente Sally.

Se apoyó en los brazos de su asiento y se levantó. Extendió luego los brazos para demostrar su capacidad de movimiento.

- Tenga cuidado -dijo Blaine intentando mantener la voz serena-. No haga movimientos bruscos. Mantenga las rodillas derechas. Puede partirse la espalda sólo sentándose. Ahora permanezca erguida, pero extienda las manos hacia atrás. Apóyese en los brazos del asiento antes de intentar doblarse por la cintura...

Ella no creyó que fuese tan peligroso hasta que empezó a sentarse. Entonces sintió un nudo en los músculos de los brazos, brilló en sus ojos el pánico y se sentó con excesiva brusquedad, como si la gravedad de la MacArthur la hubiese chupado.

- ¿Se ha hecho daño?

- No -contestó ella-. Sólo se ha dañado mi orgullo.

- Entonces no se mueva de esa silla. ¡Maldita sea! ¿Acaso me ha visto a mí ponerme de pie? No, ¿verdad? ¡Y no me verá!

- Está bien. -Sally giró la cabeza a un lado y a otro. Evidentemente se sentía mareada por el esfuerzo.

- ¿Ha mandado marchar a sus criados?

- Sí. Tuve que engañarles... no habrían querido irse sin mi equipaje

- rió, y era una risa de vieja-. Lo que llevo puesto es todo lo que poseo hasta que lleguemos a Nueva Caledonia.

- ¿Dice que los engañó? Supongo que como me engañó a mí. Debí hacer que Kelley la desembarcara. -La voz de Rod era áspera. Sabía que parecería el doble de viejo, un inválido en una silla de ruedas-. En fin

- añadió-, está usted a bordo. Ahora no puedo echarla.

- Piense que puedo ayudarle. Soy antropóloga -pestañeó ante la idea de intentar levantarse otra vez-. ¿Puedo comunicarme con usted a través del intercom?

- Le responderá el guardiamarina que esté de guardia. Si necesita usted hablar realmente conmigo dígaselo a él. Pero, Sally... éste es un navío de guerra. Esos alienígenas quizás no sean amistosos. ¡Recuerde, por amor de Dios, que mis oficiales de guardia no tienen tiempo para una discusión científica en mitad de un combate!

- Lo sé. Podría atribuirme por lo menos un poco de sentido común -intentó reír-. Aunque me dedique a ponerme de pie imprudentemente con cuatro gravedades.

- De acuerdo. Ahora hágame otro favor. Métase en su baño de gravedad

- ¿He de quitarme la ropa para eso?

Blaine no pudo ruborizarse; no afluía suficiente sangre a su cabeza.

- Es una buena idea, sobre todo si tiene hebillas. Apague el sistema visual del comunicador.

- De acuerdo.

-Y tenga cuidado. Puedo enviarle a algún tripulante casado para que le ayude a...

- No, gracias.

- Entonces espere. Tendremos unos cuantos minutos de gravedad más baja a intervalos. ¡No se levante de esa silla sola con esta gravedad!

No se sentía ni mucho menos tentada a hacerlo. Con una experiencia le bastaba.

- La Lermontov llama de nuevo -dijo Whitbread.

- Olvídelo. No conteste.

- De acuerdo, señor. No contestaremos.

Rod suponía lo que deseaban los de la otra nave. La Lermontov quería abordar primero al intruso... pero cuando la nave hermana de la MacArthur pudiese aproximarse a los alienígenas el sol estaría ya demasiado cerca. Era mejor interceptarla donde hubiese más espacio para maniobrar.

Al menos eso era lo que Rod decía. Podía confiar en Whitbread y en la gente de comunicaciones; las señales de la Lermontov no se reseñarían.

Tres días y medio. Dos minutos de una gravedad y media cada cuatro horas para cambiar la guardia, coger objetos olvidados, cambiar de posiciones; luego sonaban las señales y volvía el peso excesivo.

Al principio la proa de la MacArthur había tomado un ángulo de sesenta grados respecto a Cal. Tenían que ajustarse al rumbo de los intrusos. Logrado esto, la MacArthur giró de nuevo. Su proa enfiló hacia la estrella más brillante de los cielos.

Cal empezó a crecer. Cambió también de color, pero levemente. Nadie advertiría aquel tono azul a simple vista. Lo que los hombres veían en las pantallas era que la estrella más brillante se había convertido en un disco y crecía de hora en hora.

No aumentaba su brillo porque las pantallas lo mantenían constante; pero el pequeño disco solar iba haciéndose amenazadoramente grande, y quedaba situado directamente enfrente. Tras ellos había otro disco del mismo color, el blanco de una estrella F8. También ella crecía de hora en hora. La MacArthur estaba emparedada entre dos estrellas enfrentadas.

Al segundo día Staley llegó con un nuevo brigadier al puente, ambos en sillas de aceleración móviles. Salvo por una breve entrevista en Brigit, Rod no conocía al brigadier: Gavin Potter, un muchacho de dieciséis años de

Hueva Escocia. Potter era alto para su edad. Parecía encogerse, como si temiese que fijaran la atención en él.

Blaine pensó que Potter estaba simplemente mirando la nave; una buena idea, pues si los intrusos resultaban ser hostiles, el muchacho tendría que moverse por la MacArthur y debía conocerla bien... posiblemente tuviese que hacerlo en la oscuridad y con gravedad variable.

Evidentemente Staley se proponía algo. Blaine lo comprendió al advertir que intentaba llamar su atención.

- ¿Sí, señor Staley?

- Éste es el brigadier Gavin Potter, señor -dijo Staley-. Me ha dicho algo que creo que le gustaría a usted oír.

- Muy bien, adelante. -En alta gravedad se agradecía cualquier distracción.

- Había una iglesia en nuestra calle, señor. En un pueblo agrícola de Nueva Escocia. -La voz de Potter era suave y apagada, y hablaba cuidadosamente, intentando borrar el acento.

- Una iglesia -dijo Blaine animándose-. No una iglesia ortodoxa, supongo...

- No, no señor. Una Iglesia de El. No hay muchos miembros. Una vez un amigo y yo nos colamos dentro, en plan de broma.

- ¿Y les cogieron?

- Sé que cuento esto muy mal, señor. Lo siento, es que... había una gran imagen holográfica antigua del Ojo de Murcheson y el Saco de Carbón. La Cara de Dios, exactamente como en las postales. Sólo que era distinto en esta imagen. El Ojo era mucho más luminoso que ahora, y era verdeazul, no rojo. Con una mancha roja en el borde.

- Podría haber sido una imagen retocada -sugirió Blaine.

Sacó su computadora de bolsillo y marcó «Iglesia de Él» y luego extrajo la información. La caja estaba ligada a la biblioteca de la nave y comenzó a aparecer información en su superficie.

- La computadora dice que la Iglesia de Él cree que el Saco de Carbón, con ese Ojo rojo que aparece, es en realidad la Cara de Dios. ¿No lo retocarían para hacer el ojo más impresionante?

Rod continuó pareciendo interesado; era hora ya de decir algo sobre perder el tiempo cuando los guardiamarinas andaban por medio. Si estaban perdiendo el tiempo...

- Pero... -dijo Potter.

- Señor... -dijo Staley, inclinándose demasiado hacia adelante en su silla.

- Uno a uno. Diga, señor Staley.

- No sólo pregunté a Potter, señor. Hice comprobaciones con el teniente Sinclair. Él dice que su abuelo le contó que la Paja fue en tiempos más brillante que el Ojo de Murcheson, y de un verde claro. Y Gavin describe esa imagen holográfica de tal modo que... bueno, señor, las estrellas no irradian todas un color. Así que...

- Mayor motivo aún para pensar que la imagen fue retocada. Pero resulta curioso, con ese intruso viniendo directamente de la Paja...

- Luz -dijo Potter con firmeza.

- ¡Vela de luz! -exclamó Rod comprendiendo de pronto-. Buena idea -toda la tripulación se volvió a mirar al capitán-. ¡Renner! ¿Decía usted que el intruso se movía a mayor velocidad de lo que debería moverse?

-Así es, señor -contestó Renner desde su puesto al otro lado del puente -. Si despegó de un mundo habitable y hubo de rodear la Paja.

- ¿Podrían haber utilizado una batería de cañón láser?

- Desde luego, ¿por qué no? -Renner se volvió-. En realidad, se puede realizar el lanzamiento con una batería pequeña, y luego efectuar más descargas de láser cuando el vehículo vaya alejándose. De ese modo se consigue una ventaja tremenda. Si algo falla lo tienes siempre allí, en tu sistema, para repararlo.

- Es como dejar el motor en casa -exclamó Potter- y poder seguir utilizándolo.

- Bueno, hay problemas de eficacia. Depende de cómo pueda manejarse el rayo -contestó Renner-. Lástima que no pueda utilizarse también para frenar. ¿Tiene usted algún motivo para creer...?

Rod les dejó explicando al piloto las variaciones de la Paja. En cuanto a él mismo, no se preocupó particularmente del caso. Su problema era: ¿qué haría ahora el intruso?

Faltaban veinte horas para el encuentro cuando Renner llegó al puesto de Blaine y pidió permiso para utilizar las pantallas del capitán. Al parecer Renner no podía hablar sin una pantalla visual conectada a una computadora. Con sólo la voz se sentía como mudo.

- Mire, capitán dijo, y visualizó sobre la pantalla un sector de la región estelar inmediata-. Los intrusos vienen de aquí. Los que lanzaron esa nave dispararon un cañón láser, o una serie de cañones láser (probablemente una serie de ellos en asteroides, con espejos para centrarlos) durante aproximadamente cuarenta y cinco años, para que el intruso tuviese un rayo sobre el que viajar. El rayo y el intruso vienen directamente de la Paja.

- Pero tendría que haber antecedentes -dijo Blaine-. Alguien habría visto que la Paja arrojaba un haz de luz coherente.

- ¿Conoce usted los archivos de Nueva Escocia? -preguntó Renner encogiéndose de hombros-. No se distinguen por su calidad.

-Veamos.

Tardó sólo unos instantes en enterarse de que los datos astronómicos de Nueva Escocia eran inseguros, y que debido a ello no se incluían en la biblioteca de la MacArthur reseñas de los archivos.

- Bien, supongamos que tiene usted razón.

- Pero ésa es la cuestión: no es correcto, capitán -protestó Renner-. Vea, es imposible girar en el espacio interestelar. Lo que ellos tendrían que haber hecho -La nueva ruta se apartaba levemente de la Paja respecto a la primera. -De nuevo costean la mayor parte del camino. En este punto (el intruso habría estado bastante más allá de Nueva Caledonia) nosotros cargamos la nave hasta los diez millones de voltios. El campo magnético de fondo de la galaxia da a la nave una media vuelta, y la nave viene hacia el sistema de Nueva Caledonia desde atrás. Entre tanto, el que maneja el rayo lo ha apagado durante ciento cincuenta años. Ahora lo enciende de nuevo. La sonda utiliza el rayo para frenar.

- ¿Está usted seguro de que el efecto funcionaría?

- ¡Eso es física elemental! Y los campos magnéticos interestelares están claramente localizados, capitán.

- Bien, entonces, ¿por qué no lo utilizaron?

- No lo sé -exclamó Renner, con frustración-. Quizás simplemente no pensaran en eso. Puede que tuviesen miedo a que los láseres no se mantuvieran. Quizás no confiaran en los que se quedaron atrás para manejarlos. Capitán, sencillamente no sabemos bastante sobre ello.

- Lo sé, Renner. ¿Por qué devanarnos los sesos cavilando sobre esto? Con un poco de suerte, podremos preguntárselo muy pronto. Una lenta y reacia sonrisa se dibujó en la cara de Renner

- Bueno, es pura verificación.

- Oh, vaya a dormir un poco.

El ruido de los altavoces despertó a Rod:

«CAMBIO DE GRAVEDAD EN DIEZ MINUTOS. PREPÁRENSE PARA PASAR A UNA GRAVEDAD EN DIEZ MINUTOS».

Blaine sonrió -¡una gravedad!- y sintió que la sonrisa era tensa. Faltaba una hora para alcanzar a los intrusos. Activó sus pantallas visuales y vio un rayo de luz en ambas direcciones. La MacArthur estaba emparedada entre dos soles. Ahora Cal era tan grande como El Sol visto desde Venus, pero más brillante; Cal era una estrella más cálida. El intruso era un disco más pequeño, pero aún más luminoso. La vela era cóncava. Significaba una gran esfuerzo el simple acto de utilizar el intercom.

- Sinclair.

-Aquí ingeniería. Diga, capitán.

Rod observó satisfecho que Sinclair estaba en un lecho hidráulico.

- ¿Cómo se mantiene el Campo, Sandy?

- Muy bien, capitán. Temperatura constante.

- Gracias -dijo Rod complacido.

El Campo Langston absorbía la energía; era su función básica. Absorbía incluso la energía cinética del gas en explosión o las partículas de radiación, con una eficacia proporcional al cubo de las velocidades de entrada. En combate, la furia infernal de los torpedos de hidrógeno y las energías fotónicas concentradas de los lásers golpeaban el Campo y eran dispersadas, absorbidas y contenidas. Al incrementarse los niveles energéticos, el Campo comenzaba a iluminarse, convirtiéndose su negro absoluto en rojo, naranja, amarillo, y siguiendo así el espectro hasta el violeta.

Ese era el problema básico del Campo Langston. Tenía que rechazar la energía; si el Campo se sobrecargaba, liberaba toda la energía almacenada en un fogonazo blanco y cegador, irradiando tanto hacia fuera como hacia dentro. Era la fuerza motriz de la nave la que tenía que impedir eso, y esa fuerza motriz se sumaba también a las energías almacenadas del Campo. Cuando el campo se calentaba demasiado, las naves morían. Rápidamente.

En general, una nave de guerra podía aproximarse infernalmente a un sol sin correr un peligro mortal, pues su Campo no se calentaba nunca más que la temperatura de la estrella. Ahora bien, con un sol delante y otro detrás, el Campo sólo podía irradiar hacia los lados, y esto había que controlarlo porque si no la MacArthur experimentaría aceleraciones laterales. Los costados estaban estrechándose y los soles creciendo y el Campo calentándose. Apareció en las pantallas de Rod una mancha de rojo. No era un desastre inminente, pero había que vigilar.

Volvió la gravedad normal. Rod salió rápidamente al puente e hizo una seña al brigadier de guardia.

- Llamada general. Ocupen los puestos de combate.

Las alarmas sonaron por toda la nave.

Durante ciento veinticuatro horas la nave intrusa no había mostrado la menor conciencia de que se aproximaba la MacArthur. Seguía sin mostrarla ahora; e iba aproximándose cada vez más.

La vela de luz era una vasta extensión de un blanco uniforme sobre las pantallas posteriores, hasta que Renner encontró un pequeño punto negro. Maniobró con él hasta obtener un gran punto negro, de bordes precisos, cuya sombra en el radar lo localizaba cuatro mil kilómetros más cerca de la MacArthur que la vela que había tras él.

- Ése es nuestro objetivo, señor -anunció Renner-. Probablemente lo hayan puesto todo en una cápsula, todo lo que no formaba parte de la vela. Un peso al extremo de los obenques para sujetar firmemente la vela.

- De acuerdo. Sigamos el rumbo, señor Renner. ¡Señor Whitbread!, felicite usted al encargado de señales, quiero que envíe mensajes claramente. Tantas bandas como pueda cubrir, con baja potencia.

- De acuerdo, señor. Registrando.

-Aquí la nave imperial MacArthur dirigiéndose a la nave de vela de luz. Enviamos nuestras señales de reconocimiento. Bienvenidos a Nueva Caledonia y al Imperio del Hombre. Queremos situarnos a su lado. Respondan por favor a nuestras señales. Utilicen ánglico, ruso, francés, chino o cualquier otro idioma que puedan utilizar. Si son humanos da igual de dónde vengan.

Faltaban quince minutos para el encuentro. La gravedad de la nave cambió, cambió de nuevo cuando Renner comenzó a igualar velocidades y posiciones con la cápsula de carga de la nave intrusa en vez de con la vela. Rod tardó unos instantes en contestar a la llamada de Sally.

- Sea breve, Sally. Por favor. Estamos en posición de combate.

- Sí, capitán, lo sé. ¿Puedo ir al puente?

- Lo siento, están ocupados todos los asientos.

- No me sorprende. Capitán, sólo quiero recordarle algo. No espere que sean tan

inocentes.

- ¿Qué quiere decir?

- No espere que sean primitivos simplemente porque no utilicen el Impulsor Alderson. No tiene por qué ser así. E incluso aunque fuesen primitivos, primitivos no significa simples. Sus técnicas y sus formas de pensamiento pueden ser muy complejas.

- Lo tendré en cuenta. ¿Algo más? Muy bien, continúe, Sally. Whitbread, cuando no tenga otra cosa que hacer, comunique a la señorita Fowler lo que pasa. -Cerró el intercom y contempló la pantalla sin dejar de hacerlo cuando Staley gritó.

La vela de luz de la nave intrusa se ondulaba. La luz reflejada corría a lo largo de ella en grandes y majestuosas ondas. Rod pestañeó, pero esto no le ayudó gran cosa; resultaba difícil precisar la forma de un espejo distorsionado.

- Ésa podía ser nuestra señal -dijo Rod-. Están utilizando el espejo para reflejar... El brillo se hizo cegador, y todas las pantallas de aquel sector quedaron apagadas.

Los aparatos registradores delanteros funcionaban y registraban. Mostraban un gran disco blanco, la estrella de Nueva Caledonia, muy próxima, y aproximándose muy deprisa, a un seis por ciento de la velocidad de la luz; y la mostraban con la mayoría de la luz filtrada.

Por un instante mostraron también varias extrañas siluetas negras frente al fondo blanco. Nadie lo advirtió, en aquel terrible instante en que la MacArthur quedaba cegada; y en el instante siguiente las imágenes habían desaparecido.

En el asombrado silencio se oyó la voz de Kevin Renner:

- No tienen por qué gritar -se quejó.

- Gracias, señor Renner -dijo gélidamente Rod-. ¿Tiene usted más sugerencias, sugerencias más concretas?

La MacArthur se movía a impulsos erráticos, pero la vela de luz la seguía perfectamente.

- Sí, señor -dijo Renner-. Lo mejor sería que dejásemos de enfocar ese espejo.

- Control de daños, capitán -informó Cargill desde su estación posterior-. Estamos recibiendo gran cantidad de energía en el Campo. Demasiada y a una terrible velocidad, sin que parezca dispersarse. Si fuese una energía más concentrada nos habría hecho ya varios agujeros, pero, tal como llega, podremos soportarla unos diez minutos -dijo Renner-. Al menos hemos conseguido registradores de un lado del sol, y puedo recordar dónde estaba la cápsula...

- Eso no importa. Vamos a atravesar la vela -ordenó Rod.

- Pero no sabemos...

- Es una orden, señor Renner. Está usted en una nave de la Marina de Guerra.

- Desde luego, señor.

El Campo era de un rojo ladrillo cada vez más brillante; pero el rojo no significaba peligro. Por lo menos durante un rato.

Mientras Renner maniobraba, Rod dijo con tono indiferente:

- Supongo que piensa usted que los alienígenas utilizan materiales extraordinariamente fuertes. ¿Es así?

- Es una posibilidad, señor.

La MacArthur traqueteó; era ya inevitable. Renner parecía prepararse para un choque.

- Pero cuanto más fuertes son los materiales, señor Renner, menos pueden extenderse, para recoger el volumen máximo de luz solar en proporción al peso. Si tuviesen un hilo muy fuerte lo tejerían fino para conseguir más kilómetros cuadrados por kilo, ¿no es así? Incluso aunque después los meteoritos eliminaran unos cuantos kilómetros cuadrados de vela, aún sería útil, ¿no es cierto? Así que no hay duda de que lo habrán hecho justo lo suficientemente fuerte.

- Desde luego, señor -canturreó Renner. Conducía a cuatro gravedades, manteniendo a Cal directamente a popa; reía entre dientes como un ladrón, y no parecía ya prepararse para el

choque.

Bueno, le convencí, pensó Rod; y se preparó para el choque.

El calor convirtió en amarillo el Campo Langston.

Luego, de pronto, el color proyectado por los aparatos registradores enfocados hacia el sol pasó a ser negro, salvo por el borde verde-caliente del propio Campo de la MacArthur, y una relumbrante y mellada silueta de blanco donde la MacArthur había atravesado la vela de la nave intrusa.

- Demonios, ¡ni siquiera lo sentimos! -rió Rod-. Señor Renner, ¿cuánto falta para que lleguemos al sol?

- Cuarenta y cinco minutos, señor. A menos que cambiemos el rumbo.

- Lo primero es lo primero, señor Renner. Debemos mantenernos alineados con la vela y permanecer aquí. -Rod activó otro circuito para comunicar con el oficial artillero-. ¡Crawford! Ponga un poco de luz en esa vela y veamos si podemos descubrir las conexiones de los obenques. Quiero cortar la cápsula que hace de paracaídas antes de que disparen contra nosotros.

- De acuerdo, señor. -Crawford parecía muy feliz ante la perspectiva. Había treinta y dos obenques en total: veinticuatro alrededor del borde del espejo circular y un anillo de ocho más próximos al centro. Las distorsiones cónicas del tejido indicaban dónde estaban. La parte posterior de la vela era negra; se convirtió en vapor bajo el ataque de las baterías delanteras de láser.

Luego la vela quedó desprendida, agitándose y ondulándose como si flotase hacia la MacArthur. La nave la atravesó de nuevo, y la vela de luz parecía sólo una extensión de papel de seda de varios kilómetros cuadrados...

Y la cápsula de la nave intrusa se había desprendido y caía hasta un sol F8.

- Treinta y cinco minutos para el choque -dijo Renner sin que se lo preguntaran.

- Gracias, señor Renner. Teniente Cargill, hágase cargo del control. Maniobre para remolcar esa cápsula.

Rod sintió una gran alegría interior ante el asombro de Renner.

7
La sonda de Eddie el Loco

- Pero... -dijo Renner, y señaló la creciente masa de Cal en las pantallas del puente.

Antes de que pudiese decir nada más, la MacArthur saltó hacia adelante a seis gravedades, sin ninguna transición suave esta vez. Los medidores de velocidad giraron alocadamente mientras la nave se lanzaba en línea recta hacia el luminoso sol.

- ¿Capitán? -A pesar del zumbido de la sangre en los oídos, Blaine oyó la llamada de su ayudante desde el puente posterior-. Capitán, ¿qué daño podemos soportar?

Costaba trabajo hablar.

- Cualquiera con tal de que podamos volver a casa -balbució Rod.

- Bien. -Las órdenes de Cargill sonaron a través del intercom-. ¡Señor Potter! ¿Está la cubierta hangar preparada para el vacío? ¿Están dispuestas todas las compuertas?

- Sí, señor. -La pregunta no tenía sentido en condiciones de combate, pero Cargill era hombre cuidadoso.

-Abran las puertas del hangar -ordenó Cargill-. Capitán, podríamos perder las compuertas de la cubierta hangar.

- No se preocupe por eso.

- Estoy conduciendo la cápsula a bordo muy deprisa, no hay tiempo para igualar velocidades. Correremos el riesgo...

- Tiene usted el control, teniente. Cumpla sus órdenes.

Había en el puente una niebla roja. Rod pestañeó, pero aún seguía allí, no en el aire sino en sus retinas. Seis gravedades eran demasiado para un esfuerzo continuado. Si alguien se

desmayaba... Se había esfumado la emoción que sentían antes.

- ¡Kelley! -aulló Rod-. Cuando hagamos girar la nave, sitúe a los infantes de marina en la parte posterior y prepárese para interceptar cualquier cosa que salga de esa cápsula. Y procure usted darse prisa. Cargill no mantendrá la aceleración.

- De acuerdo, señor -dijo Kelley.

La cápsula estaba a tres mil kilómetros por delante, invisible incluso para la visión más clara, aunque creciendo constantemente en las pantallas del puente, constantemente pero poco a poco, con demasiada lentitud, mientras que Cal parecía crecer con demasiada rapidez.

Cuatro minutos en seis gravedades. Cuatro minutos de calvario, y luego sonaron las señales de alarma. Hubo un instante de grato alivio. Los infantes de marina de Kelley cruzaban la nave, hundiéndose en la gravedad baja y cambiante mientras la MacArthur viraba en redondo. No había lechos de aceleración allí atrás donde los infantes de marina cubrirían la cubierta hangar. Había cintas reticulares para que se colgasen los hombres en los pasillos, y había otra red como una tela de araña en el propio hangar de la que colgaban como moscas, con las armas dispuestas... ¿Dispuestas para qué?

Sonaron las alarmas, y los medidores de velocidad se movieron de nuevo cuando la MacArthur frenó hacia la cápsula. Rod encendió laboriosamente su pantalla. Allí estaba la cubierta hangar, fría y oscura, el confuso perfil de la superficie interna del Campo defensivo de la nave, de una increíble negrura. Está bien, pensó, no hay ningún almacenamiento significativo de calor. Había sitio suficiente para absorber la energía rotativa de la cápsula si es que tenía alguna, reduciéndose el impacto a algo que la MacArthur podía soportar.

Ocho minutos a seis gravedades era el máximo que la tripulación podría soportar. Luego la nave intrusa dejó de estar delante al girar la MacArthur y cayó hacia ella de costado. La aceleración aplastante cesó, luego hubo un lento impulso lateral cuando Cargill disparó las baterías de estribor para aminorar su avance directo hacia la cápsula.

Era cilíndrica, con un extremo redondeado hundiéndose a través del espacio. Cuando giró, Rod vio que el otro extremo estaba mellado por una infinidad de proyecciones... ¿treinta y dos proyecciones? Pero tenía que haber obenques partiendo de aquellos nudos, y no se veía ninguno.

La cápsula se movía hacia arriba, hacia la MacArthur, con excesiva rapidez, y era demasiado grande para poder entrar en la cubierta hangar. ¡Era un objeto inmenso, demasiado inmenso! ¡Y sólo podían frenarlo las baterías de estribor!

Allí estaba. La cámara de la cubierta hangar mostraba el extremo redondeado de la nave intrusa, mate y metálico, cruzando el Campo Langston, lentamente, disminuyendo la rotación, pero moviéndose aún respecto a la MacArthur. El crucero de combate giró hacia un lado, terriblemente, arrojando a la tripulación contra las cintas de sujeción, mientras el extremo redondeado de la cápsula crecía y crecía y... ¡CRANCH!

Rod sacudió la cabeza para despejarla de la niebla roja que se había formado de nuevo.

- Salgamos de aquí. ¡Señor Renner, tome el control!

Los medidores de velocidad saltaron antes de sonar las alarmas de aceleración; Renner debía de tener ajustado el rumbo previamente y debía de haber accionado los mandos en el instante mismo en que había recibido la orden de asumir el control. Blaine observó los controles a través de la roja niebla. Bien, Renner no intentaba nada espectacular; simplemente desviarse lateralmente del rumbo anterior de la MacArthur y dejar el sol a un lado. ¿Estaban desacelerando en el plano de los planetas de Cal? Sería difícil encontrarse con la Lermontov para obtener hidrógeno. Si no podían situar la nave en aquel rumbo, se encontrarían con los tanques vacíos... Torpemente, Blaine tocó los controles y observó cómo la computadora principal mostraba un esquema de rumbo. Sí. Renner había actuado adecuadamente, y con bastante rapidez.

Dejémosle hacer, pensó Rod. Renner es competente, es mejor astrogador que yo. Tendré tiempo para inspeccionar la nave. ¿Qué pasaría al subir a bordo ese objeto? Todas las pantallas que cubrían aquella zona estaban averiadas, con las cámaras quemadas o fundidas. Fuera no iban mucho mejor las cosas.

-Vuele a ciegas, señor Renner -ordenó Blaine-. Las cámaras se habrían fundido de todos modos. Espere hasta que nos alejemos de Cal.

- Informe de daños, capitán.

Adelante, teniente Cargill.

- Tenemos al intruso atascado en las puertas del hangar. Está embutido allí. No creo que podamos darle la vuelta con aceleración normal. No dispongo de un informe completo, pero el hangar nunca volverá a ser el mismo, señor.

- ¿Algo grave, Número Uno?

- No, señor. Podría darle toda la lista... problemas menores, cables desprendidos, equipo desconectado por el impacto... pero todo se resume en esto: si hay que luchar, podremos hacerlo.

- Excelente. Veamos ahora qué puede decirme de esos infantes de marina. Las líneas de comunicación con la estación de Kelley están al parecer averiadas.

- Lo están, señor.

Alguien tendría que moverse bajo seis gravedades para llevar aquella orden, pensó Blaine. Ojalá pueda hacerlo en una silla móvil. Un hombre podría soportar el esfuerzo, pero quedaría deshecho. ¿Merecía la pena? ¿Por información probablemente negativa? ¿Y si no fuese negativa?...

- El cabo Pietrov informando al capitán -fuerte acento de St. Ekaterina-. Ninguna actividad de los intrusos, señor.

-Aquí Cargill, capitán -añadió otra voz.

- Sí.

- ¿Necesita usted a Kelley? El señor Potter ha conseguido contactar con Pietrov, pero hay un problema si tiene que ir más allá.

- Pietrov basta, Número Uno. Buen trabajo, Potter. Cabo, ¿puede usted ver al señor Kelley? ¿Se encuentra bien?

- El oficial artillero me ha hecho señales, señor. Está de guardia en la cámara neumática número dos.

- Bien. Informe inmediatamente de cualquier actividad de los intrusos, cabo.

Blaine desconectó cuando volvieron a sonar las señales de alarma. Cincuenta kilos desaparecieron de su pecho al aminorar la aceleración de la nave. Cosa curiosa ésta, pensó. Pasar de aproximarse demasiado a Cal y cocer a la tripulación a matarlos a todos simplemente por la presión de las gravedades.

En su estación delantera, uno de los timoneles se apoyó en la colchoneta de su litera. Su compañero se aproximó a él hasta tocar casco con casco. Desconectaron los micrófonos un instante y el soldado de primera clase Orontez dijo a su compañero:

- Mi hermano quería que le ayudase en su rancho acuático de Afrodita y a mí me pareció demasiado peligroso y me apunté a la Marina Espacial.

- Teniente Sinclair, ¿tenemos energía suficiente para enviar un mensaje a la flota?

- Desde luego, capitán, los motores funcionan perfectamente. El objeto no es tan inmenso como pensábamos. Y tenemos bastante hidrógeno.

- Bien.

Blaine llamó a la sala de comunicación para enviar su informe. Nave intrusa a bordo, cilíndrica, relación de ejes cuatro a uno. Metálica y uniforme en apariencia, pero es imposible inspeccionarla detenidamente hasta que cese la aceleración. Sugiero que la Lermontov intente recuperar la vela, que ha debido de desacelerarse rápidamente sin la cápsula. Calculamos llegar a Nueva Escocia... Podría sugerir también que la MacArthur se situase en órbita alrededor de la luna deshabitada de Nueva Escocia. No había a bordo ninguna prueba de vida o actividad alienígena, pero...

Era un «pero» muy grande, pensó Rod. ¿Qué era aquel objeto? ¿Se había arrojado sobre ellos deliberadamente? ¿Estaría tripulado, o qué especie de robot podía pilotarlo durante años luz de espacio normal? Fuese lo que fuese, o lo tripulase quien lo tripulase, allí estaba, en la bodega hangar de un crucero de combate, apresado... fin poco digno de un viaje de treinta y

cinco años luz.

Y nada podía hacer para aclararlo. Nada en absoluto. La situación de la MacArthur no era tan crítica. Renner la mantenía bastante bien controlada. Pero ni Blaine ni Cargill podían abandonar su puesto, y no era cuestión de enviar a oficiales bisoños a investigar aquello.

- ¿Ha terminado ya todo? -dijo quejumbrosa la voz de Sally-. ¿Todo bien?

- Sí. -Rod se estremeció involuntariamente al pensar lo que podría haber sucedido-. Sí, está a bordo y no sabemos de ella más que su tamaño. No responde a nuestras señales.

Pero ¿por qué sentía aquel cosquilleo de satisfacción ante la idea de que ella tuviese que esperar como los demás?

La MacArthur bordeó Cal, pasando tan cerca que sintieron una resistencia medible de la corona; pero Renner era un magnífico astrogador y el Campo aguantó perfectamente. Esperaron.

A dos gravedades Rod pudo salir del puente. Trabajosamente, se puso de pie, se trasladó a un vehículo y salió hacia la parte posterior. Los ascensores fueron bajándole a través de la nave, y fue parando en cada cubierta para comprobar que la tripulación aún seguía en su puesto pese a la tensión general. La MacArthur tenía que ser la mejor nave de la Marina... ¡Y lo sería!

Cuando llegó al puesto de Kelley en la cámara neumática del hangar aún no había ninguna novedad.

- Puede ver usted que hay escotillas o algo parecido allí, señor -dijo Kelley, señalando con un chorro de luz. Cuando la luz se separó de la nave alienígena Rod vio los restos de sus botes aplastados contra las planchas de acero.

- ¿Y no ha hecho nada?

- Nada en absoluto, capitán. Penetraron, chocaron contra las paredes... la nave no entró deprisa pero sí con gran presión. Luego, nada. Ninguno de los que estamos aquí hemos conseguido ver nada, capitán.

- Bien, bien -murmuró Rod. Encendió su propia luz y la posó sobre el enorme cilindro. La mitad superior se desvaneció en el negro uniforme del Campo.

La luz recorrió una hilera de protuberancias cónicas; medían cada una sobre un metro de diámetro, y su longitud era tres veces mayor. Buscó, pero no había nada... no se veían los extremos de los obenques que podrían colgar de ellos, no había ninguna abertura visible en que pudiesen fijarse los obenques. Nada.

- Siga vigilando, Kelley. Quiero una vigilancia continua.

El capitán Rod Blaine volvió al puente sin más información que la que tenía y se sentó contemplando sus pantallas. Inconscientemente empezó a frotarse la nariz. ¿Qué demonios había capturado?

8
El alienígena

Blaine permanecía rígido y atento frente al gran escritorio. Howland Cranston, almirante de la flota, comandante en jefe de las fuerzas de Su Majestad más allá del Saco de Carbón, le miraba hosco desde el otro lado de una mesa de teca rosa con exquisitos grabados que habrían fascinado a

Rod de tener libertad para examinarlos. El almirante indicó un montón de papeles.

- ¿Sabe usted lo que es eso, capitán?

- No, señor.

- Peticiones de que sea usted expulsado del cuerpo. La mitad del profesorado de la Universidad Imperial. Un par de padres de la Iglesia y un obispo. El secretario de la Liga de la Humanidad. Todos los corazones compasivos de este lado del Saco de Carbón piden su cabellera.

- Comprendo, señor. -No se le ocurrió otra cosa. Permanecía atento y rígido, esperando

a que todo acabase. ¿Qué pensaría su padre? ¿Comprendería alguien?

Cranston le miró de nuevo fijamente. No había en sus ojos expresión alguna. Su uniforme estaba lleno de condecoraciones que narraban la historia de un comandante que se había entregado por completo a su deber más allá de cualquier esperanza de supervivencia.

- El hombre que disparó contra el primer contacto alienígena de la raza humana -dijo Cranston fríamente-. Se apoderó de su nave. ¿Sabe usted que encontramos sólo un pasajero, y que estaba muerto? Fallo del sistema de vida, quizás. -Cranston cogió los papeles y los echó a un lado-. Malditos civiles, siempre acaban influyendo en la Marina. No me dejan elección.

»Muy bien, capitán Blaine. Como almirante de la Flota de este sector le confirmo desde este instante como capitán al mando del crucero de combate de Su Majestad MacArthur. Ahora siéntese. -Mientras Rod miraba desconcertado buscando una silla, Cranston gruñó-. A ver si aprenden esos cabrones. ¿Quiénes son ellos para decirme cómo debo dar órdenes? Blaine, es usted el oficial más afortunado del cuerpo. Un consejo habría confirmado de todos modos su ascenso, pero sin esto jamás le habrían dado esa nave.

- Comprendo, señor. -Era bastante cierto, pero eso no eliminó la nota de orgullo de la voz de Rod. ¡La MacArthur suya!-. Señor... ¿Han encontrado algo en la cápsula? Desde que la dejamos en órbita he estado en los talleres cuidándome de las reparaciones de la MacArthur.

- La hemos abierto, capitán. No acabo de creerme lo que encontramos, pero conseguimos entrar dentro. Encontramos esto. -Sacó una fotografía ampliada.

La criatura estaba extendida sobre una mesa de laboratorio. La escala que había al lado indicaba que era pequeño, un metro veinticuatro desde la parte superior de la cabeza a lo que Rod al principio creyó zapatos, concluyendo luego que eran pies. No había dedos en ellos, sino una banda de lo que podría haber sido cuerno en el borde delantero.

El resto era una confusa pesadilla. Dos brazos derechos muy delgados que terminaban en manos delicadas, cuatro dedos y dos pulgares opuestos en cada una. Del lado izquierdo un brazo inmenso y único, prácticamente un garrote de carne, bastante mayor que los dos brazos derechos juntos. La mano de aquel lado tenía tres gruesos dedos cerrados en una tenaza.

¿Defecto? ¿Mutación? La criatura era simétrica a partir de lo que parecía su cintura; de la cintura hacia arriba era... distinto.

El torso era grande y macizo. La musculatura, más compleja que la de los hombres. Rod no era capaz de discernir la estructura ósea.

Los brazos..., en fin, producían una sensación muy extraña. Los codos de los brazos derechos ajustaban demasiado bien, como copas de plástico. La evolución había hecho aquello. No era una criatura lisiada.

Lo peor era la cabeza.

Carecía de cuello. Los grandes músculos del hombro izquierdo ascendían suavemente hasta la cúspide de la cabeza del alienígena. El lado izquierdo del cráneo se inclinaba hacia el hombro y era mucho mayor que el derecho. No había oreja izquierda ni espacio para ella. Una gran oreja membranosa de duende decoraba el lado derecho, sobre un hombro flaco que podría haber pasado por humano si no hubiese un hombro similar más abajo y ligeramente por detrás del primero.

En cuanto a la cara, nunca había visto nada igual. En aquella cabeza no cabía propiamente una cara. Dos oblicuos ojos simétricos, desorbitados por la muerte, muy humanos, con cierto aire oriental. Boca inexpresiva; los labios levemente separados mostrando puntas de dientes.

- Bueno, ¿qué? ¿Le gusta?

- Siento que esté muerto -contestó Rod-. Le haría un montón de preguntas... ¿Sólo había éste?

- Sí. Sólo estaba él dentro de la nave. Ahora mire esto.

Cranston tocó una esquina de su mesa y se abrió un panel de control oculto. Se separaron unas cortinas en la pared a la izquierda de Rod y se apagaron las luces de la estancia. Se iluminó una pantalla de un blanco uniforme.

De pronto brotaron de los bordes sombras, agitadas al converger hacia el centro, y

desaparecieron en el espacio de unos segundos.

- Sacamos esto de sus cámaras del lado del sol, las que no se quemaron. Pero lo pasaré más despacio.

Las sombras se movían espasmódicamente hacia dentro sobre un fondo blanco. Habría media docena cuando el almirante detuvo la proyección.

- ¿Qué le parece?

- Bueno, son como... como eso -dijo Rod.

- Me alegro de que lo piense. Observe ahora.

Continuó la proyección. Las extrañas formas disminuían, convergían y desaparecían, no como si se perdiesen en el infinito, sino como si se evaporasen.

- Pero eso muestra que la vela de luz lanzó fuera de la cápsula a los pasajeros y los calcinó. ¿Qué sentido tiene esto?

- No lo tiene. Y en la Universidad pueden darle cuarenta explicaciones. De todos modos la imagen no es muy clara. Dése cuenta de lo deformados que están... tamaños distintos, formas distintas. No hay modo de saber si estaban vivos. Uno de los antropólogos piensa que son estatuas de dioses y que las arrojaron para evitar la profanación. Está a punto de convencer a los demás de esta teoría, aunque los hay que dicen que las imágenes son puro accidente, o formas proyectadas por el Campo Langston, o un a, falsificación.

- Comprendo, señor.

Aquello no necesitaba comentarios, y Blaine no los hizo. Regresó a su asiento y examinó de nuevo la fotografía. Un millón de preguntas... si el piloto no hubiese muerto... Al cabo de un rato el almirante gruñó:

- Muy bien. Aquí tiene una copia del informe sobre lo que encontramos en la cápsula. Llévesela a algún sitio y estúdiela. Tenemos una cita con el Virrey mañana por la tarde y él espera que usted sepa algo. Su antropóloga ayudó a redactar ese informe, puede discutirlo con ella si quiere. Más tarde podrá usted examinar la cápsula, la bajamos hoy. -Cranston rió entre dientes ante la sorpresa de Blaine-. ¿Le parece curioso que le metamos en eso? Usted fue el descubridor. Su Alteza tiene planes de los que usted forma parte. Ya le informaremos.

Rod saludó y salió de allí desconcertado, con el informe supersecreto bajo el brazo.

El informe contenía sobre todo interrogantes.

La mayor parte del equipo interno de la cápsula estaba en pésimas condiciones, restos de circuitos, cables sueltos, todo mezclado en un orden irracional. No había rastro alguno de los obenques, ningún instrumento para manejarlos, ninguna abertura en las treinta y dos proyecciones que había en uno de los extremos de la cápsula. El que todos los obenques formasen una molécula podría explicar por qué faltaban; podrían haberse disuelto, haberse alterado químicamente, al separarlos el cañón de Blaine. Pero ¿cómo controlaban la vela? ¿Podrían los obenques de algún modo contraerse y relajarse, como un músculo?

Una idea extraña, pero algunos de los mecanismos intactos eran también muy extraños. Las piezas de la cápsula no estaban hechas en serie. Dos instrumentos planeados para hacer casi el mismo trabajo podían ser levemente distintos o absolutamente diferentes. Engarces y abrazaderas parecían tallados a mano. La cápsula era una escultura además de una máquina.

Blaine leyó aquello, meneó la cabeza y llamó a Sally. Poco después Sally llegó a su cabina.

- Sí, yo escribí eso -dijo-. Resulta evidente. Todos los tornillos y tuercas de esa cápsula tienen un diseño específico. No es tan sorprendente si piensas que la cápsula pudo tener un objetivo religioso. Pero no hay motivos para pensarlo. ¿Sabes lo que es redundancia?

- ¿En las máquinas? Dos instrumentos para hacer un trabajo. Por si falla uno.

- Bueno, al parecer los pajeños lo hacen de ambos modos.

- ¿Fájenos?

- Teníamos que llamarles de alguna manera -dijo ella, encogiéndose de hombros-. Los ingenieros pajeños hacen dos instrumentos para el trabajo, pero el segundo hace otros dos trabajos, y algunos de los soportes son también termostatos bimetálicos y generadores termoeléctricos al mismo tiempo. Rod, apenas si entiendo las palabras. Módulos; los

ingenieros humanos trabajan con módulos, ¿no es así?

- Desde luego, para un trabajo complicado los utilizan.

- Pues los pajeños no. Todo es de una pieza, todo se relaciona con todo. Rod, es muy probable que los pajeños sean más inteligentes que nosotros. Rod lanzó un silbido.

- Eso es... aterrador. Un momento. Ellos no tienen el Impulsor Alderson, ¿verdad?

- No lo sé. Pero tienen cosas que no tenemos nosotros. Hay superconductores de biotemperatura -dijo ella, lentamente, como si hubiese memorizado las palabras-pintados a fajas.

»Luego hay esto. -Se aproximó más para volver las páginas-. Aquí, mira esta fotografía. Todos esos agujeros de meteoritos.

- M icrometeoritos, parecen.

- Bueno, sólo pueden pasar las barreras de defensa los de cuatro mil micrones. Pero no hemos podido encontrar ninguna barrera defensiva contra los meteoritos. No tienen Campo Langston ni nada parecido.

- Pero...

- Debe de haber sido la vela. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? El piloto automático nos atacó porque creyó que la MacArthur era un meteoro.

- ¿Y el otro piloto? ¿Por qué...?

- El alienígena estaba en sueño congelado, por lo que parece. Los sistemas de apoyo de vida se estropearon cuando metimos la cápsula a bordo. Le matamos.

- ¿Seguro?

Sally asintió.

- Demonios. La Liga de la Humanidad quiere mi cabeza en una bandeja con una manzana en la boca, y no se lo reprochó. Ay... -un lamento doloroso.

- Olvídalo -dijo Sally suavemente.

- Perdona. ¿Ahora qué?

- La autopsia. Ocupa la mitad del informe.

Volvió las páginas y Rod parpadeó. Sally Fowler tenía más aguante que la mayoría de las damas de la Corte.

La carne del pajeño era pálida; la sangre rosa, como una mezcla de savia de árbol y sangre humana. Los cirujanos le habían hecho una profunda incisión en la espalda, descubriendo los huesos desde la parte posterior del cráneo hasta la zona donde estaría el cóccix de un hombre.

- No comprendo. ¿Y la espina dorsal?

- No existe -dijo Sally-. Al parecer la evolución no ha inventado las vértebras en el mundo de los pajeños.

Había tres huesos en la espalda, sólidos los tres como fémures. El superior era una prolongación del cráneo, como si el cráneo tuviese un mango de veinte centímetros. La articulación de su extremo inferior quedaba al nivel del hombro; podía cabecear, pero no girar la cabeza.

El principal hueso de la espalda era mayor y más ancho. Terminaba en una articulación compleja y voluminosa, de aproximadamente el tamaño de la espalda. El hueso inferior se escindía en costillas y encajes para las piernas.

Había una médula espinal, una gran línea de conexión nerviosa, pero corría por encima de los huesos de la espalda y no a través de ellos.

- No podía volver la cabeza -dijo Rod en voz alta-. Tenía que doblarse por la cintura. Por eso es tan complicada la gran juntura, ¿verdad?

-Así es. Les vi probar esa juntura. Permite volver el torso y la cara directamente hacia atrás. ¿Impresionado?

Rod asintió y pasó página. En aquella imagen los cirujanos mostraban el cráneo.

No era extraño que la cabeza estuviese ladeada. No sólo era mayor el lado izquierdo del cerebro, por tener que controlar los brazos derechos tan sensibles y complejos neurológicamente, sino que los grandes tendones del hombro izquierdo se conectaban con

nódulos del lado izquierdo del cráneo para mayor equilibrio.

- Todo gira alrededor de los brazos -dijo Sally-. Piensa en el pajeño como fabricante de herramientas y verás que tiene sentido. Los brazos derechos son para el trabajo delicado, como arreglar un reloj. El brazo izquierdo alza y sujeta. Probablemente pudiese alzar un vehículo aéreo por un lado con la mano izquierda y utilizar los brazos derechos para manipular los motores. ¡Y ese idiota de Horowitz creía que era una mutación! -Pasó más páginas-. Mira.

-Ya me di cuenta de eso. Los brazos ajustan demasiado bien.

Las fotografías mostraban los brazos derechos en varias posiciones; y no podían interferir uno con otro. Los brazos eran aproximadamente del mismo tamaño extendidos; pero el inferior tenía un largo antebrazo y un húmero corto, mientras en el superior antebrazo y húmero eran aproximadamente del mismo tamaño. Con los brazos en los costados, las puntas de los dedos del brazo superior colgaban justo por debajo de la muñeca del brazo inferior.

Siguió leyendo. La química del alienígena era algo distinta de la de los humanos, pero no tanto como para revolucionar la exobiología anterior. Toda la vida conocida era lo bastante familiar para que algunos teóricos sostuviesen que el origen de la vida era la dispersión de esporas por el espacio interestelar. La teoría no contaba con un apoyo generalizado, pero era defendible, y el alienígena no cambiaría las cosas.

Mucho después de que se fuese Sally, Rod seguía estudiando el informe. Cuando acabó, había tres hechos grabados en su mente:

El pajeño era un constructor de herramientas inteligente.

Había recorrido veinticinco años luz para encontrarse con la civilización humana. Y Rod Blaine le había matado.

9
Su Alteza ha decidido

El palacio del Virrey dominaba la única ciudad importante de Nueva Escocia. Sally contempló con admiración la inmensa estructura y señaló emocionada la onda de colores que cambiaban a cada movimiento del planeador.

- ¿Cómo consiguen ese efecto? -preguntó-. No parece una película de aceite.

- Son piedras legítimas de Nueva Escocia -contestó Sinclair-. Nunca verá rocas como éstas. No había vida aquí hasta que no sembró el planeta el Primer Imperio. El palacio es de roca de todos los colores, que está exactamente igual que cuando brotó del interior.

- Es maravilloso -le dijo ella.

La plaza era el único edificio que tenía a su alrededor espacio abierto. Los habitantes de Nueva Escocia se agrupaban en pequeños viveros, y desde el aire era fácil ver formas circulares como anillos crecientes de un tronco de árbol que indicaban la construcción de grandes generadores de campo para protección de la ciudad.

- ¿No sería más fácil -preguntó Sally- trazar un plan urbanístico utilizando ángulos rectos?

- Sería más simple, sí -contestó Sinclair-. Pero han sido doscientos años de guerra. Pocos se arriesgaban a vivir sin la protección de un Campo... no es que no confiemos en la Marina y en el Imperio -añadió rápidamente-. Pero no es nada fácil abandonar hábitos tan antiguos. Preferimos vivir algo más apretados y poder defendernos mejor.

El planeador descendió en círculo sobre el tejado de lava del Palacio. Abajo las calles eran manchas de color. A Sally le sorprendió lo pequeña que era la capital de aquel sector del Imperio.

Rod dejó a Sally y a sus oficiales en un cómodo vestíbulo y siguió las indicaciones de un marcial infante de marina. La Cámara del Consejo era una mezcla de sencillez y esplendor, paredes de roca sin adornos contrastando con alfombras de lana y tapices. De las altas vigas

colgaban estandartes de guerra.

El infante de marina indicó a Rod un asiento. Justo frente a él había un alto estrado para el Consejo, y encima el trono del Virrey que dominaba completamente la estancia; sin embargo, hasta el trono quedaba eclipsado por un inmenso sólido de Su Soberana e Imperial Alteza y Majestad, Leónidas IX, Emperador de la Humanidad por la gracia de Dios. Cuando había un mensaje del trono del mundo, la imagen revivía, pero ahora mostraba a un hombre de no más de cuarenta años que vestía el negro medianoche de almirante de la Flota, sin adornos de condecoraciones o medallas. Unos ojos oscuros miraban fijamente a todas las personas que había allí.

La estancia se llenó enseguida. Había miembros del parlamento del sector, oficiales de la marina y del ejército, civiles asistidos por angustiados funcionarios. Rod no sabía lo que le aguardaba, pero percibió miradas celosas de los que había tras de él. Era, con mucho, el oficial más joven de la primera fila de asientos. El almirante Cranston ocupaba uno situado dos más a la izquierda del de Blaine y saludó protocolariamente a su subordinado.

Se oyó un gong. El mayordomo de Palacio, negro carbón, látigo simbólico en la correa de su uniforme blanco, se acercó al estrado que había sobre ellos y golpeó el suelo con el cetro de su cargo. Una hilera de hombres penetró en la estancia, ocupando todos puestos en el estrado. Los consejeros imperiales eran menos impresionantes que sus títulos, concluyó Rod. La mayoría parecían hombres apresurados... pero muchos tenían el mismo aire del retrato del Emperador, la misma capacidad para mirar más allá que los que estaban en la estancia hacia algo que sólo podía sospecharse. Se sentaron impasibles hasta que sonó otra vez el gong.

El mayordomo hizo un gesto y golpeó tres veces el suelo con su cetro.

- Su EXCELENTÍSIMA ALTEZA STEFAN YURI ALEJANDROVITCH MERRILL, VIRREY DE Su MAJESTAD IMPERIAL MÁS ALLÁ DEL SACO DE CARBÓN. QUE DIOS CONCEDA SABIDURÍA A SU MAJESTAD ILUSTRÍSIMA.

Todos se levantaron. Mientras lo hacía, Rod pensaba en lo que estaba pasando. Sería fácil ser cínico. Después de todo, Merrill era sólo un hombre. Su Majestad Imperial era sólo un hombre. Hombres como los otros, pero tenían la responsabilidad del destino del género humano. El Consejo podía asesorarles. El Senado podía debatir. La Asamblea exigir y demandar. Sin embargo, una vez oídas todas las peticiones en conflicto, ponderados todos los consejos, alguien debía actuar en nombre de la Humanidad... No, el ceremonial de introducción no era exagerado. A quienes poseían aquel poder había que recordárselo.

Su Alteza era un hombre alto y flaco, de tupidas cejas. Llevaba el uniforme de gala de la Marina, con discos solares y cometas al pecho, condecoraciones ganadas en años de servicio. Cuando llegó a su trono, se volvió al sólido que había sobre él y se inclinó. El edecán dirigió el saludo de lealtad a la corona antes de que Merrill tomase asiento y saludase al Consejo.

El Duque Bonin, presidente supremo del Consejo, ocupaba su puesto en el centro de la gran mesa.

- Señores, por orden de Su Alteza se reúne el Consejo para considerar la cuestión de la nave alienígena procedente de la Paja. Quizás la sesión sea larga -añadió sin el menor sarcasmo.

- Todos tienen el informe de nuestra investigación de la nave alienígena. Puedo resumirlo en dos puntos significativos: los alienígenas no tienen ni el Impulso Alderson ni el Campo Langston. Por otra parte, parecen tener otras técnicas considerablemente más avanzadas que las que haya tenido nunca el Imperio... e incluyo en esto al Primero.

Hubo exclamaciones en la estancia. Muchos de los regidores del Imperio y la mayoría de sus súbditos otorgaban una reverencia casi mítica al Primer Imperio. Bonin cabeceó significativamente.

- Consideremos ahora lo que debemos hacer. Su excelencia el señor Traffin Geary, Ministro de Asuntos Exteriores del sector.

El señor Traffin era casi tan alto como el Virrey, pero ahí terminaba la semejanza. En vez de la figura delgada y atlética de Su Alteza, sir Traffin era como un barril.

Alteza, caballeros. Hemos enviado un emisario a Esparta y enviaremos otro en esta

misma semana. La cápsula era más lenta que la luz, y fue lanzada hace más de cien años. No hay peligro en unos cuantos meses. Propongo que preparemos una expedición a la Paja, pero que esperemos primero a recibir instrucciones de Su Majestad. -Geary se mordió truculentamente el labio inferior mientras contemplaba a los concurrentes-. Sospecho que esto sorprenderá a muchos de ustedes que conocen mi carácter, pero considero esta cuestión de suma importancia. Lo que decidamos afectará al destino del género humano.

Hubo murmullos de aprobación. El Presidente hizo un gesto al hombre que estaba a su izquierda.

- Señor Richard MacDonald Armstrong, Ministro de Guerra del sector.

En contraste con el volumen del señor Traffin, el Ministro de Guerra era casi diminuto, y sus pequeños rasgos ajustaban con su cuerpo, nada atlético; su piel daba una sensación de suavidad. Sólo los ojos eran duros, y parecían ajustarse a los del retrato que había sobre él.

- Entiendo muy bien la postura del señor Traffin -comentó Armstrong-. No me preocupa esta responsabilidad. Es para nosotros un gran consuelo saber que en Esparta los hombres más sabios de la raza corregirán nuestros fallos y errores.

No parece tener demasiado acento de Nueva Escocia, pensó Rod. Sólo un leve matiz; pero el hombre era evidentemente un nativo. Rod se preguntó si no sabrían todos hablar como los demás cuando querían hacerlo...

- Pero quizás no tengamos tiempo -dijo suavemente Armstrong-. Considerémoslo. Hace ciento trece años, como muestran muy bien nuestros archivos, la Paja resplandeció con tal brillo que eclipsó la luz del Ojo de Murcheson. Luego, un buen día, el brillo se apagó. No hay duda de que fue entonces cuando la cápsula pudo girar e iniciar la desaceleración en nuestro sistema. Los lásers que la lanzaron llevaban mucho tiempo activados. Los constructores tardaron por lo menos ciento cincuenta años en desarrollar una nueva tecnología. Piensen en eso, señores. En ciento cincuenta años los hombres de la Tierra pasaron de naves de guerra impulsadas por el viento a desembarcar en la Luna terrestre. De la pólvora a la bomba de hidrógeno. Y sólo ciento cincuenta años después, el Impulsor Alderson, el Campo, diez colonias interestelares, y el Condominio. Cincuenta años más tarde la Flota abandonó la Tierra para fundar el Primer Imperio. Eso es lo que pueden ser ciento cincuenta años para una raza en pleno desarrollo, señores. Con eso nos enfrentamos.

»¡Yo digo que no podemos permitirnos esperar! -la voz del anciano atronó llenando la estancia-. ¿Esperar órdenes de Esparta? Con todos los respetos a los asesores de Su Majestad, ¿qué pueden decirnos ellos que no sepamos? Cuando puedan responder ya habremos enviado nosotros más informes. Quizás hayan cambiado ya las cosas aquí y no nos sirvan de nada sus instrucciones. ¡Es mejor que cometamos nuestros propios errores!

- ¿Qué recomienda usted? -preguntó secamente el presidente del Consejo.

- He ordenado ya al almirante Cranston que reúna todas las naves de guerra que pueda desviar de las tareas de patrullaje y vigilancia. He enviado a Su Majestad una petición urgentísima de fuerzas adicionales para el sector. Ahora propongo que vaya a la Paja una expedición de la Marina y descubra lo que pasa allí mientras los talleres transforman el suficiente número de naves para asegurarnos que podremos destruir, en caso preciso, los mundos natales de los alienígenas.

Hubo exclamaciones en la estancia. Uno de los miembros del Consejo se levantó precipitadamente exigiendo atención.

- Doctor Anthony Horvath, Ministro de Ciencias -anunció el Presidente.

Alteza, señores, me faltan palabras -comenzó Horvath.

- Ojalá fuese cierto -murmuró el almirante Cranston, que se sentaba a la izquierda de Rod.

Horvath era un hombre maduro, cuidadosamente vestido, de gestos precisos y palabras igualmente precisas, como si intentase decir exactamente aquello y nada más. Hablaba con mucho sosiego, pero sus palabras llegaban a todos los rincones de la estancia.

- Señores, no hay nada amenazador en esta cápsula. Llevaba sólo un pasajero, que no ha tenido ninguna posibilidad de informar a los que le enviaron. -Horvath miró

significativamente al almirante Cranston-. No hay el menor indicio de que los alienígenas posean una tecnología que les permita viajar más rápido que la luz, ni la menor sugerencia de peligro; sin embargo el señor Armstrong habla de reunir a la Flota. ¡Actúa como si toda la Humanidad estuviese amenazada por un alienígena muerto y una vela de luz! Y yo pregunto: ¿es esto razonable?

- ¿Qué es lo que usted propone, doctor Horvath? -preguntó el Presidente.

- Estoy de acuerdo con que se envíe una expedición. Estoy de acuerdo con el ministro Armstrong en que sería absurdo esperar que el Trono redactase instrucciones detalladas desde esa gran distancia de tiempo. Enviemos una nave de la Marina si eso hace que todos se sientan más tranquilos. Pero llenándola de científicos, personal del cuerpo diplomático, representantes de la clase comercial. Ir en son de paz lo mismo que ellos vinieron en son de paz. ¡No tratar a esos alienígenas como si fuesen simples piratas! No habrá otra oportunidad como ésta, señores. El primer contacto entre humanos y alienígenas inteligentes. Encontraremos, sin duda, otras especies inteligentes, pero nunca volveremos a encontrar la primera. Lo que hagamos ahora figurará en nuestra Historia para siempre. ¡No echemos un borrón en esta página!

- Gracias, doctor Horvath -dijo el Presidente-. ¿Más comentarios? Los hubo. Todos se pusieron a hablar a la vez hasta que por fin se restableció el orden.

- Caballeros, hemos de tomar una decisión -dijo el Duque Bonin-. ¿Qué aconsejan a Su Alteza? ¿Debemos enviar una expedición a la Paja o no?

Esto se resolvió rápidamente. Los grupos militares y científicos superaban en número sobradamente a los que apoyaban a sir Traffin. Se enviarían naves en cuanto fuese posible.

- Magnífico -dijo Bonin-. ¿Y el carácter de la expedición? ¿Militar o civil?

El edecán golpeó el estrado con su cetro. Todas las cabezas se volvieron hacia el alto trono en el que Merrill había permanecido sentado impasiblemente a lo largo del debate.

-Agradezco al Consejo su asesoramiento, pero no necesitaré ninguna sugerencia sobre esta última cuestión -dijo el Virrey-. Dado que se relaciona con la seguridad del Reino no puede plantearse ningún problema de prerrogativas de sector.

El imperioso parlamento quedó truncado cuando Merrill se pasó la mano por el pelo. La volvió rápidamente a su regazo al darse cuenta de lo que hacía. Asomó a su rostro una leve sonrisa.

-Aunque sospecho que la opinión del Consejo podría coincidir con la mía. Señor Traffin, ¿apoyaría su grupo una expedición puramente científica?

- No, Alteza.

- No creo necesario preguntar su opinión al señor Ministro de Guerra. El grupo del doctor Horvath quedaría en minoría en una votación, de todos modos. Como el planear una expedición de esta naturaleza no requiere la presencia del Consejo en pleno, veré inmediatamente en mi oficina al doctor Horvath, a sir Traffin, al señor Armstrong y al almirante Cranston. Almirante, ¿está aquí el oficial del que me habló?

- Sí, Alteza.

- Que venga también.

Merrill se levantó y abandonó su trono con tal rapidez que el edecán no tuvo ninguna posibilidad de cumplir con el ceremonial de su cargo. Golpeó con retraso el estrado con su cetro y miró al retrato imperial.

- POR DECISIÓN DE SU ALTEZA QUEDA DISUELTO ESTE CONSEJO. QUE DIOS CONCEDA GRAN SABIDURÍA A Su ALTEZA. DIOS SALVE AL EMPERADOR.

Mientras los demás abandonaban la Cámara, el almirante Cranston cogió a Rod por el brazo y le condujo a través de una puertecilla que había junto al estrado.

- ¿Qué piensa usted de todo esto? -preguntó Cranston.

- Bueno, he estado en reuniones del Consejo en Esparta en las que creí que iban a acabar a puñetazos. El viejo Bonin sabe muy bien cómo debe dirigirse una reunión como ésta.

- Sí. Comprende usted entonces todo este tinglado político, ¿no? Supongo que lo entenderá mejor que yo. Quizás puede ser mejor candidato de lo que yo pensaba.

- ¿Candidato para qué, señor?

- ¿No le parece evidente, capitán? Sus superiores y yo lo decidimos anoche. Llevará usted la MacArthur hasta la Paja.

10
El asesino de planetas

El Virrey Merrill tenía dos oficinas. Una era grande, ostentosamente amueblada, decorada con regalos y tributos de muchos mundos. Un sólido del Emperador dominaba la pared tras un escritorio de teca samualita taraceado con marfil y oro; floridas alfombras de hierba viva de Tabletop proporcionaban un piso suave y un aire purificado, y cámaras de visión tridimensional, invisibles y ocultas en las paredes de roca, servían a los medios de información que cubrían los acontecimientos oficiales.

Rod tuvo sólo una breve visión del lugar de esplendor de Su Alteza antes de que le condujesen a una habitación mucho más pequeña de simplicidad casi monástica. El Virrey se sentaba ante un inmenso escritorio de duroplast. Tenía el pelo revuelto. Se había abierto el cuello de la túnica uniforme y sus botas estaban apoyadas contra la pared.

-Ah. Adelante, pase, almirante. Veo que ha traído a su joven Blaine. ¿Qué tal, muchacho? No me recordarás. Sólo nos vimos una vez y entonces tú debías de tener dos o tres años. Yo apenas si me acuerdo. ¿Cómo está el marqués?

- Muy bien, Alteza. Estoy seguro de que le enviaría...

- Lo sé, lo sé. Buen hombre, tu padre. El bar está allá al fondo. -Merrill cogió un montón de papeles y los ojeó rápidamente-. Sobre lo que yo pienso... -Garrapateó una firma en el último de los papeles. El compartimiento de salida rechinó y los papeles se desvanecieron.

- Quizás debiese presentar al capitán Blaine a... -comenzó el almirante Cranston.

- Claro, desde luego. Ha sido un descuido mío. El doctor Horvath, el ministro Armstrong, sir Traffin, el capitán Blaine, de la MacArthur. Hijo del marqués de Crucis, ya saben.

- La MacArthur -dijo despectivamente el doctor Horvath-. Comprendo. Si Su Alteza me perdona, le diré que no entiendo por qué tiene que estar aquí.

- ¿No lo entiende? -preguntó Merrill-. Use la lógica, doctor. ¿Sabe usted cuál es el motivo de esta reunión?

- No es que me agrade mucho la conclusión a la que llego, Alteza. Y aún no veo razón alguna por la que este... fanático militarista deba participar en el estudio de una expedición de tan gran importancia.

- ¿Es eso una queja contra uno de mis oficiales, señor? -replicó el almirante Cranston-. Si es así, permítame que le diga...

- Basta ya -dijo Merrill. Echó otro grueso montón de papeles en el compartimiento de salida y los miró desvanecerse pensativo-. Doctor Horvath, supongo que planteará usted sus objeciones formalmente y que se atendrá a las consecuencias.

Era imposible determinar qué quería decir la suave sonrisa de Merrill.

- Mis objeciones son bien claras. Este joven quizás haya metido al género humano en una guerra con los primeros alienígenas inteligentes que hemos encontrado. Y el Almirantazgo no ha considerado necesario tomar medidas respecto a él, por lo que me opongo vigorosamente a que sea él quien establezca cualquier nuevo contacto con los alienígenas. ¿Es que no advierte usted, señor, la enormidad de lo que ha hecho?

- No, señor, no veo que tenga usted razón en lo que dice -intervino el Ministro de Guerra Armstrong.

- Esa nave recorrió treinta y cinco años luz. Por espacio normal. ¡Unos ciento cincuenta años de vuelo! Una hazaña que no podría igualar ni el Primer Imperio. ¿Y para qué? Para ser destrozado en su punto de destino, cañoneado y encerrado en la bodega de una nave de

combate y... -el Ministro de Ciencia se quedó sin aliento.

- Blaine, ¿disparó usted contra la cápsula? -preguntó Merrill.

- No, Alteza. Dispararon ellos contra nosotros. Mis órdenes fueron interceptar e inspeccionar. Después la nave alienígena atacó a la mía, y yo separé la cápsula de la vela de luz que estaban utilizando como arma.

- Con lo que no le quedó más elección que transportarla a bordo o dejar que ardiese -añadió sir Traffin-. Un buen trabajo, sin duda.

- Pero innecesario. ¿Por qué tuvo que inutilizar la cápsula? -insistió Horvath-. ¿Por qué no tuvo el buen sentido de escudarse detrás de la vela y seguirles cuando dispararon sobre usted? ¡Pudo utilizar la vela como escudo! No tenía ninguna necesidad de matarle.

- Ese objeto disparó contra una nave de guerra imperial -estalló Cranston-. ¿Y cree usted que uno de mis oficiales iría a...? Merrill levantó la mano en un gesto de apaciguamiento.

- Tengo curiosidad por saber una cosa, capitán. ¿Por qué no hizo usted lo que sugirió el doctor Horvath?

-Yo... -Blaine se quedó rígido un instante, sus pensamientos girando en un torbellino-. Bueno, señor, teníamos poco combustible y estábamos demasiado cerca de Cal. Si hubiese seguido a la cápsula, habría acabado fuera de control y perdiendo todo contacto con ella, suponiendo que el impulsor de la MacArthur no incendiase la vela de todos modos. Necesitábamos la velocidad adecuada para salir del pozo de gravedad de Cal... y mis órdenes fueron interceptar. -Se detuvo un instante para pasarse un dedo por la nariz rota.

Merrill asintió con un gesto y dijo:

- Una pregunta más, Blaine. ¿Qué pensó usted cuando le encomendaron investigar una nave alienígena?

- Me emocionaba la posibilidad de un encuentro con ellos, señor.

- Caballeros, a mí este joven no me parece un xenófobo irracional. Pero cuando atacaron su nave, él la defendió. Doctor Horvath, si hubiese disparado contra la misma cápsula (no hay duda de que era el medio más fácil de asegurar que no dañase su propia nave), me encargaría personalmente de que fuese degradado y declarado indigno de servir a Su Majestad en ningún cargo. Pero en vez de hacer eso aisló cuidadosamente la cápsula de su arma y con gran riesgo para su propia nave la subió a bordo. Esa actuación me gusta, caballeros. -Se volvió a Armstrong-. Dickie, ¿quieres decirles lo que hemos decidido sobre la expedición?

- Sí, Alteza -el Ministro de Guerra carraspeó-. Dos naves. El acorazado Imperial Lenin y el crucero de combate MacArthur. La MacArthur será modificada para que se ajuste a las exigencias del doctor Horvath y llevará el personal civil de esta expedición. Incluiré científicos, comerciantes, funcionarios del Cuerpo Diplomático y el contingente de misioneros que Su Reverencia solicita, además de la tripulación. Será la MacArthur quien realice todos los contactos con la civilización alienígena.

Merrill cabeceó subrayando las palabras del ministro.

- El acorazado Lenin no subirá a bordo alienígenas en ninguna circunstancia, ni se expondrá a una captura. Quiero garantizar que recibamos algún informe directo de esta expedición.

- Un poco extremado, ¿no le parece? -dijo Horvath.

- No, señor -replicó sir Traffin enfáticamente-. Richard pretende ante todo que los alienígenas no tengan posibilidad alguna de obtener ni el Campo Langston ni el Impulsor Alderson, y yo estoy absolutamente de acuerdo.

- Pero si ellos... ¿y si capturan la MacArthur? -preguntó Horvath.

El almirante Cranston lanzó un chorro de humo azul de su pipa.

- En ese caso la Lenin destruirá a la MacArthur. Blaine asintió. Ya se había imaginado aquello.

- Se necesita un hombre muy especial para poder tomar esa decisión -comentó sir Traffin-. ¿A quién piensa dar el mando del Lenin?

Al almirante Lavrenti Kutuzov. Enviamos ayer una nave correo en su busca.

- ¡El carnicero! -Horvath posó el vaso en la mesa y se volvió hecho una furia al Virrey-. ¡Protesto, Alteza! ¡De entre todos los hombres del Imperio, ésa es la peor elección! Debe usted saber que Kutuzov fue el hombre que... que esterilizó Istvan. De todas las criaturas paranoicas del... Señor, le suplico que lo reconsidere. Un hombre como ése podría... ¿Es que no lo comprende? ¡Se trata de alienígenas inteligentes! ¡Podría ser el momento cumbre de la Historia, y quiere usted enviar una expedición mandada por subhumanos que piensan con sus reflejos! Es una locura.

- Mayor locura sería enviar una expedición mandada por individuos como usted -contestó Armstrong-. Y no pretendo insultarle, doctor, pero usted considera a los alienígenas como amigos, no ve los peligros. Quizás mis amigos y yo los veamos demasiado, pero es mejor equivocarse por más que por menos.

- El Consejo... -protestó débilmente Horvath.

- No es una cuestión del Consejo -proclamó Merrill-. Es algo que atañe a la Defensa Imperial. Está en juego la seguridad del Reino. Está claro lo que puede decir al respecto el Parlamento Imperial de Esparta. Como representante de Su Majestad en este sector, yo ya he decidido.

- Comprendo -Horvath se sentó un instante, luego volvió a la carga-. Pero dice usted que la MacArthur será modificada con fines científicos. Eso significa que podremos tener una expedición plenamente científica.

Merrill asintió.

- Sí. Esperamos que no tenga que intervenir Kutuzov. Su gente se cuidará de que no tenga que hacerlo. Por simple precaución. Blaine carraspeó suavemente.

- Hable, joven -dijo Armstrong.

- Me preguntaba quiénes iban a ser mis pasajeros, señor.

- Claro, por supuesto -contestó Merrill-. La sobrina del senador Fowler y ese comerciante. Creo que quieren proseguir la aventura...

- Conozco a Sally... quiero decir a la señorita Fowler -contestó Rod-. Ha rechazado dos posibilidades de regresar a Espada, y acude diariamente al Cuartel General del Almirantazgo.

- Estudiante de antropología -murmuró Merrill-. Si desea ir, que vaya. No vendrá nada mal para demostrar a la Liga de la Humanidad que no se trata de una expedición punitiva, y no veo mejor medio de indicarlo. Será una excelente medida política. ¿Qué me dice de ese comerciante?

- No sé, señor.

- Comprueben si desea ir -dijo Merrill-. Almirante, no han conseguido una nave adecuada que se dirija a la capital, ¿verdad?

- Ninguna a la que pudiese confiarle a ese hombre -respondió Cranston-. Ya leyó usted el informe de Plejanov.

- Sí. Bueno, el doctor Horvath quería que fuesen comerciantes. Creo que Su Excelencia agradecerá la oportunidad de estar allí... bastará decirle que puede ser invitado uno de sus competidores. Irá, estoy seguro. No he visto nunca un comerciante que no estuviese dispuesto a cruzar el infierno para derrotar a sus competidores.

- ¿Cuándo saldremos, señor? -preguntó Rod. Merrill se encogió de hombros.

- Eso depende de la gente de Horvath. Hay mucho trabajo que hacer. La nave Lenin deberá estar aquí en un mes. Recogerá de camino a Kutuzov. No veo por qué no puede usted iniciar el viaje tan pronto como considere que la MacArthur está lista.

11
La Iglesia de Él

El vehículo monorraíl avanzaba con un apagado silbido a ciento cincuenta kilómetros

por hora. La multitud de pasajeros del sábado parecía tranquila y satisfecha. Apenas hablaba. En un grupo situado en la parte trasera, un hombre pasaba una botella. Pero ni siquiera este grupo resultaba ruidoso; únicamente sonreían más. Unos cuantos niños muy educados asomaban sus cabecitas por los asientos de ventanas para ver el exterior y señalaban y preguntaba en un dialecto incomprensible.

Kevin Renner se comportaba más o menos del mismo modo. Con la cabeza apoyada en la ventanilla de plástico claro, contemplaba un mundo extraño. Su flaco rostro esbozaba una sencilla sonrisa.

Staley estaba del lado del pasillo, sentado en posición de firme. Potter iba sentado entre los dos.

No estaban los tres de permiso; iban de servicio y podían llamarles en cualquier momento a través de sus computadoras de bolsillo. Los técnicos de los talleres de Nueva Escocia estaban reparando el hangar de la MacArthur y realizando otros trabajos en la nave bajo la supervisión de Sinclair. Sinclair podía necesitar, concretamente, a Potter en cualquier momento; y Potter era su guía nativo. Quizás Staley recordase esto; pero no había en su rígida postura ningún indicio de inquietud. Parecía satisfecho y feliz. Siempre se sentaba de aquel modo.

Potter era quien más hablaba y quien hacía todos los comentarios.

- ¿Ha visto esos dos volcanes gemelos, señor Renner? ¿Ve esas estructuras como cajas que hay junto a la cima? Son unidades de control atmosférico. Cuando los volcanes arrojan gas, los encargados de mantenimiento lanzan proyectiles de algas modificadas en el vapor. De lo contrario, nuestra atmósfera se deterioraría rápidamente otra vez.

- Pero, durante las Guerras Separatistas, no habría modo de mantener el sistema en funcionamiento. ¿Cómo se las arreglaban?

- Muy mal.

Destacaban en el paisaje unas líneas azuladas y extrañas. Eran las manchas verdes de los campos cultivados junto a un paisaje sin vida, casi lunar, azotado por la erosión. Resultaba extraño ver aquel ancho río perderse entre meandros en el desierto saliendo de la zona cultivada. No había matorrales ni hierbas. Nada crecía espontáneamente. El bosquecillo por el que cruzaban ahora tenía los mismos linderos precisos y la misma disposición regular que las anchas fajas de parcelas floridas ante las que habían pasado antes.

- Llevan ya trescientos años en Nueva Escocia -dijo Renner-. ¿Por qué es todavía así? Yo creía que dispondrían ya de suelo vegetal aceptable en todas partes y que habrían echado semillas. Creí que parte del planeta estaría cubierto de vegetación en estado salvaje.

- ¿Cuántas veces se convierte la tierra cultivada en naturaleza salvaje en un mundo colonial? A lo largo de nuestra historia los seres humanos se han propagado siempre más deprisa que el suelo vegetal. -Potter se irguió bruscamente-. Mirad allí delante. Estamos llegando a Parcela Quentin.

El vehículo aminoró suavemente la marcha. Se abrieron las puertas y salieron unos cuantos pasajeros. Los hombres de la Marina salieron también, con Potter a la cabeza. Potter rebosaba satisfacción. Aquél era su pueblo natal.

Renner se detuvo de pronto.

- ¡Mirad, puede verse el Ojo de Murcheson de día! Era cierto. La estrella estaba muy alta, hacia el Este, y era una chispa roja visible en el azul del cielo.

- Pero no puede distinguirse la Cara de Dios.

Se volvieron cabezas hacia los hombres de la Marina. Potter dijo en un murmullo:

- Señor Renner, no debe llamarlo la Cara de Dios en este mundo.

-Vaya, ¿por qué no?

- Un eliano lo llamaría la Cara de ÉI. No se refieren nunca directamente a su Dios. Un buen miembro de la Iglesia no cree que haya nada más que el Saco de Carbón.

- Lo llaman la Cara de Dios en todas partes. Sean buenos miembros de la Iglesia o no.

- Pero es que en el resto del Imperio no hay elianos. Siguiendo este camino, llegaremos a la Iglesia de Él antes del oscurecer.

Parcela Quentin era un pueblecito rodeado de campos de trigo. La calle era un ancho paso de basalto con una ondulación en su superficie, como si se tratase de un río de lava petrificado. Renner supuso que el impulsor de una nave había actuado allí mucho tiempo atrás, marcando los caminos antes de que se alzase ningún edificio. Se veían en la superficie infinidad de fisuras. Con las casas de dos y tres plantas que se alineaban ahora a ambos lados, difícilmente podía repararse la calle del mismo modo.

- ¿Cómo nacieron los elianos? -preguntó Renner.

- Hay una leyenda -dijo Potter, pero se detuvo-. Quizás no sea una leyenda. Lo que dicen los elianos es que un día la Cara de Dios despertó

- ¿Sí?

- El abrió su único ojo.

- Eso encaja, si los pajeños utilizaron realmente un cañón láser para impulsar la vela de luz. ¿Cuánto hace de eso?

- Bueno -Potter se puso a pensarlo-. Fue durante las Guerras Separatistas. Ya saben que la guerra causó grandes daños aquí. Nueva Escocia permaneció fiel al Imperio, pero Nueva Irlanda no. Nuestras fuerzas estaban más o menos igualadas. Estuvimos combatiendo unos cincuenta años, hasta que no quedaron naves interestelares y cesó por completo el contacto con las estrellas. Luego, en 2870, penetró una nave en el sistema. Era la Ley Cráter, una nave mercante convertida en navío de guerra, con un Campo Langston en perfecto funcionamiento y un buen cargamento de torpedos. Aunque estaba averiada, era la nave más poderosa del sistema de Nueva Caledonia; habíamos caído muy bajo. Con su ayuda destruimos a los traidores neoirlandeses.

- Eso fue hace ciento cincuenta años. Lo cuenta usted como si lo hubiese vivido. Potter sonrió.

-Aquí la historia se la toma uno de una forma muy personal.

- Lo comprendo -dijo Staley.

- Pedía usted fechas -dijo Potter-. Los archivos de la Universidad no dicen nada.

Algunos de los datos archivados en las computadoras quedaron inutilizados por daños bélicos, como saben. Algo pasó en el Ojo, de eso no hay duda, pero debió de ser casi al final de la guerra. Si no, no habría causado tanta impresión, ¿comprenden?

- ¿Por qué no? La Cara de... el Ojo es el objeto mayor y más luminoso de su cielo. Potter sonrió satisfecho.

- No durante la guerra. He leído diarios. La gente estaba oculta bajo el Campo Langston de la Universidad. Cuando salían, veían el cielo como un campo de batalla, lleno de extrañas luces y de las radiaciones de las naves que explotaban. Sólo después de acabada la guerra empezó la gente a contemplar el cielo. Entonces los astrónomos intentaron determinar lo que había pasado en el Ojo. Y fue cuando Howar Grote Littlemead se vio asaltado por la inspiración divina.

- Decidió que la Cara de Dios era sólo lo que parecía.

- Sí, eso es. Y convenció a muchos. Hemos llegado, caballeros.

La Iglesia de Él era al mismo tiempo impresionante y mísera. El edificio era de piedra de cantera capaz de aguantar siglos; y los había aguantado, pero estaba gastada y quebrantada por las tormentas; había fisuras en dinteles y cornisas, por todas partes; e iniciales y obscenidades grabadas en las paredes con lásers y otros instrumentos.

El sacerdote era un hombre alto y grueso de aspecto suave y abatido. Pero fue inesperadamente enérgico en su negativa cuando le preguntaron si podían entrar. Y de nada sirvió que Potter indicase que había nacido en aquel mismo pueblo. La Iglesia de El y sus sacerdotes habían sufrido mucho a manos de los habitantes de aquel pueblo.

-Veamos, razonemos -le dijo Renner-. No creerá usted que nos proponemos alguna profanación, ¿verdad?

- Ustedes no son creyentes. ¿Qué les trae por aquí?

- Sólo queremos ver la imagen del... de la Cara de Él en su gloria. Después de verla nos iremos. Si no nos deja entrar, podremos obligarle a través de los canales oficiales.

Representamos a la Marina.

El sacerdote les miró burlón.

- Esto es Nueva Escocia, no una de esas colonias primitivas que no tienen gobierno, que tienen sólo astronautas blasfemos. Necesitarían una orden del Virrey para entrar aquí. Y no son ustedes más que turistas.

- ¿Ha oído usted hablar de la cápsula alienígena? El sacerdote perdió parte de su seguridad.

- Sí -contestó.

- Creemos que fue lanzada mediante un cañón láser. Desde la Paja.

El sacerdote se quedó asombrado. Luego lanzó una sonora carcajada. Sin dejar de reír les pasó adentro. No les dijo una palabra, pero les condujo por las gastadas losas hacia la entrada del santuario principal. Luego se hizo a un lado para observar sus caras.

La Cara de El ocupaba la mitad de la pared. Era una especie de imagen holográfica inmensa. Las estrellas que rodeaban el borde aparecían un poco borrosas, como si se tratase de una imagen holográfica muy vieja. Y producía la misma sensación de infinito de todas las imágenes holográficas.

El Ojo de aquella Cara brillaba con una luz de un verde puro de aterradora intensidad. Verde puro con una mancha roja.

- ¡Dios mío! -exclamó Staley, y rápidamente añadió-: No lo digo en un sentido literal... Pero se necesitaría todo el poder de un mundo muy adelantado para producir toda esa luminosidad a treinta y cinco años luz de distancia.

- Creo que la recordaba mayor de lo que era -murmuró Potter.

- ¡Ya lo han visto! -clamó el sacerdote-. ¿Creen todavía que puede tratarse de un fenómeno natural? ¿Han visto suficiente?

- Sí -dijo Renner, y se fueron.

Pararon fuera a la luz del crepúsculo. Renner movió la cabeza.

- Comprendo perfectamente a Littlemead -dijo-. Lo que me extraña es que no convenciese a todos los habitantes del planeta.

- Somos gente muy terca -dijo Potter-. Tu silueta en el cielo de la noche podría haber sido demasiado obvia, demasiado...

- ¡Aquí estoy yo, estúpido! -indicó Renner.

-Ya. A los neoescoceses no nos gusta que nos traten como si fuésemos tontos, ni siquiera a propósito de El.

Recordando el ruinoso edificio con su mísero interior, Renner dijo:

- La Iglesia de El ha decaído mucho, al parecer, desde que Littlemead vio la luz.

- Sí. La luz desapareció en 2902. Hace ciento quince años. Ese acontecimiento está bien documentado. Fue el final de la astronomía aquí hasta que regresó el Imperio.

- ¿Desapareció la Paja de forma brusca?

- Nadie lo sabe -dijo Potter, encogiéndose de hombros-. Debió de suceder por la otra parte del planeta. Hay que tener en cuenta que la civilización aquí no es más que una pequeña parcela que va expandiéndose por un mundo estéril. Cuando el Saco de Carbón se elevó aquella noche, se elevó como un hombre ciego. Para los elianos debió de ser como si Dios se hubiese echado a dormir otra vez.

- ¿Y qué hicieron?

- Howard Grote Littlemead tomó una sobredosis de somníferos. Los elianos dicen que aceleró su encuentro con Dios.

- Posiblemente para pedirle una explicación -dijo Renner-. Está usted muy callado, señor Staley.

Horst alzó los ojos con una expresión hosca.

- Son gente capaz de construir un cañón láser que cubra el cielo. Y vamos a llevar una expedición militar hasta allí.

12
Descenso al infierno

Apenas si podían reunirse todos en el muelle del hangar. Las escotillas de lanzamiento cerradas (reparadas, pero con huellas de los daños anteriores) eran el único espacio abierto suficientemente grande para que pudieran reunirse los tripulantes de la nave y el personal científico, y aun así más bien faltaba espacio. El compartimiento del hangar estaba atestado de aparatos e instrumentos; vehículos extra de aterrizaje, equipo científico, suministros almacenados y numerosos recipientes cuyo contenido Blaine desconocía. La gente del doctor Horvath insistió en transportar casi todos los instrumentos científicos que utilizaban en sus diversas especialidades por si resultaban útiles; la Marina difícilmente podía discutir con ellos, pues no había precedentes de una expedición como aquélla.

Ahora el inmenso espacio estaba lleno a rebosar. El Virrey Merrill, el ministro Armstrong, el almirante Cranston, el cardenal Randolph y toda una hueste de funcionarios menores se distribuían confusamente por allí mientras Rod esperaba que sus oficiales pudiesen completar satisfactoriamente los preparativos del despegue. Los últimos días habían sido un torbellino de actividades inevitables, la mayoría sociales, con poco tiempo para la importante tarea de preparar su nave. Ahora, esperando las ceremonias finales, Rod pensaba que hubiese sido preferible eludir la vida social capitalina y permanecer a bordo de su nave como un ermitaño. Durante el año siguiente estaría bajo el mando del almirante Kutuzov, y sospechaba que éste no se sentía del todo complacido con su subordinado. El ruso se había mantenido ostentosamente al margen de las ceremonias que tenían lugar ante las puertas del hangar de la MacArthur.

Su presencia jamás pasaba desapercibida. Kutuzov era un hombre grande y corpulento con un sentido del humor escandaloso. Parecía como sacado de un libro de texto de la historia rusa y hablaba de un modo que ajustaba perfectamente con la imagen. Se debía en parte a su educación en St. Ekaterina, pero sobre todo a decisión propia. Kutuzov dedicaba horas al estudio de las antiguas costumbres rusas y adoptaba muchas de ellas como parte de la imagen que quería proyectar. El puente de su nave capitana iba decorado con iconos, en su cabina hervía un samovar de té y sus soldados recibían clases de lo que Kutuzov consideraba buenas imitaciones de danzas cosacas.

La opinión que se tenía en la Marina de aquel hombre era unánime: muy competente, rígidamente fiel a las órdenes que se le daban y, en consecuencia, carente de compasión humana hasta el punto de que hacía sentirse incómodos a todos los que le rodeaban. Cuando la Marina y el Parlamento aprobaron oficialmente la decisión de Kutuzov de ordenar la destrucción de un planeta rebelde (el Consejo Imperial había llegado a la conclusión de que aquella medida drástica había impedido la rebelión de todo un sector),

Kutuzov fue invitado a todas las funciones sociales; pero nadie se sintió defraudado cuando rechazó las invitaciones.

- El principal problema son esas absurdas costumbres rusas -había dicho Sinclair cuando los oficiales de la MacArthur discutían sobre su nuevo almirante.

- No son tan distintas de las escocesas -había dicho el primer teniente Cargill-. Al menos no intenta obligarnos a todos a entender ruso. Habla ánglico bastante bien.

- ¿Quiere decir con eso que nosotros los escoceses no hablamos ánglico? -protestó Sinclair.

- Piense lo que quiera -pero luego Cargill lo pensó mejor-. Por supuesto que no, Sandy. A veces cuando se excita no entiende usted nada... bueno, tomemos un trago.

Aquello, pensó Rod, era algo digno de ver, Cargill procurando ser amable con Sinclair. Por supuesto la razón era evidente. Con la nave en los talleres de Nueva Escocia bajo el control del jefe de taller MacPherson y sus hombres, Cargill hacía todo lo posible por no irritar al ingeniero jefe. Podría acabar eliminando su cabina o trasladándola de sitio, o cosas aún peores. Hablaba en aquel momento el Virrey Merrill. Rod salió de su ensueño y procuró

escuchar entre la confusa algarabía de sonidos.

- Realmente no veo el objeto de todo esto, capitán. La ceremonia podría haberse celebrado en tierra... salvo su bendición, reverendo.

-Ya han salido otras naves de Nueva Escocia sin mis servicios -musitó el cardenal-. Quizás no fuese una misión tan importante para la Iglesia como ésta. En fin, eso será a partir de ahora problema del joven Hardy.

Indicó con un gesto al capellán de la expedición. David Hardy casi doblaba en edad a Blaine, y era del mismo rango, así que el calificativo de joven era bastante relativo.

- Bueno, ¿estamos dispuestos?

- Sí, Eminencia. -Blaine hizo un gesto a Kelley.

- ¡TRIPULACIÓN DE LA NAVE, ATENCIÓN! -Las voces se apagaron, desvaneciéndose, lentamente más que de modo brusco, como habría sido si no hubiese civiles a bordo.

El cardenal sacó del bolsillo una fina estola, besó el borde y se la puso al cuello. El capellán Hardy le entregó el cubo de plata y un hisopo, un báculo con una esfera hueca en el extremo. El cardenal Randolph metió el hisopo en el cubo y roció luego a oficiales y tripulación.

- Tú me purificarás y quedaré limpio. Tú me lavarás y quedaré puro como nieve. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

- Como era en un principio ahora y siempre por los siglos de los siglos, amén - respondió Rod automáticamente.

¿Creía en todo aquello? ¿O era sólo útil para la disciplina? No estaba seguro, pero le alegraba la presencia del cardenal allí. La MacArthur podría necesitar todas las ayudas que pudiese obtener...

El grupo de autoridades y funcionarios subió a un planeador atmosférico en cuanto sonaron las señales de aviso. La tripulación de la MacArthur se apresuró a abandonar la cubierta hangar, y Rod entró en una cámara neumática. Silbaron las bombas vaciando de aire el espacio del hangar, y luego se abrieron las grandes puertas dobles. A continuación, la MacArthur perdió su giro mientras los grandes volantes centrales giraban. Con sólo la tripulación normal de la Marina a bordo, podía lanzarse un vehículo de atmósfera a través de las puertas pese al giro, cayendo en la trayectoria curvada (respecto a la MacArthur) provocada por la aceleración de Coriolis; pero con el Virrey y el cardenal a bordo debía rechazarse aquella maniobra. El vehículo de desembarco se elevó suavemente a ciento cincuenta centímetros por segundo hasta salir de las puertas del hangar.

- Cierren y sellen -ordenó ásperamente Rod-. Prepárense para aceleración.

Se volvió y se lanzó en gravedad nula hacia su puente. Se abrieron tras él abrazaderas telescópicas a lo largo de la cubierta hangar... hasta que el vacío quedó parcialmente ocupado. El diseño del espacio de hangar de una nave espacial es una especialidad de gran complicación, puesto que han de lanzarse unidades de localización en cualquier momento, y el inmenso espacio vacío debe protegerse al mismo tiempo contra cualquier posible desastre. Ahora, con los vehículos extra de los científicos de Horvath, además de todo el equipo de la propia MacArthur, la cubierta hangar era una masa de naves, abrazaderas y recipientes.

El resto de la nave estaba igualmente atestado. En vez de la ordenada actividad habitual que seguía a los avisos de aceleración, los pasillos de la MacArthur hervían de personal. Algunos de los científicos habían empezado a colocarse la armadura de combate, confundiendo la alarma de aceleración con la señal de ataque. Otros se quedaban en puntos de paso importantes bloqueando el tráfico, sin saber qué hacer. Los oficiales les gritaban, incapaces de insultar a los civiles e incapaces también de hacer otra cosa.

Rod llegó por fin al puente, mientras tras él oficiales y brigadieres trabajaban despejando los pasillos e informando a todos que debían prepararse para la aceleración. En privado, Blaine no podía reprochar a su tripulación aquella incapacidad para controlar a los científicos, pero no podía tampoco ignorar el peligro. Además, si disculpaba a sus subordinados, nunca llegarían a controlar a los civiles. No podía, ciertamente, amenazar a un

Ministro de Ciencia y a sus hombres por cualquier cosa; pero si era lo bastante duro con su propia tripulación, los científicos sin duda cooperarían para ahorrar a los hombres del espacio... Consideraba que era una teoría digna de tenerse en cuenta. Mientras observaba en un monitor de televisión a dos infantes de marina y a cuatro técnicos de laboratorio civiles amontonados contra los mamparos posteriores de la sala de oficiales, Rod maldijo silenciosamente y esperó que resultase. Alguna solución tenía que haber.

- Llaman del buque insignia, señor. Mantenga la conexión en Redpines.

- Entendido, señor Potter. Señor Renner, hágase cargo del control y siga al tanque número tres.

- De acuerdo, señor -dijo Renner-. Así que despegamos. Lástima que las ordenanzas prohíban el champán en un momento como éste.

- Creí que estaba usted muy ocupado, señor Renner. El almirante Kutuzov insiste en que mantengamos lo que él llama una formación correcta.

- Lo sé, señor. Analicé el asunto con el piloto jefe del Lenin anoche.

- Oh. -Rod se arrellanó en su silla de mando.

Sería un viaje difícil, pensaba. Todos aquellos científicos a bordo. El doctor Horvath había insistido en ir personalmente, y acabaría siendo un problema. La nave estaba tan llena de civiles que la mayoría de los oficiales de la tripulación se veían obligados a dormir en grupos en cabinas demasiado pequeñas; los oficiales más jóvenes dormían en hamacas en la sala artillera con los brigadieres; los infantes de marina se amontonaban en la sala de recreo, pues sus dormitorios estaban atestados de instrumentos científicos. Rod empezaba a desear que Horvath hubiese triunfado en su polémica con Cranston. Los científicos hubiesen preferido un carguero de asalto con sus enormes espacios de almacenaje.

Pero el Almirantazgo les había puesto el veto. La expedición estaría formada sólo por naves capaces de defenderse. Los vehículos cisterna acompañarían a la flota hasta el Ojo de Murcheson, pero no llegarían a la Paja.

Por deferencia a los civiles, se hizo el viaje a 1,2 gravedades. Rod padeció innumerables banquetes, medió en las discusiones entre científicos y tripulación, y frustró las tentativas del doctor Buckman, el astrofísico, de monopolizar el tiempo de Sally.

El primer Salto fue pura rutina. El punto de transferencia al Ojo de Murcheson estaba perfectamente localizado. Nueva Caledonia era un magnífico punto blanco luminoso un instante antes de que la MacArthur saltase. Luego apareció el Ojo de Murcheson como un amplio y rojo resplandor del tamaño de una pelota de béisbol sostenida a la distancia de un brazo.

La flota avanzó hacia él.

Gavin Potter había cambiado hamacas con Horst Staley. Le había costado una semana de trabajo hacer la colada de los dos, pero había merecido la pena. La hamaca de Staley daba directamente a una escotilla.

Naturalmente la escotilla quedaba debajo de la hamaca, en el suelo giratorio cilíndrico de la sala de artillería. Potter se tendía boca abajo en la hamaca para mirar por la escotilla, con una suave sonrisa en su alargado rostro.

Whitbread estaba tendido en su hamaca mirando hacia arriba. Llevaba varios minutos observando a Potter, y al fin dijo:

- Señor Potter.

El neoescocés sólo volvió la cabeza.

- Sí, señor Whitbread...

Whitbread continuó observándolo plácidamente, con los brazos doblados detrás de la cabeza. Se daba perfecta cuenta de que la obsesión de Potter con el Ojo de Murcheson no era asunto suyo. Incomprensiblemente, Potter conservaba la calma. ¿Cuánto necesitaría pincharle?

A bordo de la MacArthur sucedían cosas curiosas y divertidas, pero no había modo de que disfrutaran de ellas los brigadieres. Un brigadier fuera de servicio debía fabricarse sus propias diversiones.

- Potter, creo recordar que fue usted transferido a la MacArthur en Dagda, poco antes de que recogiésemos la cápsula.

La voz de Whitbread tenía un tono especial. Horst Staley, que también estaba fuera de servicio, se volvió en lo que había sido la hamaca de Potter interesado por la conversación. Whitbread lo advirtió sin que pareciese hacerlo.

Potter se volvió y pestañeó.

- Sí, señor Whitbread. Es cierto.

- Bueno, alguien tiene que decírselo, y no creo que se le haya ocurrido a nadie. Su primera misión a bordo de una nave espacial incluyó la caída en picado hacia el sol F8. Espero que esto no le diese una mala impresión del Cuerpo.

- En absoluto. Me pareció emocionante -dijo cortésmente Potter.

- El asunto es que un vuelo en picado hacia un sol es un acontecimiento sumamente raro. No sucede en todos los viajes. Creo que alguien debería decírselo.

- Pero, señor Whitbread, ¿no vamos a hacer exactamente eso?

- ¿Cómo? -Whitbread no esperaba aquello.

- Ninguna nave del Primer Imperio encontró un punto de transferencia desde el Ojo de Murcheson a la Paja. Quizás no se esforzasen mucho en conseguirlo, pero podemos suponer que lo intentaron -dijo Potter muy serio-. Ahora bien, yo he tenido muy poca experiencia en el espacio, pero no soy un iletrado, señor Whitbread. El Ojo de Murcheson es una supergigante roja, una gran estrella vacía, tan grande como la órbita de Saturno en el sistema solar. Lo más razonable es que el Punto Alderson de la Paja esté dentro de la estrella, si es que existe. ¿No es cierto?

Horst Staley se incorporó sobre un codo.

- Creo que tiene razón. Eso explicaría por qué nunca se calculó el punto de transferencia. Todos sabían dónde estaba...

- Pero nadie quería ir a ver. Sí, por supuesto que tiene razón -dijo Whitbread hoscamente-. Y eso es lo que vamos a hacer nosotros precisamente. ¡Vaya! Ya estamos otra vez.

- Exactamente -dijo Potter; y, sonriendo suavemente, volvió a colocarse boca abajo.

- Es muy extraño -dijo Whitbread-. Dude de mí si cree que debe hacerlo, pero le aseguro que no tenemos que avanzar en picado hacia una estrella más que en dos de cada tres viajes. -Hizo una pausa-. E incluso eso es demasiado.

La flota se detuvo en el confuso borde del Ojo de Murcheson. No había ningún problema de órbita. A aquella distancia la gravedad del sol era tan débil que una nave habría tardado años en caer en él.

Las naves cisterna se situaron y empezaron a trasvasar combustible.

Entre Horace Bury y Buckman, el astrofísico, se había creado una curiosa y sutil amistad. Bury se asombraba a veces al pensarlo. ¿Qué quería Buckman de él?

Buckman era un individuo flaco, nudoso, de frágiles huesos. Tenía aspecto de olvidarse de comer varios días seguidos. Parecía no cuidarse de nadie ni de nada de lo que para Bury constituía el universo real. Gente, tiempo, poder, dinero, no eran más que medios que Buckman utilizaba para escudriñar la estructura y los movimientos de las estrellas. ¿Por qué buscaría, entonces, la compañía de un comerciante?

Pero a Buckman le gustaba hablar y Bury al menos tenía tiempo para escuchar. La MacArthur era como una colmena, llena de gente atareada. Y en la cabina de Bury había sitio para pasear.

O, especulaba cínicamente Bury, podía gustarle el café que él hacía. Bury tenía casi una docena de tipos diferentes de café, molinillo propio y filtros para hacerlo. Sabía muy bien la diferencia que había entre su café y el que se hacía para el resto de la tripulación.

Nabil les sirvió el café mientras observaban por la pantalla las maniobras de los vehículos cisterna. El que aprovisionaba a la MacArthur quedaba oculto, pero la Lenin y el otro vehículo parecían dos negros huevos alargados, ligados por un cordón umbilical de color plata, perfilados contra un fondo de un difuso escarlata.

- No tiene por qué ser tan peligroso -dijo Buckman-. Se lo está imaginando usted como si se tratase de un descenso hacia el sol, Bury. Y lo es, técnicamente. Pero todo ese vasto volumen no es mucho mayor, en masa, que Cal o que cualquier otra enana amarilla. Imagínesela como un vacío al rojo. Salvo la zona central, claro, que probablemente sea pequeña y muy densa.

-Aprenderemos mucho en este viaje -añadió.

Sus ojos brillaban, centrados en el infinito. A Bury, que le miraba de reojo, la expresión le parecía fascinante. La había visto antes, pero muy pocas veces. Indicaba a un hombre al que no se podía comprar con ninguna de las monedas de que disponía Horace Bury.

Bury no tenía más utilidad práctica para Buckman que Buckman para él. Bury se sentía tranquilo con Buckman, en la medida en que podía sentirse tranquilo con alguien. Y aquella sensación le gustaba.

- Creí que ya lo sabían ustedes todo sobre el Ojo -dijo.

- ¿Se refiere a las exploraciones de Murcheson? Se han perdido demasiados datos, y algunos de los que se conservan son poco dignos de confianza. He mantenido en funcionamiento mis aparatos desde el Salto. La proporción de partículas pesadas en el viento solar es asombrosamente alta. Y helio... es tremendo. Pero las naves de Murcheson nunca entraron en el Ojo mismo, que yo sepa. Cuando lo hagamos aprenderemos realmente cosas. -Buckman frunció el ceño-. Espero que nuestros instrumentos puedan seguir funcionando. Tienen que atravesar el Campo Langston, claro. Es posible que tengamos que estar en esa niebla al rojo durante un período considerable. Si el Campo se deshace se perderá todo.

Bury le miró fijamente, y luego rompió a reír.

- ¡Sí, doctor, de eso no hay duda!

Buckman pareció sorprendido y desconcertado. Luego dijo:

Ah, ya veo lo que quiere decir. Que moriríamos todos, ¿verdad? No había pensado en eso.

Sonaron avisos de aceleración. La MacArthur penetraba en el Ojo.

La voz de Sinclair sonó en el oído de Rod.

- Ingeniería informa, capitán. Todos los sistemas funcionan. El Campo se mantiene perfectamente, no hace tanto calor como temíamos.

- Está bien -contestó Blaine-. Gracias, Sandy.

Rod observó los vehículos cisterna que retrocedían frente a las estrellas. Estaban ya a miles de kilómetros de distancia, visibles sólo a través de los telescopios, brillantes como puntos de luz.

La pantalla siguiente mostraba una masa blanca dentro de una niebla roja: la nave Lenin penetrando en el rojo resplandor. La tripulación de la Lenin buscaría el punto Alderson... si es que había tal punto.

- De todos modos no hay duda de que se producirán filtraciones en el Campo tarde o temprano -continuó la voz de Sinclair-. No hay lugar hacia donde desviar el calor, hay que almacenarlo. Esto no es como una batalla espacial, capitán. Pero podremos aguantar sin radiar la energía acumulada hacia otra parte por lo menos setenta y dos horas. Después de eso... no tenemos datos. Nadie ha intentado hasta ahora una locura así.

- Comprendo.

-Alguien tenía que hacerlo -dijo alegremente Renner.

Había estado escuchando desde su puesto del puente. La MacArthur avanzaba a una gravedad, pero la sutil fotosfera estaba ofreciendo más resistencia de la esperada.

- Murcheson debería haberlo intentado -añadió-. El Primer Imperio tenía mejores naves que nosotros.

- Quizás lo hiciesen -dijo Rod distraído. Observaba la Lenin, que parecía alejarse por delante de la MacArthur, y sintió una irritación irracional. La MacArthur debería haber ido primero...

Los oficiales veteranos dormían en sus puestos de servicio. Nada se podía hacer si el Campo absorbía demasiada energía, pero Rod se sentía mejor en su asiento de mando. Por

último se hizo evidente que él no era necesario.

Llegó una señal de la Lenin y la MacArthur apagó sus motores. Sonaron señales de aviso, y la nave quedó bajo giro hasta que otros indicadores marcaron el final de desagradables cambios de gravedad. Tripulación y pasajeros salieron de las redes de seguridad.

- Olviden el indicador de abajo -ordenó Rod. Renner se puso de pie y se estiró ostentosamente.

- Esa es la cuestión, capitán. Por supuesto tendremos que reducir la velocidad al hacerse más densa la fotosfera, pero no hay otra solución. Con la fricción disminuiría nuestra velocidad de todas formas. -Miró las pantallas y formuló preguntas con ágiles dedos-. El espacio no es tan denso como, por ejemplo, una atmósfera, pero sí mucho más que un viento solar Blaine podía ver esto por sí mismo. La Lenin aún seguía adelante en el límite extremo de detección, con los motores apagados. Era como una astilla negra en las pantallas, con un perfil difuso por los cuatro mil kilómetros de niebla al rojo.

El Ojo se espesaba alrededor de ellos.

Rod permaneció en el puente otra hora, luego se convenció de que estaba siendo injusto.

- Señor Renner.

- Diga, señor.

- Puede abandonar su puesto ya. Deje al señor Crawford que le sustituya.

- De acuerdo, señor.

Renner se dirigió a su cabina. Había llegado a la conclusión de que no era necesario en el puente cincuenta y ocho minutos antes. Ahora podría darse una ducha caliente y dormir algo en su litera, en vez de seguir clavado a aquella condenada silla.

El camino hasta su cabina estaba atestado, como siempre. Kevin Renner se abrió paso con terca determinación hasta que alguien chocó violentamente con él.

- ¡Maldita sea! Perdone -masculló; observó al otro que recuperaba el equilibrio agarrándose a las solapas del uniforme de Renner-. Es usted el doctor Horvath, ¿verdad?

- Discúlpeme -el Ministro de Ciencias dio unos pasos atrás y se sacudió torpemente-. Aún no he logrado acostumbrarme a la gravedad. Ninguno de nosotros lo hemos logrado. Es el efecto Coriolis lo que nos fastidia.

- No. Son los codos -dijo Renner; recuperaba su humor habitual-. Hay seis veces más codos que personas a bordo de esta nave, doctor. Los he contado.

- Muy ingenioso, señor... Renner, ¿verdad? Piloto jefe Renner. Renner, este hacinamiento fastidia a mi personal tanto como a la tripulación. Si pudiésemos apartarnos de su camino, lo haríamos. Pero no podemos. Hay que reunir todos los datos sobre el Ojo. Jamás volveremos a tener una oportunidad semejante.

- Lo sé, doctor, y estoy de acuerdo. Ahora, si no le importa... -las visiones del agua caliente y la cama limpia retrocedieron cuando Horvath se agarró de nuevo a su solapa.

- Sólo un momento, por favor -Horvath parecía estar diciendo algo-. Señor Renner, usted estaba a bordo de la MacArthur cuando capturó la sonda alienígena, ¿verdad?

- Sí, claro, estaba.

- Me gustaría hablar con usted.

- ¿Ahora? Pero, doctor, la nave puede necesitar de mí en cualquier momento...

- Lo considero urgente.

- Pero estamos cruzando la fotosfera de una estrella, supongo que se ha dado cuenta. Y llevo tres días sin ducharme, como quizás haya advertido también... Renner miró de nuevo a Horvath y se resignó.

- Está bien, doctor -dijo-. Pero retirémonos del pasillo.

La cabina de Horvath estaba tan atestada como el resto de la nave, aunque al menos tenía paredes. Más de la mitad de la tripulación de la MacArthur habría considerado aquellas paredes un lujo inmerecido. Al parecer, Horvath, por la expresión disgustada y las disculpas que dio cuando entraron en la cabina, no pensaba igual.

Retiró la litera empotrándola en el mamparo y sacó dos sillas de la pared opuesta.

- Siéntese, Renner. Hay cosas sobre esa captura que siguen inquietándome. Espero que pueda usted darme una versión imparcial. Usted no es un miembro normal de la Marina.

El piloto no se molestó en desmentirlo. Había sido antes piloto de una nave mercante, y mandaría una cuando abandonase la Marina con mayor experiencia aún; y estaba deseando volver al servicio mercante.

- Dígame -preguntó Horvath, sentado en el borde mismo de la silla plegable-. ¿Fue absolutamente necesario el ataque a la sonda alienígena?

Renner rompió a reír.

Horvath lo aguantó, aunque daba la sensación de haber comido una ostra podrida.

- Está bien -dijo Renner-. No debería haberme reído. Usted no estaba allí. ¿Sabía usted que la sonda caía sobre Cal en desaceleración máxima?

- Desde luego, y me doy cuenta de que también usted estaba allí, pero ¿era realmente peligroso eso?

- Doctor Horvath, el capitán me sorprendió dos veces. Por completo. Cuando la sonda atacó, yo intentaba bordear la vela antes de que nos asáramos. Podría haberlo conseguido o no. Pero el capitán nos condujo a través de la vela. Fue una idea muy inteligente, algo en lo que yo debería haber pensado, y considero a ese hombre un genio. Es también un maníaco suicida.

- ¿Que?

En la cara de Renner había miedo retrospectivo.

- Nunca debería haber intentado recoger la sonda. Habíamos perdido demasiado tiempo. Estábamos a punto de embestir contra una estrella. No creí que pudiésemos coger tan deprisa aquella condenada sonda...

- ¿Hizo eso el propio Blaine?

- No. Delegó el trabajo en Cargill. Que es el que mejor maniobra en alta gravedad de toda la tripulación. Ahí está la cosa, doctor. El capitán escogió al mejor y le cedió su puesto.

- ¿Y usted apoyaba todo lo que él hacía?

- Desde luego, plenamente.

- Bien, es cierto que consiguió cogerla. -Horvath parecía estar probando algo amargo-. Pero también disparó sobre ella. Fue el primero...

- Ellos dispararon primero.

- ¡Era el mecanismo de defensa contra meteoritos!

- ¿Y qué?

Horvath apretó los labios.

- Bien, doctor, suponga que deja usted su coche en una cuesta sin frenos y con las ruedas apuntando hacia abajo y suponga que rueda ladera abajo y mata a cuatro personas. ¿Qué piensa usted del caso desde un punto de vista ético?

- Me parece terrible, pero no sé qué quiere decir con eso, Renner.

- Los pajeños son por lo menos tan inteligentes como nosotros, ¿de acuerdo? Muy bien. Construyen un sistema de defensa contra meteoritos. Tienen obligación de comprobar si están disparando contra un meteorito o contra una nave neutral.

Horvath permaneció sentado y en silencio durante lo que pareció mucho tiempo, mientras Kevin Renner pensaba en la capacidad limitada de los tanques de agua caliente de la zona de oficiales. Aquella expresión agria era natural en Horvath, según pudo comprobar Renner; las líneas de su cara se ajustaban a ella de modo natural e inmediato. Por fin el Ministro de Ciencias dijo:

- Gracias, señor Renner.

- De nada -dijo Renner levantándose. Sonó la alarma.

- Oh, Dios mío. Eso es para mí -y salió rápidamente hacia el puente.

Estaban bastante dentro del Ojo: lo bastante para que el fino polvo estelar que les rodeaba resultase amarillo. Los indicadores del Campo se veían también amarillos, pero con un matiz verde.

Renner vio todo esto al mirar hacia la media docena de pantallas del puente. Miró los gráficos de sus propias pantallas; y no vio a la otra nave.

- ¿Ha saltado la Lenin?

-Acaban de hacerlo -dijo el guardiamarina Whitbread-. Nosotros lo haremos ahora, señor.

El guardiamarina pelirrojo sonreía de oreja a oreja. Blaine se acomodó en el puente.

- Hágase cargo del control, señor Renner. El piloto debe estar ya en su puesto.

- De acuerdo, señor -Renner se volvió a Whitbread-. Le relevaré ya.

Sus dedos se movieron sobre clavijas y teclas, y luego pulsó una hilera de botones mientras los nuevos datos aparecían en su pantalla. Las alarmas fueron sonando en rápida sucesión: ESTACIONES DE SALTO, ESTACIONES DE COMBATE, AVISO DE ALTA ACELERACIÓN. LA MACARTHUR PREPARADA PARA LO DESCONOCIDO.

Segunda parte
El punto de Eddie el Loco

13
Mira a tu alrededor

Ella fue la primera en descubrir a los intrusos.

Había estado explorando una masa informe de asteroides de piedra que resultó ser mayoritariamente espacio vacío. Alguna cultura anterior había excavado salas y estancias y cámaras de almacenaje y fundido luego los detritos en más salas y cámaras, hasta que la masa quedó convertida en una colmena de piedra. Todo esto había sucedido mucho tiempo atrás, pero a ella no le interesaba en absoluto.

En tiempos posteriores los meteoritos habían hecho docenas de agujeros a través de lo construido. Espesas paredes habían sido adelgazadas gradualmente para poder extraer aire químicamente de la piedra. Ahora ya no había aire. No había metal por ningún lado. Momias secas y piedra, piedra; poco más y nada en absoluto para un Ingeniero.

Salió a través de una perforación meteorítica, pues todas las cámaras neumáticas habían quedado fundidas y selladas con soldadura de vacío. Mucho tiempo después de esto alguien había retirado las partes metálicas útiles.

Una vez que estuvo fuera, vio, muy lejos, un pequeño resplandor de luz dorada sobre el Saco de Carbón. Merecía la pena mirar. Cualquier cosa merecía una mirada. La Ingeniera regresó a su nave.

Telescopio y espectrómetro fallaron al principio. Luego aparecieron las dos chispas doradas, y una masa dentro de cada una de ellas, pero algo impedía la visión del interior de aquellas masas. Pacientemente la Ingeniera se puso a manipular sus instrumentos, rediseñando, recalibrando, reconstruyendo; sus manos trabajaban a una velocidad vertiginosa, guiadas por mil ciclos de instintos.

Debía atravesar campos de fuerza. Tenía en realidad algo que le permitiría hacerlo. Aunque no bien del todo, podría ver objetos grandes.

Miró de nuevo.

Metal. Metal interminable.

Despegó inmediatamente. Aquel tesoro le atraía deforma irresistible. Un Ingeniero apenas tenía voluntad libre.

Blaine apreció una gran actividad a través de una niebla roja mientras luchaba por recuperar el control de su cuerpo tras el regreso al espacio normal. Luego llegó claramente una señal de la Lenin, y Rod respiró más tranquilamente. Ninguna preocupación le impedía contemplar el panorama.

Lo primero que vio fue el Ojo. El Ojo de Murcheson era un enorme rubí, más brillante que un centenar de lunas llenas, aislado en el terciopelo negro del Saco de Carbón.

Al otro lado del cielo, la Paja era la más brillante de un mar de estrellas. Todos los sistemas parecían así con el Salto: un montón de estrellas y un sol distante. A estribor había una astilla de luz, la Lenin, cuyo Campo Langston radiaba la sobrecarga acumulada en el Ojo.

El almirante Kutuzov hizo una última inspección y envió de nuevo una señal a Blaine. Mientras no hubiese peligro, los científicos de la MacArthur quedaban al cargo. Rod pidió café y esperó información.

Al principio había muy poca cosa que él no conociese ya, lo que resultaba desquiciante. La Paja estaba a sólo treinta y cinco años luz de Nueva Escocia, y se habían hecho una serie de observaciones, algunas anteriores al propio Jasper Murcheson. Una estrella G2, menos

energética que el Sol, más fría, más pequeña y un poco menos densa. No parecía existir por el momento ninguna actividad solar y esto sorprendía a los astrofísicos.

Rod se había enterado de muchos datos sobre el gigante gaseoso antes de que despegaran. Los antiguos astrónomos habían deducido estos conocimientos de las perturbaciones que se producían en la órbita de la Paja alrededor del Ojo. Sabían cuál era la masa del planeta de aquel cuerpo gaseoso gigante y lo encontraron casi donde esperaban, a setenta grados de ellos. Más pesado que Júpiter, pero más pequeño, era mucho más denso, con una esfera central de materia degenerada. Mientras trabajaban los científicos, los hombres de la Marina establecían rutas hacia el gigante gaseoso, por si una de las dos naves necesitaba reponer combustible. Derrochar hidrógeno cruzando la atmósfera de una gigante gaseosa en órbita hiperbólica era duro para las naves y para su tripulación, pero mucho mejor que encontrarse atrapado en un sistema extraño.

- Estamos determinando ahora los puntos troyanos, capitán -dijo Buckman a Rod dos horas después del Salto.

- ¿Hay algún indicio del planeta de la Paja?

-Aún no-contestó Buckman.

¿Por qué le preocuparían a Buckman los puntos troyanos? A sesenta grados por delante del planeta gigante en su órbita, y a otros sesenta grados por detrás, habría dos puntos de equilibrio estable, llamados puntos troyanos por los asteroides troyanos que ocupan posiciones similares en la órbita de Júpiter. A lo largo de millones de años tendrían que haber acumulado nubes de polvo y masas de asteroides. Pero ¿por qué se preocuparía Buckman por aquello?

Buckman llamó de nuevo cuando localizó los puntos troyanos.

- ¡Están atestados! -dijo-. O bien todo el sistema está lleno de asteroides de un extremo a otro o bien aquí rige un nuevo principio. Nunca he visto en otro sistema tanta basura como en los puntos troyanos de Paja Beta. Me choca que no la hayan condensado para formar un par de lunas...

- ¿Ha descubierto ya el planeta habitable?

-Aún no -respondió Buckman, y se desvaneció de la pantalla. Esto fue tres horas después del Salto.

Buckman volvió a llamar media hora después.

- Esos asteroides del punto troyano tienen albedos muy altos, capitán. Deben de estar compuestos de polvo espeso. Eso podría explicar por qué quedan adheridas tantas partículas de gran tamaño. Las nubes de polvo las hacen descender suavemente, y luego las erosionan...

- ¡Doctor Buckman! Hay un mundo habitado en este sistema y es vital que lo encontremos. Se trata de los primeros alienígenas inteligentes...

- ¡Demonios, capitán, estamos buscando! -Buckman miró hacia un lado, y luego apartó la vista. La pantalla permaneció en blanco un instante, mostrando sólo un plano mal enfocado de un técnico al fondo.

Blaine se encontró al Ministro de Ciencias, Horvath, que decía:

- Perdone la interrupción, capitán. Tengo entendido que no está usted satisfecho con nuestro método de investigación.

- Doctor Horvath, no tengo ningún deseo de interferir en sus actividades. Pero tienen ustedes acaparados todos mis instrumentos, y sólo oigo hablar de asteroides. Me pregunto si estamos todos buscando lo mismo...

Horvath respondió con voz suave:

- Esto no es una batalla espacial, capitán -hizo una pausa-. En una operación bélica, usted conocería su objetivo. Probablemente conociese las efemérides de los planetas de cualquier sistema que tuviese interés...

- Demonios, los equipos de investigación localizan planetas.

- ¿Ha trabajado alguna vez en uno, capitán?

- No.

- Bien, piense en el problema con que nos enfrentamos. Hasta que no localizamos el

planeta del gigante gaseoso y los asteroides troyanos no conocíamos con precisión el plano del sistema. Por los instrumentos de la cápsula hemos deducido la temperatura a la que los pajeños se encuentran cómodos, y de eso deducimos cuál debe de ser su distancia de su sol... y aún debemos investigar una toroide de ciento veinte millones de kilómetros de radio. ¿Me sigue?

Blaine asintió.

- Tendremos que investigar toda esa región. Sabemos que el planeta no está oculto detrás del sol porque estamos sobre el plano del sistema. Pero cuando acabemos de fotografiar el sistema tendremos que examinar este enorme campo estelar para encontrar el punto de luz que buscamos.

- Quizás yo esperase demasiado.

- Quizás. Todos estamos a la expectativa. -Sonrió (fue como un espasmo que elevó toda su cara durante una décima de segundo) y luego desapareció.

Seis horas después del Salto, Horvath informó de nuevo. No hubo ninguna señal de Buckman.

- No, capitán, no hemos encontrado el planeta vital. Pero las observaciones, al parecer inútiles, del doctor Buckman han identificado una civilización pajeña. En los puntos troyanos.

- ¿Están habitados?

- No hay duda alguna. Ambos puntos troyanos están llenos de frecuencias microondulares. Deberíamos haberlo sospechado por los altos albedos de las masas mayores. Las superficies pulidas son un producto fundamental de la civilización. Me temo que la gente del doctor Buckman piensa demasiado en función de un universo muerto.

- Gracias, doctor. ¿Puede localizar entre esas ondas algún mensaje para nosotros?

- No creo que lo haya, capitán. Pero el punto troyano más próximo queda por debajo de nosotros en el plano de este sistema... a unos tres millones de kilómetros de distancia. Sugiero que vayamos allí. Por la aparente densidad de civilización de los puntos troyanos, puede que el planeta habitado no sea el auténtico centro de la civilización pajeña. Quizás sea como la Tierra. O peor.

Rod estaba sorprendido. También le había sorprendido la Tierra, no muchos años atrás. Nueva Anápolis seguía en La Patria del Hombre para que los oficiales imperiales supiesen hasta qué punto era vital la gran tarea del Imperio.

Y si los hombres no hubiesen tenido antes de las últimas batallas de la Tierra el Impulsor Alderson, y la estrella más próxima hubiese estado a treinta y cinco años luz de distancia en vez de a cuatro...

- Es una idea terrible.

- Estoy de acuerdo. Es también sólo una suposición, capitán. Pero en cualquier caso hay una civilización cerca, y yo creo que debemos ir hasta ella.

-Yo... Un momento. -Por la pantalla número cuatro gesticulaba frenéticamente Lud Shattuck, el suboficial jefe de comunicaciones.

- Utilizamos los radiolocalizadores de emisión de mensajes, capitán -gritó Shattuck-. Observe, señor.

La pantalla mostró un espacio negro con puntos de estrellas como cabezas de alfileres y un punto azul verdoso rodeado de un anillo de luz indicador. El punto pestañeó dos veces mientras Rod lo observaba.

- Hemos encontrado el planeta vital -dijo Rod con satisfacción; no pudo aguantarse-: Le derrotamos, doctor.

Después de tanta espera, fue como si todo estallase de pronto.

Primero fue la luz. Podría ser un mundo como la Tierra; probablemente lo era, pero la luz ocultaba todo lo que había detrás y no era sorprendente, consecuencia, que hubiesen sido los del equipo de comunicación los primeros en encontrarlo. Su trabajo era estar atentos a todas las señales.

El equipo de Cargill y el de Horvath trabajaron juntos para contestar a las pulsaciones. Uno, dos, tres, cuatro, parpadeó la luz, y Cargill, con las baterías delanteras, emitió cinco,

seis, siete. Veinte minutos después la luz envió tres uno ocho cuatro once, lo repitió, y el cerebro de la nave masculló: Pi base doce. Cargill utilizó la computadora para encontrar e con la misma base y contestó con eso.

Pero el auténtico mensaje era: Queremos hablar con vosotros. Y la respuesta de la MacArthur era: De acuerdo. Los cálculos y deducciones tendrían que esperar. Y el segundo acontecimiento estaba ya ahí.

- Luz de fusión -dijo el piloto jefe Renner. Se inclinó, aproximándose aún más a sus pantallas. Sus dedos tamborilearon extraña y silenciosa música sobre el tablero de control.

- No. No hay Campo Langston. Naturalmente. Se limitan a encerrar el hidrógeno, fundirlo y expulsarlo. Una botella de plasma. No desprende tanto calor como nuestros propulsores, lo que significa menor eficacia. Desviación hacia el rojo, si leo correctamente las impurezas... debe de alejarse de nosotros.

- ¿Cree que se trata de una nave que viene hacia acá?

- Eso pienso, señor. Una nave pequeña. Denos unos minutos y podré decirle su aceleración. Por el momento suponemos que tiene una aceleración de una gravedad... - los dedos de Renner no habían dejado de tamborilear- ...y una masa de treinta toneladas. Ya reajustaremos eso luego.

- Demasiado grande para ser un proyectil -dijo Blaine pensativo-. ¿Cree que podríamos alcanzarla, señor Renner? Renner frunció el ceño.

- Hay un problema. Está dirigiéndose hacia donde estamos ahora. No sabemos cuánto combustible tienen o lo listo que es el que conduce.

- Preguntemos de todos modos. Póngame con el almirante Kutuzov. El almirante estaba en el puente. Manchas desenfocadas que había tras él mostraban actividad a bordo de la Lenin.

- La he visto, capitán -dijo Kutuzov-. ¿Qué es lo que quiere hacer usted?

- Quiero ir al encuentro de esa nave. Pero en el caso de que no podamos alcanzarla, vendrá hacia aquí, señor. La Lenin podría esperarla.

- ¿Y qué haremos, capitán? Mis instrucciones son muy claras, la Lenin no debe tener nada que ver con alienígenas.

- Pero podría usted enviar un vehículo transbordador, señor.

- ¿Cuántos vehículos transbordadores cree usted que tengo, Blaine?

Permítame que le repita mis instrucciones. La Lenin está aquí para proteger el secreto del Impulsor Alderson y del Campo Langston. Para cumplir esta misión no sólo no debemos ponernos en contacto con alienígenas, sino que además no debemos comunicar nunca con usted cuando pueda ser interceptado el mensaje.

- Muy bien, señor -Blaine contempló en la pantalla a aquel hombre fornido. ¿Nunca había sentido el picor de la curiosidad? Nadie podía ser tan absolutamente máquina... ¿o sí podía?-. Nosotros iremos hacia la nave alienígena, señor. El doctor Horvath quiere hacerlo de todos modos.

- Está bien, capitán. Continúe.

- De acuerdo, señor -Rod desconectó la pantalla aliviado, y luego se volvió a Renner.

- Bien, establezcamos el primer contacto con un alienígena, señor Renner.

- Creo que acaba de hacerlo usted -dijo Renner, mirando nerviosamente hacia las pantallas para cerciorarse de que el almirante había desaparecido.

Horace Bury dejaba su cabina (pensando que podría aburrirse menos en algún otro sitio) cuando apareció de pronto la cabeza de Buckman. Bury cambió de idea inmediatamente.

- ¡Doctor Buckman! ¿Puedo ofrecerle un café?

Ojos hinchados se volvieron, pestañearon, se centraron.

- ¿Qué? Oh, sí, gracias, Bury. Eso podría despertarme. Ha habido tanto que hacer... sólo podré estar un momento...

Buckman se dejó caer en la silla para huéspedes de Bury, limpio como el modelo de

Librodot

esqueleto de un médico. Tenía los ojos enrojecidos; se le caían los párpados. Respiraba trabajosamente. El fibroso tejido muscular de su brazo desnudo se aflojó. Bury se preguntó qué mostraría una autopsia si Buckman muriese en aquel momento: ¿agotamiento, desnutrición o ambas cosas?

Bury tomó una decisión difícil.

- Nabil, prepara café. Con leche, azúcar y coñac para el doctor Buckman.

- Bueno, Bury, en horas de trabajo... está bien. Gracias, Nabil. -Buckman bebió un sorbo y luego un buen trago-. ¡Ah! Esto es estupendo. Gracias, Bury, me despejará.

- Me pareció que lo necesitaba. Normalmente no adultero nunca un buen café con licores destilados. ¿Ha comido usted, doctor Buckman?

- No me acuerdo.

- No ha comido. Nabil, comida para nuestro huésped. Rápido.

- Bury, es que estamos tan ocupados que realmente no tuve tiempo. Tenemos que explorar todo un sistema solar, y además están los datos que la Marina necesita... hay que localizar las emisiones de neutrino, rastrear esa maldita luz...

- Doctor, si usted se muriese en este momento, muchas de sus notas quedarían sin escribir, ¿no es así?

-Así es, Bury -dijo Buckman sonriendo-. Pero creo que puedo perder unos cuantos minutos. Lo único que esperamos ahora es esa señal luminosa.

- ¿Una señal del planeta de la Paja?

- Sí, de Paja Uno; al menos vino del lugar correcto. Pero no podremos ver el planeta hasta que apaguen el láser, y no lo harán. Hablan y hablan, y ¿por qué? ¿Qué pueden decirnos si no hablamos un idioma común?

- Después de todo, doctor, ¿cómo pueden decirnos algo mientras no nos enseñen su idioma? Supongo que por eso están intentando hacerlo ahora. ¿No hay nadie trabajando en eso?

Buckman lanzó un feroz gruñido.

- Horvath tiene ocupados todos los instrumentos, está acaparando información para Hardy y los lingüistas. ¡No hay manera de hacer observaciones decentes del Saco de Carbón y nadie había estado tan cerca como nosotros ahora! -Su expresión se suavizó-. Pero podemos estudiar los asteroides troyanos.

Los ojos de Buckman se centraron de nuevo en el infinito.

- Hay demasiados asteroides. Y no hay polvo suficiente. Me había equivocado, Bury; no hay polvo suficiente para amalgamar tantas rocas, ni para pulirlas. Probablemente sea obra de los pajeños: deben de estar en todas esas rocas, las emisiones de neutrino son fantásticas. Pero ¿cómo pudieron unirse tantas rocas?

- Emisiones de neutrino. Eso significa una tecnología de fusión.

-Y de un nivel muy elevado -dijo Buckman, sonriendo-. ¿Está pensando ya en las posibilidades comerciales?

- Por supuesto. ¿Por qué si no iba a estar yo aquí?

Y allí seguiría aunque la Marina no hubiese dicho claramente que la alternativa era una detención oficial... Pero Buckman no sabía nada de eso. Sólo lo sabía Blaine.

- Cuanto más elevada sea su civilización -añadió- más tendrán para intercambiar.

-Y más difícil será engañarles, pensó; pero a Buckman no le interesaban esas cosas.

- Podríamos adelantar mucho más -se lamentó Buckman- si la Marina no utilizase nuestros telescopios. ¡Y Horvath se los deja! Ah, magnífico -dijo al ver entrar a Nabil con una bandeja.

Buckman comió como una rata hambrienta. Sin dejar de masticar, dijo:

- No es que todos los proyectos de la Marina carezcan de interés. La nave alienígena...

- ¿Nave?

- Hay una nave que se dirige hacia nosotros. ¿No lo sabía?

- No.

- Bueno, su punto de partida es un gran asteroide pétreo bastante separado de la masa

principal. La cuestión es que se trata de un asteroide muy luminoso. Debe de tener una forma muy extraña, a menos que haya burbujas de gas por todo él, lo que significaría...

Bury rompió a reír.

- Doctor, ¿no cree que una nave espacial alienígena es más interesante que un meteorito?

Buckman pareció sorprenderse.

- ¿Por qué?

Las astillas se hicieron rojas; luego negras. Era evidente que aquellos objetos estaban enfriándose; pero ¿cómo se habían calentado, en primer lugar?

La Ingeniera había dejado de preguntarse sobre ello cuando una de las astillas avanzó hacia ella. Había fuentes energéticas dentro de las masas metálicas.

Y se trataba de un movimiento autónomo. ¿Qué eran aquellos objetos? ¿Ingenieros, Amos, maquinaria inerte? ¿Un Mediador dedicado a una tarea incomprensible? No le gustaban los Mediadores, que de modo tan irracional y con tanta facilidad interferían en tareas importantes.

Quizás fuesen Relojeros; pero lo más probable era que contuviesen un Amo. La Ingeniera pensó en la posibilidad de huir, pero la masa que se aproximaba era demasiado poderosa. Aceleró hasta 1,14 gravedades, casi el límite máximo de su nave. No podía hacer más que salir a su encuentro.

Además... ¡todo aquel metal! Y parecía perfectamente utilizable. Los Racimas estaban llenos de artefactos de metal, pero en aleaciones difíciles de transformar.

Todo aquel metal.

Pero debían salir a su encuentro, no al revés. No tenía combustible suficiente ni aceleración. Calculó los puntos de giro mentalmente. Los otros harían lo mismo, por supuesto. Afortunadamente sólo había una solución, considerando la aceleración constante. No habría ninguna necesidad de comunicación.

Los Ingenieros no destacaban además en comunicaciones.

14
La Ingeniera

La nave alienígena era una masa compacta, de forma irregular y color gris opaco, como barro de moldear. Brotaban de ella protuberancias, aparentemente al azar: un anillo de abrazaderas alrededor de lo que Whitbread consideró el extremo posterior; un brillante hilo de color plata en su cintura; curvaturas transparentes delante y detrás; antenas de extrañas formas; una especie de aguijón al final: una espina de varias veces la longitud del casco, muy larga, recta y estrecha.

Whitbread efectuó un lento giro hacia ella. Conducía un transbordador espacial cuya cabina era una burbuja plástica polarizada, el breve casco salpicado de «racimos de empuje» (una colección de propulsores de posición). Whitbread se había entrenado para el espacio en un vehículo como aquél. Su campo de visión era enorme; y era facilísimo conducirlo; el aparato no tenía armas y era hinchable.

Y el alienígena podía verle dentro. Venimos en son de paz, no ocultamos nada... suponiendo que los ojos del alienígena pudiesen ver a través del plástico.

- Esa espina genera los campos plasmáticos del impulsor -decía una voz; no había ninguna pantalla, pero sabía que la voz era la de Cargill-. Lo observamos durante la desaceleración. Ese instrumento que hay debajo de la espina probablemente lleve el hidrógeno a los campos.

- Será mejor mantenerse a distancia -dijo Whitbread.

- Desde luego. La energía del campo probablemente afectaría a sus instrumentos. Y podría afectar también a su sistema nervioso.

La nave alienígena estaba ya muy próxima. Whitbread aminoró la marcha de su

vehículo. Los impulsores de posición resonaron como palomitas de maíz en la sartén.

- ¿Ve algún signo de cámara neumática?

- No señor.

-Abra su propia cámara neumática. Quizá ellos hagan lo mismo.

- De acuerdo, señor.

Whitbread pudo ver al alienígena a través de la burbuja frontal. Estaba inmóvil, observándole, y se parecía mucho a las fotografías que había visto del muerto de la sonda. Whitbread veía una cabeza ladeada y sin cuello, una piel peluda de un marrón suave, un gran brazo izquierdo que agarraba algo, dos flacos brazos derechos que se movían a una velocidad frenética, actuando fuera del campo de visión de Whitbread.

Whitbread abrió su cámara neumática. Y esperó.

Al menos el pajeño aún no había empezado a disparar.

La Ingeniera estaba embelesada. Apenas miraba el pequeño vehículo que tenía cerca. En él no había ningún nuevo principio incorporado. ¡Pero la nave grande!

Tenía a su alrededor un extraño campo, algo que la Ingeniera nunca hubiera creído posible. Lo registraban media docena de sus instrumentos. Para otros el campo resultaba parcialmente transparente. La Ingeniera conocía ya bastante sobre la nave para poner los pelos de punta al capitán Blaine si este lo supiese. Pero no lo bastante para satisfacer a un Ingeniero.

¡Todos aquellos instrumentos! ¡Y todo aquel metal!

La puerta curvada del pequeño vehículo se abría y se cerraba ahora. Lanzaba luces parpadeantes. Ambos vehículos Irradiaban pautas de energía electromagnética. Las señales no significaban nada para un Ingeniero.

Lo que acaparaba su atención era la nave. El campo mismo, sus propiedades intrigantes y desconcertantes, sus principios subyacentes... todo era un enigma. La Ingeniera estaba dispuesta a dedicar el resto de su vida a intentar descifrarlo. Por echar un vistazo al generador habría dado gustosa la vida. La fuerza motriz de la gran nave era distinta a todas las que la Ingeniera conocía; y parecía utilizar las propiedades de aquella misteriosa fuerza que rodeaba a la nave.

¿Cómo llegar a bordo? ¿Cómo atravesar aquella capa protectora?

La intuición que le asaltó era rara en un Ingeniero. El pequeño vehículo... ¿Estaba intentando comunicarse con ella? Procedía sin duda de la gran nave. Entonces...

El pequeño vehículo era un lazo con la nave grande, con la capa energética que la rodeaba, con su tecnología y con el misterio de su súbita aparición.

La Ingeniera se había olvidado del peligro. Lo había olvidado todo en su acuciante afán de saber más sobre aquel campo. La Ingeniera abrió su cámara neumática y esperó a ver lo que pasaba.

- Señor Whitbread, su alienígena está lanzando sondas sobre la MacArthur -decía el capitán Blaine-. El comandante Cargill dice que las ha bloqueado. Si esto despierta el recelo del alienígena, da igual, es inevitable. ¿Ha intentado algo parecido con usted?

- Hasta el momento no, señor.

Rod frunció el ceño y se frotó el puente de la nariz.

- ¿Está usted seguro?

- No he perdido de vista los instrumentos, señor.

- Es curioso. Su nave es más pequeña, pero está más próxima. Lo lógico sería pensar que..

- ¡La cámara neumática! -dijo Whitbread-. Señor, el pajeño ha abierto su cámara neumática.

-Ya lo veo. Una boca abierta en el casco. ¿A eso se refiere?

- Sí, señor. No sale nada. A través de la abertura puedo ver toda la cabina. El pajeño está en su cabina de control... ¿Me da permiso para entrar, señor?

- Bueno... está bien. Tenga cuidado. Manténgase en contacto. Y buena suerte,

Whitbread.

Whitbread se sentó un momento, procurando tranquilizarse. Había medio esperado que el capitán se lo prohibiese por demasiado peligroso. Pero un guardiamarina no es indispensable, claro está...

Whitbread se situó en la cámara neumática abierta. La nave alienígena estaba muy próxima. Observado por toda la nave, se lanzó al espacio.

Parte del casco de la nave alienígena se había estirado como una piel, para abrirse en una especie de embudo que conducía directamente hacia el pajeño, que parecía esperar recibirle.

El alienígena no llevaba encima más que su suave pelo marrón y cuatro espesas matas de pelo negro en los sobacos y en el pubis.

- No hay ninguna señal que indique retención de aire en el interior, pero tiene que haber aire allí -dijo Whitbread por el micrófono. Un momento después descubrió el secreto. Era como si penetrase en miel invisible.

La cámara neumática se cerró tras él.

El pánico estuvo a punto de dominarle. Cazado como una mosca en ámbar, sin posibilidad de retroceder ni de avanzar. Se encontraba en una celdilla de ciento treinta centímetros de altura, la altura del alienígena. Este estaba de pie ante él al otro lado de la pared invisible, mirándole sin expresión.

El pajeño. Era más bajo que el otro, el muerto de la sonda. De distinto color, además; no había motas blancas en su piel peluda y marrón. Había otra diferencia más sutil y más difícil de determinar... quizás la diferencia entre los vivos y los muertos, o quizás algo más.

El pajeño no estaba asustado. Su piel suave era como la de los cachorros de doberman que la madre de Whitbread solía criar, pero no había nada malévolo ni sobrecogedor en el alienígena. A Whitbread le hubiese gustado darle unas palmaditas en la espalda.

La cara era como una caricatura, sin expresión, salvo por la suave curvatura hacia arriba de la boca sin labios, una semisonrisa sardónica. Pequeño, pies planos, piel suave, casi sin rasgos... Como una caricatura, se repitió Whitbread. ¿Cómo podía tener miedo a una caricatura?

Pero Whitbread estaba acuclillado en un espacio demasiado pequeño para él, y el alienígena no hacía nada.

La cabina estaba llena a rebosar de tableros y rayas oscuras; pequeños rostros le atisbaban entre las sombras. ¡Bichos! La nave estaba infestada de bichos. ¿Ratas? ¿Provisiones? El pajeño no pareció inquietarse cuando salió al exterior uno, luego otro y luego más amontonándose para ver al intruso.

Eran cosas grandes. Mucho mayores que ratas, mucho más pequeñas que hombres. Miraban desde las esquinas, curiosos pero tímidos. Uno se aproximó bastante y

Whitbread pudo examinarlo detenidamente. Lo que vio le dejó asombrado. ¡Era un pajeño en miniatura!

Fue un momento difícil para la Ingeniera. La aparición del intruso, que debería haber aclarado muchos interrogantes, había planteado más.

¿Qué era? Grande, gran cabeza, simétrico como un animal, pero equipado con un vehículo propio como un Ingeniero o un Amo. Jamás había habido una clase como aquélla. ¿Debería obedecer o mandar? ¿Serían las manos tan torpes como parecían? ¿Mutación, monstruo, deporte? ¿Qué sentido tenía?

Ahora su boca se movía. Debía de estar hablando por un instrumento transmisor. Eso no indicaba nada. Hasta los Mensajeros utilizaban un lenguaje.

Los Ingenieros no estaban equipados para tomar tales decisiones; pero uno siempre podía esperar más datos.

Los Ingenieros tenían una paciencia infinita.

- Hay aire -informó Whitbread. Observó los marcadores que veía en un espejo, un poco más arriba de su nivel de visión-. ¿Lo he dicho ya? Me gustaría intentar respirarlo. Presión normal, oxígeno sobre un dieciocho por ciento, CO2 aproximadamente un dos por ciento, suficiente helio para que el indicador lo registre, y...

- ¿Helio? Qué raro. ¿Cuánto exactamente?

Whitbread pasó a una escala más sensible y esperó a que el analizador lo determinase.

- Sobre un uno por ciento.

- ¿Algo más?

- Gases venenosos. SO2, monóxido de carbono, nitratos, cetonas, alcoholes y algunos elementos más que no puedo determinar con este traje. La luz indicadora es amarilla.

- Entonces no podría matarle deprisa. Puede respirarlo un rato y recibir ayuda a tiempo para salvar sus pulmones.

- Eso suponía -dijo Whitbread inquieto. Comenzó a aflojar las abrazaderas que sujetaban su placa facial.

- ¿Qué quiere decir con eso, Whitbread?

- Nada, señor.

Whitbread llevaba doblado demasiado tiempo. Todas las articulaciones y músculos de su cuerpo reclamaban un cambio. Había prescindido de todo para poder describir la cabina alienígena, y el condenado pajeño estaba allí de pie con sus sandalias y su leve sonrisa, observando, observando...

- ¿Whitbread?

Whitbread respiró profundamente y retuvo el aire. Alzó la placa facial con una ligera presión, miró al alienígena a los ojos y gritó sin una pausa:

- ¿Quiere usted desconectar ese maldito campo de fuerza, por amor de Dios? -y dejó caer la placa facial.

El alienígena volvió a su tablero de control y accionó un mecanismo. La suave barrera que había frente a Whitbread desapareció.

Whitbread dio dos pasos hacia adelante. Fue estirándose muy lentamente, sintiendo el dolor y oyendo el restallar de sus inhabituadas articulaciones. Había estado acuclillado en aquel espacio tan pequeño durante hora y media, examinado por una docena de retorcidos y pequeños seres marrones y un suave y paciente alienígena.

Había atrapado aire de la cabina bajo su placa facial. El hedor se agolpó en su garganta, por lo que dejó de respirar; luego, medio inconsciente, lo olisqueó por si alguien quería saber lo que era.

Olía a animales y máquinas, ozono, gasolina, aceite muy caliente, halitosis, viejos calcetines sudados ardiendo, cola y cosas que no había olido nunca. Eran olores de increíble intensidad... Su traje le separaba de ellos, afortunadamente.

- ¿Me oyeron gritar? -preguntó.

- Sí, creo que le ha oído toda la nave -contestó la voz de Cargill-. No creo que haya un solo hombre a bordo que no esté observándole. ¿Qué me dice?

- El desconectó el campo de fuerza. Ahora mismo. Estaba esperando precisamente que yo se lo recordara.

»Y ahora estoy en la cabina. ¿Hablé de las reparaciones? Todo son reparaciones, todo hecho a mano, incluso los paneles de control. Pero todo está muy bien hecho, todo a la medida de un pajeño. Yo resulto demasiado grande. No me atrevo a moverme.

»Los pequeños han desaparecido todos. Bueno, no, veo que hay uno atisbando en un rincón. El grande está esperando a ver lo que yo hago. Me gustaría que dejara de hacerlo.

- Mire a ver si acepta venir a la nave con usted...

- Lo intentaré, señor.

El alienígena había parecido entenderle antes, o le había entendido, pero no le entendía ahora. Whitbread pensaba furiosamente. ¿Lenguaje de signos? Sus ojos se posaron sobre lo que tenía que ser un traje de presión pajeño.

Lo sacó de su percha, advirtiendo su ligereza; no había armaduras ni armas. Se lo entregó al alienígena y luego señaló a la MacArthur, al otro lado de la burbuja.

El alienígena empezó a vestirse inmediatamente. En literalmente unos segundos se puso aquel traje que, hinchado, parecía como diez balones de playa pegados uno a otro. Sólo los guanteletes eran algo más que simples esferas hinchadas.

El alienígena cogió un saco de plástico transparente de la pared y estiró de pronto una mano para capturar a una de aquellas miniaturas de unos treinta centímetros. Cuando la metía en el saco cabeza abajo la miniatura se soltó, luego se volvió a Whitbread y se lanzó hacia él con increíble velocidad. Se situó detrás de Whitbread, se cogió a él con sus dos manos derechas y se apartaba ya cuando Whitbread reaccionó, lanzando un grito violento e involuntario.

- ¿Whitbread? ¿Qué es lo que pasa? ¡Conteste!

Otra voz al fondo del traje de Whitbread dijo ásperamente:

- ¡Soldados, prepárense!

- No pasa nada, teniente Cargill. Todo va bien. Quiero decir que no ha habido ningún ataque. Creo que el alienígena está dispuesto a ir... no, no lo está. Ha metido a dos de los parásitos en un saco de plástico y está hinchando el saco en una espita de aire. Una de esas pequeñas bestias se me puso a la espalda. Ni siquiera la sentí.

»Ahora el alienígena está haciendo otra cosa. No entiendo qué le detiene. Sabe que queremos que vaya a la MacArthur... se ha puesto el traje de presión.

- Pero ¿qué es lo que hace?

- Está retirando la cubierta del panel de control. Parece que está reparando cosas. Hace un momento estaba extendiendo pasta de dientes plateada en una cinta por el circuito impreso. Estoy explicándoles lo que parece, lo que veo, claro. ¡Ay!

- ¿Whitbread?

El guardiamarina parecía atrapado en un huracán. Agitando brazos y piernas, buscaba frenéticamente algo, cualquier cosa sólida. Se deslizó por la cabina neumática hasta el final sin poder agarrarse a nada. Luego noche y estrellas giraron ante él.

- El pajeño abrió la cámara neumática -informó-. Sin avisar. Estoy fuera, en el espacio -accionó los impulsores de posición para recuperar el equilibrio-. Creo que dejó salir todo el aire de respiración. Hay una gran niebla de cristales de hielo a mi alrededor, y... ¡Oh, Dios mío, es el pajeño! No, no lo es, no lleva traje de presión. Ahí viene otro.

- Deben de ser los pequeños -dijo Cargill.

- Exactamente. Está matando a todos los parásitos. Probablemente tenga que hacerlo de vez en cuando, para despejar la nave. No sabe cuánto tiempo estará a bordo de la MacArthur y no quiere dejarles en libertad en su nave. Así que está evacuándola.

- Debería haberle avisado a usted.

- ¡Desde luego que debería haberlo hecho!

- ¿Se encuentra bien, Whitbread? -Una voz nueva. La del capitán.

- Muy bien, señor. Estoy aproximándome a la nave del alienígena. Ah, aquí sale ya. Y se dirige hacia el transbordador.

Whitbread se detuvo y se volvió para observar al pajeño. El alienígena surcaba el espacio como un racimo de pelotas de playa, pero tenía un aire muy grácil. Dentro de un globo transparente fijado a su torso dos figuras pequeñas gesticulaban incesantemente. El alienígena no les prestaba ninguna atención.

- Un salto perfecto -murmuró Whitbread-. A menos que... que se exceda un poco. ¡Dios mío!.

El alienígena seguía aún desacelerando cuando atravesó la puerta del transbordador, por el centro mismo, sin tocar siquiera los bordes.

- Debe de estar muy seguro de su equilibrio -dijo Whitbread.

- ¿Está ese alienígena dentro de su vehículo, Whitbread? ¿Sin usted? Whitbread se estremeció ante el tono de voz del capitán.

-Así es, señor. Iré tras él.

- Hágalo inmediatamente.

El alienígena, en el puesto del piloto, estudiaba detenidamente los controles. De pronto se inclinó y empezó a girar las abrazaderas del borde del tablero. Whitbread lanzó un grito y agarró rápidamente al alienígena por los hombros. Éste no le prestó atención.

Whitbread colocó su casco pegado al del alienígena.

- ¡Déjame ese puesto a mi enseguida! -gritó.

Luego señaló con un gesto el asiento de pasajeros. El alienígena se levantó lentamente, se volvió y avanzó hacia el otro asiento. No se ajustaba a él. Whitbread cogió los controles y empezó a maniobrar hacia la MacArthur.

Llevó el vehículo hasta el limpio hueco que Sinclair había abierto en el Campo de la MacArthur. La nave alienígena quedaba ya fuera del campo de visión, al otro lado de la nave. La cubierta hangar estaba abajo, y el brigadier se esforzó por demostrar su habilidad al atento alienígena.

En la cubierta hangar aparecieron hombres perfectamente protegidos con sus trajes. Tras ellos se extendían cables. Les hicieron señas. Whitbread contestó a ellas, y segundos después Sinclair dio orden de remolcar el transbordador al interior de la MacArthur.

El pajeño lo observaba todo atentamente, con todo su cuerpo balanceándose de lado a lado. A Whitbread le recordaba a un búho que había visto una vez en un zoo de Esparta. Sorprendentemente, las pequeñas criaturas de la bolsa del alienígena también observaban. Imitaban los gestos del alienígena mayor. Por último el transbordador se detuvo y Whitbread hizo un gesto indicando la cámara neumática. A través del grueso cristal pudo ver al artillero Kelley y a una docena de infantes de marina armados.

Había doce pantallas en una superficie curvada frente a Rod Blaine, y en consecuencia todos los científicos que había a bordo de la MacArthur deseaban sentarse junto a él. Como único modo posible de acabar con las disputas, Rod ordenó que se situaran todos en los puestos de combate y el puente quedó libre de personal civil. Ahora él veía a Whitbread subir a bordo del transbordador.

A través de la cámara instalada en el casco de Whitbread, Blaine podía ver al alienígena sentado en la silla del piloto, y su imagen pareció crecer cuando el brigadier se abalanzó hacia él. Blaine se volvió a Renner.

- ¿Vio usted lo que hizo?

- Lo vi, señor. El alienígena estaba... capitán, juraría que estaba intentando desmontar los controles del aparato.

- Eso diría yo.

Observaron desilusionados cómo Whitbread pilotaba el transbordador hacia la MacArthur. Blaine no podía reprochar al muchacho que no vigilase a su pasajero mientras intentaba conducir el vehículo, pero... mejor dejarle en paz. Esperaron mientras fijaban los cables al transbordador y le remolcaban hasta el interior de la MacArthur.

- ¡Capitán!

Era Staley, guardiamarina de guardia, pero Rod podía verle también. Había varias pantallas y un par de baterías menores centradas sobre el transbordador, pero la masa principal se centraba en la nave alienígena; y ésta había cobrado vida. Una corriente de luz azul brilló en la popa de la nave alienígena. Era del color de la radiación de Cherenkov y fluía paralelamente a la fina espina plateada de la cola. De pronto se formó a su lado una línea de luz blanca e intensa.

- La nave sigue ruta, capitán -informó Sinclair.

- ¡Maldita sea! -Sus propias pantallas mostraban lo mismo; las baterías de la nave estaban rastreando la nave alienígena.

- ¿Podemos disparar? -preguntó el oficial artillero.

- ¡No!

Pero ¿qué significaba aquello?, se preguntaba Rod. La nave alienígena había tenido tiempo suficiente para huir cuando Whitbread subió a bordo. Podía haber escapado entonces. Ahora la nave no tenía escape posible. Ni tampoco el alienígena.

- ¡Kelley!

- ¡Señor!

- Escuadrón de la cámara neumática. Escolten a Whitbread y a esa criatura a la sala de recepción. Cortésmente, artillero. Cortésmente, pero asegúrese de que no va a ningún otro sitio.

- De acuerdo, capitán.

- ¿Número uno? -llamó Blaine.

-Aquí estoy, señor -contestó Cargill.

- ¿Han estado controlando la cámara del casco de Whitbread durante el tiempo que estuvo en esa nave?

- Sí, señor.

- ¿Hay alguna posibilidad de que quede a bordo otro alienígena?

- Imposible, señor. No hay espacio suficiente. ¿No es así, Sandy?

-Así es, capitán -contestó Sinclair; Blaine había activado un circuito de comunicación con la parte posterior del puente y para la sala de máquinas-. No hay espacio si la nave tiene que llevar combustible. Y no vimos ninguna puerta.

- No había tampoco puerta en la cámara neumática, hasta que se abrió -le recordó Rod-. ¿No había nada que pudiese ser un cuarto de baño?

- Bueno, capitán, creo que el objeto que había junto al sector de estribor, cerca de la cámara neumática, podría tener esa función.

- Entendido. Entonces no hay duda de que el aparato funciona con piloto automático. ¿No creen lo mismo? Pero no le vimos programarlo.

- Le vimos reconstruir prácticamente los controles, capitán -dijo Cargill-. ¡Dios mío! ¿Cree usted que es así como ellos controlan...?

- Parece muy poco práctico, pero sólo él pudo programar el piloto automático -musitó Sinclair-. Y lo hizo muy deprisa. ¿Cree usted que construyó un piloto automático, capitán?

Brilló una de las pantallas de Rod.

- ¿Captaron eso? Un resplandor azul en la cámara neumática de la nave alienígena. ¿Qué significa eso?

- Debe de ser para matar a los bichos... -dijo Sinclair.

- No lo creo. Habría bastado con el vacío -objetó Cargill. Whitbread llegó al puente y se situó frente a la silla de mando de Blaine.

- Guardiamarina Whitbread informando, capitán.

- Le felicito, señor Whitbread -dijo Rod-. Dígame... ¿Qué piensa usted de esos dos bichos que el alienígena ha traído a bordo? ¿Por qué cree usted que lo ha hecho?

- No lo sé, señor... quizás por cortesía. Podríamos querer estudiar uno.

- Posiblemente. Si supiésemos lo que son. Ahora eche un vistazo a eso -Blaine señaló a sus pantallas.

La nave alienígena estaba girando, la luz blanca de su impulsor trazaba un arco en el cielo. Parecía retroceder hacia los puntos troyanos.

Y Whitbread era el único hombre vivo que había estado en su interior. Cuando Blaine permitió a la tripulación que abandonase sus posiciones de alerta, el guardiamarina pelirrojo posiblemente pensase que la prueba había terminado.

15
Trabajo

La boca de la Ingeniera era ancha y sin labios, vuelta hacia arriba en los extremos. Parecía una semisonrisa de suave placidez, pero no lo era. Era un rasgo permanente de su rostro caricaturesco.

Sin embargo, la Ingeniera se sentía feliz.

Su alegría había ido creciendo. Pasar a través del Campo Langston había sido una nueva

experiencia, como atravesar una burbuja negra de tiempo retardado. Aunque no tuviese instrumentos que le aportasen datos sobre el Campo, la Ingeniera estaba más deseosa que nunca de ver aquel generador.

La nave que había dentro de la burbuja parecía innecesariamente tosca, ¡y era espléndida, espléndida! Había piezas en la cubierta hangar que parecían desligadas de cualquier otra cosa, ¡mecanismos tan completos que no tenían que ser utilizados! Y muchas cosas que ella no podía entender sólo con verlas.

Algunas debían de ser adaptaciones estructurales al Campo, o al misterioso impulsor que trabajaba desde el Campo. Otras debían de ser invenciones auténticamente nuevas para hacer cosas familiares, nuevos circuitos, al menos nuevos para una Ingeniera de minas no demasiado refinada. Reconocía armas, armas en la gran nave, armas en los pequeños vehículos del hangar, armas personales que llevaban los alienígenas situados al otro extremo de la cámara neumática.

Esto no le sorprendía. Se había dado cuenta de que aquella nueva clase estaba formada por seres que daban órdenes, y no por seres que las recibiesen. Naturalmente tenían que llevar armas. Quizás fuesen incluso Guerreros.

La cámara neumática de doble puerta era demasiado compleja, demasiado fácil de inutilizar, primitiva, y constituía un derroche innecesario de elementos metálicos y de materiales. Ella era necesaria allí, se daba cuenta. La nueva clase debía de haber ido allí para recogerla, no podía haber ningún Ingeniero a bordo de la nave si utilizaban cosas como aquélla. Cuando comenzó a desmontar el mecanismo, el extranjero le tiró del brazo y ella desistió de su propósito. De todos modos no tenía herramientas, y no sabía qué tipo de materiales podía utilizar legalmente para hacer herramientas. Ya habría tiempo de eso.

La rodearon muchos otros, muy parecidos al primero. Llevaban extrañas vestiduras protectoras, la mayoría similares, y armas, pero no daban órdenes. El extranjero seguía intentando hablar con ella.

¿Es que no se daban cuenta de que ella no era un Mediador? Aquella nueva clase primitiva no era demasiado inteligente. Pero pertenecían a la especie que daba órdenes. El primero había gritado una orden clara.

Y no sabían hablar Idioma.

La situación exigía muy pocas decisiones. Un Ingeniero sólo debe ir a donde le conduzcan, reparar y rediseñar cuando se presenta la ocasión, y esperar a un Mediador. O a un Amo. Y había tanto que hacer, tanto...

La sala de suboficiales había sido convertida en sala de recepción para visitantes alienígenas. Los oficiales tuvieron que ocupar uno de los comedores de los infantes de marina, y éstos amontonarse en el otro. Hubo que hacer ajustes en toda la nave para acomodar a aquel enjambre de civiles y atender a sus necesidades.

Como laboratorio, la sala de oficiales carecía de algunos elementos, pero era un local seguro y disponía de agua corriente suficiente, grifos, placas caloríficas y elementos de refrigeración. Al menos no había nada que oliese a mesa de disección.

Después de discutirlo un rato, decidieron no intentar construir muebles que se ajustasen a las condiciones de los alienígenas. Cualquier cosa que construyesen sólo se acomodaría al pasajero de la sonda y eso parecía absurdo.

Había gran cantidad de televisores, y en consecuencia sólo se permitió entrar en la sala a un puñado de individuos clave, ya que el resto de la tripulación podía seguir los acontecimientos a través de los aparatos. Sally Fowler esperaba con los científicos, decidida a ganarse la confianza del pajeño. No le importaba en absoluto quién estuviese observando o lo que le costase conseguir lo que se proponía.

Resultó muy fácil ganarse la confianza del pajeño. Era en realidad un ser tan confiado como un niño. Lo primero que hizo al salir de la cámara neumática fue romper la bolsa de plástico que contenía las miniaturas y entregársela a la primera mano que se extendió

solicitándola. No volvió a preocuparse por ellas.

Fue adonde lo condujeron, caminando entre los soldados hasta que Sally lo cogió de la mano a la puerta de la sala de recepción, y por donde pasaba miraba a su alrededor, haciendo girar su cuerpo como la cabeza de un búho. Cuando Sally lo dejó, se limitó a quedarse quieto esperando más instrucciones, observándolos a todos con la misma leve sonrisa.

No parecía comprender los gestos. Sally y Horvath y otros intentaron hablar con él, sin resultado. El doctor Hardy, lingüista y capellán, utilizó claves matemáticas, también sin resultado. El pajeño no entendía y no mostraba el menor interés.

Sin embargo le interesaban las herramientas y los instrumentos. En cuanto estuvo dentro intentó coger el arma del artillero Kelley. Ante la orden del doctor Horvath, Kelley descargó a regañadientes el arma y le permitió coger también uno de los proyectiles antes de entregársela. El pajeño la desmontó totalmente, para irritación de Kelley y diversión del resto, y luego volvió a montarla, correctamente, para asombro de Kelley. Luego examinó la mano del artillero, doblando los dedos hasta el límite y haciéndolos girar por las articulaciones, utilizando sus propios dedos para tantear los músculos y los complejos huesos de la muñeca. Examinó también la mano de Sally Fowler, comparando.

Luego sacó herramientas de su cinturón y comenzó a trabajar en la culata de la pistola, añadiéndole plástico que sacó de un tubo.

- Los pequeños son hembras -anunció uno de los biólogos-. Como la grande.

- Un minero asteroidal hembra -dijo Sally. Sus ojos adquirieron un brillo remoto-. Si usan hembras en un trabajo tan peligroso como éste, tienen que tener una cultura muy distinta de la del Imperio. -Contempló a la pajeña, pensativa. La alienígena respondió con una sonrisa.

- Lo mejor será que nos enteremos enseguida de lo que come -musitó Horvath-. No parece que traiga provisiones, y el capitán Blaine me informa que su nave se ha alejado con destino desconocido. -Contempló a los pajeños en miniatura, que se movían sobre

la gran mesa que antes se utilizaba para jugar al ping-pong-. A menos que ésos sean las provisiones.

- Será mejor que no intentemos cocinarlos aún -dijo Renner desde la puerta-. Pueden ser niños. Pajeños inmaduros.

Sally se volvió de pronto y se quedó casi sin aliento antes de recuperar su frialdad científica. No era muy partidaria de cocinar algo antes de saber lo que era.

- Señor Renner -dijo Horvath-, ¿por qué se interesa el piloto jefe de la MacArthur en una investigación de anatomía extraterrestre?

- La nave descansa, el capitán se ha retirado y yo estoy fuera de servicio -dijo Renner; se olvidó interesadamente de mencionar las órdenes que el capitán había dado a la tripulación de no entrometerse en las tareas de los científicos-. ¿Me ordena usted acaso que me vaya?

Horvath lo pensó. Lo mismo hizo en el puente Rod Blaine, pero de todos modos no le gustaba Horvath. El Ministro de Ciencias hizo un gesto negativo.

- No. Pero creo que su comentario sobre los pequeños alienígenas fue una frivolidad.

- En absoluto. Pueden perder el segundo brazo izquierdo lo mismo que nosotros perdemos los dientes de leche. -Uno de los científicos hizo un gesto de asentimiento-. ¿Qué otras diferencias hay? ¿El tamaño?

- Ontogenia resume filogenia -dijo alguien.

- Oh, cállate -añadió otro.

La alienígena devolvió a Kelley su pistola y miró a su alrededor. Renner era el único oficial que había en la sala, y la alienígena se acercó a él y le pidió su pistola. Renner descargó el arma y se la entregó. La alienígena sometió luego la mano de Renner al mismo examen meticuloso. Esta vez trabajó mucho más deprisa, moviendo sus manos con una velocidad vertiginosa.

-Yo creo que son monos -dijo Renner-. Ancestros de los pajeños inteligentes. Lo que podría significar que usted tiene razón también. Hay gente que come carne de mono en una docena de planetas. Pero no podemos arriesgarnos aún.

La pajeña trabajó con el arma de Renner y luego la dejó sobre la mesa. Renner la

recogió. Frunció el ceño al ver que la lisa culata tenía ahora una serie de protuberancias curvadas tan duras como el plástico original. Hasta el gatillo estaba reconstruido. Renner ajustó la pieza a su mano y de pronto se dio cuenta de que se adaptaba a la perfección. Era como una parte de su mano.

La contempló un momento, y advirtió luego que Kelley había vuelto a cargar la suya y la había guardado en la funda después de examinarla desconcertado. La pistola era perfecta, y a Renner le fastidiaría perderla; no era extraño, pues, que Kelley no hubiese dicho nada. El piloto jefe entregó su arma a Horvath.

El Ministro de Ciencias cogió la pistola.

- Parece ser que nuestra visitante sabe lo que son las herramientas

- dijo-. No entiendo nada de armas, desde luego, pero esta pistola parece adaptarse perfectamente a la mano humana.

Renner la cogió de nuevo. Algo había en el comentario de Horvath que le molestaba. Le faltaba entusiasmo. ¿Ajustaría mejor el arma a su propia mano que a la de Horvath?

La pajeña echó un vistazo a la sala, girándose por el torso, contemplando a cada uno de los científicos y luego al resto del equipo y las instalaciones, mirando y esperando, esperando.

Una de las miniaturas estaba sentada con las piernas cruzadas frente a Renner, también mirándole y esperando. No parecía tener miedo alguno. Renner extendió una mano para rascarle detrás de la oreja derecha. Como la pajeña grande, carecía de oreja izquierda; los músculos del hombro del brazo izquierdo se asentaban en la parte superior de la cabeza. Pero parecía gustarle la caricia de Renner, que evitaba cuidadosamente la oreja misma, grande y frágil.

Sally observaba, preguntándose qué sucedería después, y preguntándose también qué era lo que le molestaba de la actitud de Renner. No era la incongruencia de que un oficial se dedicase a rascar la oreja de lo que parecía ser un mono alienígena, sino algo distinto, algo relacionado con la oreja misma...

16
Sabio idiota

El doctor Buckman estaba de servicio en la sala de observación cuando llegó la cegadora señal láser del sistema interno.

Había frente a ellos un planeta, más o menos del tamaño de la Tierra, con una masa informe de atmósfera transparente. Cabeceó satisfecho; podían verse muchos detalles a aquella distancia. La Marina tenía buen equipo y lo utilizaba bien. Algunos de los oficiales podrían llegar a ser, sin duda, excelentes asistentes astronómicos; lástima que sus cualidades se desperdiciaran allí...

Lo que quedaba de su sección astronómica comenzó a analizar los datos que recogía del planeta, y Buckman llamó al capitán Blaine.

- Me gustaría que me devolviese algunos de mis hombres dijo, quejoso-. Están todos en la sala de suboficiales observando a la pajeña.

Blaine se encogió de hombros. No podía dar órdenes a los científicos. El control del departamento de Buckman era asunto de Buckman.

- Haga usted lo que pueda, doctor. Todos sienten curiosidad por la alienígena. Incluso el piloto jefe, que no tiene por qué estar allí. ¿Qué es lo que ha descubierto hasta ahora? ¿Se trata de un planeta terrestre?

- Más o menos. Es algo más pequeño que la Tierra, con atmósfera hidroxigenada. Pero hay detalles del espectro que me intrigan. La línea de helio es muy fuerte, demasiado. Los datos me parecen sospechosos.

- ¿Una fuerte línea de helio? ¿Uno por ciento o algo parecido?

- Sería algo así si la lectura fuese correcta, pero francamente... ¿por qué dice usted eso?

- El aire de respiración de la nave pajeña tenía un uno por ciento de helio, además de otros componentes bastante extraños; creo que su lectura es exacta.

- Pero, capitán, ¡es imposible que un planeta tipo Tierra pueda contener tanto helio! Tiene que ser una lectura errónea. Y algunas de las otras líneas son aún peores.

- ¿Cetonas? ¿Complejos hidrocarbónicos?

- ¡Sí!

- Doctor Buckman, creo que sería mejor que echase un vistazo al informe del señor Whitbread sobre la atmósfera de la nave pajeña. Está en la computadora. Hagan una lectura de neutrino, por favor.

- No me parece adecuado, capitán.

- Hágalo de todos modos -dijo Rod a la cara huesuda y terca de la pantalla del intercomunicador-. Necesitamos conocer su desarrollo industrial.

- ¿Es que pretende usted luchar contra ellos? -preguntó Buckman.

-Aún no -contestó Blaine; y decidió no discutir este punto-. Mientras ajustan los instrumentos, hagan una lectura de neutrino en el asteroide del que salió la nave pajeña. Está bastante apartado del racimo del punto troyano, así que no tendrá usted problema con las emisiones de ambiente.

- ¡Capitán, eso obstaculizará mi trabajo!

- Enviaré a un oficial para que le ayude. -Rod se puso a pensar rápidamente-. Potter. Le cederé al señor Potter como ayudante. -A Potter le gustaría aquello-. Este trabajo es necesario, doctor Buckman. Cuanto más sepamos de ellos, más fácil será comunicarnos. Cuanto antes podamos comunicarnos, antes podremos interpretar sus propias observaciones astronómicas. -Esto lo decía para encandilarle.

- Bueno, eso es cierto -convino Buckman frunciendo el ceño-. No lo había pensado.

- Muy bien, doctor. -Rod apagó la pantalla antes de que Buckman pudiese añadir otra protesta; luego se volvió al guardiamarina Whitbread, que estaba en la puerta-. Entre y siéntese, señor Whitbread.

- Gracias, señor. -Whitbread se sentó.

Las sillas de la cabina de observación del capitán estaban encajadas en una estructura de acero, muy ligera pero cómoda. Whitbread se sentó muy al borde de una de ellas. Cargill le entregó una taza de café, que sostuvo con ambas manos. Parecía penosamente tenso.

- Relájese, muchacho -dijo Cargill.

Era inútil.

-Whitbread -dijo Rod-, permítame que le diga algo. Todos los que viajan en esta nave quieren hablar con usted, e inmediatamente. Yo lo hago primero porque soy el capitán. Cuando acabemos, tendré que pasarle a Horvath y a su gente. Cuando ellos acaben con usted, si es que acaban, quedará libre. Pensará entonces que podrá dormir algo, pero no será así. La sala artillera querrá un relato completo. Y como hacen turnos constantemente, tendrá que repetirlo todo una docena de veces. ¿Se da cuenta de lo que le espera?

Whitbread parecía desalentado... tal como el capitán esperaba.

- Muy bien. Deje su café en la repisa. Bien. Ahora échese hacia atrás hasta que su columna toque el respaldo de la silla. ¡Ahora relájese! Cierre los ojos.

Whitbread obedeció. Unos instantes después sonreía beatíficamente.

- He desconectado la grabadora -le dijo Blaine, aunque no era cierto-. Ya haremos más tarde el informe oficial. Lo que quiero ahora son hechos, impresiones, todo lo que quiera usted decir. Mi problema inmediato es si debo o no detener esa nave pajeña.

- ¿Podemos? ¿Todavía podemos, señor? Blaine miró a Cargill. El primer teniente asintió.

- Está sólo a media hora de distancia. Podremos pararla en cualquier momento en los dos próximos días. No tiene ningún Campo protector, ¿recuerda? Y el casco parecía bastante frágil a través de la cámara que llevaba usted. En dos minutos las baterías delanteras harían evaporarse toda la nave sin ningún problema.

- Podríamos también -dijo Blaine- capturarla, destruir su impulsor y remolcarla. El

ingeniero jefe daría el sueldo de un año por poder desmontar el sistema electromagnético de fusión de esa nave. Y lo mismo la Asociación de Comerciantes Imperiales; es un aparato perfecto para la minería asteroidal.

-Yo votaría contra eso -dijo Whitbread con los ojos cerrados-. Si esto fuese una democracia, señor.

- No lo es, y el almirante prefiere que nos apoderemos de esa nave pajeña. Y lo mismo algunos científicos, pero Horvath se opone. ¿Por qué se opone usted?

- Sería el primer acto hostil, señor. Evitaría cualquier acto hostil mientras los pajeños no intentasen destruir la MacArthur. -Abrió los ojos-. Y hasta en ese caso, ¿no bastaría con el Campo? Estamos en su sistema natal, capitán, y vinimos a ver si podíamos llegar a un acuerdo con ellos... al menos eso creo yo, señor.

Cargill rió entre dientes.

- Habla como el doctor Horvath -dijo-, ¿verdad, capitán?

Además, señor, ¿qué daño podría hacernos la nave pajeña?

- Bueno, hay que tener en cuenta que se dirige sola hacia su planeta, probablemente con un mensaje.

- No creo que lleve un mensaje, señor. El tripulante no hizo nada que pudiese asociarse a escribir, y no habló tampoco.

- La tripulante -le corrigió Blaine-. Según los biólogos es una hembra. También los dos pequeños son hembras, y una está preñada.

- Preñada. Debería haberme dado cuenta de eso...

- ¿Qué habría buscado usted? -dijo Blaine con una sonrisa-. ¿Dónde? Ni siquiera se dio usted cuenta de que los pequeños tenían cuatro brazos.

- ¿Cuatro?...

- No se preocupe por eso, señor Whitbread. Usted no vio ningún mensaje, pero tampoco pudo darse cuenta de que la pajeña estaba programando, o construyendo, un piloto automático hasta que la nave comenzó a moverse. Y una nave vacía es suficiente mensaje por sí sola. ¿Estamos preparados para recibir visitas, Jack?

- Lo estamos -dijo Cargill-. Y aunque no lo estuviéramos nosotros, no le quepa duda de que la Lenin lo está.

- No debemos contar demasiado con la ayuda que pueda prestarnos la Lenin. Kutuzov piensa que puede ser interesante comprobar lo que puede hacer por sí sola la MacArthur contra los pajeños. Quizás se limite a observar y luego se vuelva a casa.

- Eso... no parece muy propio del almirante, señor -protestó Cargill.

- Sí que lo es. Y pensaría usted lo mismo si hubiese oído la discusión que tuvo con el doctor Horvath. Nuestro Ministro de Ciencias no hace más que decirle al almirante que se aparte de nuestro camino, y Kutuzov está a punto de seguir su consejo. -Blaine se volvió al guardiamarina-. No debe usted contar eso en la sala artillera, Whitbread.

- De acuerdo, señor.

-Ahora que tenemos tiempo, veamos qué puede recordar sobre esa nave pajeña. - Blaine accionó los controles y aparecieron sobre las pantallas de su pared varias imágenes de la nave alienígena-. Esto es lo que la computadora sabe hasta ahora - explicó-. Hemos trazado ya un mapa de parte del interior. No había ninguna protección contra nuestras sondas, nada que ocultar, pero eso no nos permite comprender mejor las cosas.

Blaine cogió un puntero.

- Esas áreas contienen hidrógeno líquido. Aquí hay maquinaria pesada; ¿vio usted algo de esto?

- No, señor, pero ese panel posterior parecía como si estuviese alzado.

- Bien. -Blaine asintió y Cargill hizo un boceto de él con el trazador de la pantalla.

- ¿Así? -preguntó-. De acuerdo. -Accionó el botón de la grabadora-. Sabemos que había mucho combustible de hidrógeno oculto. Y su impulsor ioniza, calienta y enriquece el hidrógeno con vapor carbónico caliente. Para esto se necesita mucha maquinaria. ¿Dónde estaba?

- ¿No debería estar aquí el ingeniero jefe, señor?

- Debería estar aquí, señor Whitbread. Desgraciadamente están sucediendo unas diez cosas a la vez en esta nave, y el teniente Sinclair hace falta en todas partes. Enseguida podrá hablar con usted... Jack, no olvidemos la filosofía de los pajeños sobre el diseño de naves y aparatos. Seguimos buscando mecanismos separados para cada tarea, pero en esta sonda todos los aparatos hacen cuatro o cinco funciones distintas al mismo tiempo. Puede que estemos buscando demasiada maquinaria.

- Puede, señor... pero, de cualquier modo, esa nave tenía que realizar un número mínimo de funciones. Necesariamente. Y no somos capaces de encontrar el equipo necesario para desarrollar la mitad de ellos.

- No con nuestra tecnología, en realidad -dijo Blaine pensativo; luego sonrió, una sonrisa amplia e impertinente, de joven-. Quizás debiéramos buscar una combinación de horno microondular, ionizador de combustible y sauna. Bueno, pasemos ahora a la alienígena. Explique sus impresiones, Whitbread. ¿Le pareció un ser inteligente?

- No entendía nada de lo que le decía. Salvo aquella vez que grité: «¡Desconecta el campo de fuerza!». Lo entendió inmediatamente. Lo demás no.

- Ha exagerado usted un poco eso, amigo -dijo Cargill-. Pero no importa. ¿Qué piensa usted? ¿Cree que la alienígena entiende ánglico y está fingiendo?

- No lo sé. No entendió mis gestos, salvo uno. Cuando le entregué su traje... y era muy fácil entender lo que quería decir, señor.

- Quizás sea simplemente estúpida -sugirió Rod.

- Es una minera asteroidal, capitán -dijo lentamente Cargill-. De eso no hay duda. Al menos su nave corresponde a ese trabajo. Los ganchos y las abrazaderas parece que sirven para manejar una carga compacta, como mineral en bruto y rocas que contienen aire.

- ¿De veras? -dijo Blaine.

- He conocido algunos mineros asteroidales, capitán. Pueden ser tercos, independientes y seguros de sí mismos hasta la excentricidad. Y muy callados. Confían unos en otros profundamente, salvo en cuestión de mujeres y de propiedad. Y llegan a olvidarse de hablar; o al menos lo parece.

Ambos miraron esperanzadamente a Whitbread.

- No sé, señor -dijo éste-. No sé. No me parece ninguna estúpida. Tendrían que haber visto cómo utilizaba las manos en el tablero de instrumentos, construyendo nuevos circuitos, reordenando media docena de cosas a la vez. Quizás... quizás nuestro lenguaje de signos no funcione en este caso. Ignoro el motivo.

Rod se frotó la nariz.

- Sería sorprendente que funcionase -dijo pensativo-. Y es sólo un ejemplar de una raza completamente extraña a nosotros. Si nosotros fuésemos alienígenas y nos encontrásemos con un minero asteroidal, ¿qué conclusiones sacaríamos sobre el Imperio? -Blaine llenó su taza de café y luego la de Whitbread-. Bueno, lo más probable es que el equipo de Horvath descubra más cosas que nosotros. Tienen a la pajeña en sus manos.

Sally Fowler miró a la pajeña con un sentimiento de profunda decepción.

- No consigo saber quién es la estúpida, si ella o yo. ¿Vieron lo que hizo cuando tracé un esquema del teorema de Pitágoras?

- Sí -dijo Renner con una risilla que nada ayudaba a aclarar las cosas-. Desmontó su computadora de bolsillo y volvió a montarla. No dibujó nada. En algunos sentidos es estúpida, no hay duda -dijo más en serio-. Sin que con ello quiera insultar a nuestras personas absolutamente dignas de confianza, me parece demasiado confiada. Quizás tenga un nivel de instinto de supervivencia muy reducido.

Sally asintió mientras miraba trabajar a la pajeña.

- Es un genio construyendo cosas -dijo Renner-. Pero no comprende nuestro lenguaje, nuestros gestos ni nuestros dibujos. ¿Es posible que esta condenada alienígena sea imbécil y genial al mismo tiempo?

- Sabia idiota -murmuró Sally-. Pasa también con los humanos, pero es muy raro. Hay

niños imbéciles capaces de extraer mentalmente raíces cúbicas y logaritmos. Genios matemáticos que no saben atarse los zapatos.

- Hay una diferencia de percepciones -Horvath se había dedicado a hacer un estudio más concienzudo de las pequeñas pajeñas-. Uno tiene que aprender que un dibujo es un dibujo. Sus dibujos... Dios mío, ¿qué está haciendo ahora?

Alguien lanzó un grito en la entrada.

En teoría Cargill había ido a entregar a Whitbread a los científicos. En realidad estaba seguro de que Whitbread podía llegar solo hasta el salón donde había llevado a los alienígenas mientras los artesanos construían una jaula para las miniaturas en la sala de suboficiales. Pero sentía curiosidad.

En mitad de la sala vio por primera vez a la alienígena. Estaba desmontando la cafetera... un acto malévolo que resultaba aún más diabólico por la inocencia de su sonrisa.

Ante el grito de Cargill interrumpió su trabajo... y el primer teniente vio que era demasiado tarde. Se desparramaron sobre la mesa pequeños tornillos y piezas diminutas. La alienígena había roto el tubo de filtraje posiblemente para analizar la técnica de soldado. Las pequeñas piezas del mecanismo estaban ordenadamente dispuestas. La pajeña había abierto el cilindro por la soldadura.

Cargill vio de pronto que el Ministro de Ciencias le cogía por el brazo.

- Está usted asustando a la alienígena -dijo Horvath ásperamente-. Váyase, por favor.

- Doctor, tenga la bondad de decirme...

- En otra parte.

Horvath le empujó hasta el otro extremo de la sala. Cargill vio de pasada a las pequeñas alienígenas sobre la mesa de juego, rodeadas de miembros del grupo de ciencias biológicas y de muestras de alimentos: cereales, pan, zanahorias y carne, cruda y cocinada.

Ahora, explíqueme -dijo Horvath- qué es lo que pretende con...

- Ese monstruo nos ha destrozado la cafetera...

- Hemos tenido suerte -dijo irreverente el guardiamarina Whitbread-. Intentó desmontar el mecanismo de la cámara neumática número cuatro; menos mal que la detuvimos.

- Lo único que le interesan son las herramientas y los mecanismos.

- Horvath procuraba ignorar la agitación de Cargill-. Por una vez estoy de acuerdo con el almirante Kutuzov. No se debe permitir que la alienígena vea el Impulsor Alderson y los generadores del Campo. Parece capaz de deducir para qué son las cosas y cómo funcionan casi sin tocarlas.

- ¡Eso no importa! -dijo Cargill-. ¿No podían haber dado otra cosa a la pajeña para jugar? Esa cafetera está a medio reparar. Nadie ha podido descubrir cómo funciona desde que Sandy Sinclair acabó con ella. Y la pajeña ha roto algunas piezas.

- Si eran tan fáciles de romper, probablemente puedan arreglarse -dijo suavemente Horvath-. Mire, podemos darle una de las urnas de los laboratorios, o uno de nuestros... ah, señorita Fowler, ¿se ha calmado ya la alienígena? Bueno, señor... ¿Whitbread?, nos alegramos mucho de verle aquí; estábamos esperándole, pues es usted el único hombre que ha llegado a comunicarse realmente con la alienígena. Oiga, teniente Cargill, no se acerque a la pajeña...

Pero Cargill había cruzado ya la mitad del salón. La alienígena se encogió un poco, pero Cargill se mantuvo a buena distancia de ella. La miró irritado pensando en su cafetera. Pero la cafetera estaba otra vez montada.

La pajeña se apartó de Sally Fowler. Encontró un recipiente de plástico de forma cónica, lo llenó de agua y lo utilizó para llenar la cafetera. Uno de los camareros de la sala de oficiales soltó una risotada.

La pajeña echó dos cuencos de agua, insertó el cubilete inferior y esperó.

El camarero miró a Cargill, que hizo un gesto de asentimiento. Sacó la lata de café, utilizó la cuchara especial y puso en funcionamiento la máquina. La alienígena observaba detenidamente todas las operaciones. Lo mismo hacía una de las miniaturas, pese a que un biólogo agitaba constantemente una zanahoria frente a su cara.

-Antes estuvo mirando cómo hacía yo el café, señor -dijo el camarero-. Creí que a lo

mejor querría un poco, pero los científicos no le ofrecieron.

- Quizás tengamos un buen barullo aquí dentro de un minuto, Ednie. Prepárese para limpiar. -Cargill se volvió a Sally-. ¿Qué tal se le da a este monstruo montar las piezas de los aparatos?

- Muy bien -contestó Sally-. Me arregló mi computadora de bolsillo. El agua comenzó a hervir. Cargill se sirvió vacilante una taza y probó.

-Vaya, está excelente -dijo. Pasó la taza a la pajeña. Esta probó el negro y amargo brebaje, lanzó un grito y tiró la taza contra el mamparo.

Sally condujo a Whitbread hasta la despensa de la sala de oficiales. -Usted consiguió que la pajeña le entendiese. ¿Cómo?

- Fue sólo aquella vez -dijo Whitbread-. He estado preguntándome si no cometería un error. ¿No podría haber decidido ella dejarme libre cuando abrí mi casco y lancé un grito?

- Lo único que hace ella es estar ahí -dijo Sally-. Ni siquiera parece darse cuenta de que intentamos hablar con ella. Y nunca intenta conectar... -bajó la voz, murmurando casi para sí-. Es una característica básica de las especies inteligentes. El intentar comunicarse. Whitbread, ¿cuál es su nombre?

Whitbread la miró sorprendido.

- Jonathon, señora.

- Muy bien, Jonathon, yo me llamo Sally. De hombre a mujer, Jonathon, ¿qué es lo que estoy haciendo mal? ¿Por qué no intenta ella hablar conmigo?

- Bueno, Sally -dijo Whitbread, vacilante; le gustaba el sonido de aquel nombre, y ella no tenía más de dos años más que él-. Lo cierto es que podría pensar en media docena de razones. Quizás sea capaz de leer el pensamiento.

- Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

-Y no entender lo que es un idioma. Lo que usted intenta enseñarle no tendría sentido para ella. Puede que sea capaz de leer nuestros pensamientos sólo cuando estamos muy excitados, como estaba yo.

- O como estaba el teniente Cargill... -dijo Sally pensativa-. Entonces se apartó de la cafetera. Pero no por mucho tiempo, No, no lo creo.

- Ni yo tampoco. Creo que ella está mintiendo.

- ¿Mintiendo?

- Haciéndose la tonta. No sabe qué decirnos y entonces no nos dice nada. Quiere ganar tiempo. Lo que le interesa es nuestra maquinaria. Y así gana tiempo para estudiarla.

- Uno de los biólogos -dijo Sally, asintiendo lentamente- tuvo la misma idea. Dijo que estaba esperando instrucciones, y aprendiendo todo lo posible hasta que ellos vinieran... Jonathon, ¿cómo podríamos poner en evidencia su juego?

- No creo que podamos -contestó Whitbread-. ¿Cómo cazar a un ratón inteligente que se hace el tonto, si nunca hemos visto un ratón?

- Bueno, tendremos que intentarlo -frunció el ceño, pensando en la actuación de la pajeña con la cafetera, y luego dirigió una mirada larga y pensativa a Whitbread-. Está usted agotado, váyase a dormir, no le necesitamos para nada en este momento.

- De acuerdo -dijo Whitbread bostezando; hubo un repiqueteo tras él y ambos se volvieron rápidamente, pero no vieron nada-. Hablando de ratones -dijo Whitbread.

- ¿Cómo pueden vivir en una nave de acero? -preguntó Sally. Whitbread se encogió de hombros.

- Llegan a bordo con los suministros de alimentos -dijo- e incluso entre los artículos personales. De vez en cuando evacuamos parte de la nave, y despejamos la zona para cazarlos, pero nunca conseguimos dar con ellos. En este viaje, con tanto personal extra a bordo, no hemos podido hacer eso siquiera.

- Es curioso -dijo Sally-. Los ratones pueden vivir prácticamente en todos los sitios en que pueden vivir los humanos... ¿sabe usted que probablemente haya tantos ratones como personas en la galaxia? Los hemos transportado a casi todos los planetas. Jonathon, ¿cree usted que las miniaturas son ratones?

- Ella no se preocupaba gran cosa de ellos, desde luego. Mató a todos los demás... pero ¿por qué traería dos a bordo? Y daba la sensación de que los elegía al azar.. Sally asintió de nuevo.

-Vimos cómo los cogía. -De pronto lanzó una carcajada-. ¡Y el señor Renner se preguntaba si serían bebés pajeños! Váyase a dormir, Jonathon. Hasta dentro de diez horas por lo menos.

17
El desahucio del señor Crawford

El guardiamarina Whitbread llegó a su hamaca mucho antes de lo que había supuesto. Se hundió beatíficamente en la red y cerró los ojos... y abrió uno al sentir otros sobre él.

- Sí, señor Potter dijo, suspirando.

- Señor Whitbread, me gustaría mucho que hablase usted con el señor Staley. No era lo que él esperaba. Abrió el otro ojo.

- ¿Por qué?

- No sé lo que pasa. Ya sabe cómo es, no se queja nunca, es capaz de dejarse morir antes que quejarse. Pero anda paseando como un robot, y no habla apenas con nadie salvo cuando le obliga la cortesía. Come solo... usted le conoce más que yo, y pensé que podría descubrir el motivo.

- Está bien, Potter. Lo intentaré. Cuando me despierte -cerró los ojos; Potter aún seguía allí-. Dentro de ocho horas, Potter. No puede ser tan urgente.

En otra parte de la MacArthur el piloto jefe Renner se encontraba en un camarote no mucho mayor que su litera. Era el tercer teniente, pero dos científicos habían pasado a ocupar la cabina de Renner, y el tercer teniente se había trasladado a otro camarote que compartía con un oficial de la infantería de marina.

Renner se incorporó de pronto en la oscuridad, persiguiendo mentalmente algo que podría haber sido un sueño. Luego encendió la luz y comenzó a accionar el tablero de intercomunicación del camarote, que le resultaba poco familiar. El operador que contestó mostró un notable control de sí mismo: ni gritó ni nada parecido.

- Póngame con la señorita Sally Fowler -dijo Renner.

El operador estableció el contacto, sin comentarios. Debe de ser un robot, pensó Renner. Sabía el aspecto que tenía.

Sally no estaba dormida. Ella y el doctor Horvath acababan de instalar a la pajeña en la cabina del oficial artillero. Su expresión y su voz cuando dijo «Sí, señor Renner» informaron a éste de que tenía en cierto modo el aspecto de un cruce de hombre y topo... Un notable logro de comunicación no verbal.

- Me acordé de una cosa -dijo Renner-. ¿Tiene usted su computadora de bolsillo?

- Desde luego -la sacó y se la enseñó.

- Pruébela, por favor.

Sally, algo desconcertada, trazó letras sobre la superficie lisa de la caja y planteó un pequeño problema, luego otro más complejo que exigía la ayuda de la computadora de la nave. Luego pidió una ficha de datos personales al azar a la memoria de la nave.

- Funciona perfectamente.

La voz de Renner tenía un tono somnoliento.

- ¿Es cierto que la pajeña la desmontó y volvió a montarla?

- Lo es. Lo mismo hizo con la pistola de usted.

- Pero ¿una computadora de bolsillo? Sabe usted que eso es imposible, ¿no?

Ella pensó que era una broma.

- No, no lo sabía -dijo.

- Pues lo es. Pregúntele al doctor Horvath. -Renner colgó y volvió a dormirse. Sally se puso en contacto con el doctor Horvath, que entraba entonces precisamente en su cabina. Le dijo lo de la computadora.

- Pero esas computadoras son un gran circuito integrado. Ni siquiera intentamos repararlas... -Horvath murmuró otras cosas para sí.

Mientras Renner dormía, Horvath y Sally despertaron al personal de ciencias físicas. Ninguno pudo dormir gran cosa en toda la noche.

En una nave espacial la «mañana» es una cosa relativa. El turno de mañana es de 0400 a 0800, período en que las especies humanas dormirían normalmente; pero en el espacio es distinto. Tanto en el puente como en las salas de máquinas se necesita un equipo completo sea la hora que sea. Como oficial de vigilancia, Whitbread hacía una guardia de cada tres, pero existía en la MacArthur gran confusión. Había apagado los relojes de la mañana y del mediodía para disfrutar de ocho deliciosas horas de sueño; sin embargo, se hallaba despierto en el comedor de oficiales a las 0900.

- No me pasa nada -protestó Horst Staley-. No sé qué te hace pensar eso. Olvídalo.

- De acuerdo -dijo Whitbread tranquilamente. Eligió zumo y cereales y los colocó en su bandeja. Iba detrás de Staley en la cola de la cafetería, lo que era bastante natural, pues había entrado después.

-Aunque agradezco tu preocupación -le dijo Staley. No había en su voz el menor rastro de emoción.

Whitbread asintió con un gesto. Cogió su bandeja y le siguió. Staley eligió como siempre una mesa vacía. Whitbread se sentó con él.

En el Imperio había numerosos mundos en que las razas dominantes eran blancos caucasianos. En esos mundos las imágenes de los carteles que llamaban a alistarse en la Marina siempre se parecían a Horst Staley. Tenía la mandíbula cuadrada, los ojos azul hielo. Su cara era toda ella planos y ángulos, bilateralmente simétricos y sin expresión. Tenía la espalda muy recta, los hombros anchos, el vientre liso y duro y bordeado de músculos. Constituía un agudo contraste frente a Whitbread, que había tenido que luchar durante toda su vida con un problema de peso, y era como mínimo ligeramente redondeado por todas partes.

Comieron en silencio un largo desayuno. Por último, con tono excesivamente despreocupado, Staley preguntó, como si tuviera que hacerlo obligatoriamente:

- ¿Qué tal tu misión? Whitbread estaba preparado.

- Terrible. Lo peor fue la hora y media que la pajeña estuvo contemplándome. Mira. -Whitbread se levantó, dobló la cabeza hacia un lado y hundió las rodillas y bajó los hombros, como para ajustarse a un ataúd invisible de ciento treinta centímetros de altura-. Así durante hora y media. Una tortura, te lo aseguro. -Se sentó de nuevo-. No hacía más que pensar que ojalá te hubiesen elegido a ti.

Staley se ruborizó.

-Yo me ofrecí voluntario.

- Era mi vez. Tú fuiste uno de los que aceptaron la rendición de la Defiant, en Nueva Chicago.

- ¡Dejé que aquel maníaco robara la bomba!

Whitbread posó el tenedor.

- ¿Cómo?

- ¿No lo sabías?

- Desde luego que no. ¿Crees que Blaine iba a contárselo a toda la tripulación? Ahora recuerdo que viniste muy nervioso de aquella misión. Nos preguntábamos por qué.

Ahora ya lo sabes. Hubo quien intentó renunciar. El capitán de la Defiant no le dejó, pero podría haberlo hecho. -Staley hizo un gesto con la mano-. Me robó la bomba. ¡Y yo se lo permití! Habría dado cualquier cosa por tener la oportunidad de... -Staley se levantó bruscamente, pero Whitbread fue lo bastante rápido para cogerle por el brazo.

- Siéntate -dijo-. Puedo explicarte por qué no te eligieron.

- ¿Es que puedes leerle el pensamiento al capitán? -Hablaban en voz baja por acuerdo tácito. Las divisiones interiores de la MacArthur tenían aislamiento sonoro, de todos modos, y sus voces, aunque bajas, eran muy claras.

-Adivinar el pensamiento de los oficiales es una buena práctica para un guardiamarina -dijo Whitbread.

- Dime entonces por qué. ¿Fue por la bomba?

- Indirectamente. Te habrías sentido tentado a demostrar de lo que eras capaz. Pero aun sin eso, tienes demasiado aspecto de héroe, Horst. Perfecta forma física, magníficos pulmones, entrega absoluta y ningún sentido del humor.

-Yo también tengo sentido del humor.

- No, no lo tienes.

- ¿Que no?

- Ni rastro. La ocasión no exigía un héroe, Horst. Necesitaban a alguien al que no le importase quedar en ridículo por un buen motivo.

- Bromeas. Maldita sea, nunca sé exactamente cuándo estás bromeando.

- No sería una ocasión muy adecuada. No me burlo de ti, Horst. Escucha, no debería haberte contado esto. Estuviste viéndolo todo, ¿verdad? Sally me dijo que aparecía mi imagen en todas las pantallas de telecomunicación, en directo, en color y en tres dimensiones.

-Así es -dijo Staley con una breve sonrisa-. Deberían haberte enfocado la cara. Sobre todo cuando empezaste a gritar. No nos avisaron de ningún modo. Y nos sorprendió mucho oír cómo gritabas a la alienígena de pronto.

- ¿Qué habrías hecho tú?

- Otra cosa. No sé. Seguiría órdenes, supongo. -Los ojos de hielo se achicaron-. No habría intentado resolverlo con un grito, ¿comprendes?

- ¿Quizás un segundo de láser sobre el tablero de control? Para eliminar el campo de fuerza...

- No sin órdenes.

- ¿Y qué me dices del lenguaje de signos? Estuve un rato haciendo gestos, esperando que la alienígena me entendiese, pero no me entendió.

- No podíamos ver eso. ¿Por qué?

-Ya te lo dije -explicó Whitbread-. La misión exigía alguien dispuesto a burlarse de sí mismo si era necesario. Piensa las veces que oíste a los demás reírse de mí mientras traía a la pajeña.

Staley asintió.

-Ahora olvídalo y piensa en la pajeña. ¿Qué te parece su sentido del humor? ¿Te gustaría que una pajeña se riese de ti, Horst? Nunca podrías estar seguro de si se reía o no; no sabes cómo es o cómo habla...

- No digas tonterías.

- Lo único que todos sabían era que la situación exigía a alguien capaz de descubrir si los alienígenas querían hablar con nosotros. No se necesitaba un héroe que defendiese el honor imperial. Ya habrá tiempo de sobra para eso cuando sepamos lo que nos aguarda. Ya habrá entonces tareas suficientes para los héroes, Horst. Siempre las hay.

- Es tranquilizador -dijo Staley. Había acabado el desayuno. Se levantó y se alejó deprisa, con la espalda muy recta, dejando a Whitbread pensativo.

Bueno, pensó Whitbread. Lo intenté. Y puede que...

En una nave de guerra el lujo siempre es algo relativo.

El artillero Crawford tenía una cabina que era del tamaño de su litera. Cuando levantaba la litera tenía espacio para cambiarse de ropa y un pequeño lavabo para lavarse los dientes. Para bajar la litera, al irse a dormir, tenía que salir al pasillo; y al ser alto para la talla de la Marina, Crawford se vio obligado a acostumbrarse a dormir encogido.

Una cama y una puerta con cierre, en vez de una hamaca o una serie de literas: lujo. Habría sido capaz de luchar por conservarlo; pero no había tenido posibilidad alguna. Ahora tenía que estar allí apretado mientras un monstruo alienígena ocupaba su cabina.

- No mide más de un metro de altura, así que le servirá -dijo Sally Fowler juiciosamente-. Aun así, es una habitación muy pequeña. ¿Creen que podrá soportarlo? Si no tendríamos que acomodarla en la sala de oficiales.

-Yo vi la cabina de su nave. No era mayor. Creo que podrá soportarlo -dijo Whitbread.

Era demasiado tarde para intentar dormir en la sala artillera, y tenía que decirles a los científicos todo lo que sabía: al menos eso serviría si Cargill le preguntaba por qué había estado atosigando a Sally.

- Supongo -añadió- que estará alguien vigilándola por el intercom.

Sally asintió. Whitbread la siguió a la sala de los científicos. Parte de la estancia estaba aislada por una red de alambre dentro de la cual se encontraban las dos miniaturas. Una de ellas mordisqueaba la cabeza de una col, utilizando cuatro brazos para sujetarla contra el pecho. La otra, con el abdomen hinchado por la preñez, jugaba con una linterna.

Exactamente igual que un mono, pensó Whitbread. Era la primera oportunidad que tenía de observar a las miniaturas. Tenían el pelo más tupido, y motas marrones y amarillas donde la grande tenía un pelo totalmente marrón claro. Los cuatro brazos eran casi iguales, cinco dedos en las manos izquierdas y seis en las derechas; pero los brazos y los dedos eran todos ellos delgados y con las mismas articulaciones. Sin embargo los músculos del hombro superior izquierdo estaban fijados a la parte superior del cráneo.

¿Qué otro motivo podría tener esto que el de proporcionar mayor fuerza y equilibrio?

Le encantó el que Sally le condujese a una mesita de un rincón, separada de donde los biocientíficos se rascaban la cabeza y discutían escandalosamente. Cogió café para los dos y preguntó a Sally por la extraña musculatura de las miniaturas; no era precisamente lo que le apetecía hablar con ella, pero era un principio...

- Creemos que se trata de un vestigio -dijo ella-. Evidentemente no lo necesitan; los brazos izquierdos no tienen, de todos modos, envergadura suficiente para realizar trabajos pesados.

- ¡Entonces las pequeñas no son monos! Son crías de las grandes.

- O ambas son crías de algún otro ser. Tenemos ya más de dos clasificaciones. Mire. Se volvió hacia la pantalla de intercomunicación en la que apareció una imagen de la habitación de la pajeña.

- Parece muy contenta -dijo Whitbread; sonrió al ver lo que estaba haciendo la pajeña-. Al señor Crawford no va a gustarle lo que está haciendo con su litera.

Al doctor Horvath no le parece oportuno impedírselo. Puede hurgar todo lo que quiera mientras respete el aparato de intercomunicación.

La pajeña había acortado y doblado la litera. Le había dado una forma sumamente extraña, no sólo por las complejas articulaciones de su espalda, sino también porque al parecer dormía de costado. Había cortado y cosido el colchón y doblado y retorcido el somier. Había hecho encajes para sus dos brazos derechos, y una especie de pozo para la protuberancia del hueso de la cadera, y un saliente en la parte superior para que le hiciese de almohada...

- ¿Por qué dormirá sólo del lado derecho? -preguntó Whitbread.

- Quizás pueda defenderse mejor con el izquierdo, si alguien la sorprende mientras duerme. El brazo izquierdo es mucho más fuerte.

- Puede ser. Pobre Crawford. Puede que la pajeña tema que intente cortarle el cuello una noche. -Observó que la pajeña comenzaba a manipular la lámpara-. Es de ideas fijas, ¿verdad? Podríamos sacar algo en limpio de todo esto. Quizás introduzca mejoras.

- Quizás. ¿Ha visto usted dibujos del alienígena diseccionado? Parecía una maestra.

Ya tenía edad para serlo, además; pero era demasiado bonita, pensó Whitbread.

- Sí, los he visto -contestó.

- ¿Advierte usted alguna diferencia?

- El color de la piel es distinto. Pero eso no tiene importancia. El otro llevaba cientos de años en animación suspendida.

- ¿Nada más?

Librodot

- Creo que el otro era más alto. Aunque no estoy seguro.

- Mire la cabeza de ésta.

- No veo nada especial -dijo Whitbread, frunciendo el ceño.

Sally utilizó su computadora de bolsillo. La máquina ronroneó levemente indicando que había establecido comunicación con la memoria central de la nave. En algún punto de la MacArthur un láser recorría líneas holográficas. La memoria de la nave contenía todo lo que sabía la Humanidad sobre los pajeños. La computadora localizó la información que Sally quería; en la superficie de la caja lisa apareció un dibujo.

Whitbread lo estudió y luego miró a la pantalla donde estaba la pajeña.

- La frente ¡Es más inclinada!

- Eso es lo que nosotros pensamos, el doctor Horvath y yo.

- No es fácil darse cuenta. Como tiene la cabeza tan ladeada...

- Lo sé. Pero no hay duda. Creemos que las manos son también distintas. Aunque la diferencia sea muy pequeña.

Sally frunció el ceño y aparecieron tres cortas arrugas entre sus cejas marrones. Se había cortado el pelo muy corto para el espacio, y el ceño fruncido y el pelo corto la hacían parecer muy eficiente. Esto no le gustó a Whitbread.

-Así que tenemos tres tipos distintos de pajeños -dijo-. Y sólo cuatro pajeños. Esto significa un porcentaje muy alto de mutación, ¿no le parece?

-Yo... No me sorprendería... -Whitbread recordó las lecciones de historia que había dado el capellán Hardy a los guardiamarinas durante el viaje-. Están atrapados en este sistema. Embotellados. Si tuviesen una guerra atómica, tendría que seguir viviendo después, ¿no es cierto? -pensó en la Tierra y se estremeció.

- No hemos descubierto ninguna prueba de guerras atómicas.

- Salvo el porcentaje de mutación. A Sally se echó a reír.

-Argumenta usted en círculos. De cualquier modo, no tiene sentido. Ninguno de estos tres tipos puede considerarse una deformación. Están todos muy bien adaptados y perfectamente sanos... salvo el muerto, claro, y eso no cuenta, pues difícilmente elegirían a un lisiado para pilotar la sonda.

- Sí, desde luego. ¿Cuál es entonces la solución?

- Usted los vio primero, Jonathon. Podemos considerar al de la sonda un tipo A. ¿Cuál era la relación entre los tipos B y C?

- No lo sé.

- Pero usted los vio juntos.

- No tenía sentido. Los pequeños se mantenían apartados de la grande, al principio, y la grande no les hacía caso. Luego yo indiqué a la grande que quería que me acompañase a la MacArthur. Entonces cogió a los dos primeros pequeños que se pusieron a su alcance, los metió en la bolsa y mató al resto sin previo aviso.

Whitbread se detuvo, pensando en el torbellino que le había expulsado de la cámara neumática de la nave pajeña.

- Eso me dijo usted. ¿Qué son los pequeños? ¿Animales domésticos? ¿Niños? Pero ella los mató. ¿Parásitos? ¿Por qué salvar a esos dos? ¿Animales que le sirven de alimentación? ¿Ha considerado eso?

- ¿Cómo vamos a comprobarlo? -dijo Sally hoscamente-. ¿Cree usted que vamos a cocinar a una de las pequeñas para ofrecérsela a la grande? Sea razonable.

La alienígena de la cabina de Crawford sacó un puñado de una especie de semilla y lo comió.

- Palomitas de maíz -dijo Sally-. Probamos primero con las pequeñas. Quizás sirviesen para eso, para probar los alimentos.

- Quizás.

- Come también coles. Bueno, no se morirá de hambre. Pero quizás pueda morirse por deficiencia vitamínica. Lo único que podemos hacer es observar y esperar... Supongo que llegaremos muy pronto al planeta de donde proceden. Mientras tanto, usted es el único

hombre que ha visto la nave pajeña. ¿Estaba doblado el asiento del piloto? Sólo pude verlo un instante a través de la cámara de su casco.

- Sí, lo estaba. De hecho se ajustaba a ella como un guante. Advertí algo más. El tablero de control estaba situado del lado derecho del asiento. Sólo para las manos derechas...

Recordaba mucho de la nave minera, en realidad. El explicarlo le permitió seguir disfrutando de la agradable compañía de la señorita Fowler hasta que tuvo que volver a hacerse cargo del servicio de vigilancia. Sin embargo, ninguno de los datos que recordaba resultó particularmente útil.

Apenas había ocupado Whitbread su puesto en el puente, llamó el doctor Buckman preguntando por el capitán.

- Una nave, Blaine -dijo Buckman-. Procede del mundo habitable, Paja Uno. No la localizamos porque estaba oculta por culpa de esa condenada señal láser.

Blaine hizo un gesto de asentimiento. También sus pantallas habían mostrado la nave pajeña nueve minutos antes. La tripulación de Shattuck no estaba dispuesta a dejar que los civiles tuviesen un sistema de observación mejor que la Marina.

- Nos alcanzará en unas ochenta y una horas -dijo Buckman-. Está acelerando a cero ochenta y siete gravedades, que es la gravedad que existe en la superficie de Paja Uno por una curiosa coincidencia. Desprende constantemente neutrinos. En general actúa como la primera nave, aunque es mucho más grande. Si descubrimos algo más se lo comunicaré.

- De acuerdo. Continúe vigilando, doctor. -Blaine hizo un gesto y Whitbread desconectó el circuito; el capitán se volvió a su segundo-. Compare, por favor, lo que sabemos con el archivo de Buckman, Número Uno.

- De acuerdo, señor. -Cargill accionó los controles de la computadora durante unos minutos-. ¿Capitán?

- ¿Sí?

- Mire el momento inicial. Esa nave alienígena se puso en camino poco más de una hora después del encuentro. Blaine lanzó un silbido.

- ¿Está usted seguro? Eso significa que tardaron diez minutos en detectarnos, otros diez en determinar nuestro rumbo y cuarenta en prepararse y despegar. Jack, ¿qué tipo de nave despega en cuarenta minutos?

Cargill frunció el ceño.

- Ninguna, que yo sepa. La Marina podría hacerlo, mantener una nave con tripulación completa en situación de alerta...

- Exactamente. Creo que esa nave que avanza hacia nosotros es una nave de guerra. Será mejor que se lo comunique al almirante y luego a Horvath. Whitbread, póngame con Buckman.

- ¿Sí? -el astrofísico parecía inquieto.

- Doctor, necesito todo lo que su gente pueda descubrir sobre esa nave pajeña. Inmediatamente. ¿No podría estudiar detenidamente su aceleración? Me parece bastante extraña.

Buckman estudió los números que Blaine transmitió a su pantalla.

- Creo que está bastante claro. Salieron de Paja Uno o de una luna próxima cuarenta minutos después de que llegáramos nosotros. ¿Cuál es el problema?

- Si despegaron a esa velocidad, es casi seguro que se trata de una nave de guerra. Nos gustaría creer lo contrario. Buckman parecía molesto.

- Piense lo que quiera, capitán, pero lo estropeará todo. Hayan despegado en cuarenta minutos o... bueno, el vehículo pajeño podría haber partido de algún punto situado a unos dos millones de kilómetros de este lado de Paja Uno; esto les daría más tiempo... pero no lo creo.

- Tampoco yo. Quiero que se asegure respecto a esto, doctor Buckman. ¿Qué podríamos suponer que les daría más tiempo para despegar?

- Déjeme pensar... No estoy acostumbrado a calcular en términos de cohetes, ¿sabe? Mi campo son más bien las aceleraciones gravitatorias, veamos...

Buckman adoptó una extraña expresión, con los ojos en blanco. Durante unos instantes

pareció un imbécil.

- Hay que considerar un período de deslizamiento. Una aceleración mucho mayor que el mecanismo de lanzamiento. Muchísimo mayor.

- ¿Cuánto cree usted que pudo prolongarse el primer período?

-Varias horas por cada una que quiera usted darles para tomar una decisión. Capitán, no comprendo su problema. ¿Por qué no van a poder lanzar una nave científica de investigación en cuarenta minutos? ¿Por qué tenemos que suponer que es una nave de guerra? Después de todo la MacArthur es ambas cosas, y le costó a usted un tiempo absurdamente largo despegar. Yo estaba listo varios días antes.

Blaine apagó la pantalla. Le retorcería el cuello de muy buena gana, se dijo. Pero tendría que comparecer ante un tribunal militar. De todos modos alegaría homicidio justificado. Citaría como testigos a todos los que conocían a Buckman. No tendrían más remedio que absolverme. Apretó varias teclas.

- Cargill, ¿qué ha conseguido?

- Ellos lanzaron la nave en cuarenta minutos.

- Lo cual significa que es una nave de guerra.

- Eso piensa el almirante, señor. El doctor Horvath no está convencido.

- Ni yo tampoco, pero tendremos que estar preparados por si acaso. Y tendremos que saber más sobre los pajeños de lo que están descubriendo el doctor Horvath y su gente con nuestra pasajera. Cargill, quiero que coja usted el transbordador y vaya hasta el asteroide en que estaba la pajeña. No hay ninguna señal de actividad allí, así que supongo que se trata de un lugar seguro... quiero saber exactamente qué es lo que estaba haciendo allí la pajeña. Podría darnos la clave.

18
La Colmena de Piedra

Horace Bury observaba a las pajeñas de treinta centímetros de estatura que jugaban detrás de la pantalla de alambre.

- ¿Muerden? -preguntó.

- No lo han hecho aún -contestó Horvath-. Ni siquiera cuando los biotécnicos les extrajeron muestras de sangre.

Bury le desconcertaba. El Ministro de Ciencias, Horvath, se consideraba muy capaz para juzgar a la gente (cuando abandonó la ciencia para entrar en la política, tuvo que aprender deprisa), pero no podía descubrir cuáles eran los procesos mentales de Bury. La fácil sonrisa del comerciante era sólo una fachada pública; tras ella, y sin emociones, Bury observaba a los pajeños como Dios juzgando una creación dudosa.

Bury pensaba: qué feos son. Qué horror. Al menos podrían ser útiles como animales domésticos... Avanzó hasta un agujero que había en la red, lo bastante grande para un brazo pero no para un pajeño.

- Detrás de la oreja -sugirió Horvath.

- Gracias.

Bury se preguntó si se acercaría alguna a investigar su mano. Se acercó la más delgada, y Bury le rascó detrás de la oreja, cuidadosamente, pues la oreja parecía frágil y delicada. Pareció gustarle.

Son espantosos como animales domésticos, pensó Bury, pero podrían venderse a varios miles cada uno. Durante un tiempo. Antes de que dejasen de ser novedad. Era mejor actuar en todos los planetas simultáneamente. Si se crían en cautividad, y podemos mantenerlos alimentados, y si dejo de vender antes de que la gente deje de comprar...

- ¡Por Alá...! ¡Me ha quitado el reloj!

- Les encantan los aparatos. Habrá visto usted esa linterna que les dimos. -A mí eso no me importa, Horvath. ¿Cómo voy a recuperar mi reloj? Por Alá... ¿cómo consiguió soltarlo?

- Entre y sáquelo. O déjeme a mí. -Horvath lo intentó; el espacio era demasiado grande y la pajeña no quería devolver el reloj; Horvath renunció-. No quiero molestarlas demasiado.

- ¡Horvath, ese reloj vale ochocientas coronas! No sólo indica la hora y la fecha sino que... -Bury hizo una pausa-. En realidad, es a prueba de golpes. Anunciamos que cualquier golpe que pueda parar un Cronos matará también al propietario. No creo que pueda romperlo.

La pajeña examinaba el reloj de pulsera de forma serena y concentrada. Bury se preguntó si habría gente a quien aquellos gestos le resultasen cautivadores. Ningún animal doméstico se comportaba así. Ni siquiera los gatos.

- ¿Hay cámaras filmando?

- Por supuesto -dijo Horvath.

- Quizás a mi empresa le interese comprar esta secuencia. Para fines publicitarios.

Esto era algo, pensaba Bury. Ahora se acercaba a ellos una nave pajeña, y Cargill se iba en un transbordador a algún sitio. Nunca conseguía sacarle nada a Cargill, pero le acompañaría Buckman. Quizás al final pudiera sacarle algún beneficio al café que bebía el astrofísico...

La idea le entristeció confusamente.

Aquel transbordador era el mayor de los vehículos que había en la cubierta hangar. Tenía un cuerpo elevado, con una superficie lisa arriba que se ajustaba a una de las paredes del hangar. Tenía escotillas de acceso propias, para llegar a la cámara neumática desde las regiones habitables de la MacArthur porque, normalmente, la cubierta hangar estaba en condición de vacío.

A bordo del transbordador no había ni generador de Campo Langston ni Impulsor Alderson. Pero su impulsor era eficaz y potente y tenía un depósito de combustible considerable, aun sin los tanques portátiles. El casco de protección ablativo del morro servía para un reingreso en una atmósfera terrestre de hasta veinte kilómetros por segundo, o varios reingresos si podían realizarse más lentamente. Estaba diseñado para una tripulación de seis individuos, pero podía llevar más. Podía ir de planeta en planeta, pero no viajar entre estrellas. Vehículos espaciales más pequeños que aquel transbordador de la MacArthur habían hecho historia una y otra vez.

Había media docena de hombres viviendo en él ahora. Uno de ellos había sido desplazado de su sitio para dejar espacio a Crawford cuando le había expulsado de su cabina una alienígena de tres brazos.

Cargill sonrió al ver esto.

- Me llevaré a Crawford -decidió-. Sería una vergüenza trasladarle de nuevo. Lafferty como timonel. Tres soldados... -Se inclinó sobre su lista de tripulantes-. Staley como guardiamarina-. Se alegraría mucho de tener una posibilidad de demostrar su valía, y cumplía las órdenes con bastante asiduidad.

El interior del transbordador estaba limpio y pulido, pero había pruebas de las reparaciones chapuceras de Sinclair a lo largo de la pared de estribor donde los lásers de la Defiant habían atravesado el caparazón ablativo; pese a las largas distancias en que se había desarrollado la lucha el transbordador había recibido graves daños.

Cargill extendió sus cosas en la única habitación cerrada y revisó los posibles rumbos que podía emprender. A aquella distancia podían ir todo el camino a tres gravedades. Porque la roca no tuviese una planta de fusión no iban a creer a ciegas que estaba deshabitada.

Jack Cargill recordó la velocidad con que la pajeña había reconstruido el gran filtro de su cafetera. ¡Incluso sin saber a lo que sabía el café! ¿Estarían más allá de la fusión? Dejó sus utensilios y se puso un traje de presión, una prenda tejida muy ajustada al cuerpo, lo bastante porosa para permitir que saliese el sudor, con un control de temperatura de regulación automática; con la ayuda de aquella tela tupida, su propia piel podía soportar la salida al espacio. El casco iba sellado en el cuello. En caso de combate, sobre aquella vestimenta se colocaba una pesada armadura, pero para realizar inspecciones bastaba aquello.

Desde el exterior no se veía señal alguna de daño o reparación. Parte del casco calorífico colgaba por debajo del morro del transbordador como una gran pala, dejando al descubierto las ventanas de la sala de control y la parte frontal del arma principal del vehículo: un cañón láser.

En caso de combate el primer deber del transbordador era realizar observaciones y enviar informes. A veces procuraba situarse como un torpedo sobre una nave de combate enemiga blindada. Contra las naves pajeñas, que carecían de Campo, aquel cañón era más que suficiente.

Cargill inspeccionó las armas del vehículo con más detenimiento de lo habitual. Temía ya a los pajeños. En esto era casi único; pero no lo sería eternamente.

La segunda nave alienígena era mayor que la primera, pero los cálculos de su masa dependían en gran medida de factores variables: la aceleración (conocida), el consumo de combustible (que se deducía de la temperatura del impulsor), temperatura de funcionamiento (que se deducía del espectro de radiación, cuya cúspide se encontraba en la región de los rayos X suaves) y eficiencia (pura especulación). La masa, considerada en su conjunto, parecía demasiado pequeña: aproximadamente del tamaño de una nave humana de tres tripulantes.

- Pero ellos no son hombres -indicó Renner-. Cuatro pajeños pesan tanto como dos hombres, pero no necesitan tanto espacio. No sabemos el equipo que llevan, el armamento ni la protección. Las paredes delgadas no parecen asustarles, y eso les permite construir cabinas mayores...

- Está bien -le interrumpió Rod-. Si no sabe, dígalo.

- No sé.

- Gracias -dijo pacientemente Rod-. ¿Hay algo de lo que esté seguro?

-Aunque parezca extraño, sí, señor. La aceleración. Ha sido constante en tres cifras significativas desde que localizamos la nave. Pero resulta extraño. Normalmente uno acciona el impulsor para mantenerlo al máximo, y corrige los pequeños errores sobre la marcha... y si dejas el impulsor solo, aún sigue habiendo diferencias. Para mantener la aceleración constante como ellos hay que estar controlándola constantemente.

Rod se rascó la nariz.

- Es una señal. Están diciéndonos exactamente adonde van.

- Sí, señor. Y vienen hacia aquí. Están diciéndonos que les esperemos -Renner esbozó una sonrisa extraña y feroz-. Bueno, sabemos algo más, capitán. El contorno transversal de la nave ha disminuido desde que la localizamos. Probablemente hayan abandonado algunos tanques de combustible.

- ¿Cómo ha descubierto eso? ¿No tiene que estar el objetivo en tránsito sobre el sol?

- Normalmente sí. Pero aquí bloquea el Saco de Carbón. Hay suficiente luz saliendo del Saco de Carbón para permitirnos un buen cálculo del área transversal de la nave. ¿Se ha dado cuenta, capitán, de los colores del Saco de Carbón?

- No. -Blaine se rascó de nuevo la nariz-. El que se desprendan de tanques de combustible no parece muy propio de una nave de guerra, ¿verdad? Pero no es ninguna garantía. Lo único que nos dicen es que tienen prisa.

Staley y Buckman ocupaban los asientos traseros de la cabina de control triangular del transbordador. Mientras el vehículo se alejaba a una gravedad, Staley observaba cómo el Campo de la MacArthur se cerraba tras ellos. Frente al negro del Saco de Carbón el crucero de batalla parecía hacerse invisible. No había nada que mirar más que el cielo.

La mitad de aquel cielo era Saco de Carbón, sin estrellas salvo un cálido punto rosado a varios grados del borde. Era como si el universo terminase allí. Como un muro, pensó Horst.

- Mira eso -dijo Buckman, y Horst dio un salto-. Hay gente en Nueva Escocia que le llama la Cara de Dios. ¡Idiotas supersticiosos!

- Exactamente -dijo Horst. Las supersticiones eran absurdas.

- ¡Desde aquí no parece en absoluto un hombre, y es diez veces más impresionante! Me gustaría que el marido de mi hermana pudiese verlo. Pertenece a la Iglesia de El. Horst asintió en la semioscuridad.

Desde cualquiera de los mundos humanos conocidos, el Saco de Carbón era un agujero negro en el cielo. Lo lógico hubiera sido esperar que fuese negro también allí. Pero ahora que sus ojos se ajustaban a la situación, Horst veía rastros de brillo rojo dentro del Saco de Carbón. La materia nebular parecía una serie de capas de visillos de gasa, como sangre extendida sobre el agua. Cuanto más grande parecía, más profundo podía verse en él. Ondas y torbellinos y corrientes parecían poseer una profundidad de años luz en el gas y el polvo sostenidos en el vacío.

- ¡Os imagináis, tener que tocarme de cuñado un eliano! Intenté educar un poco a ese idiota -dijo Buckman enérgicamente-, pero no me escucha.

- Creo que nunca he visto un cielo más hermoso. ¿Toda esa luz viene del Ojo de Murcheson, doctor Buckman?

- No parece posible, ¿verdad? Hemos intentado localizar otras fuentes, fluorescencia, estrellas UV rodeadas de polvo... si hubiese masa allí dentro las habríamos localizado con los indicadores de masas. Eso no es tan probable, Staley. El Ojo no está tan lejos del Saco de Carbón.

- Un par de años luz.

- Bueno, ¿y qué? La luz viaja más deprisa que eso, si tiene vía libre. -Los dientes de Buckman brillaron a la desmayada luz multicolor del tablero de control-. Murcheson perdió una magnífica oportunidad al no estudiar el Saco de Carbón cuando pudo hacerlo. Por supuesto estaba en el peor lado del Ojo, y probablemente no se aventurase mucho más allá del punto de ruptura... ¡Y ha sido una suerte para nosotros, Staley! ¡Nunca imaginé una oportunidad como ésta! ¡Una espesa masa interestelar, y una supergigante roja exactamente en el borde como iluminación! Mire, mire el punto adonde señalo, Staley, hacia donde fluyen las corrientes. ¿Ve que hay como un remolino? Si su capitán me permitiese utilizar una vez la computadora de la nave, podría demostrar que ese remolino es una protoestrella en proceso de condensación. O que no lo es.

Buckman tenía un rango temporal superior al de Staley, pero era un civil. El cualquier caso, no debía hablar de aquel modo del capitán.

- Nosotros utilizamos la computadora para otras cosas, doctor Buckman.

- Desgraciadamente -dijo Buckman.

Su mirada pareció perderse de nuevo; su alma se perdía en aquel velo enorme de oscuridad rojiza.

- Pero quizás no la necesitemos -dijo-. Los pajeños deben de haber estado observando el Saco de Carbón durante toda su historia; centenares de años, millares quizás. Especialmente si han creado una seudociencia del estilo de la astrología. Si pudiéramos hablar con ellos...

- Nos preguntamos -dijo Staley- por qué tiene usted tanto interés en venir con nosotros.

- ¿Cómo? ¿Se refiere a ir a ver esa roca? Staley, a mí no me importa para qué la utilizaba la pajeña. Lo que quiero saber es por qué los puntos troyanos están tan sobrecargados.

- ¿Y cree que encontrará la clave aquí?

- Quizás en la composición de la roca. Hay posibilidades de que así sea.

- Podré ayudarle allí -dijo lentamente Staley-. Sauron, mi planeta natal, tiene un cinturón de asteroides e industrias mineras. Algo aprendí sobre eso de mis tíos. En otros tiempos pensé que yo también podría ser un buen minero. -Se detuvo bruscamente, esperando que Buckman trajese a colación un tema desagradable.

- Me pregunto -dijo Buckman- qué esperará encontrar aquí el capitán...

- Me lo dijo. Sabemos sólo una cosa sobre esa roca -dijo Staley-. La pajeña estaba interesada en ella. Cuando sepamos por qué, sabremos algo sobre los pajeños.

- No demasiado -gruñó Buckman.

Staley se tranquilizó. O bien Buckman no sabía por qué Sauron era un planeta

deshonrado, o... ¿Tacto? ¿Buckman? Difícilmente.

El bebé pajeño nació cinco horas después de que el transbordador abandonase la MacArthur camino del asteroide. El nacimiento fue muy parecido al de los perros, considerando la relación distante entre la madre y los perros. Y sólo nació uno, del tamaño aproximado de una rata.

Acudió mucha gente aquel día, tripulación, oficiales y científicos. Hasta el capellán encontró una excusa para bajar.

- Mire, el brazo inferior izquierdo es mucho más pequeño -dijo Sally-. Teníamos razón, Jonathon. Los pequeños proceden de los pajeños grandes.

Alguien pensó que había que llevar a la pajeña grande a ver al recién nacido. No pareció interesarse lo más mínimo por el nuevo pajeño en miniatura; pero emitió sonidos dirigidos a las otras. Una de ellas sacó el reloj de Horace Bury de debajo de un cojín y se lo entregó a la grande.

Rod observaba las actividades que se desarrollaban alrededor del pajeño recién nacido cuando podía. Parecía muy activo para ser un recién nacido, de sólo unas horas de existencia, pues mordisqueaba coles y parecía capaz de caminar, aunque normalmente le ayudase a hacerlo la madre.

Entretanto, la nave pajeña seguía acercándose; y si había algún cambio en su aceleración era demasiado pequeño para que la MacArthur lo detectara.

- Llegarán aquí en setenta horas -dijo Rod a Cargill a través del transmisor láser-. Quiero que esté de vuelta en sesenta. No deje a Buckman empezar nada que no pueda acabar en ese límite. Si entran en contacto con alienígenas, díganmelo rápido... y no intenten hablar con ellos a menos que no puedan evitarlo.

- De acuerdo, capitán.

- No son órdenes mías, Jack. Son de Kutuzov. A él no le hace muy feliz esta excursión. Limítense a inspeccionar la roca y volver.

La roca quedaba a treinta millones de kilómetros de distancia de la MacArthur, veinticinco horas de viaje de ida y otras veinticinco de viaje de vuelta a una gravedad. Con cuatro gravedades el tiempo se reduciría a la mitad. No era bastante, pensaba Staley, para que mereciese la pena soportar cuatro gravedades.

- Pero podríamos ir a una gravedad y media -sugirió Cargill-. No sólo sería más rápido el viaje sino que nos cansaríamos más deprisa. No podríamos movernos mucho por allí. El transbordador no parecía tan atestado.

- Una idea inteligente -dijo con entusiasmo Cargill-. Una brillante sugerencia, señor Staley.

- ¿Lo haremos entonces?

- No, no lo haremos.

- Pero... ¿por qué no, señor?

- Porque a mí no me gusta soportar esa gravedad. Porque se consume más combustible, y si consumimos demasiado combustible la MacArthur puede tener que entrar en la gigante gaseosa para el viaje de regreso. No hay que desperdiciar jamás combustible, señor Staley. Puede necesitarse más tarde. Y además, es una idea estúpida.

- Sí, señor.

- Las ideas estúpidas son para los casos de emergencia. Uno las utiliza cuando no puede hacer otra cosa. Si funcionan quedan consagradas. Pasan a figurar en el Libro. Si no hay que seguir el Libro, que es básicamente una colección de ideas estúpidas que funcionaron... - Cargill sonrió ante la expresión de desconcierto de Staley-. Permítame que le hable de una que yo conozco por el Libro...

Para un guardiamarina siempre era el momento de recibir una lección. Staley ocuparía puestos más elevados que aquél, si tenía capacidad y si sobrevivía.

Cargill terminó su relato y miró la hora.

- Duerma algo, Staley. Ocupará usted el control más tarde, a la vuelta.

Desde lejos el asteroide parecía oscuro, áspero y poroso. Efectuaba una rotación completa en treinta y una horas; extrañamente lento, según Buckman. No había ninguna señal de actividad: ni movimiento ni radiación ni flujo anómalo de neutrinos. Horst Staley buscó variaciones de temperatura, pero no descubrió ninguna.

- Creo que esto lo confirma -informó-. El lugar está vacío. Cualquier forma de vida desarrollada de Paja Uno necesitaría calor, ¿no es cierto?

-Así es.

El vehículo avanzó hacia la superficie del asteroide. Las irregularidades que habían hecho que la roca pareciese porosa desde lejos se convirtieron en bolsas y luego en grandes agujeros de tamaño variable. Evidentemente, meteoritos. Pero ¿tantos?

-Ya les dije que los puntos troyanos estaban sobrecargados -explicó Buckman muy contento-. Probablemente el asteroide pase a través de la espesura del racimo troyano regularmente... Pero déme un primer plano de ese gran agujero de allí, Cargill.

La pantalla quedó casi ocupada por un pozo negro. Alrededor de él se veían pozos más pequeños.

- No se ve ningún indicio de cráter -dijo Cargill.

- Se ha dado cuenta, ¿verdad? Ese maldito asteroide está hueco. Por esto tiene tan poca densidad. En fin, no está habitado ahora, pero debió de estarlo. Incluso se tomaron la molestia de proporcionarle una rotación cómoda. -Buckman se volvió-. Cargill, investigaremos detenidamente ese asteroide.

- Sí, pero no usted. Examinará la roca un equipo de la Marina.

- ¡Eso entra dentro de mi competencia, demonios!

-Yo he de velar por su seguridad, doctor. Lafferty, dé la vuelta por el otro lado de la roca.

La parte trasera del asteroide era un enorme cráter en forma de copa.

- Tiene muchos cráteres pequeños... y son realmente cráteres. No son agujeros -dijo Cargill-. Doctor, ¿qué le parece eso?

- No lo entiendo. No puede ser una formación natural...

- ¡Fue excavado! -exclamó Staley.

-Aunque parezca extraño, es precisamente lo que estaba pensando yo -dijo Cargill-. El asteroide fue desplazado utilizando instrumentos termonucleares, haciendo explotar las bombas progresivamente en el mismo cráter para canalizar el impulso. Eso ya se ha hecho antes. Déme un registro de radiaciones, guardiamarina.

- Desde luego, señor. -Salió y volvió al cabo de un minuto-. Nada, señor. Está frío.

- ¿De veras? -Cargill fue a comprobar la lectura personalmente. Cuando acabó contempló todos los instrumentos y frunció el ceño-. Frío como el corazón de un pirata.

Si utilizaron bombas, hicieron un trabajo magnífico. No me sorprendería que así fuese. El transbordador siguió bordeando la montaña voladora.

- Eso podría ser una cámara neumática. Eso de allá. -Staley señaló una capa de piedra elevada a la que rodeaba una especie de diana de arquero de un naranja desvaído.

- Sin duda, pero no creo que consiguiéramos abrirla. Es mejor que entremos por uno de los agujeros meteoríticos. De todos modos... miraremos más detenidamente. Lafferty, descendamos.

En sus informes le llamaron el Asteroide Colmena. La roca estaba llena de cámaras interiores sin suelo ligadas por canales demasiado pequeños para los hombres. Todos llenos de secas y asimétricas momias. Fuesen cuales fuesen los milagros realizados por los constructores, la gravedad artificial no era uno de ellos. Los corredores iban en todas direcciones; las cámaras más grandes y las salas de almacenaje estaban llenas de huecos de almacenamiento, salientes donde sujetarse y puntos de anclaje para tender cables.

Las momias flotaban por todas partes, secas y flacas, con la boca abierta todas ellas.

Variaban de un metro a metro y medio de longitud. Staley eligió varias y las cargó en el transbordador.

Había también maquinaria, incomprensible para Staley y sus hombres, congelada en el vacío. Staley arrancó una de las máquinas más pequeñas de la pared. La eligió por sus formas extrañas, no por el uso que pudiera darle; ninguna de las máquinas estaba completa.

- No hay metal -informó Staley-. Volantes de piedra y cosas que parecen circuitos integrados... cerámica con impurezas, cosas de ese tipo. Pero muy poco metal, señor. Avanzaban al azar. Por fin llegaron a una cámara central. Era gigantesca, y también lo era la máquina que la dominaba. Cables que podían haber sido superconductores de energía convencieron a Staley de que aquélla era la fuente energética del asteroide; pero no había rastro de radiación.

Cruzaron estrechos pasajes entre extraños bloques de piedra, y encontraron al fin una gran caja metálica.

Ábrala -ordenó Staley.

Lafferty utilizó su láser para cortar el metal. Observaron cómo el estrecho rayo verde caía sobre el metal plateado de la caja sin conseguir cortarlo. ¿Adonde irá la energía?, se preguntaba Staley. ¿Podrían de algún modo estar bombeando energía ellos? El calor que sintió en la cara le indicó la respuesta.

Observó el indicador termométrico. La caja estaba casi al rojo en toda su superficie. Cuando Lafferty desvió el láser, la caja se enfrió rápidamente; pero manteniendo la misma temperatura en todos sus puntos.

Un superconductor de calor. Staley silbó en el micrófono de su traje y se preguntó si podría encontrar una muestra más pequeña. Luego intentó utilizar tenazas con la caja, y ésta cedió como sí fuese de lata. Luego salió una capa arrancada por las tenazas. Arrancaron varias más con sus manos, protegidas por los guanteletes.

Era imposible hacer un mapa de la Colmena con sus estrechos y curvados pasadizos. Les era difícil saber dónde estaban; pero fueron dejando señales a su paso y utilizaron instrumentos de rayos protónicos para medir las distancias entre las paredes.

Las paredes de los pasadizos tenían el grosor de una cascara de huevo por el interior. Por el exterior no eran mucho más gruesas. El asteroide colmena no podía haber sido un lugar seguro para vivir.

Pero la pared que había bajo el cráter tenía un espesor de varios metros.

Radiación, pensó Staley. Allí tenía que haber radiación residual. Si no habrían excavado aquella pared lo mismo que las otras, para disponer de más espacio. Se había producido sin duda una disparatada explosión demográfica allí.

Y luego algo los había matado a todos.

Y ahora no había ninguna radiación. ¿Cuánto hacía que había sucedido todo aquello? El lugar estaba cubierto de pequeños agujeros meteoríticos; hileras de agujeros en las paredes. ¿Cuánto haría?

Staley miró pensativo el pequeño y pesado artefacto pajeño que Lafferty y Sohl transportaban manualmente a través del pasadizo. El cimentado de vacío... y la trayectoria de las partículas elementales a través de una cara interna. Eso podría indicar a los científicos civiles de la MacArthur cuánto hacía que estaba abandonado el asteroide colmena; pero él ya sabía una cosa. El asteroide era viejo.

19
La popularidad del Canal Dos

El capellán David Hardy observaba a las miniaturas sólo a través del intercomunicador, porque así no se veía envuelto en las interminables especulaciones sobre lo que eran los pajeños. Era una cuestión de interés científico para Horvath y su gente; pero para el capellán

Hardy significaba algo más que curiosidad intelectual. Su misión era determinar si los pajeños eran humanos. Los científicos de Horvath sólo se preguntaban si eran seres inteligentes.

Por supuesto, la primera cuestión precedía a la otra. Era improbable que Dios hubiese creado seres con almas y sin inteligencia; pero era totalmente imposible que hubiese creado seres inteligentes sin alma, o seres cuya salvación se procesase por medios totalmente distintos a los de la Humanidad. Podrían ser incluso una forma de ángeles, aunque sería difícil imaginar formas más inadecuadas para los ángeles. Hardy sonrió ante la idea y volvió a su estudio de las miniaturas. La pajeña grande dormía.

Las miniaturas tampoco hacían nada interesante en aquel momento. Hardy no tenía necesidad de mantener una observación constante. De cualquier modo todo quedaba holografiado, y, como lingüista de la MacArthur, Hardy sería informado si pasaba algo. Estaba seguro ya de que las miniaturas no eran ni seres inteligentes ni humanos.

Lanzó un profundo suspiro. ¿Qué es el hombre para que te preocupes tanto por él, Señor? Y ¿por qué he de descubrir yo qué lugar ocupan en Tu plan los pajeños? Bueno, eso al menos era algo inmediato y directo. El adivinar el sentido oculto del plan divino es un juego viejo, muy viejo. Sobre el papel él era el hombre más adecuado para la tarea, el mejor sin duda de todo el sector Trans-Saco de Carbón.

Hardy hacía quince años que era sacerdote y doce que era capellán de la Marina, pero sólo ahora empezaba a concebirlo como su profesión. A los treinta y cinco años de edad había sido profesor titular de la Universidad Imperial de Esparta, especialista en idiomas antiguos y modernos y en el esotérico arte llamado arqueología lingüística. El doctor David Hardy había sido bastante feliz estudiando los orígenes de colonias recién descubiertas, perdidas durante siglos. Estudiando sus idiomas y sus palabras para objetos comunes podía determinar de qué zona del espacio procedían los colonos originales. Normalmente podía determinar el planeta e incluso la ciudad.

Lo único que no le gustaba de la universidad eran los estudiantes. No había sido particularmente religioso hasta la muerte de su mujer en un accidente, al estrellarse un vehículo de aterrizaje; entonces, y no estaba seguro aún de cómo había sucedido, el obispo fue a verle, y Hardy meditó mucho sobre su vida... e ingresó en un seminario. Su primera tarea después de ordenarse fue una desastrosa gira como capellán de estudiantes. Fue un fracaso, y se dio cuenta de que no servía para aquello. La Marina necesitaba capellanes, y siempre podía ser más útil un lingüista...

Ahora, a los cincuenta y dos años, estaba allí sentado frente a una pantalla de intercomunicación viendo a unos monstruos de cuatro brazos que jugueteaban con coles. Sobre la mesa había un jeroglífico, y Hardy jugueteaba con él. Domine, non... sum...

- Dignus, por supuesto.

Hardy rió para sí. Exactamente lo que él había dicho cuando el cardenal le encomendó la misión de acompañar a la expedición pajeña.

- Señor, no soy digno...

- Ninguno de nosotros lo es, Hardy -le había dicho el cardenal-. Pero tampoco somos dignos del sacerdocio, y aceptarlo es aún mayor presunción que ir a estudiar a los alienígenas.

- Tenéis razón, señor. -Contempló de nuevo el acertijo. De momento le resultaba más interesante que los alienígenas.

Rod Blaine no habría estado de acuerdo, pero no tenía tantas oportunidades de observar a las juguetonas criaturas como el capellán. Tenía trabajo, pero de momento podía dejarlo. El intercomunicador de su cabina sonó con firmeza, y las miniaturas se desvanecieron sustituyéndolas la cara suave y redondeada de Cargill.

- El doctor Horvath insiste en hablar con usted.

- Póngale en comunicación conmigo -dijo Rod.

Como siempre, los modales de Horvarth eran todo un estudio de cordialidad protocolaria. Horvath debía de estar acostumbrándose a tratar con hombres a los que no podía permitirse detestar.

- Buenos días, capitán. Tenemos las primeras imágenes de la nave alienígena. Pensé que

le gustaría verlas.

- Gracias, doctor. ¿Cuál es la clave?

-Aún no están archivadas. Las tengo aquí.

La imagen se dividió, la cara de Horvath quedó a un lado y al otro apareció una sombra borrosa. Era larga y estrecha, con un extremo más ancho que el otro, y parecía translúcida. El extremo más delgado terminaba en una espina aguzada.

- Conseguimos esta imagen cuando la nave alienígena efectuó un giro. La ampliación y los eliminadores de ruido nos dieron esto, y no tendremos otra cosa mejor hasta que nos encontremos. -Naturalmente, pensó Rod. La nave alienígena tendría ahora el impulsor apuntando hacia la MacArthur.

- La espina probablemente sea el impulsor de fusión pajeño. -Se marcó en la imagen una flecha de luz.

-Y estas formaciones del extremo frontal... Bueno, permítame que le muestre un gráfico de densidad.

El gráfico de densidad mostraba una sombra en forma de lápiz rodeada de una hilera de toroides mucho más ancha y casi invisible.

- ¿Ve? Una masa interna, rígida, utilizada para el despegue. Podemos imaginar lo que hay allí dentro: el motor de fusión, la cámara purificadora de aire y agua para la tripulación. Hemos supuesto que esta sección fue lanzada por aceleración a alta impulsión.

- ¿Y los anillos?

- Tanques de combustible hinchables, creemos. Algunos están vacíos ahora, como puede ver. Quizás los mantengan como espacio vital. Otros, indudablemente, los soltaron.

-Vaya, vaya. -Rod estudió la silueta mientras Horvath le observaba desde el otro lado de la pantalla; por último dijo-: Doctor, esos tanques no podían estar en la nave cuando despegó.

- No. Tuvieron que ser lanzados a su encuentro en la sección central. Sin pasajeros, pudieron darles un empuje mucho más elevado.

- ¿Es un acelerador lineal? Los tanques no parecen metálicos.

- Bueno... no. No parecen metálicos.

- El combustible debe de ser hidrógeno, ¿no? Entonces, ¿cómo pudieron lanzarlo?

- Bueno, no sabemos -Horvarth vaciló otra vez-. Quizás hubiese una zona central metálica. Desprendida también.

- Bueno. Está bien. Gracias.

Tras pensarlo un rato, Rod colocó las imágenes en el intercomunicador. Casi todo pasaba por el intercomunicador, que servía a la vez como biblioteca, centro de diversión y de comunicaciones de la MacArthur. En los intervalos entre alertas, o durante un combate, un canal del intercomunicador podía mostrar... cualquier cosa. Diversiones enlatadas. Torneos de ajedrez. Partidas de ping-pong entre los campeones de cada sección. Una obra de teatro si la tripulación tenía tiempo suficiente... y a veces lo tenía. Cuando se veían obligados a permanecer inmovilizados.

La nave alienígena era lógicamente el principal tema de conversación en la sala de oficiales.

- Se ven sombras en esa especie de buñuelos huecos que tiene -afirmó Sinclair-. Y se mueven.

- Pasajeros. O muebles -dijo Renner-. Lo que significa que al menos esas cuatro secciones primeras las utilizan como espacio vital. Eso quizás signifique que hay un montón de pajeños.

- Sobre todo -dijo Rod, que entraba entonces -si están tan hacinados como en la nave minera. Siéntense caballeros. Sírvanos -añadió, haciendo una señal al camarero.

- Uno por cada hombre a bordo de la MacArthur -dijo Renner-. Y menos mal que hemos adaptado todo ese espacio extra...

Blaine pestañeó. Sinclair miraba como si el siguiente acontecimiento que transmitiese el intercomunicador pudiese provocar una pelea a quince asaltos entre el ingeniero jefe y el primer piloto...

- Sandy, ¿qué piensa de la idea de Horvath? -preguntó Renner-. No me interesa nada su teoría del lanzamiento de globos de combustible con una zona central metálica. ¿No sería mejor colocar en los tanques unos cascos metálicos? Mayor apoyo estructural. A menos que...

- ¿Sí? -dijo Sinclair. Renner no dijo nada.

- ¿De qué se trata, Renner? -preguntó Blaine.

- Nada importante, señor, una idea loca. Tengo que aprender a disciplinar mi mente.

- Suéltelo, señor Renner.

Renner era nuevo en la Marina, pero estaba aprendiendo a identificar aquel tono.

- De acuerdo, señor. Bueno, el hidrógeno es metálico a temperatura y presión adecuadas. Si esos tanques estuviesen realmente presurizados, el hidrógeno transmitiría una corriente... pero se necesitaría el tipo de presiones que existen en el núcleo de un planeta gaseoso gigante.

- ¿Piensa usted realmente, Renner, que...?

- No, por supuesto que no, capitán. Era sólo una idea.

La extraña idea de Renner atosigó a Sandy Sinclair durante la guardia siguiente. Los oficiales de ingeniería no solían hacer guardias en el puente, pero los técnicos de Sinclair acababan de terminar una revisión de los sistemas vitales del puente y Sinclair quería comprobarlo. En vez de mantener a otro oficial de vigilancia con armadura mientras se sometía el puente al vacío, Sandy decidió vigilar él mismo.

Sus reparaciones funcionaban perfectamente, como siempre. Luego, después de quitarse la armadura, Sinclair contempló plácidamente desde su silla de mando a los pajeños. El programa pajeño gozaba de una tremenda popularidad en la nave, dividiéndose la atención entre la pajeña grande del camarote de Crawford y las miniaturas. La pajeña grande acababa de reconstruir la lámpara de su cabina. Ahora daba una luz más roja y más difusa, y la pajeña estaba además reduciendo la longitud de la litera de Crawford para proporcionarse casi un metro cuadrado de espacio de trabajo. Sinclair contempló admirado el trabajo de la pajeña; era muy hábil y tenía una gran seguridad en sí misma. Que discutan lo que quieran los científicos, pensó Sandy; aquel ser era inteligente.

En el Canal Dos jugaban las miniaturas. Tenían más público que la pajeña grande; y Bury, viéndolos a todos contemplar a los pequeños pajeños, sonreía para sí.

El Canal Dos captó la mirada de Sinclair, que apartó la vista de la pajeña grande, y luego súbitamente se incorporó de un salto. Las miniaturas estaban en plena relación sexual.

- ¡Retiren eso del intercomunicador! -ordenó Sinclair. El operador pareció demorarse, pero al fin la pantalla cambió y el Canal Dos quedó en blanco. Momentos después, Renner salió al puente.

- ¿Qué es lo que pasa con el intercomunicador, Sandy? -preguntó.

- No pasa nada -dijo Sinclair ásperamente.

- Sí pasa. El Canal Dos no se ve.

-Así es, señor Renner. Ha sido orden mía. -Sinclair parecía incómodo.

-Y ¿por qué pone objeciones al... programa? -preguntó Renner, sonriendo.

- Bueno, no podemos permitir que exhiban imágenes pornográficas en esta nave... ¡y menos con el capellán a bordo! Por no mencionar a la señorita.

La señorita en cuestión había estado también mirando el Canal Dos, y cuando las imágenes desaparecieron posó la cuchara y abandonó el comedor. Al salir se puso prácticamente a correr, sin hacer caso de las miradas de los que pasaban. Cuando llegó al salón jadeaba... allí seguían aún las miniaturas en flagrante delito. Se colocó al lado de

la jaula y estuvo observándolas casi un minuto. Luego dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

- La última vez que comprobaron, eran las dos hembras. Nadie dijo nada.

- ¡Cambian de sexo! -exclamó-. Apuesto a que es la preñez lo que lo desencadena. Doctor Horvath, ¿qué piensa usted?

- Parece bastante probable -dijo Horvarth lentamente-. En realidad... estoy casi seguro de que el de arriba es la madre del pequeño. -Parecía esforzarse por no tartamudear. Se había

ruborizado mucho.

- Oh, Dios mío -dijo Sally.

Acababa de ocurrírsele en aquel momento qué impresión estaría produciendo allí. Salió rápidamente de la sala en el momento en que desaparecía la imagen del intercomunicador. Llegó sin aliento. Las culturas Trans-Saco de Carbón habían desarrollado casi universalmente una profunda gazmoñería en sus costumbres...

Y ella, una dama imperial, corriendo a ver a dos alienígenas haciendo el amor, como si dijésemos.

Sintió deseos de gritar, de explicar. ¡Es importante! Este cambio de sexo debe de ser común a todos los pajeños. Debe de afectar sin duda a todo su estilo de vida, a su personalidad, su historia. Indica que los jóvenes pajeños se hacen casi independientes con gran rapidez... ¿Estaría ya destetada la cría, o debía la «madre», macho ahora, segregar leche incluso después del cambio de sexo? Esto afecta sin duda a todas las actividades de los pajeños, a todas. Es básico. Por eso me apresuré a...

Pero en vez de eso, se fue. Bruscamente.

20
Vigilancia nocturna

En contra de lo habitual, la sala artillera estaba tranquila. Con tres jóvenes tenientes embutidos entre seis guardiamarinas, solía ser un caos. Potter suspiró feliz al ver que todos dormían salvo Whitbread. Pese a sus burlas, Whitbread era uno de los amigos que Potter tenía a bordo de la MacArthur.

- ¿Cómo está la astronomía? -preguntó suavemente Whitbread; el guardiamarina estaba tendido en su hamaca-. Páseme una botella de cerveza, Gavin, ¿quiere? Potter cogió también otra para él.

-Abajo parece una casa de locos, Jonathon. Pensé que las cosas mejorarían cuando encontrasen Paja Uno, pero no es así.

- Bueno, trazar el mapa de un planeta es para la Marina algo rutinario -dijo Whitbread.

- Puede que sea rutinario para la Marina, pero éste es mi primer viaje en un crucero espacial. He tenido que hacer yo la mayor parte del trabajo, mientras ellos discuten nuevas teorías que no soy capaz de entender. Supongo que usted lo considerará un buen entrenamiento...

- Lo es.

- Gracias. -Potter bebió un trago de cerveza.

-Y tampoco es que sea más divertido. ¿Qué ha conseguido usted hasta ahora?

- Muy poco. Hay una luna, como sabe, así que calcular la masa fue fácil. La gravedad superficial es de unos ochocientos setenta centímetros por segundo al cuadrado.

- Cero ochenta y siete como media. Exactamente lo que acelera la sonda pajeña. Era de esperar, no es ninguna sorpresa.

- Pero sí hay sorpresas en la atmósfera -dijo Potter con insistencia-. Y hemos localizado ya los centros de civilización. Neutrinos, columnas de aire sobre la plantas de fusión, electromagnetismo... están por todas partes, en todos los continentes e incluso en el mar. El planeta está atestado.

Potter decía esto sobrecogido. Estaba acostumbrado a la amplitud de espacio de Nueva Escocia.

- Tenemos también un mapa -continuó-. Estaban terminando un mapa total del planeta cuando me fui. ¿Le gustaría verlo?

- Desde luego.

Whitbread desató la red de su hamaca. Bajaron las dos cubiertas hasta la zona de los científicos. La mayoría de los civiles trabajaban en las zonas de gravedad relativamente alta

próximas a la superficie exterior de la MacArthur, pero dormían más cerca del núcleo central de la nave.

El globo, de unos ciento veinte centímetros, estaba instalado en un pequeño vestíbulo que utilizaba la sección astronómica. Durante los combates el comportamiento lo ocupaban los grupos de control de daños y lo utilizaban para piezas de reparaciones de emergencia. Ahora estaba vacío. Un repiqueteo anunció la última guardia.

Había ya un mapa completo del planeta en el que sólo faltaba el polo sur, y el globo indicaba la inclinación axial del astro. Los telescopios amplificadores de luz de la MacArthur habían proporcionado una imagen muy semejante a la de cualquier planeta tipo Tierra: profundos y variados azules difuminados por escarcha blanca, desiertos rojos y las blancas cimas de las montañas. Las películas se habían tomado en varios períodos y diversas longitudes de onda para que las nubes no oscureciesen demasiado la superficie. Los centros industriales, marcados con una señal dorada, salpicaban el planeta.

Whitbread estudió el mapa cuidadosamente mientras Potter servía café del termo del doctor Buckman. Buckman, por alguna razón, tenía siempre el mejor café de la nave... al menos el mejor al que tenían acceso los guardiamarinas.

- Señor Potter, no sé por qué, pero tengo la impresión de que se parece a Marte.

- No sé por qué será, señor Whitbread. ¿Qué es un Marte?

- El cuarto planeta del Sol. ¿Nunca ha estado usted en Nueva Anápolis?

- Recuerde que yo soy del sector Trans-Saco de Carbón.

- Bueno, ya irá usted allí. Aunque supongo que eliminan parte del entrenamiento en el caso de los reclutas coloniales. Es una lástima. Puede que el capitán consiga arreglárselo. Lo más curioso es la última misión de entrenamiento, cuando te hacen calcular el mínimo de combustible para hacer un aterrizaje de emergencia en Marte, y luego hacerlo con tanques sellados. Hay que utilizar la atmósfera como freno, y como hay muy poca, tiene uno casi que rozar el suelo para conseguir algo.

- Eso parece bastante divertido, señor Whitbread. Lo lamento, pero tengo una cita con el dentista ese día.

Whitbread continuó contemplando el globo mientras bebían el café.

- Me inquieta la idea, Gavin. De veras. Preguntémosle a alguien.

- El teniente Cargill aún está fuera, en la Colmena.

Como primer teniente, Cargill era quien estaba oficialmente al cargo del entrenamiento de los guardiamarinas. Era también paciente con los jóvenes, mientras que otros muchos oficiales no lo eran.

- Puede que esté levantado alguien aún -sugirió Whitbread.

Avanzaron hacia el puente, y vieron a Renner con jabón en la barbilla. No le oyeron maldecir porque tenía que compartir ahora su camarote con otros nueve oficiales. Whitbread explicó su problema.

-Y me parece como si fuese Marte, señor Renner. Pero no sé por qué.

-Yo tampoco -dijo Renner-. Nunca he estado cerca del Sol.

No había motivo alguno para que las naves mercantes pasasen de la órbita de Neptuno, aunque, como hogar original de la Humanidad, el Sol quedaba emplazado en una posición central como punto de comunicación con otros sistemas más prósperos.

- Nunca oí nada bueno sobre Marte. ¿Por qué es importante?

- No lo sé. Probablemente no lo sea.

- Pero usted parece pensar que lo es. Whitbread no contestó.

- Hay algo extraño en Paja Uno, sin embargo. Parece cualquier otro planeta del Imperio, salvo... ¿O será sólo porque sé que está lleno de monstruos alienígenas? Bueno, tengo que tomar un vaso de vino con el capitán dentro de cinco minutos. Permítame que coja mi capote y continúe hacia allí. Se lo preguntaremos.

Renner entró rápidamente en su cabina antes de que Whitbread y Potter pudiesen protestar. Potter miró a su compañero acusadoramente. ¿En qué clase de lío le había metido ahora?

Renner les condujo escaleras abajo a la torre de alta gravedad donde estaba la cabina de control del capitán. Un aburrido soldado que se sentaba a la mesa que había junto a la puerta. Whitbread le reconoció... era del dominio público que el alambique de vacío del sargento Maloney, localizado en algún punto situado delante de la sala de torpedos de estribor, hacía el mejor whisky irlandés de la Flota. A Maloney le interesaba sobre todo la calidad, no la cantidad.

- Bien, que pasen los guardiamarinas -dijo Blaine-. No hay apenas nada que hacer hasta que regrese el transbordador. Entren, caballeros. ¿Vino, café o algo más fuerte?

Whitbread y Potter pidieron jerez, aunque Potter hubiese preferido whisky. Lo bebía desde los once años. Se sentaron en pequeñas sillas plegables que se ajustaban en trinquetes esparcidos alrededor de la cubierta de la cabina de Blaine. Las escotillas de observación estaban abiertas y el Campo de la nave desconectado, de modo que la masa de la MacArthur colgaba sobre ellos. Blaine advirtió las miradas nerviosas de los guardiamarinas y sonrió. A todos les pasaba igual al principio.

- ¿Cuál es el problema? -preguntó Blaine. Whitbread se lo explicó.

- Comprendo, señor Potter. ¿Podría emplazar el globo en mi intercomunicador? Gracias. -Rod estudió la imagen en la pantalla-. Bueno, es un mundo de aspecto normal. Sin embargo, los colores parecen un poco apagados. Las nubes parecen... sucias, diría yo. No es raro. Hay todo tipo de crudos en la atmósfera. Debería usted saber eso, señor Whitbread.

- Sí, señor -Whitbread arrugó la nariz-. Materia sucia.

- Exactamente. Pero es el helio lo que preocupa al señor Buckman. Me pregunto si lo habrá calculado ya. Hace ya varios días... Maldita sea, Whitbread, se parece mucho a Marte. Pero ¿por qué?

Whitbread se encogió de hombros. Ahora lamentaba haber planteado la cuestión.

- Es difícil distinguir los contornos. Siempre lo es.

Con aire ausente Rod llevó su café y su whisky irlandés junto a la pantalla del intercomunicador. Oficialmente no sabía de dónde procedía aquel whisky. Kelley y sus infantes de marina velaban siempre, sin embargo, porque el capitán tuviese cantidad suficiente. A Cziller le gustaba el slivovitz, y esto había puesto a prueba el ingenio de Maloney.

Blaine trazó el perfil de un pequeño mar.

- Es difícil diferenciar la tierra del mar, pero las nubes parecen siempre formaciones permanentes... -trazó el perfil de nuevo-. Ese mar es casi un círculo.

- Sí. Y ése también. -Renner marcó un fino anillo de islas mucho mayores que el mar que Blaine había estudiado-. Y esto... sólo puede verse una parte del arco. -Aquello estaba en tierra, un arco de colinas bajas.

- Son todo círculos -proclamó Blaine-. Lo mismo que en Marte. Ésa es la cuestión. Marte ha estado girando a través del cinturón asteroidal del Sol cuatro millones de años. Pero no hay tantos asteroides en este sistema, y además están todos en los puntos troyanos.

- Señor, ¿no son la mayoría de los círculos un poco más pequeños, en realidad? -preguntó Potter.

- Lo son, señor Potter. Lo son.

- ¿Y qué puede significar eso? -preguntó Whitbread en voz alta, aunque había querido en realidad hablar sólo para sí.

- Otro misterio para Buckman -dijo Blaine-. Le encantará. Ahora, utilicemos el tiempo más constructivamente. Me alegro de que hayan traído consigo a este joven, señor Renner. ¿Saben jugar ustedes dos al bridge?

Sabían, pero Whitbread tuvo una racha de mala suerte. Perdió casi la paga de un día.

El juego terminó con el regreso del transbordador. Cargill fue inmediatamente a la cabina del capitán para hablarle de la expedición. Traía información, estaban descargando un par de mecanismos pajeños incomprensibles en aquel momento en la cubierta hangar, y una plancha rota y retorcida de material metálico dorado que llevaba él mismo en las manos, protegidas con gruesos guantes. Blaine dio las gracias a Renner y a los guardiamarinas por la

partida y éstos entendieron la velada indirecta, aunque a Whitbread le hubiese gustado quedarse.

-Yo me voy a mi litera -dijo Potter-. A menos que...

- ¿Sí? -instó Whitbread.

- ¿No sería un magnífico espectáculo si el señor Crawford fuese ahora a ver su cabina? -dijo Potter maliciosamente. Jonathon Whitbread esbozó una suave sonrisa.

- Lo sería, realmente, señor Potter. Desde luego que sí. ¡Démonos prisa!

Merecía la pena. Los guardiamarinas no estaban solos en las salas de órdenes, fuera de la cubierta hangar, cuando un soldado de comunicaciones, por orden de Whitbread, conectó con el camarote.

Crawford no les desilusionó. Habría cometido xenocidio, el primer crimen de este género en la historia humana, si sus amigos no le hubiesen contenido. Tanto se enfureció que se enteró de ello el capitán, y como resultado Crawford fue directamente de ronda a la guardia siguiente.

Buckman cogió a Potter y se lo llevó al laboratorio de astronomía, seguro de que el joven guardiamarina era el organizador de aquel caos. Le sorprendió agradablemente el trabajo realizado. Le agradó también el café que estaba esperándole. Aquel termo estaba siempre lleno, y Buckman había llegado a acostumbrarse. Sabía que era obra de Horace Bury.

A la media hora de llegar el transbordador, Bury supo de la plancha de metal dorado. Aquello era algo extraño... y, potencialmente, muy valioso. También podían serlo las máquinas pajeñas de aspecto antiguo... ¡Si pudiese tener acceso a la computadora del transbordador! Pero las habitaciones de Nabil no incluían esto.

Después tendrían que tomar café y charlar con Buckman, pero eso podía esperar, desde luego. Y al día siguiente llegaría la nave pajeña. No había duda, iba a ser una expedición muy importante... ¡y la Marina creía estar castigándole por apartarle de sus negocios! Desde luego, no aumentarían los negocios sin la supervisión de Bury, pero el daño no sería muy grave tampoco; y, además, con lo que podría aprender allí, quizás Autonética Imperial se convirtiese en la empresa más poderosa de la Asociación de Comerciantes Imperiales. Si la Marina pensaba que la Asociación les causaba problemas ahora, ya verían lo que iba a ser cuando Horace Bury la controlase... Sonrió levemente para sí. Nabil, al ver sonreír a su amo, se encogió nervioso, intentando pasar desapercibido.

Abajo, en la cubierta hangar, Whitbread se vio obligado a trabajar junto con todos los demás que andaban por allí. Cargill había traído una serie de objetos de la Colmena de Piedra, y tenían que desempaquetarlos. Whitbread fue lo bastante hábil para ofrecerse voluntario como ayudante de Sally antes de que Cargill le diese otro trabajo.

Descargaron esqueletos y momias para el laboratorio de antropología. Eran miniaturas del tamaño de muñecas, muy frágiles, similares a las miniaturas vivas que había en la nave. Otros esqueletos, que según Staley eran muy numerosos en la Colmena, eran similares a la minera pajeña que se alojaba ahora en el camarote de Crawford.

- ¡Vaya! -gritó Sally. Estaba sacando otra momia.

- ¿Qué pasa? -preguntó Whitbread.

- Esta, Jonathon. Es igual que el pajeño de la cápsula. Aunque la inclinación de la frente... pero, claro está, tuvieron que escoger a la persona más inteligente para que hiciera de emisario en Nueva Caledonia. Este es el primer contacto con alienígenas también para ellos.

Había una momia pequeña de cabeza diminuta, sólo un metro de longitud y manos largas y frágiles. Los largos dedos de las tres manos estaban rotos. Había una mano seca que Cargill había encontrado flotando libremente, y que era distinta a lo que habían visto hasta entonces: los huesos fuertes, rectos y gruesos, las articulaciones grandes. ¿Artritis?, se preguntó Sally. La colocaron cuidadosamente y pasaron a la caja siguiente, los restos de un pie que también flotaba libre. Tenía una espina pequeña y aguda en el talón, y la parte delantera del pie era tan dura como el casco de un caballo, muy aguda y afilada, a diferencia de las estructuras de los otros pies de los pajeños.

- ¿Mutaciones? -dijo Sally; se volvió al guardiamarina Staley, que había sido reclutado

Librodot

también para descargar-. ¿Dice usted que la radiación había desaparecido?

- Por completo -contestó Staley-. Pero en otros tiempos tuvo que haber allí una radiación infernal.

- Me pregunto -dijo Sally- de qué época estaremos hablando. ¿Hace miles de años? Dependería de lo limpias que fuesen esas bombas que utilizaron para impulsar el asteroide.

- No había modo de determinarlo -dijo Staley-. Pero el lugar parecía viejo, Sally. Muy viejo. Lo más viejo con que puedo compararlo es la Gran Pirámide de la Tierra. Parecía más viejo aún.

- Bueno -dijo ella-. Pero no hay ninguna prueba, Horst.

- No. Pero aquel lugar era viejo. Lo sé.

El análisis de los hallazgos tendría que esperar. Sólo descargarlos y almacenarlos les llevó hasta bien entrada la primera guardia, y todos estaban cansados. Eran las 0130, tres campanadas en el primer reloj, cuando Sally fue a su cabina y Staley a la sala artillera. Jonathon Whitbread se quedó solo.

Había tomado demasiado café en la cabina del capitán y no estaba cansado. Ya dormiría más tarde. De hecho tenía que hacerlo, pues la nave pajeña se situaría a la altura de la MacArthur durante la guardia de mediodía. Pero eso quedaba a nueve horas de distancia, y Whitbread era joven.

Los pasillos de la MacArthur brillaban con la mitad de las luces de día de la nave. Estaban casi vacíos y las puertas de los camarotes cerradas. Las voces humanas, siempre presentes durante el día de la MacArthur en todos los pasillos, interfiriendo unas con otras hasta el punto de no poder distinguirse ninguna voz aislada, habían dejado paso... al silencio.

Sin embargo, persistía la tensión del día. La MacArthur no volvería a descansar mientras siguiese dentro del sistema alienígena. Y allí fuera, invisible, las pantallas alzadas y la tripulación haciendo guardias dobles, estaba la gran masa cilíndrica de la Lenin. Whitbread pensó en el inmenso cañón láser de la nave de combate: en aquel momento debía de estar apuntando a la MacArthur.

A Whitbread le encantaban las guardias nocturnas. Había espacio para respirar y para estar solo. Había además compañía, los demás miembros de la tripulación de guardia, los científicos que trabajaban hasta muy tarde... Sólo entonces parecía que todos se hubiesen ido a dormir. Bueno, siempre podía mirar a las miniaturas por el intercomunicador, tomar un último trago, leer un poco e irse a dormir después. Lo agradable de la primera guardia era que habría laboratorios desocupados en que sentarse.

La pantalla del intercomunicador siguió en blanco cuando marcó la clave de los pajeños. Whitbread frunció el ceño por un segundo... Luego sonrió y se dirigió hacia la sala de oficiales.

No había duda: Whitbread esperaba encontrar a las dos miniaturas consagradas a sus prácticas sexuales. Después de todo un guardiamarina debía buscarse su propia diversión.

Abrió la puerta... y algo chocó con sus pies y desapareció, un resplandor amarillo y marrón. La familia de Whitbread había tenido perros. Esto le había proporcionado ciertos reflejos. Saltó hacia atrás muy rápido, cerró la puerta de golpe para impedir que saliese algo más, y luego miró hacia el pasillo.

Lo vio claramente un instante antes de que se escabullese en la cocina de la tripulación. Uno de los pequeños pajeños; y su contorno no tenía que ser la cría.

El otro adulto debía de seguir en la sala de oficiales. Whitbread vaciló un instante. Estaba acostumbrado a coger perros siguiéndoles inmediatamente. Estaba en las cocinas... pero no le conocía, no estaba acostumbrado a su voz y, maldita sea, no era un perro. Whitbread frunció el ceño. Aquello no iba a resultar divertido. Acudió al intercomunicador y llamó al oficial de guardia.

- Demonios, John -dijo Crawford-. Está bien, ¿así que dice usted que uno de esos condenados seres sigue aún en la sala de oficiales? ¿Está usted seguro?

- No, señor. En realidad no he mirado dentro. Pero sólo localicé a uno fuera.

- No mire dentro -ordenó Crawford-. Permanezca junto a la puerta y no deje entrar a nadie. Tendré que llamar al capitán.

La idea no le gustaba nada a Crawford. El capitán podía enfadarse si le despertaban sólo por una escapada sin importancia de uno de aquellos animalejos, pero las órdenes decían terminantemente que debía informarse de modo inmediato al capitán de cualquier actividad de los alienígenas.

Blaine era una de esas personas afortunadas que son capaces de despertar inmediatamente sin transición. Escuchó el informe de Crawford.

- Muy bien, Crawford, vaya con un par de soldados a relevar a Whitbread y dígale al guardiamarina que venga. Quiero que me explique lo que vio. Coja otros dos soldados y despierte a los cocineros. Tienen que buscar en las cocinas hasta localizarlo. -Cerró los ojos para pensar-. Mantenga cerrada la sala de oficiales hasta que llegue allí el doctor Horvath.

Apagó el intercomunicador. Debo llamar a Horvath, pensó.

Y debo llamar al almirante. Mejor aplazar eso hasta que sepa lo que ha sucedido. Pero eso podía ser demasiado tiempo. Se puso el capote antes de llamar al Ministro de Ciencias.

- ¿Que se escaparon? ¿Cómo? -exigió Horvath.

El Ministro de Ciencias no era una de esas personas afortunadas. Tenía los ojos enrojecidos, el pelo revuelto. Movía la boca, evidentemente poco satisfecho con su gusto.

- No sabemos -explicó pacientemente Rod-. La cámara estaba desconectada. Uno de los oficiales fue a investigar.

Esto bastará para los científicos, pensó. No permitiré que un puñado de civiles machaquen al muchacho. Si hay que castigarle, lo haré yo mismo.

- Doctor -continuó-, ahorraremos tiempo si baja usted inmediatamente allí.

El pasillo de la sala de oficiales estaba atestado. Horvath vestía una bata de seda roja; había cuatro infantes de marina, y estaban también Leyton, el segundo oficial de guardia, Whitbread y Sally Fowler con bata pero con el pelo recogido y sin huellas de sueño en la cara. Estaban también dos de los cocineros y un oficial de cocina, murmurando todos mientras apartaban cacerolas, buscando al pajeño, mientras otros soldados buscaban también desesperadamente.

- Cerré la puerta de golpe -decía Whitbread- y miré hacia el pasillo. El otro quizás escapase en la otra dirección...

- Pero usted cree que aún sigue ahí dentro.

- Sí, señor.

- Está bien, veamos si podemos entrar ahí sin dejarle salir.

- Capitán... ¿sabe usted si muerden? -preguntó un cabo-. Podríamos dar a los hombres guanteletes.

- No hará falta -aseguró Horvarth-. No han mordido nunca a nadie.

- Está bien, señor dijo el cabo.

- Eso mismo dicen de las ratas colmeneras -murmuró uno de sus hombres, pero nadie le hizo caso.

Seis hombres y una mujer formaban un semicírculo alrededor de Horvath, que se disponía a abrir la puerta. Estaban todos tensos y ceñudos, los soldados con las armas dispuestas, preparados para cualquier cosa. Rod sintió por primera vez grandes deseos de reír. Los reprimió. Por aquel pobre y diminuto ser...

Horvath entró rápidamente. No salió nada.

Esperaron.

- Está bien -dijo el Ministro de Ciencias-. Ya lo veo. Entren, uno a uno. Está debajo de la mesa.

La miniatura les observaba mientras se deslizaban al interior, uno a uno, y la rodeaban. Si estaba esperando una vía de escape, nunca llegó a verla. Cuando se cerró la puerta y siete

hombres y una mujer rodearon su refugio, se rindió. Sally la cogió en brazos.

- Pobrecilla -dijo. La pajeña miró a su alrededor, evidentemente asustada.

Whitbread examinó lo que quedaba de la cámara. Estaba cortocircuitada. Se había mantenido el cortocircuito el tiempo suficiente para que metal y plástico se fundieran y gotearan, dejando un hedor que aún no había eliminado la planta aérea de la MacArthur. También se había fundido, dejando un gran agujero, la alambrada que había detrás de la cámara. Blaine se acercó a examinar el desastre.

- Sally -preguntó-, ¿podrían ser tan inteligentes como para planear esto?

- INo! -respondieron inmediatamente y a coro Sally y Horvath.

- El cerebro es demasiado pequeño -amplió el doctor Horvath.

-Ah -dijo para sí Whitbread. Pero no olvidaba que la cámara estaba dentro de la alambrada.

Llamaron inmediatamente a los técnicos de la sección de telecomunicaciones para que repararan el agujero. Soldaron encima una red nueva, y

Sally volvió a meter a las miniaturas en su jaula. Los técnicos instalaron otra videocámara, que montaron fuera de la red. Nadie hizo ningún comentario. La búsqueda continuó durante toda la guardia. Nadie encontró a la hembra ni a la cría. Intentaron que les ayudase la pajeña grande, pero evidentemente no comprendió lo que le dijeron o no se interesó. Por último, Blaine volvió a su cabina a dormir un par de horas. Cuando despertó aún no habían aparecido las miniaturas.

- Podríamos echar a los hurones tras ellas -sugirió Cargill durante el desayuno en la sala de guardia. Un torpedero tenía un par de roedores del tamaño de gatos y los utilizaba

para mantener libre de ratas y ratones el castillo de proa. Los hurones eran sumamente eficaces en esta tarea.

- Matarían a las pajeñas -protestó Sally-. No son peligrosas. Desde luego, no son más peligrosas que las ratas. ¡No podemos matarlas!

- Si no las encontramos rápidamente, el almirante me matará a mí -gruñó Rod, pero aceptó la objeción. La búsqueda continuaba cuando Blaine acudió al puente.

- Póngame con el almirante -dijo a Staley.

- De acuerdo, señor. -El guardiamarina habló por el circuito de comunicación.

Unos instantes después aparecieron en la pantalla los ásperos rasgos barbudos del almirante Kutuzov. El almirante estaba en su puente, tomando té de un vaso. Rod cayó en la cuenta de que nunca había hablado con Kutuzov sin que éste estuviese en el puente. ¿Cuándo dormía? Blaine informó sobre la desaparición de los pajeños.

- ¿Aún no tiene ni idea de lo que son esas miniaturas, capitán? -preguntó Kutuzov. -Así es, señor. Hay varias teorías. La más popular es que están relacionados con los pajeños lo mismo que los monos con los humanos.

- Eso es interesante, capitán. Supongo que esas teorías explicarán también por qué ese minero llevaba dos monos en su nave. Y por qué llevó dos monos a bordo de la

MacArthur. Nosotros no acostumbramos a llevar monos, ¿verdad, capitán Blaine?

- No, señor.

- La sonda pajeña llegará en tres horas -murmuró Kutuzov-, y las criaturas escaparon la noche pasada. Esta relación me parece interesante, capitán. Creo que esas miniaturas son espías.

- ¿Espías, señor?

- Espías. Le han dicho a usted que no son inteligentes. Quizás sea verdad, pero ¿pueden memorizar? No me parece imposible que puedan. Usted me ha hablado de las habilidades mecánicas de la alienígena grande. Ella ordenó a las miniaturas que devolviesen su reloj al comerciante. Capitán, no puede permitirse bajo ninguna circunstancia que la alienígena adulta establezca contacto con las miniaturas que han escapado. No debe permitírsele a ningún alienígena grande. ¿Ha comprendido?

- Sí, señor...

- ¿Quiere saber el motivo? -preguntó al almirante-. Si hay alguna posibilidad de que

esos seres descubran los secretos del Impulsor y el Campo, capitán...

- Comprendido, señor. Tomaré las medidas necesarias.

-Así lo espero, capitán.

Blaine se quedó un momento contemplando la pantalla en blanco, y luego volvió la vista hacia Cargill.

- Jack, usted viajó una vez con el almirante, ¿verdad? ¿Cómo es realmente por detrás de toda esa imagen legendaria?

Cargill ocupaba un asiento próximo a la silla de mando de Blaine.

-Yo sólo era guardiamarina cuando él era capitán, señor. La relación era demasiado distante. Lo cierto es que todos le respetábamos. Quizás sea el oficial más duro del Cuerpo y no excusa a nadie, y menos aún a sí mismo. Pero si hay que combatir, las posibilidades de regresar con vida son mucho mayores si es el Zar quien está al mando.

- Eso he oído. Ha ganado más combates que ningún otro oficial en servicio; pero, demonios, qué duro es el maldito.

- Desde luego que sí, señor.

Cargill estudió detenidamente a su capitán. No llevaban juntos mucho tiempo, y era más fácil hablar con Blaine de lo que habría sido con un capitán más viejo.

- No ha estado usted nunca en St. Ekaterina, ¿verdad, capitán? -preguntó.

- No.

- Pero tenemos a varios miembros de la tripulación que son de allí. En la Lenin hay más, claro. Hay un porcentaje muy alto de katerinenses en la Marina, capitán. ¿Sabe usted por qué?

- Sólo vagamente.

- Fueron introducidos por los elementos rusos de la antigua flota del Condominio -dijo Cargill-. Cuando la flota del Condominio salió del sistema solar, los rusos establecieron a sus mujeres e hijos en Ekaterina. En las Guerras de Formación sufrieron muchos ataques. Luego comenzaron las Guerras Separatistas, cuando Sauron atacó St. Ekaterina sin previo aviso. St. Ekaterina permaneció leal, pero...

- Como Nueva Escocia -dijo Rod. Cargill asintió con entusiasmo.

- Exactamente, señor. Fanáticos leales al Imperio. Con buenas razones, dada su historia. La única paz que han visto ha sido la impuesta por un Imperio fuerte.

Rod asintió y luego volvió a sus pantallas. Había un medio de hacer feliz al almirante.

- Staley -dijo-. Que el artillero Kelley ordene a todos los infantes de Marina que busquen a los pajeños escapados. Que disparen sobre ellos si es necesario. Si es posible sólo para inmovilizarlos, pero que disparen. Y suelten a esos hurones en la zona de cocinar.

21
Los embajadores

Cuando la nave pajeña hizo su aproximación final, todos los detalles de su estructura quedaron ocultos por el relumbrante propulsor. La MacArthur enfocó sus pantallas sobre ella y, a cien kilómetros de distancia, también la Lenin se puso a observar.

- Todos a sus puestos de combate, señor Staley -ordenó suavemente Blaine.

Staley hizo girar completamente, en el sentido de las agujas del reloj, la gran palanca roja que ahora marcaba Condición Dos. Sonaron las alarmas, y luego un toque de trompeta grabado entonó «¡A las armas!», y sus rápidas notas resonaron por los pasillos de acero.

-ATENCIÓN. ESCUCHEN. TODOS A SUS PUESTOS DE COMBATE. TODOS A SUS PUESTOS DE COMBATE. SITUACIÓN ROJO UNO.

Oficiales y tripulación se apresuraron a ocupar sus puestos: artilleros, torpederos, infantes de marina. Cocineros, personal de limpieza y almaceneros se convirtieron inmediatamente en supervisores de los posibles daños. Cirujanos y personal médico montaron

estaciones sanitarias de emergencia en diversos puntos de la nave. Todo rápida y silenciosamente. Rod se sentía orgulloso. Cziller le había entregado una nave muy bien organizada, y aún seguía estándolo.

- SALA DE COMUNICACIÓN INFORMA SITUACIÓN ROJO UNO -anunció el transmisor del puente.

El tercer piloto comunicó la orden que le transmitió otro miembro de la tripulación, y todos se apresuraron a obedecer; pero no daba ninguna orden propia. Transmitía palabras que podían lanzar a la MacArthur a través del espacio, hacerla disparar su cañón láser, lanzar sus torpedos, atacar o retirarse, e informaba de resultados que Blaine probablemente ya conocería gracias a sus pantallas e instrumentos. No tomaba ninguna iniciativa ni nunca lo haría, pero a través de él se mandaba la nave. Era un robot, sin mente y todopoderoso.

- PUESTOS ARTILLEROS INFORMAN SITUACIÓN ROJO UNO.

- OFICIAL AL MANDO DE LOS INFANTES DE MARINA INFORMA SITUACIÓN ROJO UNO.

- Staley, que los soldados que no tengan que ocupar puestos de vigilancia prosigan la búsqueda de esos alienígenas perdidos -ordenó Blaine.

- Está bien, señor.

- CONTROL DE DAÑOS INFORMA SITUACIÓN ROJO UNO.

La nave pajeña desaceleró hacia la MacArthur; la llama de fusión del propulsor era una llamarada en las pantallas de la nave de combate. Rod miraba nervioso.

- Sandy, ¿qué datos podemos obtener de ese impulsor?

- No desprende demasiado calor, capitán -informó Sinclair por el intercomunicador-. El Campo puede aguantar perfectamente durante veinte minutos o más. Y el calor no se centra, capitán; no habrá puntos calientes.

Blaine asintió. Había llegado a la misma conclusión, pero era prudente comprobar cuándo podía hacerse. Observó que la luz crecía constantemente.

- Parece bastante pacífica -dijo Rod a Renner-. A pesar de que quizás sea una nave de guerra.

- Estoy seguro de que lo es, capitán. -Renner parecía muy tranquilo; aunque los pajeños atacasen, él sería más espectador que participante-. Al menos no han dirigido contra nosotros la llama de su impulsor. Es una cortesía.

- Diablos con la cortesía. Esas llamas se extienden. Algunas caen sobre nuestro Campo Langston, y ellos pueden observar los efectos que producen.

- No había pensado en eso.

- INFANTES DE MARINA INFORMAN DE LA PRESENCIA DE CIVILES EN LOS PASILLOS, CUBIERTA B, MAMPARO VEINTE.

- ¡Maldita sea! -gritó Blaine-. Eso es astronomía. ¡Que despejen esos pasillos!

- Debe de ser Buckman -dijo Renner riendo-. Tendrán problemas para sacarle de allí

- Desde luego. Señor Staley, diga a los soldados que metan a Buckman en su camarote aunque tengan que llevarle a rastras.

Whitbread sonrió. La MacArthur estaba en caída libre, sin giro. ¿Cómo podrían los soldados llevar a rastras al astrofísico?

- SALAS DE TORPEDOS INFORMAN SITUACIÓN ROJO UNO. TORPEDOS ARMADOS Y DISPUESTOS.

- Uno de los jefes de cocina cree haber visto a uno de los pajeños huidos -dijo Staley-. Los soldados van hacia allá.

La nave alienígena se acercó más; su propulsor era un resplandor de un blanco firme. Todo se desarrolla perfectamente, pensó Blaine. La desaceleración se mantenía. Evidentemente ellos confiaban en todo... sus propulsores, sus computadoras, sus sensores...

- SALA DE MOTORES INFORMA SITUACIÓN ROJO UNO. CAMPO A MÁXIMA POTENCIA.

- Los soldados han llevado al doctor Buckman a su camarote -dijo Staley-. Tiene usted al doctor Horvath en el intercomunicador. Quiere quejarse.

- Escúchele usted, Staley. Pero no mucho tiempo.

- SECCIÓN ARTILLERA INFORMA. TODAS LAS BATERÍAS APUNTANDO A LA NAVE ALIENÍGENA.

La MacArthur estaba en situación de alerta total. La tripulación esperaba en su puesto. Todo el equipo no esencial localizado cerca del casco de la nave había sido enviado abajo.

La torre en que estaba la cabina de control de Blaine sobresalía como una protuberancia del casco del crucero. Por razones de gravedad de giro estaba convenientemente situada lejos del eje de la nave, pero en caso de combate era lo primero que sobresalía. La cabina de Blaine era ahora una cascara hueca, y su mesa y el engranaje más importante se había elevado, automáticamente, desde hacía mucho hacia una de las zonas de recreo de gravedad nula.

Todos los compartimentos del núcleo central de la nave estaban atestados, mientras que las cubiertas exteriores estaban vacías, despejadas para permitir a los grupos de control de daños trabajar libremente.

La nave pajeña se aproximaba muy deprisa. Aún no era más que una luz deslumbradora, cuyo propulsor de fusión desprendía un abanico luminoso sobre el Campo Langston de la MacArthur.

- SECCIÓN ARTILLERA INFORMA. NAVE ALIENÍGENA DESACELERANDO A CERO OCHO SIETE CERO GRAVEDADES.

- Ninguna sorpresa -dijo Renner con voz apagada.

La luz se amplió hasta llenar la pantalla... y luego se hizo más difusa. Al instante siguiente la nave alienígena se deslizaba al costado del crucero de combate, y la llama de su impulsor se había apagado.

Era como si la nave hubiese entrado en un muelle invisible prefijado seis días atrás. La nave había quedado en posición de descanso respecto a la MacArthur. Rod vio sombras moverse dentro de los anillos hinchados de su extremo frontal.

Renner lanzó un bufido, y dijo muy alterado:

- ¡Demonios!

- Señor Renner, contrólese.

- Disculpe, señor. Es la hazaña más asombrosa de pilotaje espacial que he visto. Si alguien me lo contase, le llamaría mentiroso. ¿Quiénes se creen que son? -Renner estaba realmente furioso-. Cualquier aprendiz de astrogador que intentase una locura como ésta sería degradado, si es que sobrevivía.

Blaine asintió. El piloto pajeño no había calculado ningún margen de error. Y...

- Estaba equivocado. No puede ser una nave de guerra. Mírela.

- Sí. Es frágil como una mariposa. Podría aplastarla con la mano. Rod caviló un momento y luego dio órdenes.

- Pida voluntarios. Establezca un primer contacto con esa nave, utilizando sólo un taxi sin armas. Y... mantenga Situación Rojo Uno.

Hubo muchos voluntarios.

Uno de ellos fue el guardiamarina Whitbread. Y Whitbread ya había hecho lo mismo antes.

Ahora esperaba en el taxi. Observaba cómo las puertas del hangar se desplegaban a través de su placa facial plástica polarizada.

Había hecho aquello antes. La minera pajeña no le había matado. El negror se agitó. Súbitas estrellas aparecieron a través de un vacío del Campo Langston.

- Es bastante grande -dijo la voz de Cargill en su oído derecho-. Puede usted salir ya, señor Whitbread. Deprisa.

Whitbread accionó los racimos impulsores. El taxi se elevó, pasó flotando a través de la abertura y llegó a un espacio estrellado en el que se divisaba a lo lejos el resplandor del Ojo de Murcheson. Tras él se cerró el Campo Langston. Whitbread quedaba aislado allí fuera.

La MacArthur era una zona claramente delimitada de negror sobrenatural. Whitbread la

rodeó tranquilamente. Brilló la Paja sobre el borde negro; luego apareció la nave alienígena.

Whitbread avanzaba lento. La nave iba creciendo poco a poco. Su núcleo central era delgado como una lanza. En sus costados aparecían indicaciones funcionales: las cubiertas de las escotillas, las antenas. Cerca del punto central destacaba un cuadrado negro y único: posiblemente la superficie de un radiador.

Dentro de los anchos anillos translúcidos que rodeaban el extremo frontal Whitbread veía moverse formas. Se perfilaban con claridad suficiente para despertar su horror; sombras vagamente humanas pero retorcidas hasta la irrealidad.

Cuatro toroides, y sombras dentro de todos ellos. Whitbread informó:

- Están utilizando todos sus tanques de combustible como espacio vital. No podrán volver a casa sin nuestra ayuda.

- ¿Está usted seguro? -preguntó el capitán.

- Lo estoy, señor. Quizás haya un tanque interior, pero no puede ser muy grande.

Ya casi había llegado a la nave alienígena. Paró suavemente en el costado de los tanques de combustible habitados. Abrió la puerta de su cámara neumática.

Inmediatamente se abrió una puerta junto al extremo frontal del núcleo metálico central de la nave alienígena. Un pajeño apareció en la abertura oval; llevaba un sobre transparente. El alienígena esperaba.

- Solicito permiso para abandonar el... -dijo Whitbread.

- Concedido. Informe siempre que lo juzgue oportuno. Por lo demás, utilice su propio criterio. Los soldados están preparados, Whitbread, así que no pida ayuda a menos que realmente la necesite. Llegarán muy rápido. Buena suerte.

Cuando la voz de Cargill se esfumó, volvió la del capitán.

- No corra ningún riesgo grave, Whitbread. Recuerde que queremos que vuelva a informar.

- De acuerdo, capitán.

El pajeño se apartó grácilmente al aproximarse Whitbread a la cámara neumática. Quedó cómicamente en el vacío, con su gran mano izquierda sujeta a un anillo que sobresalía del casco.

- Hay materiales que sobresalen por todas partes -dijo Whitbread por su micrófono-. Esta nave no pudieron lanzarla desde el interior de una atmósfera.

Se detuvo en la abertura oval y saludó al alienígena que sonreía cortésmente. Sólo a medias fue sardónica su protocolaria pregunta:

- ¿Me permite subir a bordo?

El alienígena se dobló por la cintura... ¿o era un cabeceo exagerado? La articulación de la espalda quedaba por debajo de los hombros. Señaló hacia la nave con los dos brazos derechos.

La cámara neumática era del tamaño adecuado para el pajeño. Whitbread vio tres botones empotrados en una red de flámulas de plata. Circuitos. El pajeño advirtió su admiración, luego se adelantó pulsando primero uno, luego otro.

La cámara se cerró tras ellos.

La Mediadora permanecía en el vacío, esperando a que la escotilla realizase su ciclo, asombrada de la extraña estructura del intruso, su simetría, la extraña articulación de sus huesos. Desde luego aquel ser no estaba relacionado con las formas de vida conocidas. Y su nave había aparecido en lo que para la Mediadora era el punto de Eddie el Loco.

La Mediadora estaba aún más asombrada de su fracaso al intentar accionar el circuito de la escotilla sin ayuda.

Aquel ser venía sin duda como Mediador. Tenía que ser una criatura inteligente. ¿O enviarían primero a un animal? No, no harían eso. Sería un terrible insulto a cualquier cultura.

La escotilla se abrió. La Mediadora penetró y activó el ciclo. El intruso esperaba en el pasillo, tapándolo como un corcho una botella. La Mediadora se quitó lentamente su cobertura depresión, quedando desnuda. Siendo alienígena, aquella criatura podría fácilmente suponerla un Guerrero. Debía convencerla de que estaba desarmada.

La condujo hacia las secciones hinchadas, más espaciosas. Aquella criatura grande y torpe se movía con dificultad. No se adaptaba bien a la caída libre. Se detenía para atisbar por los paneles-ventanas de las secciones de la nave, y examinaba mecanismos que los Marrones habían instalado en el pasillo. ¿Por qué haría eso un ser inteligente?

A la Mediadora le habría gustado remolcar a la criatura, pero ésta quizás pudiese interpretarlo como un ataque. Y eso debía evitarlo a toda costa.

De momento la trataría como a un Amo.

Había una cámara de aceleración: veintiséis retorcidas literas dispuestas en tres columnas, todas similares en apariencia a la litera transformada de Crawford; sin embargo no eran idénticas. El pajeño seguía avanzando delante de él, grácil como un delfín. Su piel era una compleja estructura de curvadas fajas marrones y blancas, salpicadas de cuatro matas de tupido pelo blanco en el pubis y en los sobacos. A Whitbread le parecía una criatura hermosa. Ahora se había detenido para esperar por él... con impaciencia, pensó Whitbread.

Intentó no pensar hasta qué punto estaba atrapado. El pasillo, a oscuras, resultaba claustrofóbicamente estrecho. Miró una hilera de tanques conectados por bombas, posiblemente un sistema de refrigeración del combustible de hidrógeno. Se comunicaría con aquel tanque negro exterior.

La luz iluminó al pajeño.

Era una gran abertura, grande incluso para Whitbread. Tras ella: luz solar difusa, como la de una tormenta. Whitbread siguió al pajeño hacia lo que tenía que ser uno de los toroides. Se vio inmediatamente rodeado de alienígenas.

Eran todos idénticos. Los colores del pelo, aparentemente caprichosos, se repetían en todos ellos. Por lo menos una docena de caras ladeadas y sonrientes le rodearon a cortés distancia. Hablaban entre sí con voces rápidas y vibrantes.

De pronto la charla se interrumpió. Uno de los pajeños se aproximó a Whitbread y le habló con varias frases cortas que debían de ser idiomas distintos, aunque para Whitbread nada significaba ninguna de ellas.

Whitbread se encogió de hombros, ostentosamente, agitando las manos.

El pajeño repitió el gesto, instantáneamente, con increíble exactitud. Whitbread se elevó. Braceó desesperadamente en caída libre, cacareando como un pollo. Blaine habló en su oído, con voz serena y metálica:

- Está bien, Whitbread, todos se están riendo también aquí. El asunto es...

- ¡Oh, no! Señor, ¿estoy otra vez en el intercomunicador?

- Lo importante es lo que puedan pensar los pajeños que está haciendo usted, señor Whitbread.

- Está bien, señor. Lo hice sin darme cuenta. -Whitbread se había calmado-. Es el momento de mi strip-tease, capitán. Por favor, apague ese intercomunicador...

El indicador de su barbilla estaba en amarillo, por supuesto. Veneno lento; pero esta vez no iba a respirarlo. Inspiró profundamente y levantó su casco. Reteniendo la respiración, cogió el mecanismo respiratorio de la sección exterior de su traje y se ajustó la boquilla entre los dientes. Abrió la espita de aire; funcionaba.

Lentamente, empezó a desvestirse. Primero se quitó la cubierta general que contenía la instalación electrónica y los instrumentos de apoyo. Luego desabotonó las cintas protectoras de las cremalleras y abrió la tupida tela del traje de presión propiamente dicho. Las cremalleras corrían a lo largo de cada uno de los miembros y del pecho; sin ellas costaría horas entrar y salir de un traje, que parecía una media que cubriese todo el cuerpo o unos leotardos. Las fibras elásticas se adaptaban a cada curva de su musculatura, y así había de ser para que no explotase en el vacío; con su auxilio, su propia piel era en cierto modo su traje de presión, y sus glándulas sudoríparas el sistema regulador de temperatura.

Los tanques flotaban libres frente a él mientras se afanaba con el traje. Los pajeños se movían lentamente, y uno de ellos -marrón, sin fajas, idéntico a la minera que estaba a bordo de la MacArthur- se acercó a ayudarle.

Utilizó un instrumento de su caja de herramientas para fijar el casco a la pared de

plástico translúcido. Sorprendentemente, no pudo hacerlo. El pajeño marrón advirtió instantáneamente sus dificultades. Él (o ella o ello) sacó un tubo de algún material desconocido y frotó con él el casco de Whitbread; tras esto pudo fijarlo. Jonathon dirigió la cámara hacia él, y fijó el resto de su traje al lado.

Los humanos se habrían alineado con las cabezas en la misma dirección, como si hubiesen de definir una ruta hacia arriba antes de poder hablar cómodamente. Los pajeños estaban situados en todos los ángulos. Evidentemente no les importaba gran cosa la posición. Esperaban, sonriendo.

Whitbread se quitó el resto de su traje, hasta quedar sin nada.

Los pajeños se acercaron a examinarle.

El Marrón destacaba entre todos los demás. Era más bajo que los otros, con las manos algo más grandes, y tenía algo extraño en la cabeza; a Whitbread le parecía exactamente igual que la minera. Los otros se parecían al que había muerto en la sonda de vela de luz pajeña.

El Marrón examinaba ahora su traje, parecía hurgar en la caja de herramientas; pero los demás examinaban detenidamente a Whitbread, tanteando su musculatura y localizando las articulaciones de su cuerpo, buscando puntos donde la presión provocase reflejos.

Dos examinaron sus dientes, que Whitbread mantenía firmemente apretados. Otros rastrearon sus huesos con los dedos; sus costillas, su espina dorsal, el contorno del cráneo, la pelvis, los huesos de los pies. Palparon sus manos y movieron los dedos en sentidos distintos a su articulación normal. Aunque actuaban con bastante delicadeza, resultaba desagradable.

Su charla aumentó de volumen. Algunos de los sonidos eran tan agudos que resultaban casi chillidos y silbidos inaudibles, pero tras ellos había tonos melodiosos de intensidad media. Parecían repetir constantemente una frase en tono agudo. Luego se situaron todos detrás de él, mostrándose unos a otros el perfil de su columna vertebral. La columna vertebral de Whitbread parecía interesarles mucho. Un pajeño le hizo una señal, cerrando un ojo inclinándose luego hacia adelante y hacia atrás. Las articulaciones restallaron como si tuviese rota la espalda en dos puntos. A Whitbread le resultaba incómodo ver aquello, pero entendió la idea. Se encogió en posición fetal, se incorporó y se encogió de nuevo. Una docena de pequeñas manos alienígenas tantearon su espalda.

De pronto retrocedieron. Uno se aproximó y pareció invitarle a explorar su propia anatomía. Whitbread hizo un gesto negativo con la cabeza y apartó ostentosamente la vista. Aquello era para los científicos.

Recogió su casco y habló por el micrófono.

- Preparado para informar, señor. No estoy seguro de lo que debo hacer ahora. ¿Debo intentar llevar conmigo a la MacArthur a algunos de ellos? La voz del capitán Blaine parecía tensa.

- Desde luego que no. ¿Puede usted salir de su nave?

- Puedo, señor, si tengo que hacerlo.

- Preferiríamos que lo hiciese. Informe por una línea segura, Whitbread.

- De acuerdo, señor.

Jonathon hizo una señal a los pajeños, indicando su casco y luego la cámara neumática. El que le había conducido hasta allí asintió. Whitbread se colocó de nuevo el traje con ayuda del Marrón, ajustó las cremalleras y fijó su casco. Un Marrón-y-blanco le condujo hasta la cámara neumática.

No había ningún lugar conveniente fuera para fijar la línea de seguridad, pero después de una ojeada su acompañante pajeño fijó un gancho en la superficie de la nave. Aquel gancho no parecía esencial. Jonathon se preguntó qué podría ser. Luego frunció el ceño. ¿Dónde estaba el anillo en que se apoyó el pajeño cuando Whitbread penetró en la nave? Había desaparecido. ¿Por qué?

Bueno, la MacArthur estaba cerca. Si se rompía el gancho podrían salir a cogerle. Cautelosamente se separó de la nave pajeña hasta colgar en el espacio vacío. Utilizó el visor de su casco para alinearse exactamente con las antenas que sobresalían de la superficie totalmente negra de la MacArthur. Luego tocó con la lengua el mecanismo de seguridad.

Un fino rayo de luz concentrada brotó de su casco. Brotó otro de la MacArthur, tras el suyo, y fue a dar en un pequeño receptáculo instalado en el casco. El anillo que rodeaba aquel receptáculo permanecía en la oscuridad; si la luz se desbordaba, el sistema de control que había en la MacArthur la corregiría; si la luz alcanzaba un tercer anillo que rodeaba las antenas receptoras de Whitbread, cortaría totalmente la comunicación.

- Seguro, señor -informó. Dejó que una nota irritada pero desconcertada asomara en su voz. Después de todo, pensó, tengo derecho a una pequeña manifestación de mis opiniones.

Blaine contestó inmediatamente.

- Señor Whitbread, la razón de esta medida de seguridad no es hacerle sentirse incómodo. Los pajeños aún no entienden nuestro idioma, pero pueden hacer grabaciones; luego acabarán entendiendo el ánglico. ¿Me comprende?

- Sí, señor, perfectamente. -Demonios, el capitán es previsor.

- Bueno, señor Whitbread, no podemos permitir que ningún pajeño suba a bordo de la MacArthur hasta que quede resuelto el problema de las miniaturas, y no podemos permitir que los pajeños sepan que tenemos este problema. ¿Ha comprendido?

- Perfectamente, señor.

- Muy bien. Voy a enviar a un equipo de científicos a su encuentro... ahora que ha roto usted el hielo, como si dijésemos. Por cierto, le felicito. Antes de que envíe a los científicos, ¿quiere usted hacer algún comentario?

- Bueno. Sí, señor. Primero, que hay dos pequeños a bordo. Los vi colgados a la espalda de dos adultos. Son mayores que las miniaturas y del mismo color que los adultos.

- Más prueba de sus propósitos pacíficos -dijo Blaine-. ¿Qué más?

- Bueno, no tuve oportunidad de contarlos, pero debe de haber unos veintitrés Marrones-y-blancos y dos Marrones como la minera del asteroide. Los dos niños estaban con los Marrones. No sé por qué.

- Pronto podremos preguntárselo. De acuerdo, Whitbread, ahora enviaremos a los científicos. Ellos ocuparán el transbordador. Renner, ¿me escucha?

- Le escucho, señor.

- Establezca un rumbo. Quiero que la MacArthur se sitúe a cincuenta kilómetros de la nave pajeña. No sé lo que harán los pajeños cuando nos acerquemos, pero el transbordador estará allí antes.

- ¿Vamos a poner en marcha la nave, señor? -preguntó Renner incrédulo. Whitbread sintió ganas de reír, pero se contuvo.

- Sí.

Nadie dijo nada durante largo rato.

- Está bien -capituló Blaine-. Lo explicaré. El almirante está muy preocupado por las miniaturas. Cree que podrían comunicarse con esa nave. Tenemos orden de no dar a las miniaturas huidas oportunidad de comunicarse con un pajeño adulto, y está muy cerca un klick.

Hubo más silencio.

-Eso es todo, señores. Gracias, señor Whitbread -dijo Rod-. Señor Staley, informe al doctor Hardy de que puede subir a bordo del transbordador cuando quiera.

Bueno, ya está, pensó el capellán Hardy. Era un hombre grueso y lento, de ojos soñadores, y pelo rojizo que empezaba a encanecer. Salvo los domingos, que salía a celebrar los oficios religiosos, se había mantenido voluntariamente encerrado en su camarote durante la mayor parte del viaje.

No es que David Hardy fuese antipático. Cualquiera podía ir a su camarote a tomar café, a echar un trago, a jugar al ajedrez o a charlar; lo hacían muchos. Simplemente le desagradaba la gente en gran número. Era incapaz de comunicarse con los demás en un grupo grande.

Conservaba también su inclinación profesional a no discutir su trabajo con aficionados y a no publicar resultados hasta tener pruebas suficientes. Esto, se decía, sería imposible ahora. Y ¿qué eran los alienígenas? Desde luego eran seres inteligentes. Y desde luego ocupaban un puesto en el plan divino del universo. Pero ¿cuál?

Varios miembros de la tripulación trasladaron el equipo de Hardy al transbordador. Una biblioteca de cintas grabadas, libros para niños, obras de referencia (no muchas, pues la computadora del transbordador podía utilizar la biblioteca de la nave; pero a David aún le gustaban los libros, por muy poco prácticos que fuesen). Había más equipo: dos pantallas de proyección de transductores de sonido, registros de tono, filtros electrónicos para moldear sonidos orales, para elevar o bajar el tono, y para cambiar el timbre y la fase. Había intentado cargar él mismo los instrumentos, pero el primer teniente Cargill le había convencido de que no lo hiciese. Los infantes de marina eran especialistas en aquella tarea, y las preocupaciones de Hardy por el posible deterioro no eran nada comparadas con las suyas; si rompían algo tenían que vérselas con Kelley.

Hardy se encontró con Sally en la cámara neumática. Tampoco ella viajaba con las manos vacías. Por su gusto, se lo habría llevado todo, hasta los huesos de las momias de la Colmena de Piedra; pero el capitán sólo le permitía llevar holografías, e incluso éstas quedarían ocultas hasta que pudiese determinarse la actitud de los pajeños hacia los ladrones de tumbas. Por la descripción que Cargill había hecho de la Colmena, los pajeños no tenían costumbres funerarias especiales, pero eso era absurdo. Todo el mundo tenía costumbres funerarias, hasta los humanos más primitivos.

Tampoco podía disponer de la minera pajeña, ni de la miniatura que quedaba, que se había hecho hembra de nuevo. Y los hurones y los infantes de marina seguían buscando a la otra miniatura y a la cría (y, ¿por qué se había escapado con la otra miniatura y no con su madre?). Sally se preguntaba si el escándalo que había organizado por las órdenes que había dado Rod a los infantes de marina sería la causa de que hubiese podido conseguir tan fácilmente un puesto en el transbordador. Sabía que no estaba siendo realmente justa con Rod. Rod cumplía órdenes del almirante. ¡Pero era un error! Las miniaturas no iban a hacer daño a nadie. Se necesitaba ser un paranoico para temerlas.

Siguió al capellán Hardy al interior del transbordador. El doctor Horvath estaba ya allí. Ellos tres serían los primeros científicos que subirían a bordo de la nave alienígena, y Sally estaba emocionada. ¡Había tanto que aprender!

Una antropóloga (se consideraba ya plenamente cualificada y, desde luego, nadie podría discutírselo), un lingüista y Horvath, que había sido un físico muy competente antes de incorporarse a la administración. Era el único del grupo que no tenía utilidad, pero su cargo le permitía ocupar aquel puesto si lo exigía. Sally no creía que esto pudiese aplicarse también a ella, aunque sí lo creyesen la mitad de los científicos que iban a bordo de la MacArthur.

Tres científicos, un piloto, dos técnicos espaciales expertos y Jonathon Whitbread. Ningún soldado y ningún arma a bordo. La emoción casi disolvía el miedo que brotaba de un punto indeterminado de su interior. Por supuesto, tenían que ir desarmados; pero aun así se habría sentido mejor si hubiese ido también Rod Blaine. Y eso era imposible.

Luego habría más gente en el transbordador. Buckman con un millón de preguntas después de que Hardy resolvió el problema de la comunicación. Los biólogos tenían que ir forzosamente. Un oficial de la Marina, probablemente Crawford, para estudiar las armas pajeñas. Un oficial de ingeniería. Cualquiera, salvo el capitán. Era improbable que Kutuzov permitiese a Rod Blaine abandonar su nave para ir a comprobar si eran o no pacíficos los pajeños.

De pronto Sally sintió nostalgia. Su hogar estaba en Esparta, en Charing Cióse, a unos minutos de la Capital. Esparta era el centro de la civilización; pero ella parecía estar viviendo en una serie de vehículos espaciales de tamaño decreciente, con el campo de concentración como un intermedio para dar mayor variedad al espectáculo. Al licenciarse en la Universidad había tomado una decisión: sería una persona, no un simple adorno, especialmente si se trataba del hombre adecuado, aunque... No. Ella debía ser la mujer de sí misma.

Había un sillón de choque y un tablero de instrumentos circular a un lado de la sala del transbordador. Era el puente de control de fuego. Pero había también sofás y mesas abatibles para juegos y para comer.

- ¿Ha recorrido usted esta nave? -le preguntaba Horvath.

- Perdone, ¿qué decía?

- Le decía si había recorrido usted esta nave. Hay emplazamientos de cañones por todas partes. Los han retirado, pero han dejado suficientes pruebas de que había armas. Lo mismo digo de los torpedos. No están, pero aún siguen ahí las rampas de lanzamiento. ¿Que clase de nave embajadora es ésta?

Hardy salió de un ensueño privado.

- ¿Qué habría hecho usted si hubiese sido el capitán?

- Habría utilizado un vehículo desarmado.

- No hay -contestó suavemente Hardy-. No hay ninguno que pueda hacer esta misión, y lo sabría usted si hubiese recorrido la cubierta hangar.

La capilla estaba en la cubierta hangar, y Horvath no había asistido a ninguna ceremonia religiosa. Eso era cuestión suya, pero no tenía nada de malo recordárselo.

- ¡Pero está tan claro que se trata de una nave de guerra desmantelada! Hardy asintió.

- Los pajeños descubrirán nuestro terrible secreto tarde o temprano.

Somos una especie guerrera, Anthony. Es algo que forma parte de nuestra naturaleza. Aun así, llegamos en una nave de combate totalmente desarmada. ¿No cree que eso es un mensaje significativo para los pajeños?

- ¡Pero esto es tan importante para el Imperio!

David Hardy asintió con un gesto. El Ministro de Ciencias tenía razón, aunque el capellán sospechaba que por motivos equivocados.

Hubo un leve ronroneo y el transbordador inició su viaje. Rod observaba desde las pantallas del puente y sentía una gran frustración. En cuanto el transbordador se situase junto a la nave pajeña, una de las baterías de Crawford apuntaría hacia él... y Sally Fowler iba a bordo de la frágil y desarmada embarcación.

El plan original era que los pajeños subiesen a la MacArthur, pero mientras no encontrasen a las miniaturas eso era imposible. Rod se alegraba de que su nave no tuviese que hospedar a los alienígenas. Estoy aprendiendo a pensar como un paranoico, se dijo. Como el almirante.

Por el momento seguía sin haber rastro alguno de las miniaturas, Sally no hablaba con él, y todo el mundo parecía nervioso.

- Dispuesto a hacerme cargo, capitán -dijo Renner-. Le relevaré, señor.

- Está bien. Adelante, piloto jefe.

Sonaron las alarmas de aceleración, y la MacArthur se alejó suavemente de la nave alienígena... y también del transbordador, y de Sally.

22
Juegos de palabras

La ducha: una bolsa plástica de agua jabonosa con un joven dentro; el cuello de la bolsa sellado alrededor del cuello del hombre. Whitbread utilizaba un cepillo de mango muy largo para rascarse en donde le picara, y le picaba por todas partes. Resultaba placentero estirar y encoger los músculos. ¡Era tan pequeña la nave pajeña! ¡Tan claustrofóbica!

Una vez limpio se reunió con los demás en la sala.

El capellán, Horvath y Sally Fowler, todos con zapatillas de caída de suela rígida, todos alineados hacia arriba. Whitbread nunca se había fijado antes en aquello.

- Señor Ministro de Ciencias, me pongo a sus órdenes.

- Está bien, señor... Whitbread. -Se alejó. Parecía preocupado e inquieto. Todos lo parecían.

Habló el capellán, laboriosamente.

-Ya ve, ninguno sabemos realmente qué hacer. Nunca se ha establecido contacto con alienígenas.

- Son muy cordiales. Quieren hablar -dijo Whitbread.

-Vaya, eso me pone en un apuro, aunque sea positivo. -El capellán lanzó una nerviosa carcajada-. ¿Cómo es su nave, Whitbread?

Intentó explicárselo. Muy estrecha hasta que se llega a los toroides plásticos... frágil... es inútil intentar distinguir o diferenciar a los pajeños, salvo los Marrones, que son algo distintos de los Marrones-y-blancos...

-Van desarmados -les dijo-. Estuve tres horas explorando la nave. No había a bordo ningún lugar en que pudiesen esconder armas grandes.

- ¿Tuvo usted la impresión de que intentaban ocultarle algo?

- No...

- No parece usted muy seguro -dijo rápidamente Horvath.

- Bueno, no es eso, señor. Es que estaba recordando en este momento la sala de herramientas. Entramos en una sala que era todo herramientas: paredes, techo y suelo. En un par de paredes había cosas normales: brocas manuales, sierras de extraños mangos, tornillos y destornilladores. Cosas que yo podía reconocer. Y clavos y lo que me pareció un martillo con una gran cabeza lisa. Todo aquello parecía el taller del sótano de un aficionado a la mecánica. Pero también había cosas realmente complejas; cosas que no pude descubrir para qué servían.

La nave alienígena flotaba fuera, frente a la escotilla frontal. Dentro de ella se movían formas no humanas. Sally las observaba también... pero Horvath dijo secamente:

- Decía usted que los alienígenas no le conducían.

- No creo que pretendieran ocultarme nada. Estoy seguro de que fui yo quien se dirigió a la sala de herramientas. No sé por qué, pero creo que era una prueba de inteligencia. Si lo era, fracasé.

- El único pajeño -dijo el capellán Hardy- al que hemos interrogado hasta ahora no comprende siquiera los gestos más simples. Ahora me dice usted que los pajeños han estado haciéndole pruebas de inteligencia...

- E interpretando gestos. Tienen una facilidad asombrosa para comprenderlos, de veras. Son distintos. Ya vio usted las imágenes. Hardy se acarició el pelo rojizo.

- ¿Las de la cámara de su casco? Sí, Jonathon. Creo que estamos tratando con dos tipos distintos de pajeños. Uno es un sabio idiota y no habla. Los otros... hablan-concluyó torpemente; se dio cuenta de que estaba jugueteando con su pelo y lo alisó de nuevo-. Pero será difícil aprender a contestarles.

Whitbread comprendió que todos temían el encuentro, y sobre todo Sally. E incluso el capellán Hardy, que nunca se inquietaba por nada. Todos temían aquel primer contacto.

- ¿Alguna impresión más? -preguntó Horvath.

- Sigo pensando que la nave estaba diseñada para caída libre. Hay puntos de fijación en toda ella. Y también muebles hinchables. Y hay pequeños pasadizos unidos a los toroides, de la misma anchura que ellos. Con aceleración deben de ser como trampillas abiertas sin salida.

- Es extraño -musitó Horvath-. La nave estaba bajo aceleración hasta hace cuatro horas.

- Exactamente, señor. Las uniones deben de ser nuevas.

Esta idea asaltó de pronto a Whitbread. Aquellas uniones tenían que ser nuevas...

- Pero eso nos explica aún más -dijo quedamente el capellán Hardy-. Y dice usted que los muebles están situados en todos los ángulos. Todos vimos que los pajeños no se preocupaban de cuál era su orientación cuando hablaban con usted. Como si estuviesen extrañamente adaptados a la caída libre. Como si hubiesen evolucionado en ella...

- Pero eso es imposible -protestó Sally-. Imposible, pero... ¡Tiene usted razón, doctor Hardy! Los humanos siempre se orientan. ¡Incluso los veteranos que han pasado toda su vida en el espacio! Pero nadie puede evolucionar en caída libre.

- Una raza lo suficientemente vieja podría -dijo Hardy-. Y tenemos esos brazos asimétricos. ¿Progreso evolutivo? Es conveniente tener en cuenta esta teoría cuando hablemos con los pajeños. -Si podemos hablar con ellos, añadió para sí.

- Lo que más les extrañó fue mi columna vertebral -dijo Whitbread-. Como si no hubiesen visto nunca una. -Se detuvo-. No sé si se lo han dicho. Me desnudé para que me

vieran. Me parecía justo que ellos... supieran con quién trataban -No podía mirar a Sally.

- No me río -dijo ella-. Tendré que hacer lo mismo.

Whitbread dio un respingo.

- ¿Cómo?

Sally eligió cuidadosamente las palabras; tengo que recordar las costumbres provincianas, se dijo. No alzó la vista de la cubierta.

- No creo que el capitán Blaine y el almirante Kutuzov pretendan ocultar a los pajeños la existencia de dos sexos entre los humanos. Tienen derecho a saber cómo estamos hechos, y yo soy la única mujer a bordo de la MacArthur.

- ¡Pero es usted la sobrina del senador Fowler! Sally no sonrió al oír esto.

- No se lo diremos. -Se levantó inmediatamente-. Piloto Lafferty, partiremos ya. Se volvió, de nuevo la dama imperial, y por el gesto que hizo no parecía que estuviese en caída libre.

- Jonathon -dijo-, le agradezco su interés. Capellán, debe reunirse conmigo en cuanto le llamen -y con esto, se fue. Mucho después, Whitbread dijo:

- Me preguntaba por qué estábamos todos tan nerviosos. Y Horvath, sin mirarle, dijo:

- Ella insistió.

Sally llamó al transbordador cuando llegó. El mismo pajeño que había recibido a Whitbread u otro idéntico la ayudó a subir a bordo cortésmente.

Una cámara del taxi recogió esto e hizo inclinarse profundamente hacia adelante al capellán.

- Ese gesto que hizo parece de usted, Whitbread. Es un excelente imitador. Sally volvió a llamar unos minutos después. Estaba en uno de los toroides.

- Estoy rodeada de pajeños. Muchos de ellos llevan instrumentos. De tamaño manual,

Jonathon...

- La mayoría no tenían nada en la mano. ¿Cómo son esos instrumentos?

- Bueno, uno parece una cámara a medio desmontar y otro tiene una pantalla como la de un osciloscopio -hubo una pausa-. Bueno, llegó el momento...

Durante veinte minutos no supieron nada de Sally Fowler. Los tres hombres esperaron con los ojos fijos en la pantalla vacía del intercomunicador.

Por fin sonó áspera la voz de Sally.

- Muy bien, caballeros, pueden venir ustedes ya.

- De acuerdo -dijo Hardy, soltándose y flotando en un lento arco hacia la cámara neumática del transbordador. Su tono era también áspero pero aliviado. La espera había terminado.

Alrededor de Rod había el movimiento habitual del puente; los científicos observaban las principales pantallas visuales, los oficiales controlaban los movimientos de la MacArthur. Para mantener a los tripulantes ocupados Rod había ordenado al guardiamarina Staley que realizase un simulacro de asalto a la nave pajeña con los soldados. Todo puramente teórico, por supuesto; pero ayudaba a mantener a Rod ocupado impidiéndole cavilar sobre lo que sucedía a bordo de la nave alienígena. La llamada de Horvath fue una distracción venturosa, y Rod se mostró muy cordial en su respuesta.

- ¡Qué hay, doctor! ¿Cómo van las cosas?

Horvath casi sonrió.

- Muy bien, gracias, capitán. El doctor Hardy ha ido hacia la nave pajeña con la señorita Sally. Envié con ella al señor Whitbread.

- Estupendo. -Rod sentía una dolorosa tensión en los omoplatos. Así que Sally había tenido que pasar por...

- Capitán, el señor Whitbread mencionó una sala de herramientas a bordo de la nave

alienígena. Cree que comprobaban su capacidad para utilizar herramientas. Pienso que quizás los pajeños nos juzguen casi exclusivamente en función de esa capacidad.

- Bueno, puede ser. La construcción y el uso de herramientas es un elemento básico...

- ¡Sí, claro, capitán, pero ninguno de nosotros somos constructores de herramientas!

Aquí hay un lingüista, un antropólogo, un administrador (yo) y algunos soldados. Resulta irónico, capitán. Hemos dedicado todas nuestras energías a aprender sobre los pajeños.

No hemos pensado en la necesidad de impresionarles con nuestra inteligencia. Blaine consideró esto.

- Están las naves... pero tiene usted razón, doctor. Le enviaré a alguien. Tenemos que presentarles a alguien que pueda superar perfectamente una prueba.

En cuanto Horvath desapareció de la pantalla, Rod accionó de nuevo los controles del intercomunicador.

- Kelley, puede retirar ya a la mitad de sus soldados de los puestos de alerta.

- De acuerdo, capitán. -El artillero no mostraba emoción alguna, pero Rod sabía lo incómoda que era la armadura de combate. Todos los soldados y oficiales de la MacArthur la llevaban puesta en situación de alerta en la cubierta hangar.

Luego, Blaine llamó a Sinclair.

-Tenemos un problema complicado, Sandy. Necesitamos a alguien que sea muy hábil manejando herramientas y que esté dispuesto a ir a la nave pajeña. Si me indica usted unos cuantos hombres, pediré voluntarios.

- No se preocupe, capitán, foé yo mismo.

Blaine se quedó sorprendido.

- ¿Usted, Sandy?

- Sí, ¿por qué no, capitán? ¿Es que no soy hábil con las herramientas? ¿Acaso no soy capaz de arreglar cualquier cosa que se estropee? Mis compañeros podrán solucionar los problemas que puedan surgir en la MacArthur. Están perfectamente entrenados por mí. No me echará nadie de menos...

- Espere un momento, Sandy.

- ¿Sí, capitán?

- Está bien. Cualquiera capaz de hacer bien una prueba sabría todo lo relativo al Campo y al Impulsor. Aunque puede que el almirante no quiera dejarle ir...

- No hay a bordo quien sepa más que yo sobre ese tema, capitán.

- Lo sé... está bien, consiga la aprobación del médico. Y déme un nombre. ¿A quién debo enviar si usted no puede ir?

- En ese caso puede enviar a Jacks. O a Leigh Battson, o a cualquiera de mis compañeros... excepto Menchijov Pulgares.

- Menchijov. ¿No es ése el técnico que salvó a seis hombres que quedaron atrapados en la cámara de torpedos posterior durante el combate con la Defiant?

- El mismo, capitán. Es también el que arregló su ducha dos semanas antes de esa batalla.

-Ah. Bien, gracias, Sandy.

-Apagó la pantalla y miró a su alrededor. Tenía en realidad muy poco que hacer. Las pantallas mostraban la nave pajeña en el centro de la línea de fuego de las baterías principales de la MacArthur; su nave estaba perfectamente a salvo de lo que pudiese hacer la nave alienígena; pero ahora a Sally se habían unido Hardy y Whitbread... Se volvió a Staley.

- Ese último me parece excelente. Ahora proyecte un plan de rescate suponiendo que sólo la mitad de los soldados estén en situación de alerta...

Sally percibió la actividad cuando Hardy y Whitbread fueron conducidos a bordo de la nave pajeña, pero apenas si volvió la vista cuando aparecieron. Se había dado tiempo para vestirse adecuadamente, pero lamentaba que hubiese sido necesario, y bajo la difusa y filtrada luz pajeña recorría con sus manos el cuerpo de un Marrón-y-blanco, doblando su codo y accionando las articulaciones de los hombros y tanteando los músculos, mientras dictaba un

rápido monólogo al micrófono que llevaba al cuello.

- Deduzco que hay otras subespecies, pero estrechamente relacionadas con los Marrones, quizás lo bastante para que existan uniones fecundas. Para determinar esto habrá que estudiar el código genético cuando llevemos muestras a Nueva Escocia, donde hay el equipo adecuado. Quizás los pajeños lo sepan, pero hemos de tener cuidado en lo que les preguntemos hasta que sepamos claramente qué tabúes existen entre ellos.

»Evidentemente, no hay discriminación sexual como la que existe en el Imperio; en realidad es notable el predominio de las hembras. Un Marrón es macho y se cuida de las crías. Las crías están destetadas, o por lo menos no hay indicio alguno claro de ninguna hembra (o macho) que los amamante a bordo.

»Mi hipótesis es que, a diferencia de la Humanidad después de las Guerras Separatistas, no tienen escasez de madres o generadores de hijos, y así no hay ningún mecanismo cultural de protección especial como el que sobrevive en el Imperio. No se me ocurre ninguna teoría que explique el que no haya ninguna cría entre los Marrones-y-blancos, aunque es posible que los pajeños inmaduros que he examinado procedan de Marrones-y-blancos y que los Marrones sirvan como educadores de los niños. Es indudable que existe cierta tendencia a que los Marrones hagan todos los trabajos técnicos.

»La diferencia entre los dos tipos es clara pero no espectacular. Los Marrones tienen las manos mayores y mejor desarrolladas, y la frente con una inclinación más pronunciada. Y son más pequeños. Pregunta: ¿cuáles están mejor adaptados para manejar herramientas? Los Marrones-y-blancos tienen una capacidad cerebral algo mayor, los Marrones tienen mejores manos. Hasta ahora todos los Marrones-y-blancos que he visto son hembras, y de los Marrones hay uno de cada sexo; ¿se trata de un accidente, es una característica de su cultura, o es algo biológico? Pongo fin a la transcripción. Bienvenidos a bordo, caballeros.

- ¿Algún problema? -preguntó Whitbread.

Sally tenía la cabeza cubierta con una capucha de plástico, sellada alrededor del cuello como un saco de ducha de la Marina; evidentemente, no utilizaba los respiradores nasales. El saco deformaba ligeramente su voz.

- Ninguno. Desde luego aprendí tanto como ellos en la... orgía. ¿Y ahora qué? Lecciones de idiomas.

Había una palabra: Fyunch(click). Cuando el capellán se señaló a sí mismo y dijo «David», la pajeña a la que miraba giró su brazo derecho inferior señalándose y dijo «Fyunch(click)», pronunciando el click con un chasquido de la lengua.

Bien. Pero Sally dijo:

- Creo que mi pajeño tenía el mismo nombre.

- ¿Quiere usted decir que se trata del mismo alienígena?

- No, no lo creo. Y estoy segura de que Fyunch(click) -la pronunció cuidadosamente, haciendo el click con la lengua, pero estropeando luego el efecto con una risilla- no es la palabra que equivale a pajeño. Lo he comprobado.

- El capellán frunció el ceño.

- Quizás todos los nombres propios nos suenen igual -dijo muy serio-. O puede ser la palabra correspondiente a brazo.

Había una anécdota clásica al respecto, tan vieja que probablemente datase de la época preatómica. Se volvió a otro pajeño, se señaló a sí mismo Y dijo:

- ¿Fyunch(click)? -Su acento era casi perfecto, y el click no fue acompañado de ninguna risa.

- No -dijo el pajeño.

- Lo han captado enseguida -dijo Sally.

Whitbread lo intentó. Se colocó entre los pajeños y se señaló a sí mismo diciendo «¿Fyunch(click)?» obteniendo cuatro noes perfectamente articulados y luego un pajeño que se hallaba en posición invertida le dio una palmada en la rodilla y le dijo:

- ¿Fyunch(click)? Sí.

Conclusión: había tres pajeños que llamaban «Fyunch(click)» a un humano. Cada uno

de ellos a un humano distinto, y no a los demás. ¿Por qué?

- Debe de significar algo así como «Estás asignado a mí» -sugirió Whitbread.

- Es una hipótesis posible -aceptó Hardy. En realidad bastante posible, pero los datos eran aún insuficientes... ¿había hecho el muchacho una conjetura afortunada?

Alrededor de ellos se movían los pajeños. Algunos de los instrumentos podrían haber sido cámaras o magnetófonos. Algunos aparatos producían ruidos cuando hablaban los humanos.

Otros corrían cintas o trazaban quebradas líneas anaranjadas en pequeñas pantallas. Los pajeños prestaban también cierta atención a los instrumentos de Hardy, especialmente el Marrón macho, que desarmó el osciloscopio y lo montó de nuevo. Las imágenes que aparecían después en el aparato parecían más claras, y el control de persistencia funcionaba mucho mejor, a juicio de Hardy. Interesante. Y sólo los Marrones hacían cosas como aquélla.

La lección de idiomas se había convertido en tarea de grupo. Era un juego ya aquella enseñanza de ánglico a los pajeños. Bastaba señalar y decir la palabra, y los pajeños generalmente la recordaban. David Hardy daba las gracias.

Los pajeños seguían manipulando las piezas de sus instrumentos, conectándolos, o a veces entregándoselos a un Marrón con una algarabía de silbidos pajariles. La amplitud de sus propias voces era asombrosa. Hablando pajeño, abarcaban los tonos más extremos en instantes. Hardy sospechaba que el tono formaba parte del código.

Tenía clara conciencia del paso del tiempo. Su vientre era un inmenso vacío cuyas quejas ignoraba con indiferente menosprecio. Alrededor de su nariz, donde se ajustaba el respirador, comenzaban a formarse rozaduras. Le picaban los ojos a causa de la atmósfera de la nave pajeña, que se filtraba por debajo de sus grandes gafas; habría preferido elegir un casco o una caperuza de plástico como Sally. El pajeño mismo era un punto difuso y brillante que se movía lentamente a lo largo de la pared curvada y translúcida. El aire seco que respiraba estaba deshidratándole lentamente.

Sentía estas cosas como indicio del paso del tiempo, y las desdeñaba. Bullía en su interior una extraña alegría. Aquélla era la misión más importante de su vida.

Pese a lo excepcional de la situación, Hardy decidió atenerse a la lingüística tradicional. Había problemas sin precedentes como mano, cara, orejas, dedos. Resultó que los doce dedos de las manos derechas tenían un nombre colectivo, y los tres dedos gruesos de la izquierda otro. La oreja tenía un nombre cuando estaba caída y otro cuando estaba levantada. No había ningún nombre equivalente a cara, aunque captaron inmediatamente la palabra ánglica y parecieron considerarla una innovación valiosa.

Hardy había creído tener los músculos habituados a la caída libre; pero ahora le molestaban. No lo atribuyó al agotamiento. No sabía dónde había ido Sally, y el hecho no le inquietaba lo más mínimo. Esto era un indicio de su aceptación de Sally y de los pajeños como colegas. Pero también lo era de lo cansado que estaba. Hardy se consideraba a sí mismo un hombre ilustrado, pero lo que Sally habría calificado de «protección especial de las mujeres» estaba profundamente enraizado en la cultura Imperial... sobre todo en la monástica Marina.

Hardy sólo se dejó convencer por los demás de que debía volver al transbordador cuando se le acabó el aire.

La cena fue sencilla, y la consumieron apresuradamente, deseosos de cotejar notas. Afortunadamente los otros le dejaron solo hasta que acabó de comer, a instigación sobre todo de Horvath, aunque evidentemente era el que tenía mayor curiosidad de todo el grupo. Aunque los utensilios estaban diseñados para situación de caída libre, ninguno de los otros estaba habituado a largos períodos de gravedad cero, y el comer en tal situación exigía nuevos hábitos que sólo podían aprenderse por medio de una gran concentración. Por último, Hardy dejó que uno de los miembros de la tripulación retirara su bandeja y alzó los ojos. Tres rostros codiciosos le lanzaron telepáticamente un millón de preguntas.

-Aprenden ánglico bastante bien -dijo David-. Me gustaría poder decir lo mismo de mis propios progresos.

- Se esfuerzan por aprenderlo -comentó Whitbread-. Cuando les decimos una palabra, la usan sin cesar, una y otra vez, formando frases, aplicándola a todo lo que hay alrededor... nunca vi nada igual.

- Eso es porque no se ha fijado usted lo suficiente en el doctor Hardy -dijo Sally-. Nos enseñaron esa técnica en la universidad, pero no la domino demasiado bien.

- La gente joven raras veces consigue dominarla -dijo el doctor Hardy estirándose para relajarse; el vacío quedaba salvado; pero resultaba embarazoso... los pajeños eran mejores en su trabajo que él-. Los jóvenes normalmente no tienen paciencia para la lingüística. En este caso, sin embargo, su empeño ayuda y puesto que los pajeños dirigen los esfuerzos de la persona a la que enseñan con gran habilidad profesional. Por cierto, Jonathon, ¿dónde estuvo usted?

- Llevé a mi Fyunch(click) fuera y le hice dar una vuelta alrededor del transbordador. Fuimos a la nave de los pajeños sin nada que enseñarles y no quería traerlos aquí. ¿Podemos hacerlo?

- Desde luego -dijo Horvath sonriendo-. He hablado con el capitán Blaine y lo deja a nuestro criterio. Como dice él, no hay nada secreto en el transbordador. Sin embargo, me gustaría que hubiese algo especial... alguna ceremonia. ¿Se les ocurre algo? Después de todo, si exceptuamos a la minera asteroidal, los pajeños nunca han visitado una nave humana.

- Ellos se preocupan muy poco por el hecho de que subamos a bordo de su nave - dijo Hardy-. Debemos recordar sin embargo que, a menos que toda la raza pajeña esté fantásticamente dotada para los idiomas (hipótesis que rechazo), han tenido su ceremonia especial antes de abandonar su planeta. Han colocado a bordo especialistas en idiomas. No me sorprendería descubrir que nuestros Fyunch(click) son el equivalente pajeño de doctores.

Whitbread hizo un gesto que llamó la atención de los otros y por último habló. Estaba muy orgulloso de haber desarrollado una técnica que permitía a un guardiamarina interrumpir a los demás.

- Señor, esa nave abandonó el planeta pajeño hace sólo horas, después (quizás menos de una hora) de que apareciese la MacArthur en su sistema. ¿Cómo iba a darles tiempo a reclutar especialistas?

- No lo sé -dijo Hardy lentamente-. Pero tienen que ser especialistas de algún tipo. ¿Qué utilidad podría tener una capacidad lingüística tan fantástica entre la población general? Y fantástica no es una palabra bastante fuerte. De todos modos, hemos logrado desconcertarles un poco, ¿se dieron ustedes cuenta?

- ¿La sala de herramientas? -preguntó Sally-. Supongo que se refiere a eso, aunque creo que no me habría dado cuenta si Jonathon no me hubiese dado la primera clave. Me llevaron allí inmediatamente después de dejarle a usted, doctor Hardy, y a mí no me parecieron desconcertados. Me di cuenta, sin embargo, de que usted permanecía allí mucho más tiempo que yo.

- ¿Qué hizo usted allí? -preguntó David.

- Bueno, estuve examinando todos aquellos artilugios. Todo estaba lleno de aparatos... por cierto, aquellas abrazaderas fijadas a la pared no eran bastante grandes para soportar gravedad real, de eso estoy seguro. Debieron de construir aquella sala después de venir aquí. Pero de cualquier modo, como no había nada que yo pudiese entender, no presté mucha atención.

Hardy juntó las manos en actitud de oración, y luego alzó la vista embarazado. Había adquirido aquel hábito mucho antes de ingresar en el sacerdocio, y no podía prescindir de él; pero indicaba concentración, no reverencia.

- No hizo usted nada, y ellos no manifestaron curiosidad por tal cosa. -Pensó intensamente durante largos segundos-. Sin embargo yo pregunté los nombres de las piezas y pasé mucho tiempo allí, y mi Fyunch(click) pareció sorprenderse mucho. Pude interpretar mal la emoción, desde luego, pero creo realmente que mi interés por las herramientas les

desconcertó.

- ¿Intentó usted utilizar alguna? -preguntó Whitbread.

- No. ¿Y usted?

- Bueno, yo estuve jugueteando con algunas...

- ¿Y se sorprendieron por eso, o manifestaron curiosidad?

- No dejaron de observarme ni un instante -dijo Jonathon, encogiéndose de hombros-. No noté ningún cambio de actitud.

- Sí -Hardy unió de nuevo sus manos, pero esta vez sin darse cuenta de lo que hacía-. Creo que hay algo extraño en esa habitación y en la curiosidad que les causa nuestro interés por ella. Pero dudo que sepamos el motivo mientras el capitán Blaine no nos envíe su especialista. ¿Saben ustedes quién vendrá?

- Envía al ingeniero jefe Sinclair -dijo Horvath.

- Hummm. -El sonido era involuntario; los otros miraron a Whitbread, que sonrió lentamente-. Si los pajeños estaban desconcertados con usted, señor, piense lo que pasará cuando oigan hablar al teniente Sinclair.

En un barco de guerra de la Marina los hombres no mantienen un peso medio. Durante los largos períodos de ocio, los que tienen tendencia a comer, se divierten comiendo. Engordan. Pero los hombres capaces de dedicar su vida a una causa (incluyendo un buen porcentaje de los que permanecerán en la Marina) tienden a olvidarse de comer. No pueden centrar la atención en la comida.

Sandy Sinclair miraba fijo al frente. Estaba sentado, muy rígido, al borde de la mesa de examen. Sinclair hacía siempre eso; no podía mirar a un hombre a los ojos estando desnudo. Era grande y delgado, y sus músculos nervudos eran mucho más fuertes de lo que parecían. Podría haber sido un hombre medio con un esqueleto demasiado grande.

Un tercio de su área superficial era tejido rosa cicatriz. Ardiente metal procedente de una explosión había dejado aquella extensión rosada sobre sus costillas. El resto procedía principalmente de llamas y salpicaduras de metal al rojo. Una batalla en el espacio deja siempre huellas, si es que el combatiente sobrevive.

El médico tenía veintitrés años y era muy alegre.

-Veinticuatro años de servicio, ¿eh? ¿Ha participado alguna vez en un combate? -Ya tendrá usted su propia cuota de cicatrices -masculló Sinclair-, si continúa el tiempo suficiente en la Marina.

- Le creo, le creo. Bien, teniente, está usted en magnífica forma para sus cuarenta y tantos años. Podría soportar perfectamente un mes de caída libre, según mi opinión, pero jugaremos sobre seguro y le haremos volver a la MacArthur dos veces por semana. Supongo que no hará falta que le diga que debe seguir haciendo los ejercicios de caída libre.

Rod Blaine llamó al transbordador varias veces al día siguiente, pero hasta el anochecer no pudo localizar a nadie, aparte del piloto. Hasta Horvath estaba a bordo de la nave pajeña.

El capellán Hardy estaba exhausto y alborozado; sonreía abiertamente y tenía grandes círculos oscuros bajo los ojos.

- Estoy tomándolo como una lección de humildad, capitán. Son mucho mejor que yo en mi trabajo, en lingüística. He decidido que el modo más rápido de aprender su idioma era enseñarles ánglico. Ninguna garganta humana hablará jamás su idioma, o idiomas, sin ayuda de una computadora.

- Estoy de acuerdo. Haría falta una orquesta completa. He oído algunas de sus grabaciones. En realidad, capellán, no se podía hacer gran cosa.

- Lo siento -dijo Hardy sonriendo-. Procuraremos enviar informes con más frecuencia. Por cierto, en este momento el doctor Horvath está enseñando el transbordador a un grupo de pajeños. Parecen particularmente interesados en el impulsor. El Marrón quiere desmontarlo, pero el piloto no le deja. Dijo usted que no había secretos en esta embarcación.

- Dije eso, desde luego, pero podría ser un poco prematuro que les dejasen ustedes manipular la fuente energética de su nave. ¿Qué dijo Sinclair de eso?

- Lo ignoro, capitán -Hardy parecía desconcertado-. Le han tenido todo el día en esa

sala de herramientas. Aún sigue allí.

Blaine se rascó la nariz. Estaba obteniendo la información que necesitaba, pero no era precisamente con el capellán Hardy con quien quería hablar.

- Dígame, ¿cuántos pajeños hay a bordo del transbordador?

- Cuatro, uno por cada uno de nosotros. Yo, el doctor Horvath, la señorita Sally el señor Whitbread. Parecen estar asignados como guías.

- Cuatro -Rod estaba intentando acostumbrarse a la idea.

El transbordador no era una nave armada, pero pertenecía a la Marina de guerra de Su Majestad, y tener a bordo a un grupo de alienígenas... Demonios. Horvath sabía los riesgos que corría.

- ¿Sólo cuatro? -preguntó-. ¿No tiene Sinclair un guía?

-Aunque parezca extraño, no. Hay varios pajeños viéndole trabajar en la sala de herramientas, pero no tiene ninguno concreto asignado a él.

- ¿No hay ninguno tampoco para el piloto y para los técnicos espaciales del transbordador?

- No -Hardy caviló un momento-. Es extraño, ¿verdad? Como si clasificasen al teniente Sinclair como un simple tripulante.

- Será que no les cae simpática la Marina.

David Hardy se encogió de hombros. Luego, cautelosamente, dijo:

- Capitán, tarde o temprano tendremos que invitarles a subir a la MacArthur.

- Me temo que eso es imposible.

- Bien -dijo Hardy, con un suspiro-, por eso lo planteo ahora, para que podamos discutirlo. Ellos han demostrado que confían en nosotros, capitán. No hay un centímetro cúbico de su nave que no hayamos visto, o al menos sondeado con instrumentos. Whitbread podrá testificar que no hay rastro alguno de armas a bordo. Acabarán preguntándose qué secretos culpables guardamos a bordo.

- Se lo explicaré... ¿Están los pajeños cerca? ¿Pueden oírme?

- No. Y además no han aprendido suficiente ánglico todavía.

- No olvide usted que lo aprenderán, y no olvide las cintas grabadoras. Bueno, capellán, tiene usted un problema... sobre los pajeños y la Creación. El Imperio tiene otro. Hemos hablado durante mucho tiempo sobre la aparición de los Grandes Brujos Galácticos, y sus dudas sobre si dejaban entrar a los humanos o no, ¿verdad? Sólo que es al revés, ¿no cree? Tenemos que decidir si vamos a dejar a los pajeños salir de su sistema, y hasta que eso se decida no queremos que vean los generadores del Campo Langston, el Impulsor Alderson, nuestras armas... ni siquiera que vean qué parte de la MacArthur es espacio vital, capellán. Eso indicaría demasiado sobre nuestra capacidad. Tenemos mucho que ocultar, y lo ocultaremos.

- Está usted tratándoles como a enemigos -dijo suavemente David Hardy.

- Esto no es decisión de usted ni mía, doctor. Además, quiero plantear algunas preguntas cuya respuesta debo conocer antes de decidir si los pajeños son o no verdaderamente amigos.

Rod dejó que su mirada pasase por encima del capellán, y sus ojos se centraron muy lejos. No lamento que no sea decisión mía, pensó. Pero en último término deberán preguntarme. Aunque no sea más que como futuro marqués de Crucis. Sabía que habría de plantearse el tema, y que se plantearía más veces; estaba preparado.

- En primer lugar, ¿por qué nos enviaron una nave desde Paja Uno? ¿Por qué no desde el racimo troyano? Está mucho más cerca.

- En cuanto pueda se lo preguntaré.

- En segundo lugar, ¿por qué cuatro pajeños? Quizás no sea importante, pero me gustaría saber por qué asignaron uno a cada uno de ustedes, los científicos, otro a Whitbread y ninguno a los miembros de la tripulación.

- Bueno, tienen razón, ¿no? Asignaron guías a las cuatro personas más interesadas en enseñarles...

- Exactamente. ¿Cómo lo supieron? Sólo como ejemplo, dígame, ¿cómo pudieron saber que estaría a bordo el doctor Horvath? Y la tercera pregunta es: ¿qué pretenden ahora?

- De acuerdo, capitán -Hardy parecía deprimido, irritado.

Era más difícil de rechazar que Horvath, y lo sería aún más... En parte porque era el confesor de Rod. Y el tema volvería a plantearse. Rod estaba seguro.

23
Eliza cruza el hielo

Durante las semanas que siguieron la MacArthur fue un torbellino de actividad. Todos los científicos tenían que trabajar horas extra cada vez que se recibían datos del transbordador, y cada uno de ellos quería ayuda de la Marina inmediatamente. Seguía en pie, además, el problema de las miniaturas fugadas, pero esto se había convertido en una partida, en la que la MacArthur iba perdiendo. En el comedor todos apostaban que habían muerto pero no se encontraban los cuerpos. Esto preocupaba a Rod Blaine, pero nada podía hacer.

Permitió también a los soldados que hiciesen guardias con uniforme normal. No pesaba ninguna amenaza sobre el transbordador, y era ridículo mantener a una docena de hombres incómodos con la armadura de combate. Lo que hizo fue doblar la guardia que vigilaba alrededor de la MacArthur, pero nadie (ni ser ni objeto) intentó aproximarse, escapar o enviar mensajes. Por otra parte, los biólogos analizaban frenéticos las posibles claves de la psicología y la fisiología pajeña, la sección astronómica continuaba trazando mapas de Paja Uno, Buckman se desesperaba cada vez que otros utilizaban los instrumentos astronómicos y Blaine procuraba mantener tranquila su superpoblada nave. Su admiración hacia Horvath aumentaba cada vez que tenía que mediar en una disputa entre científicos.

Había más actividad a bordo del transbordador. El teniente Sinclair había sido trasladado, inmediatamente después de su llegada, a la nave pajeña. A los tres días un Marrón-y-blanco comenzó a seguir a Sinclair de forma permanente; era un pajeño particularmente tranquilo. Parecía interesado en la maquinaria del transbordador, a diferencia de los otros pajeños asignados a los humanos. Sinclair y su Fyunch(click) pasaron muchas horas a bordo de la nave alienígena, examinándolo todo.

- Ese tipo tenía razón en lo de la sala de herramientas -dijo Sinclair a Blaine en uno de sus informes diarios-. Es como las pruebas de inteligencia no verbales que se hacen a los nuevos reclutas. Hay fallos en algunas de las herramientas, y mi tarea es arreglarlos.

- ¿Qué tipo de fallos?

Sinclair rió entre dientes, recordando. Le resultaba difícil explicar el chiste a Blaine. El martillo de gran cabeza lisa machacaba un pulgar cada vez. Había que ajustarlo. El láser calentaba demasiado rápido..., un problema complicado. Generaba una frecuencia de luz inadecuada. Sinclair lo arregló doblando la frecuencia. Aprendió también mucho sobre lásers compactos. Hubo de pasar por otras pruebas como aquélla.

- Son buenos, capitán. Se necesita ingenio para idear algunos de los instrumentos de pruebas sin indicar más de lo que quieren. Pero no pueden impedirme que descubra cosas de su nave... Capitán, he aprendido ya lo suficiente para rediseñar los vehículos auxiliares de nuestra nave de modo que resulten más eficaces. O para ganar millones de coronas diseñando naves mineras.

- ¿Se retirará usted cuando vuelva, Sandy? -preguntó Rod; pero sonrió abiertamente para indicar que bromeaba.

La segunda semana, le asignaron un Fyunch(click) también a Rod Blaine.

Se sentía al mismo tiempo decepcionado y halagado. La pajeña parecía igual que todas las demás: marcas marrón-y-blanco, una sonrisa suave en su cara ladeada que llegaba a una altura suficiente para que Rod pudiese darle palmadas en la cabeza... si la viese alguna vez en persona, cosa que nunca sucedía.

Cada vez que llamaba al transbordador allí estaba ella, siempre deseosa de ver a Blaine

y hablar con él. Y su ánglico era cada día mejor. Intercambiaban unas cuantas palabras y eso era todo. Rod no tenía tiempo para un Fyunch(click), ni necesidad de uno, tampoco. Aprender el lenguaje pajeño no era trabajo suyo (a juzgar por los progresos hechos, no era trabajo de nadie), y sólo veía a la alienígena a través de la pantalla comunicadora. ¿Qué sentido tenía un guía al que nunca habría de conocer directamente?

- Parecen ceer que usted es importante -explicó Hardy.

Era algo digno de considerar mientras dirigía aquel manicomio de nave. Y la alienígena no se quejaba en absoluto.

El torbellino de actividad de aquel mes apenas si afectaba a Horace Bury. No recibía noticia alguna del transbordador, y nada podía aportar al trabajo científico de la nave. Siempre atento a los rumores que podían serle útiles, esperaba que las noticias se filtrasen; pero no se filtraban muchas. Las comunicaciones con el transbordador parecían quedar congeladas en el puente, y no tenía auténticos amigos entre los científicos, aparte de Buckman. Blaine había dejado de ponerlo todo en el intercomunicador. Por primera vez desde que habían salido de Nueva Chicago, Bury se sentía prisionero.

Le molestaba más de lo que debería haberle molestado, aunque era lo bastante introspectivo para saber por qué siempre había procurado controlar su entorno en la medida de sus posibilidades: en un planeta, a lo largo de años luz de espacio y décadas de tiempo... o en un crucero de batalla de la Marina. La tripulación le trataba como a un huésped y no como a un amo. Y en donde no era un amo, Bury se sentía un prisionero.

Además, estaba perdiendo dinero. En algún punto de las áreas prohibidas de la MacArthur, fuera del alcance de todos, salvo los científicos de más alto rango, los físicos estudiaban el material aurífero de la Colmena de Piedra. Le costó semanas enterarse de que se trataba de un superconductor del calor.

Sería, pues, un material de valor incalculable, y Bury sabía que debía obtener una muestra. Sabía incluso cómo podría conseguirla, pero se obligaba a esperar. ¡Aún no! El momento de robar la muestra sería justo antes de que la MacArthur aterrizase en Nueva Escocia. Allí esperarían naves, a pesar del coste, no sólo una nave en la que se le reconocería abiertamente como propietario y amo, sino por lo menos otra. Entre tanto, lo único que podía hacer en la MacArthur era escuchar, escudriñar, saber.

Tenía varios informes sobre la Colmena de Piedra para poder comparar. Intentó incluso obtener información de Buckman; pero los resultados fueron más divertidos que provechosos.

- Oh, olvide la Colmena de Piedra -había exclamado Buckman-. No tiene el menor interés. Fue trasladada allí. No tiene nada que ver con la formación de los racimos de los puntos troyanos, y los pajeños han alterado la estructura interna hasta el punto de que no hay manera de saber nada sobre la roca original...

Así que los pajeños podían hacer, y hacían, superconductores de calor. Y estaban además los pequeños pajeños. Le divertía mucho la búsqueda de las miniaturas escapadas. Naturalmente la mayoría del personal de la Marina continuaba buscando incesantemente a la miniatura huida y a la cría. Y la miniatura estaba ganando. Desaparecían alimentos de lugares extraños: camarotes, salas, todos los puntos salvo la cocina. Los hurones no eran capaces de localizar nada. ¿Habrían hecho las miniaturas un pacto con los hurones?, se preguntaba Bury. Desde luego los alienígenas eran... alienígenas; sin embargo los hurones no habrían tenido ningún problema para olfatearlos la primera noche.

A Bury le divertía la caza, pero... Aprendió la lección: una miniatura era más difícil de capturar que de mantener encerrada. Si acabase vendiendo miniaturas de aquéllas como animales domésticos, sería mejor que lo hiciese en jaulas seguras y firmes. Además estaba el problema de adquirir una pareja reproductora. Cuanto más tiempo permaneciesen libres las miniaturas, menos posibilidades tendría Bury de convencer a la Marina de que eran animalitos amistosos e inofensivos.

Pero resultaba divertido ver el desconcierto de la Marina. Bury investigaba por ambos

lados y practicaba la paciencia; y las semanas seguían pasando.

Mientras los seis Fyunch(click) permanecían a bordo del transbordador, el resto de los pajeños trabajaban. El interior de la nave alienígena cambiaba como en los sueños; era distinto cada vez que alguien iba a bordo. Sinclair y Whitbread tomaron la decisión de recorrerlo periódicamente para comprobar que no construían ninguna clase de armas; quizás pudiesen descubrirlo, o quizás no.

Un día Hardy y Horvath se detuvieron junto a la cabina de observación del capitán después de una hora en las salas de ejercicio de la MacArthur.

- Los pajeños están a punto de recibir un tanque de combustible -dijo Horvath a Rod-. Fue lanzado aproximadamente al mismo tiempo que su propia nave, con acelerador lineal, pero en una órbita que permite un mayor ahorro de combustible. Llegará en el plazo de dos semanas.

-Así que es eso. -Blaine y sus oficiales se habían preguntado qué sería el silencioso objeto que avanzaba lentamente hacia su posición.

- ¿Lo sabía usted? Podría habérnoslo dicho.

- Tendrán que recogerlo -especuló Blaine-. Vaya... me pregunto si no podría entregárselo una de mis embarcaciones. ¿Nos dejarían hacerlo?

- No veo motivo para que no lo hagamos. Se lo preguntaremos -dijo David Hardy-. Una cosa más, capitán.

Rod sabía que era una cuestión delicada. Horvath hacía pedir al doctor Hardy todas las cosas que suponía que él iba a rechazar.

- Los pajeños quieren construir un puente de cámara neumática entre el transbordador y su nave -concluyó Hardy.

- Es sólo una estructura temporal y la necesitamos -Horvath hizo una pausa-. No es más que una hipótesis, ¿comprende?, pero, capitán, creemos que para ellos todas las estructuras son meramente temporales. En el despegue debían de tener lechos de alta gravedad, pero ahora han desaparecido. Llegaron sin combustible para el regreso. Es casi seguro que rediseñaron su sistema de soporte vital para la caída libre en las tres horas que siguieron a su llegaba.

-Y también esto pasará -añadió Hardy-. Pero la idea no les molesta. Parece gustarles.

- Su psicología difiere mucho de la humana en este aspecto -dijo Horvath-. Quizás un pajeño nunca intente diseñar algo permanente. No debe de haber en su mundo ninguna Esfinge, ninguna Pirámide, ningún monumento a Washington, ninguna tumba de Lenin.

- Doctor, no me gusta la idea de unir las dos naves.

- Pero, capitán, necesitamos algo así. Hombres y pajeños están constantemente cruzando el espacio de una nave a otra, y tienen que utilizar el taxi siempre. Además los pajeños han empezado ya a trabajar...

- Supongo que no hará falta que les diga que si unen las dos naves, usted y todos los que están a bordo del transbordador pasarán a ser rehenes de los pajeños.

-Yo estoy seguro de que podemos confiar en los alienígenas, capitán -dijo ásperamente Horvath-. Hacemos grandes progresos con ellos.

-Además -añadió el capellán Hardy- somos ya rehenes. No hay modo, ni lo ha habido nunca, de evitar esa situación. La MacArthur y la Lenin son nuestra protección. Si es que necesitamos protección. Si dos naves de combate no les asustan... en fin, ya conocíamos la situación cuando subimos al transbordador.

Blaine rechinó los dientes. Aunque pudiese prescindir del transbordador, no podía prescindir del personal que lo ocupaba. Sinclair, Sally Fowler, el doctor Horvath, el capellán... la gente más valiosa de la MacArthur estaba viviendo a bordo del transbordador. Pero el capellán tenía razón sin duda. Todos estaban expuestos a morir a manos de los alienígenas en cualquier momento, y a la MacArthur sólo le quedaba la compensación de la venganza.

- Dígales que adelante -dijo Rod. El puente no aumentaría en nada el peligro.

Los trabajos se iniciaron en cuanto Rod dio permiso. Un tubo de fino metal, flexiblemente articulado, brotaba del casco de la nave pajeña, culebreando hacia ellos como

un ser vivo. A su alrededor se arracimaban pajeños con trajes de frágil apariencia. Vistos desde la escotilla principal del transbordador, casi podrían haber sido hombres... casi.

Sally empezaba a ver borroso. La iluminación era extraña... apagada luz pajeña y sombras negro espacio y esporádicos reflejos de luz artificial, todo ello reflejado desde la brillante y curvada superficie metálica. Toda la imagen resultaba asimétrica y extraña y le producía dolor de cabeza.

- Sigo preguntándome de dónde extraerán el metal -dijo Whitbread; estaba sentado junto a ella, como hacía siempre cuando ambos descansaban entre trabajo y trabajo-. No había espacio libre a bordo de la nave la primera vez que la visité y sigue sin haberlo ahora. Deben de estar despiezando su nave.

- Eso podría ser una explicación -dijo Horvath.

Se habían reunido alrededor de la escotilla principal después de cenar, con tazas de té y de café en las manos. Los pajeños se habían convertido en auténticos entusiastas del té y del chocolate. Pero no podían soportar el café. Humanos y pajeños se alternaban en un círculo frente a la ventana, sentados en el banco de caída libre que tenía forma de herradura. Los Fyunch(click) habían aprendido el truco humano de alinearse todos en la misma dirección.

- Fíjese lo deprisa que trabajan -dijo Sally-. Es como si el puente creciera ante nuestros ojos. -Sus ojos comenzaron a desenfocarse otra vez. Era como si alguno de los pajeños estuviese trabajando mucho más atrás que los otros-. El que tiene las franjas de color naranja debe de ser un Marrón. Parece el que lo dirige todo, ¿no cree?

-Además es quien hace la mayor parte del trabajo -dijo Sinclair.

- Es curioso -dijo Hardy-. Si sabe bastante para dar órdenes, debería ser capaz de hacer el trabajo mejor que nadie ¿no creen? -se frotó los ojos-. O no razono bien, o alguno de esos pajeños es más pequeño que los demás...

- Eso parece -dijo Sally.

Whitbread miraba fijamente a los constructores del puente. Muchos de los pajeños parecían trabajar muy por detrás de la nave alienígena... hasta que tres de ellos pasaron por delante del casco.

- ¿Ha probado alguien a observar esto por el telescopio? -dijo cautelosamente-. Lafferty, enfóquelo, por favor.

En la pantalla del telescopio se vía todo asombrosamente claro. Algunos de los trabajadores pajeños eran tan pequeños como para poder meterse por cualquier rendija. Y tenían cuatro brazos.

- ¿Usan ustedes a menudo esas criaturas como obreros? -preguntó Sally a su Fyunch(click).

- Sí. Nos parecen muy útiles. ¿No hay criaturas como ésas en sus naves? -El alienígena parecía sorprendido; de todos los pajeños, el de Sally daba la impresión de ser el que más a menudo se sorprendía de las cosas de los humanos-. ¿Cree usted que se preocupará Rod?

- Pero ¿qué son? -preguntó Sally. Ignoró la pregunta que le había hecho el pajeño.

- Son... obreros -comentó el pajeño-. Animales... útiles. ¿Les sorprende lo pequeños que son? ¿Son mayores los de ustedes, entonces?

- Oh, sí-contestó Sally con aire ausente; observaba a los otros-. Creo que me gustaría ir a ver esos... animales... más de cerca. ¿Quiere acompañarme alguien? Pero Whitbread estaba ya enfundándose el traje, y lo mismo hacían los otros.

- Fyunch(click) -dijo la alienígena.

- ¡Dios mío! -exclamó Blaine-. ¿Te han elegido ahora para contestar a las llamadas?

La alienígena habló lentamente, pronunciando con sumo cuidado. Su gramática no era perfecta, pero su capacidad para captar los giros y las inflexiones resultaba sorprendente.

- ¿Por qué no? Hablo bastante bien. Soy capaz de recordar un mensaje. Puedo utilizar la grabadora. Tengo muy poco que hacer cuando no aparece usted.

- Eso no puedo evitarlo.

- Lo sé dijo, y con un tono de satisfacción añadió-: Todos se han sorprendido al verme.

- Demonios, a mí desde luego me ha sorprendido. ¿Quién anda por ahí?

- El piloto Lafferty. Los demás humanos están fuera. Han ido a ver el... túnel. Cuando esté acabado, no tendrán que ir con ellos los soldados cuando quieran visitar la otra nave.

¿Quiere que transmita algún mensaje?

- No, gracias, volveré a llamar.

- Sally estará pronto de vuelta -dijo la pajeña de Blaine-. ¿Cómo está usted? ¿Cómo va la nave?

- Bastante bien.

- Es usted siempre muy cauto cuando habla de la nave. ¿Estoy inmiscuyéndome acaso en cosas secretas de la Marina? No es la nave lo que a mí me preocupa. Rod. Yo soy su Fyunch(click) personal. Significa mucho más que simplemente guía.

La pajeña hizo un extraño gesto. Rod le había visto hacerlo antes, cuando estaba inquieta o enojada.

- ¿Qué significa exactamente Fyunch(click)?

-Yo estoy asignada a usted. Usted es un proyecto, una obra de arte. Y yo tengo que aprender todo lo que pueda saberse de usted. Tengo que hacerme especialista en usted. Mi Señor Roderick Blaine, y usted debe convertirse para mí en un tema de estudio. No es su nave gigantesca, tosca y mal diseñada lo que me interesa, sino su actitud frente a esa nave y a los humanos que hay a bordo, el control que tiene sobre ellos, el interés que tiene en su bienestar, etc.

¿Cómo manejaría Kutuzov aquello? ¿Rompería el contacto? Demonios...

-A nadie le gusta que le observen. Todo el mundo se siente incómodo cuando le estudian así.

- Suponíamos que se lo tomaría de ese modo. Pero, Rod, usted está aquí para estudiarnos, ¿no? Por lo tanto tenemos derecho a estudiarle nosotros a usted.

- Lo tienen. -La voz de Rod reflejaba aspereza, a pesar de las intenciones del propio Rod-. Pero si alguien le parece molesto cuando usted habla con él, la razón probablemente sea ésa.

- Por Dios -dijo la pajeña-. Ustedes son los primeros seres inteligentes que encontramos que no se relacionan genéticamente con nosotros. ¿Cómo pueden esperar sentirse cómodos en nuestra compañía?

La pajeña se rascó la zona central lisa de la cara con el índice derecho superior, luego dejó caer la mano como embarazada. Era el mismo gesto que había hecho un momento antes.

Brotaron ruidos en la pantalla.

- Cuelgue un momento -dijo la pajeña-. Bien... son Sally y Whitbread. -Su voz se elevó-. ¿Sally? El capitán está en pantalla.

Se deslizó fuera de la silla. Sally Fowler pasó a ocuparla. Su sonrisa parecía forzada cuando dijo:

- Hola, capitán. ¿Que hay de nuevo?

- Todo sigue como siempre. ¿Cómo van las cosas por ahí?

- Rod, parece usted aturdido. Es una experiencia extraña, ¿verdad? No se preocupe, la pajeña no puede oírnos ahora.

- Bueno. Creo que me incomoda un poco el que un alienígena lea mis pensamientos de ese modo. Supongo que son capaces realmente de leer los pensamientos.

- Dicen que no. Y a veces sus conjeturas son erróneas. -Se pasó una mano por el pelo, que tenía revuelto, quizás a causa del casco del traje de presión-. Se equivocan completamente. Al principio el Fyunch(click) del teniente Sinclair no le hablaba. Creían que era un Marrón; un idiota, una especie de carpintero, comprende. ¿Cómo va con las miniaturas?

Éste era un tema que ambos habían aprendido a eludir. Rod se preguntó por qué lo sacaría a colación.

- Los perdidos aún siguen perdidos. No hay el menor rastro de ellos. Podrían incluso haber muerto en alguna parte de la nave. Conservamos aún a la miniatura que quedó. Creo que sería mejor que le echase un vistazo, Sally, la próxima vez. Quizás esté enferma.

- Iré mañana -dijo Sally-. Rod, ¿ha observado usted al grupo de trabajo alienígena?

- No demasiado. La cámara neumática parece ya casi terminada.

- Sí... Rod, han utilizado miniaturas especializadas para hacer parte del trabajo. Rod miraba estúpidamente. Sally movió los ojos inquieta.

- Miniaturas especializadas. Con trajes de presión. No sabíamos que estuviesen a bordo. Supongo que deben de ser muy tímidas y esconderse cuando hay humanos a bordo. Pero después de todo no son más que animales. Lo preguntamos.

-Animales. -Oh, Dios mío. ¿Qué diría Kutuzov?-. Sally, esto es importante. ¿Puede usted venir esta noche e informarme? Usted o cualquiera que sepa algo de esto.

- De acuerdo. El teniente Sinclair está mirándoles ahora. Rod, es realmente fantástico la destreza de estos animalitos. Y pueden introducirse en lugares en los que sería necesario utilizar herramientas suplementarias e instrumentos especiales.

- Me lo imagino. Sally, dígame la verdad, ¿hay alguna posibilidad de que las miniaturas sean seres inteligentes?

- No. Están simplemente especializadas.

- Sólo especializadas. -Si hubiese alguna viva a bordo de la MacArthur habría explorado la nave de proa a popa-. Sally, ¿hay alguna posibilidad de que uno de los alienígenas pueda oírme ahora?

- No. Estoy utilizando el audífono, y no les hemos permitido trabajar con nuestro equipo.

- No puede estar segura del todo, sin embargo. Ahora escúcheme cuidadosamente, luego quiero hablar en privado con todos los demás tripulantes del transbordador; uno a uno. ¿Ha dicho alguien algo, lo que sea, de que hay miniaturas perdidas a bordo de la MacArthur?

- No. Nos dijo usted que no lo dijésemos, ¿recuerda? ¿Qué pasa, Rod? Qué pasa.

- Por amor de Dios, no digan nada sobre las miniaturas perdidas. Se lo diré a los otros cuando hable con ellos. Y quiero verles a todos, salvo la tripulación regular del transbordador, esta noche. Es hora de que intercambiemos nuestros datos sobre los pajeños, porque tendré que informar al almirante mañana por la mañana. -Parecía casi pálido-. Supongo que puedo esperar hasta entonces.

- Bueno, desde luego que puede -dijo ella.

Sonrió graciosamente, pero se sentía inquieta. Nunca había visto a Rod tan preocupado y esto le preocupaba a ella.

- Estaremos ahí en una hora -dijo-. Ahora le dejo con el señor Whitbread, y, por favor, Rod, deje de preocuparse.

24
Marrones

La sala de guardia de la MacArthur estaba llena de gente. Los asientos de la mesa principal los ocupaban oficiales y científicos y había otros por la periferia. En un mamparo la gente de comunicaciones había instalado una gran pantalla, pero los camareros obstruían las tareas de los técnicos llevando el café a los reunidos. Todos charlaban despreocupadamente, salvo Sally. Sally recordaba la expresión preocupada de Rod Blaine y no podía integrarse en aquella feliz reunión.

Los oficiales se pusieron de pie cuando entró Rod. Algunos civiles se levantaron también; otros fingieron no ver al capitán; y unos cuantos le miraron y luego desviaron la vista, explotando su condición de civiles. Rod, al ocupar su puesto en la cabecera de la mesa, murmuró «Calma», y luego se sentó lentamente. A Sally le pareció aún más preocupado que antes.

- Kelley.

- ¡Señor!

- ¿Es segura esta habitación?

- En la medida en que podemos saberlo, lo es, señor. He revisado todas las instalaciones.

- ¿Qué es esto? -exigió Horvath-. ¿Contra quién está usted protegiéndose?

- Es necesario tomar medidas de precaución, doctor. -Rod miró al Ministro de Ciencias con una expresión que indicaba al tiempo súplica y mandato-. Debo decirles que todo lo que se discuta aquí se clasificará como sumo secreto. ¿Han leído ustedes las normas imperiales sobre revelación de datos secretos?

Hubo un murmullo de asentimiento. La atmósfera alegre y despreocupada se desvaneció de pronto.

- ¿Alguna discrepancia? Permitan que la grabadora muestre que no hubo ninguna. Doctor Horvath, tengo entendido que hace tres horas descubrió usted que las miniaturas son animales muy especializados capaces de realizar trabajos técnicos bajo control. ¿Es correcto eso?

- Sí. Desde luego. ¡Fue una gran sorpresa, se lo aseguro! Las implicaciones son enormes. Si podemos aprender a dirigirlos, serían un suplemento fabuloso de nuestra capacidad.

Rod asintió con aire ausente.

- ¿Hay alguna posibilidad de que pudiéramos haber sabido esto antes? -preguntó-. ¿Lo sabía alguien? ¿Nadie?

Hubo una confusa algarabía, pero nadie contestó. Rod dijo cuidadosamente y con voz clara:

- Dejen que la grabadora muestre que no hubo ninguna.

- ¿Qué grabadora es ésa de la que habla usted? -preguntó Horvath-. ¿Y por qué le preocupa tanto?

- Doctor Horvath, esta conversación quedará registrada porque puede servir como prueba ante un tribunal militar. Un tribunal que puede juzgarme a mí. ¿Está claro?

- Que... ¡Dios mío! -balbuceó Sally-. ¿Un tribunal militar? ¿A usted? ¿Por qué?

- La acusación puede ser alta traición -dijo Rod-. Veo que la mayoría de mis oficiales están sorprendidos. Señora, caballeros, tenemos órdenes estrictas del propio Virrey de no comprometer ningún elemento de la tecnología militar del Imperio, y, en particular, de proteger el Campo Langston y el Impulsor Alderson de la inspección de los pajeños. En las últimas semanas, animales capaces de aprender esa tecnología y muy posiblemente de transmitirla a otros pajeños han recorrido mi nave a su antojo. ¿Comprenden ahora?

-Ya veo -Horvath no dio muestra alguna de alarma, pero se había quedado pensativo-. Y ha asegurado usted esta habitación... ¿Cree realmente que las miniaturas pueden entender lo que decimos?

- Creo posible que memoricen conversaciones y las repitan. Pero, Kelley ¿están aún vivas las criaturas?

- Señor, llevan semanas sin dar señales de vida. No han hecho ninguna incursión en los depósitos de alimentos. Los hurones no han encontrado más que ratas. Creo que los animales están muertos, capitán.

Blaine se rascó la nariz, y luego retiró la mano rápidamente.

Artillero, ¿ha oído usted que hubiese «Marrones» a bordo de esta nave? La cara de Kelley no reflejó sorpresa alguna. En realidad no reflejó nada.

- ¿Marrones, capitán?

- Rod, ¿ha perdido usted el juicio? -exclamó Sally; todos la miraron, algunos no demasiado amistosamente. Oh, demonios, pensó ella, he metido la pata. Al parecer algunos saben de lo que habla. Demonios.

- Dije Marrones, artillero. ¿Ha oído hablar de ellos?

- Bueno, oficialmente no, capitán. Puedo decir que algunos de los técnicos espaciales parecen creer últimamente en duendes. No veo que haya nada malo en ello. -Kelley parecía confuso. Había oído aquello y no había informado, y ahora el capitán, su capitán, podría verse envuelto en problemas...

- ¿Alguien más? -preguntó Rod.

- Bueno, señor...

Rod tuvo que esforzarse para ver quién hablaba. El guardiamarina Potter estaba junto a la pared del fondo, casi oculto entre dos biólogos.

- ¿Sí, señor Potter?

-Algunos de los hombres de mi sección de observación, capitán, dicen que si se deja algo de comida, semillas, cereales, sobras, cualquier cosa en los pasillos o debajo de la litera, junto con algo que haya que arreglar, lo arreglan. -Potter parecía incómodo; era evidente que creía que aquello era un cuento-. Uno de los hombres les puso de nombre «Marrones». Yo pensé que era una broma.

Una vez que habló Potter lo hicieron una docena más. Incluso algunos de los científicos. Microscopios que habían quedado en mejores condiciones que los más perfectos que hubiese hecho nunca Leica Optical. Una lámpara hecha a mano de la sección de biología. Botas y zapatos adaptados a pies individuales. Rod alzó los ojos en esta ocasión.

- Kelley, ¿cuántos de sus soldados tienen armas individualizadas como las de usted y las del señor Renner?

- Bueno... no lo sé, señor

- Puedo ver uno desde aquí. Usted, Polizawsky, ¿cómo consiguió ese arma? El soldado tartamudeó. No estaba acostumbrado a hablar con los oficiales, y menos con el capitán, y aún menos con el capitán irritado.

- Bueno, señor, yo dejé mi arma y una bolsa de palomitas de maíz bajo mi litera y a la mañana siguiente estaba hecho, señor. Como dijeron los otros, capitán.

- ¿Y no le pareció esto lo suficientemente raro como para informar al artillero Kelley?

- Bueno... señor... Otros compañeros, pensamos que quizás, bueno, el cirujano ha hablado de alucinaciones del espacio, capitán, y nosotros...

Además, si informaban ustedes se acabaría todo -concluyó Rod por él. Oh, ¡maldita sea! ¿Cómo iba a explicar aquello? Estaba ocupado, demasiado ocupado resolviendo disputas entre los científicos... Pero el hecho era innegable. Había desatendido sus deberes de capitán, con resultados imprevisibles...

- ¿No está tomándose todo esto demasiado en serio? -preguntó Horvath-. Después de todo, capitán, el Virrey dio sus órdenes mucho antes de saber algo sobre los pajeños. Ahora es evidente que no son peligrosos, y desde luego que no son hostiles.

- ¿Sugiere usted acaso, doctor, que desobedezcamos las órdenes de un dirigente imperial?

A Horvath pareció divertirle esto. Su sonrisa fue extendiéndose lentamente por su cara.

Ah, no -contestó-. Ni mucho menos. Quiero decir, únicamente, que si esa política se modificase, cuando realmente sea inevitable, todo esto parecerá una tontería, capitán Blaine. Una chiquillada.

- ¿Qué se ha creído usted? -explicó Sinclair-. ¡Ésa no es forma de hablar al capitán!

- Cálmate, Sandy -intervino el primer teniente Cargill-. Doctor Horvath, supongo que nunca se ha relacionado con el servicio secreto militar. En los servicios secretos lo que cuenta es la capacidad, no la intención. Si un enemigo potencial puede hacerte algo, tienes que prepararte para ello, sin tener en cuenta lo que pienses que él quiere hacer.

- Exactamente -convino Rod.

Estaba contento de las interrupciones. Sinclair aún bufaba a un extremo de la mesa, y costaría poco hacerle estallar de nuevo.

-Así que lo primero que tenemos que descubrir es la posible capacidad de las miniaturas. Por lo que he visto en la construcción de la cámara neumática, y por lo que hemos descubierto sobre los «Marrones», es bastante considerable.

- Pero son sólo animales -insistió Sally; miró al enfurecido Sinclair, a Horvath, que sonreía sardónicamente, y a Rod, que seguía preocupado-. Ustedes no parecen entenderlo. Su manejo de las herramientas... Bien, sí, son muy buenos con las herramientas, pero eso no es inteligencia. Tienen la cabeza demasiado pequeña. Cuanto más tejido cerebral utilizan al

servicio de ese instinto para sus tareas mecánicas, más tienen que perder. Carecen prácticamente del olfato y el gusto. Son terriblemente miopes. Tienen menos capacidad lingüística que un chimpancé. Su percepción del espacio es buena, y se les puede adiestrar, pero no hacen herramientas, sólo arreglan o modifican cosas. ¡Inteligencia! -explotó-. ¿Qué ser inteligente hubiese adaptado el mango del cepillo de dientes de señor Battson?

»En cuanto a lo de espiarnos, ¿cómo iban a hacerlo? Nadie pudo enseñarles eso. En primer lugar, fueron seleccionados al azar.

Miró a su alrededor, a todas sus caras, intentando comprobar el efecto de sus palabras.

- ¿Es seguro que las miniaturas escapadas estén aún vivas? -la voz tenía un fuerte acento de Nueva Escocia. Rod miró al doctor Blevins, un veterinario colonial incorporado a la expedición-. Mi propia miniatura está muriendo, capitán. No puedo hacer nada. Envenenamiento interno, degeneración glandular... los síntomas parecen similares a los de la vejez.

Blaine movió la cabeza lentamente.

- Me gustaría creer eso, doctor, pero corren demasiadas historias sobre los Marrones en esta nave. Antes de esta reunión hablé con algunos de los otros jefes, y pasa lo mismo en las cubiertas inferiores. Nadie quería informar, porque, en primer lugar, creen que les tomaremos por locos y, en segundo, porque los Marrones eran demasiado útiles para arriesgarse a perderlos. Ahora bien, nunca ha habido, pese a todos los cuentos irlandeses del artillero Kelley, duendes en las naves de la Marina... tienen que ser las miniaturas.

Hubo un largo silencio.

- Pero ¿qué mal están haciendo, después de todo? -preguntó Horvath-. A mi juicio sería muy útil tener algunos Marrones, capitán.

-Vaya. -Aquello no necesitaba comentarios en opinión de Rod-. Malo o bueno, inmediatamente después de esta reunión, esterilizaremos la nave. Sinclair, ¿ha dispuesto lo necesario para evacuar la cubierta hangar?

- Sí, capitán.

- Entonces hágalo. Ábrala, y compruebe que todos los compartimentos que tiene quedan abiertos al espacio. Quiero la cubierta hangar muerta. Teniente Cargill, encárguese de que el grupo especial de vigilancia esté con la armadura de combate. Sólo con su armadura de combate, Número Uno. El resto de ustedes piensen en el equipo que tienen que pueda soportar el vacío absoluto. Cuando se termine con la cubierta hangar, los soldados de Kelley les ayudarán a llevar todo ese equipo hasta allí; y luego despresurizaremos el resto de la nave. Vamos a acabar de una vez por todas con los Marrones.

- Pero... -Eso es una tontería... -Mis cultivos morirán... -Siempre pasa lo mismo con la Marina... -¿Puede hacer eso en realidad?... -De acuerdo, capitán... -Quién demonios se creerá que es...

- ¡Silencio! -La voz de Kelley atronó por encima de la algarabía general.

- Capitán, ¿tiene usted que llegar a este extremo? -preguntó Sally.

-Yo creo que son demasiado peligrosos -respondió Rod-. Si no hago esto, el almirante lo hará de todos modos. Ahora, díganme, ¿están todos ustedes de acuerdo en que las miniaturas no son espías?

- No deliberados -dijo Renner-. Pero, capitán, ¿sabe usted lo de la computadora de bolsillo?

- No.

- La pajeña grande desmontó la computadora de bolsillo de la señorita Fowler. Y luego volvió a montarla. Y funciona.

-Vaya -Rod hizo un gesto hosco-. Pero eso fue la pajeña marrón grande.

- Que puede hablar con los pequeños. Fue ella quien hizo que le devolviesen el reloj al señor Bury -dijo Renner.

- He dado órdenes a la tripulación, capitán -informó Cargill; se encontraba junto al intercomunicador de la sala de guardia-. No he dicho nada a nadie. La tripulación cree que se trata de una maniobra.

- Bien pensado, Jack. Ahora, díganme, ¿qué objeciones tienen ustedes a que matemos a esos animales? La pajeña grande hizo lo mismo, y si, como dicen ustedes, son sólo animales, debe de haber muchísimos más. Los pajeños grandes no se incomodarán por eso. ¿Por qué habríamos de hacerlo nosotros?

- Bueno, no -dijo Sally-. Pero... Rod hizo un gesto definitivo.

- Hay suficientes razones para matarlos, y aún no hemos oído ninguna que justifique dejarlos libres por ahí. Así que podemos dar por zanjada la cuestión.

Horvath hizo un gesto negativo.

- Me parece una medida demasiado drástica, capitán. ¿Qué cree usted que está protegiendo exactamente?

- De forma directa el Impulsor Alderson. Indirectamente, todo el Imperio, pero sobre todo el Impulsor -dijo con voz grave Cargill-. Y no me pregunte por qué pienso que el Imperio necesita protegerse de los pajeños. No lo sé, pero... creo que lo necesita.

- No podrá proteger el Impulsor. Lo han descubierto ya -proclamó Renner. Sonrió malévolamente al ver que todos se volvían hacia él.

- ¿Qué? -exigió Rod-. ¿Cómo?

- ¿Quién es el maldito traidor? -clamó Sinclair-. ¡Nombra a esa basura!

- ¡Vamos! ¡Calma! -insistió Renner-. Ellos tenían ya el Impulsor, capitán. Hace sólo una hora que lo sé. Todo está registrado, permítanme que se lo muestre.

Se levantó y se acercó a la gran pantalla. Parpadearon imágenes en ella hasta que Renner encontró lo que deseaba. Se volvió a los demás.

- Es agradable ser el centro de la atención... -Renner se interrumpió ante la mirada furiosa de Rod-. Esto es una conversación entre, bueno, mi pajeño y yo. Utilizaré una pantalla dividida para mostrar las dos partes.

Accionó los controles y la pantalla cobró vida: Renner en el puente de la MacArthur, su Fyunch(click) en la nave embajadora pajeña. Renner pasó las imágenes deprisa hasta dar exactamente con la que quería.

- Podrían haber venido ustedes de cualquier parte -decía la pajeña de Renner-. Aunque lo más probable es que procedan de una estrella próxima, como por ejemplo... bueno, puedo señalarla.

Aparecieron imágenes estelares en una pantalla detrás de la pajeña; pantallas dentro de pantallas. La pajeña señaló con su brazo derecho superior. La estrella era Nueva Caledonia.

- Sabemos que tienen ustedes un impulsor instantáneo, por la zona donde aparecieron.

La imagen de Renner se adelantó.

- ¿Dónde aparecimos?

-Aparecieron ustedes exactamente en el... -La pajeña de Renner parecía buscar una palabra; renunció claramente-. Renner, he de hablarle de una criatura legendaria.

- Diga. -La imagen de Renner hizo una señal pidiendo café. El café y las leyendas iban juntos.

- Le llamaremos Eddie el Loco, si no le importa. Es un... es como yo, a veces, y es un Marrón, una especie de sabio idiota, otras veces. Siempre hace las cosas al revés por excelentes razones. Hace las mismas cosas una y otra vez, siempre con resultados desastrosos, y nunca aprende.

Hubo unos murmullos en la sala de oficiales de la MacArthur.

- ¿Por ejemplo? -preguntó la imagen de Renner. La imagen de la pajeña de Renner se paró a pensar.

- Cuando una ciudad -dijo- se ha hecho tan grande y tan densa que corre peligro inmediato de colapso... cuando los alimentos y el agua potable afluyen a la ciudad en una cuantía sólo suficiente para alimentar todas las bocas, y todos deben trabajar constantemente para que las cosas sigan así... cuando el transporte está dedicado todo él a desplazar suministros vitales, y no queda transporte libre para que los habitantes de la ciudad salgan de ella si surge la necesidad... entonces es cuando Eddie el Loco induce a los encargados de la basura a declararse en huelga exigiendo mejores condiciones de trabajo.

Renner sonrió y dijo:

- Creo que conozco a ese caballero. Continúe.

- Existe el Impulsor de Eddie el Loco. Hace desaparecer las naves.

- Comprendo.

- Teóricamente debería ser un impulsor instantáneo, una llave que permitiría abrir de par en par el universo. En la práctica su resultado es que las naves desaparecen para siempre. El Impulsor ha sido descubierto, construido y probado varias veces, y siempre hace desaparecer las naves con todos sus tripulantes, pero sólo si se usa correctamente. La nave debe encontrarse en el punto exacto, una posición difícil de localizar exactamente, y la maquinaria debe hacer justamente lo que los teóricos postulan que deben hacer, porque si no, no pasa nada.

Ambos Renner reían ahora.

- Comprendo. Y nosotros aparecimos en ese punto exacto, el punto de Eddie el Loco. De lo que deducen ustedes que hemos resuelto el enigma del Impulsor de Eddie el Loco. -Así es.

- ¿Y qué significa eso?

La alienígena separó sus labios en una sonrisa inquietantemente tiburonesca, desconcertantemente humana... Renner les permitió que contemplasen detenidamente aquella sonrisa antes de desconectar.

Hubo un largo silencio, luego habló Sinclair.

- Bueno, está bastante claro, ¿no? Saben del Impulsor Alderson, pero no del Campo Langston.

- ¿Por qué dice usted eso, teniente Sinclair? -preguntó Horvath. Todos intentaban explicárselo a la vez, pero la voz del ingeniero jefe se abrió paso entre la algarabía.

- Sus naves se desvanecen, pero sólo en el punto correcto, ¿no? Por lo tanto conocen el Impulsor. Pero ninguna de sus naves ha vuelto, porque pasan a espacio normal en la estrella roja. Es evidente.

- Oh -dijo Horvath, tristemente-. Sin ninguna protección... después de todo, se trata del interior de una estrella, ¿no? Sally se estremeció.

-Y su pajeña dijo que lo habían intentado muchas veces. -Se estremeció de nuevo-. Pero, señor Renner... ninguno de los otros pajeños habló nunca de astronáutica ni de nada parecido. La mía me habló de «Eddie el Loco» como si fuese algo de una época primitiva... una leyenda olvidada.

-Y la mía habló de Eddie el Loco como un ingeniero que utilizaba siempre capital de mañana para resolver los problemas de hoy -intervino Sinclair.

- ¿Alguno más tiene algo que decir? -preguntó Rod.

- Bueno... -El capellán David Hardy parecía nervioso, tenía la cara gordinflona de un color rojo remolacha-. Mi pajeña dice que Eddie el Loco funda religiones. Religiones extrañas, muy lógicas y singularmente inadecuadas.

- Basta -exclamó Rod-. Al parecer, yo soy el único cuya pajeña no ha mencionado nunca a Eddie el Loco. -Se quedó pensativo-. ¿Estamos todos de acuerdo en que los pajeños conocen el Impulsor pero no el Campo?

Todos asintieron. Horvath se rascó la oreja un instante y luego dijo:

-Ahora que me acuerdo de la historia del descubrimiento de Langston, no tiene nada de sorprendente que los pajeños no tengan el Campo. Me asombra que tengan el Impulsor mismo, aunque sus principios puedan deducirse de la investigación astrofísica. Pero el Campo fue un invento puramente accidental.

- Dado que saben que existe, ¿qué cree usted? -preguntó Rod.

- Bueno... no sé -dijo Horvath.

Se hizo un silencio absoluto en la habitación. Un silencio lúgubre. Por último, todos empezaron a hablar. Sally reía.

- Están ustedes tan mortalmente serios -protestó-. Supongamos que tuviesen el Impulsor y el Campo... Sólo hay un planeta lleno de pajeños. No son hostiles, pero aunque lo fuesen,

¿creen ustedes realmente que iban a significar una amenaza para el Imperio? Capitán, ¿qué podría hacer la Lenin con el planeta pajeño ahora mismo, ella sola, si el almirante Kutuzov diese la orden?

La tensión desapareció. Todos sonrieron. Ella tenía razón, no había duda. Los pajeños no tenían siquiera naves de guerra. No tenían una flota, y si la inventasen, ¿cómo aprenderían las tácticas de la guerra espacial? ¿Qué amenaza podrían significar los infelices y pacíficos pajeños para el imperio del hombre?

Todo el mundo se calmó, salvo Cargill. No sonreía, ni mucho menos, cuando dijo, muy serio:

- No sé, señorita. Y realmente me gustaría saberlo.

Horace Bury no había sido invitado a la conferencia, aunque sabía de ella. Ahora, mientras la reunión continuaba, un soldado llegó a su camarote y educadamente, pero con firmeza, le sacó de él. El soldado no dijo adonde llevaba a Bury, y al cabo de un rato se hizo evidente que no lo sabía.

- El artillero jefe dice que debo permanecer con usted y estar preparado para llevarle adonde están todos los demás, señor Bury.

Bury examinó de reojo a aquel hombre. ¿Qué haría aquel tipo por cien mil coronas? Pero en realidad no era necesario. De momento. Era indudable que Blaine no se proponía fusilarle. Hubo un momento en que Bury se asustó. ¿Habría hablado Stone, allá en Nueva Chicago?

Por Alá, nadie estaba seguro... Absurdo. Aunque Stone lo hubiese dicho todo, no había ninguna posibilidad de que la MacArthur recibiese mensajes del Imperio. Estaban tan absolutamente aislados como los pajeños.

-Así que tiene que quedarse usted conmigo. ¿No le dijo su oficial adonde tengo que ir?

- Todavía no, señor Bury.

- Entonces lléveme al laboratorio del doctor Buckman. Estaremos los dos más cómodos.

El soldado lo pensó y por fin dijo:

- Esta bien, vamos.

Bury encontró a su amigo de mal humor.

- Empaquetar todo lo que no puede soportar el vacío -murmuraba Buckman-. Trasladar todo lo que pueda soportarlo. Sin ninguna razón. Simplemente porque sí. - Había empaquetado ya gran número de cajas y de bolsas de plástico.

La tensión de Bury se manifestaba claramente. Ordenes absurdas, un guardia a la puerta... comenzaba a sentirse de nuevo un prisionero. Tardó un rato en calmar a Buckman. Por fin el astrofísico se sentó en una silla y alzó una taza de café.

- Le he visto muy poco últimamente -dijo-. ¿Muy ocupado?

- Tengo muy poco que hacer, en realidad, en esta nave. No se me dice apenas nada - respondió Bury pausadamente... y esto le exigió un gran control-. ¿Por qué debe prepararse usted para vacío intenso aquí?

- ¡Ah!, no lo sé. Simplemente tengo que hacerlo. Si intenta usted ver al capitán, está en la conferencia. Si uno no puede tratar con ellos cuando los necesita, ¿qué es lo que debe hacer?

Llegaban rumores del pasillo exterior: estaban arrastrando y cambiando de sitio objetos pesados. ¿Qué podía ser? A veces evacuaban las naves para librarse de las ratas.

¡Era eso! ¡Querían matar a las miniaturas! Alabado sea Alá, había actuado a tiempo. Bury sonrió aliviado. Tenía una idea mucho más clara del valor de las criaturas desde la noche en que había dejado una caja de bhaklavah junto a la placa facial de su traje de presión. Casi lo había perdido todo.

- ¿Qué tal le fue en los asteroides de los puntos troyanos? -preguntó a Buckman. Buckman pareció sorprenderse. Luego se echó a reír.

- Bury, no había pensado en ese problema desde hace un mes. Hemos estado estudiando el Saco de Carbón.

-Ah.

- Hemos encontrado allí una masa... probablemente una protoestrella. Y una fuente infrarroja. Las pautas móviles que se localizan en el Saco de Carbón son fantásticas. Como si el gas y el polvo fuesen viscosos... por supuesto son los campos magnéticos los que provocan esto. Estamos aprendiendo cosas maravillosas sobre la dinámica de una nube de polvo. Cuando pienso en el tiempo que perdí en esas rocas de los puntos troyanos... ¡siendo tan simple el problema!

- Bueno, siga, Buckman. No me deje colgado.

- ¿Cómo? Ah, sí, se lo mostraré. -Buckman se acercó al intercomunicador y leyó una hilera de números. No pasó nada.

- Qué extraño. Algún idiota debe de haberlo clasificado como RESERVADO. -Buckman cerró los ojos, recitó otra serie de números, aparecieron fotografías en la pantalla-. Ah. ¡Aquí!

En la pantalla aparecieron asteroides, las imágenes eran borrosas. Algunos de los asteroides eran irregulares, otros casi esféricos, muchos tenían cráteres...

- Siento que las imágenes sean tan poco claras. Los puntos troyanos están bastante lejos... pero todo se arregló con tiempo y con los telescopios de la MacArthur. ¿Ve usted lo que encontramos?

- Pues no, la verdad. A menos que...

Todos ellos tenían cráteres. Al menos un cráter. Tres asteroides largos y estrechos en sucesión... y cada uno con un profundo cráter en un extremo. Una roca, retorcida hasta parecer casi un caracol; y el cráter estaba en el interior de la curva. Todos los asteroides que aparecían tenían un cráter grande y profundo; y la línea que atravesaba el centro del cráter atravesaba siempre el centro de la masa de la roca.

Bury sintió miedo y ganas de reír al mismo tiempo.

- Sí, comprendo. Descubrieron ustedes que todos esos asteroides han sido colocados artificialmente. En consecuencia, dejaron de interesarles.

- Naturalmente. Cuando pienso que esperaba descubrir algún nuevo principio cósmico... -Buckman se encogió de hombros. Bebió otro trago de café.

- Supongo que no se lo habrá dicho a nadie...

- Se lo dije al doctor Horvath. Por cierto, ¿cree usted que pondría él el material en la sección reservada?

- Quizás. Buckman, ¿cuánta energía cree usted necesaria para mover una masa de rocas como ésa?

- Bueno, no sé. Supongo que mucha. En realidad... -los ojos de Buckman relumbraron-. Un problema interesante. Le daré el resultado cuando acabe con esa estupidez. -Se volvió a sus aparatos.

Bury se quedó sentado donde estaba, mirando al vacío. De pronto empezó a temblar.

25
La pajeña del capitán

-Aprecio su interés por la seguridad del Imperio, almirante -dijo Horvath; hizo un gesto cauteloso frente a la imagen de la pantalla del puente de la MacArthur-. Se lo aseguro. Sin embargo, no hay duda de que si no aceptamos la invitación de los pajeños lo mejor es que nos volvamos a casa. Aquí no tenemos ya nada que aprender.

- Dígame usted, Blaine. ¿Está de acuerdo con esto? -la expresión del almirante Kutuzov era impenetrable.

- Señor -dijo Rod-, tengo que seguir el consejo de los científicos. Dicen que tenemos todos los datos que pueden obtenerse a esta distancia.

- ¿Quiere situar usted entonces la MacArthur en órbita alrededor del planeta pajeño? ¿Es eso lo que aconseja usted? ¿Es su posición oficial?

- Lo es, señor. Eso o volver a casa, y no creo que sepamos lo suficiente sobre los pajeños para irnos ya.

Kutuzov respiró lenta y prolongadamente. Apretó los labios.

Almirante, usted tiene su trabajo, yo tengo el mío -le recordó Horvath-. Está muy bien proteger el Imperio contra cualquier improbable amenaza que planteen los pajeños, pero debemos aprovechar los conocimientos científicos y tecnológicos que puedan proporcionarnos. Le aseguro que no se trata de algo insignificante. Están tan adelantados en muchos aspectos que yo... bueno, no encuentro palabras para describirlo, eso es todo...

- Exactamente. -Kutuzov remarcó la palabra golpeando los brazos de su silla de mando con los puños cerrados-. Tienen una tecnología superior a la nuestra. Hablan nuestro idioma y usted dice que nosotros jamás llegaremos a hablar el suyo. Conocen el efecto Alderson y ahora saben que existen Campos Langston. Quizás debiéramos volver a casa, doctor Horvath. Inmediatamente.

- Pero... -comenzó Horvath.

-Y sin embargo -siguió Kutuzov-, no me gustaría luchar con esos pajeños sin saber más de ellos. ¿Qué defensas planetarias tienen? ¿Cómo se gobiernan? Pese a todos los datos que han recogido ustedes veo que no son capaces de responder a estos interrogantes. No saben siquiera quién manda su nave embajadora.

- Cierto -dijo Horvath enérgicamente-. Es una situación muy extraña. Francamente a veces pienso que no tienen jefe, pero por otra parte acuden siempre a su nave para solicitar instrucciones cuando lo necesitan... y luego está la cuestión del sexo.

- Hable usted claro, doctor.

- De acuerdo -dijo Horvath, irritado-. Es muy simple. Todos los Marrones-y-blancos han sido hembras desde su llegada. Además, la hembra marrón ha quedado embarazada y ha dado a luz una cría marrón y blanca. Ahora es macho.

- Sé de casos de cambios de sexo en alienígenas. ¿Cree usted que una Marrón-yblanca era macho hasta poco antes de que llegase la nave embajadora?

- Eso pensamos. Pero parece más probable que las Marrones-y-blancas no hayan criado debido a la presión demográfica. Todas ellas siguen siendo hembras... pueden ser incluso híbridos, pues una Marrón es madre de uno. ¿Cruce entre los Marrones y otros? Esto indicaría que había algo distinto a bordo de la nave embajadora.

- Ellos tienen un almirante a bordo de su nave -dijo Kutuzov con firmeza-. Lo mismo que nosotros. Estoy seguro. ¿Qué les dijeron ustedes cuando preguntaron sobre mí? Rod oyó un resoplido detrás y supuso que se trataba de Kevin Renner.

- Lo menos posible, señor -dijo Rod-. Sólo que estábamos sometidos a las órdenes de la Lenin. No creo que conozcan su nombre, ni si hay un hombre o un grupo, un consejo, a bordo.

- Muy bien. -El almirante casi sonreía-. Exactamente lo que ustedes saben sobre su comandante, ¿verdad? Ahora bien, no hay duda de que a bordo de esa nave hay un almirante y que ha decidido que es mucho mejor tenerles más cerca de su planeta. Ahora bien, mi problema es: ¿sabré yo más dejándoles ir de lo que descubrirá él teniéndoles allí?

Horvath se apartó de las pantallas y lanzó una mirada suplicante al cielo y a todos los santos. ¿Cómo podía ponerse de acuerdo con un hombre como aquél...?

- ¿Alguna señal de los pequeños pajeños? -preguntó Kutuzov-. ¿Tienen ustedes aún marrones a bordo del crucero de batalla de Su Majestad Imperial MacArthur? Rod se estremeció ante el tono sarcástico.

- No, señor. Evacuamos la bodega hangar y lo abrimos todo al espacio. Y luego coloqué a todos los pasajeros y a la tripulación de la MacArthur en la cubierta hangar y abrí el resto de la nave. Fumigamos con cifógeno, echamos monóxido de carbono en todos los sistemas de ventilación, abrimos de nuevo al espacio y después salimos de la bodega hangar e hicimos lo mismo allí. Las miniaturas están muertas, almirante. Tenemos los cuerpos. Veinticuatro, exactamente, aunque a una de ellas no la encontramos hasta ayer; estaba bastante descompuesta después de tres semanas...

- ¿Y no hay rastro alguno de Marrones? ¿Ni de ratones?

- No, señor. Tanto las ratas y los ratones como los pajeños... están muertos. La otra miniatura, la que teníamos enjaulada, ha muerto también, señor. El veterinario cree que de vejez.

-Así que el problema está resuelto -dijo Kutuzov-. ¿Y qué me dicen de la alienígena adulta que tienen a bordo?

- Está enferma -dijo Blaine-. Tiene los mismos síntomas que la miniatura.

- Sí, ése es otro asunto -dijo rápidamente Horvath-. Quiero preguntarles a los pajeños qué puede hacerse con la minera enferma, pero Blaine no quiere permitírmelo si no da usted permiso.

El almirante buscó algo fuera de la pantalla. Luego, cuando apareció otra vez, llevaba en la mano un vaso de té del que bebió ruidosamente.

- ¿Los otros saben que está a bordo esa minera?

- Sí -dijo Horvath, el Ministro de Ciencias; al ver que Kutuzov le miraba irritado, siguió rápidamente-. Al parecer lo saben desde el principio. Nadie se lo dijo. De eso estoy seguro.

-Así que lo saben. ¿Han pedido que les entregasen a la minera? ¿O han querido verla?

- No. -Horvath frunció de nuevo el ceño; había un tono incrédulo en su voz-. No, no lo han hecho. En realidad, no han mostrado ningún interés por la minera, ni tampoco por las miniaturas... ¿Ha visto usted las fotografías de los pajeños evacuando su nave, almirante? También ellos tienen que matar a los pequeños. Se reproducen como ratas colmeneras. -Horvath hizo una pausa, su ceño se frunció aún más; luego dijo, bruscamente-: De todos modos, quiero preguntarles a los otros qué puede hacerse con la minera enferma. No podemos dejarla morir así.

- Quizás fuese mejor para todos -musitó Kutuzov-. Está bien, doctor, pregúnteles. En realidad, el hecho de que desconozcamos la dieta adecuada de los pajeños no va a revelarles nada sobre el Imperio. Pero si pregunta usted y ellos insisten en ver a esa minera, Blaine, debe negarse. Si es necesario, la minera debe morir... trágica y súbitamente, por accidente, pero debe morir. ¿Está claro? No debe hablar con los otros pajeños, ni ahora ni nunca.

- Entendido, señor.

Rod permanecía impasible en su silla de mando. ¿Estoy de acuerdo con esto?, se preguntaba. Debería estar impresionado, desconcertado, pero...

- ¿Aún desea preguntar, dadas las circunstancias, doctor? -preguntó Kutuzov.

- Sí. No esperaba otra cosa de usted, de todos modos. -Horvath apretó los labios con firmeza contra los dientes-. Tenemos ahora lo más importante: los pajeños nos han invitado a colocarnos en órbita alrededor de su planeta. No podemos saber exactamente qué es lo que pretenden. Mi opinión es que quieren iniciar, sinceramente, relaciones comerciales y diplomáticas con nosotros, y éste es el medio lógico de conseguirlo. No hay nada que nos lleve a pensar lo contrario. Usted, claro está, tiene sus propias teorías...

Kutuzov se echó a reír. Era una risa sonora y saludable.

- En realidad, doctor, quizás piense lo mismo que usted. ¿Qué tiene que ver eso, sin embargo? Mi deber es preservar la seguridad del Imperio. Lo que yo crea no tiene importancia. -El almirante les miró fríamente a todos desde las pantallas-. En fin, capitán, dejo a su criterio el desenlace de esta situación. Sin embargo, debe usted ante todo armar su nave con una instalación de torpedos destructores. Comprenderá que no podemos permitir que la MacArthur caiga en manos pajeñas.

- Desde luego, señor.

- Muy bien. Puede usted ir, capitán. Le seguiremos. Debe transmitir toda la información que obtenga, hora a hora... y quede entendido que si su nave se ve amenazada, yo no intentaré rescatarle si hay posibilidad de que corra peligro la Lenin. Mi deber es ante todo regresar con información, incluyendo cómo murieron ustedes, si es que eso llega a suceder. -El almirante se volvió para mirar directamente a Horvath-. Bien, doctor, ¿aún sigue queriendo ir a Paja Uno?

- Por supuesto.

Kutuzov se encogió de hombros.

Adelante, capitán Blaine -dijo-. Adelante.

Los remolcadores de la MacArthur habían recogido un cilindro en forma de bidón de aceite de la mitad del tamaño de la nave embajadora pajeña. Era muy sencillo: un casco grueso y duro de algún material espumoso, lleno de hidrógeno líquido, que giraba lentamente, con una válvula reductora en el eje. Ahora estaba ligado a la nave embajadora detrás de los espacios vitales toroidales. La delgada espina destinada a guiar el fluido plasmático del impulsor de fusión había sido también modificada, doblada hacia un lado para dirigir el impulso a través del nuevo centro de masa. La nave embajadora permanecía desequilibrada, como una mujer aparatosamente embarazada que intentase caminar.

Los pajeños (los Marrones-y-blancos, guiados por uno de los Marrones) estaban dedicados a desmontar el puente de cámara neumática, fundiéndolo y remodelando el material en plataformas de soporte anulares para los frágiles toroides. Otros trabajaban dentro de la nave, y tres pequeñas formas Marrón-y-blanco jugueteaban entre ellos. El interior cambiaba otra vez como en sueños. Los muebles e instrumentos especiales para la caída libre habían sido remodelados. Los suelos estaban inclinados, en posición vertical respecto a la nueva línea de empuje.

No había ya pajeños a bordo del transbordador; estaban todos trabajando; pero se mantenía el contacto. Algunos de los guardiamarinas cumplían su servicio haciendo simple trabajo muscular a bordo de la nave embajadora.

Whitbread y Potter trabajaban en la cámara de aceleración, desplazando las literas para dejar espacio a dos literas más pequeñas. Era un trabajo sencillo de soldadura, pero exigía músculos. Se amontonaba el sudor bajo los cascos filtradores y les empapaba los sobacos.

- ¿Cómo olemos los hombres para un pajeño? -preguntó Potter-. No conteste a la pregunta si le parece impropia -añadió.

- Es una pregunta difícil -contestó la pajeña de Potter-. Mi deber, señor Potter, es comprender todo lo de mi Fyunch(click). Quizás me ajuste demasiado bien a mi papel. El olor del sudor limpio no me ofendería aunque no estuviese usted trabajando para nosotros. ¿Qué es lo que le parece divertido, señor Whitbread?

- Disculpe. Es el acento.

- ¿A qué acento se refiere? -preguntó Potter. Whitbread y su pajeña se echaron a reír.

- Bueno, es divertido -dijo la pajeña de Whitbread-. Antes no tenía usted dificultades para distinguirnos.

-Ahora es al revés -dijo Whitbread-. Ahora tengo que contar las manos para saber si estoy hablando con Renner o con su pajeña. Échame una mano aquí, ¿quieres, Gavin...? Y la pajeña del capitán Blaine. Tengo que hacer un esfuerzo para no colocarme en posición de firme cuando dice algo. Habla en el mismo tono en el que da las órdenes el capitán.

-Aun así -dijo la pajeña de Whitbread-, a veces me pregunto si captamos realmente las cosas. El que podamos imitarles no significa que podamos entender...

- Ésta es nuestra técnica habitual, vieja como el mundo. Funciona. ¿Qué otra cosa podemos hacer, Fyunch(click) de Jonathon Whitbread?

- Me lo preguntaba, eso es todo. Son ustedes tan versátiles. No podemos adaptarnos a todas las condiciones de ustedes, Whitbread. Para ustedes es fácil mandar y fácil obedecer; ¿cómo pueden hacer ambas cosas? Son muy buenos con las herramientas...

- También ustedes -dijo Whitbread, sabiendo que era decir poco.

- Pero nos cansamos enseguida. En cambio ustedes pueden seguir trabajando, ¿no es cierto? Nosotros no.

- Hum.

-Y nosotros no sabemos luchar... bueno, basta ya. Nosotros jugamos nuestro papel con el fin de comprenderles, pero ustedes parecen desempeñar todos miles de papeles.

Eso resulta muy difícil para un honrado y laborioso monstruo de ojos saltones.

- ¿Quién le ha hablado de los monstruos de ojos saltones? -exclamó Whitbread.

- El señor Renner, ¿quién si no? Lo consideré un cumplido... el que confiase en mi

sentido del humor, quiero decir.

- El doctor Horvath le mataría si se enterase. Tenemos órdenes de andar con pies de plomo en nuestras relaciones con los alienígenas. No violar sus tabúes y todo eso.

- El doctor Horvath -dijo Potter-. Ahora recuerdo que el doctor Horvath quería que les preguntásemos una cosa. Ya saben que tenemos a un Marrón a bordo de la MacArthur.

- Sí, claro. Una minera. Su nave visitó a la MacArthur y luego volvió a casa vacía. Era evidente que se había quedado con ustedes.

- Está enferma -dijo Potter-. Y últimamente ha empeorado. Según el doctor Blevins tiene todos los síntomas de una enfermedad alimentaria, pero no ha podido hacer nada por ella. ¿Tienen idea de lo que puede faltarle?

Whitbread creyó saber por qué Horvath no le había preguntado a su pajeña lo de la Marrón; si los pajeños exigían verla, había que decirles que no, siguiendo las órdenes del propio almirante. Al doctor Horvath aquella orden le parecía absurda; nunca sería capaz de defenderla. Pero para Whitbread y para Potter no existía tal problema. Para ellos una orden era una orden.

Al ver que las pajeñas no respondían inmediatamente, Jonathon dijo:

- Los biólogos han probado muchas cosas. Nuevos alimentos, análisis de los flujos digestivos de la Marrón, rayos X por si existía un tumor. Llegaron incluso a cambiar la atmósfera del camarote para que fuese igual a la atmósfera de Paja Uno. Todo sin resultado. Cada día está peor y apenas se mueve ya. Ha adelgazado mucho. Se le está cayendo el pelo.

La pajeña de Whitbread habló con una voz extrañamente átona.

- ¿No tienen ustedes ni idea de lo que pueda pasarle?

- No -respondió Whitbread.

Resultaba extraño e inquietante aquel modo de mirar de las pajeñas. Ahora parecían idénticas, flotando, medio encogidas, sujetas en las agarraderas manuales: idéntica postura, idénticas marcas, idénticas sonrisas. Ahora no se distinguían las individualidades de cada una. Quizás fuese todo una pose...

- Les daremos algunos alimentos -dijo de pronto la pajeña de Potter-. El diagnóstico parece correcto. Es probable que sea su dieta.

Pero las pajeñas se fueron. Al cabo de un rato regresó la de Whitbread con un saco de presión que contenía cereales, frutos del tamaño de albaricoques y un trozo de carne cruda.

- Hiervan la carne, humedezcan el grano y denle la fruta cruda -dijo-. Y comprueben la ionización del aire de su cabina. -Luego les acompañó hasta fuera.

Los muchachos volvieron al transbordador.

Actuaban de modo muy extraño -dijo Potter-. Tengo la impresión de que ha sucedido algo importante hace un minuto.

- Sí...

- ¿Qué sería?

- Quizá piensen que hemos tratado mal a la Marrón. Quizás se pregunten por qué no la traemos aquí. Y quizás sea todo lo contrario, que se asombren de que nos preocupemos tanto por una simple Marrón.

-Y puede también que estén simplemente cansados y nosotros nos imaginemos todo lo demás. -Potter activó los racimos de empuje para aminorar la marcha de su vehículo.

- Gavin. Mira atrás.

-Ahora no. Tengo que ocuparme de la seguridad de mi vehículo.

- Potter situó adecuadamente el vehículo y luego volvió la vista.

Fuera de la nave habían estado trabajando más de una docena de pajeños. La abrazadera de los toroides estaba claramente inconclusa... pero los pajeños penetraban todos en la cámara neumática.

Los Mediadores penetraban en el toroide, saltando suavemente por las paredes, evitando cuidadosamente chocar unos con otros. La mayoría mostraban de un modo u otro que eran Fyunch(click) de los alienígenas. Tendían a ocultar los brazos derechos inferiores. Querían alinearse con todas las cabezas apuntando en la misma dirección.

El Amo era blanco, con las matas de pelo de los sobacos y el pubis largas y sedosas, como el pelo de un gato de angora. Cuando estuvieron todos allí, el Amo se volvió a la pajeña de Whitbread y dijo:

- Hable.

La pajeña de Whitbread explicó el incidente con los guardiamarinas.

- Estoy segura de que hablaban sinceramente -concluyó. El Amo se dirigió a la pajeña de Potter y le dijo:

- ¿Está usted de acuerdo?

- Sí, completamente.

Hubo un murmullo asustado, en parte en lengua pajeña y en parte en ánglico. Cesó cuando el Amo dijo:

- ¿Y qué les dijeron?

- Les dijimos que la enfermedad podría ser muy bien una deficiencia vitamínica... Surgieron entre los Mediadores risas de sorpresa, que casi parecían humanas, pero no entre los pocos que aún no tenían Fyunch(click) asignados.

-...y les dimos alimentos para la Ingeniera. No servirá de nada, claro.

- ¿Y cree usted que se lo creyeron?

- Es difícil saberlo. No se nos da bien lo de mentir directamente. No es nuestra especialidad -dijo la pajeña de Potter.

Se alzó un rumor de cuchicheos en el toroide. El Amo permitió que se mantuviera durante un rato. Y luego dijo:

- ¿Qué puede significar eso? Hablen.

- No pueden ser tan distintos de nosotros -contestó uno-. Tienen guerras. Hemos oído cosas que indican que tienen planetas completos inhabitables debido a las guerras.

Interrumpió otra. Había algo grácil, humano y femenino en sus movimientos. Resultaba grotesca frente al Amo.

- Queremos saber por qué luchan los humanos. La mayoría de los animales de nuestro mundo y del suyo tienen un reflejo de rendición que impide a un miembro de una especie matar a otro. Los humanos utilizan las armas instintivamente. Esto hace que el reflejo de rendición sea demasiado lento.

- Pero es lo mismo que nos pasaba a nosotros en otros tiempos -dijo un tercero-. La evolución de los híbridos de Mediadores puso fin a eso. ¿Dicen ustedes que los humanos no tienen Mediadores?

- No crían a ninguna especie concreta para la tarea de negociación y comunicación entre potencias enemigas -dijo la pajeña de Sally Fowler-. Son aficionados en casi todo. De segunda fila en todo lo que hacen. Y los que realizan las negociaciones son también aficionados. Cuando las negociaciones se rompen, luchan.

- También son simples aficionados en la cuestión del mando -dijo uno; se frotó nervioso el centro de la cara-. Desempeñan el papel de amos por turno. En sus naves de guerra sitúan soldados en el centro, por si las secciones posteriores intentan apoderarse de la nave y dominarla. Sin embargo, cuando habla la Lenin, el capitán Blaine obedece como un Marrón. Es difícil ser Fyunch(click) de un individuo que es Amo a ratos.

- Estoy de acuerdo -dijo la pajeña de Whitbread-. El mío no es Amo, pero lo será algún día.

- Nuestra Ingeniera -dijo otro- ha descubierto muchas cosas que deben perfeccionarse en sus herramientas. Tendríamos que...

- Dejemos eso -dijo el Amo-. Tenemos un objetivo más concreto. ¿Qué han descubierto ustedes sobre sus hábitos de apareamiento?

-Ato nos hablan de eso. Será difícil descubrirlo. Al parecer sólo hay una hembra a bordo.

- ¿UNA HEMBRA?

- Que sepamos...

- ¿Y el resto son neutros, o son neutros la mayoría?

- Da la sensación de que no. Sin embargo la hembra no está preñada, ni lo ha estado en ningún momento desde nuestra llegada.

- Hemos de enterarnos -dijo el Amo-, Pero obrad con cautela. Como si fuese una pregunta casual. Debéis formularla con mucho cuidado, para revelar lo menos posible... Si lo que sospechamos es cierto... ¿Puede serlo?

- Todos los principios de la evolución lo contradicen -dijo uno-. Los individuos que sobreviven para procrear deben llevar los genes para la próxima generación. ¿Cómo, si no...?

- Son alienígenas. Recuérdenlo, son alienígenas -dijo la pajeña de Whitbread.

- Tenemos que descubrirlo. Elijan uno entre ustedes y que ése formule la pregunta al humano que les parezca. El resto debe evitar el tema, a menos que lo plantee el alienígena.

-Yo creo que no debemos ocultar nada -dijo uno frotándose el centro de la cara como para subrayar lo que decía-. Son alienígenas. Pueden ser la mejor esperanza de toda nuestra historia. Con su ayuda quizás podamos romper la vieja maldición de los Ciclos.

El Amo pareció sorprenderse.

- Prescinde usted de la diferencia crucial que existe entre el hombre y nosotros. Ellos no aprenderán de esto.

- ¡Yo sostengo que no debemos hacerlo!-gritó la otra-. ¡Escúchenme! Ellos tienen sus propios métodos... ellos resuelven problemas, siempre... -los otros se acercaron a ella-. ¡No, escúchenme!¡Tienen que escucharme!

- Eddie el Loco -dijo el Amo-. Confínenla en una situación cómoda.

Necesitaremos de sus conocimientos. No debe asignarse ninguna otra a su Fyunch(click); la tensión la ha vuelto loca.

Blaine dejó que el transbordador guiase a la MacArthur hasta Paja Uno a 0,780 gravedades. Tenía plena conciencia de que la MacArthur era una nave de guerra capaz de arrasar la mitad del planeta pajeño y no le agradaba pensar en las armas que los inquietos pajeños podrían utilizar contra ella. Quería que primero llegase la nave embajadora... No porque eso fuese a ayudar realmente, aunque podría.

Ahora el transbordador estaba casi vacío. El personal científico vivía y trabajaba a bordo de la MacArthur, leyendo una serie interminable de datos de los bancos de la computadora, comparando y codificando e informando de sus hallazgos al capitán para que los transmitiese a la Lenin. Podrían haber informado directamente, desde luego, pero el rango tiene sus privilegios. Las cenas y las partidas de cartas de la MacArthur tendían a convertirse en tertulias y debates.

Todos estaban preocupados por la minera. Seguía empeorando y comía tan poco de los alimentos proporcionados por los pajeños como de las provisiones de la MacArthur. Resultaba descorazonador, y el doctor Blevins hizo infinidad de pruebas sin resultado. Las miniaturas habían engordado y procreado mientras permanecían ocultas a bordo de la MacArthur, y Blevins se preguntaba si no habría comido algo insólito, como propulsor de proyectiles o el aislamiento de los cables. Le ofreció una variedad de sustancias extrañas, pero los ojos de la Marrón estaban cada vez más mustios, se le caía el pelo y gemía. Un día dejó de comer. Al siguiente murió.

Horvath se puso furioso.

Blaine creyó prudente llamar a la nave embajadora. El sonriente y cortés Marrón-y-blanco que contestó no podía ser otro que la pajeña de Horvath, aunque Blaine no sabía muy bien cómo lo había descubierto.

- ¿Está disponible mi Fyunch(click)? -preguntó Rod. La pajeña de Horvath le inquietaba.

- Me temo que no, capitán.

- Está bien. Llamo para informar de que la Marrón que estaba a bordo de nuestra nave ha muerto. No sé lo que puede significar esto para ustedes, pero hicimos cuanto pudimos. Todo el equipo científico de la MacArthur ha trabajado intentando curarla.

- Estoy seguro de ello, capitán. No importa. ¿Pueden entregarnos el cuerpo? Rod lo pensó un instante.

- Me temo que no.

No creía que los pajeños pudiesen aprender mucho del cadáver de una alienígena con la que no se habían comunicado cuando estaba viva; pero quizás fuese influencia de Kutuzov. Podrían haberle hecho un microtatuaje por debajo del pelo... Y ¿por qué se preocupaban tan poco los pajeños de la Marrón? Desde luego esto no podía preguntarlo. Y de todos modos era preferible que así fuese.

- Dele recuerdos a mi Fyunch(click).

-Yo también tengo malas noticias -dijo la pajeña de Horvath-. Capitán, ya no tiene usted Fyunch(click). Se ha vuelto loca.

- ¿Cómo? -dijo Rod, le impresionaba más de lo que hubiera creído-. ¿Loca? ¿Por qué? ¿Cómo?

- Capitán, no creo que pueda usted comprender lo terrible que ha sido para ella esta tensión. Hay pajeños que dan órdenes y hay pajeños que construyen y reparan herramientas. Nosotros no pertenecemos a ninguno de estos dos grupos: nosotros comunicamos. Podemos identificarnos con uno que dé órdenes sin ninguna tensión, pero un alienígena que da órdenes... Eso es demasiado. Ella... ¿cómo le diría? Se amotinó. Esa sería la palabra de ustedes. Nosotros no tenemos. Está ya a salvo y encerrada, y es mejor para ella que no vuelva a hablar con alienígenas.

- Gracias -dijo Rod.

Vio cómo la imagen de suave sonrisa se borraba de la pantalla y no hizo otra cosa durante cinco minutos. Por último, suspiró y empezó a dictar informes para la Lenin. Trabajó solo y era como si hubiese perdido una parte de sí mismo y esperase que volviera.

Librodot

Tercera parte
El encuentro con Eddie el Loco

26
Paja Uno

PAJA UNO: Mundo parcialmente habitable del sector Trans-Saco de Carbón. Primario: enana amarilla G-2 aproximadamente a diez parsecs de Nueva Caledonia, sector central de la zona Trans-Saco de Carbón. Denominado generalmente la Paja del Ojo de Murcheson (q.v.) o la Paja. Masa 0,91 Sol; luminosidad 0,78 Sol.

Paja Uno tiene una atmósfera parcialmente tóxica, respirable con ayuda de filtros comerciales y de los normales de la Marina. Contraindicada en caso de afecciones cardíacas o de problemas enfisemáticos. Oxígeno: 16 por ciento. Nitrógeno: 79,4 por ciento. CO2: 2,9 por ciento. Helio: 1 por ciento. Compuestos hidrocarbúricos, incluidas acetonas: 0,7 por ciento.

Gravedad: 0,780 normal. El radio del planeta es de 0,84 y la masa de 0,57 normal Tierra; planeta de densidad normal. Período: 0,937 años normales, o 8.750,005 horas. El planeta se halla inclinado en 18 grados con eje semiprincipal de 0,93 UA (137 millones de kilómetros). Temperaturas frías, polos inhabitables y cubiertos de hielo. El clima de las regiones ecuatoriales y tropicales varía de templado a caliente. El día local es de 27,33 horas.

Hay una luna, pequeña y próxima. Es de origen asteroidal y la cara posterior tiene un cráter indentado característico, típico de los planetoides del sistema pajeño. El generador de fusión y la estación energético-radial de base lunar son fuentes esenciales de la civilización de Paja Uno.

Topografía: 50 por ciento de océano, excluidas las extensas capas de hielo. La superficie es lisa en la mayor parte del área terrestre. Hay cadenas montañosas bajas y muy erosionadas. Los bosques son muy escasos. Las tierras cultivables son objeto de una explotación extensiva.

Las características más sobresalientes son formaciones circulares visibles en todas partes. Las más pequeñas están tan erosionadas que apenas es posible detectarlas; y las mayores sólo pueden verse orbitando.

Aunque los rasgos físicos de Paja Uno tienen cierto interés, sobre todo para ecólogos interesados por los efectos de la vida inteligente en planetografía, el mayor interés de la Paja reside en sus habitantes...

Dos exploradores convergieron ante el transbordador y subieron a bordo figuras enfundadas en trajes espaciales. Los humanos y los pajeños examinaron la nave y los tripulantes que se habían trasladado a ella para ponerla en órbita se la entregaron de nuevo gustosos a los guardiamarinas y volvieron a la MacArthur. Los guardiamarinas ocuparon con impaciencia sus puestos en la cabina de control y examinaron el paisaje que se extendía debajo.

- Tenemos que decirles que todos los contactos con ustedes se harán a través de esta nave -dijo Whitbread a su pajeña-. Lo siento, pero no podemos invitarles a subir a bordo de la MacArthur.

La pajeña de Whitbread se encogió de hombros de modo muy humano para expresar su opinión sobre aquellas órdenes. La obediencia no le planteaba ninguna tensión, ni a ella ni a su humano.

- ¿Qué harán con el transbordador cuando se vayan?

- Es un obsequio -contestó Whitbread-. Quizás le sirva para un museo. Hay cosas que el capitán quiere que sepan sobre nosotros...

-Y cosas que quiere ocultar. Lo comprendo.

Desde la órbita el planeta era todo círculos: mares, lagos, el arco de una cadena montañosa, la línea de un río, una bahía... Había una, erosionada y enmascarada por un bosque. Habría sido indetectable de no ser porque quedaba exactamente al otro lado de una cadena montañosa, quebrando la espina dorsal de un continente, lo mismo que el pie de un hombre aplasta una serpiente. Más allá, un mar del tamaño del Mar Negro mostraba una isla llana en su centro exacto.

- El magma debe de haber ascendido donde el asteroide rompió la corteza -dijo Whitbread-. ¿Se imaginan el ruido que debió de hacer? La pajeña de Whitbread asintió.

- No me extraña que trasladasen ustedes todos los asteroides a los puntos troyanos. ¿Fue ésa la razón, verdad?

- No lo sé. Nuestros archivos no alcanzan hasta esa época. Supongo que los asteroides debían de ser más fáciles de minar. Y que sería más fácil construir una civilización sobre ellos, una vez agrupados.

Whitbread recordó que la Colmena era piedra fría sin rastro de radiación.

- ¿Cuánto hace que sucedió todo eso?

- Oh, por lo menos diez mil años. ¿Hasta qué fecha alcanzan vuestros archivos más antiguos?

- No sé. Podría preguntarlo.

El guardiamarina miró hacia abajo. Estaban cruzando el límite de iluminación, que era una serie de arcos. El lado nocturno brillaba con una galaxia de ciudades. La Tierra había debido tener aquel mismo aspecto durante el Condominio; pero los mundos del Imperio jamás habían estado tan densamente poblados.

- Mira allí delante -indicó la pajeña de Whitbread, señalando el fleco de una llama en el borde del planeta-. Ésa es la nave de transferencia. Ahora podremos mostraros nuestro mundo.

- Creo que vuestra civilización es mucho más antigua que la nuestra -dijo Whitbread.

El equipo y los efectos personales de Sally estaban empaquetados y dispuestos en el vestíbulo del transbordador, y su minúsculo camarote parecía desnudo y vacío. Sally observaba ante la escotilla, la cabeza de flecha dorada de la MacArthur que iba aproximándose. Su pajeña no miraba.

-Yo, ejem, tengo una pregunta un poco delicada -dijo la Fyunch(click) de Sally.

Sally se volvió. Fuera, la nave pajeña se había colocado en posición paralela y se aproximaba una nave pequeña procedente de la MacArthur.

-Adelante.

- ¿Qué hacen las humanas cuando no quieren tener hijos?

- Oh, querida -dijo Sally, riendo.

Era la única mujer entre casi un millar de hombres... y en una sociedad orientada hacia el varón. Sabía todo esto antes de ir, pero aún echaba de menos lo que ella consideraba charlas de muchachas. El matrimonio y los niños, y las tareas domésticas y los escándalos: formaban parte de la vida civilizada. No se había dado cuenta de hasta qué punto la formaban hasta que la sorprendió la rebelión de Nueva Chicago, y ahora tenía aún más nostalgia. A veces, desesperada, había hablado de recetas de cocina con los cocineros de la MacArthur como mísero sustituto, pero la única inteligencia femenina, además de la suya, en años luz a la redonda era... su Fyunch(click).

- Fyunch(click) -le recordó la alienígena-. No habría tocado el tema pero creo que debo saberlo... ¿Ha tenido usted niños a bordo de la MacArthur?

- ¿Yo? ¡No! -Sally rió de nuevo-. ¡Ni siquiera estoy casada!

- ¿Casada?

Sally habló a la pajeña sobre el matrimonio. Procuró no olvidar ningún supuesto básico. Resultaba difícil recordar que la pajeña era una alienígena.

- Esto debe de sonar un poco raro -concluyó.

- Como diría el señor Renner, «ven, no te ocultaré nada». -La imitación era perfecta, incluidos los gestos-. Las costumbres humanas me parecen extrañas. Dudo que adoptemos ninguna de ellas, dadas las diferencias psicológicas.

- Bueno... sí.

- El matrimonio es para tener niños. ¿Quién cuida a los niños nacidos sin matrimonio?

- Hay centros de caridad -contestó hoscamente Sally. Le resultaba difícil ocultar su disgusto.

- Supongo que usted nunca... -La pajeña se detuvo delicadamente.

- No, por supuesto que no.

- ¿Cómo no? Yo no pregunto por qué no, sino cómo.

- Bueno, ya sabes que hombres y mujeres tienen que tener relaciones sexuales para hacer un hijo, lo mismo que ustedes... he examinado todo su cuerpo.

-Así que si no hay matrimonio, simplemente no... no hay unión...

-Así es. Por supuesto, una mujer puede tomar pildoras si le gustan los hombres y no quiere tener hijos.

- ¿Pildoras? ¿Cómo funcionan? ¿Hormonas? -La pajeña parecía interesada, aunque algo distante.

- Eso mismo. -Habían hablado ya de las hormonas. También la psicología pajeña empleaba activadores químicos, pero su composición era muy distinta.

- Pero una mujer decente no las utiliza -sugirió la pajeña de Sally.

- No.

- ¿Y cuándo se casará usted?

- Cuando encuentre el hombre adecuado. -Lo pensó un instante, vaciló y añadió-: Quizás le haya encontrado ya. -Y el maldito idiota puede estar casado ya con su nave, añadió para sí.

- ¿Por qué no se casa con él, entonces? Sally se echó a reír.

- No quiero hacer nada precipitadamente. Puedo casarme cuando quiera. -Su cultivada objetividad le hizo añadir-: Bueno, cuando quiera dentro de los cinco años próximos. Si para entonces no me he casado seré una solterona.

- ¿Solterona?

- La gente lo consideraría raro. -Curiosa ahora, preguntó-: ¿Y si una pajeña no quiere tener hijos?

- Nosotros no tenemos relaciones sexuales -dijo melindrosamente la pajeña de Sally. Hubo un clunk casi inaudible cuando la nave superficie-órbita se situó al lado.

El vehículo de aterrizaje era una cabeza de flecha roma forrada de material ablativo. La cabina del piloto era una gran transparencia envolvente, y no había más ventanas. Cuando Sally llegó a la salida con su pajeña, se asombró al ver inmediatamente delante de ella a Horace Bury.

- ¿Baja usted a Paja Uno, excelencia? -preguntó Sally.

- Sí, señora.

Bury parecía tan sorprendido como Sally. Al entrar en el tubo de conexión descubrió que los pajeños habían utilizado un viejo truco de la Marina: el tubo estaba presurizado con una presión inferior en el extremo inicial, de modo que los pasajeros pasaban flotando. El interior era sorprendentemente grande, con espacio para todos: Renner, Sally Fowler, el capellán Hardy (Bury se preguntó si el capellán volvería a la MacArthur cada domingo), el doctor Horvath, los guardiamarinas Whitbread y Staley, y dos suboficiales a los que Bury no reconoció; iba además un alienígena con cada humano, salvo tres.

Consideró la distribución en los asientos con una ironía que sólo parcialmente ocultaba

sus temores: cuatro delante, con un asiento pajeño al lado de cada uno de los asientos humanos. Cuando se fijaron a ellos, la ironía pareció aumentar. Les faltaba uno.

Pero el doctor Horvath pasó a la cabina de control y ocupó un asiento próximo al del piloto Marrón. Bury se colocó en la primera fila, donde sólo había dos asientos, y una pajeña ocupó el otro. El miedo se agolpó en su garganta. Alá es clemente, Él es único... ¡no! No había nada que temer y él no había hecho nada peligroso.

Y sin embargo... él estaba allí y la alienígena estaba a su lado, mientras tras él, en la MacArthur, cualquier accidente podría llevar a los oficiales de la nave a descubrir lo que había hecho con su traje de presión.

Un traje de presión es el artefacto más ligado a la identidad personal que puede poseer un hombre del espacio. Es mucho más personal que una pipa o un cepillo de dientes. Sin embargo, los demás habían expuesto sus trajes a los manejos de los Marrones invisibles. Durante el largo viaje hasta Paja Uno, el teniente Sinclair había examinado las modificaciones que habían introducido los Marrones.

Bury había esperado. Se enteró a través de Nabil de que los Marrones habían duplicado la eficacia de los sistemas de reciclaje. Sinclair había devuelto los trajes de presión a sus propietarios... y había comenzado a modificar de modo similar los trajes de los oficiales.

Uno de los tanques de aire del traje de Bury estaba trucado. Contenía medio litro de aire presurizado y dos miniaturas en animación suspendida. Los riesgos eran graves. Podían descubrirlo. Las miniaturas podían morir por las drogas de congelación y sueño. Algún día podría necesitar el aire que no había allí. Pero Bury siempre se había mostrado dispuesto a correr riesgos si los beneficios eran suficientes.

Cuando llegó el aviso, pensó que no había duda, que le habían descubierto. Había aparecido un suboficial de la Marina en la pantalla de su camarote, diciendo, «llamada para usted, señor Bury», y, sonriendo aviesamente, había conectado. Antes de que le diese tiempo a sorprenderse, Bury se encontró frente a un alienígena.

- Fyunch(click) -dijo el alienígena; ladeó la cabeza y los hombros-. Parece usted sorprendido. Supongo que conoce el término. Bury se había recobrado enseguida.

- Por supuesto. Pero no sabía que estuviese estudiándome un pajeño. -No le gustaba gran cosa la idea.

- No, señor Bury, acaban de asignarme a usted. Señor Bury, ¿ha pensado usted venir a Paja Uno?

- No, dudo que me permitan dejar la nave.

- El capitán Blaine ha dado permiso, si usted quiere ir. Señor Bury, estimaríamos mucho sus comentarios sobre las posibilidades de relaciones comerciales entre los pajeños y el Imperio. Parece probable que resulten provechosas para ambas partes.

¡Sí! Por las barbas del Profeta. Una oportunidad como aquélla... Bury había aceptado enseguida. Nabil podía ocuparse de los Marrones ocultos.

Pero ahora, sentado a bordo de la nave de aterrizaje, le resultaba difícil controlar sus temores. Miró al alienígena que estaba a su lado.

- Soy el Fyunch(click) del doctor Horvath -dijo la pajeña-. Relájese usted. Estos vehículos están bien diseñados.

-Ah -exclamó Bury, y se relajó.

Lo peor había pasado horas atrás. Nabil habría introducido ya sin ningún problema el falso tanque en la cámara neumática principal de la MacArthur con centenares más, y allí estaría seguro. La nave alienígena era, sin duda, superior a los artefactos humanos similares, aunque no fuese más que por el deseo de los pajeños de evitar riesgos a los embajadores humanos. Pero no era aquel descenso lo que mantenía el miedo agolpado en su garganta...

Sintió un leve balanceo. El descenso había empezado.

Para sorpresa de todos, el viaje fue aburrido. Hubo cambios esporádicos de gravedad, pero ninguna turbulencia. Por tres veces distintas sintieron clunks casi subliminales como si estuviesen bajando el tren de aterrizaje, y una sensación de balanceo. La nave se había detenido.

Salieron a una cámara presurizada. El aire era bueno pero sin aroma, y sólo podían ver la gran estructura hinchada que les rodeaba. Miraban hacia atrás, hacia la nave, sin el menor recato.

Tenía ahora la forma de un deslizador con alas como de gaviota. Los bordes de la disparatada cabeza de flecha habían desarrollado una desconcertante variedad de alas y aletas.

- Un viaje increíble -dijo Horvath jovialmente al unirse a ellos-. Cambia de forma todo el vehículo. No hay bisagras en las alas, las aletas salen como si estuviesen vivas... ¡Los huecos de los propulsores se abren y se cierran como bocas! Tendrían que haberlo visto. Si el teniente Sinclair desciende alguna vez, tendrán que darle el asiento de la ventanilla -exclamó. No advirtió las miradas furiosas.

Al fondo del edificio se abrió una cámara neumática y entraron tres pajeños del tipo Marrón-y-blanco. El miedo se agolpó de nuevo en la garganta de Bury cuando se separaron, uniéndose cada uno de ellos a los tres oficiales de la Marina, mientras el otro se acercaba directamente a él.

- Fyunch(click) -dijo.

Bury notaba la boca muy seca.

- No tema -dijo el pajeño-. No puedo leer su pensamiento. Era sin lugar a dudas lo peor que podía decir el pajeño si deseaba tranquilizar a Bury.

- Me han dicho que es la profesión de ustedes. El pajeño se hecho a reír.

- Es mi profesión, pero no puedo hacerlo. Lo único que puedo saber es lo que usted me muestre.

Aquello no correspondía en absoluto a la impresión que tenía Bury. El pajeño debía de haber estudiado a los humanos en general; sólo eso.

- Usted es macho -advirtió.

- Soy joven. Los otros eran hembras cuando llegaron junto a la MacArthur. Señor Bury, tenemos vehículos fuera y un lugar de residencia para usted, muy cerca. Venga a ver nuestra ciudad, y luego podremos hablar de negocios.

Le cogió un brazo con sus dos pequeños brazos derechos; aquel contacto le resultaba muy extraño. Bury se dejó conducir a la cámara neumática.

«No tenga miedo. No puedo leer su pensamiento», había dicho, leyendo su pensamiento. En varios mundos redescubiertos del Primer Imperio se hablaba de individuos que eran capaces de leer el pensamiento, pero no se había comprobado ningún caso concreto, gracias a la misericordia de Alá. Aquel ser afirmaba que no sabía leer el pensamiento; y era un ser muy extraño. El contacto con él no le producía repugnancia, aunque las gentes de la cultura de Bury detestaban que las tocasen. Pero Bury había visto demasiadas costumbres extrañas y había conocido a demasiados pueblos y razas para preocuparse de sus prejuicios infantiles. Sin embargo, aquel pajeño resultaba tranquilizadoramente extraño... y Bury no había oído que ningún Fyunch(click) actuase de aquel modo. ¿Estaba intentando tranquilizarle?

Sólo podría haberle tentado la esperanza de beneficio; beneficio sin techo, sin límite, beneficio sin esfuerzo. Ni siquiera la terraformación de los mundos de Nueva Caledonia, que hiciera el Primer Imperio, había exigido el poder industrial necesario para mover los asteroides hasta los puntos troyanos de Paja Beta.

- Un buen producto comercial -decía el pajeño- no debe ser grande y aparatoso. Nosotros podríamos indicar artículos que son escasos aquí y abundan en el Imperio; y a la inversa. Y obtener grandes beneficios...

Se unieron a los otros en la cámara neumática. Grandes ventanas mostraban el aeropuerto.

Bury asintió. Alrededor del pequeño campo había rascacielos, altos y cuadrados, muy juntos, con sólo un cinturón de verde saliendo de la ciudad hasta el este. Un accidente de aviación sería un desastre; pero los pajeños no construían aviones que pudiesen tener accidentes.

Había tres vehículos de superficie, limusinas, dos de pasajeros y otro para equipajes, y

los asientos humanos ocupaban dos tercios del espacio de cada uno. Bury pensó que a los pajeños no les importaba amontonarse. En cuanto se sentaron los conductores, que eran Marrones, pusieron en marcha los vehículos. Estos corrían silenciosamente, con una suave sensación de poder, y el viaje era sumamente agradable. Los motores estaban emplazados en los altos neumáticos globulares, muy parecidos a los de los coches de los mundos del Imperio.

Altos y feos edificios se alzaban sobre ellos hasta el cielo. Las negras calles eran anchas y estaban atestadas; los pajeños conducían alocadamente. Pequeños vehículos se pasaban unos a otros en intrincados caminos circulares con centímetros de margen. El tráfico no era del todo silencioso. Había un apagado pero firme ronroneo que quizás fuese producto de todos los centenares de motores funcionando a la vez, y a veces se oían cartas de sonidos agudos que muy bien podían ser maldiciones.

Cuando los humanos dejaron de preocuparse de un posible choque, advirtieron que todos los demás conductores eran también Marrones. La mayoría de los coches llevaban un pasajero, a veces Marrón-y-blanco, a veces blanco puro. Estos Blancos eran mayores que los Marrones-y-blancos y tenían la piel más limpia y sedosa; eran los que maldecían mientras sus conductores guardaban silencio.

Horvath, el Ministro de Ciencias, se volvió a los humanos que iban sentados detrás de él.

- Me he fijado en los edificios al descender... hay jardines en las terrazas de todos. Bueno, señor Renner, ¿se alegra de haber venido? Esperábamos que viniese un oficial de la Marina, no contábamos con usted.

- Pareció más razonable enviarme a mí -dijo Kevin Renner-. Yo era el oficial disponible a bordo, como dijo el capitán. No tendré que trazar rutas ni rumbos durante un tiempo.

- ¿Y por eso le enviaron a usted? -preguntó Sally.

- No, creo que lo que realmente convenció al capitán fue que chillé y grité y amenacé con retener la respiración. Lo cierto es que tenía muchas ganas de venir. Y vine.

Sally, al ver cómo el oficial se inclinaba hacia delante en su asiento, pensó en el perro que saca la cabeza por la ventanilla de un coche al viento.

Apenas sí habían advertido los caminos que subían por las fachadas de los edificios, en los que se podía ver perfectamente a los peatones. Había más Blancos y Marrones-yblancos, y... otros.

Un ser alto y simétrico caminaba como un gigante entre los Blancos. Debía de tener unos tres metros de altura y una cabeza pequeña sin orejas que parecía sumergida bajo los voluminosos músculos de los hombros. El impresionante ser llevaba dos cajas inmensas debajo de los brazos. Caminaba como una apisonadora, firme e imparable.

- ¿Que es eso? -preguntó Renner.

- Obrero -contestó la pajeña de Sally-. Porteador. No muy inteligente...

Había otro ser que Renner miraba con detenimiento, pues su piel era de un color rojo orín, como si hubiese estado sumergida en sangre. Era del tamaño de su propia pajeña, pero con una cabeza más pequeña, y cuando alzaba y flexionaba las manos derechas mostraba dedos tan largos y delicados que Renner pensó en las arañas amazónicas. Tocó el hombro de su Fyunch(click) y señaló.

- ¿Y eso?

- Médico. Emm Dee -dijo la pajeña de Renner-. Nosotros somos una especie diferenciada, como habrá comprendido ya. Ellos son todos parientes, como si dijéramos... - Ya. ¿Y los Blancos?

- Son los que dan órdenes. Había uno a bordo de la nave, ya debe de saberlo. -Ya, lo sospechábamos. Al menos el Zar. ¿En qué otra cosa acertaría?

- ¿Qué piensa usted de nuestra arquitectura?

- Fea. Espantosamente industrial -dijo Renner-. Ya suponía que sus ideas de belleza serían distintas a las nuestras, pero... ¿tienen ustedes una norma de belleza?

- Bueno, no le ocultaré nada. La tenemos. Pero no se parece a la de ustedes. No entiendo aún por qué a los humanos les gustan los arcos y las columnas...

- Simbolismo freudiano -dijo Renner. Sally carraspeó.

- Eso es lo que dice siempre la pajeña de Horvath, pero yo nunca he oído una explicación coherente -dijo la pajeña de Renner-. Aparte de eso, ¿qué piensa usted de los vehículos?

Las limusinas eran totalmente distintas a los vehículos de dos pasajeros que pasaban junto a ellos. Tampoco había dos biplazas que fuesen iguales; los pajeños no parecían haber descubierto las ventajas de la producción en serie. Pero todos los demás vehículos que habían visto eran pequeños, como un par de motocicletas, mientras que los humanos iban en unos vehículos majestuosos y aerodinámicos de suaves curvas, brillantes y pulidos.

- Son muy bellos -dijo Sally-. ¿Los diseñaron para nosotros?

- Sí -contestó su pajeña-. ¿Acertamos?

- Plenamente. Nos halaga mucho -dijo Sally-. Debió de ser un gasto considerable... Renner miró a su lado y se quedó mudo de asombro.

Había habido castillos como aquél en los Alpes tiroleses de la Tierra. Aún estaban allí, respetados por las bombas; pero Renner sólo había visto copias en otros mundos. Ahora un castillo de cuento de hadas, de altas torres, se alzaba entre los cuadrados edificios de la ciudad pajeña. En un extremo había un alto minarete circundado de un pequeño balcón.

- ¿Qué lugar es ése? -preguntó Renner.

-Vivirán ustedes ahí -contestó la pajeña de Sally-. Es un edificio presurizado y hermético, con garaje y coches a su disposición.

- Son ustedes unos magníficos anfitriones -dijo Horace Bury, rompiendo el admirado silencio.

Le llamaron desde el principio el Castillo. No había duda de que había sido diseñado y construido exclusivamente para ellos. Había sitio suficiente para unas treinta personas. Su belleza y su lujo seguían la tradición de Esparta... con unas cuantas notas sorprendentes.

Whitbread, Staley, Sally y los doctores Hardy y Horvath sabían controlarse. Retuvieron la risa cuando sus Fyunch(click) les mostraron sus respectivas habitaciones. Los técnicos especiales Jackson y Weiss se vieron forzados al silencio y se les advirtió que no dijesen tonterías. El pueblo de Horace Bury tenía estrictas tradiciones de hospitalidad; además, para él todas las costumbres eran extrañas salvo las levantinas.

Pero el pueblo de Renner respetaba la franqueza; y la franqueza, según él había descubierto, hacía la vida más fácil a todos. Salvo en la Marina. En la Marina había aprendido a mantener la boca cerrada. Afortunadamente su Fyunch(click) tenía puntos de vista similares a los suyos.

Revisó el apartamento que le habían asignado. Cama doble, vestidor, un gran armario, un sofá y una mesita de café; todo recordaba vagamente las cosas que les había enseñado a los pajeños. Era cinco veces mayor que su cabina de la MacArthur.

- Magnífica habitación -dijo muy satisfecho; olfateó: no olía a nada-. Hicieron un gran trabajo con el filtrado de aire.

- Gracias.

La ventana iba del suelo al techo, de pared a pared. La ciudad se alzaba sobre él; la mayor parte de los edificios que se veían eran mayores que el Castillo. Renner descubrió que estaba mirando directamente hacia una calle de la ciudad con un magnífico crepúsculo en el que se dibujaban todos los matices del rojo. Los peatones eran una apresurada horda de masas coloreadas, predominantemente Rojos y Marrones, pero también algunos Blancos. Miró un rato y luego se volvió.

Había una alcoba junto a la cabecera de su cama. Miró dentro. Contenía un vestidor y dos muebles de extraño aspecto que Renner reconoció. Recordaban lo que la Marrón había hecho con la cama del camarote de Crawford.

- ¿Dos? -preguntó.

- Nos asignarán un Marrón.

- Le enseñaré una palabra nueva. Se llama «intimidad». Se refiere a la necesidad humana...

- Sabemos lo que es la intimidad -dijo la pajeña-. ¡No estará usted sugiriendo que deba aplicarse entre un hombre y su Fyunch(click)! Renner asintió solemnemente.

- Pero... Pero... Renner, ¿es que no tiene usted respeto a la tradición?

- ¿Cómo?

- No, no lo tiene. Maldita sea. Muy bien, Renner. Pondremos una puerta aquí. ¿Con cierre?

- Sí. Y he de añadir que probablemente los demás piensen lo mismo, lo digan o no.

La cama, el sofá, la mesita, no mostraban ninguna de las innovaciones pajeñas conocidas. El colchón quizás fuese demasiado duro, pero qué demonios. Renner echó una ojeada al cuarto de baño y se echó a reír. El inodoro era como los de caída libre, parecido a los del transbordador, tenía una cisterna dorada, tallada en forma de cabeza de perro. La bañera era... extraña.

- Tengo que probar esa bañera -dijo Renner.

-Ya me dirá lo que le parece. Hemos visto algunas fotografías de bañeras entre las imágenes que nos enseñaron, pero parecen ridículas, dada la anatomía humana.

- Desde luego. Nadie ha diseñado nunca una bañera decente. ¿No había inodoros entre las imágenes que visteis?

-Aunque parezca extraño, no.

-Vaya, vaya -dijo Renner; e hizo un boceto de uno. Cuando acabó, su pajeña dijo:

- ¿Cuánta agua utilizan?

- Mucha. Demasiada para las naves espaciales.

- Bueno, veremos lo que se puede hacer.

Ah, y es mejor que pongan otra puerta entre el cuarto de baño y la sala.

- ¿Más intimidad?

- Sí.

La cena aquella noche fue como una cena solemne del viejo hogar de Sally en Esparta, pero extrañamente modificada. Los criados (silenciosos, atentos, respetuosos, guiados por el anfitrión, que, por deferencia al rango, era la pajeña del doctor Horvath) eran obreros de un metro y medio de altura. La comida procedía de la MacArthur, salvo un aperitivo, un fruto parecido al melón, endulzado con una salsa amarilla.

- Les garantizamos que no es venenoso -aseguró la pajeña de Renner-. Hemos encontrado algunos alimentos que podemos garantizar, y estamos buscando más. Pero en cuanto al gusto, tendrán que ir probando.

La salsa mataba el sabor amargo del melón y la combinación resultaba deliciosa.

- Esto quizás sea explotable comercialmente -dijo Bury-. Sería mejor que nos lleváramos las semillas, no el melón mismo. ¿Es difícil el cultivo?

- En absoluto, aunque requiere una técnica especial -respondió el pajeño de Bury-. Les daremos la oportunidad de examinar el suelo. ¿Ha visto usted más cosas que le parezcan adecuadas para el comercio?

Bury frunció el ceño y miró su plato. Nadie había reparado en aquellos platos. Todo era oro: platos, cubiertos, incluso las botellas de vino, aunque imitaban el más fino cristal. Pero no podían ser de oro, porque no conducían el calor; y eran simples copias de los utensilios de plástico de caída libre del transbordador de la MacArthur, e incluso llevaban estampadas las mismas marcas de fábrica.

Todos esperaban la respuesta de Bury. Las posibilidades comerciales influirían profundamente en la relación entre Paja y el Imperio.

- En el recorrido hasta el Castillo estuve buscando artículos de lujo entre ustedes. No vi ninguno salvo en los objetos diseñados concretamente para los seres humanos. Quizás no pudiese identificarlos.

- Conozco la palabra, pero nosotros no nos ocupamos gran cosa de los lujos. Nosotros (hablo, claro está, en nombre de los que dan órdenes) insistimos más en el poder, el territorio

y el mantenimiento de una casa y una dinastía. Lo que nos interesa es proporcionar un puesto adecuado en la vida a nuestros hijos.

Bury archivó la información: «Hablo en nombre de los que dan órdenes». Estaba tratando, pues, con un criado. No. Un agente. Debía tener en cuenta eso. Y determinar hasta qué punto eran válidas las promesas de su Fyunch(click).

Sonrió y dijo:

- Qué lástima. Los artículos de lujo son excelentes para el comercio. Supongo que comprenderá mi problema al buscar artículos comerciales si le digo que para mí apenas si sería provechoso comprarles oro.

- Eso mismo había pensado yo. Tenemos que ver si encontramos algo más valioso.

- ¿Obras de arte, quizás?

- ¿Arte?

- Permítame -dijo la pajeña de Renner; pasó a hablar su lenguaje, con sonidos muy rápidos y agudos, durante unos veinte segundos y luego miró a su alrededor, a los reunidos-. Perdón, pero era más rápido así.

- Entendido -dijo el pajeño de Bury-. ¿Querrían ustedes los originales? -A ser posible.

- Desde luego. Para nosotros la copia es tan buena como el original. Tenemos muchos museos; organizaremos algunas visitas.

Se hizo evidente que aquellas visitas les complacían mucho a todos.

Cuando volvieron de la cena, Whitbread casi se echó a reír al ver que ya había una puerta en el cuarto de baño. Su pajeña se dio cuenta y dijo:

- El señor Renner dijo algo sobre la intimidad. -Señaló luego la puerta que ahora cerraba su alcoba.

- Oh, no era necesario eso -dijo Whitbread. No estaba acostumbrado a dormir solo. ¿Quién hablaría con él hasta que se durmiese de nuevo si se despertaba en mitad de la noche?

Alguien llamó a la puerta. El técnico especial Weiss; de Tabletop, recordó Whitbread.

- Señor, ¿puedo hablar con usted en privado?

- Desde luego -dijo la pajeña de Whitbread, y se retiró a la alcoba. Los pajeños habían entendido muy pronto la idea de intimidad. Whitbread pasó a Weiss a la habitación.

- Señor, tenemos un problema -dijo Weiss-. Jackson y yo, quiero decir. Bajamos a ayudar, ya sabe, a transportar el equipaje y limpiar y cosas así.

- Bien. No tendrán que hacer nada de eso. Todos tenemos asignado un Ingeniero.

- Lo sé, señor, pero es más que eso. Jackson y yo tenemos asignado un Marrón cada uno. Y, y...

-Y los Fyunch(click).

- Exactamente.

- Bueno, hay ciertas cosas de las que no se puede hablar. -Los dos suboficiales estaban estacionados permanentemente en la cubierta hangar y no sabían gran cosa sobre la tecnología del Campo.

- Sí, señor, sabemos eso. No se puede contar historias de guerra, ni se puede hablar de las armas ni del impulsor de la nave.

- Muy bien. Por lo demás, están ustedes de vacaciones. Viajando en primera clase, con un criado y un guía nativo. Disfruten. No digan nada por lo que el Zar pudiera mandar colgarles, no se molesten en preguntar dónde está el barrio libertino de la ciudad, y no se preocupen por los gastos. Diviértanse, y recen porque no les envíen de nuevo arriba en el próximo vehículo.

- De acuerdo, señor -Weiss sonreía abiertamente-. ¿Sabe? Por eso ingresé en la Marina. Mundos extraños. Esto es lo que nos prometen los reclutadores.

- «Lejanas ciudades doradas...» También a mí me lo prometieron.

Después de esto Whitbread se acercó al ventanal. La ciudad brillaba con un millón de luces. La mayoría de los vehículos pequeños había desaparecido, pero las calles seguían vivas, con inmensos y silenciosos camiones. Los peatones habían disminuido. Whitbread localizó a un ser alto y flaco que corría entre los Blancos como si éstos fuesen objetos

estacionarios. Se situó detrás de un inmenso porteador y desapareció.

27
Recorrido turístico

Renner se levantó antes de amanecer. Mientras se bañaba en la extraña bañera, los pajeños eligieron ropa para él. Dejó que los pajeños eligiesen las prendas a su gusto. Se pondría lo que le dijeran; aquéllos podrían ser los últimos criados no militares que tuviese en su vida. Su arma personal estaba discretamente metida entre su ropa, y después de pensárselo mucho, Renner la metió bajo una chaqueta civil hecha de unas fibras de maravilloso brillo. No es que desease llevar el arma, pero las normas eran las normas y había que cumplirlas.

Todos los demás estaban desayunando, contemplando el amanecer a través del gran ventanal. Era como el crepúsculo: se apreciaban en él todos los matices del rojo. El día de Paja Uno tenía unas cuantas horas más que el de la Tierra. De noche permanecían levantados más tiempo; dormían más tiempo por las mañanas, y cuando se levantaban, aún no había amanecido.

El desayuno consistió en huevos cocidos, grandes y de forma notablemente ovoidal. Dentro de la cascara era como si el huevo hubiese estado previamente batido, con una cereza marrasquina enterrada en el centro. A Renner le dijeron que no merecía la pena probar aquella especie de cereza, y no lo hizo.

- El museo está sólo a unas manzanas de aquí -dijo la pajeña del doctor Horvath, frotándose las manos derechas con viveza-. Iremos andando. Supongo que querrán ustedes ropas de abrigo.

Los pajeños tenían siempre aquel problema: ¿qué par de manos utilizar para imitar los gestos humanos? Renner temía que la pajeña de Jackson acabase psicótica. Jackson era zurdo.

Fueron caminando. En las esquinas soplaba una brisa fría. El sol era grande y mate; podía mirarse hacia él perfectamente a aquella hora temprana del día. A dos metros por debajo de ellos, pasaban infinidad de coches pequeños. El olor del aire de Paja Uno les llegaba débilmente a través de los filtros de los cascos, y lo mismo el suave rumor de los coches y la rápida algarabía de las voces pajeñas.

El grupo de humanos avanzaba, ignorado entre las multitudes de pajeños de todos los colores. Luego, un grupo de peatones de piel blanca se quedó a la vuelta de la esquina examinándolos desde lejos. Hablaban con tonos musicales y miraban con curiosidad.

Bury parecía incómodo; procuraba colocarse en el centro del grupo. No quería que le miraran, pensó Renner. El piloto vio de pronto que le examinaba fijamente una Blanca muy embarazada; la masa del feto destacaba sobre las complejidades de la principal articulación de la espalda. Renner le sonrió, y le volvió la espalda. Su Fyunch(click) canturreó en tonos bajos, y la Blanca se aproximó más, y luego media docena de Blancos pasaron una docena de pequeñas manos sobre sus vértebras.

- ¡Bien! Un poco más abajo -decía Renner-. Magnífico, rasque exactamente ahí. Ahhh.

Cuando los Blancos se fueron, Renner se apresuró a unirse a los demás. Su pajeña caminaba a su lado.

- Espero que no se me contagie su falta de respeto -dijo su Fyunch(click).

- ¿Por qué no? -preguntó Renner, muy serio.

- Cuando se vayan nos darán otro trabajo. No, no se alarme. Si ustedes son capaces de satisfacer a la Marina, no creo que yo tenga mayor problema para satisfacer a los que dan órdenes.

Hablaba en un tono voluntarioso, pensó Renner... pero no estaba seguro. Si los pajeños tenían expresiones faciales, él aún no las sabía distinguir.

El museo estaba bastante lejos. Era, como los demás edificios, alto y cuadrado, pero la fachada era de cristal, o algo parecido.

- Tenemos muchos sitios que se ajustan a vuestra palabra «museo» -decía la pajeña de

Horvath-, en ésta y en otras ciudades. Este es el que quedaba más cerca y está dedicado a pintura y escultura.

Pasó ante ellos uno de aquellos porteadores de tres metros de altura y otro metro más encima debido a la carga que llevaba en la cabeza. Era una hembra; Renner se dio cuenta por el bulto alargado de la preñez que destacaba en la parte superior de su abdomen. Tenía unos ojos suaves de animal, sin conciencia, y pasó ante ellos sin disminuir un instante la marcha.

- El estar embarazada parece que no afecta mucho a la mujer pajeña -observó Renner.

Hombros y cabezas marrones y blancos se volvieron hacia él.

- No, claro que no -dijo la pajeña de Renner-. ¿Por qué habría de afectarle? Sally Fowler intentó explicar minuciosamente lo inútiles que eran las hembras humanas preñadas.

- Es una de las razones de que las sociedades se orienten en función del varón. Y...

Aún seguía perorando sobre los problemas del embarazo cuando llegaron al museo.

La puerta no llegaba más que hasta la nariz de Renner. Los techos eran más altos; le rozaban el pelo. El doctor Horvath tenía que agachar la cabeza.

Y la luz era demasiado amarilla.

Y los cuadros estaban colocados demasiado bajos.

Las condiciones de visión no eran ideales. Además, los colores de los propios cuadros lo eran aún menos. El doctor Horvath y su pajeña hablaron animadamente después de que el doctor indicara que azul más amarillo equivale a verde para el ojo humano. El ojo pajeño estaba diseñado como el ojo humano, como un ojo de pulpo, en realidad: un globo, unas lentes adaptadas y nervios receptores por detrás. Pero los receptores eran distintos.

Sin embargo, los cuadros impresionaban. En la sala principal (que tenía techos de tres metros y contenía cuadros mayores) el grupo se detuvo ante una escena de calle. En el cuadro un Marrón-y-blanco se habían subido a un coche y al parecer arengaba a un enjambre de Marrones y Marrones-y-blancos, mientras tras él ardía el rojo cielo crepuscular. Todas las expresiones mostraban la misma suave sonrisa, pero Renner percibía violencia y se acercó más. Muchos de los que escuchaban llevaban herramientas, siempre en las manos izquierdas, y algunas estaban rotas. La propia ciudad ardía.

- Se llama «Volved a vuestras tareas». Se habrán dado cuenta de que el tema de Eddie el Loco se repite constantemente -dijo la pajeña de Sally. Y continuó su camino antes de que pudiesen pedirle que explicase algo más.

El cuadro siguiente mostraba a un cuasipajeño, alto y delgado, de pequeña cabeza y largas piernas. Salía corriendo de un bosque, hacia el observador, y su aliento dejaba tras él un rastro de humo blanco.

- El mensajero -dijo la pajeña de Hardy.

El siguiente era otra escena al aire libre: un grupo de Marrones-y-blancos comiendo alrededor de una llameante hoguera. Ojos de animales brillaban rojos alrededor de ellos. El paisaje era todo un rojo oscuro; y sobre ellos brillaba, contra el Saco de Carbón, el Ojo de Murcheson.

- No podéis saber lo que piensan y sienten mirándolos, ¿verdad? Nos lo temíamos - dijo la pajeña de Horvath-. Comunicación no verbal. Las señales son distintas para nosotros.

- Eso supongo -dijo Bury-. Todos los cuadros serían vendibles, pero no hay ninguno que sea excepcional. Serían sólo curiosidades... aunque muy valiosas como tales, debido al inmenso mercado potencial y a la oferta limitada. Pero no establecen una comunicación. ¿Quién los pintó?

- Éste es muy antiguo. Puede verse que se pintó en la pared del mismo edificio, y...

- Pero ¿qué tipo de pajeño lo pintó? ¿Un Marrón-y-blanco? Hubo una carcajada descortés entre los pajeños.

- Todas las obras de arte las hacen los Marrones-y-blancos -explicó el pajeño de Bury-. Nuestra especialidad es la comunicación. El arte de comunicación.

- Pero ¿nunca tiene nada que decir un Blanco?

- Claro que sí. Pero tiene un Mediador que lo dice por él. Nosotros traducimos, comunicamos. Muchos de estos cuadros son argumentos, expuestos visualmente.

Weiss había seguido al grupo, sin decir nada. Renner se fijó en él. En voz baja, le preguntó:

- ¿Algún comentario? Weiss se rascó la mandíbula.

- Señor, no había estado en un museo desde la escuela de graduados... Pero ¿no se hacen algunos cuadros sólo para que hagan bonito?

- Bueno...

Sólo había dos retratos en todas las salas. Ambos eran de Marrones-y-blancos, y ambos mostraban al sujeto de cintura para arriba. Los pajeños debían de elaborar expresiones no con la cara sino con el cuerpo. Aquellos retratos estaban extrañamente iluminados y los brazos extrañamente distorsionados. A Renner le parecieron dos sujetos malvados.

- ¿Malvados? ¡No! -dijo la pajeña de Renner-. Gracias a éste se construyó la cápsula de Eddie el Loco. Y éste fue el que inventó, hace mucho tiempo, un idioma universal.

- ¿Aún se utiliza?

-Aún sigue utilizándose, sí. Pero se fragmentó, por supuesto. Con los idiomas pasa eso. Sinclair, Potter y Bury no hablan el mismo idioma que usted. A veces los sonidos son similares, pero las señales no verbales son muy distintas.

Renner volvió a encontrarse con Weiss cuando estaban a punto de entrar en la sala de escultura.

- Tenía usted razón. En el Imperio hay cuadros que sólo pretenden ser bonitos. Aquí no. ¿Se dio cuenta de la diferencia? No hay un solo paisaje en el que no aparezcan pajeños. Casi ningún retrato, y aquellos dos eran figuras de perfil. De hecho, todo parece tomado de perfil. - Se volvió para llamar a su pajeña-. ¿No es así? Aquellos cuadros que me señalaba, hechos antes de que vuestra civilización inventase la cámara. No eran representaciones directas.

- Renner, ¿sabe usted cuánto trabajo lleva un cuadro?

- Nunca he probado a pintar. Pero puedo imaginármelo.

- ¿Puede imaginarse entonces que alguien vaya a trabajar tanto si no tiene algo que decir?

- ¿Y qué me dice de «Las montañas son bellas»? -sugirió Weiss. La pajeña de Renner se encogió de hombros.

Las estatuas eran mejores que los cuadros. No se planteaba en ellas el problema de los colores y de la luz. La mayoría eran pajeños; pero no sólo había retratos. ¿Una cadena de pajeños de tamaño decreciente; un porteador, tres Blancos, nueve Marrones y veintisiete miniaturas? No, eran todos de mármol blanco y tenían la forma de los que tomaban decisiones. Bury los contempló imperturbable y dijo:

- Creo que necesitaría que alguien me explicase todo esto para poder venderlo. E incluso para poder regalarlo.

-Así es -dijo su pajeño-. Pues bien, éste, por ejemplo, alude a una religión del último siglo. El alma del padre se divide para convertirse en los hijos, y luego otra vez para los nietos, hasta el infinito.

Otra escultura consistía en un grupo de pajeños en arenisca roja. Tenían dedos largos y flacos, demasiados en la mano izquierda, y el brazo derecho era comparativamente pequeño. ¿Médicos? Los estaba matando una especie de hilo de cristal verde que se movía entre ellos como una guadaña: un arma de láser, manejada por alguien situado fuera de la escena. Los pajeños se mostraban reacios a hablar sobre aquella escultura.

- Un acontecimiento desagradable de la historia -dijo el pajeño de Bury, y eso fue todo.

Otra escultura mostraba la lucha entre unos cuantos Blancos de mármol y otro grupo de individuos de un tipo inidentificable, todo en arenisca roja. Los Rojos eran delgados y amenazadores, e iban armados con algo más que su dotación de dientes y garras. En el centro de la lucha había una extraña máquina.

-Vaya, éste es interesante -dijo la pajeña de Renner-. Por tradición un Mediador (uno de nuestro propio equipo) debe solicitar cualquier tipo de transporte que necesite a uno de los

que toman decisiones. Hace mucho tiempo, un Mediador utilizó su autoridad para ordenar que construyeran una máquina del tiempo. Puedo mostrarles la máquina, si quieren utilizarla; está al otro lado de este continente.

- ¿Y esa máquina del tiempo funciona?

- No funciona, Jonathon. Nunca llegó a terminarse. Su Amo quebró intentando acabarla.

- Oh -dijo Whitbread mostrando su desilusión.

- Nunca llegó a probarse -dijo la pajeña-. La teoría básica ha sido desechada.

La máquina parecía un pequeño ciclotrón con una cabina dentro... casi parecía correcta, como generador de un Campo Langston.

- Eso me interesa mucho -dijo Renner a su pajeña-. ¿Podéis solicitar cualquier transporte, en cualquier momento?

-Así es. Nuestro trabajo es la comunicación, pero nuestra principal tarea es evitar las luchas. Sally nos ha hablado de vuestros, digamos, problemas raciales, incluyendo las armas y el reflejo de rendición. Nosotros los Mediadores nacimos de eso. Podemos explicar los puntos de vista de unos seres a otros. La incomunicación puede adquirir a veces proporciones peligrosas; normalmente justo antes de una guerra, con una repetición estadística tan persistente que no puede ser coincidencia. Si uno de nosotros puede disponer siempre de transporte (e incluso de teléfonos o radios) la guerra resulta mucho más improbable.

Había expresiones de asombro entre los humanos.

- Magnífico -dijo Renner; luego, añadió-: Me preguntaba si podríais pedir la MacArthur.

- Por ley y tradición, sí. En la práctica, no se nos ocurriría siquiera.

- Comprendo. Esos seres que combaten alrededor de la máquina del tiempo...

- Demonios legendarios -explicó el pajeño de Bury-. Defienden la estructura de la realidad.

Renner recordó antiguos cuadros españoles que databan de la época de la Peste Negra en Europa, cuadros de hombres y mujeres vivos a los que atacaban malévolos muertos resucitados. Junto a los blancos, aquellos seres de arenisca roja tenían el mismo aspecto increíblemente flaco y huesudo de una malevolencia casi palpable.

- ¿Y por qué la máquina del tiempo?

- El Mediador consideró que cierto incidente de la historia se había producido por falta de comunicación. Decidió corregirlo -la pajeña de Renner se encogió de hombros... con los brazos; un pajeño no podía alzar los hombros-. Eddie el Loco. Así era la sonda de Eddie el Loco. Quizás un poco más utilizable. Un vigilante del cielo (un meteorólogo, especialista también entre otros campos) encontró pruebas de que había vida en un mundo de una estrella próxima. Inmediatamente este Mediador, Eddie el Loco, quiso entrar en contacto con aquel mundo. Comprometió un enorme volumen de capital y de potencial industrial, tanto como para que afectara a la mayoría de nuestra civilización. Consiguió que se construyese la sonda, la dotó de una vela de luz y utilizó una batería de cañones láser para...

- Eso me suena a algo conocido.

- Exactamente. La sonda de Eddie el Loco se lanzó en realidad hacia Nueva Caledonia, mucho más tarde, y con un piloto distinto. Nosotros suponíamos que después nos localizaríais.

-Y así fue. Desgraciadamente el tripulante había muerto. Pero llegó hasta nosotros. Pero ¿por qué seguís llamándole la sonda de Eddie el Loco? Bueno, no importa -dijo Renner. Su pajeña reía entre dientes.

Había dos limusinas esperándoles a la salida del museo y habían levantado una escalera que conducía hasta la calle. Muchos pequeños automóviles biplazas pasaban bordeando la escalera sin disminuir la marcha y sin chocar.

Staley se detuvo al fondo de la escalera.

- ¡Señor Renner! ¡Mire!

Renner miró. Junto a un gran edificio blanquecino se había detenido un vehículo; las calles no tenían bordillos. El chófer Marrón y su pasajero de pelo blanco descendieron y el

Blanco caminó con viveza hasta doblar la esquina. El Marrón sacó dos palancas ocultas en la parte delantera y las aplicó a un lado del coche. Este se desinfló como un acordeón, convirtiéndose en un objeto de medio metro de anchura. El Marrón se volvió luego y siguió al pajeño Blanco.

- ¡Se pliegan! -exclamó Staley.

- Claro que sí -dijo la pajeña de Renner-. ¿Cómo sería si no el tráfico? Vamos, montemos en nuestros coches. Así lo hicieron.

- No viajaría en una de esas pequeñas trampas mortales ni aunque me diesen todo el capital que tiene Bury.

- Son muy seguros -dijo la pajeña de Renner-. Es decir, no se trata de que el vehículo sea seguro, los que son seguros son los conductores. Por una parte, los Marrones no tienen mucho instinto territorial. Por otra, siempre andan pendientes de su coche, para que nada falle.

La limusina arrancó. Tras ellos aparecieron Marrones que empezaron a desmontar las escaleras.

Los edificios que les rodeaban eran siempre bloques cuadrados, las calles una especie de rejilla rectangular. Para Horvath la ciudad era claramente una ciudad hecha, proyectada, no algo que hubiese crecido naturalmente. Alguien la había planeado y había ordenado construirla desde los cimientos. ¿Serían todas así? La ciudad no reflejaba en absoluto la compulsión innovadora de los Marrones.

Y sin embargo, pensándolo bien, llegó a la conclusión de que sí se percibía, de que estaba presente. No en las cuestiones básicas, pero sí en cosas como la iluminación de la calle. En unos sitios había anchas fajas electrolumínicas a lo largo de los edificios. En otros había objetos semejantes a globos flotantes, pero el viento no los movía. Por todas partes se veían tubos que corrían a lo largo de los lados de las calles, o por el centro; o no había nada en absoluto que apareciese a la luz del día.

Y aquellos coches como cajas... todos eran sutilmente distintos, en el diseño de las luces o en las señales de las reparaciones, en la forma que tenían de plegarse los coches aparcados.

Las limusinas se detuvieron.

-Ya llegamos -dijo la pajeña de Horvath-. El zoo. La Reserva de Formas de Vida, para ser más exactos. Verán que está proyectado más en función de la comodidad de sus habitantes que en función de los espectadores.

Horvath y los demás miraron a su alrededor, desconcertados. Les rodeaban altos edificios rectangulares. No se veía por ninguna parte espacio abierto.

-A nuestra izquierda. ¡El edificio, señores, el edificio! ¿Hay alguna ley que prohiba instalar un zoo dentro de un edificio?

El zoo resultó tener seis plantas, con techos insólitamente altos para los pajeños. Era difícil determinar qué altura exacta tenían los techos. Parecían tan altos como el cielo. En la primera planta el techo era un despejado cielo azul, con pequeñas manchas de nubes y un sol de mediodía.

Cruzaron una vaporosa selva que parecía cambiar constantemente a medida que la cruzaban. Los animales no podían alcanzarles, pero resultaba difícil darse cuenta de que no podían. No parecían advertir que estaban en cautividad.

Había un árbol que parecía un inmenso látigo, con el mango profundamente hundido en la tierra, y que se extendía luego en una masa de hojas redondas. Un animal que era como un pajeño gigante miraba fijamente a Whitbread. Tenía agudas garras en las dos manos derechas y entre sus labios destacaban unos afilados colmillos.

- Era una variante del tipo porteador -dijo la pajeña de Horvath-, pero nunca pudimos domesticarlo. Supongo que se dan cuenta de por qué.

- ¡Este ambiente artificial es asombroso! -exclamó Horvath-. Nunca he visto nada igual. Pero ¿por qué no construir parte del zoo al aire libre? ¿Por qué crear un ambiente cuando existe ya en la realidad?

- No sé exactamente por qué lo hicieron. Pero al parecer funciona.

El segundo piso era un desierto de seca arena. El aire era seco y balsámico, el cielo azul

Librodot

suave, y se oscurecía en amarillo marrón por el horizonte. En la arena crecían

plantas carnosas sin espinas. Algunas tenían la forma de matas de azucenas. Muchas mostraban señales del mordisqueo de dientes. Pronto encontraron al animal propietario de aquellos dientes. Parecía un castor blanco sin pelo con dientes cuadrados y saltones. Les observó tranquilamente mientras pasaban.

En el tercer piso, llovía permanentemente. Los relámpagos relumbraban, a ilusorios kilómetros de distancia. Los humanos decidieron no entrar, pues no tenían ropa para protegerse de la lluvia. Los pajeños medio se disculparon, medio se enfadaron. No se les había ocurrido que la lluvia pudiese molestar a los humanos. A ellos les gustaba.

- Seguirá pasándonos constantemente -predijo la pajeña de Whitbread-. Os estudiamos, pero no os conocemos. Y vosotros estáis perdiéndoos algunas de las formas vegetales más interesantes del planeta. Quizás otro día, cuando suspendan la lluvia...

El cuarto piso no tenía nada de silvestre. Había incluso casitas redondeadas en cerros ilusoriamente distantes. Pequeños árboles en forma de sombrilla daban frutos rojos y azulados bajo un liso disco verde de follaje. Tras uno de ellos había un par de protopajeños. Eran pequeños, redondeados y barrigudos, y sus brazos derechos parecían haber encogido. Miraron al grupo de visitantes con ojos tristes; luego uno de ellos cogió un fruto azulado. Su brazo izquierdo era lo suficientemente largo para alcanzarlo.

- Otro miembro invisible de nuestra especie -dijo la pajeña de Horvath-. Extinto ahora, salvo en las reservas de formas de vida.

Parecía querer alejarse rápidamente de ellos. Encontraron a otra pareja en una parcela de melones del mismo tipo que los que habían comido los humanos para cenar, según indicó Hardy.

En un campo grande y herboso pacía plácidamente un grupo de seres de pezuñas y pelo lanudo. Uno de ellos hacía guardia, volviéndose constantemente para vigilar a los visitantes.

- Parece usted desilusionado. ¿Por qué? -dijo una voz detrás de Whitbread. Whitbread se volvió sorprendido.

- ¿Desilusionado? ¡No! Es fascinante.

- Me equivoqué -dijo su pajeña-. Me gustaría hablar unas palabras con el señor Renner. ¿Le importa dejarnos?

El grupo se había desparramado. No había posibilidad de perderse allí y todos disfrutaban del placer de sentir la hierba bajo los pies: largas y rizadas hojas verdes más esponjosas que la hierba ordinaria, muy parecidas a las alfombras vivas de las casas de la aristocracia y de los comerciantes ricos.

Renner miraba tranquilamente a su alrededor cuando sintió que se posaban en él unos ojos.

- ¿Sí?

- Señor Renner, me da la sensación de que le desilusiona a usted un poco nuestro zoo.

Whitbread pestañeó. Renner frunció el ceño.

- Sí, y no entiendo por qué. No tendría por qué sentir esto. Es un mundo totalmente ajeno, expuesto aquí en beneficio nuestro. Whitbread, ¿siente usted lo mismo? Whitbread asintió a regañadientes.

- ¡Vaya! Eso es. Se trata de un mundo ajeno, expuesto aquí en beneficio nuestro, ¿no? ¿Cuántos zoos ha visto usted, en cuántos mundos? Whitbread calculó mentalmente, y dijo:

- Seis incluyendo la Tierra.

-Y eran todos como éste, salvo que la ilusión es mejor. Nosotros esperábamos algo de una magnitud completamente distinta. Y no lo es. No es más que otro mundo distinto, salvo por los pajeños inteligentes.

- Parece razonable -dijo la pajeña de Whitbread. Quizás su voz tuviese un tono excesivamente forzado y los humanos recordaban que los pajeños no habían visto jamás un mundo distinto.

- Una lástima, sin embargo -añadió la pajeña-. Staley parece muy interesado. Y lo mismo Sally y el doctor Hardy. Pero ellos son profesionales.

Sin embargo, el piso siguiente fue una sorpresa.

El primero en salir del ascensor fue el doctor Horvath. Se quedó petrificado. Era una calle ciudadana.

- Creo que nos hemos equivocado... de puerta... -por un instante creyó que había perdido la razón.

La ciudad estaba desierta. Había unos cuantos vehículos en las calles, pero eran vehículos abandonados y destrozados, algunos con señales de fuego. Varios edificios se habían derrumbado, llenando la calle de montañas de escombros. Una masa móvil de color negro avanzó hacia ellos y se desvió luego en un enjambre, huyendo hacia los agujeros oscuros de una ladera de escombros, hasta que desapareció por completo.

A Horvath se le pusieron los pelos de punta. Cuando una mano alienígena tocó su codo, dio un salto.

- ¿Qué pasa, doctor? Ustedes deben de tener también animales que han evolucionado para vivir en las ciudades.

- No -dijo Horvath.

- Las ratas -dijo Sally Fowler-. Y hay un tipo de insectos que viven sólo en los seres humanos. Pero creo que eso es todo.

- Nosotros tenemos muchos más -dijo la pajeña de Horvath-. Quizás podamos mostrarles unos cuantos. Aunque son muy asustadizos.

Desde lejos, los pequeños animales negros eran indiferenciables de las ratas. Hardy sacó una foto de un enjambre que corría a ocultarse. Esperaba que la foto resultase sensacional. Había un gran animal, muy liso, casi invisible, al que no distinguieron hasta que estuvieron delante de él. Era del color y de la forma del ladrillo por el que trepaba.

- Como un camaleón -dijo Sally. Luego tuvo que explicar cómo eran los camaleones.

-Ahí hay otro -dijo la pajeña de Sally, señalando a un animal color hormigón que subía por una pared gris-. No le moleste. Tiene dientes.

- ¿Y dónde consiguen alimentos?

- En los jardines de las azoteas. Aunque también pueden comer carne. Y hay un insectívoro...

Les llevó hasta una azotea que quedaba a dos metros por encima del nivel de la calle. Había árboles frutales y verduras que crecían desordenadamente, y un pequeño bípedo sin brazos que sacaba una lengua retráctil de más de un metro de longitud. Parecía como si tuviese la boca llena de nueces.

En el sexto piso hacía un frío terrible. El cielo era gris plomo. La nieve giraba en torbellinos a lo largo de un infinito de heladas tundras. Hardy quería quedarse, pues había mucha vida en aquel infierno helado; a través del hielo crecían matorrales y árboles pequeños, y había un ser grande y pacífico que les ignoró, una especie de conejo de las nieves saltarín y peludo, con orejas en forma de plato y sin patas delanteras. A Hardy tuvieron que sacarle de allí casi por la fuerza; pues si se hubiese quedado mucho tiempo se habría congelado.

En el Castillo les esperaba la cena: alimentos procedentes de la MacArthur y rodajas de un cactus pajeño verde y plano de unos setenta y cinco centímetros de anchura por tres de grosor. La gelatina roja que contenía sabía casi a carne. A Renner le gustó, pero los otros no fueron capaces de comerlo. Del resto comieron como hambrientos, charlando animadamente entre bocado y bocado. Debía de ser el día de mayor duración lo que les despertaba aquel apetito.

- Tenemos cierta idea de lo que quiere ver un turista en una ciudad extraña -dijo la pajeña de Renner-, al menos sabemos lo que aparece en vuestras películas de viajes. Museos. Los edificios del gobierno. Monumentos. Piezas arquitectónicas únicas. Quizás las tiendas y los clubs nocturnos. Sobre todo, la forma de vivir de los nativos. -Hizo un gesto de disculpa-. Hemos tenido que omitir parte de esto. No disponemos de clubs nocturnos. El alcohol en cantidades pequeñas no nos produce ningún efecto. En cantidades grandes resulta mortal para

nosotros. Tendréis oportunidad de oír nuestra música, pero, francamente, no creo que os guste.

»El gobierno es la asamblea de los Mediadores cuando se reúnen para hablar. Podría estar en cualquier sitio. Los que toman decisiones viven donde les parece, y en general se consideran obligados a respetar los acuerdos de sus Mediadores. Veréis algunos de nuestros monumentos. En cuanto a nuestra forma de vida, ya habéis tenido cierto tiempo para estudiarla.

- ¿Y cómo vive el Blanco? -preguntó Hardy; luego su boca se abrió en un ruidoso bostezo.

- Tiene usted razón -dijo su pajeña-. Tenemos que llevarles a ver la residencia familiar de un miembro de la especie que da órdenes. Creo que podemos conseguir un permiso...

Los pajeños trataron del asunto.

-Yo también creo que podremos -dijo la pajeña de Sally-. Ya veremos. Bueno, creo que debemos retirarnos ya.

El cambio de tiempo había afectado a los humanos. Los doctores Horvath y Hardy bostezaron, pestañearon, parecieron sorprenderse, se excusaron y se fueron. Bury aún se sentía con fuerzas. Renner le preguntó qué rotación tenía su planeta. El, por su parte, llevaba suficiente tiempo en el espacio como para adaptarse a cualquier programa.

Pero el grupo se disgregaba. Sally dio las buenas noches y subió las escaleras, tambaleándose claramente. Renner sugirió que cantasen un poco, pero al no obtener el apoyo de nadie, renunció a la idea.

Torre arriba subía una escalera espiral. Renner penetró por un pasillo, movido por la curiosidad. Al llegar a una cámara neumática comprendió que debía conducir al balcón, el anillo liso que rodeaba la torre. No le importaba probar el aire de Paja Uno. Se preguntó si el balcón estaría realmente destinado al uso... y luego recordó un anillo que rodeaba una esbelta torre, y se preguntó si no estarían los pajeños jugando con el simbolismo freudiano.

Probablemente lo estuviesen haciendo. Siguió su camino, hasta su habitación.

Renner pensó al principio que se había equivocado de cuarto. La composición de colores era asombrosa: naranja y negro, completamente distintos de los apagados y pálidos marrones de la mañana. Pero el traje de presión que colgaba de la pared era el suyo, tenía el mismo diseño y los distintivos del rango en el pecho. Miró a su alrededor, intentando determinar si le gustaba el cambio.

Era el único cambio... no, la habitación era más cálida. La noche anterior hacía demasiado frío. Cruzó la habitación y comprobó en la alcoba donde dormían los pajeños. Sí, allí dentro hacía más frío.

La pajeña de Renner, apoyada en el quicio de la puerta, le observaba con la sonrisa habitual. Renner sonrió también, tímidamente. Luego continuó su inspección.

El cuarto de baño... el inodoro era distinto. Exactamente como el que él había dibujado. Pero no tenía agua. No tenía cisterna.

Pero qué demonios, sólo había un medio de probar un inodoro.

Cuando miró la taza vio que estaba resplandecientemente limpia. Echó en ella un vaso de agua y vio que corría sin dejar una gota. La superficie de la taza evitaba todo roce.

Tengo que decirle esto a Bury, pensó. Había bases en lunas sin aire, y mundos donde el agua, o la energía para reciclarla, eran escasas. Mañana. Tenía demasiado sueño.

El período de rotación de Levante era de veintiocho horas y 40,2 minutos. Bury se había adaptado bastante bien al día ordinario de la MacArthur, pero siempre era más fácil adaptarse a un día más largo que a uno más corto.

Esperó mientras su Fyunch(click) enviaba a su Marrón por café. Esto le hizo echar de menos a Nabil... y preguntarse si el Marrón sería más hábil que Nabil. Había subestimado

gravemente el poder de los Marrones-y-blancos. Al parecer su pajeño podía tripular cualquier vehículo de Paja Uno, estuviese construido ya o no; aun así, actuaba como agente de alguien a quien Bury nunca había visto. La situación era compleja.

El Marrón regresó con café y con otra jarra, algo que tenía un tono marrón pálido y que no humeaba.

- ¿Venenoso? Muy probablemente -dijo su Fyunch(click)-. Los contaminantes podrían perjudicarle, o las bacterias. Es agua, del exterior.

Bury no tenía la costumbre de ir con demasiada rapidez al negocio. Consideraba que a un comerciante demasiado ansioso podían engañarle mucho más fácilmente. No tenía conciencia de los miles de años de tradición que había tras esta opinión suya. En consecuencia, él y su contacto pajeño hablaron de muchas cosas...

- «De zapatos y naves y cera, de coles y reyes» -citó, e identificó cada una de estas cosas, por las que el pajeño mostró evidente interés. Al pajeño le interesaban sobre todo las diversas formas de gobierno de los humanos.

- Pero no creo que deba leer a ese Lewis Carroll -dijo- hasta que sepa mucho más de la cultura humana.

Luego Bury planteó otra vez el tema de los artículos de lujo.

- Los artículos de lujo. Sí, estoy de acuerdo, en principio -dijo el pajeño de Bury-. Si un artículo de lujo es fácilmente transportable, puede rendir aunque sólo sea por la disminución de los gastos de combustible. Eso debe regir incluso con su Impulsor de Eddie el Loco. Pero en la práctica existen restricciones entre nosotros.

Bury había pensado ya en unas cuantas.

- Dígame cuáles -pidió.

- El café. Los tés. Los vinos. Supongo que usted comercia también en vinos...

- Mi religión prohibe el vino. -Bury comerciaba indirectamente en el transporte de vinos de un mundo a otro, pero no creía que los pajeños quisiesen comerciar con vino.

- No importa. Nosotros no toleramos el alcohol, y no nos gusta el sabor del café. Puede que pase lo mismo con otros productos parecidos, aunque quizás merezca la pena probar.

- ¿Y ustedes no comercian con artículos de lujo?

- No. Con poder sobre otros, seguridad, permanencia de costumbres y dinastías... Como siempre, hablo en nombre de los que dan órdenes. Cubrimos esos campos, en su nombre, pero también nos ocupamos de la diplomacia. Comerciamos con bienes duraderos, artículos de primera necesidad, trabajos técnicos... ¿Qué piensa usted de nuestras obras de arte?

- Podrían venderse a buen precio, hasta que se hiciesen corrientes. Pero creo que donde mejor podría desarrollarse nuestro comercio es en el campo de las ideas y de los proyectos.

- ¿Sí?

- El inodoro de superficie antiadhesiva, y el principio que hay tras él. Varios superconductores, que construyen ustedes mejor que nosotros. Vimos una muestra en un asteroide. ¿Pueden ustedes reproducirlo?

- Estoy seguro de que los Marrones encontrarán el medio -contestó el pajeño-. En eso no habrá problema. Ustedes, desde luego, tienen mucho que ofrecer. Terreno, por ejemplo. Querremos comprar terreno para nuestras embajadas.

Probablemente se lo ofrecerían gratis, pensó Bury. Pero para aquella raza la tierra debía de tener un valor literalmente incalculable; sin los humanos jamás tendrían más de la que tenían por el momento. Y querrían tierra para asentamientos. Aquel mundo estaba superpoblado. Bury había visto las luces urbanas desde la órbita, un campo de luz alrededor de océanos oscuros.

- Tierra -repitió- y cultivos. Hay cultivos que crecen bajo soles muy parecidos a éste. Sabemos que pueden ustedes comer algunos de ellos. ¿Podrían cultivarse aquí con más eficacia que los productos del planeta? Los alimentos nunca resultan comercialmente productivos por los gastos de transporte, pero puede que las semillas sí.

- Supongo que tendrán ustedes también ideas que pueden vendernos.

- No lo sé. Vuestra inventiva es enorme y admirable. El pajeño hizo un gesto cortés.

- Gracias. Pero no hemos hecho todo lo que se puede hacer. Tenemos un Impulsor de Eddie el Loco, por ejemplo, pero el generador del campo de fuerza que protege...

- Si me fusilasen, perderían ustedes al único comerciante de este sistema.

- Por Alá... quiero decir, ¿están las autoridades del Imperio tan decididas a guardar sus secretos?

- Quizás cambien de idea cuando conozcamos mejor a los pajeños. Además, yo no soy físico -dijo Bury suavemente.

-Ah. Bury, no hemos agotado el tema del arte. Nuestros artistas tienen libertad total y acceso inmediato a los materiales, y muy poca supervisión. En principio, el intercambio de obras de arte entre Paja y el Imperio facilitaría la comunicación. Aún no hemos intentado nunca dirigir nuestro arte a una mente alienígena.

- Los libros y las cintas pedagógicas del doctor Hardy contienen muchas de nuestras obras de arte.

- Debemos estudiarlas -el espejo de Bury bebió pensativo un trago de su agua sucia-. Hablemos del café y del vino. Mis compañeros han percibido... ¿cómo lo expresaría?... una fuerte inclinación cultural hacia el vino entre los científicos y los oficiales de la Marina humanos.

- Sí. Lugar de origen, fechas, marcas, capacidad para soportar la caída libre, qué vino va con cada comida -Bury hizo un gesto agrio-. Son cosas de las que oigo hablar, pero de las que prácticamente no sé nada. Me parece irritante y muy poco práctico el que algunas de las naves avancen con aceleración constante sólo para impedir que una botella de vino sedimente. ¿Por qué no se puede centrifugar el líquido tranquilamente después de desembarcar?

- ¿Y el café? Todos toman café. El café varía según su origen, el suelo en que se cría, el clima, el método de tostado. Sé que es así. He visto vuestros almacenes.

- Tengo mucha mayor variedad a bordo de la MacArthur. Sí... y hay mucha diferencia también entre los bebedores de café. Diferencias culturales. En un mundo de origen norteamericano como Tabletop no soportarían la pócima oleaginosa que prefieren en Nuevo París, y les parece mucho más dulce y fuerte el café de Levante.

-Ah.

- ¿Ha oído hablar del Blue Mountain de Jamaica? Crece en la misma Tierra, en una gran isla: la isla nunca fue bombardeada, y las mutaciones fueron eliminadas en los siglos que siguieron al derrumbe del Condominio. No puede comprarse. Las naves de la Marina lo llevan al palacio imperial de Esparta.

- ¿Cómo sabe?

- Como ya he dicho, está reservado para la Casa Real... -Bury vaciló-. Muy bien. Pero ya me conoce. No volvería a pagar ese precio, pero no lo lamento.

- La Marina le menosprecia a usted por su falta de conocimientos en cuestión de vinos. -El pajeño de Bury no parecía sonreír; su suave expresión era la de un comerciante, se ajustaba a la del propio Bury-. Una estupidez por su parte, desde luego. Si supiesen todo lo que hay que saber sobre el café...

- ¿Qué quiere decir?

- Tiene usted reservas de café a bordo. Enséñeles sobre el café. Utilice sus reservas para ese fin.

- ¡Mis reservas no durarían una semana con los oficiales de un crucero de combate!

- Debería usted mostrarles que hay una similitud entre su cultura y la de ellos. ¿O no le agrada esta idea? No, Bury, no estoy leyéndole el pensamiento. Usted detesta a la Marina; tiende a exagerar las diferencias entre ellos y usted. ¿Cree que ellos piensan de igual modo? Le repito que no estoy leyendo su pensamiento.

Bury reprimió la furia que sentía crecer en su interior... y en aquel momento se dio cuenta. Supo por qué el alienígena seguía repitiendo aquella frase. Era para desconcertarle. En un marco comercial.

Bury desplegó una amplia sonrisa.

- Una semana de buena voluntad quizás merezca la pena. De acuerdo, seguiré su

consejo cuando vuelva a la nave. Alá sabe que tienen mucho que aprender sobre el café. Quizás pueda enseñarles incluso a utilizar correctamente sus filtros.

28
Charla de café

Rody y Sally estaban solos, sentados en la cabina de control del capitán. Las pantallas de intercomunicación estaban apagadas, y el tablero de situación que había sobre el escritorio de Rod mostraba un limpio esquema de luces verdes. Rod estiró sus largas piernas y bebió un trago de su bebida.

- ¿Se da cuenta de que es casi la primera vez que estamos solos desde que salimos de Nueva Caledonia? Es magnífico. Ella sonrió, insegura.

- Pero no tenemos mucho tiempo... los pajeños esperan que regresemos, y además tengo que dictar mis notas... ¿Hasta cuándo estaremos en el sistema pajeño, Rod?

- Eso depende del almirante -dijo Blaine, encogiéndose de hombros-. El Virrey Merrill quería que regresáramos lo más pronto posible, pero el doctor Horvath quiere saber más, reunir más datos. Y yo también. Sally, aún no tenemos nada significativo que comunicar! Ni siquiera sabemos si los pajeños constituyen o no una amenaza para el Imperio.

- ¿Por qué no deja de actuar como un oficial de la Marina y vuelve a ser usted mismo, Rod Blaine? No hay el menor indicio de que los pajeños sean hostiles. No hemos visto signo alguno de armas, ni de guerra, ni nada parecido...

- Lo sé -dijo Rod agriamente-. Y eso me preocupa. Sally, ¿ha oído hablar de alguna civilización humana que no tuviera soldados?

- No, pero los pajeños no son humanos.

- Ni lo son las hormigas, pero tienen soldados... Quizás tenga razón, quizás sea la influencia de Kutuzov. Por cierto, quiere más informes. ¿Sabe que todos los datos se transmiten tal como llegan a la Lenin en una hora?

Hemos enviado hasta muestras de artefactos pajeños, y algunas de las cosas modificadas por los Marrones...

Sally se echó a reír. Por unos instantes, esto pareció molestar a Rod, pero luego se rió también.

- Lo siento, Rod. Sé que ha debido de ser doloroso decirle al Zar que tenía Marrones en su nave... ¡pero era divertido!

- Sí. Divertido. De todos modos, enviamos todo lo que podemos a la Lenin... ¡Y usted me cree a mí paranoico! Kutuzov lo inspecciona todo en el espacio, ¡Y luego lo sella en recipientes llenos de cifógino y los aparca fuera de su nave! Creo que tiene miedo a la contaminación. Oh, maldita sea Rod se volvió a la pantalla cuyo timbre sonaba-. Aquí el capitán -dijo.

- El capellán Hardy quiere verle, capitán -dijo el centinela-. Vienen con él el señor Renner y los científicos.

Rod suspiró y lanzó una mirada desesperada a Sally.

- Mándeles pasar y avise a mi camarero. Supongo que querrán tomar algo. Lo hicieron. Por último, se sentaron todos y la cabina se llenó a rebosar. Rod saludó al personal de la expedición pajeña y luego cogió unas hojas que tenía sobre la mesa.

- Primera pregunta: ¿necesitan tener con ustedes soldados de la Marina? Tengo entendido que no tienen nada de hacer.

- Bueno, no importa que estén allí -contestó el doctor Horvath-. Pero ocupan un espacio que podrían utilizar con más provecho los miembros del equipo científico.

- En otras palabras, no -dijo Rod-. Muy bien. Les dejaré decidir qué miembros del equipo científico deben reemplazarles, doctor Horvath. Punto siguiente: ¿necesitan ustedes infantes de marina?

- Cielo santo, ninguno -protestó Sally. Miró rápidamente a Horvath, que asintió-. Capitán, los pajeños no tienen nada de hostiles; hasta nos han construido un castillo. ¡Es maravilloso! ¿Por qué no baja usted a verlo?

Rod rió ásperamente.

- Órdenes del almirante. Además, no puedo dejar bajar a ningún oficial que sepa construir un Campo Langston. -Se señaló a sí mismo-. El almirante y yo estamos de acuerdo en un punto: si ustedes necesitan ayuda, dos infantes de marina de nada servirán... y no me parece una buena idea dar a los pajeños la oportunidad de convertir a esos Fyunch(click) en un par de guerreros. Esto se relaciona con el punto siguiente. Doctor Horvath, ¿le parece satisfactorio el comportamiento del señor Renner? Quizás deba pedirle que abandone el camarote mientras usted habla.

- Por Dios, el señor Renner ha sido un gran colaborador. Capitán, ¿se aplica su restricción a mi gente? ¿Se me prohibe llevar, por ejemplo, un físico a Paja Uno?

- Sí.

- Pero el doctor Buckman cuenta con ir. Los pajeños llevan mucho tiempo estudiando el Ojo de Murcheson y el Saco de Carbón... ¿Cuánto, señor Potter?

El guardiamarina se agitó incómodo antes de contestar.

- Miles de años, señor -respondió por último-. Sólo que...

- ¿Qué, señor? -instó Rod. Potter era un poco tímido, y tenía que superarlo-. Hable.

- Sí, señor. Hay vacíos en sus observaciones, capitán. Los pajeños nunca han mencionado el hecho, pero el doctor Buckman dice que es evidente. Se diría que a veces pierden el interés por la astronomía, y el doctor Buckman no puede entenderlo.

- No me extraña -rió Rod-. ¿Hasta qué punto son importantes esas observaciones, señor Potter?

- Para la astrofísica, quizás muy importantes, capitán. Han estado observando la supergigante durante toda su historia mientras pasaba a lo largo del Saco de Carbón. Se convertirá en supernova y luego en agujero negro, y los pajeños dicen que saben cuándo.

El guardiamarina Whitbread rompió a reír. Todos se volvieron a mirarle. Whitbread apenas si podía controlarse.

- Perdón, señor... Pero yo estaba allí cuando Gavin le habló a Buckman de ellos. El Ojo estallará el 27 de abril del año 2774020 d. C, entre las cuatro y las cuatro y media de

la mañana, según dicen. Creí que el doctor Buckman se iba a morir del susto. Inmediatamente comenzó a hacer comprobaciones. Estuvo treinta horas...

Sally se echó a reír también.

-Y su Fyunch(click) estuvo a punto de morir con ese régimen -añadió-. Cuando su propia pajeña se fue, hizo que la pajeña del doctor Horvath le tradujese.

- Sí, pero descubrió que tenían razón -les dijo Whitbread; el guardiamarina carraspeó e imitó la seca voz de Buckman-: Han acertado, señor Potter. Tengo observaciones y cálculos que lo demuestran.

- Se está convirtiendo usted en un gran actor, señor Whitbread -dijo el primer teniente Cargill-. Lástima que sus trabajos en astrogación no muestren esos progresos. Capitán, me parece que el doctor Buckman puede obtener aquí todo lo que necesita. No hay razón alguna para que vaya al planeta pajeño.

- De acuerdo. Doctor Horvath, la respuesta es no. Además... ¿quiere usted realmente pasarse una semana con Buckman? No hace falta que me conteste -añadió-. ¿A quién elegirá?

Horvath caviló un momento.

- De Vandalia, supongo.

- Sí, por favor -dijo enseguida Sally-. Necesitamos un geólogo. He intentado extraer muestras minerales, y no pude aclarar nada sobre la composición de Paja Uno. No hay más que ruinas sobre ruinas.

- ¿Quiere decir usted que no tienen rocas? -preguntó Cargill.

- Tienen rocas, teniente -contestó ella-. Granito y lava y varios tipos de basalto, pero no están donde estaban cuando se formó el planeta. Todas han sido utilizadas para hacer paredes

o losas o techos. Encontré muestras originales en un museo. Pero no saqué gran cosa de ellas.

- Un momento -dijo Rod-. ¿Quieren decir que salen ustedes y cavan al azar, y que dondequiera que excaven no encuentran más que restos de una ciudad? ¿Incluso en las tierras de cultivo?

- Bueno, no tuvimos tiempo de hacer muchas excavaciones. Pero donde yo cavé siempre había otra cosa debajo. ¡No había modo de llegar al final! Capitán, había una ciudad como la de Nueva York del año 2000 bajo un montón de cabañas de adobe sin instalaciones sanitarias. Creo que tuvieron una civilización que se desmoronó, quizás hace dos mil años.

- Eso explicaría los lapsos en las observaciones -dijo Rod-. Pero... parecen más adelantados que eso. ¿Por qué se desmonoraría aquella civilización? ¿Por qué lo permitirían ellos? -Miró a Horvath, que se encogió de hombros.

-Yo tengo una idea -dijo Sally-. Los contaminantes del aire... ¿No hubo un problema con la contaminación de los motores de combustión interna en la Tierra durante el Condominio? ¿Y si los pajeños tenían una civilización basada en combustibles fósiles y se les agotaron? ¿No retrocederían entonces a la edad de hierro hasta crear de nuevo energía de fusión y física plasmática? Parecen andar terriblemente escasos de yacimientos radiactivos.

Rod se encogió de hombros.

- Un geólogo ayudaría mucho, no hay duda... y es mucho más necesario que esté allí que el que lo esté el doctor Buckman. ¿Quedamos de acuerdo entonces, doctor Horvath? El Ministro de Ciencias asintió hoscamente.

-Aun así, he de decir que no me gusta que la Marina interfiera en nuestro trabajo. Dígaselo, doctor Hardy. Esto debe acabar.

El capellán lingüista pareció sorprenderse. Estaba sentado al fondo de la habitación y escuchaba atento y silencioso.

- Bueno, estoy de acuerdo en que un geólogo será más útil en la superficie del planeta que un astrofísico, Horvath. Y... capitán, me encuentro en una posición única. Como científico, no puedo aprobar en absoluto las restricciones que se nos imponen en nuestras relaciones con los pajeños. Como representante de la Iglesia, tengo una tarea imposible. Y como oficial de la Marina... no puedo evitar dar la razón al almirante.

Todos se volvieron sorprendidos hacia el capellán.

- Estoy asombrado, doctor Hardy -dijo Horvath-. ¿Ha visto usted la más leve prueba de actividades bélicas en Paja Uno?

Hardy juntó las manos cuidadosamente y habló por encima de las puntas de los dedos.

- No. Y eso, Anthony, es lo que me preocupa. Nosotros sabemos que los pajeños han tenido guerras: la clase de los Mediadores se creó evolutivamente, puede que con la intención de ponerles fin. No creo que lo lograran siempre. Entonces, ¿por qué los pajeños nos ocultan sus armas? Es evidente que por la misma razón que nosotros ocultamos las nuestras; pero consideremos lo siguiente: nosotros no ocultamos el hecho de que tenemos armas, ni siquiera su naturaleza general. ¿Por qué lo hacen ellos?

- Probablemente les avergüence -contestó Sally; pestañeó al sentir la mirada de Rod-. No quiero decir exactamente eso, pero están civilizados desde antes que nosotros, y tal vez les avergüence su pasado violento.

- Posiblemente -advirtió Hardy; olisqueó pensativo su brandy-. Y posiblemente no, Sally. Tengo la impresión de que los pajeños ocultan algo importante... y nos lo ocultan delante de nuestras propias narices, como si dijéramos.

Hubo un largo silencio. Horvath resopló sonoramente. Por último, el Ministro de Ciencias dijo:

- ¿Y cómo podrían hacerlo, doctor Hardy? Su gobierno es un conglomerado de negociaciones informales de los representantes de la clase que da órdenes. Al parecer cada ciudad es autónoma. Paja Uno no tiene apenas gobierno planetario... ¿Creen que pueden conspirar contra nosotros así? No parece muy fácil.

Hardy volvió a encogerse de hombros.

- Por lo que hemos visto, doctor Horvath, tiene razón sin duda. Y sin embargo, yo tengo

la impresión de que nos ocultan algo.

- Nos lo han enseñado todo -insistió Horvath-. Incluso las casas de los que dan órdenes, en las que normalmente no hay visitas.

- Sally estaba llegando precisamente a eso cuando ustedes llegaron -dijo rápidamente Rod-. Me parece fascinante... ¿Cómo vive la clase oficial pajeña? ¿Como la aristocracia imperial?

- Es una suposición bastante acertada -exclamó Horvath: dos martinis secos le habían animado considerablemente-. Había muchas similitudes... aunque los pajeños tienen una idea del lujo totalmente distinta a la nuestra. Algunas cosas en común había, sin embargo. Tierra. Criados. Ese tipo de cosas. -Horvath tomó otro trago y siguió con el tema:

»En realidad, visitamos las casas de dos individuos. Uno vivía en un rascacielos cerca del Castillo. Parecía controlar todo el edificio: tiendas, industria eléctrica, centenares de Marrones y Rojos y Obreros y... bueno, docenas de otras castas. El otro, sin embargo, el agricultor, era muy parecido a un noble rural. La fuerza de trabajo vivía en largas hileras de casas, y entre las hileras de casas había campos. El «noble» vivía en el centro de todo aquello.

Rod pensó en su propia casa familiar.

- Crucis Court estaba rodeada de aldeas y campos... pero, por supuesto, todas las aldeas se fortificaron después de las Guerras Separatistas. Y lo mismo la Corte, en realidad.

- Curioso que diga usted eso -musitó Horvath-. Había también una especie de edificio fortificado rectangular junto a la casa del noble. Con un gran atrio en medio. En realidad, los rascacielos residenciales no tenían ventanas en las plantas bajas y tenían grandes jardines en las terrazas. Eran autosuficientes. Parece muy militar. No tendremos que informar de esta impresión al almirante, ¿verdad? Seguro que le parecería un indicio de tendencias militaristas.

- ¿Está usted seguro de que no es así? -pregunto Jack Cargill-. Por lo que he oído, todos los de la clase que da órdenes tienen una fortaleza autosuficiente. Huertos en las terrazas. Marrones para arreglar toda la maquinaria... lástima que no podamos traer a algunos para que ayuden a Sinclair.

- Cargill percibió la hosca mirada de su capitán y añadió rápidamente-: Bueno, lo cierto es que el agricultor podría haber corrido mejor suerte en un combate, pero los dos lugares parecían fortines. Y lo mismo todos los demás palacios residenciales de que tengo noticia.

El doctor Horvath había estado luchando por controlarse, mientras Sally Fowler intentaba sin éxito ocultar lo mucho que le divertía la escena. Por fin, rompió a reír.

- Teniente Cargill, los pajeños dominan la navegación espacial y la energía de fusión desde hace siglos. Si sus edificios tienen aún aspecto de fortaleza, debe de ser la tradición... Usted es el especialista militar, ¿qué protección podría significar frente a armas modernas convertir las casas en fortines como ésos?

Cargill hubo de guardar silencio, pero su expresión mostraba que no le habían convencido.

- ¿Decía usted que procuraban que sus casas fuesen autosuficientes?

- preguntó Rod-. ¿Incluso en la ciudad? ¡Qué tontería! ¿Y el agua?

- Llovía mucho -dijo Renner-. Tres días de cada seis. Rod miró al piloto jefe. ¿Hablaba en serio?

- ¿Sabía usted que hay pajeños zurdos? -continuó Renner-. Todo invertido. Dos manos izquierdas de seis dedos, un gran brazo derecho, y la protuberancia del cráneo a la derecha.

- Tardé una media hora en darme cuenta -dijo Whitbread riéndose-. Aquel pajeño actuaba como el antiguo de Jackson. Debía de tener instrucciones.

- Zurdos -dijo Rod-. ¿Por qué no?

Al menos habían cambiado de tema. Los camareros trajeron la comida y todos callaron. Cuando acabaron de comer era hora de bajar a Paja Uno.

- Quiero hablar un momento con usted, señor Renner -dijo Rod cuando el piloto jefe iba a marcharse. Esperó hasta que se fueron todos, salvo Cargill-. Necesito un oficial ahí abajo, y usted es el único del que puedo desprenderme que cumple las condiciones del almirante. Pero aunque no tenga usted armas, más que las personales, y no disponga de ningún infante de

marina, esto es una expedición militar, y si llega el momento, está usted al cargo.

- De acuerdo, señor -dijo Renner; parecía desconcertado.

- Si tuviese usted que disparar contra un hombre, o contra un pajeño, ¿lo haría?

- Lo haría, señor.

- Ha contestado usted muy deprisa, señor Renner.

- Lo pensé con mucha calma, hace tiempo, cuando decidí incorporarme a la Marina. Si me hubiera considerado entonces incapaz de disparar contra otro, no habría ingresado en el cuerpo.

Blaine asintió.

- Siguiente pregunta: ¿puede usted apreciar la necesidad de una acción militar a tiempo para hacer algo? ¿Aunque lo que hiciese fuese desesperado?

- Eso creo, capitán. ¿Puedo decir algo? Deseo volver, y...

- Diga lo que sea, señor Renner.

- Capitán, el Fyunch(click) que tenía usted se volvió loco.

- Tuve conocimiento de ello -dijo fríamente el capitán Blaine.

- Creo que el hipotético Fyunch(click) del Zar se volvería loco mucho más deprisa. Lo que usted quiere es el oficial a bordo de esta nave menos inclinado a la forma militar de pensar.

- Suba a bordo, señor Renner. Y buena suerte.

- Gracias, capitán. -Renner no hizo el menor intento de ocultar su sonrisa mientras salía del camarote.

- Lo hará bien, capitán -dijo Cargill.

- Eso espero, Número Uno. Jack, ¿cree usted que fue nuestra actividad militar lo que volvió loca a la pajeña?

- No lo creo, señor. -Cargill parecía seguro.

- ¿Qué fue entonces?

- No lo sé, capitán. No sé demasiado sobre esos monstruos de ojos saltones. Sólo hay una cosa de la que estoy seguro, y es que están aprendiendo más sobre nosotros que nosotros sobre ellos.

- Oh, vamos, Número Uno. Llevan a los nuestros adonde los nuestros dicen. Según Sally les hacen reverencias... pero en fin, para ellos eso no es tan difícil... Bueno, lo cierto es que dice que son muy amables y que siempre cooperan. No ocultan nada. A usted siempre le han dado miedo los pajeños, ¿verdad? ¿Tiene idea de por qué?

- No, capitán -Cargill miró fijamente a Blaine y decidió que su jefe no estaba acusándole de burlarse-. Simplemente todo esto no me huele bien. -Miró su computadora de bolsillo para saber la hora-. Tengo que darme prisa, capitán. Debo ayudar al señor Bury en ese asunto del café.

- Bury... Jack, tenía ganas de hablar con usted sobre esto. Su pajeño vive ahora en la nave embajadora. Bury se ha trasladado al transbordador. ¿De qué demonios hablan?

- ¿Qué quiere decir, señor? Están negociando acuerdos comerciales...

-Ya, pero Bury sabe mucho sobre el Imperio. Economía, industria, tamaño general de la flota, cuántos enemigos tenemos; Bury sabe todo eso y mucho más.

Cargill rió entre dientes.

- Él no dejaría que su mano derecha supiese cuántos dedos hay en la izquierda, capitán. ¿Cree usted que iba a darle algo gratis el pajeño? Además, estoy casi seguro de que no dirá nada que usted no aprobase.

- ¿Por qué está tan seguro?

- Le dije que habíamos puesto micrófonos en todos los rincones del transbordador, señor -la sonrisa de Cargill creció aún más-. Sabe, claro, que no podemos escuchar todas las grabaciones simultáneamente, pero... -Rod volvió a reír.

- Espero que resulte. Está bien, es mejor que se vaya usted a la Tertulia de Café... ¿Seguro que no le importa ayudarme en esto?

- Capitán, la idea fue mía. Si Bury puede enseñar a los cocineros a hacer mejor café en

las alertas de combate, podría hasta modificar la opinión que tengo de él. ¿Por qué se le mantiene prisionero en esta nave? No lo sé exactamente...

- ¿Prisionero? Teniente Cargill...

- Capitán, no hay miembro de la tripulación que no se dé cuenta de que resulta extraño que ese hombre esté a bordo. Según los rumores está implicado en la rebelión de Nueva Chicago, y usted tiene que llevarle ante el Almirantazgo. ¿Es así, verdad?

-Alguien anda hablando demasiado, Jack. No quiero hablar de este asunto.

- Por supuesto, capitán. Tiene usted órdenes, capitán. Pero me he dado cuenta de que no lo desmiente. En fin, comprendo. Su familia es más rica que el propio Bury... Me pregunto cuántos hombres de la Marina se venderían... Me daría miedo tener prisionero a un tipo que puede comprar un planeta entero.

Y dicho esto, Cargill salió rápidamente por el pasillo que conducía a la cocina principal de la nave.

La noche anterior la conversación que había seguido a la cena había desembocado en el tema del café, y Bury había perdido su distanciamiento aburrido habitual para hablar por extenso sobre el tema. Les había hablado de la histórica especie cafetera Moka-Java, que aún se daba en lugares como Makasar, y la feliz mezcla de Java puro y el grúa que se destilaba en el Mundo del Príncipe Samuel. Conocía la historia del Blue Mountain jamaicano, aunque, según dijo, nunca lo había probado. Cuando terminaron el postre, sugirió que «catasen café» a la manera que se cataba el vino.

Había sido una culminación magnífica de un banquete excelente, con Bury y Nabil moviéndose como nigromantes entre filtros y agua hirviendo y etiquetas escritas a mano. Los huéspedes se divirtieron mucho, y esto convirtió a Bury en un hombre distinto; nadie había pensado que pudiese tener una afición como aquélla.

- Pero el secreto básico es mantener el equipo muy limpio -había dicho-. Los aceites amargos del café de ayer se acumularán en la cafetera, sobre todo en el filtro.

Al final Bury se ofreció a inspeccionar al día siguiente los servicios de elaboración de café de la MacArthur. Cargill, que consideraba vital el café en una nave de guerra, tanto como los torpedos, aceptó la colaboración muy gustoso. Mientras observaba al barbudo comerciante examinar el gran filtro, se sirvió una taza.

- Desde luego la máquina está bien conservada -dijo-. Muy bien conservada. Está absolutamente limpia y no se recalienta el café demasiado a menudo. Para café normal es excelente, teniente.

Desconcertado, Jack Cargill se sirvió una taza y lo probó.

-Vaya, esto es mejor que el brebaje que tomamos en la sala de oficiales.

Hubo entre los cocineros miradas de reojo. Cargill las advirtió. Advirtió también otra cosa. Pasó un dedo por un lado del colador y descubrió una capa marrón y oleosa.

Bury repitió el gesto, olisqueó el dedo y se tocó con él la punta de la lengua. Cargill probó el aceite en la mano. Era como todo el mal café que había tragado por miedo a caer dormido de guardia. Volvió a examinar el filtro y la manecilla de la espita.

- Las miniaturas -gruñó Cargill-. Hay que desmontarla.

Vaciaron la máquina y la desmontaron... en la medida en que pudieron. Piezas hechas para atornillarse estaban ahora fundidas en una sola unidad. Pero el secreto del filtro mágico parecía ser la permeabilidad selectiva. Dejaba pasar los aceites más viejos.

-A mi empresa le gustaría comprar este secreto a la Marina -dijo Bury.

- Nos gustaría tenerlo para vendérselo. Está bien, Ziffren, ¿cuánto tiempo lleva esto así?

- ¿Señor? -el cocinero parecía pensarlo-. No sé, señor. Puede que dos meses.

- ¿Estaba así antes de que esterilizásemos la nave y acabásemos con las miniaturas? -preguntó Cargill.

- Oh, sí, señor -contestó el cocinero. Pero lo dijo vacilando, y Cargill abandonó la cocina con el ceño fruncido.

29
Relojeros

Cargill fue hasta la cabina de Rod.

- Creo que tenemos otra vez Marrones, capitán. -Explicó por qué.

- ¿Ha hablado usted con Sinclair? -preguntó Rod-. Demonios, número Uno, el almirante se va a volver loco. ¿Está usted seguro?

- No, señor. Pero me propongo descubrir la verdad. Capitán, estoy seguro de que miramos en todas partes cuando limpiamos la nave. ¿Dónde pueden haberse ocultado?

- Preocúpese de eso cuando sepa que les hemos cogido. Vale, llévese al ingeniero jefe y revise de nuevo la nave, Jack. Y esta vez asegúrese bien.

- Muy bien, capitán.

Blaine se volvió a las pantallas de intercomunicación y las activó. Todos los datos recopilados sobre las miniaturas fueron pasando por la pantalla. No era gran cosa.

La expedición a Paja Uno había visto miles de miniaturas en la Ciudad Castillo. La pajeña de Renner les llamaba «Relojeros», y actuaban como ayudantes de los «Ingenieros» Marrones. Los pajeños grandes insistían en que los relojeros no eran inteligentes sino que heredaban la capacidad para manejar herramientas y equipo, así como el típico instinto de obediencia pajeña a las castas superiores. Había que entrenarlos, pero de eso se ocupaban los relojeros adultos. Como otras castas subordinadas, eran una forma de riqueza, y la capacidad para mantener a un gran servicio de relojeros, ingenieros y otras formas inferiores era un indicio de la importancia de un Amo. Esto último era una conclusión del capellán Hardy, aún no del todo confirmada.

Al cabo de una hora, llamó Cargill.

- Les hemos encontrado, capitán -dijo agriamente el primer teniente-. En el transformador-aspirador de aire de la cubierta B... ¿Se acuerda de aquella cosa medio fundida que Sandy reparó?

- Sí.

- Bueno, ya no está en el pasillo. Sandy dice que es posible que no funcione ya, y está investigando... pero para mí es suficiente. Les hemos encontrado.

-Avise a los infantes de marina, Número Uno. Yo voy al puente.

- De acuerdo, señor.

Cargill volvió al convertidor de aire. Sinclair había quitado la tapa y murmuraba para sí mientras examinaba la maquinaria.

El interior había cambiado. Había sido remodelado todo él. No estaba ya el segundo filtro que había instalado Sinclair, y el filtro que quedaba estaba tan modificado que era irreconocible. De un lado salía gas de un saco de plástico que sobresalía hinchado; el gas era muy volátil.

-Vaya -murmuró Sinclair-. Y los otros signos típicos, teniente Cargill. Los tornillos fundidos. Faltan piezas... lo mismo de siempre.

-Así que se trata de los Marrones.

- Sin duda -dijo Sinclair-. Creímos que los habíamos matado hace un montón de meses... y según mis notas esto se inspeccionó la semana pasada. Entonces estaba normal.

- Pero ¿dónde se ocultaron? -preguntó Cargill; el ingeniero jefe guardaba silencio-. ¿Y ahora qué, Sandy? Sinclair se encogió de hombros.

-Yo diría que deberíamos mirar en la cubierta hangar. Es el lugar menos utilizado de la nave.

- De acuerdo. -Cargill activó de nuevo el intercomunicador-. Capitán, iremos a revisar la cubierta hangar... pero me temo que no hay duda. Tenemos Marrones vivos a bordo de esta nave.

- Haga esa revisión, Jack. Yo voy a informar a la Lenin. -Rod respiró pesadamente y apretó los brazos de su silla de mando como si estuviese a punto de entrar en combate-.

Póngame con el almirante.

Aparecieron en la pantalla los toscos rasgos de Kutuzov. Rod informó apresuradamente.

- No sé cuántos son, señor -concluyó-. Mis oficiales están buscando más rastros. Kutuzov asintió. Hubo un largo silencio mientras el almirante miraba fijamente a un punto situado sobre el hombro izquierdo de Blaine.

- ¿Ha seguido usted mis órdenes sobre comunicaciones, capitán? -preguntó finalmente.

- Sí, señor. Control continuo de todas las emisiones que salen y entran en la MacArthur. Hasta ahora no hay nada.

- Nada que sepamos -corrigió el almirante-. Debemos suponer que, efectivamente, no ha habido nada, pero es posible que esas criaturas se hayan comunicado con otros pajeños. Si lo han hecho, no tenemos ya ningún secreto a bordo de la MacArthur. Si no lo han hecho... Capitán, ordenará usted a la expedición que vuelva inmediatamente a la MacArthur, y lo dispondrá usted todo para salir hacia Nueva Caledonia en cuanto estén a bordo. ¿Entendido?

- Entendido, señor -dijo Blaine.

- ¿No está usted de acuerdo?

Rod caviló un momento. Tan sólo había pensado en los gritos de Horvath y de los demás cuando se lo dijese. Y, sorprendentemente, estaba de acuerdo.

- Lo estoy, señor. No veo una solución mejor. Pero supongo que puedo exterminar a las miniaturas, señor...

- ¿Puede usted saber que lo ha hecho, capitán? -preguntó Kutuzov-. Ni usted ni yo estaremos seguros. Cuando salgamos de este sistema podremos desmontar la MacArthur pieza a pieza, sin temor a que se comunique con otros. Mientras estemos aquí, la amenaza es constante, y es un riesgo que no quiero correr.

- ¿Y qué les digo a los pajeños, señor? -preguntó Rod.

- Les dirá usted que hay una enfermedad súbita a bordo de su nave, capitán. Y que tiene que regresar al Imperio. Debe decirles que su comandante lo ha ordenado sin dar más explicaciones. Si después es necesario dar mas explicaciones, ya tendrá tiempo de prepararlas el Ministerio de Asuntos Exteriores. De momento, bastará con esto.

- De acuerdo, señor. -La imagen del almirante se desvaneció; Rod llamó al oficial de vigilancia-. Señor Crawford, esta nave saldrá en viaje de regreso dentro de unas horas. Avise a los jefes de departamento y póngame luego con Paja Uno; quiero hablar con el señor Renner.

Sonó una amortiguada alarma en el Castillo. Kevin Renner alzó la vista soñoliento y vio a su pajeña en la pantalla intercomunicadora que había dentro de uno de los cuadros decorativos de la pared.

- Le llama el capitán -dijo la pajeña.

Renner echó una ojeada a su computadora de bolsillo. Era casi mediodía en la MacArthur pero medianoche en Ciudad Castillo. Soñoliento, se bajó de la cama y se acercó a la pantalla. La expresión de la cara de Blaine le puso inmediatamente alerta.

- ¿Qué pasa, capitán?

- Hay una pequeña emergencia a bordo, señor Renner. Tendrá que pedirles a los pajeños que nos envíen todo nuestro personal. Incluido usted.

- El doctor Horvath no querrá ir, señor -dijo Renner; su mente pensaba aceleradamente. Había algo muy raro en todo aquello, y si él podía darse cuenta, también lo harían los pajeños.

La imagen de Blaine cabeceó.

- Tendrá que hacerlo, sin embargo, señor Renner. Haga lo que le digo.

- De acuerdo, señor. ¿Y nuestros pajeños?

- Bueno, pueden subir al transbordador con ustedes -dijo Blaine-. La cosa no es tan grave. Es sólo una cuestión de OC.

Renner tardó un segundo en captar esto. Cuando lo hizo ya había recuperado el control de sí mismo. O al menos eso esperaba.

- De acuerdo, capitán. Enseguida iremos para allá.

Volvió a su litera y se sentó cuidadosamente en el borde. Mientras se ponía las botas, intentaba pensar. Quizás los pajeños no conociesen el código de la Marina, pero OC significaba máxima prioridad militar... y Blaine lo había dicho de un modo excesivamente casual.

- Fyunch(click) -le dijo su pajeña-. ¿Qué pasa?

- No lo sé -contestó Renner. No mentía.

-Y no quiere saberlo -dijo la pajeña-. ¿Tiene usted problemas? un

- Tampoco lo sé -dijo Renner-. Ya oyó usted al capitán. Ahora, ¿cómo voy a despertarlos a todos a medianoche?

-Yo puedo encargarme de eso -dijo la pajeña de Renner.

Normalmente la cubierta hangar se mantenía en vacío. Las puertas eran tan inmensas que era inevitable alguna filtración. Más tarde, Cargill supervisaría la operación de someter a presión la cubierta hangar; pero de momento él y Sinclair realizaron su inspección en vacío. Todo parecía en orden, cuando entraron.

- ¿Qué haría usted si fuese un pajeño miniatura?

- Colocaría los botes en el casco y utilizaría la cubierta hangar como tanque de combustible.

- Hay naves así. Sin embargo, es un trabajo de mucha envergadura para un enjambre de Marrones.

Cargill se acercó a las puertas del hangar. No estaba seguro de lo que buscaba, ni de por qué se había puesto a mirar hacia abajo, hacia sus pies. Tardó un momento en comprender que algo pasaba.

La hendidura que separaba las dos inmensas puertas rectangulares... no estaba allí.

Cargill miró a su alrededor, desconcertado. No había nada. Las puertas formaban parte del casco. Los motores de las bisagras, que pesaban varias toneladas cada uno, habían desaparecido.

- ¿Sandy?

- ¿Sí?

- ¿Dónde están las puertas?

- Bueno, estamos delante de ellas... es increíble.

- Nos han sellado dentro. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cómo pudieron trabajar en el vacío? Sinclair volvió corriendo a la cámara neumática. Los controles de la puerta de la cámara de aire...

- Los instrumentos indican verde -dijo Sinclair-. Todo va bien, que sepamos. Si los Marrones pueden alterar los instrumentos, pudieron tener la cubierta hangar bajo presión hasta unos momentos antes de que llegáramos nosotros.

- Prueba las puertas -Cargill empujó una de las abrazaderas retráctiles.

- Según los instrumentos, las puertas se abren. Se abren del todo... -Sinclair se volvió. Nada. Una gran extensión de suelo pintado de beige tan sólido como el resto del casco.

Oyó la maldición de Cargill. Vio bajar a Cargill de la inmensa abrazadera retráctil y caer sobre lo que había sido una puerta del hangar. Vio a Cargill caer a través del suelo como a través de la superficie de una laguna.

Tuvieron que sacar a Cargill fuera del Campo Langston. Estaba hundido hasta el pecho en informes y negras arenas movedizas, y seguía hundiéndose, las piernas muy frías, el corazón latiendo muy lentamente. El Campo absorbía todo movimiento.

- Debería haber usado la cabeza -dijo al darse la vuelta-, eso es lo que dicen todos los manuales. Dormir el cerebro antes de que se pare el corazón. Pero ¡Dios mío! ¿Cómo podía pensarlo?

- ¿Qué pasó? -preguntó Sinclair.

Cargill abrió la boca, la cerró, la abrió de nuevo, consiguió sentarse.

- No encuentro palabras. Fue como un milagro. Como si caminase sobre el agua y de repente me arrebatasen mi santidad. Sandy, fue realmente terrible.

- Parece también un poco extraño.

- Desde luego. Vio usted lo que hicieron, ¿no? ¡Esos pequeños cabrones están rediseñando la MacArthur! Las puertas aún siguen allí, pero ahora las naves pueden pasar a través de ellas. En caso de emergencia no hay siquiera que evacuar la cubierta hangar.

- Se lo diré al capitán -dijo Sinclair. Se volvió al intercomunicador.

- ¿Dónde demonios se esconden? -exclamó Cargill. Los soldados de ingeniería que le habían ayudado le miraban con los ojos en blanco. Y lo mismo Sinclair.

- ¿Dónde? ¿En qué lugar no miramos?

Aún sentía frío en las piernas. Se las frotó. En la pantalla pudo ver la expresión afligida de Rod Blaine. Cargill se puso de pie trabajosamente. Cuando lo hizo sonaron las alarmas en toda la nave.

- ESCUCHEN. ESCUCHEN. ALERTA. HAY INTRUSOS. TODO EL PERSONAL DE GUERRA DEBE PONERSE LA ARMADURA DE COMBATE. LOS INFANTES DE MARINA DEBEN PRESENTARSE EN LA BODEGA HANGAR CON ARMAS MANUALES Y ARMADURA DE COMBATE.

- ¡Las armas! -gritó Cargill.

- ¿Qué quiere decir? -dijo Sinclair. La imagen de Blaine se centró sobre el primer teniente.

- ¡Los cañones, capitán! No miramos en los cañones. Maldita sea, soy un pobre estúpido, ¿pensó alguien en los cañones?

- Quizás -aceptó Sinclair-. Capitán, le suplico que envíe por los hurones.

- Demasiado tarde -dijo Blaine-. Hay un agujero en su jaula. Lo he comprobado ya.

- Maldita sea -dijo Cargill; lo decía reverentemente-. Malditos sean. -Se volvió a los infantes de marina armados que se concentraban en la cubierta hangar-. Síganme. Había estado tratando a las miniaturas como si fuesen animales domésticos escapados. Pero ahora habían pasado a ser enemigos infiltrados.

Avanzaron apresuradamente hasta la torreta más próxima. Un soldado se levantó sorprendido de un salto de su puesto cuando el primer teniente, el ingeniero jefe y el escuadrón de infantes de marina con armadura de combate entraron en su sala de control.

Cargill examinó el panel de instrumentos. Todo parecía normal. Vaciló, realmente asustado, cuando iba a abrir el registro de inspección.

Las lentes y los anillos focales habían desaparecido en la Batería número 3. El espacio interior estaba lleno de Marrones. Cargill dio un salto hacia atrás horrorizado... y un hilo de láser chocó contra su armadura de combate. Maldiciendo, arrebató un tanque de cifógeno al infante de marina más próximo y lo echó en el hueco. No fue necesario abrir el grifo.

El tanque fue calentándose en su mano, y un rayo láser lo atravesó sin alcanzarle a él. Cuando el silbido se apagó, estaba rodeado de niebla amarilla.

El espacio interno de la Batería 3 estaba lleno de miniaturas muertas y de huesos. Había esqueletos de ratas, fragmentos de aparatos eléctricos, botas viejas... y Marrones muertos.

- Tenían aquí dentro un rebaño de ratas -gritó Cargill-. Luego debieron de comerse todo el rebaño, al aumentar tanto de número. Han estado devorándose unos a otros, además...

- ¿Y las otras baterías? -preguntó Sinclair asombrado-. Será mejor que nos apresuremos.

Se oyó un grito en el pasillo exterior. El soldado que había sido desplazado de su puesto cayó hacia la cubierta. En su cadera apareció una brillante mancha roja.

- En el ventilador -gritó.

Un cabo disparó contra la rejilla. Brotó humo de su armadura de combate y saltó hacia atrás.

- ¡Me alcanzaron, maldita sea! -miraba incrédulo un limpio agujero que tenía en el hombro mientras otros tres soldados disparaban lásers manuales contra una forma que se desvanecía rápidamente. En algún otro lugar de la nave sonó una alarma.

Cargill cogió el intercomunicador.

- Capitán...

- Lo sé -dijo Blaine rápidamente-. Los hay por toda la nave. En este momento han aparecido en una docena de sitios en los que hay lucha.

- Dios mío, señor, ¿qué hacemos?

- Envíe a sus hombres a la Batería número 2 para que despejen aquella zona - ordenó Blaine-. Y luego habrá que ir al control de daños -se volvió hacia otra pantalla-. ¿Alguna instrucción más, almirante?

El puente era todo actividad. Uno de los timoneles, que vestía armadura, saltó de su asiento y se volvió rápidamente.

- ¡Hacía allí! -gritó. Un centinela apuntó desesperado con su arma alterada por un Marrón.

- No controla usted ya su nave -dijo llanamente Kutuzov.

- No, señor. -Blaine jamás había tenido que hacer una confesión tan desagradable.

- BAJAS EN EL PASILLO VEINTE -anunciaban desde el puente.

- Sección científica -dijo Rod-. Que todos los soldados de ese sector ayuden a los civiles a ponerse los trajes de presión. Es posible que tengamos que gasear toda la nave...

- Capitán Blaine, nuestra tarea primaria es regresar al Imperio con la máxima información.

- Sí, señor...

- Lo cual significa que los civiles que hay a bordo de su nave son más importantes que un crucero de combate. -Aunque Kutuzov estaba tranquilo, había en su boca un gesto de disgusto-. Y en orden de importancia seguirán los artefactos pajeños aún no trasladados a la Lenin. Capitán, ordenará usted, por lo tanto, que todos los civiles salgan de su nave. Tendré los botes de la Lenin fuera de nuestro campo protector. Enviará usted a dos oficiales de confianza para acompañar a los civiles. Dispondrá también el envío a la Lenin de todos los artefactos pajeños que considere importantes. Debe intentar recuperar el control de su nave siempre que las acciones que emprenda no contradigan estas órdenes... pero además debe actuar rápidamente, capitán, porque a la primera señal de cualquier transmisión desde su nave que no sea por medio del circuito seguro que enlaza conmigo, destruiré la MacArthur.

Blaine asintió fríamente.

- Entendido, señor.

- Entonces, está claro. -La expresión del almirante no cambió-. Y actúe deprisa, capitán Blaine.

- ¿Y qué me dice del transbordador? -preguntó Rod-. Señor, tengo que hablar con el transbordador...

-Yo me encargaré de avisar al personal del transbordador, capitán. No. No habrá ninguna transmisión desde su nave.

- De acuerdo, señor. -Rod miró a su alrededor, en el puente. Todos miraban a su alrededor. Los soldados prepararon sus armas, mientras uno de los suboficiales se ocupaba de una escotilla caída.

Dios mío, ¿podré confiar en el intercomunicador?, se preguntaba Rod. Comunicó las órdenes a un mensajero y envió a tres soldados para acompañarle.

- Llama el señor Renner, señor -anunció el altavoz del puente.

- No conteste-masculló Blaine.

- De acuerdo, señor. La batalla por la MacArthur proseguía.

30
Pesadilla

Había una docena de humanos y dos Marrones-y-blancos a bordo del transbordador. Los pajeños del resto del grupo que estaba en tierra habían informado directamente a la nave

embajadora, pero los Fyunch(click) de Whitbread y de Sally se habían quedado a bordo.

- No hay problemas -dijo la pajeña de Whitbread-. Hemos estado viendo al que toma decisiones todos los días.

Quizás lo hubiese. El transbordador estaba atestado, y el taxi para la MacArthur no había llegado.

- ¿Qué les pasará? -preguntó-. Lafferty, póngame usted en comunicación con ellos. Lafferty, el piloto del transbordador, llevaba varios días sin hacer prácticamente nada. Utilizó el rayo comunicador.

- No contestan, señor -dijo. Parecía desconcertado.

- ¿Está usted seguro de que el aparato funciona?

- Funcionaba hace una hora -contestó Lafferty-. Vaya... aquí hay una señal. Es de la Lenin, señor.

Apareció en la pantalla la cara del capitán Mijaílov.

- Rueguen, por favor, a los alienígenas que abandonen esa nave -dijo.

Los pajeños parecían al mismo tiempo divertidos, sorprendidos y un poco ofendidos. Se fueron mirando de reojo y bastante desconcertados. Whitbread se encogió de hombros, pero Staley no. Cuando los pajeños estaban en el puente de cámara neumática, Staley cerró la puerta tras ellos.

Entonces apareció Kutuzov.

- Señor Renner, debe usted enviar a todo el personal a bordo de la Lenin. Llevarán trajes de presión y uno de mis botes les recogerá. Los civiles cruzarán una línea y a partir de entonces obedecerán órdenes del piloto de mi bote. Deben llevar aire suficiente para una hora de espacio. No debe usted intentar ponerse en comunicación con la MacArthur. ¿Comprendido?

- Comprendido, señor -balbució Renner.

-Y no admitirá usted alienígenas hasta nuevo aviso.

- Pero ¿qué puedo decirles, señor? -preguntó Renner.

- Les dirá usted que el almirante Kutuzov es un paranoico, señor Renner. Ahora cumpla sus órdenes.

- De acuerdo, señor. -La pantalla se apagó; Renner parecía pálido; ahora está leyendo el pensamiento también él...

- Kevin, ¿qué pasa? -preguntó Sally-. Despertarnos en mitad de la noche y hacernos venir aquí... y ahora Rod no contesta y el almirante quiere arriesgar nuestras vidas y ofender a los pajeños. -Su tono era el de la sobrina del senador Fowler; una dama imperial que había intentado cooperar con la Marina y ya estaba harta.

El doctor Horvath estaba aún más indignado.

- No quiero participar en esto, señor Renner. No tengo ninguna intención de ponerme un traje a presión.

- La Lenin está acercándose a la MacArthur -dijo Whitbread; estaba mirando por la escotilla-. El almirante ha sacado los botes...

Todos se volvieron a mirar. Lafferty enfocó el telescopio del transbordador y transmitió los resultados a las pantallas del puente de la nave. Al cabo de un rato comenzaron a avanzar por el espacio hacia los botes de la Lenin unas figuras, que luego se apartaron para dejar a otros ocupar sus puestos.

- Están abandonando la MacArthur -dijo Staley con incredulidad izó la vista, su rostro anguloso congestionado-. Y uno de los botes de la Lenin se dirige hacia aquí. Señores, tendrán que darse prisa. Creo que no queda mucho tiempo.

-Ya se lo he dicho, yo no voy -insistió el doctor Horvath.

Staley sacó la pistola. En la cabina creció la tensión.

- Doctor, ¿recuerda las órdenes que el Virrey dio al almirante Kutuzov? -preguntó Renner cuidadosamente-. Si no recuerdo mal, dijo que era preferible destruir la MacArthur a que los pajeños obtuvieran cualquier información importante. -La voz de Renner era fría, casi burlona.

Horvath intentó decir algo más. Parecía incapaz de controlarse. Por último se volvió, sin decir palabra, al armario donde estaba su traje de presión. Sally le siguió momentos después.

Horace Bury se había ido a su camarote después de la demostración con la cafetera. Le gustaba trabajar de noche hasta muy tarde, y dormir la siesta, y aunque no tenía en qué trabajar por el momento, seguía con aquel hábito.

Le despertaron las alarmas de la nave. Alguien estaba ordenando a los soldados que se pusiesen el uniforme de combate. Esperó, pero durante un largo rato no sucedió nada más. Luego llegó el hedor. Era un olor sofocante; no recordaba nada parecido. Quintaesencia destilada de máquinas y olor corporal... y cada vez era más intenso.

Sonaron más alarmas.

- PREPÁRENSE PARA VACÍO INTENSO. TODO EL PERSONAL DEBE PONERSE LOS TRAJES DE PRESIÓN. TODO EL PERSONAL MILITAR SE PONDRÁ LA ARMADURA DE COMBATE. PREPÁRENSE PARA VACÍO INTENSO.

Nabil lloraba dominado por el pánico.

- ¡Imbécil! ¡Tu traje! -gritó Bury, y corrió a por el suyo. Sólo después de respirar el aire normal de la nave volvió a escuchar las alarmas.

Las voces tenían un sonido extraño. No llegaban a través del intercomunicador, estaban... hablando a gritos por los pasillos.

- LOS CIVILES DEBEN ABANDONAR LA NAVE. QUE SE PREPARE PARA ABANDONAR LA NAVE TODO EL PERSONAL CIVIL.

No había duda. Bury casi sonreía. ¿Sería un simulacro? Pero la confusión parecía excesiva. Oyó pasar un escuadrón de soldados con armadura de combate, las armas dispuestas. La sonrisa se esfumó y Bury miró a su alrededor para ver qué posesiones podría salvar.

Se oyeron más gritos. Apareció un oficial en el pasillo exterior y comenzó a gritar con voz innecesariamente alta. Los civiles debían abandonar la MacArthur. Podría llevar una bolsa cada uno de ellos pero tendrían que tener una mano libre.

¡Por las barbas del Profeta! ¿Cuál podía ser el motivo de todo aquello? ¿Habrían salvado el metal aurífero asteroidal, el superconductor de calor?

Desde luego, no salvarían la preciosa cafetera que se limpiaba automáticamente. ¿Qué salvaría él?

La gravedad de la nave disminuyó notablemente. Giraban dentro de ella los motores eliminando la rotación. Bury se apresuró a reunir los artículos que necesitaba cualquier viajero sin considerar su precio. Podrían adquirir nuevamente las cosas superfluas, pero...

Las miniaturas. Tenía que sacar aquel tanque de aire de la cámara neumática D. ¿Y si le asignasen a una cámara neumática distinta?

Empaquetó sus cosas rápidamente. Dos maletas, una de ellas para que la llevara Nabil. Ahora que tenía órdenes, Nabil actuaba con bastante rapidez. Fuera se oían más gritos confusos, y pasaban constantemente los soldados. Todos llevaban armas y armadura de combate.

El traje comenzó a hincharse. La nave perdía presión, y Bury perdió toda esperanza de que se tratase de un simulacro o un ejercicio. Parte del equipo científico no podía soportar el vacío intenso... y nadie había ido a la cabina para comprobar su traje de presión. La Marina no arriesgaba las vidas de los pasajeros en un simple ejercicio de entrenamiento.

Entró un oficial en el pasillo. Bury oyó su áspera voz hablando en tono mortalmente frío. Nabil permanecía vacilante y Bury se acercó a él y conectó el sistema de comunicaciones de su traje.

- TODO EL PERSONAL CIVIL DEBE DIRIGIRSE A LA CÁMARA NEUMÁTICA MÁS PRÓXIMA EN EL FLANCO DE ESTRIBOR -decía aquella voz sin emociones; la Marina siempre hablaba así cuando había auténtico peligro; esto convenció del todo a Bury-. LA EVACUACIÓN DE CIVILES SE REALIZARÁ

SÓLO A TRAVÉS DE LAS CÁMARAS DE ESTRIBOR. Si NO ESTÁ SEGURO DE LA DIRECCIÓN QUE DEBE SEGUIR, PREGUNTE A CUALQUIER OFICIAL O A CUALQUIER SOLDADO. ACTÚEN CON CALMA, POR FAVOR. HAY TIEMPO SUFICIENTE PARA EVACUAR A TODO EL PERSONAL. -El oficial pasó flotando y penetró en otro pasillo.

¿Estribor? Bien. Inteligentemente, Nabil había ocultado el tanque en la cámara neumática más próxima. Bendito sea Alá... Aquella cámara quedaba del lado de estribor. Avanzó hacia su criado y comenzó a arrastrarse apoyándose en una agarradera tras otra. Nabil avanzaba grácilmente; había adquirido mucha práctica durante el tiempo que llevaban confinados.

En el pasillo, había una confusa multitud. Bury vio tras él un escuadrón de infantes de marina que penetraba en el pasillo. Miraban hacia atrás y disparaban en la misma dirección de la que venían. Respondió otro fuego y brotó sangre brillante formando glóbulos decrecientes al correr sobre el acero de la nave.

Arriba parpadeaban las luces.

Un suboficial bajó flotando por el pasillo y cayó detrás de ellos.

- No se detengan, no se detengan -murmuró-. Dios bendiga a los muchachos.

- ¿Contra qué disparan?-preguntó Bury.

- Miniaturas -masculló el suboficial-. Si toman este pasillo, vayase rápidamente, señor Bury. Esos cabrones tienen armas.

- ¿Son Marrones? -preguntó incrédulo Bury-. ¿Marrones?

- Sí, señor. Hay una auténtica plaga de esos pequeños hijos de puta en la nave. Cambiaron las plantas aéreas para que se ajustaran a ellos... Continúe, señor. Por favor. Los muchachos no podrán contenerles mucho tiempo.

Bury se agarró a un soporte y se lanzó hasta el final del pasillo, donde le sujetó diestramente un técnico espacial. ¿Marrones? Pero si habían limpiado la nave de ellos...

En la cámara neumática había una auténtica multitud. Seguían llegando civiles y personal de la Marina no combatiente. Bury se abrió camino a empujones hasta el depósito. Menos mal. Aún seguía allí. Lo cogió y se lo entregó a Nabil. Nabil lo fijó en el traje de su amo.

- Eso no será necesario, señor -dijo el oficial.

Bury comprendió que estaba oyéndole a través de la atmósfera. Allí había presión... pero no habían atravesado ninguna puerta de presión... ¡Los Marrones! Ellos habían construido la barrera de presión invisible que tenía en su nave la minera. ¡No podía desprenderse de aquello!

- Uno nunca sabe -murmuró Bury dirigiéndose al oficial. Éste se encogió de hombros e introdujo a otros dos en el mecanismo de ciclaje. Luego le tocó a Bury. El oficial les hizo una seña para que pasasen.

La cámara cicló. Bury tocó a Nabil en el hombro y le hizo una señal. Nabil fue, arrastrándose por el cable, hacia el negro exterior. Delante sólo había negrura, sin estrellas, sin nada. ¿Qué había allí fuera? Bury se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Alabado sea Alá, él es el único... ¡No! Llevaba el tanque sobre los hombros... ¡Dentro de él había dos criaturas en animación suspendida! Eran de un valor incalculable. ¡Su tecnología era superior a todo lo que había hecho el Primer Imperio! Un río interminable de nuevos inventos y proyectos y mejoras. Sólo que... ¿Qué clase de botella mágica había abierto?

Cruzaban el agujero del Campo de la MacArthur, que estaba estrechamente controlado. Fuera se veía sólo la negrura del espacio, y delante una forma negra más oscura. Otros cables llevaban a ella desde otros agujeros del campo de la MacArthur. Y minúsculas arañas corrían a través de ellos. Detrás de Bury había otro hombre con traje espacial y detrás de aquél, otro más. Nabil y los demás estaban delante de él y... sus ojos se ajustaban ahora rápidamente. Podía ver matices rojo intenso del Saco de Carbón, y el borrón que había delante debía de ser el Campo de la Lenin. ¿Iba a tener que recorrer arrastrándose por el cable todo aquello? No, había botes fuera, las arañas espaciales se amontonaron en ellos.

El bote se acercaba. Bury se volvió para echar una mirada de adiós a la MacArthur. En el transcurso de su larga existencia había dicho adiós a innumerables casas temporales. La MacArthur no había sido la mejor de ellas.

Pensaba en la tecnología que estaba destruyéndose. La maquinaria perfeccionada por los Marrones, la cafetera mágica. También lamentaba un poco lo sucedido. La tripulación de la MacArthur le estaba sinceramente agradecida por la ayuda que les había prestado con el café, y su demostración le había hecho muy popular entre los oficiales. Había ido bien... quizás... Quizas en la Lenin...

Ahora la cámara neumática era pequeña. Una hilera de refugiados le seguía a lo largo del cable. No podía ver el transbordador donde debía de estar su pajeño. ¿No volvería a verle?

Contemplaba directamente al individuo de traje espacial que iba detrás de él. No llevaba equipaje, y estaba adelantando a Bury porque tenía las dos manos libres. En su placa facial brillaba la luz de la Lenin. Cuando Bury observaba, la cabeza de la figura se movió ligeramente y la luz relumbró directamente sobre la placa facial.

Bury vio que por lo menos tres pares de ojos le miraban fijamente. Atisbo las pequeñas caras.

Más tarde Bury pensaría que nunca en su vida había pensado tan deprisa como entonces. Contempló por un instante a la figura que se acercaba a él mientras su mente giraba en un torbellino, y luego... Pero los hombres que oyeron su grito dijeron que era el alarido de un loco, o de un hombre al que están desollando vivo.

Luego Bury les lanzó su cartera.

En su grito siguiente articuló palabras:

-¡Están dentro de ese traje! ¡Están ahí dentro! -hurgaba ahora en su espalda, soltando el tanque de aire. Colocó el cilindro sobre su cabeza, con ambas manos, y lo tiró también.

El traje de presión recogió su cartera, torpemente. Un par de miniaturas que había en los brazos intentaban maniobrar con los dedos... perdieron el punto de apoyo, intentaron recuperarlo. El cilindro metálico golpeó en la placa facial, astillándola.

Luego el espacio se llenó de pequeños cuerpos móviles, que agitaban seis miembros mientras un globo espectral de aire se los llevaba. Con ellos iba otra cosa, algo que tenía forma de balón de fútbol. Algo que Bury pudo reconocer. Era lo que habían utilizado para engañar al oficial de la cámara neumática. Una cabeza humana cortada.

Bury descubrió que estaba flotando a tres metros del cable. Inspiró profundamente, tembloroso. Bueno: había tirado el tanque de aire correcto. Bienaventurado sea Alá.

Esperó hasta que una masa de forma humana salió del bote de la Lenin con propulsores dorsales para remolcarlo. El contacto le hizo estremecerse. Quizás el hombre se preguntase por qué Bury miraba con tanta ansiedad su placa facial. Quizás no.

31
Derrota

La MacArthur se balanceó bruscamente. Rod accionó el intercomunicador y gritó:

- ¡Teniente Sinclair! ¿Qué demonios está haciendo?

La respuesta era casi inaudible.

- Eso no lo estoy haciendo yo, capitán. No tengo el menor control de los propulsores de situación y apenas del resto.

- Oh, Dios mío -exclamó Blaine.

La imagen de Sinclair se desvaneció de las pantallas. Se apagaron también otras pantallas. De pronto el puente quedó a oscuras. Rod probó los circuitos alternos. Nada.

- Computadora desactivada -informó Crawford-. No recibo nada.

- Intente por la línea directa. Póngame con Cargill -dijo Rod.

- Está en línea, capitán.

- Jack, ¿cuál es la situación ahí atrás?

- Mala, capitán. Estoy cercado aquí dentro, y no tengo comunicaciones más que por líneas directas... y no todas.

La MacArthur se balanceó de nuevo al suceder algo en la parte posterior.

- ¡Capitán! -informó nervioso Cargill-. ¡Según informa el teniente Piper los Marrones están luchando entre sí en la cocina principal! ¡Una verdadera batalla campal!

- Demonios, ¿cuántos monstruos de ésos tenemos a bordo?

- ¡No lo sé, capitán! Puede que centenares. Deben de haber vaciado todos los cañones de la nave, y además se han propagado por todas partes. Están... -la voz de Cargill se cortó.

- ¡Jack! -gritó Rod-. Operador, ¿tenemos una línea alternativa con el primer teniente?

Antes de que pudieran contestarle, volvió a aparecer Cargill.

- Están muy cerca, capitán. Han salido dos miniaturas armadas de la computadora auxiliar de control de fuego. Los matamos.

Blaine pensaba con vertiginosa rapidez. Estaba perdiendo todos sus circuitos de mando, y no sabía cuántos hombres le quedaban. La computadora estaba embrujada. Aunque recuperasen el control de la MacArthur, era muy posible que no pudiese utilizarse en el espacio.

- ¿Aún sigue usted ahí, Número Uno?

-Aquí sigo, señor.

-Voy a bajar a la cámara neumática a hablar con el almirante. Si no le llamo en el plazo de quince minutos, abandone la nave. Quince minutos, Jack. No lo olvide.

- No lo olvidaré, señor.

-Y puede usted empezar a reunir a la tripulación. Sólo las escotillas de estribor, Jack... es decir, si la nave sigue orientada en la misma posición. Los oficiales de las cámaras tienen órdenes de cerrar los agujeros del Campo si la posición cambia.

Rod avanzó hacia su tripulación del puente y comenzó a abrirse camino hacia las cámaras neumáticas. Reinaba gran confusión en los pasillos. Algunos estaban llenos de nubes amarillas... cifógeno. Había tenido la esperanza de acabar con los pajeños utilizando gases, pero no había resultado y no sabía por qué.

Los infantes de marina habían arrancado una serie de mamparos y habían construido barricadas con ellos. Parapetados tras ellas, esperaban atentos, con las armas listas.

- ¿Han salido ya los civiles? -preguntó Rod al oficial que estaba al cargo de la cámara.

- Sí, señor. Eso creo. Capitán, mandé a los hombres que hiciesen una pasada por esa zona, pero no me gustaría arriesgarme a enviar más. Los Marrones se han concentrado en el sector de los civiles... como si estuviesen viviendo allí o algo parecido.

- Puede que así fuese, Piper -dijo Blaine.

Avanzó hasta la cámara neumática y orientó su traje hacia la Lenin. El láser de comunicación parpadeó y Rod colgó en el espacio, sujetándose firmemente para mantener abierto el circuito de seguridad.

- ¿Cuál es su posición? -preguntó Kutuzov. A regañadientes, sabiendo lo que significaría, Rod se lo explicó.

- ¿Qué acción me recomienda? -preguntó el almirante.

- La MacArthur quizás no pueda volver nunca a navegar, señor. Creo que tendré que abandonarla en cuanto haga una incursión para rescatar a los tripulantes que hayan podido quedar atrapados.

- ¿Dónde estará usted?

Al mando del grupo de rescate, señor.

- No -la voz era tranquila-. Acepto su recomendación, capitán, pero le ordeno que abandone su nave. Reseñe esta orden, comandante Borman -añadió dirigiéndose a alguien de su puente-. Debe usted dar la orden de abandonar la nave, ceder el mando a su primer teniente e informar a bordo del transborbador Número 2 de la Lenin. Inmediatamente.

- Señor... Señor, solicito permiso para permanecer en mi nave hasta que mi tripulación esté segura.

- Solicitud denegada, capitán -respondió implacable el almirante-. Aprecio su valor,

capitán. ¿Tiene usted el suficiente para vivir cuando pierda su mando?

- Señor... -¡Oh, maldita sea! Rod se volvió hacia la MacArthur, rompiendo el circuito de seguridad. Había lucha en la cámara neumática. Varias miniaturas habían disuelto el mamparo que había frente a la barricada de los infantes de marina y éstos disparaban por el hueco. Blaine rechinó los dientes y apartó la vista del combate-. ¡Almirante, no puede usted ordenarme que abandone a mi tripulación y huya!

- ¿Que no puedo? ¿Le cuesta trabajo admitirlo, capitán? ¿Cree que murmurarán de usted durante el resto de su vida, tiene miedo a eso? ¿Y me dice usted eso a mí? Cumpla las órdenes, capitán Blaine.

- No las cumpliré, señor.

- ¿Desobedece usted una orden directa, capitán?

- No puedo aceptar esa orden, señor. La MacArthur es aún mi nave.

Hubo una larga pausa.

- Su respeto a la tradición de la Marina es admirable, capitán, pero estúpido. Es posible que sea usted el único oficial del Imperio que pueda idear una defensa contra esta amenaza. Sabe usted más sobre los alienígenas que ningún otro oficial de la flota. Ese conocimiento vale más que su nave. Vale más que todos los hombres que hay a bordo de su nave, ahora que han sido evacuados ya los civiles. No puedo permitirle morir, capitán. Tendrá usted que abandonar esa nave aunque para ello tenga que enviar un nuevo oficial para hacerse cargo del mando.

- Nunca me encontraría, almirante. Excúseme, señor, tengo que hacer.

- ¡Un momento! -hubo otra pausa-. Está bien, capitán. Haré un trato con usted. Si se mantiene en comunicación conmigo, le permitiré que se quede a bordo de la MacArthur hasta que decida usted abandonarla y destruirla. En el instante en que pierda usted la comunicación conmigo dejará de estar al mando de la MacArthur. ¿Será necesario que envíe ahí al teniente Borman?

Lo malo, pensó Rod, es que tiene razón. La MacArthur está condenada. Cargill puede sacar a la tripulación igual que yo. Puede que yo sepa algo importante. Pero ¡es mi nave!

-Aceptaré su proposición, señor. De todos modos, puedo dirigir las operaciones mucho mejor desde aquí. No hay comunicaciones en el puente.

- Está bien. Entonces tengo su palabra, -El circuito se apagó. Rod se volvió a la cámara neumática. Los infantes de marina habían triunfado en su escaramuza, y Piper le hacía señas. Rod subió a bordo.

-Aquí el teniente Cargill -dijo el intercomunicador-. ¿Capitán?

- Sí, Jack...

- Estamos abriéndonos paso hasta el lado de estribor, capitán. Sinclair tiene a sus hombres preparados para salir. Dice que no puede defender las salas de motores sin refuerzos. Y un mensajero me dice que hay civiles atrapados en la sala de suboficiales de estribor. Hay con ellos un escuadrón de infantes de marina, pero la lucha es muy dura.

- Hemos recibido órdenes de abandonar la nave y destruirla, Número Uno.

- Está bien, señor.

- Tenemos que rescatar a esos civiles. ¿Puede usted mantener una ruta desde el mamparo 160 hacia adelante? Quizás yo pueda ayudar a que los científicos lleguen hasta allí.

- Creo que podremos, señor. Pero, capitán, ¡no puedo llegar a la sala del generador del Campo! ¿Cómo destruiremos la nave?

- Me cuidaré también de eso. Haga lo que le digo, Número Uno, deprisa.

- De acuerdo, capitán.

Destruir la nave. Le parecía irreal. Inspiró vigorosamente. El aire del traje tenía un agudo sabor metálico. O quizás no fuese el aire.

Transcurrió casi una hora hasta que uno de los botes de la Lenin se situó junto al transbordador. Le oyeron aproximarse en silencio.

- Retransmisión desde la MacArthur a través de la Lenin, señor -dijo el piloto. La pantalla se iluminó.

La cara de la pantalla tenía los rasgos de Rod Blaine, pero no era su cara. Sally no le reconoció. Parecía más viejo y tenía los ojos... muertos. Les miró fijamente y ellos le miraron también. Por último, Sally dijo:

- Pero ¿qué pasa, Rod?

Blaine la miró a los ojos y luego desvió la vista. Su expresión no había cambiado. A Sally le recordó algo encerrado en una botella en el Museo Imperial.

- Señor Renner -dijo la imagen-, envíe a todo el personal a través del cable al bote de la Lenin. Deben abandonar el transbordador. Recibirán órdenes del piloto del bote. Obedezcan al pie de la letra. No tendrán una segunda oportunidad, así que no discutan. Hagan lo que les diga.

- Un momento -gritó Horvath-. Yo... Pero Rod le cortó.

- Doctor, por razones que ya entenderá usted más tarde, no le explicaremos nada. Debe hacer simplemente lo que le dicen.

Volvió a mirar a Sally. Sus ojos cambiaron, sólo un poco. Quizás hubiese en ellos preocupación. Algo, una pequeña chispa de vida, brilló un instante en ellos. Ella intentó sonreír, pero fracasó.

- Por favor, Sally -dijo él-. Siga exactamente las instrucciones del piloto de la Lenin. Nada más. Salgan. Inmediatamente.

Todos permanecieron inmóviles. Sally se volvió con un suspiro hacia la cámara neumática.

-Vamos -dijo. Intentó sonreír de nuevo, pero sólo consiguió parecer más nerviosa.

La cámara neumática de estribor había sido conectada de nuevo a la nave embajadora. Salieron por la escotilla de babor. La tripulación del bote de la Lenin había tendido ya cables hasta el transbordador. El bote era casi un hermano gemelo del transbordador de la MacArthur, un vehículo de techo liso con un escudo delantero como una pala cargadora colgando por debajo del morro.

Sally se deslizó grácilmente por el cable hasta el transbordador de la Lenin y luego cruzó cautelosamente la escotilla. Cuando entró en la cámara neumática, se detuvo. El mecanismo cicló, y ella sintió de nuevo la presión. Su traje era de un tejido que se ajustaba como una piel suplementaria. Lo cubría una prenda amplia y protectora. El único espacio que había dentro del traje que no llenaba ella era el casco que se unía al tejido en el cuello.

- Será necesario hacer una inspección, señor -dijo un oficial de voz gutural. Miró a su alrededor: en la cabina neumática, junto a ella, había dos infantes de marina armados. No la apuntaban con sus armas... al menos claramente. Permanecían alerta, y tenían miedo.

- ¿Qué es esto? -preguntó.

- Todo a su tiempo, señora -dijo el oficial.

La ayudó a soltarse el estuche de las botellas de aire de su traje. Era un recipiente de plástico transparente. El oficial miró el interior del casco de ella después de quitárselo y lo colocó con las demás cosas.

- Gracias -murmuró-. Ahora continúe, por favor. Los otros vendrán después. Renner y el resto del personal militar fueron tratados de otro modo.

- Desnúdense -dijo el oficial-. Del todo, por favor.

Los infantes de marina ni siquiera tuvieron el detalle de desviar sus armas. Sólo les permitieron seguir adelante cuando se desnudaron del todo; Renner tuvo incluso que poner su anillo en el recipiente de plástico. Otro oficial le indicó la armadura de combate, y dos soldados le ayudaron a ponérsela. Ahora no había ya armas a la vista.

- Es el striptease más idiota que he visto -dijo Renner al piloto; éste asintió-. ¿Le importaría decirme qué es lo que pasa?

-Ya se lo explicará su capitán, señor-dijo el piloto.

- ¡Más Marrones! -exclamó Renner.

- ¿Es eso, señor Renner? -le preguntó Whitbread, que estaba detrás de él. El guardiamarina se ponía la armadura de combate de acuerdo con las instrucciones. No se atrevía a preguntar a ningún otro, pero con Renner le resultaba más fácil hablar.

Renner se encogió de hombros. La situación tenía un aire irreal. El transbordador estaba lleno de infantes de marina y de armaduras... muchos eran infantes de marina de la MacArthur, El artillero Kelley miraba impasible junto a la cámara neumática, apuntando con su arma a la puerta.

-Ya están todos -proclamó una voz.

- ¿Dónde está el capellán Hardy? -preguntó Renner.

- Con los civiles, señor -contestó el piloto-. Un momento, por favor. -Accionó el tablero de comunicaciones. La pantalla se iluminó con la cara de Blaine.

- Circuito seguro, señor-comunicó el piloto.

- Gracias, Staley.

- ¿Sí, capitán? -contestó el guardiamarina.

- Señor Staley, este transbordador pronto volverá a la Lenin. Los civiles y la tripulación del transbordador, salvo el piloto Lafferty, pasarán al crucero de combate, donde serán inspeccionados por seguridad personal. Después de que ellos se hayan ido, se hará usted cargo del mando del transbordador Número 1 de la Lenin y se dirigirá hacia la MacArthur. Debe usted abordar la MacArthur por el lado de estribor, inmediatamente después de la sala de suboficiales de estribor. Su misión será crear un conflicto que distraiga al enemigo y que le haga concentrar todas las fuerzas que tenga en esa zona, con el fin de ayudar a un grupo de civiles y de infantes de marina atrapados en la sala de suboficiales para que puedan escapar. Enviará usted a Kelley y a sus hombres a la sala de oficiales con traje de presión y armaduras de combate para veinticinco hombres. El equipo está ya a bordo. Envíe, pues, a ese grupo. El teniente Cargill ha asegurado el camino a partir del mamparo 160.

- Entendido, señor -Staley parecía no creerlo. Se quedó casi rígido, muy atento, pese a la ausencia de gravedad del transbordador.

Blaine casi sonrió. Al menos hubo un leve movimiento en sus labios.

- El enemigo, señor, son varios centenares de miniaturas de pajeños. Tienen armas manuales. Algunos tienen máscaras antigás. No están bien organizados, pero son muy peligrosos. Debe usted comprobar que no quedan pasajeros ni tripulantes en la sección de estribor de la MacArthur. Cumplida esta misión, conducirá usted a un grupo hasta la cocina de la tripulación para rescatar la cafetera. Pero asegúrese de que está vacía, señor Staley.

- ¿La cafetera? -preguntó Renner, asombrado. Whitbread movió la cabeza tras él y murmuró algo a Potter.

- La cafetera, señor Renner. Ha sido modificada por los alienígenas y la técnica utilizada puede ser de un gran valor para el Imperio. Verá usted otros objetos extraños, señor Staley. Utilice su criterio y elija los que le parezcan más adecuados... pero en ningún caso seleccione usted algo que pudiese contener un alienígena vivo. Y vigile a sus hombres. Las miniaturas han matado a varias personas y, utilizando sus cabezas como camuflaje, se han introducido en armaduras de combate. Asegúrese de que un hombre con la armadura es un hombre, señor Staley. No les hemos visto intentarlo hasta ahora con un traje de presión ajustado, pero tengan mucho cuidado.

- Lo tendré, señor -aseguró Staley-. ¿Podemos recuperar el control de la nave?

- No. -Blaine luchaba claramente por controlarse-. No tiene usted mucho tiempo, señor. Cuarenta minutos después de que entre usted en la MacArthur, active todos los sistemas de destrucción convencionales, luego conecte el cronometrador de aquel torpedo que preparamos. Pase a informarme una vez hecho esto en la entrada principal de babor. Cincuenta y cinco minutos después de que entre usted, la Lenin comenzará a disparar contra la MacArthur irremisiblemente. ¿Ha entendido?

- Perfectamente, señor -contestó Horst Staley. Miró a los otros. Potter y Whitbread le miraron inseguros.

- Capitán -dijo Renner-. Señor, le recuerdo que yo soy aquí el oficial más veterano.

- Lo sé, Renner. También tengo una misión para usted. Debe volver con el capellán Hardy al transbordador de la MacArthur y ayudarle a recuperar el equipo y las notas que necesite. Irá otro de los botes de la Lenin con ese objeto, y encargúese de que todo quede

empaquetado en un recipiente sellado que llevará el bote.

- Pero... señor, ¡yo debería dirigir el grupo de abordaje!

- Usted no es un oficial de combate. ¿Recuerda lo que me dijo ayer?

Renner lo recordaba.

- No le dije que fuese un cobarde -replicó.

- Lo sé perfectamente. También sé que probablemente sea usted el oficial más impredecible que tenemos. Al capellán se le ha dicho únicamente que hay una epidemia a bordo de la MacArthur, y que volvemos al Imperio antes de que se extienda. Esa será la versión oficial para los pajeños. Quizás no la crean, pero Hardy tendrá más posibilidades de convencerles si está convencido él mismo. Pero, de todos modos, tiene que estar con él alguien que conozca la verdadera situación.

- Uno de los guardiamarinas...

- Señor Renner, vuelva a bordo del transbordador de la MacArthur. Staley, tiene usted ya sus órdenes.

- Entendido, señor.

Renner se fue, fuera de sí.

Tres guardiamarinas y una docena de soldados colgaban de las redes de choque en la cabina principal del transbordador de la Lenin. Se habían ido los civiles y la tripulación regular, y el bote se apartaba de la masa negra de la Lenin.

- Muy bien, Lafferty -dijo Staley-. Vamos al lado de estribor de la MacArthur. Si no nos atacan, se colocará en posición para el abordaje, junto a los depósitos situados después del mamparo 185.

- De acuerdo, señor.

Lafferty no reaccionó de forma apreciable. Era un hombre huesudo, un sencillo habitante de Tabletop. Tenía el pelo rubio ceniza y lo llevaba muy corto, y su cara era toda planos y ángulos.

La red de choque estaba diseñada para grandes impactos. Los guardiamarinas colgaban como moscas en una monstruosa tela de araña. Staley miró a Whitbread. Whitbread miraba a Potter. Ambos apartaron la vista de los soldados que había tras ellos.

- De acuerdo. Vamos -ordenó Staley. El vehículo arrancó.

El auténtico casco defensivo de toda nave de guerra es el Campo Langston. Ningún objeto material podía soportar el calor calcinante de las bombas de fusión y de los láser de alta energía. Dado que nada puede traspasar el Campo, y que el fuego defensivo de la nave evapora cualquier cosa que esté debajo, el casco de una nave de guerra es una piel relativamente fina. Es, sin embargo, sólo relativamente fina. Una nave debe ser lo suficientemente rígida para soportar la alta aceleración y el salto.

Pero algunos compartimientos y depósitos son grandes, y en teoría pueden ser aplastados por un choque, si es bastante fuerte. En la práctica... Que Staley, que hurgaba frenéticamente en su memoria, pudiese recordar, nadie había llevado nunca a un grupo de combate a bordo de una nave de aquel modo. Estaba en el Libro, sin embargo. Se podía llegar a bordo de una nave averiada con el Campo intacto embistiendo de frente. Staley se preguntó qué loco condenado lo habría intentado por primera vez.

La gran burbuja negra que cerraba la MacArthur se convirtió en una sólida pared negra sin movimiento visible. Luego, el escudo en forma de palas cargadoras se alzó. Horst observó cómo el negror crecía en la pantalla visual delantera por encima del hombro de Lafferty.

El transbordador se lanzó hacia atrás. Un instante de frío cuando pasaron a través del Campo, luego el rechinar del metal. Se detuvieron.

Staley soltó su red de choque.

-Actuemos -ordenó-. Kelley, tenemos que abrirnos camino a través de esos depósitos.

- De acuerdo, señor.

Los soldados pasaron rápidamente. Dos apuntaron con un gran cortador de láser al metal que había sido en tiempos pared interior de un depósito de hidrógeno. Unos cables unían el arma con el transbordador.

La pared del depósito cayó, y parte de ella estuvo a punto de aplastar a los soldados. Brotó más aire, en un silbido, y fueron cayendo, como hojas otoñales, miniaturas de pajeños muertas.

Las paredes del pasillo habían desaparecido. Donde había habido una serie de compartimentos, no había ahora más que un montón de ruinas, mamparos destrozados, maquinaria surrealista, y miniaturas muertas por todas partes. Parecía que ninguno tuviese traje de presión.

- Dios mío -murmuró Staley-. Bueno, Kelley, adelante con esos trajes. Vamos.

Se lanzó hacia delante por encima de las ruinas, hasta llegar a la puerta del siguiente compartimiento de atmósfera aislada.

- ¿Cuál es la presión al otro lado? -preguntó; cogió la caja de comunicaciones del mamparo y conectó el micrófono de su traje-. ¿Hay alguien ahí?

-Aquí el cabo Hasner, señor -contestó rápidamente una voz-. Tenga cuidado ahí, esa zona está llena de miniaturas.

-Ya no -contestó Staley-. ¿En qué situación se encuentra usted ahí?

-Aquí hay nueve civiles sin traje, señor. Quedan tres soldados vivos. No sabemos cómo sacar a los científicos sin trajes.

- Nosotros traemos trajes -dijo Staley-. ¿Podrá usted proteger a los civiles hasta que traspasemos esta puerta? Estamos en vacío.

- Sí, señor. Espere un minuto.

Algo giró. Los instrumentos mostraban que la presión disminuía al otro lado del mamparo. Luego giraron las abrazaderas. La puerta se abrió y apareció una figura cubierta de armadura de combate dentro de la sala de suboficiales. Detrás de Hasner, otros soldados enfilaron sus armas hacia Staley cuando entró. Tras ellos... Staley lanzó un gemido.

Los civiles estaban al otro lado del compartimiento. Llevaban las batas blancas habituales del equipo científico: Staley reconoció al doctor Blevins, el veterinario. Los civiles hablaban entre ellos...

- ¡Pero aquí dentro no hay aire! -gritó Staley.

-Aquí no, señor -dijo Hasner-. Una especie de caja establece como una cortina allí, señor Staley. El aire no puede atravesarla, pero nosotros sí.

Kelley lanzó un gruñido y dirigió a su escuadrón hacia la sala de suboficiales. Entregaron los trajes a los civiles.

Staley hizo un gesto de asombro.

- Kelley, hágase cargo aquí. Que siga adelante todo el mundo... ¡Y llévese con usted esa caja si puede moverla!

- Se mueve -dijo Blevins; hablaba por el micrófono del casco que Kelley le había entregado, pero aún no se lo había puesto-. Puede conectarse y desconectarse, además. El cabo Hasner mató algunas miniaturas que estaban manipulándola.

- Muy bien. Nos la llevaremos -dijo Staley-. Que vayan saliendo, Kelley.

- ¡Señor! -el soldado cruzó apresuradamente a través de la barrera invisible; tuvo que empujar-. Es igual que... como una especie de Campo, señor Staley. Sólo que no tan denso.

Staley carraspeó y se acercó a los otros guardiamarinas.

- La cafetera -dijo; parecía como si no lo creyera-. Lafferty. Kruppman. Janowith. Ustedes vendrán con nosotros. -Volvió de nuevo a las ruinas que había más allá.

Al otro extremo había una puerta doble aislante en el pasillo, y Staley indicó a Whitbread que la abriera. Los cierres cedieron fácilmente, y se amontonaron en la pequeña cámara neumática para atisbar a través del grueso cristal el principal pasillo de conexión de estribor.

- Parece bastante normal -murmuró Whitbread.

Lo parecía. Cruzaron la cámara neumática en dos ciclos y siguieron impulsándose con las abrazaderas de las paredes del pasillo hasta la entrada del comedor principal de la tripulación.

Staley miró a través del grueso cristal el compartimiento comedor.

Librodot

- ¡Dios mío!

- ¿Qué pasa, Horst? -preguntó Whitbread. Pegó su casco al de Staley. En el compartimiento había docenas de miniaturas. La mayoría llevaban armas láser y estaban disparándose entre sí. No había orden de ningún tipo en aquella batalla. Parecía como si cada una de las miniaturas disparase contra todas las demás, aunque quizás se tratase sólo de una primera impresión. El compartimiento estaba lleno de una niebla rosada: sangre pajeña. Fájenos muertos y heridos flotaban en una danza loca mientras la habitación parpadeaba con líneas de luz verdeazulada.

- No entremos -murmuró Staley; recordó que hablaba a través de la radio de su traje y alzó la voz-. Nunca saldríamos vivos de ahí. Olvidemos la cafetera. -Siguieron a través del pasillo buscando más supervivientes humanos.

No había ninguno. Staley les condujo de vuelta hacia el comedor de la tripulación.

- Kruppman -aulló-, coja a Hanowith y sitúe este pasillo en vacío. Queme los mamparos, utilice granadas... cualquier cosa, pero déjelo todo en vacío. Y luego salga rápidamente de esta nave.

- De acuerdo, señor.

Cuando los soldados doblaron una esquina del pasillo de acero, los guardiamarinas perdieron contacto con ellos. Las radios de los trajes sólo funcionaban en la línea de visión. Sin embargo, aún podían oírse. La MacArthur resonaba por todas partes. Agudos chillidos, repiqueteo de metal roto, zumbidos... todo aquello resultaba extraño.

-Ya no es nuestra -murmuró Potter.

Hubo un silbido. El pasillo estaba en vacío. Staley arrojó una granada contra el mamparo del comedor y retrocedió doblando una esquina. Relampagueó la luz un instante, y Staley volvió de nuevo a disparar su láser manual en el punto aún llameante del mamparo. Los otros dispararon con él.

La pared comenzó a hincharse y luego reventó. El aire silbó en el pasillo, con una nube de pajeños muertos. Staley giró los cierres de la entrada de la cámara, pero no pasó nada. Implacablemente, quemaron el mamparo hasta que el agujero fue lo bastante grande para permitirles entrar.

No había huella de miniaturas vivas.

- ¿Por qué no hacemos lo mismo en toda la nave? -preguntó Whitbread-. Podríamos recuperar el control.

- Quizás -convino Staley-. Lafferty, coja la cafetera y llévela por el lado de babor. Deprisa, le cubriremos.

Lafferty se lanzó pasillo adelante en la misma dirección por la que habían desaparecido los soldados.

- ¿No sería mejor que fuésemos con él? -preguntó Potter.

- El torpedo -aulló Staley-. Tenemos que detonar el torpedo.

- Pero, Horst -protestó Whitbread-. ¿No podemos hacernos con el control de la nave? No he visto miniaturas con trajes de vacío.

- Pueden construir esas cortinas de presión mágicas -le recordó Staley-. Además, tenemos órdenes.

Indicó que siguieran, y ellos se lanzaron por delante de él. Ahora que la MacArthur estaba vacía de humanos, se apresuraban, abriéndose paso con granadas y rayos láser. Potter y Whitbread se estremecían al pensar los daños que estaba sufriendo la nave. Sus armas no estaban destinadas a destrozar una nave espacial en perfecto funcionamiento.

Los torpedos estaban en el lugar previsto: Staley y Whitbread habían formado parte del grupo que los había soldado al otro lado del generador del Campo. Pero... el generador había desaparecido. Una cubierta hueca ocupaba su lugar.

Potter buscaba los cronómetros que debían disparar el torpedo.

- Espere -ordenó Staley; encontró un cable de intercomunicación y conectó a él su traje.

-Aquí el guardiamarina Horst Staley en el compartimiento del generador del Campo. ¿Hay alguien ahí?

- Sí, señor Staley -contestó una voz-. Un momento, señor, aquí está el capitán -el capitán Blaine tomó la palabra. Staley explicó la situación.

- El generador del Campo ha desaparecido, señor, pero el Campo parece tan fuerte como siempre...

Hubo una larga pausa. Luego, Blaine lanzó un juramento, pero se controló.

- Llevan ustedes retraso ya, señor Staley. Tenemos órdenes de cerrar los agujeros del Campo y subir a bordo de los botes de la Lenin en el plazo de cinco minutos. Jamás conseguirán salir antes de que la Lenin abra fuego.

- No, señor. ¿Y qué debemos hacer? Blaine vaciló un momento.

- Tendré que comunicar esto al almirante. Quédense donde están. Un súbito estruendo les lanzó al aire. Luego hubo un silencio y Potter dijo innecesariamente:

- Estamos bajo presión. Los Marrones deben de haber reparado alguna puerta.

- Entonces pronto estarán aquí -dijo Whitbread-. Ya verán lo que es bueno -esperaron-. ¿Qué hará el capitán? -añadió Whitbread.

No había respuesta posible y se quedaron esperando, tensos e inquietos, con las armas preparadas, mientras oían que a su alrededor la MacArthur volvía a la vida. Sus nuevos amos se aproximaban.

- No me iré sin los guardiamarinas -decía Rod al almirante.

- ¿Esta usted seguro de que no pueden llegar a la cámara neumática de babor? -preguntó Kutuzov.

- Tardarían más de diez minutos, almirante. Los Marrones controlan esa parte de la nave. Tendrían que abrirse camino luchando.

- ¿Qué sugiere entonces?

- Déjeles utilizar los botes salvavidas, señor -contestó Rod.

Había botes salvavidas en varias partes de la nave, y una docena de ellos estaban situados a menos de veinte metros del compartimiento del generador del Campo. Eran esencialmente motores de combustible sólido con cabinas hinchables, proyectados para permitir a un refugiado sobrevivir unas cuantas horas en el caso de que la nave sufriese daños imposibles de reparar... o estuviese a punto de explotar. Ambas cosas podían aplicarse a la situación de la MacArthur.

- Las miniaturas deben de haber instalado instrumentos de registro y transmisiones en los botes salvavidas -dijo Kutuzov-. Un medio de proporcionar a los pajeños grandes todos los secretos de la MacArthur. -Habló con algún otro-. ¿Cree usted posible eso, capellán?

Blaine oyó hablar al fondo al capellán Hardy.

- No, señor. Las miniaturas son animales. Siempre me lo han parecido. Y eso dicen los pajeños adultos. Y todas las pruebas justifican la hipótesis. Sólo serían capaces de eso si los dirigiesen adecuadamente... Y, almirante, si hubiesen estado tan ansiosos por comunicarse con los pajeños, puede usted estar seguro de que ya lo habrían hecho.

- Da -murmuró Kutuzov-. No merece la pena sacrificar a esos oficiales por nada. Capitán Blaine, deles orden de que utilicen los botes salvavidas. Pero adviértales que no debe salir con ellos ninguna miniatura. En cuanto salgan, vendrá usted inmediatamente a bordo de la Lenin.

- Entendido, señor -Rod suspiró aliviado y conectó el intercomunicador con la línea del compartimiento del generador.

- Staley, el almirante dice que pueden utilizar ustedes los botes salvavidas. Procuren que no haya en ellos miniaturas, les registrarán a ustedes antes de que suban a bordo de uno de los botes de la Lenin. Conecten los detonadores de los torpedos y salgan de ahí. ¿Entendido?

- De acuerdo, señor. -Staley se volvió a los otros guardiamarinas-. Los botes salvavidas -gritó-. Rápido...

Alrededor de ellos parpadeó una luz verde.

- ¡Bajen los visores! -gritó Whitbread.

Se lanzaron detrás de los torpedos mientras el rayo escudriñaba el compartimiento. Abrió agujeros en los mamparos; luego atravesó las paredes del compartimiento, y por último

el propio casco. Salió silbando el aire y el rayo dejó de moverse, pero permaneció fijo allí, arrojando energía a través del casco contra el Campo que se extendía más allá.

Staley alzó su visor solar. Estaba oscurecido con depósitos metálicos de plata. Siguió cuidadosamente el rayo para localizar su origen.

Era una gran arma manual de láser. Para manejarla debían de hacer falta doce miniaturas por lo menos. Algunas de ellas, muertas y secas, colgaban de las abrazaderas manuales dobles.

-Vamonos -ordenó Staley. Insertó una llave en el cierre del panel del torpedo. Potter hizo lo mismo a su lado. Giraron las llaves... les quedaban diez minutos para escapar. Staley comunicó por el intercom:

- Misión cumplida, señor.

Cruzaron la puerta abierta del compartimiento y pasaron al pasillo posterior principal dirigiéndose a popa, impulsándose en las agarraderas de las paredes. Las carreras con gravedad nula eran un juego muy popular, aunque un tanto ilegal, entre los guardiamarinas, y en aquel momento se alegraron de la práctica que habían adquirido. Tras ellos, el cronómetro continuaría su tic-tac...

- Debe de ser aquí -dijo Staley.

Lanzó un rayo contra la puerta, luego abrió un hueco del tamaño de un hombre en el casco exterior. Silbó el aire... las miniaturas les habían encerrado de nuevo en la hedionda atmósfera de Paja Uno, pese a haber llegado después. Colgaban en el vacío agujas de hielo.

Potter localizó los controles de hinchado del bote salvavidas y rompió el cristal que lo cubría con la culata de la pistola. Se apartaron esperando que se hincharan los botes salvavidas. Pero en vez de hincharse se alzó el suelo. Detrás de la cubierta se almacenaba una hilera de conos, de dos metros de diámetro de base cada uno y de unos ocho metros de longitud.

- El Marrón asesino ataca de nuevo -dijo Whitbread.

Los conos eran todos idénticos y parecían recién fabricados. Las miniaturas parecían haber trabajado durante semanas bajo la cubierta, destrozando los botes salvavidas y el resto del equipo para reemplazarlos por... aquellas cosas. Todos los conos tenían una silla de choque retorcida en el extremo mayor y una especie de cohete en la punta.

- Examina esos chimes, Potter-dijo Staley-. Comprueba si hay algún Marrón oculto en ellas.

No parecía haberlos. Salvo el casco cónico, que era sólido, todo lo demás era estructura abierta. Potter estuvo tanteando y mirando mientras sus amigos hacían guardia.

Buscaban una abertura en el cono cuando captó un movimiento con el rabillo del ojo. Cogió una granada de su cinturón y se volvió. Un traje espacial flotaba... junto a la pared del pasillo. Sostenía un pesado láser con ambas manos.

El nerviosismo de Staley se reveló en su voz.

- ¡Eh! ¡Identifíquese!

El otro alzó el arma. Potter lanzó una granada.

La explosión se vio taladrada por una intensa luz verde que iluminó espectralmente el pasillo y atravesó uno de los botes salvavidas cónicos.

- ¿Era un hombre? -gritó Potter- ¿Qué era? ¡Los brazos se doblaban al revés! Las piernas se proyectaban hacia adelante... ¿Qué era?

- Un enemigo -dijo Staley-. Creo que lo mejor será que salgamos de aquí. Que subamos a bordo de los botes mientras podamos.

Y se subió en el extraño asiento de uno de los conos intactos. Los otros eligieron inmediatamente un asiento cada uno.

Horst descubrió un tablero de control sobre una barra y lo hizo girar hasta situarlo frente a él. No había indicadores por ninguna parte. Inteligentes o no, parecía que todos los pajeños pudiesen descubrir el funcionamiento de una máquina sólo con mirarla.

- Probaré con el botón cuadrado grande -dijo Staley con firmeza. Su voz parecía extrañamente hueca a través de la radio del traje. Pulsó el botón.

Una sección del casco se desprendió bajo él. El cono se balanceó como una honda. Los cohetes llamearon un instante. Frío y negror... y luego salió del Campo.

Salieron del Mar Negro otros dos conos. Horst dirigió frenéticamente la radio de su traje hacia la acechante masa negra de la Lenin situada a no más de un kilómetro de distancia.

- ¡Aquí el guardiamarina Staley! Los botes salvavidas han sido modificados. Somos tres, y estamos solos a bordo de ellos...

Un cuarto cono brotó de la negrura. Staley se volvió en su asiento. Parecía un hombre...

Tres armas manuales dispararon simultáneamente. El cuarto cono relampagueó y se fundió, pero ellos siguieron disparando largo rato.

- Uno de los... -Staley no sabía qué informar. Su circuito quizá no fuese seguro.

- Le tenemos a usted en las pantallas, guardiamarina -dijo una voz de fuerte acento-. Apártense de la MacArthur y esperen a que los recojan. ¿Han completado su misión?

- Sí, señor -Staley miró su reloj-. Faltan cuatro minutos, señor.

- Entonces dense prisa -ordenó la voz.

Pero ¿cómo? se preguntaba Staley. Los controles no tenían ninguna función obvia. Mientras buscaba frenéticamente, se encendió su cohete. Pero... él no había tocado nada.

- Mi cohete funciona de nuevo -dijo la voz de Whitbread. Parecía tranquilo... mucho más tranquilo de lo que estaba Staley.

- También el mío -añadió Potter-. A caballo regalado no le mires el diente. Estamos separándonos de la nave.

El rumor continuaba. Aceleraban todos casi a gravedad normal, con Paja Uno en un inmenso y creciente verde a un lado. Al otro, el negro profundo del Saco de Carbón, y el negro aún más intenso de la Lenin. Los botes aceleraron durante largo rato.

32
La Lenin

El joven guardiamarina ruso tenía un aire orgulloso. Su armadura de combate estaba inmaculada y todo su equipo se ajustaba exactamente al Libro.

- El almirante les ordena que acudan al puente -dijo en un ánglico intachable.

Rod Blaine le siguió indiferente. Flotaron por la cámara neumática de la cubierta hangar número dos de la Lenin hasta una algarabía de saludos de los infantes de marina de Kutuzov. El recibimiento con todos los honores debidos a un capitán de visita no hizo más que aumentar su dolor. Rod había dado sus últimas órdenes, y había sido el último en abandonar su nave. Ahora era un observador, y probablemente fuese la última vez que le rindieran aquellos honores.

A bordo del crucero de guerra todo parecía demasiado grande, aunque él sabía que era sólo una ilusión. Los compartimentos y pasillos de las grandes naves estaban regularizados, con pocas excepciones, y muy bien podría encontrarse a bordo de la MacArthur. Los tripulantes de la Lenin ocupaban sus puestos de combate, y las puertas aislantes estaban cerradas y aseguradas. Había infantes de marina apostados en los controles de paso más importantes pero, aparte de eso, no vieron a nadie, y Rod se alegró de ello. No hubiese sido capaz de enfrentarse a ninguno de los miembros de su antigua tripulación. Ni a los pasajeros.

El puente de la Lenin era enorme. Estaba acondicionado como nave insignia, y además de las pantallas y de los puestos de mando de la propia nave, había una docena de literas para el Estado Mayor del almirante. Rod respondió maquinalmente al saludo del almirante y se hundió agradecido en el asiento. Ni siquiera preguntó dónde estaba el teniente Borman, lugarteniente de Kutuzov y jefe de su equipo. Estaba solo con el almirante en la estación de mando.

La MacArthur aparecía en media docena de las pantallas que había ante él. El último de los botes de la Lenin se alejaba de ella. Staley debe de haber cumplido su misión, pensó Rod. Sólo le quedan ya unos minutos de vida a la MacArthur. Cuando estalle estaré liquidado. Un

capitán recién ascendido que pierde su nave en su primera misión... Ni siquiera la influencia del marqués podría borrar aquello. Sintió en su interior un odio ciego contra la Paja y todos sus habitantes.

- ¡Maldita sea, deberíamos ser capaces de arrebatársela a ese puñado de... de condenados animales! -estalló.

Kutuzov le miró sorprendido. Sus pobladas cejas se fruncieron, luego se relajaron levemente.

- Da. Si eso es todo lo que son. Pero supongo que serán más que eso. En cualquier caso, es demasiado tarde.

- Lo sé, señor. Ya han activado los torpedos.

Dos bombas de hidrógeno. El generador del Campo se evaporaría en milésimas de segundo y la MacArthur... se estremeció al pensarlo. Cuando las pantallas relampagueasen, habría desaparecido. Alzó la vista bruscamente.

- ¿Y mis guardiamarinas, almirante? Kutuzov lanzó un gruñido.

- Han desacelerado hasta una órbita más baja y se encuentran más allá del horizonte. Enviaré un bote a por ellos en cuanto termine todo.

Extraño, pensó Rod. Pero no podían venir directamente a la Lenin por órdenes del almirante, y los botes no les proporcionarían verdadera protección cuando estallase la MacArthur. Lo que habían hecho era una precaución innecesaria, pues los torpedos no liberarían una gran fracción de su energía de rayos X y neutrones, pero era comprensible la precaución.

Los cronómetros llegaron silenciosamente al cero. Kutuzov estuvo observando hoscamente otro minuto. Luego otro.

- Los torpedos no estallan -dijo acusadoramente.

- Es cierto, señor -Rod se sentía absolutamente hundido. Y ahora...

- Capitán Mijailov, prepare, por favor, la batería principal para disparar contra la MacArthur. -Kutuzov volvió su mirada sombría hacia Rod-. Me desagrada esto, capitán. Quizás no tanto como a usted, pero me desagrada. ¿Prefiere dar usted mismo la orden? Capitán Mijailov, ¿no le importa?

- No, almirante.

- Gracias, señor -Rod respiró profundamente; un hombre debe matar a su propio perro-. ¡Fuego!

Las batallas espaciales son una visión muy agradable. Las naves se aproximan como lisos huevos negros, sus impulsores radiando luz deslumbradora. Los centelleos de los negros flancos registran las explosiones de los torpedos que han escapado a la destrucción del penetrante color de los lásers secundarios. Las baterías principales vierten energía en los respectivos Campos, y líneas de verde y rubí reflejan polvo interplanetario.

Gradualmente, los Campos comienzan a brillar: rojo apagado, amarillo más claro, verde resplandeciente, a medida que se cargan de energía. Los huevos coloreados están ligados por hilos rojos y verdes de las baterías, y los colores cambian.

Tres líneas verdes ligaron a la Lenin y la MacArthur. No sucedió nada más. El crucero de batalla no se movió y no hizo ninguna tentativa de responder al fuego. Su Campo comenzó a adquirir un brillo rojo, que fue apagándose en amarillo donde los rayos convergían en mitad de las naves. Cuando se hiciese blanco se sobrecargaría y la energía almacenada sería liberada... hacia dentro y hacia fuera. Kutuzov observaba con creciente desconcierto.

- Capitán Mijailov. Por favor retrocedamos un poco. -Las arrugas de la frente del almirante se hicieron más profundas cuando el Impulsor de la Lenin la separó suavemente de la MacArthur.

La MacArthur tenía una tonalidad verde con desvaídos puntos azules. La imagen retrocedía en las pantallas. Los puntos calientes se desvanecieron al desparramarse ligeramente los lásers. A mil kilómetros de distancia, la nave brillaba intensamente en los

telescopios.

- Capitán, ¿estamos quietos respecto a la MacArthur? -preguntó Kutuzov.

- Da, almirante.

- Parece aproximarse.

- Da, almirante. Su campo se está expandiendo.

- ¿Expandiendo? -Kutuzov se volvió a Rod-. ¿Tiene usted alguna explicación?

- No, señor. -Rod no quería otra cosa que el olvido; hablar era dolor, calvario inevitable; pero... intentó pensar-. Los Marrones deben de haber reconstruido el generador, señor. Y siempre mejoran lo que reconstruyen.

- Es lástima destruirla -murmuró Kutuzov-. Expandiéndose así, con esa superficie de radiación tan grande, la MacArthur podría enfrentarse con cualquier nave de la flota...

El Campo de la MacArthur había pasado a ser violeta, e inmenso. Llenaba las pantallas, y Kutuzov ajustó la suya multiplicando el aumento por un factor diez. La nave era un gran globo violeta recorrido por hilos verdes. Esperaron, fascinados. Pasaron diez minutos. Quince.

- Ninguna nave había sobrevivido tanto tiempo en violeta -murmuró Kutuzov-. ¿Está usted seguro aún de que tratamos sólo con animales, capitán Blaine?

- Los científicos están convencidos, señor. Y me convencieron a mí -añadió lentamente-. Me gustaría que estuviese aquí ahora el doctor Horvath. Kutuzov lanzó un gruñido como si le golpearan en el vientre.

- Ese imbécil. Pacifista. No entendería lo que viese. Permanecieron observando en silencio durante otro minuto, hasta que sonó una llamada en el intercomunicador.

Almirante, hay señal de la nave embajadora pajeña -anunció el oficial de comunicaciones. Kutuzov frunció el ceño.

- Capitán Blaine, contestará usted a esa llamada.

- ¿Cómo dice, señor?

- Conteste a la llamada de los pajeños. Yo no debo hablar directamente con ningún alienígena.

- De acuerdo, señor.

Su cara era como la de cualquier pajeño, pero se sentaba incómodamente erguido, y Rod no se sorprendió al oírle decir:

- Soy el Fyunch(click) del doctor Horvath. Tengo malas noticias para usted, capitán Blaine. Por cierto que agradecemos el aviso que nos dio... no entendemos por qué quiere usted destruir su nave, pero si hubiésemos estado allí...

- Estamos combatiendo una plaga. Quizás destruyendo la MacArthur podamos cortarla. Eso esperamos. Perdone, pero estamos muy ocupados en este momento. ¿Cuál es su mensaje?

- Sí, por supuesto. Capitán, los tres pequeños vehículos que escaparon de la MacArthur intentaron volver a entrar en Paja Uno. Lo siento, pero no sobrevivieron. El puente de la Lenin pareció convertirse en niebla.

- ¿Aterrizar con botes salvavidas? Es una estupidez. No deberían...

- No, no intentaron aterrizar. Les localizamos a mitad de camino... Capitán, tenemos imágenes de ellos. Ardieron completamente...

- ¡Maldita sea! ¡Estaban seguros!

- Lo sentimos mucho.

La cara de Kutuzov era una máscara.

- Imágenes-murmuró por fin.

Rod asintió. Se sentía muy cansado.

- Nos gustaría ver esas imágenes -dijo al pajeño-. ¿Está usted seguro de que no sobrevivió ninguno de mis jóvenes oficiales?

- Completamente seguro, capitán. Lo sentimos mucho. Naturalmente, no teníamos idea de que fuesen a intentar una cosa así, y, dadas las circunstancias, no pudimos hacer nada.

- Claro, por supuesto. Gracias. -Rod apagó la pantalla y desvió la vista hacia la batalla que tenía lugar frente a él.

-Así que no hay ningún cadáver ni restos de naufragio -murmuró Kutuzov-. Muy

conveniente.

Tocó un botón del brazo de su silla de mando y dijo:

- Capitán Mijailov, envíe, por favor, un transbordador para que busque a los guardiamarinas. -Se volvió a Rod-. No encontrarán nada, por supuesto.

- No cree usted a los pajeños, ¿verdad, señor? -preguntó Rod.

- ¿Y usted, capitán?

-Yo... yo no sé, señor. No veo qué podemos hacer.

- Ni yo, capitán. El transbordador buscará y no encontrará nada. No sabemos en qué punto intentaron descender. El planeta es grande. Aunque sobreviviesen y estuviesen libres, podríamos buscar días y días sin encontrarles. Y si están prisioneros, nunca les encontraremos. -Lanzó un nuevo gruñido y habló por su circuito de mando-. Mijailov, ocúpese de que el transbordador busque bien. Y utilice torpedos para destruir esa nave, por favor.

- De acuerdo, señor.

El capitán de la Lenin hablaba quedamente en su puesto, al otro lado del gran puente. Una hilera de torpedos partieron hacia la MacArthur. No podrían atravesar el Campo; la energía almacenada allí los fundiría inmediatamente. Pero estallaron todos a la vez, una salva perfecta y cronometrada, y alrededor de la superficie violeta brillante de la MacArthur se alzó un gran oleaje de luz multicolor. Puntos blancos brillantes aparecieron y desaparecieron.

- Penetración en nueve puntos -anunció el oficial artillero.

- ¿Penetración en qué? -preguntó Rod inocentemente. Era aún su nave, y estaba defendiendo su vida valerosamente...

El almirante resopló. La nave estaba a quinientos metros de la infernal superficie violeta; los brillantes relampagueos podían incluso haberla alcanzado, o podían haber errado el tiro por completo.

- Que los cañones continúen disparando. Lancen otra andanada de torpedos -ordenó Kutuzov.

Otra hilera de luminosos dardos salió hacia la MacArthur. Todos explotaron a lo largo de la temblorosa superficie violeta. Se marcaron en ella más puntos y hubo una oleada desbordante de llamas violeta.

Y luego la MacArthur apareció tal como era. Un globo de fuego violeta de un kilómetro de diámetro, cruzado por hilos de luz verde.

Un camarero entregó a Rod una taza de café. Este lo bebió con aire ausente. El sabor era horrible.

- ¡Disparen! -ordenó Kutuzov; miraba furiosamente y con odio a las pantallas-. ¡Fuego!

Y de pronto sucedió. El Campo de la MacArthur se expandió enormemente, se volvió azul, amarillo... y se desvaneció. Los localizadores automáticos giraron y el aumento de las pantallas creció. La nave estaba allí.

Era toda ella un resplandor rojo, y muchas de sus partes se habían fundido. No debería estar allí. Cuando un Campo queda destruido, todo lo que hay dentro de él se evapora...

- Deben de estar asados ahí dentro -dijo mecánicamente Rod.

- Da. ¡Fuego!

Las luces verdes brotaron otra vez. La MacArthur pareció cambiar y burbujear, expandirse, convertirse en aire en el espacio. Un torpedo se acercó casi con lentitud hasta ella y estalló. Las baterías de láser dispararon. Cuando Kutuzov ordenó finalmente que el fuego cesase, no quedaba más que vapor.

Rod y el almirante estuvieron largo rato mirando las pantallas vacías. Por último, el almirante apartó la vista.

- Llame a los botes, capitán Mijailov. Volvemos a casa.

33
Aterrizaje

Tres pequeños conos, cayendo. En cada uno de ellos anida un hombre, como un huevo en una copa.

Horst Staley iba a la cabeza. Podía ver delante una pequeña pantalla cuadrada, pero la visión posterior dependía exclusivamente de él. Estaba desprotegido para el espacio salvo por el traje de presión. Se volvió y vio que otros dos conos con una llama en el vértice le seguían. En algún punto situado muy lejos, detrás del horizonte, estaba la MacArthur y la Lenin. No había ninguna posibilidad de que la radio de su traje alcanzase tan lejos, pero de todos modos la activó y habló.

No hubo respuesta.

Todo había sucedido muy deprisa. Los conos habían disparado retrocohetes, y cuando llamó a la Lenin era ya demasiado tarde. Quizás el personal de comunicaciones estuviese ocupado en otra cosa, quizás él hubiese sido lento... Horst se sintió de pronto solo.

Seguía cayendo. Los cohetes iban apagándose.

- ¡Horst! -era la voz de Whitbread. Staley contestó.

- ¡Horst, estos vehículos descienden hacia el planeta!

- Sí. No hay modo de evitarlo. ¿Qué podemos hacer?

En el fondo, no esperaba una respuesta. En solitario silencio, tres pequeños conos caían hacia el planeta verde claro. Luego: reentrada.

No era para ninguno de ellos la primera vez. Conocían los colores del campo plasmático que se crea delante del morro de la nave. Los colores difieren según la composición química del casco ablativo. Pero esta vez estaban prácticamente desnudos. ¿Habría radiación? ¿Calor?

La voz de Whitbread llegó hasta Staley por encima de las interferencias.

- Estoy intentando pensar como un pajeño, y no es fácil. Ellos conocen nuestros trajes. Saben cuántas radiaciones evitan. ¿Cuántas creen que podemos soportar? ¿Y el calor?

- He cambiado de idea -oyó decir Staley a Potter-. No voy a bajar.

Staley intentó ignorar su risa. Estaba al cargo de tres vidas, y se lo tomaba muy en serio. Intentó relajar sus músculos y esperó calor, turbulencias, radiaciones indetectables, movimientos del cono, incomodidad y muerte.

El paisaje se extendía bajo él difuminado por las distorsiones plasmáticas. Mares redondos y arcos de ríos. Vastas extensiones urbanas. Montañas coronadas de hielo y rascacielos; la ciudad seguía llenando las lomas hasta los picos nevados. Una gran extensión de océano... ¿flotarían aquellos condenados conos? Más tierra. Los conos iban reduciendo la velocidad, los perfiles del terreno eran cada vez más claros. Ahora azotaba el viento a su alrededor. Barcas en un lago, pequeñas manchas, hordas de ellas. Una extensión de bosque verde, rodeado y cruzado por carreteras.

El borde del cono de Staley se abrió y brotó una especie de paracaídas. Staley se hundió profundamente en el asiento modificado. Durante un instante no vio más que cielo azul. Luego hubo un «zump» estremecedor. Lanzó mentalmente una maldición. El cono se tambaleó y se derrumbó de lado.

En los oídos de Staley sonó la voz de Potter.

- He encontrado los controles de vuelo. Mire a ver si encuentra una manilla deslizante que hay hacia el centro, si es que estos animales la han hecho igual. Ese es el control de propulsión, y moviendo todo el tablero de control sobre su apoyo, el cohete se inclina. Lástima que no lo hubiese descubierto antes, pensó Staley.

-Acérquese a la superficie y manténgase volando sobre ella. Quizás se acabe el combustible. ¿Encontró usted el mecanismo que acciona el paracaídas, Potter?

- No. Cuelga debajo de mí. La llama del cohete debe de haber quemado el suyo ya.

¿Dónde está usted?

- Estoy debajo. Déjeme librarme de esto...

Staley abrió la red de choque y se levantó. Sacó sus armas y abrió un agujero en la pared para examinar el espacio de abajo. Una espuma extraña llenó el compartimiento.

- Cuando descienda, asegúrese de que no hay Marrones a bordo del bote salvavidas

-ordenó ásperamente.

- ¡Maldita sea! Casi lo estropeo todo -dijo la voz de Whitbread-. Estas cosas son tan...

- ¡Le veo, Jonathon! -gritó Potter-. Manténgase en el aire e iré por usted.

- Luego busque mi paracaídas -ordenó Staley.

- No le veo. Podemos estar a veinte kilómetros de distancia. Su señal es muy débil -contestó Whitbread.

Staley se puso de pie trabajosamente.

- Lo primero es lo primero -murmuró.

Examinó cuidadosamente el bote salvavidas. No había ningún lugar donde pudiera ocultarse una miniatura y sobrevivir a la penetración en el planeta, pero lo examinó de nuevo todo para asegurarse. Luego cambió de frecuencia e intentó llamar a la Lenin... no esperaba respuesta y no llegó. Las radios de los trajes sólo operaban en la línea visual y eran por diseño poco potentes, porque si no el espacio se llenaría con la charla de los hombres de los trajes. Los botes salvavidas rediseñados no tenían nada que pudiese parecer una radio. ¿Cómo pretendían los Marrones que llamasen los supervivientes pidiendo ayuda?

Staley se levantó titubeante, aún no adaptado a la gravedad. A su alrededor todo eran campos cultivados, alternando hileras de matas color púrpura de un fruto parecido a la berenjena con coronas de hojas oscuras que le llegaban hasta el pecho, y matas bajas llenas de semillas. Las hileras continuaban hasta el infinito en todas direcciones.

-Aún no le hemos localizado, Horst -informó Whitbread-. Esto no nos lleva a ninguna parte. Horst, ¿ve usted un edificio grande y bajo que brilla como un espejo? Es el único edificio que se ve.

Staley lo localizó; era un objeto metálico y brillante más allá del horizonte. Quedaba bastante lejos, pero era el único hito que destacaba.

-Ya lo veo.

- Iremos hacia él y nos reuniremos allí.

- Está bien. Espérenme.

-Vamos hacia allá, Gavin-dijo Whitbread.

- De acuerdo-fue la respuesta.

Hubo más conversación entre los otros dos, y Horst Staley se sintió solo, muy solo.

- ¡Ay! ¡Mi cohete se ha apagado! -gritó Potter. Whitbread vio cómo el cono de Potter caía hacia tierra. Cayó invertido, vaciló unos instantes y luego se derrumbó sobre las plantas.

- ¿Todo bien, Gavin?

Una serie de sonidos desconcertantes. Luego Whitbread oyó:

- Bueno, a veces me duele el codo derecho cuando hace mal tiempo... Es una lesión del fútbol. Llegue hasta donde pueda, Jonathon. Me reuniré con los dos en el edificio.

- De acuerdo. -Whitbread lanzó el cono hacia adelante, impulsado por el cohete. El edificio estaba aún lejos de él.

Era grande. Al principio no tenía ninguna referencia que le permitiese establecer una escala; ahora llevaba diez minutos o más volando hacia él.

Era una cúpula con los costados rectos que se fundían en un techo bajo y redondeado. No tenía ventanas, y ningún otro rasgo salvo un hueco rectangular que podía haber sido una puerta, ridiculamente pequeña en aquella inmensa estructura. El brillo de la luz del día en el techo era más potente; tenía una luminosidad de espejo.

Whitbread fue descendiendo lentamente. Había algo sobrecogedor en aquel edificio asentado en mitad de campos de cultivo interminables. Sentía esto con más intensidad que el temor a que su motor pudiese arder, y su primer impulso de situarse sobre aquella estructura se debilitó.

El cohete se mantenía en marcha. Las miniaturas quizás hubiesen cambiado la composición química del combustible sólido. Los pajeños jamás construían dos cosas idénticas. Whitbread aterrizó junto a la entrada rectangular. Allí la puerta se elevaba acechante sobre él. El edificio le había convertido en un enano. Le había empequeñecido.

-Aquí estoy -dijo en un susurro, y luego se echó a reír-. Hay una puerta. Es muy grande

y está cerrada. Es raro... no hay ningún camino que llegue aquí, y los cultivos crecen hasta el borde mismo de la cúpula.

- Quizás aterricen los aviones en el techo -dijo Staley.

- No lo creo, Horst. El techo es redondo. No creo que haya muchos visitantes. Debe de ser una especie de almacén. O quizás haya dentro una máquina que funcione sola.

- Será mejor tener cuidado con eso. Gavin, ¿está usted bien también?

- Sí, Horst. Llegaré al edificio en media hora. Allí le veré.

Staley se preparó para una larga caminata. No pudo encontrar ninguna ración de emergencia en el bote salvavidas. Se lo pensó un rato antes de quitarse la armadura de combate y el traje de presión que llevaba debajo. Allí no había ningún secreto. Cogió el casco y se lo fijó en el cuello, sellándolo; luego lo dispuso como filtro de aire. Después quitó la radio del traje y se la colgó del cinturón, haciendo antes un intento de conectar con la Lenin.

No hubo respuesta. ¿Qué más? La radio, la bolsa de agua, el arma. Con eso tendría suficiente.

Staley miró detenidamente hacia el horizonte. Sólo se veía aquel edificio, no había pérdida. Empezó a andar hacia él, animado por la baja gravedad, y pronto comenzó a dar grandes zancadas.

Media hora después vio al primer pajeño. Estaba prácticamente a su lado cuando se dio cuenta: era una criatura diferente a todas las que había visto hasta entonces, y su altura era la misma de las plantas. Trabajaba entre los surcos, desmenuzando la tierra con las manos, arrancando hierbas que iba colocando cuidadosamente en montones. Le vio aproximarse. Cuando llegó a su lado, el pajeño volvió a su trabajo.

No era exactamente un Marrón. Las manchas de la piel eran más densas, y tenía mucho más pelo en los tres brazos y en las piernas. La mano izquierda era más o menos igual que la de un Marrón, pero las derechas tenían cinco dedos cada una, más una pequeña protuberancia, y los dedos eran cuadrados y cortos. Las piernas eran gruesas y los pies grandes y planos. La cabeza, como la de un Marrón, con la frente inclinada bruscamente hacia atrás.

Si Sally Fowler tenía razón, aquello significaba que el área parietal era casi nula.

-Hola -dijo de todos modos Horst. El pajeño volvió la vista hacia él un segundo y luego arrancó una hierba.

Luego vio más. Le miraban sólo lo suficiente para asegurarse de que no pretendía destruir plantas; comprobado esto perdían todo interés por él. Horst siguió caminando bajo la luminosa claridad del día hacia el edificio de brillo espejeante. Estaba mucho más lejos de lo que había pensado.

El guardiamarina Jonathon Whitbread esperaba. Había esperado mucho y muchas veces desde su ingreso en la Marina; pero sólo tenía diecisiete años normales, y esperar nunca resulta fácil a esa edad.

Se sentó junto a la punta del cono, lo bastante alto como para que la cabeza sobresaliera por encima de las plantas. En la ciudad los edificios habían bloqueado su visión de aquel mundo. Ahora divisaba bien el horizonte. El cielo era marrón en toda su extensión, con algunos matices azules directamente arriba. Las nubes volaban hacia el este en formaciones cerradas, y sobre él se extendían unos cuantos cúmulos de un blanco sucio.

El sol estaba también exactamente sobre él. Pensó que debía de estar cerca del ecuador, y recordó que Ciudad Castillo estaba mucho más al norte. No podía apreciar el mayor tamaño del disco solar, porque no podía mirarlo directamente; pero era mejor para mirar de cerca que el pequeño sol de Nueva Escocia.

Le dominaba la sensación de encontrarse en un mundo ajeno, pero no veía nada notable a su alrededor. Sus ojos se fijaron en el edificio de superficie especular. Se acercó a examinar la puerta.

Tenía sus buenos diez metros de altura. Si para Whitbread resultaba impresionante, debía de ser algo gigantesco para un pajeño. Pero ¿les impresionaba a los pajeños el tamaño? Whitbread creía que no. La puerta debía de tener alguna función... ¿Qué objeto podía tener diez metros de altura? ¿Maquinaria pesada? Aplicó su micrófono registrador a la suave

Librodot

superficie metálica. No se percibía ningún sonido.

A un lado del entrante que contenía la puerta había un tablero montado sobre un sólido muelle. Tras el panel había lo que parecía ser un cierre de combinación. Y nada más... Salvo que los pajeños suponían que cualquiera podía resolver sus enigmas con una ojeada. Una cerradura habría sido una señal de PROHIBIDO EL PASO. Aquello no lo era.

Probablemente se concebía para mantener fuerza... que no entraran ¿Quiénes? ¿Marrones? ¿Blancos? ¿Trabajadores y clases no inteligentes? Probablemente todo. Un cierre de combinación podía considerarse una forma de comunicación.

Potter llegó jadeando, con el casco casi empapado de sudor y una bolsa de agua colgando del cinturón. Giró el micrófono de su casco y desconectó la radio.

-Tuve que probar el aire de Paja Uno -dijo-. Ahora ya lo conozco. Bueno, ¿qué ha encontrado?

Whitbread se lo enseñó. Ajustó también su propio micrófono. No tenía objeto transmitir todo lo que decían.

-Vaya. Me gustaría que estuviese aquí el doctor Buckman. Ésos son números pajeños... sí, y el sistema solar pajeño, con el marcador donde debería estar la Paja. Déjeme ver...

Whitbread observó muy interesado mientras Potter examinaba el marcador. El neoescocés apretó los labios y luego dijo:

- Sí. La gigante gaseosa está 3,72 veces más lejos de la Paja que Paja Uno. Vaya, vaya. -Buscó en el bolsillo de la camisa y sacó la inevitable computadora de bolsillo-. Veamos... 3,88, base 12. ¿En qué sentido corre el marcador?

- Bueno, podría ser el nacimiento de alguien -dijo Whitbread.

Estaba contento de ver a Potter. Le alegraba ver a un ser humano allí. Pero sus manejos con los marcadores resultaban... inquietantes. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, el neoescocés giraba los marcadores...

- Me parece recordar que Horst nos dio órdenes respecto a este edificio. -Whitbread estaba inquieto.

- «Es mejor no jugar con eso.» Casi una orden. Tenemos que aprender el máximo posible sobre los pajeños, ¿no es así?

- Bueno... -Era un problema interesante-. Pruebe otra vez a la izquierda -sugirió Whitbread-. Pare ahí. -Whitbread accionó el símbolo que representaba Paja Uno. Se hundió con un clic-. Siga hacia la izquierda.

- De acuerdo. Los mapas astronómicos pajeños muestran los planetas girando en sentido contrario a las agujas del reloj.

En la tercera cifra la puerta comenzó a deslizarse hacia arriba.

- ¡Es así! -gritó Whitbread.

La puerta se alzó hasta una altura de un metro y medio. Potter miró a Whitbread.

- ¿Ahora qué? -preguntó.

- Está usted bromeando, supongo.

- Tenemos nuestras órdenes -dijo Potter lentamente.

Se sentaron entre las plantas y se miraron y luego miraron la cúpula. Dentro había luz, y podían ver fácilmente por debajo de la puerta. Allí dentro había edificios...

Staley llevaba tres horas caminando cuando vio el avión. Iba a mucha altura y a gran velocidad; hizo señas, sin esperanza de que le viese. No le vieron y continuó caminando.

Luego vio otra vez el avión. Estaba detrás, volaba, mucho más bajo, y tuvo la impresión de que había abierto las alas. Bajó aún más y se perdió tras las colinas redondeadas y bajas por las que había desaparecido antes. Staley se encogió de hombros. Encontrarían su paracaídas y su bote salvavidas si le seguían la pista. La dirección sería evidente. No había otro lugar donde ir.

A los pocos minutos apareció de nuevo el avión, a más altura. Parecía dirigirse en línea recta hacia él. Volaba ahora más despacio, buscando sin duda. Hizo de nuevo señas, aunque tuvo un impulso momentáneo de ocultarse, lo que era sencillamente absurdo. Necesitaba que le encontraran, aunque no tenía idea de lo que iba a decirles a los pajeños.

El avión pasó sobre él y luego quedó colgando en el cielo. Los tubos de los propulsores se curvaron hacia abajo y hacia adelante, y el aparato descendió con peligrosa rapidez y se posó entre las plantas. Dentro había tres pajeños, y salió rápidamente un Marrón-yblanco.

- ¡Horst! -dijo con la misma voz de Whitbread-. ¿Dónde están los demás? Staley señaló hacia la cúpula redondeada. Aún quedaba a una hora de camino. La pajeña de Whitbread pareció desmoronarse.

- Eso es terrible. Horst, ¿están aún alli?

- Desde luego. Estarán esperándome. Debe de llevar allí unas tres horas.

- Oh, Dios mío. Ojalá no hayan podido entrar. Whitbread no puede entrar allí. Vamos, Horst. -Señaló al avión-. Tendrá usted que ir un poco apretado.

Dentro había otro Marrón-y-blanco y el piloto, que era un Marrón. La pajeña de Whitbread canturreó algo que cubría cinco octavas, utilizando por lo menos nueve tonos. El otro Marrón-y-blanco hacía gestos frenéticos.

Dejaron sitio a Staley entre los intrincados asientos, y el Marrón accionó le controles. El aparato se elevó y se lanzó hacia el edificio.

- Quizás no hayan entrado -repitió la pajeña de Whitbread-. Ojalá.

Horst, incómodamente acuclillado, se preguntaba qué significaría aquello. No le gustaba nada.

- Pero ¿qué pasa? -preguntó.

La pajeña de Whitbread le miró de un modo extraño.

- Quizás nada.

Los otros dos pajeños guardaban silencio.

34
Transgresores

Whitbread y Potter estaban solos dentro de la cúpula. Lo contemplaban todo maravillados.

La cúpula era sólo cascara. Una sola fuente de luz, muy parecida a un sol vespertino, brillaba a media altura de ella. Los pajeños utilizaban aquel tipo de iluminación en muchos de los edificios que había visto Whitbread.

Bajo la cúpula había como una pequeña ciudad... pero no del todo. Nadie estaba en casa. No había ningún sonido, ningún movimiento, ninguna luz en las ventanas. Y los edificios...

En aquella ciudad no había coherencia alguna. Los edificios no guardaban la menor armonía entre sí. Whitbread pestañeó ante una estructura de columnas de muchas ventanas y limpias aristas que podía haber sido una catedral medieval aumentada, color jenjibre toda ella, con un millar de cornisas guardadas por lo que el pajeño de Bury había dicho que eran demonios pajeños.

Había allí un centenar de estilos arquitectónicos y por lo menos una docena de niéveles tecnológicos. Aquellas formas geométricas no podían haber sido construidas sin hormigón pretensado o algo aún más perfecto, por no hablar ya de los conocimientos matemáticos necesarios. Pero el edificio próximo a la puerta era de ladrillos de barro cocidos al sol. En un sitio había una sólida construcción rectangular con paredes de vidrio parcialmente plateado; en otro, las paredes eran de piedra gris, y las pequeñas ventanas no tenían cristal, sólo contras para proteger el interior de los elementos.

- Contras para la lluvia. Eso debía de estar aquí antes que la cúpula -dijo Potter.

- De eso no hay duda. La cúpula está casi nueva. Esa... catedral, podríamos decir, esa catedral del centro es tan vieja que está a punto de desmoronarse.

- Mire allí. La estructura parabólico-hiperboloidal sale en forma de voladizo de la pared. ¡Pero fíjese en la pared!

- Sí, debe de haber formado parte de otro edificio, Dios sabe lo viejo que es eso.

La pared era de por lo menos un metro de anchura, y mellada en los bordes y en la parte

superior. Estaba hecha con bloques de piedra revestidos que parecían pesar unos quinientos kilos cada uno. Una planta parecida a la parra la había invadido, rodeándola y cubriéndole hasta el punto de que debía de ser la estructura de la planta la que mantenía la pared integrada y unida.

Whitbread se acercó y miró entre las hojas de la parrra.

- No hay cemento, Gavin. Los bloques se asientan sin mortero. Y sobre esa pared se sostiene todo el resto del edificio... que es de hormigón. Sus construcciones son realmente sólidas.

- ¿Recuerda lo que dijo Horst sobre la Colmena de Piedra?

- Dijo que se veía que aquello era antiquísimo. Sí, lo recuerdo...

- Este lugar debe de resumir todas las distintas eras. Creo que se trata de un museo. ¿Un museo de arquitectura? Y han ido formándolo siglo tras siglo. Y por último debieron de construir esta cúpula para protegerlo de los elementos.

- Bueno...

- ¿No lo cree?

- La cúpula tiene dos metros de grosor y es metálica. ¿Qué tipo de elementos...?

- Quizás los asteroides. No, eso es absurdo. Los asteroides los trasladaron hace eones.

- Creo que voy a entrar a echar una ojeada a esa catedral. Parece el edificio más viejo de todos.

No había duda de que la catedral era un museo. Cualquier hombre civilizado del Imperio se habría dado cuenta. Los museos son todos iguales.

Había cajas con tapa de cristal, y dentro objetos viejos, con placas que indicaban la fecha.

- Sé leer los números -dijo Potter-. Mira, tienen cuatro y cinco cifras. ¡Y su sistema es de base doce!

- Mi pajeña me preguntó una vez qué antigüedad registrada tenía nuestra civilización. ¿Cuál es la antigüedad de la suya, Gavin?

- Bueno, su año es más corto... Cinco cifras. Deben de indicar algún acontecimiento; hay un signo menos frente a cada una de ellas. Déjeme ver... -sacó su computadora y tecleó rápidas cifras-. Ese número sería setenta y cuatro mil y pico. Jonathon, las placas son casi nuevas.

- Los idiomas cambian. Quizás tradujesen las placas cada poco.

- Sí... sí. Conozco este signo. «Aproximadamente.» -Potter pasó rápidamente de caja en caja-. Aquí lo tenemos de nuevo. Aquí no... pero aquí sí. Jonathon, venga a ver esto.

Era una máquina muy antigua. Lo que había sido hierro en tiempos estaba ahora herrumbroso y carcomido. Había un dibujo que indicaba cómo debía de haber sido en tiempos. Un cañón.

- Fíjese en la placa. Este signo de doble aproximación significa una hipótesis científica. Me pregunto cuántas veces habrá sido traducida esta leyenda...

Fueron recorriendo sala tras sala. Encontraron una ancha escalera que llevaba hacia arriba; los escalones eran muy bajos, pero bastante anchos para los pies humanos. Arriba más salas, más artículos expuestos. Los techos eran bajos. La iluminación procedía de hileras de bombillas de filamento incandescente que se encendieron cuando ellos entraron y se apagaron cuando salieron. Las bombillas estaba cuidadosamente instaladas para que no pudiesen estropear el techo. El propio museo debía de ser una pieza histórica.

Las placas eran todas iguales, pero las vitrinas eran distintas. A Whitbread no le chocó. No había dos aparatos pajeños que fuesen exactamente iguales. Pero... casi se echó a reír.

Sobre una estructura escultórica de forma libre de un metal casi color melocotón había una burbuja de cristal de varios metros de longitud y dos de anchura. Ambas parecían recién hechas. En la estructura había una placa. Dentro, una caja de madera tallada, tamaño ataúd, blanqueada por la edad, cuya tapa era una herrumbrosa rejilla de alambre. Tenía una placa.

Bajo el alambre oxidado, había una selección de cerámica de formas maravillosas, fina como cascara de huevo, unas piezas rotas y otras completas. Cada una de las piezas de la serie tenía una placa cronológica.

- Es como si las vitrinas que contienen las piezas fuesen también piezas históricas - dijo.

- Efectivamente -convino Potter, muy serio-. ¿Ve aquello de allí? La caja de la burbuja tiene unos dos mil años... no puede ser cierto, ¿verdad?

- No, a menos que... -Whitbread frotó con su anillo la burbuja cristalina-. Se rayan los dos. Zafiro artificial. -Lo intentó en el metal. El metal rayó la piedra-. Aceptaré los dos mil años.

- Pero la caja tiene unos dos mil cuatrocientos, y la cerámica tres mil. Observe cómo cambia de estilo. Esto es un reflejo de la ascensión y caída de una escuela concreta de cerámica.

- ¿Cree usted que la caja de madera procede de otro museo?

- Sí.

Entonces fue Whitbread el que se rió. Continuaron. De pronto Whitbread señaló y dijo: -Ve eso, es el mismo metal, ¿no? -La pequeña arma (tenía que ser un arma) llevaba la misma fecha que la burbuja de zafiro.

Más allá había una estructura desconcertante junto a la pared de la gran cúpula. La componía un entramado vertical de hexágonos, formado cada uno de ellos por piezas de acero de dos metros de longitud. Había gruesas estructuras de plástico en algunos de los hexágonos, y en otros fragmentos rotos.

Potter indicó la suave curva de la estructura.

- Esto era otra cúpula. Una cúpula esférica con tirantes geométricos. No queda mucho de ella... y de todos modos no podría cubrir todo el complejo.

- Tiene usted razón. No aguantó las inclemencias del tiempo, sin embargo. Mire lo retorcidos que están esos sectores, junto al borde. ¿Tornados? Esta parte del país parece lo suficientemente llana.

Potter tardó unos instantes en comprender. En Nueva Escocia no había tornados. Recordó sus lecciones de meteorología y asintió.

- Sí. Quizás. Puede ser.

Más allá de los fragmentos de la cúpula primitiva, Potter encontró una estructura de metal en proceso de disgregación dentro de lo que podría haber sido una cubierta de plástico. El propio plástico parecía gastado y rozado. Había dos fechas en la placa, ambas de cinco cifras. El dibujo que había junto a la placa mostraba un estrecho vehículo de superficie, de aspecto primitivo, con tres asientos en fila. Tenía el capot abierto.

- Combustión interna -dijo Potter-. Tenía entendido que Paja Uno disponía de muy poco combustible fósil.

- También Sally pensó eso. Su civilización debió de experimentar una caída busca al agotarse los combustibles fósiles. Qué extraño.

Pero lo más interesante estaba detrás de un gran marco encristalado, en una pared. Se encontraron de pronto contemplando una «torre» detrás de una placa de bronce tallada, muy antigua, que tenía una placa más pequeña.

Dentro de la «torre» había una nave de propulsión. Pese a los agujeros de los costados y a la herrumbre que la cubría casi por completo, conservaba aún su forma: un depósito alargado y cilindrico, de paredes muy delgadas, con una cabina situada detrás de un morro ligeramente en punta.

Se dirigieron a las escaleras. Tenía que haber otra ventana en la planta primera... Y la había. Se arrodillaron para mirar el motor.

- No puedo... -dijo Potter.

- Estilo NERVA -dijo Whitbread; su voz era casi un susurro-. Atómico. Tipo muy primitivo. Se consigue haciendo pasar un combustible inerte a través de un núcleo de uranio, plutonio o algo parecido. Batería de fisión, precisión...

- ¿Está usted seguro?

Librodot

Whitbread miró de nuevo antes de asentir.

- Estoy seguro.

Después de la combustión interna habían pasado a la fisión; pero aún había sitios en el Imperio donde se empleaban los motores de combustión interna. La energía de fisión era casi un mito, y cuando miraron la fecha de la placa pareció caer sobre ellos de las paredes como una capa que los envolvió en un pesado silencio.

El avión aterrizó cerca de los anaranjados restos de un paracaídas y de un cono. La puerta abierta, un poco más allá, era una boca acusadora.

La pajeña de Whitbread saltó del avión y se acercó rápidamente al cono. Hizo una seña, y el piloto salió de la nave y se unió a ella.

- La abrieron -dijo la pajeña de Whitbread-. No creo que Jonathon fuese capaz de resolverlo. Debe de haber sido Potter. Horst, ¿hay alguna posibilidad de que no entrasen? Staley negó con un gesto.

La pajeña hizo otra seña al Marrón.

-Vigila el avión, Horst -dijo la pajeña de Whitbread. Habló luego con el otro Marrón-y-blanco, que salió del avión y se puso a mirar al cielo.

El Marrón cogió el traje de presión vacío de Whitbread y una armadura. Trabajaba rápidamente, dando forma a algo para que ocupase el lugar del casco perdido y cerrando la parte superior del traje. Luego manipuló el regenerador de aire, modificando su interior con herramientas que sacó de una bolsa que le colgaba del cinturón. El traje se hinchó y se levantó. Luego el Marrón cerró el panel y el traje quedó erguido, como un hombre en el vacío. Ató unos cables para reducir los hombros e hizo un agujero en cada muñeca.

El hombre vacío alzó los brazos ante el silbido del aire que salía por los agujeros de las muñecas. Descendió la presión y los brazos cayeron. Otro silbido del aire y los brazos volvieron a levantarse...

- Esto tiene que servir -dijo la pajeña de Whitbread-. Dispusimos su traje del mismo modo, y elevamos la temperatura hasta el nivel normal de su cuerpo. Con suerte quizás disparen sin comprobar si usted está dentro o no.

- ¿Disparar?

- No podemos contar con ello, sin embargo. Me gustaría que hubiese algún modo de hacerlo arder sobre un vehículo aéreo...

Staley movió el hombro de la pajeña. El Marrón le observaba con aquella semisonrisa que nada significaba. Sobre ellos se alzaba en vertical el sol del ecuador.

- Pero ¿por qué van a querer matarnos? -preguntó Staley.

- Todos ustedes están condenados a muerte, Horst.

- Pero ¿por qué? ¿Por la cúpula? ¿Hay un tabú?

- Sí, la cúpula. Tabú no. ¿Acaso nos toma por primitivos? Saben ustedes demasiado, eso es todo. Muertos no podrán contar nada. Ahora vamos, tenemos que encontrarles y sacarles de ahí.

La pajeña de Whitbread se agachó para pasar por debajo de la puerta. Innecesariamente: pero Whitbread se habría agachado. El otro Marrón-y-blanco la siguió silenciosamente, dejando fuera al Marrón, con su perpetua y suave sonrisa.

35
Corre, conejo, corre

Vieron a los otros guardiamarinas cerca de la catedral. Las botas de Horst Staley repiqueteaban huecamente al aproximarse. Whitbread alzó los ojos, se fijó en la forma de caminar de la pajeña, y dijo:

- ¿Fyunch(click)?

- Fyunch(click).

- Hemos estado explorando su...

- Jonathon, no tenemos tiempo -dijo la pajeña. El otro Marrón-y-blanco les miró con impaciencia.

- Estamos condenados a muerte por transgresión -dijo lisamente Staley-. No sé exactamente por qué. Hubo un silencio.

- ¡Ni yo tampoco! -exclamó Whitbread-. Esto no es más que un museo...

- Sí -dijo la pajeña de Whitbread-. No tenían ustedes más remedio que aterrizar aquí. No se trata de mala suerte. Las miniaturas debieron de programar los conos de aterrizaje de modo que no cayeran al mar ni en las ciudades ni en las cimas de las montañas. Tenían que aterrizar en las tierras de cultivo. Y aquí es donde instalamos los museos.

- ¿Aquí? ¿Por qué? -preguntó Potter; por su tono parecía como si lo supiese ya-. Aquí no hay gente...

-Así no los bombardearán.

El silencio era parte de la edad del lugar.

- Gavin -dijo la pajeña-, no parece muy sorprendido. Potter intentó rascarse la barbilla. Su casco se lo impidió.

- Supongo que no habrá ninguna posibilidad de convencerles de que no hemos descubierto nada...

- Desde luego que no. Llevan ustedes aquí tres horas.

- Más bien dos -interrumpió Whitbread-. ¡Horst, este lugar es fantástico! Museos dentro de museos; y los objetos se remontan a una antigüedad increíble... ¿Es ése el secreto? ¿El que la civilización es muy antigua aquí? No veo por qué tiene que ocultarlo...

- Han tenido ustedes muchas guerras -dijo lentamente Potter. El pajeño movió la cabeza y el hombro.

- Sí.

- Grandes guerras.

- Desde luego. También guerras pequeñas.

- ¿Cuántas?

- ¡Por amor de Dios, Potter! ¿Quién puede contarlas? Miles de Ciclos. Miles de retrocesos a la barbarie. Eddie el Loco intentando eternamente impedirlo. Bueno, en mi opinión toda la casta que toma decisiones se ha convertido en Eddie el Loco. Creen que podrán acabar con el régimen de Ciclos saliendo al espacio y estableciéndose en otros sistemas solares.

Horst Staley habló con voz lisa. Mientras lo hacía miraba cuidadosamente a su alrededor y su manos descansaban en la culata de su pistola.

- ¿De veras? ¿Y qué sabemos que nos está prohibido saber?

- Se lo diré. Y luego intentaré llevarles vivos a nuestra nave... -Señaló al otro pajeño, que había permanecido impasible durante la conversación; habló con él brevemente-. Será mejor que la llaméis Charlie -dijo-. No podríais pronunciar su nombre. Charlie representa a uno de los que dan órdenes que está dispuesto a ayudarles. Quizás. Es la única oportunidad que tienen, de todos modos...

- ¿Y qué vamos a hacer ahora? -preguntó Staley.

- Intentaremos llegar hasta el jefe de Charlie. Allí estarán protegidos. (Silbido, click, silbido.) Bueno, podemos llamarle Rey Pedro. Nosotros no tenemos reyes, pero él ahora es macho. Es uno de los miembros más poderosos de la casta, y después de que hable con ustedes probablemente esté dispuesto a ayudarles.

- Probablemente -dijo lentamente Horst-. Pero bueno, ¿qué secreto es ése que les da tanto miedo que descubramos?

- Más tarde. Tenemos que ponernos en marcha. Horst Staley sacó la pistola.

- No. Aún no. Potter, ¿hay algo en este museo que podamos utilizar para comunicarnos con la Lenin? Busque algo.

- Está bien, está bien... ¿Cree usted que debe utilizar esa pistola?

- ¡Busque una radio!

- Escuche, Horst -insistió la pajeña de Whitbread-. Los que toman decisiones saben que han aterrizado ustedes cerca de aquí. Si intentan comunicarse desde aquí, les localizarán. Y si consiguen enviar el mensaje, destruirán la Lenin. -Staley intentó hablar, pero la pajeña continuó insistentemente-: No les quepa duda de que pueden hacerlo. No sería fácil. Ese Campo de ustedes es muy poderoso. Pero ya han visto lo que pueden hacer nuestros Ingenieros, y no han visto aún lo que pueden hacer los Guerreros. Ya han visto cómo ha quedado destruida una de sus mejores naves. Sabemos cómo hacerlo. ¿Creen ustedes que una pequeña nave de combate puede sobrevivir contra las flotas de aquí y de las estaciones asteroidales?

- Por favor, Horst, quizás tenga razón -dijo Whitbread.

- Tenemos que comunicárselo al almirante -Staley parecía vacilar, pero la pistola no temblaba-. Potter, cumpla sus órdenes.

- Tendrán ustedes oportunidad de llamar a la Lenin en cuanto sea seguro -insistió la pajeña de Whitbread; su voz fue casi estridente un instante pero luego recuperó la modulación-. Horst, créame, es el único medio. Además, serían incapaces de manejar solos un comunicador. Necesitan nuestra ayuda, y no vamos a ayudarles a hacer una estupidez. ¡Tenemos que salir inmediatamente de aquí!

El otro pajeño gorjeó. La pajeña de Whitbread contestó, e intercambiaron sonidos unos segundos.

- Si las tropas de mi propio Amo -tradujo la pajeña de Whitbread- no llegan, lo harán los Guerreros del Encargado del museo. No sé dónde estará el Encargado. Charlie tampoco lo sabe. Los Encargados son estériles, y no son ambiciosos, pero se muestran muy posesivos con lo que ya tienen.

- ¿Nos bombardearán? -preguntó Whitbread.

- No mientras estemos aquí. Destrozarían el museo, y los museos son importantes. Pero el Encargado enviará tropas... si no llega primero mi propio Amo.

- ¿Por qué no están aquí ya? -preguntó Staley-. No oigo nada.

- Por amor de Dios, ¡deben de estar ya a punto de llegar! Escuchen, mi Amo, mi viejo Amo, obtuvo jurisdicción sobre los estudios humanos. No cederá eso, así que no invitará a nadie más. Intentará por todos los medios que no intervenga nadie, y como sus propiedades se encuentran alrededor del Castillo, sus Guerreros tardarán un rato en llegar. Hay unos dos mil kilómetros.

- Su avión era rápido -dijo Staley.

- Un vehículo de emergencia para Mediadores. Los Amos tienen prohibido utilizarlos. La llegada de ustedes a nuestro sistema estuvo a punto de desencadenar una guerra de jurisdicciones, y trasladar a los Guerreros en un vehículo de ese género sería un acto muy grave...

- ¿No tienen los que toman decisiones aparatos militares? -preguntó Whitbread.

- Por supuesto que sí, pero son más lentos. Podría ponerles a ustedes a cubierto de todos modos. Hay un subterráneo bajo este edificio...

- ¿Subterráneo? -repitió Staley. Todo transcurría demasiado aprisa. Aunque era quien estaba al mando, no sabía qué hacer.

- Por supuesto. La gente visita museos de vez en cuando. Y se tarda un rato en llegar aquí con el tren subterráneo desde el Castillo. ¿Quién sabe lo que puede hacer entre tanto el Encargado? Hasta podría prohibirle a mi Amo que invadiera. Pero si lo hace, pueden estar seguros de que él les matará, para impedir que otros Amos luchen aquí.

- ¿Ha encontrado algo, Gavin? -gritó Staley.

Potter apareció en la puerta junto a una de las columnas de cristal y acero.

- Nada que pueda utilizar como comunicador. Nada que esté seguro de que sea un comunicador. Y éste es todo el equipo más nuevo, Horst. Lo que hay en los edificios más viejos debe de estar todo oxidado.

- ¡Horst, tenemos que salir de aquí! -insistió de nuevo la pajeña de Whitbread-. No hay

tiempo para hablar.

- Esos Guerreros podrían venir en aviones hasta la estación más próxima y luego tomar el ferrocarril subterráneo desde allí -les recordó Whitbread-. Sería mejor que hiciésemos algo, Horst.

- Muy bien -aceptó Staley lentamente-. ¿Cómo salimos de aquí? ¿En su avión?

- No podemos ir todos en él -respondió la pajeña de Whitbread-. Pero podemos enviar a dos con Charlie y yo podría...

- No -el tono de Staley era concluyente-. Permaneceremos juntos. ¿No puede usted pedir un avión mayor?

- Ni siquiera estoy segura de que podamos escapar en éste. Tiene usted razón, sin duda. Lo mejor es que sigamos juntos. Bueno, no nos queda más salida que el ferrocarril subterráneo.

- Que puede estar lleno de enemigos en este instante.

Staley caviló un momento. La cúpula era una buena protección contra las bombas y el espejo una buena defensa contra los lásers. Podían resistir allí... pero, ¿cuánto tiempo? Comenzaba a sentir la inevitable paranoia del soldado en territorio enemigo.

- ¿Adonde tenemos que ir para enviar un mensaje a la Lenin? -preguntó. Eso era evidentemente lo primero.

Al territorio del Rey Pedro. Queda a unos mil kilómetros de distancia, pero es el único sitio donde pueden conseguir el equipo necesario para enviar un mensaje que no puedan detectar. Puede que hasta eso sea imposible, pero desde luego no hay otro sitio.

-Y no podemos ir en avión... Está bien. ¿Dónde está el subterráneo? Tendremos que preparar una emboscada.

- ¿Emboscada? -la pajeña asintió-. Por supuesto. Horst, las tácticas de lucha no son mi especialidad. Los Mediadores no combaten. Yo sólo pretendo conducirles hasta el Amo de Charlie. Tendrán que procurar defenderse ustedes de los que intenten matarnos por el camino. ¿Qué armas tienen?

- Sólo armas manuales. No son muy potentes.

- Hay otras en el museo. Los museos son en parte para eso. No sé cuáles funcionarán.

- Merece la pena que lo comprobemos. Whitbread. Potter. Echen un vistazo a las armas. ¿Dónde está el subterráneo?

Los pajeños miraron a su alrededor. Charlie había entendido, evidentemente, lo que él había dicho, aunque no hablaba una palabra en ánglico. Las dos pajeñas intercambiaron sonidos unos instantes, y la de Whitbread señaló:

- Es allí.

Indicó el edificio en forma de catedral. Luego señaló las estatuas de «demonios» de las cornisas.

- Todo lo que se ve es inofensivo salvo ésos. Son de la clase de los Guerreros, son soldados, guardaespaldas, policías. Su oficio es matar, y lo hacen bien. Si ven algo como eso, corran.

- Nada de correr -murmuró Staley; apretó la pistola-. La veré abajo. -Llamó a los otros-. ¿Y nuestro Marrón?

-Yo le llamaré -dijo la pajeña de Whitbread. El Marrón entró con varios objetos, que entregó a Charlie. Las pajeñas los examinaron un momento, y la de Whitbread dijo:

- Los necesitarán. Son filtros de aire. Pueden quitarse los cascos y ponerse esas máscaras.

- Pero nuestras radios... -protestó Horst.

- Llévenlas también. El Marrón podrá transformar las radios más tarde. ¿Prefieren realmente llevar puestos esos malditos cascos? Las botellas de aire y los filtros no pueden durar mucho ya, de todos modos.

- Gracias -dijo Horst.

Cogió el filtro y se lo puso. Una suave copa cubrió su nariz, y fijó un tubo ligado a un

tanque a su cinturón. Fue un alivio quitarse el casco, pero no sabía qué hacer con él. Por último lo ató también al cinturón, donde se balanceaba incómodamente.

- Bien, en marcha. -Era más fácil hablar sin el casco, pero tendría que acordarse de no respirar por la boca.

La rampa era una espiral descendente. Nada se movía bajo aquella iluminación sin sombras, pero Staley pensaba que constituían un blanco ideal para cualquiera que estuviese abajo. Echó de menos unas cuantas granadas y una compañía de infantes de marina. Pero en vez de eso estaban sólo él y sus dos colegas guardiamarinas. Y los pajeños. Mediadores. «Los Mediadores no luchan», había dicho la pajeña de Whitbread. Debía recordar eso. Imitaba tan bien a John Whitbread que tenía que contar los brazos para asegurarse de que hablaba con ella, pero ella no luchaba. Los Marrones no luchaban tampoco.

Avanzaba cautamente, precediendo a los alienígenas rampa abajo con la pistola en la mano. La rampa terminaba en una entrada, y se detuvo un momento. Más allá, el silencio era completo. Al diablo, pensó, y cruzó el umbral. Se vio de pronto solo en un ancho túnel cilindrico con vías en el suelo y una rampa suave a un lado. A su izquierda el túnel terminaba en una pared de roca. Por el otro lado parecía extenderse eternamente en la oscuridad. Había huellas en la roca del túnel que parecían costillas de una ballena gigante.

La pajeña llegó tras él y vio lo que estaba mirando.

-Aquí había un acelerador lineal, antes de que una civilización en ascenso lo robase para obtener metal.

- No veo ningún vehículo. ¿Cómo conseguiremos uno?

- Puedo solicitar uno. Todos los Mediadores podemos.

- Usted no. Charlie -dijo Horst-. ¿O saben también que forma parte de la conspiración?

- Horst, si esperamos un vehículo, vendrá lleno de Guerreros. El Encargado sabe que ustedes abrieron su edificio. No entiendo por qué no está aquí ya su gente. Probablemente haya un enfrentamiento jurisdiccional entre él y el Amo. La jurisdicción es algo muy importante para los que toman decisiones. Y además, el Rey Pedro procurará liar las cosas.

- No podemos escapar en avión. No podemos irnos andando por los campos. Y no podemos llamar un vehículo -dijo Staley-. Está bien. Pida un vehículo subterráneo para mí

La pajeña lo dibujó en la pantalla de la computadora manual de Staley. Era una caja sobre ruedas, la forma universal de los vehículos que deben tener el máximo espacio útil posible y al mismo tiempo aparcar en un espacio limitado.

- Los motores están aquí, sobre las ruedas. Los controles pueden ser automáticos...

- No en un vehículo de guerra.

- En ese caso los controles están aquí delante. Y los Marrones y los Guerreros quizás hayan hecho todo tipo de cambios. Suelen hacerlo, ya sabe...

- Como una armadura. El cristal y los laterales blindados. Cañones de proa. -Los tres pajeños se irguieron y Horst escuchó atentamente. No oía nada.

- Pisadas -dijo la pajeña-. Whitbread y Potter.

- Puede. -Staley avanzó como un felino hacia la entrada.

- Tranquilícese, Horst. Puedo identificar los ritmos. Habían encontrado armas.

- Ésta es la mejor -dijo Whitbread; alzó un tubo con una lente en el extremo y una culata claramente adaptable a los hombros pajeños-. No sé cuánta energía acumula, pero conseguí agujerear de lado a lado una gruesa pared de piedra. Rayo invisible. Staley cogió el arma.

- Esto es lo que necesitamos. Ya me explicarán cómo son las otras más tarde. Ahora entren y quédense aquí.

Staley se colocó donde terminaba la rampa de pasajeros, a un lado de la entrada del túnel. Nadie le vería hasta que saliese de aquel túnel. Se preguntaba cómo serían las armaduras pajeñas. ¿Servirían para rechazar un láser de rayos X? No se oía nada, ningún ruido, y Staley esperaba impaciente.

Es una estupidez, se decía. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Y si viniesen en aviones y aterrizasen fuera de la cúpula? Debería haber cerrado la puerta dejando allí alguien de guardia. En realidad, no era demasiado tarde para hacerlo.

Se volvió hacia los otros que estaban detrás de él, pero entonces lo oyó: un ronroneo suave que venía del fondo del subterráneo. Le tranquilizó, en realidad. Ya no tenía que tomar decisiones. Horst avanzó cautelosamente y colocó en mejor posición aquel arma que le resultaba tan poco familiar. El vehículo se acercaba muy deprisa...

Era mucho más pequeño de lo que Staley esperaba: era como un coche de juguete. Pasó silbando ante él. El viento azotó su cara. El vehículo se detuvo con un balanceo, mientras Staley esgrimía el arma como la vara de un mago. ¿Saldría algo por el otro lado al disparar? No. El arma funcionaba correctamente. El rayo era invisible, pero se pintaron sobre el vehículo líneas cruzadas de metal al rojo. Enfocó el rayo hacia las ventanas, por las que nada se veía, y hacia el techo, luego se asomó rápidamente al túnel y disparó por él.

Había otro vehículo. Staley retrocedió para cubrir la mayor parte de su cuerpo, pero continuó disparando, dirigiendo el arma al vehículo que llegaba. ¿Cómo diablos sabría cuándo se acababa la batería, o el elemento que producía los rayos? ¡Qué demonios, aquello era una pieza de museo! Pasó el segundo vehículo, y se marcaron sobre él rayas rojo cereza. Tras lanzarle una ráfaga más disparó otra vez hacia el túnel. No venía nadie.

No había tercer vehículo. Mejor. Disparó sistemáticamente contra el segundo. Algo le había detenido inmediatamente detrás del primero... ¿Quizás algún sistema destinado a evitar el choque? No podía saberlo. Corrió hacia los dos coches. Whitbread y Potter salieron para unirse a él.

- ¡Les he dicho que se queden ahí!

- Perdone, Horst -se excusó Whitbread.

- Esto es una operación militar, señor Whitbread. Puede llamarme Horst cuando no estén disparando contra nosotros.

- Sí, señor. Quiero señalar que nadie ha disparado salvo usted.

De los coches llegaba un olor: carne quemada. Las pajeñas salieron de su escondite. Staley se aproximó cautelosamente a los vehículos y miró dentro.

- Demonios -dijo.

Examinaron los cuerpos con interés. No habían visto aquel tipo de pajeños más que en estatuas. Comparados con los Mediadores y los Ingenieros parecían nervudos y ágiles, como un intermedio entre podencos y dogos. Los brazos eran largos, con dedos cortos y gruesos y sólo un pulgar; el otro borde de la mano derecha era suave y calloso. El brazo izquierdo era más largo, con dedos como salchichas. Había algo bajo el brazo izquierdo.

Los demonios tenían dientes, largos y agudos, como auténticos monstruos de libros infantiles y leyendas semiolvidadas.

Charlie gorjeó algo dirigiéndose a la pajeña de Whitbread. Al no obtener respuesta repitió el gorjeo, más agudo, e hizo una seña al Marrón. El ingeniero se aproximó a la puerta y comenzó a examinarla detenidamente. La pajeña de Whitbread permanecía petrificada contemplando a los Guerreros muertos.

- ¡Cuidado con las trampas! -gritó Staley; el Marrón no prestó ninguna atención y empezó a tantear cautelosamente la puerta-. ¡Cuidado!

- Habrán puesto trampas, pero el Marrón lo resolverá -dijo muy lentamente Charlie-. Le diré que tenga cuidado. -La voz era clara y sin ningún acento.

- Sabe hablar -dijo Staley.

- No bien. Es difícil pensar en vuestro lenguaje.

- ¿Qué es lo que le pasa a mi Fyunch(click)? -preguntó Whitbread. En vez de contestar, Charlie gorjeó de nuevo. Los tonos se elevaron agudamente. La pajeña de Whitbread pareció estremecerse, y se volvió hacia ellos.

- Lo siento -dijo-. Son... Guerreros de mi Amo. Maldita sea, ¿qué estoy haciendo? - Vamos, entremos ahí -dijo Staley nervioso.

Alzó su arma para taladrar un lateral del vehículo. El Marrón seguía inspeccionando la puerta, con mucha cautela, como si le diese miedo.

- Permítame, señor.

-Whitbread parecía querer gastar una broma. Empuñaba una espada corta de gruesa

empuñadura. Horst vio sorprendido cómo cortaba con ella un gran cuadrado de plancha del lateral del vehículo con un movimiento continuado de la hoja, casi sin esfuerzo.

- Creo que vibra -dijo.

A través de sus filtros de aire llegaban algunos olores. Debía de ser peor para los pajeños, pero no parecía importarles. Se amontonaron en el interior del segundo vehículo.

- Será mejor que miren esto -dijo la pajeña de Whitbread; parecía mucho más tranquila ya-. Conozcan a sus enemigos.

Gorjeó dirigiéndose al Marrón, que examinó detenidamente los controles del vehículo y luego se sentó en el asiento del conductor. Tuvo que sacar a un guerrero para hacerlo.

- Échenle un vistazo debajo del brazo izquierdo -dijo la pajeña de Whitbread-. Eso es un segundo brazo izquierdo, que es sólo un vestigio en la mayoría de las especies pajeñas. Es como una uña, como una... -lo pensó un momento-. Una garra. Afilada como un cuchillo. Y los músculos necesarios para manejarla.

Whitbread y Potter se estremecieron. Dirigidos por Staley, comenzaron a echar los cuerpos de los demonios por el agujero del coche. Los Guerreros parecían todos gemelos, todos idénticos salvo por las quemaduras de los rayos láser. Los pies terminaban en un material córneo agudo en el talón y en los dedos. Una patada, hacia adelante o hacia atrás, sería suficiente. Las cabezas eran pequeñas.

- ¿Son seres inteligentes? -preguntó Whitbread.

- Para vuestras normas, sí, pero tienen muy poca inventiva -contestó la pajeña de Whitbread; hablaba como él cuando recitaba lecciones al primer teniente, un tono muy preciso pero sin sentimientos-. Pueden arreglar un arma, pero no saben idear modificaciones ni armas nuevas. Hay, además, una forma distinta de Médico, un híbrido entre el verdadero Médico y el Guerrero. Semiinteligente. Creo que pueden imaginarse su aspecto. Será mejor que dejen al Marrón comprobar las armas que cojan...

El vehículo comenzó a moverse sin previo aviso.

- ¿Adonde vamos? -preguntó Staley.

La pajeña de Whitbread gorjeó de nuevo. Parecía el silbido de un pájaro.

- Ésa es la próxima ciudad que encontraremos siguiendo el subterráneo...

- Tendrán bloqueado el camino. O habrá un grupo armado esperándonos -dijo Staley-. ¿Qué distancia hay?

- Oh... cincuenta kilómetros.

- Recorreremos la mitad y pararemos -ordenó Staley.

- De acuerdo, señor -la voz de la pajeña se parecía aún más a la de Whitbread-. Les han subestimado, Horst. Es la única explicación posible. Nunca oí que un Guerrero muriese a manos de otro que no fuese un Guerrero. O un Amo, a veces; no muy a menudo. Hacemos que los Guerreros luchen entre sí. Así podemos mantener controlado su crecimiento.

-Ah -murmuró Whitbread-. ¿Y por qué no intentan simplemente que no procreen? La pajeña se echó a reír. Era una risa curiosamente amarga, muy humana y muy inquietante.

- ¿Nunca se preguntaron por qué murió la Ingeniera a bordo de su nave? Todos contestaron a la vez:

- Sí.

- Por supuesto.

- Claro.

Charlie gorjeó algo.

- Pueden saberlo, no hay problema -dijo la pajeña de Whitbread-. Murió porque no había nadie que pudiese dejarla embarazada. -Hubo un largo silencio-. Ése es todo el secreto. ¿Aun no lo entienden? En todas las variedades de mi especie, las hembras tienen que quedar embarazadas después de haber sido hembras durante un tiempo. Niño, varón, hembra, preñez, varón, hembra, preñez. Y así sucesivamente. Y si cuando es hembra no queda embarazada en determinado período, muere. Incluso nosotros. Y nosotros los Mediadores no podemos procrear. Somos híbridos estériles.

- Pero... -Whitbread hablaba como un niño al que acabasen de decir quiénes son en realidad los Reyes Magos-. ¿Y cuánto tiempo viven los Mediadores?

- Unos veinticinco años de los vuestros. Quince años después de la madurez. Pero los Ingenieros, los Agricultores y los Amos (¡sobre todo los Amos!) tienen que procrear en un período de dos años de los vuestros. Esa Ingeniera que recogisteis debía de estar ya muy cerca del punto límite.

Continuaban avanzando en silencio por el subterráneo.

- Pero... Dios mío -dijo lentamente Potter-. Eso es terrible.

- «Terrible». Maldita sea. Por supuesto que es terrible. Sally y su...

- ¿Qué pasa con Sally? -preguntó Whitbread.

- Pildoras anticonceptivas. Le preguntamos a Sally Fowler qué hacía una humana cuando no quería tener hijos. Utiliza pildoras anticonceptivas.

Pero las chicas honradas no las utilizan. Lo que hacen es prescindir de las relaciones sexuales -dijo ferozmente.

El vehículo continuaba su camino. Horst iba sentado en la parte posterior, que era ahora la delantera, mirando atento con el arma dispuesta. Se giró un poco. Ambos pajeños miraban a los humanos con los labios un poco abiertos para mostrar los dientes, ampliando su sonrisa; pero la amargura de las palabras y del tono desmentía las miradas cordiales.

- ¡Lo que hacen es prescindir de las relaciones sexuales! -dijo de nuevo la pajeña de Whitbread-. ¡Fyoofwffle(silbido)! Ahora ya sabéis por qué tenemos guerras. Guerras siempre...

- Explosión demográfica -dijo Potter.

- Sí. Cuando una civilización sale de la barbarie, los pajeños dejan de morirse de hambre... ¡Vosotros los humanos no sabéis lo que es la presión demográfica! Podemos controlar el crecimiento de las especies inferiores, pero ¿qué pueden hacer los que dan órdenes con los de su propia casta? ¡Lo más próximo al control de la natalidad que conocemos es el infanticidio!

-Y no podéis practicarlo -dijo Potter-. Un instinto así hay que eliminarlo de la raza. Así que al final todo se convierte en una lucha generalizada por apoderarse de los alimentos que existen.

- Exactamente. -La pajeña de Whitbread parecía ahora más tranquila-. Cuanto más elevada es la civilización, más prolongado es el período de barbarie. Y siempre aparece Eddie el Loco intentando modificar la ley de los Ciclos, y empeorando aún más las cosas. En este momento estamos muy próximos al colapso, caballeros, por si no lo han advertido. Cuando ustedes llegaron había una terrible lucha por problemas jurisdiccionales. Ganó mi Amo...

Charlie gorjeó y ronroneó un segundo.

- Sí. El Rey Pedro intentó eso, pero no pudo lograr suficiente apoyo. No era seguro que pudiese ganar en una lucha contra mi Amo. Lo que estamos haciendo ahora nosotros probablemente provoque esa guerra. No importa. Tenía que estallar tarde o temprano.

- ¿Plantan ustedes cultivos en las azoteas por la presión demográfica? -dijo Whitbread.

- No, eso es simple sentido común. Como lo de instalar parcelas de tierra de cultivo en las ciudades. Siempre sobreviven algunos, para iniciar de nuevo el ciclo.

- Debe de ser duro, edificar una civilización sin disponer siquiera de materiales radiactivos -dijo Whitbread-. ¿Y han de pasar directamente a la fusión de hidrógeno cada vez?

- Claro. Veo que va entendiendo algo.

- No estoy seguro de entenderlo bien.

- Bueno, ha sido siempre así, durante toda la historia escrita. Mucho tiempo para nuestra medida. Salvo el período en que se descubrieron materiales radiactivos en los asteroides troyanos. Allí vivían unos cuantos grupos que trajeron la civilización aquí. Los materiales radiactivos habían sido explotados concienzudamente por otra civilización más antigua, pero todavía quedaba algo.

- Demonios -dijo Whitbread-. Pero...

- Pare el vehículo, por favor -pidió Staley.

La pajeña de Whitbread gorjeó y el vehículo se detuvo lentamente.

- Me pone nervioso seguir por aquí -dijo Staley-. Tienen que estar esperando. Los soldados que matamos no han comunicado nada... y si eran hombres de vuestro Amo, ¿dónde están los del Encargado? Además, quiero probar las armas de los Guerreros.

- Que las examine el Marrón -dijo la pajeña de Whitbread-. Pueden estar cargadas.

Aquellas armas tenían un aspecto mortífero. Y no había dos idénticas. El tipo más corriente era un lanzametralla, pero había también lásers manuales y granadas. Las culatas de las armas estaban individualizadas. Unas se apoyaban en el hombro superior derecho, otras en ambos. Los visores variaban también. Había modelos para zurdos. Staley recordó confusamente haber sacado un cadáver zurdo.

Había también un lanzacohetes de quince centímetros de apertura.

- Que revise esto -dijo Staley.

La pajeña de Whitbread entregó el arma al Marrón, aceptando a cambio un lanzametralla que metió debajo del asiento.

- Éste estaba cargado -el Marrón miró el lanzacohetes y gorjeó-. Está bien -dijo la pajeña de Whitbread.

- ¿Y las municiones? -Staley las examinó. Había varios tipos distintos, y ninguna de las piezas era exactamente igual a otra. El pajeño gorjeó de nuevo.

- El cohete mayor estallaría si intentasen cargarlo -dijo la pajeña de Whitbread-. Quizás ellos acertasen en eso. De todos modos, prepararon trampas suficientes. Yo suponía que los Amos les consideraban a ustedes una especie de Mediadores ineptos. Era lo que pensábamos nosotros, al principio. Pero esas trampas significan que creen que pueden ustedes matar Guerreros.

-Vaya. Yo habría preferido que siguieran considerándonos unos ineptos. Además, estaríamos muertos sin las armas del museo. Por cierto, ¿por qué conservan armas utilizables en un museo?

- No ha entendido usted el objetivo de un museo, Horst. Es para la ascensión siguiente en los Ciclos. Los bárbaros empiezan a edificar otra civilización, y cuanto más deprisa puedan hacerlo, más tiempo transcurrirá hasta el colapso siguiente, porque su capacidad crecerá más deprisa que la población. ¿Entienden? Así, con los museos, los bárbaros pueden elegir elementos de una serie de civilizaciones previas, y las armas necesarias para poner en marcha una nueva. ¿Se fijó usted en el cierre?

- No.

-Yo sí -dijo Potter-. Es necesario tener ciertos conocimientos astronómicos para abrirlo. Supongo que es para impedir que los bárbaros dispongan de las armas y de las demás piezas del museo antes de que estén preparados.

- Exactamente. -El Marrón entregó un cohete de morro muy grande con un gorjeo-.

Ha arreglado éste. Es seguro. ¿Qué es lo que planea hacer usted con él, Horst?

- Que me prepare más armas. Potter, usted llevará ese láser de rayos X. ¿A qué distancia estamos de la superficie?

- Bueno... la estación de -silbido de pájaro- está a sólo un tramo de escaleras de la superficie. En esta región el terreno es muy llano. Yo diría que estamos de tres a diez metros por debajo del nivel del suelo exterior.

- ¿A qué distancia estamos de otro medio de transporte?

- Una hora de camino hasta... -silbido de pájaro-. ¿Piensa usted agujerear el túnel? ¿Sabe usted durante cuánto tiempo se ha estado utilizando este túnel?

- No. -Horst abrió la puerta lateral del vehículo. Caminó unos cuantos metros hacia atrás por el camino que habían recorrido. Las armas aún podían estar trucadas y matarles cuando intentasen utilizarlas.

El túnel se extendía en línea recta hasta el infinito delante de él. Lo habían marcado sin duda con un láser y excavado luego con un tipo de taladro capaz de fundir la roca. La voz de la pajeña de Whitbread descendió por el túnel.

- ¡Once mil años!

Staley disparó.

El proyectil alcanzó el techo, bastante abajo. Horst se encogió ante las vibraciones del impacto. Cuando se incorporó había mucho polvo en el túnel.

Sacó otro proyectil y disparó.

Esta vez brotó una rojiza luz del día. Se acercó a examinar el agujero. Sí, podían subir hasta allí.

Once mil años.

36
Juicio

- Envíe el vehículo sin nosotros -dijo Horst.

La pajeña de Whitbread gorjeó y el Marrón abrió el tablero de control. Trabajaba a una velocidad vertiginosa. Whitbread recordó a la Minera asteroidal que había vivido y muerto eones atrás, cuando su hogar era la MacArthur y los pajeños eran seres desconocidos, cordiales y fascinantes.

El Marrón se apartó de un salto. El vehículo vaciló un segundo y luego aceleró suavemente. Caminaron hasta la rampa que Horst había formado y escalaron en silencio.

El mundo exterior lucía todos los matices del rojo cuando salieron. Surcos interminables de cultivos plegaban sus hojas ante la inminencia de la noche. Alrededor del agujero había un anillo de plantas que se inclinaban entremezcladas.

Algo se movió entre las plantas. Tres armas se alzaron. Alguien avanzó hacia ellos... y Staley dijo:

- Tranquilos. Es un Agricultor.

La pajeña de Whitbread se colocó entre los guardiamarinas, sacudiéndose la tierra con todas sus manos.

- Tiene que haber más por aquí. Quizás se pongan a tapar el agujero. Los Agricultores no son demasiado inteligentes. No tienen por qué serlo. ¿Qué pasa ahora, Horst?

- Caminaremos hasta que podamos encontrar un vehículo. Si veis aviones...

- Detectores de infrarrojos -dijo la pajeña.

- ¿Hay tractores por estos campos? ¿Podríamos coger uno? -preguntó Staley.

- Están guardados ahora. No suelen trabajar de noche... Claro que los Agricultores pueden traer uno para rellenar ese agujero. Staley caviló un momento.

- En realidad será mejor prescindir de ellos. Un tractor destacaría demasiado. Ojalá parezcamos Agricultores en una pantalla infrarroja.

Caminaron. Tras ellos el Agricultor comenzó a enderezar las plantas y a alisar el suelo alrededor de sus raíces. Gorjeó algo, pero la pajeña de Whitbread no se molestó en traducir. Staley se preguntó vagamente si los Agricultores sabrían siquiera decir algo, o se limitarían a maldecir, pero no quería hablar en aquel momento. Tenía que pensar.

El cielo se oscureció. Sobre ellos brilló un punto rojo: el Ojo de Murcheson; y frente a ellos brillaban lejanas las luces de Silbido de Pájaro. Caminaron en silencio, los guardiamarinas alerta, con las armas dispuestas, los pajeños siguiéndoles, con un rítmico balanceo del torso.

Al rato Staley dijo a la pajeña:

- Me pregunto qué sacan ustedes en limpio personalmente de esto.

- Dolor. Esfuerzo. Humillación. Muerte.

-Ahí está. Por eso precisamente me pregunto por qué lo hacen.

- No, usted no, Horst. Usted sigue preguntándose por qué no lo hizo su Fyunch(click). Horst la miró. El se había preguntado aquello. ¿Qué estaba haciendo su mente gemela mientras los demonios cazaban a su propio Fyunch(click) por todo un mundo? Esto le causó un sordo pesar.

- Los dos somos seres adictos al deber, Horst, su Fyunch(click) y yo. Pero el deber de su Fyunch(click) es para ella, digamos, su oficial superior. Gavin...

- Sí.

- Intenté hablar con su Fyunch(click) para que viniera, pero se le ha metido en la cabeza esa idea a lo Eddie el Loco de que podemos acabar con los Ciclos enviando nuestros excedentes de población a otras estrellas. Pero al menos tampoco ayudará a los otros a encontrarnos.

- Horst, su pajeña debe de saber exactamente dónde está usted, al suponer que yo llegué aquí; y estará segura de eso cuando sepa que han muerto los Guerreros.

- La próxima vez, será mejor tirar una moneda al aire, para elegir. Eso no puede predecirlo ella.

- Ella no ayudará. Un Mediador nunca ayudaría a cazar a su propio Fyunch(click).

- Pero ¿no tiene usted que obedecer las órdenes de su Amo? -preguntó Staley. La pajeña balanceó rápidamente su cuerpo. Era un gesto que ellos no habían visto antes, y evidentemente no lo copiaban de nada humano.

- Escuche -dijo-. Los Mediadores nacimos para poner fin a las guerras. Representamos a los decisores. Hablamos en su nombre. Para hacer nuestro trabajo se necesita cierta independencia de juicio. Los ingenieros genéticos se esfuerzan por hallar un equilibrio. Con demasiada independencia dejamos de representar adecuadamente a los Amos. Entonces prescinden de nosotros y empiezan las guerras.

- Sí -intervino Potter-. Y una independencia escasa resulta insoportable, y estalla la guerra de todos modos... -Potter caminó en silencio un momento-. Pero si la obediencia es un elemento específico de la especie, no podrán ayudarnos solos. Tendrán que llevarnos a otro Amo porque no tienen elección.

Staley apretó con más fuerza el lanzacohetes.

- ¿Es verdad eso?

- En parte -admitió la pajeña de Whitbread-. No tan absolutamente como piensan. Pero, sí, es más fácil elegir entre varias órdenes que intentar actuar sin ninguna.

- ¿Y qué cree el Rey Pedro que hay que hacer? -preguntó Staley-. ¿Qué vamos a hacer?

El otro pajeño gorjeó. La pajeña de Whitbread le contestó. La conversación se prolongó varios segundos, lo que significaba mucho para los pajeños. La luz del crepúsculo se apagó, y el Ojo de Murcheson resplandeció cien veces más brillante que la luna llena terrestre. No había más estrellas en el Saco de Carbón. A su alrededor los campos de cultivo eran de un rojo oscuro, con agudas sombras negras de profundidad infinita.

- Sinceramente -dijo por fin Charlie-, mi Amo cree que debemos ser honrados con ustedes. Es mejor vivir con la ley vieja de los Ciclos que arriesgarse a la destrucción total y condenar a muerte a toda nuestra descendencia.

- Pero... -tartamudeó confuso Potter-, pero ¿por qué no pueden colonizar otras estrellas? En la galaxia hay sitio para todos. No atacarían al Imperio ¿verdad?

- No, nada de eso -protestó la pajeña de Whitbread-. Mi propio Amo no quiere más que comprar tierras para establecer bases en los mundos del Imperio y luego pasar al territorio exterior al Imperio. Después colonizaríamos mundos y habría intercambios comerciales. No creo que intentásemos compartir los mismos planetas.

- ¿Entonces por qué...? -preguntó Potter.

- No creo que pudieseis construir tantas naves espaciales -interrumpió Whitbread.

- Las construiríamos en los mundos coloniales y luego las enviaríamos acá -contestó la pajeña-. Alquilaríamos también naves comerciales a hombres como Bury. Podríamos pagar más que nadie. Pero, en fin... no podría durar. Las colonias se independizarían, como si dijésemos. Tendríamos que empezar otra vez con nuevas colonias, más allá. Y habría problemas demográficos en todos los mundos en que nos estableciéramos. ¿Se imaginan la situación a los trescientos años?

Whitbread lo intentó. Naves, como ciudades volantes, millones de ellas. Y guerras separatistas como las que habían acabado con el Primer Imperio. Más y más pajeños...

- Centenares de mundos pajeños, ¡intentando todos enviar excedentes de población a otros mundos! ¡Millones y millones de Amos compitiendo por territorio y seguridad! Lleva tiempo utilizar vuestro Impulsor Eddie el Loco. Tiempo y combustible, buscar en cada sistema el siguiente punto Eddie el Loco. Llegaría un momento en que la Esfera Pajeña no bastaría. Tendríamos que invadir el Imperio de la Humanidad.

- Hum - murmuró Whitbread.

Los otros sólo miraban a la pajeña; luego continuaron todos hacia la ciudad. Staley con el gran lanzacohetes en brazos, como si su peso le confortase. De vez en cuando se llevaba la mano a la pistolera para tocar la tranquilizadora culata de su propia arma.

- Sería una decisión fácil - dijo la pajeña de Whitbread -. Habría envidia.

- ¿De nosotros? ¿Por qué? ¿Por las pildoras anticonceptivas?

- Sí.

Staley se echó a reír.

-Aunque eso no sería el fin. Llegaría un momento en que habría una inmensa esfera de sistemas ocupados por los pajeños. Las estrellas del centro no podrían siquiera controlar a las lejanas. Lucharían entre sí. Guerra continua, civilizaciones constantemente desmoronándose. Sospechó que una técnica normal sería la de arrojar un asteroide contra un sol enemigo con la idea de repoblar el planeta cuando la llama se hubiese apagado. Y la esfera seguiría expandiéndose, dejando más sistemas en el centro.

- No creo que pudieseis derrotar al Imperio.

- ¿Con el índice de natalidad de nuestros Guerreros? Bueno, quizás consiguiesen barrernos. Quizás conservasen algunos ejemplares para los zoos; eso sí, no tendrían que preocuparse de si procreábamos o no en cautividad. En realidad a mí me da igual. También habría muchas posibilidades de que nuestra civilización se desmoronase sólo por dedicar una parte excesiva de nuestra capacidad industrial a la construcción de naves espaciales.

- ¿Si no planean una guerra contra el Imperio, por qué estamos los tres condenados a muerte? -preguntó Staley.

- Hay cuatro condenas a muerte. Mi Amo quiere mi cabeza tanto como las suyas, bueno, quizás no. Quieren los cuerpos para disección. Nadie mostró sorpresa.

- Están ustedes condenados a muerte porque tienen información suficiente para deducir todo esto sin ayuda, ustedes y los biólogos de la MacArthur. Hay muchos Amos más que apoyan la decisión de matarles. Tienen miedo de que si escapan ustedes ahora

su gobierno nos considere una grave amenaza, una plaga que puede extenderse por la galaxia y con el tiempo destruir el Imperio.

- ¿Y el Rey Pedro? ¿El no quiere matarnos? -preguntó Staley-. ¿Por qué no?

Los pajeños gorjearon de nuevo. La pajeña de Whitbread habló por el otro.

- Puede decidir matarles. Tengo que ser franco en eso. Pero quiere volver a encerrar al genio en la botella... si hay medio de que humanos y pajeños puedan volver a donde estaban antes de que encontraran ustedes nuestra sonda Eddie el Loco, lo intentará. Los Ciclos son preferibles a... ¡A toda una galaxia de Ciclos!

- ¿Y usted? -preguntó Whitbread-. ¿Cómo ve usted la situación?

- Como ustedes -dijo lentamente la pajeña-. Yo estoy cualificada para juzgar a mi especie sin apasionamiento. No soy un traidor. -Había súplica en la voz alienígena-. Soy un juez. Juzgo esa asociación de nuestras especies y considero que sólo podría traer envidia mutua, por las pildoras anticonceptivas de ustedes y por nuestra inteligencia superior. ¿Decía usted algo?

- No.

- Considero que la propagación de mi especie por el espacio entrañaría riesgos terribles y no acabaría con la ley de los Ciclos. Únicamente haría más terrible los colapsos. Nos multiplicaríamos más deprisa de lo que podríamos propagarnos, hasta que llegase el colapso para centenares de planetas al mismo tiempo...

- Pero -objetó Potter- ha llegado usted a su juicio desapasionado adoptando nuestro punto de vista... O más bien el de Whitbread. Imita usted hasta tal punto a Jonathon que los

demás tenemos que contarle los brazos constantemente para saber quién es. ¿Qué sucedería si abandonase usted el punto de vista humano? Puede que su juicio... ¡Ujh!

El brazo izquierdo de la alienígena se posó sobre la pechera del uniforme de Potter y apretó con fuerza, arrastrando al guardiamarina hasta que su nariz le quedó a unos centímetros de la cara.

- No diga eso nunca -dijo-. Ni lo piense. La supervivencia de nuestra civilización, de cualquier civilización, depende de la justicia de mi clase. Nosotros comprendemos todos los puntos de vista y los juzgamos. Si otros Mediadores llegan a conclusiones distintas a la mía, allá ellos. Puede que sus datos sean incompletos, o sus objetivos distintos. Yo juzgo basándome en pruebas.

Le liberó. Potter retrocedió torpemente. Con los dedos de una mano derecha la pajeña apartó la pistola de Staley de su oreja.

- Eso era innecesario -dijo Potter.

- Conseguí llamar su atención, ¿no? Vamos, estamos perdiendo el tiempo.

- Un momento -Staley hablaba muy quedo, pero todos le oían bien en el silencio de la noche-. Iremos a ver a ese Rey Pedro, que puede dejarnos comunicar con la Lenin o no. Eso no es suficiente. Es necesario decirle al capitán lo que sabemos.

- ¿Y cómo lo conseguirán? -prosiguió la pajeña de Whitbread-. Les aseguro que no les ayudaremos y no podrán hacerlo sin nosotros. Espero que no hayan pensado alguna estupidez como amenazarnos de muerte. ¿Creen que estaría aquí si me asustara eso?

- Pero...

- Horst, métase usted en su cabeza militar que la Lenin no está ya destruida sólo porque mi Amo y el Rey Pedro están de acuerdo en no destruirla. Mi Amo quiere que la Lenin vuelva con el doctor Horvath y el señor Bury a bordo. Si no nos hemos equivocado en nuestro análisis, serán muy persuasivos. Abogarán por el libre comercio y las relaciones pacíficas con nosotros...

-Ya -dijo Potter pensativo-. Y sin nuestro mensaje no habrá oposición... ¿Por qué no llama el propio Rey Pedro a la Lenin?

Charlie y la pajeña de Whitbread hablaron entre sí. Contestó Charlie.

- No tenemos ninguna seguridad de que el Imperio no venga a destruir los mundos pajeños en cuanto sepa la verdad. Y hasta que sea seguro...

- Por amor de Dios, ¿cómo puede estar seguro de algo así por el simple hecho de hablar con nosotros? -dijo Staley-. No estoy seguro yo mismo. Si Su Majestad me preguntase en este momento, no sabría qué decirle... por amor de Dios, sólo somos tres guardiamarinas de un crucero de combate. No podemos hablar en nombre del Imperio.

- ¿Podríamos hacerlo? -preguntó Whitbread-. Empiezo a preguntarme si el Imperio podría destruirles...

- Por Dios, Whitbread -protestó Staley.

- Hablo en serio. Cuando la Lenin regrese e informe en Espada, ellos tendrán ya el Campo. ¿No es así?

Ambos pajeños se encogieron de hombros. Los gestos eran exactamente iguales... y exactamente iguales al gesto que hacía Whitbread al encogerse de hombros.

- Los Ingenieros trabajarán en eso ahora que saben que existe -dijo la pajeña de Whitbread-. Aun sin él, tenemos cierta experiencia en guerras espaciales. Pero, continuemos. ¡Ustedes no saben lo cerca que estamos en este momento de la guerra! Si mi Amo creyese que han comunicado ustedes todo eso a la Lenin, ordenaría atacar la nave. Si el Rey Pedro no se convenciese de que hay un medio de conseguir que nos dejen ustedes en paz, podría dar la misma orden.

-Y si no nos apresuramos el almirante habrá emprendido el viaje de vuelta a Nueva Caledonia -añadió Potter-. Señor Staley, no tenemos elección. Hemos de encontrar al Amo de Charlie antes que los otros Amos nos encuentren. Es así de simple.

- ¿Jonathon? -preguntó Staley.

- ¿Quiere usted un consejo, señor? -la pajeña de Whitbread rió con gesto de

desaprobación; Jonathon Whitbread la miró irritado, pero luego sonrió-. Pues bien, señor, yo estoy de acuerdo con Gavin. ¿Qué otra cosa podremos hacer? No podemos combatir contra todo un planeta, y no podemos improvisar un sistema seguro de comunicación porque no disponemos de elementos suficientes.

Staley bajó su arma.

- De acuerdo. Entonces sigamos -contempló su pequeño comando-. Somos una patética embajada de la especie humana.

Continuaron cruzando los campos oscuros hacia la ciudad de brillantes luces que había más allá.

37
Lección de historia

Alrededor de la ciudad había un muro de tres metros de altura. Parecía de piedra o de plástico duro; era difícil distinguir la estructura a la luz rojinegra del Ojo de Murcheson. Tras el muro se distinguían grandes edificios oblongos. Se abrían sobre sus cabezas ventanas amarillas.

- Las puedas de la ciudad deben de estar bien guardadas -dijo la pajeña de Whitbread.

- Es de suponer -murmuró Staley-. ¿Vive aquí también el Encargado?

- Sí. En la estación del subterráneo. A los Encargados no se les permite tener tierras de cultivo propias. La tentación de explotar ese tipo de autosuficiencia podría ser excesiva hasta para un macho estéril.

- Pero ¿cómo llega uno a ser Encargado? -preguntó Whitbread-. Usted siempre está hablando de competencia entre Amos, pero ¿cómo compiten?

- ¡Por amor de Dios, Whitbread! -explotó Staley-. Bueno, ¿qué vamos a hacer con ese muro?

-Tendremos que atravesarlo -dijo la pajeña de Whitbread; cuchicheó con Charlie un momento-. Hay alarmas, y habrá Guerreros de guardia.

- ¿Podremos atravesarlo?

- Sería posible con un láser de rayos X, Horst.

- Demonios... ¿a qué tanto miedo?

- Es por las sublevaciones que provoca el hambre.

- Bueno, lo atravesaremos. ¿Hay algún lugar que sea más adecuado? Los pajeños se encogieron de hombros con los mismos gestos que Whitbread.

- Quizás medio kilómetro más allá. Allí hay una carretera rápida. Caminaron siguiendo el muro.

- Dígame, ¿cómo compiten? -insistió Whitbread-. No hay otra cosa de que hablar. Staley murmuró algo, pero se mantuvo próximo para escuchar.

- ¿Cómo compiten ustedes? -preguntó la pajeña de Whitbread-. Eficiencia. Nosotros tenemos Comerciantes, ya sabe. El señor Bury quizás se sorprendiese de lo astutos que son algunos de nuestros Comerciantes. Los Amos compran, en parte, responsabilidades... es decir, demuestran que pueden controlar el trabajo. Consiguen que otros miembros más poderosos de la casta de los decisores les apoyen. Lo negocian los Mediadores. Se redactan contratos y se registran; los contratos son promesas de servicios, y cosas parecidas... Y algunos de los decisores trabajan para otros. Nunca directamente. Pero pueden tener un trabajo del que se cuiden y consultar a un Amo más poderoso sobre la política a seguir. Un Amo gana prestigio y autoridad cuando otros decisores empiezan a pedirle consejo. Y por supuesto sus hijas ayudan.

- Parece complicado -dijo Potter-. No creo que hubiese nada en la historia humana similar a eso en ninguna época ni en ningún lugar.

- Es complicado, no hay duda -convino la pajeña de Whitbread-. Pero ¿cómo podría ser

de otro modo? Los decisores han de tener independencia. Eso fue lo que volvió loco al Fyunch(click) del capitán Blaine. El capitán Blaine era el Amo absoluto de la nave... salvo cuando llegaban órdenes de la Lenin. Entonces el capitán tenía que someterse a ellas, como un corderito.

- ¿Habla usted realmente del capitán de ese modo? -preguntó Staley a Whitbread.

- Me niego a contestar porque podrían meterme en el transformador de masa -dijo Whitbread-. Además, el muro da la vuelta...

- Es por aquí, señor Staley -dijo la pajeña de Whitbread-. Hay una carretera al otro lado.

-Atrás.

Horst alzó el lanzacohetes y disparó. A la segunda explosión la luz atraveso la pared. En la parte superior brillaron más luces. Algunas iluminaron los campos mostrando los cultivos que crecían al borde del muro.

-Vamos, deprisa -ordenó Staley.

Atravesaron el agujero y entraron en la carretera. Coches y vehículos mayores pasaban rápidamente, esquivándoles por centímetros; ellos permanecían pegados al muro. Luego los tres pajeños irrumpieron audazmente en la carretera.

Whitbread gritó e intentó coger a su Fyunch(click). Ésta se soltó impaciente y se puso a cruzar la calle. Los coches pasaban casi rozando, sin disminuir en absoluto la velocidad. Al otro lado los Marrones-y-blancos les hacían señas con los brazos izquierdos. Era una seña inconfundible: ¡Venid!

A través del agujero de la pared entró luz. Algo había allí fuera en los campos donde habían estado ellos. Staley indicó a los otros que cruzasen la calle y disparó a través del agujero. El cohete estalló a unos cien metros de distancia, y la luz se apagó.

Whitbread y Potter cruzaron la carretera. Staley cargó por última vez el lanzacohetes, pero decidió ahorrar el proyectil. Ya no pasaba ninguna luz a través del agujero. Entró en la carretera y empezó a caminar. El tráfico silbaba a su alrededor. Pese a que sentía un impulso irresistible de correr, logró avanzar lentamente, a una velocidad constante. Pasó a su lado un camión como un huracán instantáneo. Luego otro. Después de un período interminable llegó al otro lado, vivo.

No había aceras. Seguían acosados por el tráfico, apretados contra una pared grisácea construida con un material parecido al hormigón.

La pajeña de Whitbread dio unos pasos hacia el interior de la calle e hizo un extraño gesto con tres brazos. Un gran camión rectangular se detuvo con chirriar de frenos. La pajeña habló con los conductores y los Marrones se bajaron inmediatamente, fueron a la parte trasera del camión y empezaron a mover cajas del compartimiento de carga. El tráfico continuaba pasando sin disminuir en absoluto la velocidad.

- Esto nos permitirá llegar -dijo la pajeña de Whitbread-. Los Guerreros vendrán a investigar el agujero de la pared...

Los humanos entraron enseguida. El Marrón que les había seguido pacientemente desde el museo ocupó el asiento situado a la derecha del conductor. La pajeña de Whitbread ocupó el otro asiento del conductor, pero Charlie le dijo algo. Los dos Marrones-y-blancos silbaron y cuchichearon, y Charlie gesticuló con vehemencia. Por fin la pajeña de Whitbread pasó también al compartimiento de carga y cerró las puertas. Cuando lo hacía los humanos vieron a los conductores del camión que se alejaban caminando lentamente calle abajo.

- ¿Adonde van? -preguntó Staley.

- Mejor aún, ¿por qué era la discusión? -preguntó Whitbread.

- Uno a uno, caballeros -dijo la pajeña de Whitbread.

El camión arrancó. Se oyó el ronroneo de los motores y el rumor de los neumáticos. Se filtraban también los ruidos de otros millares de vehículos.

Whitbread estaba metido entre duras cajas de plástico, con el mismo espacio que si estuviese en un ataúd. Le recordaba desagradablemente su situación. No era que los otros tuviesen más espacio, por lo que Jonathon se preguntaba si se les habría ocurrido también la analogía. Tenía la nariz a sólo unos centímetros del pecho.

- Los Marrones irán a una asociación de transportes e informarán que su vehículo fue solicitado por un Mediador -dijo la pajeña de Whitbread-. Y la discusión era sobre quién debía ir delante con el Marrón. Perdí yo.

- ¿Y por qué se convirtió en una discusión? -preguntó Staley-. ¿No confían uno en otro?

-Yo confío en Charlie. Pero él no confía realmente en mí... quiero decir, no puede... He prescindido de mi propio Amo. Para Charlie soy un Eddie el Loco. Es preferible que vea las cosas por sí mismo.

- Pero ¿adonde vamos? -preguntó Staley.

Al territorio del Rey Pedro. Es el mejor camino.

- No podemos seguir mucho tiempo en este vehículo -dijo Staley-. En cuanto estos Marrones informen, se pondrán a buscarlo... ha de haber policía, un medio de localizar un camión robado. También aquí se cometen delitos, ¿no?

- No como ustedes piensan. En realidad no hay leyes... pero hay miembros de la clase decisora que tienen jurisdicción sobre las propiedades y los objetos perdidos. Ellos pueden localizar el camión por un precio. Sin embargo, mi Amo tardará un tiempo en negociar con ellos. Primero tendrá que demostrar que me he vuelto loca.

- Supongo que no habrá un espaciopuerto aquí... -dijo Whitbread.

- De todos modos no podríamos utilizarlo -replicó Staley. Escucharon un rato el rumor del tráfico.

-Yo también pensaba en eso -dijo Potter-. Una nave espacial destaca demasiado. Si un mensaje desencadena un ataque contra la Lenin, es indudable que no nos dejarían regresar.

- ¿Y cómo vamos a volver a casa? -preguntó Whitbread; no pretendía decirlo en voz alta.

- Es cuento ya sabido -dijo Potter con tristeza-. Sabemos ya más de lo que pueden permitirnos. Y lo que sabemos es más importante que nuestras vidas, ¿no es así, señor Staley?

- Desde luego.

- ¿Nunca saben ustedes cuándo tienen que ceder? -preguntó desde la oscuridad la voz de Whitbread; al principio no se dieron cuenta de que era la pajeña quien hablaba-. El Rey Pedro puede dejarles vivir. Puede permitirles volver a la Lenin. Si se convence de que eso es lo mejor, puede arreglarlo. Pero no tienen ustedes medios de enviar un mensaje a esa nave sin su ayuda.

- ¡Cómo que no! -exclamó Staley, elevando la voz-. Métase esto en la mollera. Ha sido usted sincera con nosotros... al menos eso creo. Seré sincero también. Si hay un medio de enviar un mensaje, lo enviaré.

-Y después de eso, que sea lo que Dios quiera -añadió Potter. Escucharon unos minutos el rumor del tráfico.

- No tendrá usted esa posibilidad, Horst -dijo la voz de Whitbread-. No hay amenaza que pueda obligarnos a Charlie o a mí a ordenar a un Marrón que construya el equipo que necesitan. No pueden utilizar nuestros transmisores aunque los localicen... ni siquiera yo podría hacerlo sin ayuda de un Marrón. Quizás no haya, además, los medios de comunicación adecuados en este planeta.

- Basta ya -dijo Staley-. Dominan ustedes perfectamente la técnica de las comunicaciones espaciales, y sólo hay unas bandas determinadas en el espectro electromagnético.

- Sin duda. Pero nada permanece invariable aquí. Si necesitamos algo, los Marrones lo construyen. Cuando ya no es necesario, hacen otra cosa con las piezas. Y ustedes quieren algo que comunique con la Lenin sin que nadie sepa del asunto.

- Correré el riesgo. Si podemos enviar un aviso al almirante, él conseguirá conducir la nave de vuelta a casa.

Horst hablaba con completa seguridad. Aunque la Lenin fuese sólo una nave, naves como aquéllas habían derrotado a flotas enteras. Frente a los pajeños, que no disponían del Campo, sería invencible. Horst se preguntaba por qué había llegado a dudar de eso. En el museo había piezas electrónicas, y con ellas podrían haber construido un transmisor de un tipo

u otro. Era ya demasiado tarde; ¿por qué habrían hecho caso a la pajeña?

Continuaron durante casi una hora. Los guardiamarinas iban encogidos y amontonados entre las cajas, en la oscuridad. Staley sentía una opresión en la garganta y tenía miedo a seguir hablando. Podría haber un temblor en su voz, algo que comunicase sus temores a los demás, y no podía permitir que supiesen que tenía tanto miedo como ellos. Deseaba que pasase algo, que tuviesen que luchar, cualquier cosa...

El camión hacía de vez en cuando paradas. De pronto se balanceó y giró y luego se detuvo. Esperaron. La puerta corredera se abrió y apareció Charlie encuadrado en la luz.

- No se muevan -dijo. Detrás había Guerreros, con las armas dispuestas. Por lo menos cuatro.

Horst Staley lanzó un gruñido furioso. ¡Traicionados! Buscó la pistola, pero la posición en que estaba le impidió sacarla.

- ¡No, Horst! -gritó la pajeña de Whitbread; cuchicheó, dirigiéndose a Charlie, que cuchicheó a su vez en respuesta-. No hagan nada -dijo la pajeña de Whitbread-. Charlie ha pedido un vehículo aéreo. Los Guerreros pertenecen al propietario del vehículo. No harán nada siempre que vayamos directamente de aquí al aparato.

- Pero, ¿quiénes son? -exigió Staley, sin soltar la culata de su pistola. En realidad no tenían ninguna posibilidad de lucha... los Guerreros habían tomado posiciones y estaban preparados; parecían además mortíferos y eficientes.

- Se lo aseguro -dijo la pajeña de Whitbread-. Son guardaespaldas. Todos los Amos tienen. Bueno, casi todos. Ahora salgan, despacio, y aparten las manos de sus armas. No les hagan pensar que se proponen atacar a su Amo. Si creen eso, nos matarán a todos.

Staley calculó sus posibilidades. Eran pocas. Si estuviesen con él Kelley y su infante de marina en lugar de Whitbread y Potter...

- De acuerdo -admitió-. Hagan lo que dice. -Lentamente, bajó del camión.

Estaban en una zona de almacenamientos de equipajes. Los Guerreros mantenían sus posiciones, inclinándose levemente hacia adelante sobre sus anchos y córneos pies. A Staley le recordaron luchadores de kárate. Percibió un leve movimiento junto a la pared. Había por lo menos dos Guerreros más, ocultos. Menos mal que no habían intentado luchar.

Los Guerreros les observaban atentamente; se situaron al final de la extraña procesión formada por un Mediador, tres humanos, otro Mediador y un Marrón. Tenían las armas dispuestas, aunque sin apuntar a nadie concretamente, y avanzaban en abanico.

- ¿No llamará su decisor a su Amo cuando nos vayamos? -preguntó Potter.

Los pajeños cuchichearon entre sí. Los Guerreros no parecían prestarles ninguna atención.

- Charlie dice que sí. Que notificará la situación a mi Amo y al Rey Pedro. Pero nos proporciona un avión, ¿no?

El avión era una especie de cuña aerodinámica de cuyo cuidado se encargaban varios Marrones. Charlie habló con ellos y comenzaron a retirar asientos, doblar metal y modificar piezas a velocidad vertiginosa. Había varias miniaturas en el aparato. Staley las vio y maldijo, aunque en voz baja, esperando que los pajeños no supiesen por qué. Permanecían esperando junto al aparato, bajo la mirada vigilante de los Guerreros.

- Esto resulta casi increíble -dijo Whitbread-. ¿No sabe el propietario que somos fugitivos?

- Pero no sus fugitivos -dijo la pajeña de Whitbread-. El sólo se encarga de la sección de equipajes del aeropuerto (silbido de pájaro). Nunca se atrevería a asumir las prerrogativas de mi Amo. Habló además con el jefe del aeropuerto y ambos están de acuerdo en procurar que mi Amo y el Rey Pedro no luchen aquí. Prefieren que nos vayamos lo más deprisa posible.

- Son ustedes las criaturas más extrañas que pueda imaginarse -dijo Potter-. No entiendo cómo esta anarquía no termina en... -se detuvo, embarazado.

- Sí termina -dijo la pajeña de Whitbread-. Dadas nuestras características especiales, tiene que ser así. De cualquier modo, el feudalismo industrial funciona mejor que todas las demás soluciones que hemos ensayado.

Los Marrones hicieron señas. Cuando entraron en el avión había una sola silla adaptada a la constitución pajeña en la parte posterior de estribor. El Marrón de Charlie la ocupó. Delante había un par de asientos humanos; luego un asiento humano junto a un asiento pajeño. Charlie y otro Marrón atravesaron el comportamiento de carga hasta la sección del piloto. Potter y Staley se sentaron juntos sin hablar, dejando a Whitbread y a su pajeña juntos. Aquello le recordaba al guardíamarina un viaje más agradable que había realizado no hacía mucho.

El aparato desplegó un área increíble de superficie alada. Despegó lentamente, en vertical. Bajo ellos se balancearon hectáreas de ciudad, y en el horizonte se alzaron más kilómetros cuadrados de luces urbanas. Volaron sobre las luces, mientras se extendía interminable la ciudad con la gran faja oscura de terreno agrícola cada vez más lejana. Staley atisbo por la escotilla y creyó ver, lejos a la izquierda, el borde de la ciudad: más allá no había nada, oscuridad, pero lisa. Más tierras agrícolas.

- Decía usted que cada amo tiene Guerreros -dijo Whitbread-. ¿Por qué no vimos ninguno antes?

- En Ciudad Castillo no hay Guerreros -contestó la pajeña con evidente orgullo.

- ¿Ninguno?

- Ninguno. En los demás sitios, todo propietario de territorio o todo jefe importante tiene una guardia personal. Hasta los decisores que son aún niños están protegidos por los soldados de su madre. Pero los Guerreros son demasiado claramente lo que son. Mi Amo y los decisores, preocupados por ustedes y por esta idea Eddie el Loco, consiguieron que el resto de los de Ciudad Castillo lo aceptasen, para que no supieran ustedes lo belicosos que somos.

Whitbread se echó a reír.

- ¿Qué diría el doctor Horvath?

Su pajeña se echó a reír también.

- Él tenía la misma idea, ¿verdad? Ocultar las guerras de los humanos a los pacíficos pajeños. Podrían impresionarse demasiado. ¿No le he contado que la sonda de Eddie el Loco desencadenó una guerra por sí sola?

- No. La verdad es que no nos ha hablado usted de ninguna de sus guerras...

- En realidad, fue aún peor que eso. Creo que entenderá el problema. ¿Quién se haría cargo de los lásers de lanzamiento? Cualquier Amo o coalición de ellos podría utilizar luego los lásers para proporcionar más territorio a su clan. Si fuesen los Mediadores los encargados de la instalación, siempre acabaría apoderándose de ella uno de los decisores.

- ¿Ustedes tienen que obedecer sin más al primer Amo que les dé una orden? - preguntó incrédulo Whitbread.

- ¡Jonathon, por amor de Dios! Por supuesto que no. En primer lugar, ese supuesto Amo tendría orden de no hacerlo. Pero los Mediadores no saben gran cosa de táctica. No sabemos manejar batallones de Guerreros.

- Sin embargo, son los Mediadores los que gobiernan el planeta...

- Para los Amos. Tenemos que hacerlo. Si los Amos se reúnen para negociar ellos solos, la negociación siempre acaba en lucha. En fin, lo que finalmente sucedió fue que una coalición de Blancos obtuvo el control de los lásers y sus hijos quedaron como rehenes en Paja Uno. Todos eran bastante mayores y tenían bastantes hijos. Los Mediadores les mintieron en cuanto al impulso que necesitaría la sonda de Eddie el Loco. Según los Amos, los Mediadores hicieron estallar los lásers con cinco años de antelación. Inteligente, ¿verdad? Aun así...

- ¿Aun así qué?

- La coalición logró salvar un par de lásers. Tenían con ellos Marrones. Tenían que tenerlos. Potter, usted es del sistema hacia el que se dirigió la sonda, ¿no? Sus antepasados debieron de dejar testimonio de lo poderosos que eran aquellos lásers de lanzamiento.

- Lo bastante para eclipsar con su luz el Ojo de Murcheson. Llegó incluso a formarse una nueva religión como consecuencia. Entonces nosotros teníamos nuestras propias

guerras...

- Fueron lo suficientemente poderosos también para dominar aquella civilización. Lo que importa es que el colapso se produjo antes aquella vez, y no retrocedimos hasta la barbarie total. Los Mediadores lo planearon sin duda desde el principio.

- Demonios -murmuró Whitbread-. ¿Siempre trabajan ustedes así?

- ¿Cómo, Jonathon?

- Esperando que todo se desmorone en cualquier momento. Utilizando el hecho.

- La gente inteligente hace eso. Todos, salvo los Eddie el Loco. Yo creo que el caso típico del síndrome de Eddie el Loco fue aquella máquina del tiempo. La vieron ustedes en una de las esculturas.

- Sí.

- Un historiador pensó que se había producido un acontecimiento histórico crucial unos doscientos años antes y que, si pudiese interferir en los acontecimientos de aquella época, toda la historia pajeña a partir de aquel punto sería paz idílica. ¿Se imaginan? Y además podía demostrarlo. Tenía datos, fechas, viejos documentos, tratados secretos.

- ¿Y qué acontecimiento era?

- Hubo un... Emperador, un Amo muy poderoso. Todos sus parientes habían muerto y heredó jurisdicción sobre un inmenso territorio. Su madre había convencido a Médicos y Mediadores para que fabricasen una hormona parecida a las pildoras anticonceptivas de ustedes. Estimularía el cuerpo de un Amo de modo que pensase que era preñez. Una dosis masiva y luego se convertiría en macho. Macho estéril. Cuando murió su madre, los Mediadores utilizaron la hormona con el Emperador.

- ¡Pero entonces tenían ustedes pildoras anticonceptivas! -exclamó Whitbread-. Pueden controlar con ellas el aumento de población...

- Eso fue lo que pensó aquel Eddie el Loco. Bueno, pues utilizaron la hormona durante unas tres generaciones. La población se estabilizó, desde luego. No había muchos Amos. Todo estaba en paz. Pero, claro está, la explosión demográfica seguía en los demás continentes. Los otros Amos se unieron e invadieron el territorio del Emperador. Tenían muchos Guerreros... y muchos Amos para controlarlos. Así acabó el Imperio. Nuestro constructor de la máquina del tiempo pensó que podría arreglar las cosas de modo que el Imperio controlase todo Paja Uno. -La pajeña de Whitbread bufó de disgusto-. Imposible. ¿Cómo va uno a convencer a los Amos de que se conviertan en machos estériles? A veces sucede, de todos modos, pero ¿quién lo aceptaría antes de tener hijos? Y es entonces únicamente cuando puede funcionar la hormona.

- Oh

-Aunque el Emperador hubiese conquistado todo Paja Uno y estabilizado la población... y piense, Jonathon, que el único medio de hacer eso sería que los Amos controlasen a los procreadores sin tener por su parte hijos... y que, aunque lo hicieran, serían atacados por las civilizaciones asteroidales.

- ¡Pero es un principio, hombre! -protestó Whitbread-. Tiene que haber un medio.

-Yo no soy un hombre, y no tiene por qué haber un medio. Y ésa es otra razón de que no desee que se establezca contacto entre su especie y la mía. Ustedes son todos como Eddie el Loco. Creen que no hay problemas sin solución.

- ¡Todos los problemas humanos tienen por lo menos una solución final! -dijo Gavin Potter suavemente desde el asiento de atrás.

- Los humanos quizás -dijo la alienígena-. Pero ¿tienen alma los pajeños?

- No soy quién para decirlo -contestó Potter, agitándose incómodo en su asiento-. Yo no soy portavoz del Señor.

- Tampoco su capellán lo sabe. ¿Cómo espera descubrirlo? Haría falta ciencia revelada... inspiración divina, ¿no? Dudo que lo consiguiéramos.

- ¿Entonces ustedes no tienen religión? -preguntó Potter, incrédulo.

- Hemos tenido miles, Gavin. Los Marrones y otras clases semiinteligentes no cambian gran cosa las suyas, pero cada civilización que crean los Amos produce una distinta. La

mayoría son variantes de la teoría de la transmigración de las almas, insistiendo en la supervivencia a través de los hijos. Creo que entenderán fácilmente el motivo.

- No dice usted nada de los Mediadores -observó Whitbread.

-Ya se lo expliqué... nosotros no tenemos hijos. Hay Mediadores que aceptan la idea de la transmigración. Reencarnación como Amo. Esas cosas. Lo más parecido a nosotros de las religiones humanas, que yo sepa, es el budismo, la «escuela del pequeño vehículo». Hablé con el capellán Hardy de esto. Según él los budistas creen que pueden escapar un día a lo que llaman la Rueda de la existencia. Eso recuerda bastante a los Ciclos. No sé, Jonathon. Antes creía y aceptaba la reencarnación, pero... no se sabe nada en realidad, ¿no le parece?

- ¿No tienen nada que se parezca al cristianismo? -preguntó Potter.

- No. Tuvimos profecías de un Salvador que pondría fin a los Ciclos, pero tuvimos de todo, Gabin. Y desde luego aún no ha llegado un Salvador.

Bajo ellos se extendía interminable la ciudad. Potter se echó atrás en la silla y se puso a roncar. Whitbread le miró con asombro.

- También ustedes deberían dormir -dijo la pajeña-. Llevan despiertos mucho tiempo.

- Tengo demasiado miedo. Ustedes se cansan antes que nosotros... y no duermen.

- También tengo miedo.

- Hermano, ahora sí que tengo miedo yo realmente. -¿Le llamé realmente hermano? No, le llamé hermano a ella. Al diablo-. Había más cosas en aquel museo de arte de las que vimos nosotros, ¿verdad?

- Sí. Cosas sobre las que no queríamos hablar con detalle. Como la Matanza de Médicos. Un suceso muy antiguo, ya casi leyenda. Otra especie de Emperador decidió eliminar a todos los Médicos. Y estuvo a punto de lograrlo. -La pajeña se estiró-. Es agradable poder hablar con usted sin tener que mentir. Mentir es contrario a nuestro carácter, Jonathon.

- ¿Por qué quería acabar con los Médicos?

- ¡Para reducir la población, por supuesto! No resultó, claro. Algunos Amos los mantenían en lugares secretos, y después del colapso siguiente...

-...pasaron a valer su peso en iridio.

- Se cree que fueron realmente la base del comercio. Como el ganado en Tabletop.

La ciudad quedó por fin atrás, y el aparato voló sobre océanos oscuros bajo la luz roja del Ojo de Murcheson. Brillaba en el horizonte la estrella roja en su ocaso, mientras se alzaban otras al este bajo el borde negruzco del Saco de Carbón.

- Si quisiesen derribarnos, éste sería el mejor sitio -dijo Staley-. Donde la caída del aparato no produciría ningún desastre. ¿Está usted segura de saber dónde vamos? La pajeña de Whitbread se encogió de hombros.

-A la jurisdicción del Rey Pedro. Si podemos llegar allí.

Volvió la vista hacia Potter. El guardiamarina estaba encogido en su asiento, con la boca entreabierta, roncando suavemente. Las luces del aparato eran difusas y todo parecía en paz, siendo la única nota discordante el lanzacohetes que Staley llevaba en el regazo.

- Debería usted dormir un poco también.

- Sí. -Horst se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Pero sus manos seguían apretando con firmeza el arma.

- Ni siquiera abandona la vigilancia cuando duerme -dijo Whitbread-. O por lo menos lo intenta. Supongo que Horst estará tan asustado como nosotros.

- Sigo preguntándome si esto servirá para algo -dijo la alienígena-. Estamos en realidad a punto de desmoronarnos. Se olvida usted de unas cuantas cosas más de aquel zoo, ¿sabe? Como el animal que se utiliza como alimento. Una variedad de pajeño, casi sin brazos, incapaz de defenderse de nosotros lo suficiente para sobrevivir. Otro de nuestros parientes, que se criaba para carne en una época vergonzosa, hace mucho tiempo...

- Dios mío -dijo Whitbread-. Pero ahora no harían ustedes nada parecido...

- Oh, no.

- ¿Entonces por qué tienen aquellos ejemplares allí?

- Mera cuestión estadística; una coincidencia que quizás le parezca a usted interesante.

No hay zoo en el planeta que no tenga ejemplares de Carnes. Y los rebaños crecen sin cesar...

- ¡Dios mío! ¿Es que nunca dejan de pensar en el próximo colapso?

- No.

El Ojo de Murcheson se había desvanecido hacía mucho. Ahora el este era rojo sangre, en un crepúsculo que aún asombraba a Whitbread. En mundos habitables eran raros los crepúsculos rojos. Pasaban sobre una cadena de islas. Delante, hacia el oeste, brillaban luces donde aún estaba oscuro. Había un paisaje urbano como mil Espartas seguidas, entrecruzado sin cesar por fajas oscuras de tierra cultivada. En los mundos del hombre serían parques. Allí eran territorio prohibido, guardado por demonios deformes.

Whitbread bostezó y miró a la alienígena que iba a su lado.

- Creo que la llamé hermano, esta noche.

- Lo sé. Quería decir hermana, supongo. Para nosotros el género tambien es importante. Cuestión de vida o muerte.

- No estoy seguro de que quisiese decir eso tampoco. Quería decir amiga -explicó Whitbread con cierta torpeza.

- Fyunch(click) es una relación más íntima. Pero me alegro de ser su amiga -dijo la pajeña-. Me alegra haber tenido esta experiencia, de conocerle.

El silencio era embarazoso.

- Mejor será que despierte a los otros -dijo suavemente Whitbread.

El aparato efectuó un brusco giro y enfiló hacia el norte. La pajeña de Whitbread miró hacia la ciudad que se extendía debajo, luego al otro lado para asegurarse de la posición del sol, y luego abajo otra vez. Se levantó, fue al compartimiento del piloto y parloteó. Charlie contestó; charlaron un rato.

- Horst -dijo Whitbread-. Señor Staley. Despierten. Horst Staley se había obligado a dormir. Estaba aún rígido como una estatua, con el lanzacohetes sobre las piernas, agarrado con fuerza.

- ¿Sí?

- No sé. Cambiamos de rumbo, y ahora... escuchen -dijo Whitbread. Los pajeños aún seguían parloteando. Sus voces aumentaban de volumen.

38
Solución final

La pajeña de Whitbread volvió a su asiento.

- Ha empezado -dijo; ahora no hablaba como Whitbread; su voz era de alienígena-. La guerra.

- ¿Quiénes la iniciaron? -preguntó Staley

- Mi Amo y el Rey Pedro. Los otros aún no se han unido a la lucha, pero lo harán.

- ¿Por nosotros? -preguntó incrédulo Whitbread. Estaba a punto de gritar. Aquella transformación de su Fyunch(click) le resultaba insoportable.

- Por la jurisdicción sobre ustedes -corrigió la pajeña; se estremeció, se relajó luego y súbitamente la voz de Whitbread habló desde unos semisonrientes labios alienígenas-. Todavía no es muy grave. Sólo Guerreros e incursiones. Todos quieren demostrar lo que pueden hacer, sin destruir nada realmente importante. Habrá muchas presiones de los otros decisores para que las cosas sigan así. No desean que se produzca el desastre.

- Demonios -dijo Whitbread, carraspeando-. Pero... Bienvenido a casa, hermano.

- ¿Y en qué posición quedamos nosotros? -preguntó Staley-. ¿Adonde vamos, ahora?

-A un sitio neutral. El Castillo.

- ¿El Castillo? -exclamó Horst-. ¡Es territorio de su Amo! -su mano estaba de nuevo muy cerca de la pistola.

- No. ¿Acaso creen que los otros iban a dar a mi Amo tanto control sobre ustedes? Los

Mediadores que conocieron formaban todos parte de mi clan, pero el Castillo, concretamente, pertenece a un decisor que es estéril. Un Encargado.

Staley parecía desconfiar.

- ¿Y qué haremos allí?

La pajeña se encogió de hombros.

- Esperar y ver quién gana. Si gana el Rey Pedro, les enviará de vuelta a la Lenin. Quizás esta guerra convenza al Imperio de que es mejor dejaros solos. Quizás puedan ayudarnos ustedes, incluso. -La pajeña hizo un gesto de repugnancia-. Ayudarnos. El es también Eddie el Loco. Nunca acabarán los Ciclos.

- ¿Esperar? -murmuró Staley-. Yo no, desde luego. ¿Dónde está ese Amo suyo?

- INo! -gritó la pajeña-. Horst, no puedo ayudarle en algo así. Además, nunca lograrían pasar, se lo impedirían los Guerreros. Son muy hábiles, Horst, mucho más que sus infantes de marina y ¿qué son ustedes? Tres oficiales jóvenes sin apenas experiencia y con armas de un viejo museo.

Staley bajó los ojos. Frente a ellos estaba Ciudad Castillo. Vio el espaciopuerto, un espacio abierto entre muchos, pero gris, no verde. Más allá estaba el Castillo, una aguja rodeada de un balcón. Aunque pequeño, destacaba entre la fealdad industrial del interminable paisaje urbano.

En su equipaje había material de comunicación. Cuando Renner y los otros habían subido, el piloto jefe había dejado todo salvo sus notas y archivos en el Castillo. No había dicho por qué, pero ahora lo sabían: quería que los pajeños pensaran que iban a volver.

Quizás hubiese materiales suficientes para construir un buen transmisor. Algo que alcanzase a la Lenin.

- ¿Podemos aterrizar en la calle? -preguntó Staley.

- ¿En la calle? -la pajeña pestañeó-. ¿Por qué no? Si Charlie acepta. El aparato es suyo.

La pajeña de Whitbread gorjeó. Hubo ronroneos y clicks de respuesta desde la cabina.

- ¿Está convencida de que el Castillo es seguro? -preguntó Staley-. Whitbread, ¿confía usted en los pajeños?

- Confío en ésta. Pero quizás tenga algunos prejuicios, Hor... señor Staley. Tendrá que utilizar su propio criterio.

- Charlie dice que el Castillo está vacío, y aún sigue la prohibición contra los Guerreros en Ciudad Castillo -dijo la pajeña de Whitbread-. Dice también que el Rey Pedro está ganando, pero escucha únicamente informes de su bando.

- ¿Aterrizará junto al Castillo? -preguntó Staley.

- ¿Por qué no? Tenemos que enviar primero una señal a la calle para que los Marrones miren arriba. -La pajeña gorjeó de nuevo.

El estruendo de los motores se redujo a un susurro. El avión descendió casi en vertical abriendo de nuevo las alas. Pasó zumbando ante el Castillo, permitiéndoles ver sus balcones. Abajo bullía el tráfico, y Staley vio un Blanco en el paso de peatones en frente del Castillo. El Amo se perdió rápidamente en un edificio.

- No se ven Demonios -dijo Staley-. ¿Alguien ve Guerreros?

- No.

- No se ven.

-Yo tampoco veo.

El avión efectuó un brusco giro y descendió de nuevo. Whitbread miraba con ojos desorbitados las duras paredes de hormigón de los rascacielos. Buscaban todos Blancos (y Guerreros), pero no los veían.

El avión redujo la velocidad y cambió de posición a dos metros del suelo. Se deslizaron hacia el Castillo como una gaviota sobre el mar. Staley, pegado a la ventana, esperaba. Los coches avanzaron hacia ellos y les rodearon.

Comprendió que iban a chocar contra el Castillo. ¿Intentaba el Marrón abrirse paso embistiendo contra él como el transbordador de la MacArthur? El aparato se detuvo bruscamente entre rechinar de frenos y estruendos de inversores de impulsión. Estaban

exactamente al pie del muro del Castillo.

-Vamos Potter, ayúdeme. -Staley cogió el láser de rayos X-. Vamos. -No podía abrir la puerta e hizo una seña a la pajeña.

La pajeña abrió la puerta. Había un espacio de dos metros entre la punta del ala y el muro, veinticinco metros en total. Aquella ala del aparato se había plegado un poco. La pajeña saltó a la calle.

Los humanos se lanzaron tras ella, Whitbread con la espada mágica en la mano izquierda. La puerta podía estar cerrada, pero no se resistiría a algo como aquello.

La puerta estaba cerrada. Whitbread esgrimió la espada, dispuesto a abrirse paso, pero su pajeña le hizo señas de que no lo hiciera. Examinó un par de marcadores instalados en la puerta, posó una mano derecha en cada uno de ellos, y mientras los manipulaba giró una palanca con el brazo izquierdo. La puerta se abrió suavemente.

- Es para que no entren los humanos -dijo. La zona de entrada estaba vacía.

- ¿Hay medio de impedir que se abra esa maldita puerta? -preguntó Staley. Su voz sonaba hueca; se dio cuenta de que habían desaparecido los muebles de la habitación. Al ver que no había respuesta, Staley pasó a Potter el láser de rayos X.

- Quédese de guardia aquí. Necesitará usted a los pajeños para que le digan si el que

llega es enemigo o no. Vamos, Whitbread. -Se volvió y corrió hacia las escaleras. Whitbread le seguía a regañadientes. Horst subía muy deprisa, y cuando llegaron a la

planta donde estaban sus habitaciones Whitbread estaba sin aliento.

- ¿Qué tiene usted contra los ascensores? -preguntó Whitbread. Staley no contestó. La puerta de la habitación de Renner estaba abierta, Y Horst se lanzó al interior.

- ¡Maldita sea!

- ¿Qué pasa? -Whitbread, jadeante, entró en la habitación. Vacía. Hasta las literas habían desaparecido. No había rastro del equipo que había dejado Renner.

- Esperaba encontrar algo para hablar con la Lenin -gruñó Staley-. Ayúdeme a mirar. Quizás almacenasen nuestro material por aquí.

Buscaron, pero no encontraron nada. En todas las plantas era igual: camas, muebles, todo lo habían retirado.

El Castillo era una cascara hueca. Volvieron escaleras abajo hacia la entrada.

- ¿Estamos solos? -preguntó Gavin Potter.

- Sí -contestó Staley-. Y nos moriremos de hambre muy pronto si no sucede algo peor. Está todo vacío.

Las pajeñas se encogieron de hombros.

- Me sorprende un poco -dijo la pajeña de Whitbread; cuchicheó un momento con su compañera-. Tampoco ella sabe el motivo. Parece que el lugar no volverá a utilizarse...

- Bueno, desde luego deben de saber muy bien dónde estamos -gruñó Staley; cogió su casco del cinturón y conectó los conductores a su radio. Luego se puso el casco-. Aquí Staley llamando a Lenin. Lenin, Lenin, Lenin, aquí el guardiamarina Staley.

- Señor Staley, ¿dónde demonios está usted? -era el capitán Blaine.

- ¡Capitán! ¡Gracias a Dios! Capitán, estamos atrapados en... Un momento, señor. Las pajeñas cuchicheaban entre sí. La pajeña de Whitbread intentó decir algo, pero Staley no oía. Oía a una pajeña que hablaba con la voz de Whitbread...

- Capitán Blaine, ¿dónde consigue usted su whisky irlandés?

- ¡Déjese de bromas e informe, Staley!

- Lo siento, señor. Tengo que saberlo. Ya entenderá usted por qué se lo pregunto. ¿Dónde consigue usted su whisky? Corto.

- ¡Staley! ¡Estoy harto de chistes! Horst se quitó el casco.

- No es el capitán -dijo-. Es un pajeño con la voz del capitán. ¿De la especie de ustedes? -preguntó a la pajeña de Whitbread.

- Probablemente. Un truco estúpido. El Fyunch(click) de usted lo habría hecho mejor. Eso significa que no coopera demasiado con mi Amo.

- Hay un medio de defender este lugar -dijo Staley. Miró la entrada. Era de unos veinte

metros por treinta, y sin nada especial. Los cortinajes y los cuadros que adornaban las paredes habían desaparecido.

-Vamos arriba -añadió-. Allí tendremos más posibilidades. Les condujo hasta la planta de las habitaciones, y tomaron posiciones al final del vestíbulo, desde donde podían cubrir la escalera y el ascensor.

- ¿Y ahora qué? -preguntó Whitbread.

-Ahora a esperar -dijeron ambas pajeñas al unísono. Pasó una hora larga.

Se apagaron los rumores del tráfico. Tardaron un minuto en advertirlo; luego se hizo evidente. Nada se movía fuera.

- Echaré una ojeada -dijo Staley. Fue a otra habitación y atisbo cauteloso por la ventana, muy desde dentro para que no le vieran.

Abajo, por la calle, pasaban Demonios. Avanzaban con paso rápido y ágil. De pronto esgrimieron sus armas y dispararon hacia el fondo de la calle. Horst se volvió y vio otro grupo que buscaba protección; un tercio de ellos quedaba muerto en la calle. A través de las gruesas ventanas se filtraba el rumor del combate.

- ¿Qué pasa? -preguntó Whitbread-. Parecen disparos.

- Lo son. Dos grupos de Guerreros combatiendo. ¿Por nosotros?

- Desde luego -contestó la pajeña de Whitbread-. Se dan cuenta de lo que significa esto, ¿no? -La pajeña parecía muy resignada. Al ver que no había respuesta, dijo-: Significa que los humanos no regresarán. Se han ido.

- ¡No lo creo! -gritó Staley-. ¡El almirante no nos abandonaría! Tomaría todo el planeta...

- No, no lo haría, Horst -dijo Whitbread-. Usted conoce sus órdenes. Horst sabía perfectamente que Whitbread tenía razón.

- ¡Pajeña de Whitbread! -llamó-. Venga aquí y dígame de qué bando son los que combaten.

- No.

Horst se volvió.

- ¿Qué significa ese no? ¡Necesito saber contra quién debo disparar!

- No quiero que me maten.

¡La pajeña de Whitbread era una cobarde!

-A mí no me han alcanzado los disparos, ¿verdad? No correrá ningún riesgo.

- Horst -dijo la voz de Whitbread-, si asoma usted un ojo cualquier Guerrero puede alcanzarle. Nadie desea que muera usted ahora. No han utilizado hasta ahora artillería, ¿verdad? Pero dispararían sobre mí.

- Está bien. ¡Charlie! Venga aquí y...

- No.

Horst ni siquiera maldijo. No cobardes, sino Marrones-y-blancos. ¿Le habría ayudado su propia pajeña?

Los Demonios se habían puesto todos a cubierto tras coches aparcados o abandonados, en portales, en las estrías de los laterales de un edificio. Pasaban de un escondrijo a otro rápidos como moscas. Pero siempre que un Guerrero disparaba, moría otro. No había habido demasiados disparos y sin embargo dos tercios de los Guerreros habían muerto. La pajeña de Whitbread conocía bien su puntería. Era inhumanamente certera.

Casi debajo de la ventana de Horst, yacía un Guerrero muerto que había perdido los brazos. Otro vivo, que esperaba un momento de calma, se lanzó de pronto a un lugar protegido más próximo... y el caído revivió. Luego todo sucedió demasiado deprisa para poder captarlo: el arma volando, los dos Guerreros chocando y luego desplomándose, muñecos rotos pateando aún y salpicando sangre.

Algo resonó abajo. Se oyó ruido en la escalera. En los escalones de mármol repiquetearon pezuñas. Gorjearon las pajeñas. Charlie silbó sonoramente, repitió el silbido.

De abajo llegó una respuesta, luego una voz dijo en el ánglico perfecto de David Hardy:

- Serán bien tratados. Ríndanse inmediatamente.

- Hemos perdido -dijo Charlie.

- Tropas de mi Amo. ¿Qué hará usted, Horst?

Por toda respuesta Staley se acuclilló en un rincón con el rifle de rayos X dirigido a la escalera, e indicó frenéticamente a los otros guardiamarinas que se cubrieran.

Un pajeño Marrón-y-blanco apareció en la entrada. Tenía la voz del capellán Hardy, pero en modo alguno sus maneras. Sólo el ánglico perfecto y el tono retumbante. El Mediador iba desarmado.

-Vamos, sean razonables. Su nave se ha ido. Sus oficiales les creen muertos. No tenemos ningún motivo para hacerles daño. No nos obliguen a matarles por nada, salgan y acepten nuestra amistad.

- ¡Vete al infierno!

- ¿Qué adelantáis con eso? -preguntó el pajeño-. No pretendemos haceros ningún daño...

Se oían tiros abajo. Su estruendo retumbaba en las habitaciones vacías y en los vestíbulos del pasillo. El Mediador que tenía la voz de Hardy silbó y gorjeó dirigiéndose a los otros pajeños.

- ¿Qué es lo que dice? -preguntó Staley; miró a su alrededor: la pajeña de Whitbread estaba acuclillada contra la pared, absolutamente inmóvil-. Dios mío, ¿y ahora qué?

- ¡Déjala en paz! -gritó Whitbread; abandonó su puesto para situarse junto a la pajeña y le echó el brazo por encima del hombro-. ¿Qué haremos ahora?

Los ruidos del combate iban aproximándose, y de pronto aparecieron en el vestíbulo dos Demonios. Staley apuntó y disparó, abatiendo a un Guerrero. Comenzó a desplazar el rayo hacia el otro. Disparó el Demonio, y Staley se vio lanzado contra la pared del fondo del pasillo. Aparecieron en el vestíbulo más Demonios, y hubo un estruendo de disparos que mantuvo erguido a Staley durante un segundo. Su cuerpo parecía como mascado por dientes de dragón, y cayó, y quedó muy quieto.

Potter disparó el lanzacohetes. La bomba explotó al fondo del vestíbulo. Parte de las paredes cayeron, llenando el suelo de escombros y enterrando parcialmente al Mediador y a los Guerreros.

- Me parece que gane quien gane abajo, sabemos demasiado sobre el Campo Langston -dijo Potter lentamente-. ¿Qué piensa usted, señor Whitbread? Es usted el que manda ahora.

Jonathon despertó de su ensueño. Su pajeña seguía quieta e inmóvil...

Potter sacó la pistola y esperó. Se oyeron nuevos ruidos en el vestíbulo. Cesó el rumor del combate.

- Su amigo tiene razón, hermano -dijo la pajeña de Whitbread; miró la figura inmóvil de Fyunch(click) de Hardy-. Ése era un hermano también...

Potter lanzó un grito. Whitbread dio la vuelta.

Potter seguía de pie, como incrédulo, sin pistola, el brazo destrozado de la muñeca al codo. Miró a Whitbread con ojos empañados de un dolor apenas percibido y dijo:

- Uno de los muertos tiró una piedra.

Había más Guerreros en el vestíbulo, y otro Mediador. Avanzaban lentamente.

Whitbread enarboló la espada mágica que era capaz de cortar piedra y metal, y blandiéndola en arco cercenó el cuello de Potter... Potter, al que su religión prohibía el suicidio, como la de Whitbread. Se oyó un disparo cuando dirigía la hoja hacia su propio cuello, y dos proyectiles aplastaron sus hombros. Jonathon Whitbread se desplomó y quedó inmóvil.

No le tocaron al principio, salvo para retirarle las armas del cinturón. Esperaron a un Médico, mientras el resto rechazaba a las fuerzas atacantes del Rey Pedro. Un Mediador habló enseguida con Charlie y ofreció un comunicador... no había ya por qué luchar. La pajeña de Whitbread permanecía junto a su Fyunch(click).

El Médico tanteó los hombros de Whitbread. Aunque nunca había tenido un humano

para diseccionarlo, sabía todo cuanto sabía un pajeño de fisiología humana, y sus manos estaban perfectamente formadas para hacer uso de un millar de Ciclos de instintos. Los dedos se movían suavemente sobre las pulverizadas articulaciones de los hombros, los ojos percibían que no había derrame de sangre. Las manos tanteaban la espina dorsal, aquel órgano maravilloso que el Médico sólo conocía por una reproducción.

Las frágiles vértebras del cuello habían estallado.

-Proyectiles de alta velocidad -dijo al Mediador que esperaba-. El impacto ha destruido el notocordio. Esta criatura está muerta.

El Médico y dos Marrones trabajaron frenéticamente para construir una bomba sanguínea que regase el cerebro. Fue inútil. La comunicación entre Ingeniero y Médico fue demasiado lenta, el cuerpo era demasiado extraño y apenas había equipo a mano.

Llevaron el cadáver y la pajeña de Whitbread con él al espaciopuerto controlado por su Amo. A Charlie la devolverían al Rey Pedro, ahora que la guerra había acabado. Había que efectuar pagos, repararlo todo después del combate, indemnizar a todos los Amos perjudicados; tenía que haber unidad entre los pajeños cuando llegasen los próximos humanos.

El Amo nunca supo, ni sus hijas blancas lo sospecharon jamás. Pero entre sus otras hijas, las Mediadoras marrón-y-blanco que la servían, se murmuraba que una de sus hijas había hecho lo que ningún Mediador en todos los Ciclos. Cuando los Guerreros se lanzaban sobre aquel extraño humano, la pajeña de Whitbread le había tocado, no con las suaves manos derechas, sino con la poderosa mano izquierda.

Fue ejecutada por desobediencia y murió sola. Sus hermanas no la odiaban, pero no podían hablar con alguien que había matado a su propio Fyunch(click).

Cuarta parte
La respuesta de Eddie el Loco

39
Partida

-Los botes informan que no hay rastro de nuestros guardiamarinas, almirante.

El tono del capitán Mijailov era al mismo tiempo defensivo y exculpatorio; pocos oficiales deseaban informar de un fallo a Kutuzov. El fornido almirante miraba impasible en su silla de mando en el puente de la Lenin. Alzó su taza de té, bebió un trago y soltó un gruñido como única respuesta.

Kutuzov se volvió a los que se agrupaban a su alrededor en los puestos de mando. Rod Blaine ocupaba aún la silla de lugarteniente; era más veterano que el teniente Borman, y Kutuzov se mostraba muy puntilloso en estas cuestiones.

- Ocho científicos -dijo Kutuzov-. Ocho científicos, cinco oficiales, catorce técnicos espaciales e infantes de marina. Todos víctimas de los pajeños.

- ¡Pajeños! -el doctor Horvath giró su silla de mando hacia Kutuzov-. Almirante, casi todos esos hombres estaban a bordo de la MacArthur cuando usted la destruyó. Algunos quizás aún vivos. En cuanto a los guardiamarinas, si fueron tan locos como para intentar aterrizar con botes salvavidas... -su voz se apagó cuando Rod volvió hacia él unos ojos feroces-. Perdón, capitán. No quería decir eso. De veras; lo siento. También a mí me agradaban los muchachos. ¡Pero no podemos acusar a los pajeños de lo que pasó! Los pajeños han intentado ayudar y pueden hacer aún mucho por nosotros... Almirante, ¿cuándo podremos volver a la nave embajadora?

El estruendo que brotó de la garganta de Kutuzov era risa.

- ¡Vamos! Doctor, nos iremos a casa en cuanto esos botes estén colocados. Creí que estaba claro.

El Ministro de Ciencias apretó los dientes.

- Tenía la esperanza de que recuperase usted la cordura. -Su tono era frío y ferozmente irónico-. Almirante, está usted destruyendo la mayor oportunidad de la Humanidad en toda su historia. La tecnología que podemos comprar (¡que ellos nos darán!) es muy superior a lo que podríamos conseguir en muchos siglos. Los pajeños han hecho gastos enormes para darnos la bienvenida. Si usted no nos hubiese prohibido que les dijéramos lo de las miniaturas escapadas, estoy seguro de que nos habrían ayudado.

Pero, claro, tenía usted que mantener sus malditos secretos... y a causa de su estúpida xenofobia perdimos la nave investigadora y la mayoría de nuestros instrumentos. Y ahora piensa usted ofenderles yéndose de aquí cuando ellos planeaban nuevas conferencias... Dios mío, si fuesen belicosos no habrían aguantado provocaciones como las que les ha hecho usted...

- ¿Ha acabado? -preguntó despectivo Kutuzov.

- He acabado por ahora. Veremos cuando volvamos. Kutuzov apretó un botón del brazo de su silla.

- Capitán Mijailov, dispóngalo todo para que salgamos hacia el punto de entrada Alderson. Una gravedad y media, capitán.

- De acuerdo, señor.

- Entonces está usted decidido a portarse como un loco -protestó Horvath-. Blaine, ¿no puede hacerle razonar?

- Doctor, estoy decidido a cumplir mis órdenes -dijo Kutuzov; no parecía que las amenazas de Horvath le afectasen gran cosa; se volvió a Rod-. Capitán, agradeceré su

consejo. Pero no haré nada que comprometa la seguridad de esta nave, y no puedo permitir más contactos personales con los pajeños. ¿Tiene usted algo que proponer, capitán Blaine?

Rod había escuchado la conversación sin gran interés; sus pensamientos eran una masa confusa. ¿Qué podía haber hecho yo? se decía. No podía pensar en otra cosa. El almirante podía pedirle consejo, pero por mera cortesía. Rod no tenía ni mando ni deberes. Había perdido su nave, su carrera había terminado... Cavilar sobre esto y lamentarlo no le hacía sin embargo ningún bien.

-Yo creo, señor, que deberíamos mantener la amistad con los pajeños. No deberíamos olvidar las intenciones del gobierno...

- ¿Quiere usted decir que yo hago eso? -preguntó Kutuzov.

- Ni mucho menos, señor. Pero es probable que el Imperio quiera comerciar con la Paja. Como dice el doctor Horvath, no han hecho nada hostil.

- ¿Qué me dice de sus guardiamarinas? Rod tragó saliva.

- No sé, señor. Puede que Potter o Whitbread no fuesen capaces de controlar sus botes salvavidas y Staley intentase salvarles. Sería muy propio de él...

Kutuzov frunció el ceño.

-Tres botes salvavidas, capitán. Los tres intentan aterrizar y los tres arden.

Miró lo que pasaba a su alrededor: en una pantalla los infantes de marina se disponían a cubrir con gas venenoso un bote que estaba penetrando en la bodega hangar de la Lenin. ¡En su barco insignia no se escaparía ningún alienígena!

- ¿Qué le gustaría decir a los pajeños, doctor?

- No les diré lo que me gustaría decir, almirante -respondió ásperamente Horvath-. Me atendré a su historia de la plaga. Es casi cierta, además. Una plaga de miniaturas. Pero, almirante, debemos dejar abierta la posibilidad de una segunda expedición.

- Ellos sabrán que usted les miente -dijo Kutuzov-. Blaine, ¿qué me dice usted? ¿Es mejor que los pajeños oigan explicaciones en las que no creen?

«Maldita sea, ¿es que no sabe que no quiero pensar en los pajeños? Ni en ninguna otra cosa... ¿De qué sirve mi consejo? El consejo de un hombre que ha perdido su nave...»

Almirante, no veo qué habría de malo en que el ministro Horvath hablase con los pajeños -Rod subrayó «ministro»; Horvath no sólo era un destacado ministro del Consejo, sino que tenía poderosas relaciones en la Liga de la Humanidad e influencia en la Asociación de Comerciantes Imperiales, además.

La combinación resultaba decisiva.

-Alguien debe hablar con ellos, no importa mucho quién. No hay hombre a bordo que pueda engañar a su Fyunch(click).

- Está bien. Da. Capitán Mijailov, que comunicaciones llame a la nave embajadora pajeña. El doctor Horvath hablará con ellos.

Se iluminaron las pantallas y apareció la cara semisonriente de un Marrón-y-blanco. Rod frunció el ceño, y luego alzó los ojos rápido para confirmar que su propia pantalla no estaba encendida.

El pajeño miró a Horvath.

- Fyunch(click).

-Ah. Estaba esperando hablar con usted. Nos vamos ya. No hay más remedio. La expresión del pajeño no cambió.

- Es evidente, pero nos disgusta mucho, Anthony. Tenemos que hablar de muchas cosas, de acuerdos comerciales, del alquiler de bases en el Imperio...

- Sí, sí, pero no tenemos autoridad para firmar tratados ni acuerdos comerciales -protestó Horvath-. En realidad hemos conseguido mucho, y ahora tenemos que irnos. Hubo una plaga en la MacArthur, algo nuevo para nuestros médicos, y desconocemos el centro focal de infección y el vector. Y dado que esta nave es nuestro único medio de volver, el al... el decisor de nuestra nave cree que es mejor que nos vayamos mientras dispongamos aún de una tripulación completa. ¡Volveremos!

- ¿Volverá usted? -preguntó el pajeño.

- Ojalá. Me gustaría mucho. -No tuvo que esforzarse por parecer sincero en esto.

- Será bienvenido. Serán bienvenidos todos los humanos. Tenemos puestas grandes esperanzas en el comercio entre nuestras razas, Anthony. Podemos aprender mucho todos. También nosotros tenemos regalos... ¿No Pueden llevarlos a su nave?

- Bueno, gracias... yo... -Horvath miró a Kutuzov. El almirante estaba a punto de explotar. Negó violentamente con la cabeza.

- No sería prudente -dijo Horvath con tristeza-. Mientras no sepamos la causa de la plaga, es mejor no añadir nada a lo que no estuviésemos expuestos antes. Lo siento mucho.

- Lo mismo digo, Anthony. Hemos advertido que los ingenieros de ustedes son... ¿cómo puedo expresarlo delicadamente? No están tan avanzados como los nuestros en muchos sentidos. Quizás estén subespecializados. Hemos pensado que esto podría remediarse en parte con nuestro regalo.

-Yo... perdone un momento -dijo Horvath; se volvió a Kutuzov después de bloquear el sonido-. Almirante, ¡no puede usted rechazar una oportunidad así! ¡Puede ser el acontecimiento más significativo de la historia del Imperio!

El almirante asintió lentamente. Sus ojos oscuros se achicaron.

- Piense también que si los pajeños se hacen con el Campo Langston y el Impulsor Alderson serán la amenaza más significativa de la historia de la Humanidad, ministro Horvath.

- Soy consciente de ello -replicó Horvath; desbloqueó el sonido-. Me temo que... El pajeño le interrumpió diciendo:

- ¿No puede usted venir a ver nuestros regalos, Anthony? Podría sacar fotografías, examinarlos detenidamente y construir luego otros modelos. ¿Cree usted que eso sería peligroso para personas que han estado en el propio planeta Paja?

Horvath pensó todo esto rápidamente. ¡Tenia que conseguir aquellos regalos! Bloqueó de nuevo el sonido y sonrió suavemente al almirante.

- Creo que tiene razón. ¿No podríamos meterlos en el transbordador? Kutuzov parecía estar saboreando leche amarga. Asintió. Horvath se volvió al pajeño, aliviado.

- Gracias. Si colocan ustedes los regalos en el transbordador, los estudiaremos en el camino de vuelta y podrán recuperar después los regalos y el transbordador, que es un obsequio que les hacemos, en el punto de Eddie el Loco dentro de dos semanas y media.

- Magnífico -dijo calurosamente el pajeño-. Pero no necesitarán el transbordador. Uno de nuestros regalos es una nave espacial con controles adaptados a las manos y las mentes humanas. Los demás regalos irán a bordo de esta nave.

Kutuzov pareció sorprenderse y asintió en seguida. Horvath se dio cuenta y sonrió para sí.

- Eso es maravilloso. Les traeremos regalos cuando volvamos. Deseamos corresponder adecuadamente a su hospitalidad...

El almirante Kutuzov decía algo. Horvath se apartó de la pantalla para escuchar.

- Pregúntele por los guardiamarinas -ordenó el almirante.

- ¿Se sabe algo más de nuestros guardiamarinas? -preguntó Horvath. La voz del pajeño adquirió un tono dolorido.

- ¿Qué podría saberse, Anthony? Murieron al intentar aterrizar y su vehículo ardió por completo. Les hemos enviado imágenes, ¿no las han recibido?

- Bueno.., yo no las vi -contestó Horvath.

Era verdad, pero no por eso resultaba más fácil decirlo. ¡Aquel almirante condenado no creía nada de lo que le decían! Él creía que los muchachos habían sido capturados y que estaban torturándolos para obtener información.

- Lo siento, me ordenaron preguntar.

- Comprendemos muy bien su postura. Los humanos se preocupan mucho por sus jóvenes de la clase que toma decisiones. Lo mismo sucede con los pajeños. Nuestras razas tienen mucho en común. Ha sido un placer hablar de nuevo con usted, Anthony. Esperamos que vuelva pronto.

En los tableros del puente parpadeó una alarma. El almirante Kutuzov frunció el ceño y escuchó atentamente algo que Horvath no podía oír. Al mismo tiempo un altavoz anunció el informe del piloto.

- Los botes de la nave están ya seguros, señor. Listos para partir. El pajeño había oído algo sin duda.

- Esa nave que les obsequiamos puede alcanzarles si no aceleran a más de... -hubo una pausa en la que el pajeño escuchó algo- tres de sus gravedades.

Horvath miró interrogante a Kutuzov. El almirante cavilaba y parecía a punto de decir algo. Pero en vez de ello hizo un gesto de asentimiento a Horvath.

- En este viaje iremos a una gravedad y media -dijo Horvath al pajeño.

Parpadearon las pantallas y el receptor de Horvath se apagó. La voz del almirante Kutuzov resonó en el oído del ministro.

-Acaban de informarme de que ha salido una nave de Paja Uno y se dirige hacia el Punto Alderson a 1,74 gravedades. Dos gravedades pajeñas. Pídale, por favor, que nos explique lo que pretende esa nave. -La voz del almirante era bastante pausada, pero el tono era imperativo.

Horvath tragó saliva y volvió al pajeño. Activó de nuevo su pantalla. Preguntó, vacilante, con miedo a ofender.

- ¿Lo sabe usted? -concluyó.

- Desde luego -contestó suavemente el pajeño-. Acabo de enterarme. Los Amos han enviado a nuestros embajadores en el Imperio a reunirse con ustedes. Son tres, y les suplicamos que los lleven hasta su capital imperial, donde representarán a nuestra raza. Tienen plena autoridad para negociar con ustedes.

Kutuzov tomó aliento. Parecía a punto de ponerse a gritar, y tenía la cara congestionada, pero sólo dijo, muy bajo, para que el pajeño no pudiese oírle:

- Dígale que debemos discutir eso. Capitán Mijailov, acelere cuando lo juzgue conveniente.

- Muy bien, señor.

-Ahora nos vamos -dijo Horvath al pajeño-. Yo... nosotros... Tenemos que discutir la cuestión de los embajadores... Esto es una sorpresa... Me hubiese gustado que viniese usted mismo. ¿Vendrán como embajadores algunos de nuestros Fyunch(click)? - Hablaba rápidamente, captando señales de avisos que sonaban tras él.

- Habrá tiempo para que discutan todo lo necesario -le aseguró el pajeño-. Y, no, ningún embajador pajeño podría identificarse con un humano individual; deben representar todos ellos a nuestra raza. Supongo que lo entiende... Han sido elegidos los tres de modo que representen todos los puntos de vista, y si actúan con unanimidad pueden comprometer en un acuerdo a todos los pajeños. Dada la amenaza de la plaga, podrían permanecer en cuarentena hasta que ustedes estén seguros de que no hay nada que amenace su salud... -Sonó en la Lenin una señal más fuerte que las anteriores-. Adiós, Anthony. Adiós a todos ustedes. Y vuelvan pronto.

Resonaron las últimas señales y la Lenin inició su viaje. Horvath contempló la pantalla en blanco mientras los demás iniciaban la discusión tras él.

40
Adiós

El crucero modelo presidente Lenin de su Imperial Majestad estaba lleno hasta su capacidad y aún más con la tripulación de la MacArthur y los científicos.

Los técnicos espaciales compartían las hamacas de rotación con los auxiliares. Los infantes de marina dormían en los pasillos y los oficiales se hacinaban tres y más en camarotes previstos para uno. Había artefactos pajeños salvados de la MacArthur en la

cubierta hangar, que Kutuzov insistió en mantener en vacío, bajo constante vigilancia, con inspecciones. No había lugar a bordo donde pudiese celebrarse una asamblea de la nave.

Si necesitasen un punto de reunión no podrían encontrarlo. La Lenin permanecería en situación de alarma de combate hasta que abandonasen el sistema pajeño, incluso durante los servicios fúnebres dirigidos por David Hardy y el capellán de la Lenin, George Alexis. No era una situación insólita para ninguno de los dos; aunque era tradicional que todos los viajeros se reuniesen si era posible, los servicios fúnebres se hacían a veces con la tripulación en situación de alarma de combate. Mientras se colocaba una estola negra y se volvía al misal que un soldado sostenía abierto, David Hardy pensó que probablemente hubiese dirigido más réquiems de aquel modo que ante toda la tripulación reunida.

Resonó en la Lenin un toque de trompeta.

- Posición de descanso -dijo suavemente el piloto jefe.

- Que Dios les conceda el descanso eterno -entonó Hardy.

-Y que alumbre sobre ellos la luz perenne -respondió Alexis.

Ambos conocían muy bien cada versículo y cada respuesta, como todos los que llevaban en la Marina tiempo suficiente para formar parte de la tripulación de la Lenin.

-Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor. Quien crea en mí, aunque muera vivirá: y quien viva y crea en mí, jamás morirá.

El servicio continuó, los tripulantes contestando desde sus puestos de combate, un suave murmullo por toda la nave.

-Yo oí una voz del cielo diciéndome, escribe. Que sean benditos los muertos que mueren en el Señor: eso dice el Espíritu; pues descansan de sus trabajos.

Descanso, pensó Rod. Hay eso, de todos modos, descanso para los muchachos. Se estremeció. He visto perderse muchas naves, y muchos hombres a mi mando los encontraron a cientos de parsecs de su hogar. Inspiró profundamente, pero la tensión de su pecho siguió inalterable.

Se difuminaron las luces por toda la Lenin, y las voces grabadas del coro de la Marina Imperial cantaron un himno al que se unieron los tripulantes.

- Día de cólera y de combate inminente, palabras de David con ecos de Sibila: Cielos y mundos que en cenizas concluyen...

¿Sibila?, pensó Rod. Dios mío, eso debe de ser antiguo. El himno seguía y concluyó con un estallido de voces viriles.

¿Creo yo en todo esto? Se preguntó Rod. Hardy cree, basta verle la cara. Y Kelley, dispuesto a lanzar a sus camaradas por los tubos de torpedos, cree también. ¿Por qué no puedo creer yo como ellos? Pero yo creo también ¿no es cierto? Siempre creí que creía, que el universo, este universo, ha de tener algún sentido. Piensa en Bury. Esta no es siquiera su religión, pero le conmueve. ¿Qué pensará?

Horace Bury miraba fijamente los tubos de torpedos. ¡Cuatro cuerpos y una cabeza! La cabeza de un infante de marina que los Marrones habían utilizado de caballo de Troya. Bury la había visto sólo una vez girando en el espacio en una nube de niebla y cristal fragmentado y Marrones agonizantes. Recordaba una mandíbula cuadrada, una boca ancha y firme, brillantes ojos muertos. Alá tenga misericordia de ellos, y que sus legiones caigan sobre la Paja...

Sally está tomándoselo mejor que yo, pensó Rod, pese a ser una civil. A ambos nos agradaban esos muchachos... ¿Por qué no me preocupo yo de los demás? Cinco infantes de marina muertos al rescatar a los civiles. No hubiese sido tan terrible si hubiesen muerto en acción. Yo ya esperaba pérdidas cuando envié al grupo de rescate con el transbordador. En realidad nunca creí que los muchachos pudieran salir de la MacArthur. ¡Pero lo hicieron!

- Encomendamos a Dios omnipotente las almas de nuestros hermanos fallecidos, y entregamos sus cuerpos a las profundidades del espacio; en seguridad y esperanza cierta de resurrección en vida perdurable por nuestro Señor Jesucristo; pues cuando él venga en gloriosa majestad a juzgar a los mundos, devolverán los mares sus muertos y verterán las profundidades sus cargas...

Kelley giró la llave y hubo un suave jusch, luego otro; tres, cuatro, cinco. Sólo cuatro

cuerpos y una cabeza recobrados, de veintisiete muertos y desaparecidos.

¿Y qué harán los pajeños, por su parte?, se preguntaba Rod. Tres cañones laterales dispararon al espacio contra la nada, salvo el tercero, cuyo impacto evaporaría los cuerpos lanzados un momento antes. Había insistido en ello el almirante, y nadie lo había discutido.

Cesaron las vibrantes notas de trompeta cuando las cintas del trompetista de la Lenin y las del de la MacArthur terminaron al mismo tiempo. La nave permaneció inmóvil un instante.

Los oficiales salieron en silencio de la sala de torpedos. En los pasillos se encendieron del todo las luces y los hombres volvieron rápidamente a sus puestos o a las atestadas áreas de descanso. La rutina de la nave continúa, pensó Rod. También los servicios fúnebres son parte del Libro. Todo tiene su norma: nacimiento a bordo de la nave, inscripción; entierro, con o sin cuerpo; y también hay una norma para los capitanes que pierden sus naves. El Libro decreta que comparezcan ante un tribunal militar.

- Rod. Un momento, Rod, por favor.

Se detuvo a instancias de Sally. Estaban en el pasillo y el resto de los oficiales y la tripulación pasaban junto a ellos. Rod quería continuar, volver a la soledad de su camarote donde nadie le preguntase qué había sucedido a bordo de la MacArthur. Pero allí estaba Sally, y algo en su interior quería hablar con ella, o simplemente estar cerca de ella...

- Rod, el doctor Horvath dice que los pajeños han enviado embajadores a nuestro encuentro al punto Eddie el Loco, pero que el almirante Kutuzov no piensa admitirlos a bordo. ¿Es verdad?

¡Maldita sea! pensó. Otra vez los pajeños...

-Así es -contestó, y se volvió para marcharse.

- ¡Espere, Rod! ¡Tenemos que hacer algo!, ¿adonde va usted? -le vio alejarse rápidamente. ¿Y qué hago yo ahora?, se preguntó.

La puerta de Blaine estaba cerrada, pero el indicador decía que no estaba cerrada con llave. Kevin Renner vaciló, luego llamó. Sin resultado. Esperó un momento y volvió a llamar.

-Adelante.

Renner abrió la puerta. Resultaba extraño entrar directamente en el camarote de Blaine: no había ningún centinela, nada de la misteriosa aureola de mando que rodea al capitán.

- Hola, capitán. ¿Le importaría charlar un rato?

- No. ¿Qué puedo ofrecerle?

A Blaine era evidente que le daba igual. No miraba a Renner, y éste se preguntó qué sucedería si se tomaba en serio aquella aceptación formal. Podía pedir algo de beber...

El camarote de Blaine era grande. Hubiese sido una habitación de torre si la Lenin estuviese diseñada con una torre. Sólo había cuatro hombres y una mujer con camarote individual, y Blaine no utilizaba la preciada habitación; parecía llevar sentado varias horas en aquella silla, probablemente desde los servicios fúnebres. Desde luego no se había cambiado. Había tenido que pedir prestado a Mijailov uno de sus uniformes de gala y no le quedaba bien.

Permanecieron sentados en silencio, Blaine contemplando algún espacio-tiempo que excluía a su visitante.

- He estado viendo el trabajo de Buckman -dijo Renner, por decir algo. Por algo hay que empezar, y preferiblemente no por los pajeños.

- ¿Ah, sí? ¿Cómo va? -preguntó formulariamente Blaine.

- No lo entiendo del todo. Él dice que puede probar que en el Saco de Carbón está formándose una protoestrella. En unos mil años alumbrará con luz propia. Bueno, no puede demostrármelo porque yo no sé suficientes matemáticas.

-Vaya.

- ¿Qué tal lo pasa usted? -Renner parecía dispuesto a marcharse-. ¿Disfrutando de estas vacaciones?

Por fin Blaine alzó sus ojos angustiados.

- Kevin, ¿por qué intentarían los muchachos volver al planeta?

- Capitán, eso es una tontería. No pudieron intentar nada de eso. -Dios mío, desvaría. Esto va a ser más duro de lo que pensaba.

- Entonces, dígame qué sucedió.

Renner parecía desconcertado, pero evidentemente Blaine hablaba en serio.

- Capitán, la nave estaba llena de Marrones... Había Marrones por todas partes.

Debieron de llegar a la zona de almacenaje de botes salvavidas muy pronto. Si usted fuese pajeño ¿cómo rediseñaría una nave salvavidas?

- Soberbiamente. -Blaine sonrió de veras-. Ni siquiera un hombre muerto podría desaprovechar un chiste como éste.

- Me tenía preocupado -Renner rió entre dientes y luego se puso serio-. No, lo que quiero decir es que ellos rediseñan para cada nueva situación. En espacio profundo el bote desaceleraría y pediría ayuda. Junto a un gigante gaseoso, orbitaria. Siempre automático, desde luego, para que los pasajeros no resultasen afectados. Junto a un mundo habitable, el bote aterrizaría.

- ¿Sí? -Blaine frunció el ceño. En sus ojos había ahora una chispa de vida. Renner contuvo la respiración.

- Sí, pero, Kevin, ¿qué pasó entonces? Si los Marrones llegaron a los botes sin duda los diseñaron correctamente. Además, tendrían controles; no obligarían necesariamente a aterrizar.

Renner se encogió de hombros.

- ¿Puede usted adivinar para qué sirven las palancas y los interruptores de un tablero de mando pajeño nada más verlo? Yo no, y dudo que los guardiamarinas pudieran. Salvo que los Marrones previesen eso. Capitán, quizás los botes no estuviesen terminados, o resultasen averiados en el combate.

- Quizás...

- Quizás... muchas cosas. Puede que estuviesen diseñados para los Marrones. Los muchachos tendrían que amontonarse allí dentro en un espacio reducido. Y que no hubiese tiempo con sólo tres minutos de margen.

- ¡Aquellos malditos torpedos! ¡Aquello debía de estar lleno de Marrones! Renner asintió.

- Pero ¿a quién se le iba a ocurrir una cosa así?

- Debía habérseme ocurrido a mí.

- ¿Por qué? -preguntó Renner muy serio-. Capitán.

-Ya no soy capitán.

¡Aja! pensó Renner.

- Sí, señor. Aún sigue siéndolo y no creo que nadie en la Marina piense lo contrario. Nadie. El Zar quedó muy satisfecho con el procedimiento de descontaminación que usted aplicó, ¿no es cierto? Todo el mundo piensa eso. ¿Por qué demonios se acusa usted de un error que fue de todos?

Blaine miró a Renner dudoso. El piloto jefe tenía la cara levemente enrojecida. ¿Por qué se agitaba tanto?

- Hay otra cosa -dijo Rod-. Suponga que los botes salvavidas estuviesen adecuadamente diseñados. Suponga que los muchachos hiciesen un aterrizaje perfecto y mintiesen los pajeños.

- He pensado eso -dijo Renner-. ¿Qué piensa usted?

- Bueno, no creo que fuese posible, pero me gustaría comprobarlo.

- Si conociese usted a los pajeños tan bien como yo, estaría seguro. Convénzase. Estudie los datos. Tenemos en abundancia a bordo de esta nave, y tiene usted tiempo. Tiene que saber usted mucho sobre los pajeños, es usted el mayor especialista que tiene la Marina en el tema.

- ¿Yo? -rió Rod-. Kevin, yo no soy especialista en nada. Lo primero que tendré que

hacer cuando regrese es comparecer ante un tribunal militar...

Al diablo los tribunales militares -dijo Renner con impaciencia-. ¿Es posible, capitán, que esté usted aquí torturándose por ese formulismo? ¡Dios mío!

- ¿Y en qué cree usted que debo pensar, teniente Renner? Kevin se echó a reír. Era mejor que Blaine se enfadase que no que siguiese aferrado a sus cavilaciones.

- Oh, en cuanto a por qué Sally estaba tan triste esta tarde... creo que se sintió herida por cómo la trató usted. Por su actitud cuando le preguntó qué iba a decir sobre los embajadores pajeños. Sobre las rebeliones y secesiones de los mundos coloniales, o sobre el precio del iridio, o la inflación de la corona...

- Renner, por amor de Dios, cállese...

Kevin sonrió satisfecho.

-...o cómo conseguir que yo me vaya de esta habitación. Capitán, mírelo de este modo. Suponga que un tribunal le considera culpable de negligencia. Desde luego ésa sería la única acusación posible. Usted no rindió la nave al enemigo ni nada similar. Así que suponga que de veras quisiesen su cabellera y se agarrasen a eso. Lo peor que podrían hacer sería dejarle en tierra. Ni siquiera le degradarían. Simplemente le dejarían en tierra y usted dimitiría... Aún seguiría siendo el decimosegundo marqués de Crucis.

- Sí. ¿Y qué?

- ¿Y qué? -Renner se enfureció de pronto; frunció el ceño y cerró un puño-. ¿Y qué? Mire, capitán, yo no soy más que un piloto mercante, todos los miembros de mi familia lo han sido y todos nosotros queremos seguir siéndolo. Cogí este puesto en la Marina porque todos lo hacemos... quizá allá en nuestro hogar no seamos tan partidarios del imperialismo como lo son ustedes en la capital, pero se debe en parte a que confiamos en que ustedes los aristócratas dirigirán las cosas. Nosotros cumplimos con nuestra parte, y esperamos que ustedes, que tienen todos los privilegios, cumplan con la suya...

- Bueno... -Blaine parecía calmado, y un poco embarazado por el estallido de Renner-. ¿Y cómo ve usted mi papel?

- ¿Qué cree usted? Usted es el único aristócrata del Imperio que sabe algo de los pajeños, ¿y me pregunta a mí lo que debe hacer? Capitán, espero que piense bien esto, nada más. Señor, el Imperio se verá obligado a seguir una política racional respecto a los pajeños, y la influencia de la Marina es grande... ¡No puede usted dejar que la Marina base su política en lo que diga Kutuzov! Ya puede empezar usted a pensar en esos embajadores pajeños a los que el almirante no quiere admitir.

- Maldita sea, tiene usted razón. Ha pensado mucho en eso, ¿verdad?

- Bueno, quizás un poco. Mire, tiene usted tiempo. Hable con Sally sobre los pajeños. Estudie los informes que enviamos desde Paja Uno. Así cuando el almirante le pida consejo dispondrá usted de argumentos para convencerle. Tenemos que llevar con nosotros a esos embajadores...

Rod hizo un gesto de repugnancia. ¡Pajeños a bordo de otra nave! Dios santo...

-Y deje de pensar así -dijo Renner-. No se escaparán ni se multiplicarán por la Lenin. No tendrían tiempo, además. Utilice la cabeza, señor. El almirante le escuchará. Ahora sólo le habla del tema Horvath, y todo lo que Horvath sugiere el Zar lo rechaza, pero a usted le escucharía...

- Está usted actuando como si mi criterio valiese algo -dijo Rod, con impaciencia-. Pero las pruebas demuestran lo contrario.

- Dios mío. Está usted realmente deprimido, ¿verdad? ¿Sabe lo que piensan de su capitán sus oficiales y soldados? ¿Tiene usted idea? Demonios, capitán, es por tipos como usted por lo que puedo yo aceptar la aristocracia... -Kevin se detuvo, embarazado, por haber dicho más de lo que pretendía-. Mire, el Zar tendrá que preguntarle a usted su opinión. No tiene por qué seguir el consejo que usted le dé, ni el de Horvath, pero tiene que preguntarles a ambos. Así lo dicen las instrucciones de la expedición...

- ¿Cómo demonios sabe usted eso?

- Capitán, mi división tuvo que encargarse de rescatar los libros de la MacArthur,

¿recuerda? No tenían el sello de SECRETO.

- ¿Cómo que no?

- Bueno, quizás la luz no fuese buena y yo no viese los sellos. Además, tenía que asegurarme de cuáles eran los libros, ¿no? Lo cierto es que el doctor Horvath conoce esa norma. Va a insistir en que se celebre un consejo de guerra antes de que Kutuzov decida definitivamente la cuestión de los embajadores.

- Comprendo -Rod se rascó el puente de la nariz-. Kevin, ¿quién le 1 dijo que viniese? ¿Horvath?

- Por supuesto que no. Fue idea mía. -Renner vaciló-. Bueno, hubo una persona que me animó, capitán -esperó a que Blaine dijera algo, pero al ver que no lo hacía, continuó-: Me pregunto a veces por qué no se habrá extinguido la aristocracia, a veces parecen ustedes tan estúpidos. ¿Por qué no le ha hecho una visita a Sally? Está sentada en su camarote, muy triste, con un montón de notas y libros por los que no puede interesarse ya... -Renner se detuvo bruscamente-. Le vendría muy bien que la animaran un poco.

- ¿Sally? Preocupada por...

- Dios mío... -murmuró Renner. Se volvió y salió del camarote.

41
Nave obsequio

La Lenin avanzaba hacia el punto Eddie el Loco a una gravedad y media. Lo mismo hacía la nave obsequio.

La nave obsequio era un cilindro aerodinámico, hinchado en el morro, con muchas ventanas, como un minarete que cabalgase sobre una llama de fusión. A Sally Fowler y el capellán Hardy les pareció muy curioso. Ninguno más reparó en el torpe simbolismo fálico... ni lo admitiría.

Kutuzov odiaba aquella nave. A los embajadores pajeños podía tratárseles según las normas, pero la nave era algo distinto. Se había situado a tres kilómetros de distancia de la Lenin, y radiaba un alegre mensaje, mientras los artilleros de la Lenin la seguían desesperadamente. Kutuzov se había dicho que no podía llevar un arma suficientemente grande para atravesar el campo de la Lenin.

Había mejores razones para odiar aquella nave. Kutuzov se sentía tentado de violar sus órdenes. Los voluntarios, tripulantes de la MacArthur, que fueron a probarla estaban entusiasmados con ella. Los controles parecían los de un transbordador de la Marina, pero el impulsor era un impulsor de fusión pajeño típico, un largo y delgado aguijón que guiaba un flujo de plasma con enorme eficiencia. Había otros detalles, todos ellos valiosos; el almirante Laurenti Kutuzov quería llevarse a casa aquella nave.

Y temía dejarla acercarse a su propia nave.

Después de que la probaron los oficiales de la Marina, subieron a bordo los civiles. Todo este tráfico demostraba claramente que era mentira lo que se había dicho a los pajeños sobre la plaga que afectaba a la tripulación de la MacArthur, Kutuzov lo sabía; pero en realidad no tendría que dar explicaciones a los pajeños. No pensaba comunicarse con ellos. Dejó que Horvath le leyese las instrucciones de la expedición y convocó su consejo de guerra. No habría alienígenas a bordo de la Lenin mientras Kutuzov viviese. Aquella nave, sin embargo...

Kutuzov contemplaba la nave flotando en sus pantallas, mientras el personal científico se trasladaba a ella. Habían ido a la Lenin para los servicios fúnebres, y ahora volvían presurosos a reanudar los estudios de su nuevo juguete.

Todos los informes indicaban que estaba llena de maravillas de enorme valor para el Imperio; sin embargo, ¿cómo iba a atreverse a subirla a bordo? No tenía objeto buscar consejo. El capitán Blaine podía haberle ayudado, pero no, era un hombre destrozado,

condenado a hundirse cada vez más en su propio fracaso, inútil precisamente cuando su consejo podría haber significado una gran ayuda. Horvath tenía fe ciega en las buenas intenciones de los pajeños. Luego estaba Bury, con su odio igualmente ciego, pese a todas las pruebas que pudiesen demostrar que los pajeños eran amistosos e inofensivos.

- Probablemente lo sean -dijo Kutuzov en voz alta. Horace Bury alzó los ojos sorprendido. Estaba tomando té con el almirante en el puente mientras observaban la nave regalo pajeña. El comerciante miró intrigado al almirante.

- Probablemente los pajeños sean amistosos. Inofensivos -repitió Kutuzov.

- ¡No puede usted creer eso! -protestó Bury.

- Como he dicho a los otros -dijo Kutuzov encogiéndose de hombros-, lo que yo crea no tiene importancia. Mi obligación es llevar al gobierno la máxima información. Con sólo esta nave, cualquier riesgo de pérdida significa pérdida de toda información. Pero esa nave espacial pajeña sería muy valiosa, ¿no lo cree usted, Excelencia? ¿Cuánto pagaría usted a la Marina porque le concediesen permiso para fabricar naves con ese impulsor?

- Pagaría mucho más porque se eliminase para siempre la amenaza pajeña -dijo Bury con energía.

- Humm. -El almirante se sentía inclinado a darle la razón a Bury.

Había ya bastantes problemas en el sector Trans-Saco de Carbón. Sólo

Dios sabía cuántas colonias podían estar sublevándose, cuántos exteriores habrían hecho causa común contra el Imperio; los alienígenas eran un nuevo problema que la Marina no necesitaba.

-Aun así... la tecnología. Las posibilidades comerciales. Creí que estaría usted interesado.

- No podemos confiar en ellos -afirmó Bury.

Se esforzaba mucho por hablar con calma. Al almirante no le impresionaría un hombre incapaz de controlar sus emociones. Bury le entendía muy bien... su propio padre había sido así.

Almirante, han matado a nuestros guardiamarinas. Supongo que no creerá usted ese cuento de que pretendieron aterrizar en el planeta. Y soltaron a aquellos monstruos en la MacArthur, y casi lograron introducirlos en la Lenin. -El comerciante se estremeció imperceptiblemente; le brillaron los ojos. El peligro había sido tan grande...-. Supongo que no permitirá usted que esos alienígenas penetren en el Imperio. Supongo que no les permitirá subir a su nave.

Monstruos capaces de leer el pensamiento. Telépatas o no, leían el pensamiento. Bury luchaba por controlar su desesperación: si hasta el almirante Kutuzov empezaba a creer las mentiras de los alienígenas, ¿qué posibilidades tenía el Imperio? La nueva tecnología podía emocionar extraordinariamente a los miembros de la asociación de comerciantes imperiales, y sólo la Marina tenía bastante influencia para bloquear las peticiones de comercio que solicitaría la asociación. ¡Había que hacer algo!

- Me pregunto si no se dejará influir demasiado por el doctor Horvath... -dijo Bury. El almirante frunció el ceño, y Horace Bury sonrió para sí. Horvath. Esa era la clave, enfrentar a Horvath con el almirante. Alguien tenía que...

Anthony Horvath se sentía en aquel momento muy bien y muy cómodo, pese a la aceleración de una gravedad y media. La nave regalo era espaciosa y tenía incluso cuidadosos detalles de lujo entre sus innumerables maravillas. Estaba la ducha, con media docena de regaderas ajustables dispuestas en distintos ángulos y un cedazo molecular para recuperar el agua. Había una partida de comidas pajeñas precongeladas, que con ayuda de los hornos microondulares podían convertirse en una gran variedad de platos. Incluso los fracasos culinarios eran... interesantes. Había café sintético pero bueno, e incluso vino. Para mayor comodidad, la Lenin y Kutuzov estaban a tranquilizadora distancia. A bordo de la nave de combate iban todos hacinados como mercancías en una nave mercante, en cabinas atestadas y durmiendo en los pasillos, mientras Horvath paseaba allí a su antojo. Cogió el micrófono y continuó su dictado con otro suspiro de satisfacción. Todo iba bien... con las palabras...

-Gran parte de lo que construyen los pajeños tiene objetivos múltiples -decía a su computadora-. Esta nave es en sí una prueba de inteligencia, pretendiérase o no. Los pajeños aprenderán mucho sobre nuestra capacidad teniendo en cuenta el tiempo que tarda nuestra tripulación en controlar adecuadamente esta nave. Sospecho que sus propios Marrones la tendrían en marcha y perfectamente controlada en el plazo de una hora, pero hay que tener en cuenta que un Marrón no tendría ninguna dificultad para concentrarse en la maquinaria varios días seguidos. Los humanos lo suficientemente inteligentes para tales tareas las encuentran terriblemente aburridas, y tenemos por costumbre que los tripulantes hagan guardias mientras sus oficiales permanecen de servicio para resolver cualquier problema. Reaccionamos más lentamente y necesitamos personal para realizar tareas que a los pajeños individuales les parecen muy simples.

»Los pajeños nos han dicho también mucho sobre sí mismos. Por ejemplo, nosotros utilizamos humanos como respaldo de los sistemas automáticos, aunque a menudo omitamos la automatización con el fin de dar empleo constante a los humanos necesarios para emergencias, pero por lo demás superfinos. Los pajeños parecen deficientes en la tecnología de las computadoras, y rara vez automatizan algo. Por el contrario, emplean a una o más subespecies como computadoras biológicas, y parecen tener un suministro adecuado en ellas. Pero no es una opción que esté abierta a los humanos.

Hizo una pausa para pensar y miró a su alrededor.

-Ah. Luego están las estatuas.

Horvath cogió una y sonrió. Las habían colocado como soldados de juguete sobre la mesa ante él: una docena de figurillas pajeñas de plástico transparente. A través del plástico se veían los órganos internos con vividos colores y muchos detalles. Las miró de nuevo y luego frunció el ceño. Aquello tenía que llevarse de vuelta al Imperio.

En realidad, hubo de admitir, no había tanto motivo para llevar aquello. El plástico nada tenía de especial, y las estatuillas estaban registradas con todo detalle; cualquier buen formador de plástico podría programarse para producir mil en una hora. Y en realidad, aquéllas debían de haberlas hecho del mismo modo. Pero eran alienígenas, y eran un obsequio, y él las quería para su despacho, o para el museo de Nueva Escocia. ¡Que Esparta se quedase con las copias para variar!

Podía identificar la mayoría de las formas inmediatamente: Ingeniero, Mediador, Amo; la inmensa figura de un Porteador, un musculoso Ingeniero de manos anchas y fuertes y grandes pies, probablemente un Campesino. Un pequeño Relojero (¡Malditos Marrones! Dos veces maldito el almirante que no había dejado que los pajeños ayudasen a exterminarlos). Había un Médico de largos dedos y cabeza pequeña. Al lado, había un flaco Corredor que parecía todo piernas... Horvath habló de nuevo a su computadora.

-La cabeza del Corredor es pequeña, pero tiene una frente abultada. Yo creo que el Corredor no es un ser inteligente pero que tiene capacidad verbal para memorizar y transmitir mensajes. Quizás pueda seguir instrucciones elementales. El Corredor debe de haber evolucionado como portador de mensajes especializado antes de que la civilización llegase al estadio del teléfono, y se mantiene ahora por razones tradicionales más que de utilidad. Por la estructura cerebral resulta evidente que el Relojero nunca podría haber memorizado o transmitido mensajes. El lóbulo parietal está muy poco desarrollado. - Aquello era para Kutuzov.

- Estas estatuillas son sumamente detalladas -prosiguió-. Se desmontan como rompecabezas mostrando los detalles interiores. Aunque no conocemos la función de la mayor parte de los órganos internos, podemos estar seguros de que se dividen diferencialmente de modo distinto a los órganos humanos, y que es posible que la filosofía a que se atienen los pajeños para diseñar sus aparatos, sobreponiendo funciones múltiples, esté presente también en su sistema anatómico. Hemos identificado ya el corazón y los pulmones; estos últimos consisten en dos lóbulos distintos de desigual tamaño.

El capellán Hardy se abrazó al quicio cuando disminuyó la aceleración de la nave, luego se incorporó. Cuando los Ingenieros estabilizaron la velocidad entró y se sentó tranquilamente

sin hablar. Horvath le saludó con un gesto y continuó su dictado.

- La única zona en que las estatuillas son vagas e indiferenciadas es en los órganos reproductores. -Horvath sonrió e hizo un guiño al capellán; realmente estaba contento-. Los pajeños han sido siempre muy reticentes sobre la sexualidad. Estas estatuillas quizás sean muñecos educativos para los niños; desde luego fueron fabricadas en serie. Si es así (en realidad tenemos que preguntarles a los pajeños si tenemos posibilidad) quiere decir que la cultura pajeña comparte algunas similitudes con la de los humanos.

Horvath frunció el ceño. La educación sexual de los jóvenes era un problema periódico de la humanidad. A veces era algo totalmente explícito y general, y en otros períodos de la historia desaparecía del todo. En las partes civilizadas del Imperio estas cuestiones se dejaban entonces a los libros, pero había muchos planetas recién descubiertos donde todo el asunto era para los subadolescentes conocimiento prohibido.

- Por supuesto puede ser una cuestión de simple eficiencia -continuó Horvath-. Estatuas destinadas a diferenciar los órganos sexuales quizás exigiesen el triple de figurillas, unas para los machos, otras para las hembras y otras para la propia fase reproductiva. Ya indiqué que hay una sola glándula mamaria desarrollada en todas las especies, y creo que nos dijeron que todos los pajeños pueden dar de mamar a los pequeños.

Dejó de dictar y accionó varios instrumentos de la computadora. Sobre la pantalla comenzaron a fluir palabras.

- Sí. Y esta mama única está siempre del lado derecho, o al menos del lado contrario al brazo único destinado al trabajo pesado. Así pueden sostener a la cría con el brazo más fuerte, mientras quedan libres los brazos derechos para acariciarla y cuidarla; esto es muy lógico, dada la ultrasensibilidad y las densas terminaciones sensoriales nerviosas de los brazos derechos.

Carraspeó e hizo una seña a Hardy para que se sirviera algo de beber.

- La mama única de las formas superiores indica claramente que deben de ser sumamente raros los partos múltiples entre los pajeños de las castas superiores. Sin embargo, deben de darse con frecuencia en la casta de los Relojeros, o al menos debe suceder después de que la criatura ha dado a luz ya varias crías. Podemos estar seguros de que los vestigios de mamas que hay en el costado derecho de las miniaturas se convierten en órganos plenos en cierta etapa de su desarrollo; de no ser así nunca podría haberse multiplicado su número con tanta rapidez a bordo de la MacArthur. -Dejó la caja-. ¿Qué tal, David?

- Muy bien. Este juguete pajeño me tiene fascinado. Es un juego de lógica, no hay duda, y muy bueno. Un jugador elige un criterio para distribuir en categorías los distintos objetos, y los otros jugadores intentan descubrir el criterio y demostrarlo. Muy interesante.

-Ah. Quizás el señor Bury quiera comercializarlo.

- La Iglesia podría comprar unos cuantos -dijo Hardy-. Serían útiles para la formación de los teólogos. Dudo que interese mucho a la mayoría de la población. Demasiado difícil. -Miró las estatuillas y frunció el ceño-. Parece haber por lo menos una forma perdida, ¿se da cuenta?

Horvath asintió.

- El animal no inteligente que vimos en el zoo. Los pajeños no querían hablar de él cuando estábamos allí.

- Ni después -añadió Hardy-. Se lo pregunté a mi Fyunch(click) y cambió de conversación.

- Otro misterio para los futuros investigadores -dijo Horvath-. Aunque podríamos también evitar el tema en presencia de los pajeños. No deberíamos preguntar a sus embajadores, por ejemplo -hizo una pausa invitadora.

David Hardy sonrió suavemente, pero no aceptó la invitación.

- Bueno -dijo Horvath-. Sabe, no hay muchas cosas de que los pajeños no quieran hablar, y me pregunto por qué se mostrarán tan silenciosos respecto a esa casta. Estoy casi seguro de que no era un antepasado de las otras formas pajeñas... no era un mono, o un simio, como si dijésemos.

Hardy bebió un trago de coñac. Era muy bueno, y se preguntó dónde habrían conseguido los pajeños el modelo para reproducirlo. Era sin duda sintético, y Hardy pensó que podía percibir la diferencia, pero tenía que esforzarse.

- Fueron muy amables al poner esto a bordo. -Bebió de nuevo.

- Es lástima que tengamos que abandonar todo esto -dijo Horvath-. De todos modos nos va muy bien con las grabaciones y registros que estamos haciendo. Hologramas, rayos X, densidades de masa, emisiones de tadon y hemos desmontado todo lo que se desmonta para comprobar las piezas. El teniente Sinclair nos ha ayudado mucho... La Marina puede ser muy útil a veces. Me gustaría que lo fuese siempre.

- ¿Ha pensado usted en el problema desde el punto de vista de la Marina? Si usted se equivoca en sus suposiciones, pierde alguna información. Si ellos se equivocan, ponen en peligro a toda la especie.

-Vamos, por muy avanzados que estuviesen los pajeños, no hay bastantes simplemente para amenazar al Imperio. Lo sabe perfectamente, David.

- Supongo que sí, Anthony. Tampoco yo creo que los pajeños sean una amenaza. Por otra parte no puedo creer que sean tan sencillos y abiertos como usted parece creer. Por supuesto, he tenido más tiempo que usted para pensar en ellos...

- ¿Eh? -exclamó Horvath.

Le gustaba el capellán Hardy. El eclesiástico siempre tenía historias interesantes e ideas sugestivas que exponer. Por supuesto era bastante hábil con las palabras, su profesión se lo exigía, pero no era un sacerdote típico... ni tampoco un hombre de la Marina típico.

- No puedo hacer -dijo Hardy sonriendo- ninguna de mis tareas normales, sabe. ¿Arqueología lingüística? Ni siquiera he sido capaz de aprender el lenguaje pajeño. En cuanto al encargo que me hizo la Iglesia, dudo que haya pruebas suficientes para decidir nada. Mis deberes como capellán de la nave me ocupan muy poco tiempo... ¿Qué otra cosa puedo hacer más que pensar en los pajeños? -sonrió de nuevo-. Y considere el problema que tendrán los misioneros en la próxima expedición.

- ¿Cree que la Iglesia enviará una misión?

- ¿Por qué no? Desde luego, no puedo plantear ninguna objeción teológica. Sin embargo, puede que sea inútil... -Hardy rió entre dientes-. Recuerdo una historia de unos misioneros en el Cielo. Estaban discutiendo sobre su trabajo anterior, y uno se puso a hablar de los miles que había convertido. Otro a presumir de que había hecho volver a la Iglesia a todo un planeta de pecadores. Por último, se volvieron a un pequeño capellán que estaba en el extremo de la mesa y le preguntaron cuántas almas había salvado.

«Una.» Esta anécdota está destinada a ejemplificar un principio moral, pero pienso inevitablemente que las misiones a Paja Uno pueden hacerla real...

- David -dijo Horvath; había en su voz un tono de urgencia-. La Iglesia tiene que ejercer una influencia importante en la política imperial respecto a los pajeños. Y estoy seguro de que sabe que el cardenal concederá gran importancia a las opiniones que emita usted cuando informe en Nueva Roma. Supongo que se da cuenta de que lo que usted diga sobre los pajeños influirá tanto como... maldita sea, influirá más. Más que el informe científico, e incluso más quizás que el de la Marina.

- Soy consciente de ello. -Hardy se había puesto serio-. Yo no busco esa influencia, Anthony. Pero me doy cuenta de la situación.

- Está bien. -Horvath no quería presionar más. Nunca pretendía presionar demasiado, aunque a veces se olvidaba de sus intenciones.

Sin embargo desde que había ingresado en la administración científica, había tenido que aprender a luchar por sus presupuestos. Lanzó un profundo suspiro y cambió de táctica.

- Me gustaría que me ayudara usted ahora mismo en algo. Me gustaría que nos llevásemos de vuelta estas estatuillas.

- ¿Por qué no llevarnos toda la nave? -preguntó Hardy-. Me gustaría que lo hiciéramos.

Bebió más coñac y carraspeó otra vez. Era mucho más fácil hablar de los pajeños que sobre la política Imperial.

- He visto que ha prestado usted bastante atención a las zonas en blanco de las estatuillas -dijo con picardía. Horvath frunció el ceño.

- ¿De veras? Bueno, quizás. Quizás lo hiciese.

- Debió dedicar mucho más tiempo a pensar en eso. ¿No le pareció que fuese ésa otra zona de reticencia pajeña?

- En realidad no.

- Pues a mi sí. Me desconcierta.

Horvath se encogió de hombros, luego sirvió coñac para los dos. No tenía sentido escatimarlo si iban a tener que abandonarlo después.

- Probablemente piensen que sus vidas sexuales no son asunto nuestro. ¿Qué detalles les dimos nosotros sobre eso?

- Muchos. Yo tuve una vida matrimonial larga y feliz -dijo el capellán Hardy-. Quizás no sea un experto en lo que hace que sea feliz una relación amorosa, pero sé suficiente para enseñar a los pajeños todo lo que necesitan saber. No les oculté nada, y tengo entendido que Sally Fowler tampoco lo hizo. Después de todo, son alienígenas... no podemos tentarles ni hacerles desear. -Hardy sonrió.

También sonrió Horvath.

- Tiene usted razón -asintió pensativo-. Dígame, David... ¿por qué insistió el almirante en destruir los cadáveres después del funeral?

- Bueno, debería haber pensado en eso... sí. Y nadie protestó. No queríamos que los alienígenas diseccionaran a nuestros camaradas.

- Exactamente. No queríamos ocultar nada, sólo nos repugnaba el que unos alienígenas descuartizaran a hombres muertos. Es algo en lo que el Zar y yo estamos de acuerdo. Ahora, David, ¿cree usted que los pajeños piensan igual sobre su propia reproducción?

Hardy pensó unos instantes en aquello.

- Por lo que sé, no me parece imposible. Muchas sociedades humanas han sentido lo mismo respecto a las fotografías, por ejemplo. Y muchas aún lo sienten. -Bebió un trago más de coñac-. Anthony, sencillamente no lo creo. No tengo nada mejor que ofrecer, pero no creo que haya dado usted con la clave. Lo que necesitamos es una larga conferencia con un antropólogo.

- Ese maldito almirante no la quiere dejar subir a bordo -gruñó Horvath, pero dejó que la cólera pasase enseguida-. Apuesto a que ella aún está furiosa.

42
Un saco de cristales rotos

Sally no estaba furiosa. Había agotado ya su vocabulario. Mientras Hardy y Horvath y los demás examinaban alegremente los regalos pajeños, ella tenía que contentarse con holografías e informes dictados.

Ahora no podía concentrarse. Se daba cuenta de que había leído cinco veces el mismo párrafo. Dejó el informe. Maldito Rod Blaine. No tenía ningún derecho a preocuparla de aquel modo.

Alguien llamó a la puerta del camarote. Sally abrió rápidamente.

- Sí... Oh. Hola, señor Renner.

- ¿Esperaba a otra persona? -preguntó tímidamente Renner-. Pareció desilusionarse al ver que era yo. No es muy halagador.

- Lo siento. No, no esperaba a nadie ¿Decía usted algo?

- No.

- Creí que... Señor Renner, creí que decía usted «extinto».

- ¿Ha trabajado usted mucho? -preguntó Renner.

Miró el camarote. El escritorio, normalmente ordenado, estaba lleno de papeles, dibujos y copias. Sobre la cubierta de acero, junto a un mamparo, estaba tirado uno de los informes de

Horvath. Renner movió los labios en lo que podía haber sido una semisonrisa.

Sally siguió su mirada y enrojeció.

- No mucho -admitió.

Renner le había dicho que iba a visitar a Rod en su camarote, y ella esperaba que le dijese algo. Y esperó. Finalmente cedió.

- Está bien. No he hecho nada. ¿Cómo está él?

- Como un saco de cristales rotos.

- Oh -aquello la deprimía..

- Perdió su nave. Por supuesto está muy deprimido. Escuche, no permita que nadie le diga que perder una nave es como perder a una mujer. No es así. Se parece mucho más a ver destruido el planeta natal..

- Es... ¿cree que puedo hacer algo? Renner la miró fijamente.

- Extinto, le digo. Por supuesto que puede hacer algo. Puede ayudarle, echarle una mano. O simplemente sentarse con él. Si puede seguir con la mirada fija en la pared estando usted en la habitación, supongo que debemos considerarle un caso perdido. Debemos pensar que resultó alcanzado por el fuego durante la lucha.

- ¿Cómo dice? No resultó herido...

- Por supuesto que no. Quería decir que... olvídelo. Mire, basta con que llame a su puerta, ¿lo hará?

Kevin la empujó hacia el pasillo y sin saber cómo ella se encontró caminando pasillo adelante. Al volverse desconcertada, Renner le indicó la puerta.

-Yo entraré a tomar un trago.

Bueno, pensó ella. Ahora resulta que son los capitanes mercantes los que tienen que decir a los aristócratas cómo deben comportarse entre sí... No tenía sentido quedarse en el pasillo. Llamó.

-Adelante.

Sally entró rápidamente.

- Hola -dijo. Oh, Dios mío. Tiene un aspecto horrible; y ese uniforme que le sobra por todas partes... Tengo que hacer algo-. ¿Ocupado?

- No. Sólo pensaba en una cosa que dijo el señor Renner. ¿Sabía usted que en el fondo Kevin Renner cree realmente en el Imperio?

Miró a su alrededor buscando una silla. No tenía sentido que esperase a que él la invitara. Se sentó.

- Es un oficial de la Marina, ¿no?

- Oh, sí, claro que apoya al Imperio, porque si no no ocuparía ese cargo... pero quiero decir que cree realmente que nosotros sabemos lo que estamos haciendo. Sorprendente.

- ¿No lo sabemos? -preguntó ella vacilante-. Porque si no lo sabemos corre grave peligro toda la especie humana.

- Recuerdo que creía que lo sabía -dijo Rod.

Aquello parecía un poco ridículo. Había una larga lista de temas que discutir con la única chica en diez parsecs antes de tocar la teoría política.

- Tiene usted buen aspecto. ¿Cómo es posible? Debe de haberlo perdido todo.

- No, tenía mi maletín de viaje. La ropa que llevé a Paja Uno, ¿recuerda? -luego no pudo evitarlo y se echó a reír-. Rod, ¿se da cuenta del aspecto que tiene con el uniforme del capitán Mijailov? No son ustedes del mismo tamaño en ninguna dimensión. ¡Bueno! ¡Déjelo ya! No empiece a preocuparse por eso, Rod Blaine.

Llevó un rato, pero ella ganó. Lo supo cuando Rod miró los grandes pliegues que había hecho en el capote para que no pareciese una tienda de campaña. Lentamente sonrió.

- Imagino que no me citarían en la lista de hombres más elegantes de la corte del Times...

- No...

Estaban sentados en silencio y ella intentaba pensar algo que decir. Maldita sea, se decía, ¿por qué me es tan difícil hablar con él? Tío Ben dice que yo hablo demasiado, y sin

embargo no se me ocurre nada que decir.

- ¿Qué fue lo que le dijo el señor Renner?

- Me recordó mis deberes. Me había olvidado de que aún tenía algunos. Pero creo que tiene razón, la vida sigue, incluso para un capitán que ha perdido su nave... -Hubo más silencio, y el aire pareció de nuevo sofocante V pesado.

¿Y qué digo ahora?

- Llevaba usted... llevaba mucho tiempo con la MacArthur, ¿verdad?

- Tres años. Dos como oficial y uno como capitán. Y ahora la nave no existe... Será mejor que no empiece otra vez con eso. ¿Y qué ha hecho usted?

- Me lo preguntó, ¿recuerda? Estuve estudiando los datos de Paja Uno; y los informes sobre la nave que nos regalaron... y pensando en lo que podría decir para convencer al almirante de que debemos llevar con nosotros a los embajadores pajeños. Tenemos que convencerle, Rod, no hay más remedio. Me gustaría que pudiésemos hablar de otra cosa, y habrá mucho; tiempo después de abandonar el sistema pajeño. -Y pasaremos mucho tiempo juntos, además, ahora que ha desaparecido la MacArthur. Sinceramente, creo que me alegro un poco de la muerte de mi rival. Será mejor que no sospeche eso de mí-. Pero, Rod, tenemos tan poco tiempo, y no se me ocurre nada...

Blaine se rascó el puente de la nariz. ¿Cuándo dejarás de ser el Hombre de las Lamentaciones y empezarás a actuar como el futuro marqués?

- Está bien, Sally. Veremos lo que se puede hacer. Siempre que permita usted que Kelley nos sirva la cena aquí.

- De acuerdo -dijo ella con una amplia sonrisa.

43

Lamento de comerciante Horace Bury no era un hombre feliz.

Si había sido difícil tratar con la tripulación de la MacArthur, aún lo era más tratar con la de la Lenin. Eran ekaterianos, fanáticos imperiales, y se trataba además de una tripulación escogida a las órdenes de un almirante y un capitán de su mundo natal. Hubiese sido más fácil influir en las Hermandades Espartanas.

Bury sabía todo esto de antemano, pero tenía aquella desdichada necesidad de dominar y controlar su medio en cualquier circunstancia; y apenas si tenía con qué trabajar.

Su situación a bordo era aún más ambigua que antes. El capitán Mijailov y el almirante sabían que tenía que permanecer bajo el control personal de Blaine, sin que pesase sobre él ninguna acusación oficial, pero sin poder disfrutar tampoco de libertad plena. Mijailov resolvió el problema asignando como criados de Bury a varios infantes de marina y poniendo a un hombre de Blaine, Kelley, al cargo de estos soldados. Así que siempre que Bury abandonaba su camarote los soldados le seguían por toda la nave.

Intentó hablar con los tripulantes de la Lenin. Pocos le escucharon. Quizás hubiesen oído rumores de lo que podía ofrecer y temiesen que los infantes de marina de la MacArthur les denunciasen. Quizás le considerasen sospechoso de traición y le odiasen.

Un comerciante necesita paciencia, y Bury tenía más que la mayoría. Aun así, le resultaba difícil controlarse cuando no podía controlar nada más; cuando no había nada que hacer más que sentarse y esperar, su inquieto temperamento le sumía en solitarios ataques de cólera. En público, sin embargo, era capaz de controlarse siempre. Fuera de su camarote, Bury se mostraba tranquilo, relajado, resultaba un conversador hábil, agradable incluso para el almirante Kutuzov. Y quizás especialmente para él...

Esto le dio acceso a los oficiales de la Lenin, pero éstos eran muy formalistas, y cuando

él quería hablarles solían decir que estaban muy ocupados. Bury pronto descubrió que sólo había tres temas seguros: los juegos de cartas, los pajeños y el té. Si la MacArthur utilizaba como combustible el café, la Lenin se servía del té; y los bebedores de té suelen hablar más del tema, y conocerlo mejor, que los bebedores de café. Las naves de Bury comerciaban en té lo mismo que en todo lo demás que pudiese reportarles beneficios, pero él no llevaba té, ni lo bebía.

En consecuencia, Bury pasaba interminables horas jugando a las cartas: los oficiales de la Lenin y de la MacArthur se alegraban de poder sentarse con él en su camarote, siempre más despejado que la sala de oficiales. Resultaba también fácil hablar de los pajeños con los oficiales de la Lenin... siempre hablaban en grupo, pero sentían curiosidad. Después de diez meses en el sistema pajeño, la mayoría no habían visto nunca un pajeño. Todos querían oír hablar de los alienígenas, y Bury estaba dispuesto a contar cosas.

Los intervalos entre los servicios se animaban cuando Bury hablaba del mundo pajeño, de los Mediadores capaces de leer el pensamiento aunque dijesen que no podían, del zoo, del Castillo, de las fincas feudales con su aspecto de fortalezas... Bury se había dado cuenta de esto. Y la conversación pasaba a los peligros. Los pajeños no les habían vendido armas, ni siquiera se las habían mostrado, porque planeaban un ataque y pretendían sorprenderles. Habían sembrado la MacArthur con miniaturas (fue casi el primer acto del primer pajeño con quien se encontraron) y aquellos animales insidiosos y hábiles se habían apoderado de la nave y habían estado a punto de escapar con todos los secretos militares del Imperio. Sólo la vigilancia del almirante Kutuzov había impedido el desastre total.

Y los pajeños se consideraban más inteligentes que los humanos. Consideraban a los humanos animales a los que tenían que domesticar, con suavidad a ser posible, pero domesticar, convertirlos en otra casta al servicio de aquellos amos casi invisibles.

Hablaba de los pajeños y los odiaba. En su mente parpadeaban imágenes, a veces ante el simple pensamiento de un pajeño, y siempre de noche, cuando intentaba dormir. Tenía pesadillas con un traje espacial y una armadura de combate de la Marina. Se aproximaba por detrás, y a través de la placa facial, brillaban tres pares de diminutos ojos. A veces el sueño terminaba en una nube de alienígenas de seis extremidades agonizando en el vacío, flotando alrededor de una cabeza humana; y Bury se dormía. Pero a veces la pesadilla le dejaba llamando a gritos a los soldados de la Lenin, mientras las miniaturas encerradas en el traje espacial penetraban en la nave, y Bury se despertaba sudando en frío. Tenía que advertir a los ekaterinianos.

Estos le escuchaban, pero no le creían. Bury se daba cuenta. Le habían oído antes de subir a bordo, y habían oído sus gritos por la noche. Y creían que estaba loco.

Bury dio las gracias a Alá por Buckman más de una vez. El astrofísico era una persona extraña, pero Bury podía hablar con él. Al principio, la «guardia de honor» de infantes de marina que permanecía a la puerta de Bury había desconcertado a Buckman, pero al poco tiempo el científico la ignoraba como ignoraba la mayoría de las actividades inexplicables de sus semejantes.

Buckman había estudiado el trabajo de los pajeños en el Ojo de Murcheson y en el Saco de Carbón.

- ¡Excelente trabajo! Hay cosas que quiero comprobar personalmente, no estoy seguro de algunas de sus hipótesis... pero ese condenado Kutuzov no me deja utilizar los telescopios de la Lenin.

- Buckman, ¿es posible que los pajeños sean más inteligentes que nosotros?

- Bueno, los que yo traté son más inteligentes que la mayoría de la gente que conozco. Por ejemplo mi cuñado... Pero usted quiere decir en general, ¿no? -Buckman se rascó la barbilla, pensando-. Podrían ser más listos que yo. Han hecho un trabajo excelente. Pero están más limitados de lo que creen. En todos sus millones de años sólo han podido examinar de cerca dos estrellas.

La definición de inteligencia de Buckman era bastante limitada.

Bury renunció en seguida a intentar convencer a Buckman de que los pajeños eran una

amenaza. También Buckman pensaba que Bury estaba loco; pero para él estaban locos todos.

Gracias, Alá, por Buckman.

Los dos científicos civiles eran bastante cordiales pero, con la excepción de Buckman, sólo querían una cosa de Bury: un análisis de las posibilidades de comercio con los pajeños. Bury lo daba en seis palabras: ¡Cazarlos antes de que nos cacen! Hasta Kutuzov consideraba prematuro este juicio.

El almirante le escuchaba con bastante cortesía, y Bury creía que le había convencido de que había que dejar atrás a los embajadores pajeños, que sólo idiotas como Horvath subirían a un enemigo a bordo de la única nave capaz de advertir al Imperio sobre los alienígenas; pero ni siquiera esto era seguro.

En resumen, era una espléndida oportunidad para que Horace Bury practicara la paciencia. Si a veces la paciencia le abandonaba, sólo Nabil lo sabía; y Nabil estaba más allá de las sorpresas.

44
Consejo de Guerra

En la sala de oficiales de la Lenin había una fotografía del emperador. Leónidas IX miraba hacia la larga mesa de madera, y a ambos lados de su imagen había banderas imperiales y estandartes de guerra. Colgaban de los mamparos cuadros de batallas navales de la historia de ambos imperios, y en un rincón ardía una vela ante un icono de Santa Katerina. Había incluso un sistema de ventilación especial para que siguiera ardiendo en gravedad cero.

David Hardy no podía evitar una sonrisa ante aquel icono. La idea de una imagen como aquélla a bordo de una nave con aquel nombre resultaba divertida; suponía que o bien

Kutuzov no sabía nada de la historia del comunismo (después de todo, había sido hacía mucho tiempo), o sus simpatías nacionalistas rusas le cegaban. Probablemente fuese lo primero, pues para la mayoría de los imperiales Lenin era el nombre de un héroe del pasado, un hombre conocido por la leyenda pero no con detalle. Había muchos así: César, Ivan el Terrible, Napoleón, Churchill, Stalin, Washington, Jefferson, Trotsky, todos más o menos contemporáneos (salvo para historiadores cuidadosos); vista desde suficiente distancia, la historia preatómica tiende a mezclarse.

La sala de oficiales comenzó a llenarse al entrar científicos y oficiales y ocupar sus puestos. Los infantes de marina reservaron dos asientos, la cabecera de la mesa y el situado inmediatamente a su derecha, aunque Horvath había intentado ocupar aquel asiento. El Ministro de Ciencias se encogió de hombros cuando los infantes de marina se lo impidieron hablándole en ruso, y se fue al otro extremo, donde desplazó a un biólogo, luego mandó retirarse a otro científico del lugar situado a su derecha e invitó a sentarse allí a David Hardy. Si el almirante quería jugar a los prestigios, allá él; pero Anthony Horvath sabía también algo del tema.

Observó cómo iban entrando los demás. Cargill, Sinclair y Renner entraron juntos. Luego Sally Fowler y el capitán Blaine... extraño, pensó Horvath, que Blaine pudiese entrar ahora en un salón lleno de gente sin ningún ceremonial. Un infante de marina indicó asientos a la izquierda de la cabecera de la mesa, pero Rod y Sally se sentaron hacia la mitad. Él podía permitírselo, pensó Horvath. Había nacido para su cargo. Bien, mi hijo podrá hacerlo también. Mi trabajo en esta expedición será suficiente para que se me incluya en la próxima lista de honores...

- ¡Atención!

Los oficiales se levantaron, y también la mayoría de los científicos. Horvath lo pensó un momento y se levantó también. Miró a la puerta, esperando al almirante, pero el único que entró fue el capitán Mijailov. Así que tendremos que pasar por esto dos veces, pensó Horvath.

El almirante le engañó. Llegó justo cuando Mijailov alcanzaba su asiento, y murmuró:

- Continúen, caballeros -tan rápidamente que el infante de marina no tuvo posibilidad de

anunciarle. Si alguien quería desairar a Kutuzov, tendría que buscar otra oportunidad.

- El teniente Borman leerá las instrucciones de la expedición -dijo fríamente Kutuzov.

- Sección doce. Consejo de Guerra. Párrafo primero. El vicealmirante al mando pedirá consejo al equipo científico y a los primeros oficiales de la MacArthur, salvo cuando la dilación ponga en peligro, ajuicio del almirante y sólo de él, la seguridad de la nave de combate Lenin.

«Párrafo dos. Si el jefe del equipo científico de esta expedición no estuviese de acuerdo con el vicealmirante al cargo, debe convocar un Consejo de Guerra para que aconseje al almirante. El jefe del equipo científico puede...

- Eso es suficiente, teniente Borman -dijo Kutuzov-. Siguiendo esas órdenes, y a petición formal del Ministro de Ciencias Horvath, se convoca este Consejo de Guerra para que asesore sobre la petición que han hecho los alienígenas de visitar el Imperio. Todo lo que aquí se diga quedará registrado. Puede usted empezar cuando quiera, señor Horvath.

Demonios, pensó Sally. Este ambiente es como el del presbiterio de San Pedro durante la misa mayor en Nueva Roma. El protocolo debe intimidar a todos los que no estén de acuerdo con Kutuzov.

- Gracias, almirante -dijo cortésmente Horvath-. Dado que la sesión puede ser larga (después de todo, señor, estamos discutiendo lo que puede ser la decisión más importante que todos nosotros hayamos tomado), creo que debemos pedir algo de beber. ¿No podría proporcionarnos su gente café, capitán Mijailov?

Kutuzov frunció el ceño, pero no había razón alguna para rechazar la petición.

Además rompía el hielo entre los que llenaban el compartimiento. Con los camareros y el olor del café y del té en el aire, se evaporaba gran parte de la rigidez protocolaria, tal como Horvath pretendía.

- Gracias. -Horvath estaba radiante-. Ahora, tal como todos saben, los pajeños nos han pedido que permitamos que envíen tres embajadores al Imperio. Esta embajada tendrá, me han dicho, plena autoridad para representar a la civilización pajeña, para firmar tratados de amistad y comercio, aprobar programas científicos comunes... no hace falta que siga. Las ventajas de llevarles ante el Virrey supongo que son evidentes. ¿No están de acuerdo?

Hubo un murmullo de aprobación. Kutuzov se mantenía tieso, los ojos oscuros achicados bajo las tupidas cejas, la cara una máscara moldeada con áspera arcilla.

- Sí -dijo Horvath-. Creo que es evidente que, si tenemos un medio de hacerlo, debemos tratar con toda cortesía a los embajadores pajeños. ¿No está de acuerdo, almirante Kutuzov?

Cazado en su propia trampa, pensó Sally. Esto se graba... tendrá que comportarse.

- Hemos perdido la MacArthur -dijo Kutuzov ásperamente-. Sólo nos queda esta nave. Doctor Horvath, ¿no estaba usted presente en la conferencia en la que el Virrey Merrill planeó esta expedición?

- Sí...

-Yo no, pero me la han contado. ¿No quedó claro entonces que no debía subir a bordo de esta nave ningún alienígena? Son órdenes directas del propio Virrey.

- Bueno... sí, señor. Pero el contexto indicaba claramente lo que el Virrey quería decir. No podría permitirse el acceso de alienígenas a la Lenin siempre que resultase evidente su hostilidad; así, hiciesen lo que hiciesen, la Lenin estaría segura. Pero sabemos muy bien que los pajeños no son hostiles. En las instrucciones finales de la expedición, Su Alteza deja la decisión al criterio de usted; no existe, pues, una prohibición oficial.

- Pero la decisión se dejó a mi criterio -dijo Kutuzov triunfalmente-. No entiendo por qué es diferente a las instrucciones verbales. Capitán Blaine, usted estaba presente: ¿me equivoco al suponer que Su Alteza dijo «que en ninguna circunstancia» abordarían los alienígenas la Lenin?

Rod tragó saliva.

- Sí, señor, pero...

- Creo que no hay más que hablar -le cortó el almirante.

- Oh, no -dijo suavemente Horvath-. Capitán Blaine, estaba usted a punto de continuar.

Hágalo, por favor.

La sala de oficiales quedó en silencio. ¿Lo conseguirá?, se preguntaba Sally. ¿Qué puede hacerle el Zar? Puede ponerle las cosas difíciles en la Marina, pero...

- Sólo iba a decir, almirante, que Su Alteza no estaba tanto dando órdenes como indicando directrices. Creo que si hubiese pretendido obligarle a usted con ellas, no lo habría dejado a su discreción, señor. Lo habría incluido en las órdenes.

Muy bien, exclamó Sally silenciosamente.

Los ojos de Kutuzov se achicaron aún más. Pidió un té con un gesto a un camarero.

- Creo que subestima usted la confianza de Su Alteza en su juicio -dijo Horvath. Sonaba a falso y se dio cuenta inmediatamente. Podía haberlo dicho cualquier otro,

Hardy o Blaine, pero Horvath tenía miedo a lo que pudiesen decir ambos en aquella reunión. Eran los dos demasiado independientes.

- Gracias -dijo el almirante con una sonrisa-. Quizás confiase más en mí que en usted, doctor. Sí. Ha demostrado usted que puede obrar contra los deseos expresos del Virrey. Desde luego, yo no actuaré tan a la ligera. Y aún tiene usted que convencerme de que sea necesario. Puede volver otra expedición a por los embajadores.

- ¿Enviarán otros después de un ultraje como éste? -estalló Sally. Todos la miraron-. Los pajeños no ha pedido tanto, almirante. Y su petición es muy razonable.

- ¿Cree usted que se ofenderán si la rechazamos?

- No... no sé, almirante. Pudiera ser. Sí. Que se ofendieran mucho. Kutuzov asintió, como si pudiese entenderlo.

- Quizá sea menor el riesgo que se corre dejándoles entrar aquí, señora. Teniente Cargill. ¿Hizo usted el estudio que le pedí?

- Lo hice, señor -contestó con entusiasmo Jack Cargill-. El almirante me pidió que supusiera que los pajeños tienen los secretos del Impulsor y del Campo y que calculase su potencia militar en función de eso. He calculado su fuerza naval...

Hizo un gesto a un oficial y apareció un gráfico en la pantalla de intercomunicación de la sala de oficiales.

Se volvieron las cabezas y hubo un momento de sorprendido silencio. Alguien lanzó una exclamación. «¿Tantos?»... «¡Dios mío!»... «Pero eso es más que la flota del sector»...

Las curvas se elevaban abruptamente al principio, mostrando la relación entre naves de pasajeros y de carga pajeñas y naves de la Marina. Luego, se igualaban, pero más tarde empezaban a subir de nuevo.

- Puede verse que la amenaza es muy grave -dijo suavemente Cargill-. Dentro de dos años, los pajeños podrían reunir una flota que constituiría un serio desafío para toda la Marina imperial.

- Eso es ridículo -protestó Horvath.

- No lo es, señor -contestó Cargill-. He sido muy prudente en mis cálculos de su capacidad industrial. Tenemos las lecturas de neutrino y un buen cálculo de su generación energética (número de plantas de fusión, producción térmica), y supuse un nivel de eficiencia no superior al nuestro, aunque sospecho que sería más elevado. No hay duda de que les sobran trabajadores especializados.

- ¿Y dónde van a conseguir los metales? -preguntó De Vandalia; el geólogo parecía desconcertado-. Han minado todo el planeta, y, si hemos de creer lo que nos dijeron, todos los asteroides.

- Pueden transformar los metales existentes. Artículos de lujo. Vehículos de transporte superfluos. En este momento, todos los Amos tienen una flota propia de automóviles y camiones que podrían fundirse. Carecen de algunas cosas, pero recordemos que los pajeños tienen todos los metales de un sistema planetario completo ya extraídos. - Cargill hablaba de corrido, como si esperase ya aquella objeción-. Una flota exige mucho metal, pero en realidad no es mucho comparando con los recursos de toda una civilización industrial.

- ¡Muy bien, de acuerdo! -replicó Horvath-. Acepto los cálculos que ha hecho usted. Pero ¿por qué demonios considera que son unas cifras amenazadoras? Los pajeños no son una

amenaza.

Cargill pareció enojarse.

- Es un término técnico. «Amenaza» en los servicios secretos alude a la capacidad...

-Y no a las intenciones. Eso ya nos lo ha dicho. Almirante, todo esto significa que haremos bien en ser corteses con esos embajadores, para que no se dediquen a construir naves de guerra.

- Mi interpretación no es ésa -dijo Kutuzov.

Parecía menos imperioso ahora; su voz tenía una modulación más suave, bien porque quería convencer a los otros, o bien porque se sentía más confiado, era algo que no estaba claro.

- Significa, a mi juicio -continuó-, que hemos de tomar todas las precauciones para evitar que los pajeños descubran el secreto del Campo Langston.

Hubo más silencio. Los gráficos de Cargill eran estremecedores en su sencillez. La flota pajeña era potencialmente mayor que las de todos los exteriores y rebeldes del sector unidas.

- Rod... ¿tiene razón? -preguntó Sally.

- Las cifras son correctas -murmuró hoscamente Blaine-. Pero... bien. Veamos - alzó la voz-. Almirante, de todos modos estoy seguro de que podemos proteger el Campo.

Kutuzov se volvió en silencio hacia él y le miró expectante.

- Primero, señor -dijo Rod cautamente-, existe el riesgo de que los pajeños hayan descubierto ya el secreto. Por las miniaturas. -Se pintó en su cara una mueca de dolor, y tuvo que esforzarse para no rascarse el puente de la nariz-. No creo que lo hayan conseguido, pero es posible. Segundo, pueden haberlo obtenido de los guardiamarinas perdidos. Tanto Whitbread como Staley sabían suficiente para facilitarles un buen principio...

- Sí. El señor Potter sabía más -secundó Sinclair-. Era un tipo muy estudioso, señor.

«Ridículo»... «Tan paranoico como el Zar»... «Está muerto.» Hablaban a la vez varios civiles. Sally se preguntaba qué estaba haciendo Rod, pero permanecía callada.

- Por último, los pajeños saben que existe el Campo. Todos hemos visto lo que son capaces de hacer... superficies sin fricción, permeabilidades diferenciales, reordenación de estructuras moleculares. ¡Consideren lo que hicieron las miniaturas con el generador de la MacArthur! Con sinceridad, almirante, dado que saben que el Campo es posible, es sólo cuestión de tiempo el que sus Ingenieros lo construyan. Por tanto, si bien la protección de nuestros secretos tecnológicos es importante, no puede ser la única consideración.

Hubo más cuchicheos nerviosos alrededor de la mesa, pero el almirante no escuchaba; parecía pensar en lo que había dicho Rod.

Horvath tomó aliento para hablar, pero se controló. Blaine había sido el Primero en conseguir impresionar visiblemente al almirante, y Horvath era lo bastante realista para saber que cualquier cosa que dijese sería rechazada automáticamente. Hizo una señal a Hardy.

- David, ¿puedes decir tú algo? -suplicó.

- Podemos tomar todas las precauciones que quiera -proclamó Sally-. Ellos aceptan la historia de la plaga, la crean o no. Dicen que sus embajadores están dispuestos a someterse a cuarentena... Supongo que no podrán eludir a los hombres de su servicio de seguridad, almirante. Y además, puede usted saltar tan pronto como suban a bordo.

- Eso es cierto -dijo Hardy pensativo-. Por supuesto, podemos irritar a los pajeños aún más tomando a sus embajadores... y no devolviéndolos nunca.

- ¡Nosotros no haríamos eso! -protestó Horvath.

- Podríamos hacerlo, Anthony. Sea realista. Si Su Majestad decide que los pajeños son peligrosos y la Marina que saben demasiado, jamás se les permitirá volver.

- En consecuencia, no hay ningún riesgo -dijo rápidamente Sally-. Ninguna amenaza para la Lenin de unos pajeños sometidos a cuarentena. Almirante, estoy segura de que es menos arriesgado llevarlos. De ese modo, no nos exponemos a ofenderles hasta que el príncipe Merrill, o Su Majestad, decidan sobre su futuro.

- Hum -Kutuzov bebió un sorbo de té. Había interés en sus ojos-. Es usted persuasiva, señora. Lo mismo que usted, capitán Blaine -hizo una pausa-. El señor Bury no fue invitado a

esta conferencia. Creo que es momento de oírle. Contramaestre, traiga usted a Su Excelencia a la sala de oficiales.

- ¡Da, almirante!

Esperaron. Varias conversaciones en murmullos alrededor de la mesa rompieron el silencio.

- Rod, estuvo usted muy bien -Sally resplandecía. Se inclinó y le estrechó la mano por debajo de la mesa-. Gracias.

Entró Bury, seguido de los inevitables infantes de marina. Kutuzov hizo una seña y se retiraron, dejando al parpadeante Bury al fondo del salón. Cargill se levantó para indicarle un lugar en la mesa.

Bury escuchó atentamente el resumen que hizo el teniente Borman de las discusiones. Si le sorprendió lo que oía, no lo demostró, pues su expresión se mantuvo cortésmente interesada.

- Solicito su consejo, Excelencia -dijo Kutuzov cuando acabó Borman-. Confieso que no deseo que esas criaturas suban a mi nave. Sin embargo, a menos que constituyan una amenaza para la seguridad de la Lenin, no creo que mi negativa esté justificada.

-Ah -Bury se mesó la barba mientras intentaba poner en orden sus pensamientos-. ¿Saben ustedes que en mi opinión los pajeños son capaces de leer el pensamiento?

- ¡Qué ridiculez! -exclamó Horvath.

- No es ninguna ridiculez -replicó Bury. Su voz era suave y lisa-. Quizás sea improbable, pero hay pruebas de una capacidad humana bastante insospechada. - Horvath comenzó a decir algo, pero Bury continuó suavemente-: No pruebas concluyentes, desde luego, pero son pruebas. Y cuando digo leer el pensamiento, no quiero decir necesariamente telepatía. Consideren la habilidad de los pajeños en el estudio de los humanos individuales, que es tal que pueden literalmente interpretar el papel de esa persona; interpretarlos tan bien que sus amigos no pueden apreciar la diferencia. Sólo la apariencia les traiciona. ¿Cuántas veces han visto a los soldados obedecer automáticamente las órdenes de un pajeño que imitaba a un oficial?

- Hable usted claro -pidió Horvath. Con aquello apenas podía argumentar; lo que Bury decía era del dominio público.

- En consecuencia, hagan esto por telepatía o por una identificación perfecta con los seres humanos, leen el pensamiento. Son, por lo tanto, las criaturas más persuasivas que puedan imaginarse. Saben exactamente cuáles son nuestras motivaciones, y exactamente qué argumentos esgrimir.

- ¡Por amor de Dios! -explotó Horvath-. ¿Quiere decir que van a convencernos hablando de que les demos la Lenin?

- ¿Puede usted estar seguro de que no pueden? ¿Absolutamente seguro, doctor? David Hardy carraspeó. Todos se volvieron al capellán, y esto pareció ponerle un poco nervioso. Luego sonrió.

- Siempre supe que el estudio de los clásicos tendría algún valor práctico. ¿Conoce alguno de ustedes la República de Platón? No, por supuesto que no. Bien, en la primera página, Sócrates, al que se consideraba el más persuasivo de todos los hombres, se entera por sus amigos de que o bien permanece toda la noche con ellos por su voluntad, o bien lo hará por la fuerza. Sócrates pregunta razonablemente si no hay una alternativa... ¿podría persuadirles de que le dejasen irse a casa? La respuesta, por supuesto, es que no podría porque sus amigos no le escucharían.

Hubo un breve silencio.

- Oh -dijo Sally-. Por supuesto. Si los pajeños no conociesen nunca al almirante Kutuzov o al capitán Mijailov (o a ninguno de los miembros de la tripulación de la Lenin), ¿cómo iban a contarles nada? Supongo, señor Bury, que no creerá que podrían inducir a la tripulación de la MacArthur a amotinarse.

Bury se encogió de hombros.

- Señora, con todos los respetos, ¿ha pensado usted lo que pueden ofrecer los pajeños?

Más riqueza de la que existe en todo el Imperio. Muchos hombres se han dejado corromper por mucho menos...

Y usted también lo ha hecho, pensó Sally.

- Si son tan eficientes, ¿por qué no lo han hecho ya? -la voz de Kevin Renner tenía un tono burlón, que bordeaba la insubordinación. Como iba a abandonar el servicio tan pronto como regresaran a Nueva Escocia, Renner podía permitirse cualquier cosa de la que no se le pudiese acusar oficialmente.

- Puede que aún no hayan necesitado hacerlo -contestó Bury.

- Lo más probable es que no puedan hacerlo -replicó Renner-. Y si pudieran leer el pensamiento, tendrían ya todos nuestros secretos. Tuvieron a Sinclair, que sabe arreglarlo todo en la Marina... tenían un Fyunch(click) asignado al señor Blaine, que debió de enterarse de todos los secretos políticos...

- Nunca estuvieron en contacto directo con el capitán Blaine -le recordó Bury.

- Tenían a la señorita Fowler, la tuvieron durante el tiempo que la necesitaron. - Renner rió entre dientes por algún chiste personal-. Ella debe de saber más sobre política imperial que la mayoría de nosotros. Señor Bury, los pajeños son buenos, pero no tanto, en la persecución o en la lectura del pensamiento.

- Me siento inclinado a darle la razón al señor Renner -añadió Hardy-. Aunque, desde luego, las precauciones sugeridas por la señorita Fowler serían adecuadas. Contacto con los alienígenas limitado a un puñado de elegidos: yo mismo, por ejemplo. Dudo que pudieran corromperme, pero aunque pudiesen, yo no tengo ninguna autoridad de mando. El señor Bury, si él aceptase. No, sugiero, el doctor Horvath o cualquier otro científico con acceso a equipo complejo, y ningún soldado salvo bajo supervisión directa y por intercomunicador. Quizás resulte duro para los pajeños, pero creo que la Lenin no correría mucho peligro.

- Hummm. Bien, ¿señor Bury? -preguntó Kutuzov.

- Pero... ¡Les aseguro que son peligrosos! Tienen una capacidad tecnológica increíble. Por la misericordia de Alá, ¿quién sabe lo que pueden construir a partir de objetos inofensivos? Armas, equipo de comunicación, sistemas de escape... -Bury ya no mantenía la calma y luchaba por contenerse.

- Retiro la sugerencia de que se dé acceso a los pajeños al señor Bury -dijo Hardy vigorosamente-. Dudo que sobreviviesen a la experiencia. Disculpe, Excelencia.

Bury murmuró en arábigo. Comprendió demasiado tarde que Hardy era lingüista.

- Oh, seguro que no -dijo Hardy con una sonrisa-. Conozco a mis antepasados mucho mejor que eso.

-Ya lo veo, almirante -dijo Bury-. Veo que no he sido suficientemente persuasivo. Lo siento, porque por una vez no me impulsaba nada más que el bienestar del Imperio. Si buscase sólo los beneficios... comprendo perfectamente el comercio potencial y la riqueza que podrían reportarnos nuestras relaciones con los pajeños. Pero les considero el mayor peligro con que se haya enfrentado la raza humana.

- Da -dijo decididamente Kutuzov-. En esto quizá estemos de acuerdo si añadimos una palabra: peligro potencial, Excelencia. Lo que aquí consideramos es riesgo menor, y a menos que haya un riesgo para la Lenin estoy convencido de que es menor riesgo transportar a esos embajadores en las condiciones convenidas por el capellán Hardy. Doctor Horvath, ¿está usted de acuerdo?

- Si no hay otro medio de tratar con ellos, sí. Pero me parece vergonzoso hacerlo así...

- Bah. Capitán Blaine, ¿está usted de acuerdo?

Blaine se rascó la punta de la nariz.

- Sí, señor. Llevarlos es el menor riesgo... si los pajeños son una amenaza, podremos probarlo, y podemos aprender algo de los embajadores.

- ¿Señora?

- Estoy de acuerdo con el doctor Horvath...

- Gracias -Kutuzov parecía estar chupando limones; tenía la cara crispada como si pasase por un calvario-. Capitán Mijailov. Disponga las cosas para que se confine a los

pajeños en lugar seguro. El pretexto es el peligro de infección, pero se ocupará usted de que no puedan escapar. Capitán Blaine, informará a los pajeños que subiremos a bordo a sus embajadores, pero puede que no quieran venir cuando sepan las condiciones. Sin herramientas, sin armas, el equipaje debe ser inspeccionado y sellado, y no podrán disponer de él durante el trayecto. Ninguna miniatura ni otras castas inferiores, sólo diplomáticos. Den las razones que quieran, pero estas condiciones no están sujetas a cambio. -Se levantó bruscamente.

Almirante, ¿y la nave obsequio? -preguntó Horvath-. No podemos tomar...

Su voz se apagó, porque no había nadie con quien hablar... El almirante había salido de la sala de oficiales.

45
El Salto de Eddie el Loco

Kutuzov le llamaba el punto Alderson. Los refugiados de la MacArthur solían llamarle el punto de Eddie el Loco, y algunos tripulantes de la Lenin estaban adquiriendo el mismo hábito. Estaba sobre el plano del sistema pajeño, y era bastante difícil de encontrar. Esta vez no habría problema.

- Limítese a proyectar la ruta de la nave pajeña hasta la intercesión de la línea recta entre la Paja y el Ojo de Murcheson -dijo Renner al capitán Mijailov-. Se acercará usted bastante, señor.

- ¿Tan eficiente es la astronavegación pajeña? -preguntó incrédulo Mijailov.

- Sí, para volverle a uno loco. Pero pueden hacerlo; con una aceleración constante.

- Hay otra nave que se dirige a ese punto desde la Paja -dijo Kutuzov; se adelantó al capitán Mijailov para ajustar los controles a la pantalla del puente, y frente a ellos brillaron los vectores-. Llegará mucho antes de irnos nosotros.

- Es una nave cisterna -dijo con firmeza Renner-. Y apuesto cualquier cosa a que la nave que lleva a los embajadores es ligera, transparente y tan evidentemente inofensiva que nadie podría sospechar nada de ella, señor.

- Quiere usted decir que ni siquiera yo -dijo Kutuzov; Renner vio que ninguna sonrisa acompañaba a las palabras-. Gracias, señor Renner. Continuará usted ayudando al capitán Mijailov.

Habían dejado atrás los asteroides troyanos. Todos los científicos que iban a bordo querían los telescopios de la Lenin para examinar aquellos asteroides, y el almirante no puso ninguna objeción. No estaba claro si temía un ataque final desde los asteroides, o si compartía el deseo que tenían los civiles de saberlo todo sobre los pajeños, pero Buckman y los demás tuvieron su oportunidad.

Buckman pronto perdió interés. Los asteroides estaban totalmente civilizados y sus órbitas eran artificiales. No servían de gran cosa. Pero los otros no compartían ese punto de vista. Observaban la luz de los impulsores de fusión pajeños, medían los flujos de neutrino de las estaciones energéticas, veían flecos de luz que mostraban un espectro oscuro alrededor de las bandas verdes de clorofila y se preguntaban si había allí, bajo cúpulas inmensas, granjas... Era la única conclusión posible. Y toda roca lo bastante grande para verse tenía el cráter único característico que demostraba concluyentemente que el asteroide había sido trasladado.

En una ocasión Buckman recuperó su interés. Había estado examinando las órbitas de los asteroides como un favor a Horvath. De pronto se quedó con los ojos en blanco. Luego tecleó febrilmente códigos en la computadora y observó los resultados.

- Increíble.

- ¿Qué es increíble?-preguntó paciente Horvath.

- La Colmena de Piedra estaba absolutamente fría.

- Sí. -Horvath tenía experiencia en sacarle información a Buckman.

- Supongamos que el resto de los asteroides lo están. Lo creo. Esas órbitas son

perfectas... aunque la proyectáramos adelante o atrás lo que quisiéramos, jamás habría colisiones. Esas cosas pueden llevar ahí mucho tiempo.

Horvath continuó hablando consigo mismo. ¿Qué antigüedad tenía aquella civilización asteroidal? ¡Buckman pensaba en ciclos vitales estelares! No era extraño que la Colmena de Piedra se hubiese enfriado: los pajeños no hacían correcciones orbitales. Simplemente colocaron los asteroides donde los querían...

Bueno, pensó, es hora de volver a la nave regalo. No tardaremos mucho en tener que abandonarla... ¿Hará algún progreso Blaine?

Rod y Sally conferenciaban en aquel momento con el almirante. Estaban reunidos en el puente; que Rod supiese, sólo el almirante y su camarero habían visto alguna vez el interior del camarote de Kutuzov. Posiblemente ni el almirante, pues al parecer siempre estaba en el puente, sin perder de vista las pantallas, perpetuamente acechando una posible traición pajeña.

- Es una lástima -decía Kutuzov- Esa nave sería valiosa. Pero no podemos arriesgarnos a subirla a bordo. Sus mecanismos... ¿quién sabe la fusión que tiene? Y además estarían aquí los pajeños para aprovechar la ocasión...

-Así es, señor -confesó Rod cordialmente; dudaba que la nave obsequio significase una amenaza, pero tenía mecanismos que ni siquiera Sinclair era capaz de entender-. Estaba pensando en algunos de los otros artefactos. Piezas pequeñas. Esas estatuillas que tanto le gustan al capellán Hardy. Podríamos sellarlo todo en plástico, luego fundirlo todo en recipientes de acero y emplazarlo sobre el casco, dentro del Campo. Si los pajeños consiguen algo después de esas precauciones, quizá sea mejor que no volvamos a casa.

- Hum -el almirante se rascó la barbilla-. ¿Cree usted valiosos esos artefactos?

- Sí, señor. -Cuando Kutuzov decía valioso, quería decir algo distinto a lo que querían decir Sally o Horvath-. Cuanto más sepamos sobre la tecnología pajeña, mejores cálculos de amenaza podremos hacer Cargill y yo, señor.

- Da. Capitán, quiero su opinión sincera. ¿Qué piensa de los pajeños?

Sally hubo de hacer un esfuerzo para controlarse. No sabía lo que iba a decir Rod, que estaba demostrando ser todo un genio manejando al almirante.

- Puede decirse que estoy de acuerdo tanto con el doctor Horvath como con usted, señor -dijo Rod, encogiéndose de hombros; al ver que Kutuzov enarcaba las cejas, Rod se apresuró a añadir-: Podrían ser el mayor peligro que hayamos afrontado los hombres, o la mayor oportunidad potencial. O ambas cosas. Pero cuanto más sepamos sobre ellos, mejor... siempre que tomemos precauciones contra los peligros.

- Bien, capitán. Yo valoro su opinión. ¿Asumiría usted personalmente la responsabilidad de neutralizar cualquier amenaza de los artefactos pajeños que cojamos de esa nave? Quiero algo más que obediencia. Exigo su colaboración, su palabra de que no correrá ningún riesgo.

Esto no me hará muy popular ante Horvath, reflexionó Rod. Al principio el Ministro de Ciencias se alegrará de poder cogerlo todo; pero no tardará en querer algo de lo que yo no puedo estar seguro.

- De acuerdo, señor. Iré allí y lo veré por mí mismo. Bueno... necesitaré a la señorita Fowler.

Kutuzov achicó los ojos, mirándole.

- Bien. Será usted responsable de su seguridad.

- Por supuesto.

- Está bien. Adelante.

Cuando Rod y Sally dejaron el puente, el teniente Borman miró con curiosidad a su almirante. Se preguntó si estaría sonriendo. No, por supuesto que no. Era sencillamente imposible.

Si hubiese habido un oficial de rango superior al de Blaine presente en aquel momento. Kutuzov podría haberse explicado, pero no podía hablar de un capitán (y futuro marqués) con Borman. Lo que podía haber dicho, sin embargo, era: «Merece la pena arriesgar a la señorita Fowler para mantener activo a Blaine. Cuando no se pone a cavilar, es un buen oficial».

Kutuzov podía no abandonar nunca el puente, pero la moral de sus oficiales formaba parte de sus deberes; y se lo tomaba muy en serio, como todos los deberes.

Empezaron a producirse conflictos inmediatamente, claro. Horvath lo quería todo, y suponía a Rod dispuesto a burlar al almirante; cuando descubrió que se tomaba en serio su promesa, terminó la luna de miel. A medio camino entre la cólera y las lágrimas, vio a la tripulación de Blaine que empezaba a desmontar la nave obsequio, arrancando delicados engranajes (cortando a veces al azar por si los pajeños hubiesen previsto lo que harían los humanos) y empaquetando los recipientes de plástico.

Para Rod fue aquél un nuevo período de actividad útil y además con Sally de compañera. Podían hablar durante horas seguidas cuando trabajaban. Podían beber coñac e invitar al capellán Hardy. Rod empezó a aprender algo de antropología escuchando a Sally y a Hardy discutir sobre sutilezas teóricas del desarrollo cultural.

Cuando estaban ya próximos al punto de Eddie el Loco, Horvath se puso casi frenético.

- Es usted igual que el almirante, Blaine -le dijo mientras veía a un técnico aplicar una máquina de soldar a un engranaje que generaba el campo complejo que alteraba las estructuras moleculares de otra cafetera mágica.

-Ya tenemos una de ésas a bordo de la Lenin. ¿Qué daño nos haría otra?

- La que tenemos no fue diseñada por pajeños que supiesen que iba a estar a bordo de la nave de combate -contestó Sally-. Ésta es distinta...

- Los pajeños siempre hacen cosas distintas -replicó Horvath-. Y usted es la peor de todos... más cauta que Blaine, Dios mío. Creía conocerla mejor.

Ella sonrió y se volvió.

- Mejor que corte también por allí -dijo al técnico.

- De acuerdo, señorita. -El técnico espacial cambió de sitio y empezó otra vez.

- Bah -Horvath salió de estampida a buscar a David Hardy. El capellán había asumido el papel de purificador, lo que no dejaba de ser justo; sin él, habrían cesado las comunicaciones en el transbordador en unas horas.

El técnico espacial terminó de separar el engranaje y lo empaquetó en una caja. Derramó plástico alrededor y selló la tapa.

- Hay que colocar un recipiente de acero fuera, señor. Yo lo soldaré.

- Bien. Adelante -le dijo Blaine-. Ya lo inspeccionaré más tarde. El técnico abandonó la cabina, y entonces Blaine se volvió a Sally:

- Sabes, no me había fijado, pero Horvath tiene razón. Eres más cauta que yo. ¿Por qué?

- No te preocupes por eso -dijo ella, y se encogió de hombros.

- No lo haré, entonces.

-Ahí tenemos esa protoestrella de Buckman -dijo; dio las luces, cogió a Rod de la mano y lo condujo hacia la escotilla de visión-. No me canso de mirarla.

Sus ojos tardaron unos segundos en ajustarse, pero luego el Saco de Carbón dejó de ser sólo negrura interminable. Después aparecieron los rojos y hubo un pequeño torbellino de rojo sobre negro.

Estaban muy juntos. Últimamente solían estarlo, y a Rod le agradaba. Recorrió la espina dorsal de ella con los dedos hasta que se dio cuenta de que estaba rascándole suavemente detrás de la oreja izquierda.

- Tendrás que hablar muy pronto con los embajadores pajeños -dijo ella-. ¿Has pensado lo que vas a decirles?

- Más o menos. Quizás hubiese sido mejor darles algún aviso, pero bueno, quizás sea más seguro al estilo del almirante.

- Dudo que sea muy distinto. Será hermoso volver a donde hay más estrellas. Me pregunto... Rod, ¿cómo piensas que serán los embajadores pajeños?

- Ni idea. Supongo que lo sabremos muy pronto. Hablas demasiado.

- Eso dice siempre mi tío Ben.

Callaron largo rato.

- Preparados. Llegan a bordo.

-ABRAN LAS ESCOTILLAS DE LA CUBIERTA HANGAR. SAQUEN LOS REMOLCADORES.

- PREPAREN LAS CABINAS.

El aparato descendió a las entrañas de la Lenin. Había otro bote con el equipaje de los pajeños; todo, incluso los trajes de presión que habían usado los pajeños a bordo, había sido transferido a otro bote. El vehículo de pasajeros aterrizó en las cubiertas de acero con un clunk.

- ¡Compañía de la nave, ATENCIÓN!

- ¡Infantes de marina, PRESENTEN ARMAS!

La cámara neumática se abrió y todo un coro de contramaestres hicieron sonar las gaitas. Apareció una cara marrón-y-blanca. Luego otra. Cuando los dos Mediadores salieron, apareció el tercer pajeño.

Era un blanco puro, con matas sedosas en los sobacos, y un tono gris alrededor del hocico y manchas por el torso.

- Un Amo viejo -susurró Blaine a Sally. Ella asintió. El impacto de los rayos cósmicos sobre los folículos capilares tenía los mismos efectos en los pajeños que en los humanos. Horvath avanzó hasta el final de la línea de infantes de marina y auxiliares.

- Bienvenidos a bordo -dijo-. Me alegro de verles... éste es un momento histórico.

- Esperamos que para ambas razas -contestó el primer Mediador.

- En nombre de la Marina les doy la bienvenida a bordo -dijo Rod-. Debo pedir disculpas por las preocupaciones de cuarentena, pero...

- No se preocupe por eso -dijo un pajeño-. Yo soy Jock. Y éste es Charlie -señaló al otro Mediador-. Los nombres son sólo una convención; no podrían ustedes pronunciar los nuestros. -Se volvió al Amo blanco, y gorjeó, terminando con-: Capitán Roderick Blaine y ministro Anthony Horvath -luego se volvió a los humanos-. Señor ministro Horvath, le presento al embajador. Solicita que le llamen Ivan.

Rod se inclinó. Nunca se había visto cara a cara con un pajeño, y sentía un vivo impulso de acercarse a él y palparle la piel. Un blanco macho.

- La guardia de honor les conducirá a sus dependencias -dijo Rod-. Espero que sean bastante grandes; hay dos cabinas adyacentes.

Y cuatro oficiales maldiciendo por verse privados de ellas; las consecuencias de esto fueron prolongándose hasta que un joven teniente se encontró en la sala artillera con los guardiamarinas de la Lenin.

- Sería suficiente una cabina -dijo con mucha calma Charlie-. Nosotros no necesitamos intimidad. No es una de las exigencias de nuestra especie. -Había algo familiar en la voz de Charlie que molestó a Rod.

Los pajeños se inclinaron al unísono, copias perfectas de conducta cortesana. Rod se preguntó dónde habrían aprendido aquello. Devolvió la inclinación, lo mismo que hicieron Horvath y los demás que había en la cubierta hangar; luego los infantes de marina les condujeron fuera de allí, con otro escuadrón cerrando el cortejo. El capellán Hardy les esperaba en sus dependencias.

- Un macho -comentó Sally.

- Interesante. Los Mediadores le llaman «el Embajador», sin embargo parece que los pajeños consideran que los tres tienen los mismos poderes. Nos dijeron que tenían que actuar al unísono para firmar tratados...

- Puede que los Mediadores no sean sus Mediadores -dijo Sally-. Preguntaré... Estoy segura de que tendré oportunidad. Rod, ¿estás seguro de que no puedo ir allí con ellos, ahora?

Rod rió entre dientes.

-Ya tendrás tu oportunidad. Deja a Hardy que tenga la suya de momento.

Ahora la cubierta hangar se despejaba rápidamente. No había ya rastro alguno de la tripulación de la Lenin allí, ni en los botes que recibían a la nave pajeña. El vehículo de los equipajes estaba sujeto, colocado en su lugar y sellado.

- ¡ATENCIÓN! OCUPEN SUS POSICIONES DE SALTO, PREPÁRENSE PARA EL

IMPULSOR ALDERSON. OCUPEN SUS POSICIONES DE SALTO.

- No pierden el tiempo, ¿verdad? -dijo Sally.

- Ni un minuto. Es mejor que nos apresuremos. -La cogió de la mano y la llevó hacia su camarote mientras la Lenin iniciaba muy lentamente su rotación a gravedad cero-. Sospecho que los pajeños no necesitan el giro -dijo Rod cuando llegaban a la puerta de la cabina-. Pero es cosa del almirante. Si tienes que hacer algo, hazlo inmediatamente...

- PREPÁRENSE PARA EL IMPULSOR ALDERSON. TODOS A SUS PUESTOS DE SALTO.

-Vamos -urgió Rod-. Tenemos el tiempo justo para fisgonear la cabina pajeña por el intercomunicador.

Accionó los controles hasta que apareció en la pantalla el camarote de los pajeños.

- Si necesitan ustedes algo -decía el capellán Hardy-, habrá soldados a la puerta siempre, y este botón les conectará directamente con mi cabina. Yo soy su anfitrión oficial en este viaje.

Sonaron timbres por la nave. Hardy frunció el ceño.

-Ahora me iré a mi cabina... Probablemente prefieran estar solos durante el cambio Alderson. Les sugiero que se coloquen en sus literas y no se muevan de ellas hasta que el cambio termine. -Se contuvo para no decir más. Sus instrucciones eran claras: los pajeños no debían saber nada hasta que estuviesen fuera de su sistema natal.

- ¿Dura mucho? -preguntó Jock.

- No -contestó Hardy con una leve sonrisa-. Hasta luego.

-Auf Wiedersehen -dijo Jock.

-Auf Wiedersehen. -David Hardy salió desconcertado. ¿Dónde habrían aprendido aquello?

Las literas tenían unas proporciones erróneas y eran demasiado duras; no preveían las diferencias individuales de los pajeños. Jock balanceó el torso y movió el brazo derecho inferior, indicando su disgusto por la situación, pero al mismo tiempo su sorpresa porque las cosas no fuesen peor aún.

- Evidentemente lo copiaron de algo destinado a un Marrón. -Sus tonos indicaban conocimiento deducido pero no directamente observado. La voz cambió a tono de conversación-. Ojalá hubiésemos podido traer nuestro propio Marrón.

- Pienso lo mismo también -dijo Charlie-. Pero habrían desconfiado con un Marrón. Lo sé. -Inició un nuevo pensamiento, pero habló el Amo.

- ¿Estaba el Amo humano entre los que nos recibieron? -preguntó Ivan.

- No -respondió Jock-. ¡Maldito sea! Con el tiempo que llevo intentando estudiarlo, y ni le conozco aún ni he podido siquiera oír su voz. Mi opinión es que debe de ser un comité, o un Amo sujeto a la disciplina de los humanos. Apostaría cualquier cosa a que es humano.

- No harán ustedes ninguna tentativa de entrar en contacto con el Amo de la Lenin - dijo Ivan-. Si hubiésemos de conocerle, no se convertiría usted en su Fyunch(click). Sabemos lo que les sucede a los Fyunch(click) de los humanos.

No hacía falta contestar. El Amo sabía que le habían oído y que en consecuencia le obedecerían. Se acercó a su litera y la miró con disgusto.

Sonaron alarmas, y a través de los altavoces llegaron palabras humanas.

- Prepárense para el Impulsor Eddie el Loco. Ultimo aviso -tradujo uno. Se tendieron en las literas. Sonó un tono más fuerte por toda la nave. Luego sucedió algo horrible.

46
Personal y urgente

- ¡Rod! ¡Rod, mire a los pajeños!

- ¿Qué? -Blaine luchó por controlar su cuerpo. Le era difícil recuperar el control; no podía concentrarse. Miró a Sally, luego siguió su mirada hasta la pantalla de

intercomunicación.

Los pajeños gorjeaban descontroladamente. Estaban fuera de sus literas, y el Embajador flotaba por el camarote totalmente desorientado. Chocó con un mamparo y se desvió hacia el otro lado. Los dos Mediadores observaban, sin saber qué hacer y bastante apurados también. Uno de ellos intentó sujetar al Amo pero no lo logró. Los tres se movían sin control por el compartimiento.

Jock fue el primero que logró sujetarse a una abrazadera. Silbó y bufó, luego Charlie avanzó hacia el Amo. Le agarró del pelo con el brazo izquierdo, y Jock, sujetándose al mamparo con los dos derechos extendió el izquierdo hasta que Charlie pudo agarrarlo. Laboriosamente se abrieron camino otra vez hasta las literas y Jock ató a Ivan. Se tendieron desconsolados, silbando y gorjeando.

- ¿No crees que deberíamos ayudarlos? -preguntó Sally.

Rod flexionó sus miembros y extrajo mentalmente una raíz cuadrada. Luego probó con dos integrales y las soluciones le parecieron correctas. Su mente se había recuperado lo suficiente para prestar atención a Sally y a los pajeños.

- No. De todos modos nada podríamos hacer... No se sabe que haya dejado nunca efecto permanente, salvo los pocos que pierden el juicio y nunca vuelven a establecer contacto con la realidad.

- Los pajeños no han hecho eso -dijo con firmeza Sally-. Actuaban con un objetivo, pero no lo alcanzaban. Nosotros nos recuperamos mucho más deprisa que ellos.

- Menos mal que somos mejores que los pajeños en algo. Hardy aparecerá en seguida... tardará más tiempo que nosotros en recuperarse. Es más viejo.

-AVISO DE ACELERACIÓN. PREPÁRENSE PARA UNA GRAVEDAD DE ACELERACIÓN. -Un Mediador canturreó algo, y el Amo respondió. Sally les observó durante un rato.

- Creo que llevas razón. No parecen tener demasiados problemas, pero el Amo aún no se ha repuesto del todo.

Sonó un tono. La Lenin se balanceó y volvió el peso. Todo estaba bajo control y se dirigían a casa. Rod y Sally se miraron y sonrieron. Casa.

- De todos modos, ¿qué podrías hacer por el Amo? -preguntó Rod. Ella se encogió de hombros con indiferencia.

- Supongo que nada. Son tan distintos. Y... Rod, ¿qué harías tú si fueses el embajador imperial ante otra raza y te encerrasen en una cabina pequeña sólo con dos ojos espías en cada compartimiento?

-Yo esperaba que destruyesen esos aparatos. Los vieron, desde luego. No intentamos esconderlos. Pero no sabemos si le dijeron algo a Hardy.

- Dudo que lo hicieran. Actúan como si no se ocuparan de ellos. Charlie dijo que la intimidad «no es una de las exigencias de nuestra especie». -Sally se estremeció-. Eso significa una verdadera diferencia.

Sonó un timbre y Rod se volvió automáticamente hacia la puerta de la cabina antes de comprender que sonaba en el intercomunicador. Uno de los pajeños cruzaba cauteloso la cabina. Abrió la puerta. Entró Hardy.

- ¿Todo bien? -preguntó inquieto.

- Podrían habernos avisado de esto -dijo Jock; su voz tenía un tono acusador; en realidad era una afirmación-. ¿Afecta así el Impulsor Eddie el Loco a los humanos?

- ¿Cómo así? -preguntó inconscientemente Hardy.

- Desorientación. Vértigo. Incapacidad para concentrarse. Músculos fuera de control. Náuseas. Deseo de muerte.

Hardy parecía sorprendido. Probablemente lo está, pensó Rod. El capellán no observaría a los pajeños sin decirles que estaba haciéndolo, aunque hubiese media docena de pares de ojos fijos en la pantalla constantemente.

- Produce también un efecto sobre los humanos, sí -contestó Hardy-. No tan violento como usted lo describe. El Impulsor provoca desorientación y una incapacidad general para

concentrarse, pero el efecto pasa pronto. No sabíamos cómo les afectaría a ustedes, pero no ha habido en toda nuestra historia más que unos cuantos casos de efectos irreversibles, y fueron todos... digamos, psicológicos.

- Comprendo -dijo Charlie-. Doctor Hardy, deberá perdonarnos pero no estamos en condiciones de hablar. Quizás lo estemos dentro de unas horas. La próxima vez seguiremos su consejo y nos ataremos a nuestras literas y dormiremos cuando activen su máquina Eddie el Loco.

- Entonces les dejo -dijo Hardy-. ¿Necesitan algo? ¿Está bien el Embajador?

- Bastante bien. Gracias por su interés.

Hardy se fue y los pajeños volvieron a sus literas. Gorjearon y silbaron.

-Y eso es todo -dijo Rod-. Se me ocurren muchas cosas más interesantes que observar a los pajeños tumbados en sus literas y hablando en un idioma que no entiendo.

Y hay tiempo de sobra para estudiar a los pajeños, pensó Sally. Casualmente, no tenemos nada que hacer ninguno de los dos ahora mismo... y nosotros tenemos intimidad.

- Pienso igual-dijo Sally.

Pese a los kilómetros cúbicos de llama amarilla que la rodeaban, la Lenin era una nave feliz. Kutuzov relajó la vigilancia y permitió a la tripulación volver a los servicios normales por primera vez desde la destrucción de la MacArthur. Aunque la nave estaba en las profundidades de un sol, tenía combustible, y sus problemas estaban en el Libro. La rutina del cuerpo los resolvería. Hasta los científicos olvidaron su pesar por abandonar el sistema alienígena con interrogantes que no habían resuelto: volvían a casa.

La única mujer en diez parsecs habría sido tema de especulación en cualquier circunstancia. Las luchas podrían haberse planteado alrededor de dos preguntas: ¿Cuáles son mis/tus posibilidades con ella? Y ¿Estamos desperdiciándolas? Pero era evidente que Sally había elegido su hombre. Esto facilitaba las cosas a los que se preocupaban por tales problemas, y a aquellos que tenía por misión eliminar los conflictos.

La noche que siguió al salto, Kutuzov dio un banquete. Fue muy protocolario, y la mayoría de los invitados no disfrutaron mucho; la conversación de sobremesa del almirante se redujo a cuestiones profesionales. Pero se fue pronto, y entonces se inició una fiesta más libre.

Rod y Sally se quedaron tres horas. Todos querían hablar de los pajeños, y a Rod le sorprendió verse de pronto hablando sobre ellos sólo con una sombra del dolor sordo que le había acongojado hasta entonces cuando pensaba en los alienígenas. El entusiasmo de Sally era bastante por sí solo... y, además, parecía tan preocupada por él como por los alienígenas. Hasta había dedicado varias horas a arreglar el uniforme de gala de Mijailov de modo que le sentara casi bien.

Cuando dejaron la fiesta, no hablaron de pajeños ni de la Paja en varias horas; las horas que estuvieron juntos antes de ir a sus cabinas independientes.

La nave continuaba su marcha. Al cabo de un tiempo el amarillo de allá del Campo se volvió naranja, y luego rojo ladrillo, y las sondas de la Lenin indicaron que su Campo era más caliente que la fotoesfera que lo rodeaba. Científicos y tripulación observaban ansiosos la pantalla, y cuando aparecieron estrellas sobre un fondo rojinegro todos brindaron celebrándolo. Hasta el almirante se unió a ellos, con una sonrisa amplia y torpe.

Poco después el oficial de comunicaciones estableció contacto con un carguero que esperaba. Había también una pequeña chalupa para enviar mensajes, rápida, manejada por jóvenes miembros de la tripulación en perfecta condición física. Kutuzov dictó su informe y lo envió con dos de sus guardiamarinas, y la chalupa aceleró a tres gravedades, buscando el punto Alderson donde saltaría al sistema de Nueva Caledonia e informaría del primer contacto de la Humanidad con una civilización alienígena.

El carguero llevaba correo y noticias de casi un año. Se habían producido más rebeliones en el sector. Una antigua colonia se había aliado con una agrupación armada de exteriores desafiando al Imperio. Nueva Chicago estaba ocupada por el ejército, y aunque la

economía funcionaba de nuevo, la mayoría de la población detestaba el paternalismo imperial. La inflación de la corona había sido controlada. Su Majestad la Emperatriz había dado a luz un niño, Alejandro, y el príncipe heredero Lisandro no era ya la única seguridad de la estirpe imperial reinante. Esta noticia mereció otro brindis de los tripulantes de la Lenin, y la celebración fue tan sonada que Mijailov hubo de utilizar tripulantes de la MacArthur para atender la nave.

La chalupa volvió con más mensajes transmitidos antes de que se encontrase con la Lenin. La capital del sector hervía de entusiasmo, y el Virrey preparaba una gran recepción en honor de los embajadores pajeños. Armstrong, Ministro de Guerra, envió un parco «bien hecho» y mil preguntas.

Había también un mensaje para Rod Blaine que supo de él cuando el asistente del almirante fue a buscarle para que acudiera a la cabina de éste.

- Probablemente sea esto -dijo Rod a Sally-: Detenga usted a Blaine hasta que comparezca ante un consejo de guerra.

- No seas tonto. -Sally sonrió para animarle-. Te espero aquí.

- Si es que me dejan volver a mi cabina. -Se volvió al infante de marina-. Vamos, Ivanov.

Cuando entró en la cabina del almirante se quedó sorprendido. Esperaba un cuarto desnudo, funcional y frío; había allí, por el contrario, una desconcertante variedad de colores, alfombras orientales, tapices en las paredes, el inevitable icono y el retrato del Emperador, pero mucho más. Había incluso libros encuadernados en piel en una estantería sobre el escritorio de Kutuzov. El almirante indicó una silla de teca rosa espartana.

- ¿Tomará usted té? -preguntó.

- Bueno... Gracias, sí, señor.

- Dos tazas de té, Keemun.

El camarero lo sirvió, de un termo de plata en forma de antiguo samovar ruso, en tazas de cristal.

- Puede irse. Capitán Blaine, tengo órdenes para usted.

-Le escucho, señor -dijo Rod. Al menos podría haber esperado a que saborease el té.

- Dejará usted esta nave. Tan pronto como llegue aquí la chalupa subirá usted a bordo para regresar a Nueva Caledonia a aceleración máxima si el médico lo aprueba.

- De acuerdo, señor. ¿Tan ansiosos están de que comparezca ante un consejo de guerra?

Kutuzov pareció desconcertado.

- ¿Consejo de guerra? No lo creo, capitán. Tiene que haber un tribunal oficial de investigación, desde luego. Las ordenanzas lo imponen. Pero me sorprendería que el tribunal investigador formulase acusaciones contra usted.

Kutuzov se volvió a su tallado escritorio. Sobre la pulida superficie de madera había una cinta grabada.

- Esto es para usted. El membrete indica «Personal y urgente». Y le explicará sin duda de qué se trata.

Rod cogió la cinta y la examinó curioso.

- Por supuesto está en código de mando -dijo el almirante-. Mi secretario le ayudará si lo desea.

- Gracias.

El almirante utilizó el intercomunicador para llamar a un teniente, que descifró las cintas en una máquina traductora. Salió de ella un pequeño folleto.

- ¿Nada más, almirante? -preguntó el teniente.

- He terminado. Le dejo que lea su mensaje, capitán. Buenos Días. -Almirante y teniente dejaron el camarote mientras la máquina traductora continuaba su tarea. El mensaje iba saliendo como un gusano de las interioridades de la máquina.

Rod lo cogió y leyó con asombro creciente.

Lo leyó de nuevo mientras volvía a su cabina. Sally se levantó al verle entrar.

- ¡Rod, qué expresión tan extraña!

- Llegó una carta-dijo.

- Oh... ¿Noticias de casa?

-Algo así.

Ella sonrió, pero había desconcierto en su voz.

- ¿Cómo están todos? ¿Está bien tu padre?

Rod parecía muy nervioso y excitado, pero estaba demasiado alegre para haber recibido malas noticias. ¿Qué le inquietaba entonces? Era como si tuviese alguna tarea que realizar, algo que quisiese hacer pero que le diese miedo...

- Mi familia está bien. También la tuya... te enterarás de eso muy pronto. El senador Fowler está en Nueva Escocia.

Le miró incrédula.

- ¿Está aquí mi tío Ben? Pero ¿por qué?

- Dice que estaba preocupado por ti. Nadie se ocupa de ti, así que él tenía que... Ella le sacó la lengua y quiso coger el mensaje. Rod la esquivó pese a la aceleración de una gravedad y media.

- Está bien -le dijo; aunque rió, estaba tenso-. Le envió el Emperador. Como su representante personal, presidiendo la comisión imperial que negociará con los pajeños -Rod hizo una pausa-. Ambos estamos nombrados por la comisión.

Ella le miró con los ojos en blanco. Poco a poco fue comprendiendo. Era un reconocimiento profesional mucho mayor de lo que ella podía haber imaginado.

- Felicidades, señor representante de su Majestad Imperial -Rod se echó a reír; la cogió por la muñeca con ambas manos y la mantuvo frente a él-. El señor presidente de la comisión extraordinaria de Su Majestad me pregunta también que cuándo nos casamos. Creo que es una pregunta interesante.

- Pero... yo... Rod... nosotros -Contuvo el aliento.

-Vaya, por una vez no sabes qué decir. Te faltan palabras. -Aprovechó la oportunidad para besarla. Luego otra vez. Aquello duró mucho.

- Creo que sería mejor leer esa carta -dijo ella cuando se separaron-. Si no te importa.

-Aún no has contestado a la pregunta de tu tío, y no te dejaré leerla hasta que lo hagas.

- ¿Su pregunta? -Los ojos de Sally relampaguearon-. ¡Rod Blaine, si yo me casase con alguien (si, no olvides) tendría que pedírmelo él mismo!

- Está bien. Lady Sandra Liddell Leonovna Bright Fowler, ¿quiere usted casarse conmigo? -La burla había desaparecido de su voz, y aunque intentaba conservar la sonrisa, la perdió también; parecía un niño de cuatro años a punto de sentarse por primera vez en el regazo del rey Melchor-. Cuando volvamos a Nueva Escocia...

- Sí, por supuesto, me casaré contigo... ¿Nueva Escocia? Rod, tu padre querrá que nos casemos en la Corte. Todos tus amigos están en Esparta...

- Creo que será mejor que leas ese mensaje, querida. Aún tardaremos tiempo en llegar a Espada. -Le entregó el papel y se apoyó en el brazo de la silla en que ella se sentó-. Es esta parte.

PRIMERA REACCIÓN AQUÍ INDECISA ENTRE PROCLAMARLE HÉROE O VILLANO STOP PÉRDIDA MACARTHUR NO SALUDADA CON ALEGRÍA EN ALMIRANTAZGO STOP CRANSTON EXPLOTÓ STOP ARMSTRONG DIJO CITO CÓMO DEMONIOS PUEDE ALGUIEN PERDER UN CRUCERO DE COMBATE CIERRO CITA STOP

PÁRRAFO INFORME KUTUZOV EN SU FAVOR STOP KUTUZOV ASUME RESPONSABILIDAD TOTAL PÉRDIDA STOP KUTUZOV INFORMA POSIBLES CASTAS PAJEÑAS SUPERIORES PUDIERON LIMPIAR LA MACARTHUR DE PARÁSITOS PERO ESTO PODÍA COMPROMETER SECRETOS TECNOLÓGICOS

IMPERIALES DEMASIADO IMPORTANTES STOP KUTUZOV AÚN INSEGURO AMPLITUD AMENAZA PAJEÑA PERO SUGIERE ALMIRANTAZGO REÚNA GRAN FLOTA COMBATE STOP INFORME HORVATH AFIRMA FÁJENOS AMISTOSOS NINGUNA FLOTA NECESARIA Y FÁJENOS CITO MAYOR OPORTUNIDAD HISTORIA CIERRO CITA STOP

PÁRRAFO POR ORDEN SOBERANO SOY AHORA PRESIDENTE COMISIÓN IMPERIAL EXTRAORDINARIA PARA NEGOCIAR CON ALIENÍGENAS STOP POR ORDEN PERSONAL DE SU MAJESTAD RODERICK BLAINE GUIÓN QUE ES USTED PERO USTED CASI LO ESTROPEÓ PERDIENDO SU NAVE STOP No CONVIERTA ESTO EN UN HÁBITO GUIÓN Y LA SEÑORITA SANDRA BRIGHT QUEDAN NOMBRADOS REPRESENTANTES STOP COMISIÓN TIENE PLENA AUTORIDAD PARA ACTUAR EN NOMBRE DEL SOBERANO STOP REPRESENTANTES PERMANECERÁN en nueva escocia a menos aconsejable enviar representantes ALIENÍGENAS A ESPARTA STOP

PÁRRAFO SI COMISIÓN DEDUCE ALIENÍGENAS PLANTEAN AMENAZAS O AMENAZA POTENCIAL A IMPERIO COMISIÓN ACTUARÁ DE ACUERDO CON VIRREY TRANS-SACO CARBÓN PARA TOMAR MEDIDAS URGENTES QUE PAREZCAN NECESARIAS STOP INTERROGANTE ALGUNA SUGERENCIA INTERROGANTE

PÁRRAFO ROD A MENOS QUE ESOS PAJEÑOS SEAN SIMPLES AGRICULTORES Y ESTA SONDA ME ASEGURA QUE NO LO SON USTED Y SALLY ESTARÁN AQUÍ MUCHO TIEMPO STOP SUPONGO NO SE HA VUELTO LOCO PARA COMPROMETERSE CON SALLY STOP INTERROGANTE CUÁNDO ES LA BODA INTERROGANTE SU PADRE ENVÍA RECUERDOS STOP TAMBIÉN YO STOP EL

MARQUÉS ESPERA ESTÉN CASADOS USTEDES LA PRÓXIMA VEZ QUE LES VEA STOP SI PIENSA QUE MARQUÉS Y YO HEMOS PREPARADO ESTO SE EQUIVOCA STOP SU MAJESTAD APRUEBA BODA INMEDIATA STOP SU MADRE Y LA EMPERATRIZ ENVÍAN BENDICIONES STOP

- Pero ¿y si dijese que no? -preguntó Sally-. ¡Es la cosa más arrogante que he visto en mi vida!

- Pero no dijiste que no. Dijiste que sí. -Se inclinó para besarla. Ella se apartó y entonces él se dio cuenta de que estaba realmente furiosa.

- Maldita sea -su voz era más baja y clara-. Maldita sea. «Su Majestad aprueba»... ¡Demonios! ¡Si te rechazase ahora sería alta traición!

-Yo pregunté primero -indicó él-. Y tú contestaste. Primero.

- Fue muy hábil. Bueno, deja de poner cara de muchachito. Sí, quiero casarme contigo. No me agrada que me ordenen hacer algo que de todos modos quiero hacer. Rod la miró con curiosidad.

- Tú estuviste libre durante mucho tiempo. Yo nunca.

- ¿Qué?

- De las obligaciones que implican los títulos. Primero, hiciste un viaje de estudios por las culturas primitivas... que elegiste muy bien. Yo fui a la academia por mi Wanderjahr. Luego estuviste en un campo-prisión, pero incluso en aquel infierno no estabas sometida a ninguna autoridad que pudieses respetar.

Elegía cuidadosamente las palabras. Sally estaba roja de cólera.

- Luego la MacArthur. Como invitada. Bajo mi autoridad entonces, ¿recuerdas? Y respetaste el hecho hasta tal punto...

- Muy bien, y me oculté cuando capturamos la sonda de Eddie el Loco. Tú sabes por qué.

- Demasiado bien. Luego Nueva Escocia, donde eras prácticamente la persona de mayor

rango. Te agradaba esa situación, ¿no es así? Los pocos que estaban por encima de ti no tenían interés en hacértelo saber. Y luego en Paja Uno, haciendo exactamente lo que más habías deseado hacer de tu vida. Estuviste libre durante mucho tiempo. Ahora vuelves al cajón.

- Eso parece

Rod agitó el papel en la mano.

- Endiabladamente arrogante. Muy bien. También a mí me asombra, pero por razones distintas que a ti. Yo llevo bajo las órdenes de otros mucho tiempo. Toda mi vida.

- Supongo que es la primera vez que te ordenan que te cases con alguien.

- Sí. Pero ambos esperábamos algo parecido, ¿no? Políticamente, desde el punto de vista del Imperio, nuestro matrimonio es una alianza buena para desperdiciarla. Tenemos los privilegios, la propiedad, los títulos y ahora llega el orden. Es una suerte que nos amemos, porque tenemos obligación de ello...

- ¿Ante quién? -preguntó ella.

Rod rió entre dientes con tristeza. La idea era irresistiblemente divertida.

-Ante Kevin Renner. El Imperio existe con el fin de que a Renner le resulte más fácil hacer el papel de turista. Le debemos esto a Renner, y se nos paga bien por el privilegio, y él está dispuesto a exigirlo.

Ella estaba asombrada.

- ¿Piensa él así realmente? ¡Dios mío, claro que sí! ¡Él me ordenó que viniese a tu cabina!

- ¿Qué? ¿Él qué?

Sally rió entre dientes.

- Fantástico. Deberíamos preguntarle para ver qué dice. Déjame terminar de leer esto, Rod.

PÁRRAFO TENGO AUTORIDAD PARA NOMBRAR OTROS MIEMBROS COMISIÓN STOP ESPERO SU AYUDA STOP TODOS EN CINCUENTA PARSECS QUIEREN FIGURAR EN COMISIÓN STOP DADO PODERES SU MAJESTAD DELEGÓ EN NOSOTROS NO ME EXTRAÑA STOP SU PRIMERA TAREA ES AYUDARME A COMPLETAR COMISIÓN STOP SEGUNDA SERÁ PREPARAR PRUEBAS Y LISTA TESTIGOS STOP

PÁRRAFO ALMIRANTE KUTUZOV HA ORDENADO PONERLE A USTED A BORDO CHALUPA MENSAJE PARA QUE REGRESE LO ANTES POSIBLE A NUEVA ESCOCIA STOP TRAIGA A SALLY SI LO JUZGA OPORTUNO Y MÉDICO APRUEBA STOP ALMIRANTE ASUMIRÁ RESPONSABILIDAD POR HORACE BURY STOP DÉSE PRISA STOP BESE SALLY POR MÍ STOP CORTE RECUERDOS BENJAMÍN BRIGHT FOWLER SENADOR SE ABRE PARÉNTESIS PRESIDENTE IMPERIAL COMISIÓN EXTRAORDINARIA ACTUANDO EN NOMBRE DE SU MAJESTAD LEÓNIDAS NUEVE CIERRE PARÉNTESIS FIN MENSAJE

- ¿Iré en la chalupa? -preguntó ella.

- Eso tú verás. Estás en condiciones. ¿Quieres?

- Sí... Tengo que preparar un montón de cosas antes de que los pajeños lleguen allí. Dios mío, tenemos que hacer todo eso y además está la boda... Rod, ¿te das cuenta de lo que va a significar la boda del heredero de Crucis Court y de la heredera Fowler en una capital de provincias? Necesitaré tres secretarias, la de tío Ben no me servirá de nada, y tendremos que preparar una recepción para los pajeños, y... Bueno, da igual. ¿Dónde estábamos?

47
Camino de casa

Kutuzov y Mijailov se volcaron en la preparación del banquete de despedida de Rod y Sally. Los cocineros de la Lenin trabajaron todo el día preparando un banquete ekateriano tradicional: docenas de platos, sopas, pastas, asados, hojas de parra prensadas en la granja hidropónica, kebab; un río interminable de comida, y entre plato y plato vasitos de vodka. Era imposible hablar durante la comida, pues tan pronto como se acaba un plato, los camareros de la MacArthur traían otro, o, para dar un respiro a la digestión, los infantes de la Lenin ejecutaban danzas llevadas de las estepas rusas a las colinas de St. Ekaterina y conservadas durante novecientos años por fanáticos como Kutuzov.

Por último, los músicos se fueron y los camareros retiraron los platos, dejando a los comensales con el té y con más vodka. El guardiamarina más joven de la Lenin brindó por el Emperador y el capitán Mijailov por el zarevich Alejandro, mientras el almirante resplandecía.

- Es capaz de montar todo un gran espectáculo cuando está tranquilo murmuro Renner a Cargill-. Nunca imaginé que pudiera decir... Aquí viene lo bueno. El propio Zar va a hacer un brindis. El almirante se levantó y alzó su vaso.

- Reservaré mi brindis por un rato -dijo pesadamente; era posible que los interminables vasos de vodka le hubieran afectado, pero nadie podía estar seguro.

- Capitán Blaine, la próxima vez que nos encontremos los papeles estarán invertidos. Entonces deberá decirme usted cómo tratar con los pajeños. No le envidio esa tarea.

- ¿Por qué frunce el ceño, Horvath? -murmuró Cargill-. Parece como si le hubiesen metido una rana por el cuello de la camisa.

- Sí. ¿Querrá un puesto en la comisión? -preguntó Sinclair.

-Apuesto a que es eso -dijo Renner-. A mí no me importaría tampoco figurar en ella.

- Ni a usted ni a nadie -dijo Cargill-. Calle ahora y escuche.

- Hay más motivos para felicitar al señor Blaine -decía Kutuzov-, y por eso me reservo el brindis. El capellán Hardy tiene algo que comunicarnos.

David Hardy se levantó. Sonreía alegre y feliz.

- La señorita Sandra me ha hecho el honor de pedirme que anunciase formalmente su compromiso con el señor Roderick Blaine, miembro de la Comisión Imperial -dijo-. Ya les he dado mi felicitación en privado... permítanme que sea el primero que les felicite públicamente.

Todos empezaron a hablar a la vez, pero el almirante impuso silencio.

-Y ahora mi brindis -dijo Kutuzov-. Por el futuro marqués de Crucis.

Sally enrojeció y se sentó mientras los demás seguían de pie y alzaban los vasos. Bueno, ahora esto es ya oficial, pensó. No habría modo de eludirlo aunque quisiese... No es que quiera, pero es ya tan inevitable...

- También por la señora Sandra, miembro de la Comisión Imperial -añadió Kutuzov; todos bebieron de nuevo-. Y por el señor Roderick Blaine, consejero imperial. Larga vida y muchos hijos. Porque pueda proteger a nuestro Imperio cuando negocien con los pajeños.

- Les damos las gracias -dijo Rod-. Haremos lo posible; y, por supuesto, debo decirles que soy el más feliz de los mortales.

- Quizás su prometida quiera hablar -instó Kutuzov. Ella se levantó, pero no se le ocurría nada.

- Gracias a todos -balbució, y se sentó de nuevo.

- ¿Otra vez te faltan las palabras? -preguntó malévolamente Rod-. Y con toda esta gente alrededor... ¡Has perdido una rara oportunidad! Después el protocolo desapareció. Todos se agruparon a su alrededor.

- Toda la felicidad del mundo -dijo Cargill; estrechó vigorosamente la mano de Rod

. De veras, señor. Y el Imperio no podría haber elegido mejor para la Comisión.

- ¿No se casarán antes de que lleguemos? -preguntó Sinclair-. No sería justo que se casaran en mi ciudad sin estar yo presente.

- No sabemos exactamente cuándo -le dijo Sally-. Pero desde luego no antes de que

llegue la Lenin. Todos ustedes están invitados a la boda, por supuesto. Y también los pajeños, añadió para sí. Y me pregunto qué les parecerá.

La fiesta se disolvió en un caleidoscopio de pequeños grupos con Rod y Sally en el centro. La mesa de la sala de oficiales la bajaron a cubierta para dejar más espacio, mientras circulaban camareros con café y té.

- Me permitirán, por supuesto, que les felicite -dijo suavemente Bury-. Espero que no pensarán que intentaba sobornarles cuando les envié mi regalo de boda.

- ¿Por qué íbamos a pensar eso? -preguntó inocente Sally-. Gracias, señor Bury. Si su primera observación había sido ambigua, su sonrisa fue lo bastante cálida para ocultarlo. A Sally no le preocupaba la reputación de Bury, y él había sido muy afable con ella en la relación que habían mantenido; ¡si pudiese librarse de aquel absurdo miedo a los pajeños!

Al final Rod pudo salir del centro de la fiesta. Encontró al doctor Horvath en un rincón de la sala.

- Ha estado usted eludiéndome toda la noche, doctor -dijo Rod afablemente-. Me gustaría saber por qué.

Horvath intentó sonreír pero comprendió que no podía. Frunció el ceño un instante y luego se relajó. Parecía haber tomado una decisión.

- No tiene sentido que le diga otra cosa que la verdad. Blaine, yo no le quería a usted en esta expedición. Sabe por qué. Muy bien, su hombre, Renner, me convenció de que usted no podía haber hecho otra cosa con la sonda. Hemos tenido nuestras diferencias, pero en conjunto tengo que aprobar cómo ha llevado usted el mando. Con su rango y experiencia era inevitable que le diesen un puesto de autoridad en la Comisión.

-Yo no lo esperaba -contestó Rod-. Aunque pensándolo bien, y desde el punto de vista de Espada, supongo que tiene razón. ¿Por eso está usted raro conmigo?

- No -contestó Horvath con franqueza-. Como dije, era inevitable, y no dejo que las leyes de la naturaleza me incomoden. Pero espero un puesto en esa Comisión, Blaine. Fui el jefe científico de esta expedición. Tuve que luchar por cada migaja de información que obtuvimos. Dios mío, si hay dos puestos para miembros de la expedición, creo que me he ganado uno.

-Y Sally no -dijo fríamente Rod.

- Ella fue muy útil -admitió Horvath-. Y es encantadora y muy inteligente, y por supuesto es difícil que sea usted objetivo al juzgarla... pero, honradamente, Blaine, ¿compara usted su capacidad con la mía?

El ceño de Rod se desvaneció. Sonrió ampliamente, y estuvo a punto de echarse a reír. Los celos profesionales de Horvath no eran ni cómicos ni patéticos, eran simplemente inevitables; tan inevitables como su creencia en que el nombramiento ponía en entredicho su competencia como científico.

- Cálmese, doctor -dijo Rod-. Sally no está en esa Comisión por su capacidad científica, ni yo tampoco. Al Emperador no le preocupa la capacidad, sino el interés. - Estuvo a punto de decir lealtad, pero no hubiese servido-. En cierto modo, el que no se le haya nombrado a usted inmediatamente -Rod subrayó esta palabra- es un cumplido.

Horvath enarcó las cejas.

- ¿Cómo dice?

- Usted es un científico, doctor. Toda su formación y en realidad toda su filosofía de la vida es la objetividad, ¿verdad?

- Más o menos -aceptó Horvath-. Aunque desde que dejé el laboratorio...

- Ha tenido usted que luchar por sus presupuestos. Además se ha metido usted en política sólo para ayudar a sus colegas a hacer lo que usted haría si se viera libre de deberes administrativos.

- Bueno, sí. Gracias. Pocos comprenden eso.

- En consecuencia, sus tratos con los pajeños serían igual. Objetivos, no políticos. Pero eso podría no ser la mejor vía para el Imperio. No es que le falte a usted lealtad, doctor, pero su Majestad sabe que Sally y yo anteponemos el Imperio a todo. Nos educaron para pensar así

desde que nacimos. Y ni siquiera podemos pretender una objetividad científica en lo que atañe a los intereses imperiales. -Y si esto no le sirve que se vaya al diablo.

Pero sirvió. Horvath aún no se sentía del todo feliz, y evidentemente no iba a dejar de luchar por un puesto en la Comisión; pero sonrió y deseó a Rod y a Sally un feliz matrimonio. Rod le escuchó y se volvió a Sally con una sensación de triunfo.

- Pero ¿ni siquiera podemos decir adiós a los pajeños? -preguntó ella suplicante-. Rod, ¿no puedes convencerles? Rod miró sin esperanza al almirante.

- Señora -dijo Kutuzov-, no deseo contrariarla. Cuando los pajeños lleguen a Nueva Escocia serán responsabilidad suya, no mía. Y entonces me dirá usted lo que debo hacer con ellos. Hasta entonces, los pajeños son responsabilidad mía, y no pienso cambiar de política. El doctor Hardy puede entregarles el mensaje que quieran.

¿Qué haría si Rod y yo le ordenásemos que nos dejara verlos, pensó, como miembros de la Comisión? Pero eso significaría hacer una escena y Rod consideraba sin duda al almirante un hombre valioso y útil. Si hacían aquello, quizás no pudiesen volver a trabajar juntos. Además, Rod no podría hacerlo ni aunque se lo pidiesen.

- No se trata de que esos pajeños sean amigos especiales -recordó Hardy a Sally-. Han tenido tan poco contacto con seres humanos que apenas si les conozco. Estoy seguro de que cambiarán cuando lleguemos a Nueva Escocia. -Sonrió y cambió de tema-. Confío en que mantengan su promesa y esperen a que llegue la Lenin para casarse.

- Quiero que nos case usted -dijo Sally rápidamente-. ¡Tendremos que esperarle!

- Gracias. -Hardy iba a decir algo más, pero Kelley se acercó cruzando el salón y saludó.

- Capitán, he enviado sus cosas a la Mermes y también las de la señorita Sally, y dicen que están preparados.

- Mi conciencia -Rod se echó a reír-. Pero tiene razón. Sally, mejor será que nos preparemos. Va a ser duro soportar tres gravedades después de esta cena...

-Yo he de dejarles también -dijo Kutuzov-. Tengo que enviar despachos por la Hermes. -Sonrió torpemente-. Adiós, señora. Y a usted también, capitán. Suerte. Ha sido usted un buen oficial.

- Bueno... Gracias, señor.

Rod miró a su alrededor y localizó a Bury al otro lado del compartimiento.

- Kelley, el almirante asumirá la responsabilidad del cuidado de Su Excelencia.

- Con su permiso, haré que el artillero Kelley continúe al mando de los infantes de marina de guardia -dijo Kutuzov.

- Desde luego, señor. Kelley, mucho cuidado cuando lleguemos a Nueva Escocia. Puede que intente escapar y puede que no. No tengo idea de lo que le espera cuando llegue allí, pero las órdenes son bastante claras. Tenemos que mantenerle bajo custodia. Puede que intente sobornar a alguno de sus hombres.

Kelley soltó un bufido.

- Será mejor que no lo haga.

- Sí. Bueno, adiós, Kelley. No permita que Nabil le clave una daga en las costillas. Espero tenerlo conmigo en Nueva Escocia.

- De acuerdo, señor. Tendré cuidado, capitán. El marqués me mataría si le sucediese algo a usted. Eso me dijo cuando salimos de Crucis Court. Kutuzov carraspeó sonoramente.

- Nuestros huéspedes deben irse inmediatamente -anunció-. Con nuestras felicitaciones finales.

Rod y Sally abandonaron la sala de oficiales entre un coro de aclamaciones. La fiesta parecía destinada a durar mucho.

La chalupa correo Hermes era pequeña. Su espacio vital no era mayor que el transbordador de la MacArthur, aunque en conjunto la nave era mucho mayor. Después de los sistemas de apoyo de vida iban los depósitos y los motores y poco más que las escalerillas de

acceso. Apenas llegaron a bordo, la nave partió.

Había poco que hacer, y la pesada aceleración hacía imposible de todos modos un verdadero trabajo. El médico examinó a sus pasajeros a intervalos de ocho horas para asegurarse de que podían soportar las tres gravedades de la Hermes, y aprobó la petición de Rod de aumentar a tres gravedades y media para llegar antes. Bajo aquel peso era mejor dormir el máximo posible y limitar las actividades mentales a una conversación ligera.

Tras ellos, cuando alcanzaron el Punto Alderson, brillaba enorme el Ojo de Murcheson. Un instante después, el Ojo era sólo una estrella roja brillante frente al Saco de Carbón. Tenía una pequeña mota amarillenta.

48
Civiles

Pasaron a un vehículo de aterrizaje en cuanto la Hermes se situó en órbita alrededor de Nueva Escocia. Sally apenas tuvo tiempo de despedirse de los tripulantes de la nave correo.

-VISITANTES DESPEJEN BOTE ATERRIZAJE. PASAJEROS PREPÁRENSE PARA ATERRIZAJE.

Se oyó el estruendo de las compuertas neumáticas al cerrarse.

- ¿Preparado, señor? -preguntó el piloto.

- Sí...

Se activaron los retros. No fue ni mucho menos un aterrizaje fácil; el piloto tenía demasiada prisa. Descendieron sobre las melladas rocas y los geiseres de Nueva Escocia. Cuando llegaron a la ciudad aún llevaban demasiada velocidad y el piloto hubo de rodearla dos veces; luego la nave descendió lentamente, planeó y aterrizó en el techo-aeropuerto de la Casa del Almirantazgo.

- ¡Ahí está tío Ben! -gritó Sally. Y corrió a sus brazos.

Benjamin Bright Fowler tenía ochenta años normales y los aparentaba; antes de la terapia de regeneración había parecido tener cincuenta y hallarse en el período de madurez intelectual de su vida. Esto último no dejaba de ser cierto.

Medía uno setenta y cuatro y pesaba noventa kilos: era un hombre corpulento, casi calvo, con una aureola de pelo negro que encanecía alrededor de una brillante coronilla. Sólo llevaba sombrero en la estación más fría, e incluso entonces solía olvidárselo.

El senador Fowler vestía de forma extravagante, con unos pantalones llenos de arrugas sobre unas botas de cuero suaves y pulidas. Un chaquetón muy gastado de pelo de camello que le llegaba a la rodilla cubría la parte superior de su cuerpo. Eran ropas muy caras, y muy cuidadas. Sus ojos soñolientos, que tendían a lagrimear, y su voluminosa apariencia no le convertían en una figura impresionante, y sus enemigos políticos habían cometido más de una vez el error de juzgar su capacidad por su aspecto. A veces, cuando la ocasión era lo suficientemente importante, dejaba que su criado eligiese la ropa y le vistiese adecuadamente, y entonces, al menos por unas horas, su aspecto era el adecuado; era, después de todo, uno de los hombres más poderosos del Imperio. Pero normalmente se ponía lo primero que encontraba en su guardarropa y, como los criados nunca tiraban nada que a él le gustase, a veces vestía prendas muy viejas.

Dio a Sally un abrazo de oso y la besó en la frente. Sally era más alta que su tío y estuvo a punto de plantar un beso en su brillante calva, pero se lo pensó mejor. Benjamin Fowler no se ocupaba de su propia apariencia y se enfurecía si alguien le hacía comentarios al respecto, pero era muy sensible en lo relativo a su calvicie. Se negaba además en redondo a permitir que los especialistas en cosmética interviniesen.

- ¡Tío Ben, qué alegría verte! -Sally se apartó de él antes de que le aplastase una costilla; luego añadió con falsa cólera-: ¡Quién te manda organizar mi vida! ¿Sabes que aquel radiograma obligó a Rod a hacerme una proposición?

El senador Fowler miró desconcertado a su sobrina.

- ¿Quieres decir que no la había hecho ya? -Fingió examinar a Rod con meticulosidad microscópica-. Parece bastante normal. Debe de ser un mal interno. ¿Cómo estás, Rod? Tienes buen aspecto, muchacho.

Dio la mano a Rod, apretando la suficiente para hacer daño. Con la mano izquierda Fowler extrajo su computadora de bolsillo de debajo de los heterodoxos pliegues de su grueso chaquetón.

- Lamento tener que daros prisa, muchachos, pero vamos retrasados. Venid... -se volvió y caminó rápidamente hacia el ascensor, dejándoles seguirle.

Bajaron doce pisos y Fowler les condujo por laberintos de pasillos. Había infantes de marina haciendo guardia ante una puerta.

- Entrad, entrad -urgió el senador-. No podemos hacer esperar a esos almirantes y capitanes. ¡Vamos, Rod!

Los infantes de marina saludaron y Rod respondió con aire ausente. Entró desconcertado: un gran salón, revestido de madera oscura, con una enorme mesa de mármol que ocupaba casi toda su longitud. A la mesa se sentaban cinco capitanes y dos almirantes. En un pequeño escritorio había un funcionario, y había sitio para un transcriptor y más escribientes. Tan pronto como entró Rod alguien dijo:

- Este Tribunal Investigador entra en sesión. Adelántese y jure. Diga su nombre.

- ¿Cómo?

- Su nombre, capitán.

Hablaba el almirante que ocupaba el centro de la mesa. Rod no le reconoció. Sólo conocía a la mitad de los oficiales que había allí.

- Sabe usted su nombre, ¿verdad?

- Desde luego, señor... Almirante, nadie me dijo que venía directamente a un tribunal investigador.

- Pues ahora ya lo sabe. Por favor, diga su nombre.

- Roderick Harold, Lord Blaine, Capitán, Marina Espacial del Emperador; antes al mando de la nave MacArthur.

- Gracias.

Comenzaron a hacerle preguntas.

- Capitán, ¿cuándo supo usted por primera vez que los pequeños alienígenas eran capaces de utilizar herramientas y realizar trabajo útil?

- Capitán, describa por favor los procedimientos de esterilización que utilizó.

- Capitán, ¿cree usted que los alienígenas que estaban fuera de la nave sabían que tenía usted miniaturas sueltas a bordo?

Contestó lo mejor que pudo. A veces un oficial le hacía una pregunta y otro le interrumpía diciendo:

- Maldita sea, pero si eso está en el informe. ¿Es que no oyó usted las cintas? La investigación avanzaba a velocidad vertiginosa. Y de pronto terminó.

- Puede retirarse por el momento, capitán -dijo el almirante que presidía. En el vestíbulo esperaban Sally y el senador Fowler. Había una joven que vestía una falda escocesa junto a ellos con una especie de cartera de hombre de negocios.

- La señorita McPherson. Mi nueva secretaria social -dijo Sally, presentándola.

- Encantada de conocerle, señor. Señorita, sería mejor que...

- Desde luego. Gracias. -McPherson se fue con un tintineo de tacones sobre suelo de mármol; tenía un bonito caminar-. Rod -dijo Sally-. Rod, ¿sabes a cuántas fiestas tendremos que ir?

- ¡Fiestas! Por Dios, mujer, están decidiendo mi destino ahí dentro... y te pones a hablarme de fiestas.

- No digas tonterías -intervino el senador Fowler-. Eso ya se decidió hace semanas. Cuando Merill, Cranston, Armstrong y yo escuchamos el informe de Kutuzov. ¡Allí estaba yo, con tu nombramiento de Su Majestad en el bolsillo, y tú vas y pierdes la nave! Tienes

suerte de que tu almirante sea un hombre honrado, muchacho. Mucha suerte.

Se abrió la puerta.

- ¿Capitán Blaine? -llamó un funcionario.

Entró y se situó frente a la mesa. El almirante alzó un papel y carraspeó.

- Es opinión unánime del Tribunal Especial de Investigación reunido para examinar las circunstancias de la pérdida del crucero de combate clase general de Su Majestad

Imperial MacArthur. Primero, este Tribunal considera que la nave se perdió por infección accidental de formas de vida alienígena y que fue acertado destruirla para impedir la contaminación de otras naves. Segundo, este Tribunal exime a su comandante, el capitán Roderick Blaine, de cualquier acusación de negligencia. Tercero, este Tribunal ordena a los oficiales supervivientes de la MacArthur que preparen un informe detallado de los procedimientos a seguir para que no se den en el futuro más pérdidas similares. Cuarto, este Tribunal considera que la inspección y esterilización de la MacArthur resultaron difíciles por la presencia de gran número de científicos civiles y de su equipo e instrumentos a bordo, y que el ministro Anthony Horvath, jefe científico de la expedición, se opuso a la esterilización y exigió que la búsqueda de los alienígenas no obstaculizase los experimentos de los civiles. Quinto, este Tribunal considera que el capitán Blaine habría sido más diligente en la inspección de su navío sin las dificultades que se exponen en la cuarta consideración; y este Tribunal no recomienda que se le reprenda por ello. Siendo unánime el criterio del Tribunal, se da por concluida la sesión. Capitán, puede irse.

- Gracias, señor.

- Bien. Aquello fue una chapuza, Blaine. ¿Lo sabe, verdad?

- Sí, señor. -Dios mío, ¿cuántas veces habré pensado en ello?

- Pero dudo que hubiese alguien en la Marina que pudiera haberlo hecho mejor. La nave debía de ser una casa de locos con todos aquellos civiles a bordo. Está bien, senador, es todo suyo. Están ya preparados en la sala 675.

- Bien. Gracias, almirante. -Fowler sacó a Blaine del salón de audiencias y le llevó pasillo abajo al ascensor. Un suboficial lo tenía abierto, esperando.

- ¿Y adonde vamos ahora? -preguntó Rod-. ¿Seis setenta y cinco? ¡Eso es el retiro!

- Por supuesto -dijo el senador; entraron en el ascensor-. No pensarás que vas a poder estar en la Marina y en la Comisión al mismo tiempo. Por eso teníamos que acelerar los trámites del Tribunal de Investigación. Hasta que no se archivase el resultado no podías pasar al retiro.

- Pero, senador...

- Ben. Llámame Ben.

- Sí, señor. Ben, ¡yo no quiero pasar a la reserva! La Marina es mi carrera...

-Ya no. -El ascensor se detuvo y Fowler empujó a Rod delante-. Habrías tenido que abandonarla de todos modos. La familia es demasiado importante. Los pares no pueden abandonar el gobierno para dedicarse a andar por ahí en esas naves toda la vida. Sabías que tendrías que retirarte pronto.

- Sí, lo sabía. Después de que murieron mis hermanos no había otra posibilidad. ¡Pero aún no! ¿No podrían darme simplemente un permiso?

- No seas tonto. La cuestión pajeña se prolongará mucho tiempo. Esparta está demasiado lejos para manejarla. Ya hemos llegado -Fowler le indicó una puerta.

Los documentos del retiro estaban ya redactados. Roderick Harold Lord Blaine: será ascendido a almirante e incluido en la lista de inactivos por orden de Su Majestad Imperial.

- ¿Adonde quiere que le enviemos la paga, señor?

- ¿Cómo dice?

- Que tiene usted derecho a una paga. ¿Dónde quiere que se la enviemos? -Para el funcionario, Rod era ya un civil.

- ¿Puedo donarla al fondo de ayuda a la Marina?

- Desde luego, señor.

- Hágalo.

El funcionario escribió rápidamente. Hubo otras preguntas, todas triviales. Rellenados los formularios, el funcionario se los pasó y le ofreció una pluma.

- Firme aquí, señor.

Sintió la pluma fría en la mano. No quería tocarla.

-Vamos, hay una docena de personas esperando -urgió el senador Fowler-. Esperándote a ti y esperando a Sally. ¡Vamos, muchacho, firma!

- De acuerdo, señor. -No tenía sentido demorarlo. Es algo que no puedo discutir. Si el propio Emperador me nombró para esa maldita Comisión... garrapateó rápidamente y luego posó un pulgar entintado en los documentos.

Un taxi les conducía por las estrechas calles de Nueva Escocia. El tráfico era lento y el taxi no tenía distintivos oficiales que le diesen preferencia de paso. Para Rod era una experiencia insólita viajar así; normalmente tenía vehículos aéreos de la Marina que le llevaban de terraza en terraza, y la última vez en Nueva Escocia había tenido un vehículo aéreo propio con la tripulación esperando. Pero ya no, nunca más.

- Tendré que comprar un vehículo aéreo y buscarme un conductor

- dijo Rod-. ¿Se concederá una licencia de transporte aéreo a los miembros de la Comisión?

- Sin duda. Puedes pedir lo que quieras -dijo el senador Fowler-. En realidad el nombramiento trae consigo una baronía titular; no es que tú lo necesites, pero es otro de los motivos de que nos hayamos hecho tan populares últimamente.

- ¿Cuántos comisionados habrá?

- En eso también he de tener discreción. No pueden ser demasiados.

- El taxi frenó bruscamente para no atropellar a un peatón; Fowler sacó su computadora de bolsillo-. Otra vez tarde. Nombramientos en palacio. Tendrás que estar allí, por supuesto. Las habitaciones de los criados deben de estar atestadas, pero podemos meter al tuyo en... búscate uno, ¿o quieres que lo haga mi secretaria?

- Kelley está en la Lenin. Supongo que querrá quedarse conmigo.

- Otro buen elemento que perdía la Marina.

- ¡Kelley! ¿Cómo está ese viejo zorro?

- Muy bien.

- Me alegro. Por cierto que tu padre me dijo que te preguntara por él. ¿Sabes que es de mi edad? Me acuerdo de verle con uniforme cuando tu padre era un teniente, y hace mucho tiempo de eso.

- ¿Dónde está Sally?

Cuando él había salido de la 675, ella se había ido. Él lo había preferido así, pues con los papeles del retiro abultando bajo el capote no se sentía con ánimo de hablar.

- Se ha ido de compras. Tú no tendrás que hacer eso. Uno de mis empleados tomó tu talla de los archivos de la Marina y te encargó un par de trajes. Están en Palacio.

- Ben... te mueves demasiado aprisa, Ben -dijo Rod.

- Qué remedio. Cuando la Lenin entre en órbita necesitaremos algunas respuestas. Entretanto tendrás que estudiar la situación política de aquí. Todo está muy confuso. La Asociación Imperial de Comerciantes quiere comerciar, cuanto antes. La Liga de la Humanidad quiere intercambios culturales. Armstrong quiere que su flota trate con los exteriores, pero los pajeños le dan miedo. Esto tiene que resolverse antes de que Merrill pueda seguir con la reconquista de Transacocarbón. La Bolsa, desde aquí hasta Esparta, está en ascuas... ¿Qué significará la tecnología pajeña desde el punto de vista económico? ¿Qué empresas se arruinarán? ¿Quién se hará rico? Y todo esto está en nuestras manos, muchacho. Somos nosotros quienes hemos de marcar la política.

- Uf. -El pleno impacto iba alcanzándole-. ¿Y Sally? ¿Y el resto de los miembros de la Comisión?

- No seas tonto. La Comisión somos tú y yo. Sally hará lo que queramos que haga.

- Quieres decir lo que tú quieras que haga. No estoy muy seguro de eso... ella tiene ideas propias.

- ¿Crees que yo no sé eso? He vivido con ella mucho tiempo. Demonios, también tú eres independiente. No creo que vaya a poder imponerte lo que quiera.

Hasta ahora has estado haciendo un trabajo bastante bueno, pensó Rod.

- Supongo que puedes hacerte cargo del asunto de la Comisión -dijo Ben-. El Parlamento está preocupado por las prerrogativas imperiales. Si hay algo que sea pura prerrogativa es la defensa contra alienígenas. Pero si son pacíficos, el Parlamento quiere intervenir en los tratos comerciales. El Emperador no está dispuesto a pasar la cuestión pajeña al gobierno mientras no estemos seguros de lo que significan los alienígenas. Pero no puede manejar esto desde Esparta. No puede tampoco venir hasta aquí... Muchacho, eso traería problemas en la capital. El Parlamento no podría impedirle que se hiciese cargo del poder el príncipe heredero Lisandro, pero el muchacho es demasiado joven. Callejón sin salida. Su Majestad es una cosa, y los agentes con poderes imperiales otra. Demonios, yo no quiero dar autoridad imperial a nadie más que a la familia real. Un hombre, una familia, no pueden ejercer personalmente demasiado poder pese a todo el que acumulen en teoría, pero a través de agentes nombrados la cosa cambia.

- ¿Y Merrill? Éste es su sector.

- ¿Y qué? Las mismas objeciones se aplican a él que a cualquier otro. Más. El trabajo de Virrey está muy claramente definido. No incluye trato con alienígenas. Merrill no intentaría establecer un pequeño imperio propio aquí, pero la historia indica claramente que hay que vigilar de todos modos. Así que tenía que ser una comisión. El Parlamento no estaría dispuesto además a conceder tanto poder a un solo hombre, ni siquiera a mí. Hacerme presidente era preferible. Incluir a mi sobrina en la Comisión... Mi hermano era más popular que yo, necesitábamos una mujer y aquí está Sally recién venida de la Paja. Estupendo. Pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo, Rod. Tiene que ser otro. Tendrás que ser tú.

- Lo veía venir. ¿Por qué yo?

- Es lo más natural. Necesitaba el apoyo de tu padre para que se aprobase la Comisión, de todos modos. El marqués es muy popular en este momento. Hizo una gran tarea consolidando su sector. Tiene un buen historial de guerra. Además, tú eres casi de la familia real. Estás emparentado con el trono...

- La relación es muy lejana. El hijo de mi hermana tiene más derecho que yo a alegar ese parentesco.

- Sí, pero eso significa no ampliar excesivamente la prerrogativa. Los padres confían en ti. A los barones les gusta tu padre. También a los comunes, y nadie va a pensar que tú quieras proclamarte rey aquí; perderías Crucis Court. Así que ahora el problema es encontrar un par de tipos de aquí que acepten las baronías y te ayuden cuando yo me vaya. Tendrás que buscarte un sustituto si quieres volver a casa, pero ya conseguirás resolver eso. Yo lo conseguí. -Fowler sonrió beatíficamente.

Frente a ellos se alzaba el palacio. Guardas con faldas escocesas vigilaban fuera en uniformes de gala. Pero el oficial que comprobó sus credenciales en su lista de fichas antes de dejarles pasar era un infante de marina.

- Deprisa -dijo el senador Fowler mientras recorrían el camino circular hacia las escaleras de roca roja y amarilla-. Rod, si esos pajeños son una amenaza, ¿podríamos enviar allí a Kutuzov con una flota de combate?

- ¿Cómo?

-Ya me oíste. ¿De qué te ríes?

- De una conversación que tuve con uno de mis oficiales allá en Paja Uno. Sólo que yo me sentaba en tu asiento. Sí, señor. No querría, pero podría. Y puedo decírtelo tan rápido porque decidí el asunto en el viaje de vuelta, de otro modo habría tenido que decirte que buscases a otro para tu comisión. -Se detuvo un momento-. Sally no lo admitiría, sin embargo.

- No esperaba que lo admitiese. Pero tampoco se opondrá. Cualquier prueba o acontecimiento que nos obligase a ti o a mí a ordenar algo así la haría dimitir. Mira, he leído

esos informes una y otra vez, y no puedo encontrar muchas cosas malas... Sin embargo, hay algunas. Como lo de vuestros guardiamarinas. Me cuesta trabajo creerlo.

El vehículo llegó hasta las escaleras de palacio y se detuvo allí y el conductor se bajó a abrirles la puerta. Rod buscó dinero para pagar la carrera, y dio una propina demasiado grande porque no estaba acostumbrado a ir en taxi.

- ¿Eso es todo, señor? -preguntó el camarero.

Rod miró su computadora de bolsillo.

- Sí, gracias. Llegaremos tarde, Sally. -No hizo ninguna tentativa de levantarse-. Angus... tomaremos café. Con coñac.

- De acuerdo, señor.

- Rod, llegaremos tarde realmente -Sally tampoco se levantaba; se miraron y rieron-. ¿Cuándo fue la última vez que comimos juntos? -preguntó.

- ¿Hace una semana? ¿Dos? No recuerdo. Sally, en mi vida he tenido tanto trabajo. En este momento unas maniobras en la Flota serían un descanso. Y esta noche otra fiesta. Lady Riordan. ¿Tenemos que ir?

- Tío Ben dice que el Barón Riordan es muy influyente en Nueva Irlanda, y que podemos necesitar su apoyo allí.

- Entonces imagino que tendremos que ir. -Angus llegó con el café; Rod lo probó y lanzó un supiro satisfecho-. Angus, es el mejor café con coñac que he tomado en mi vida. La calidad ha venido mejorando notablemente en esta última semana.

- Gracias, señor. Está reservado para usted.

- ¿Para mí? ¿Sally, es éste tu...?

- No. -Ella estaba tan desconcertada como él.- ¿Dónde lo conseguiste, Angus?

- Un capitán mercante lo trajo personalmente a la casa del gobierno, señora. Dijo que era para Lord Blaine. El chef lo probó y dijo que podía servirlo.

- Desde luego que sí -dijo Rod entusiasmado-. ¿Quién era ese capitán?

- Me enteraré, señor.

- Debe de buscar algún favor -dijo Rod pensativo después de irse el camarero-. Aunque lo lógico entonces hubiese sido hacerme saber... -miró de nuevo su computadora-. No podemos demorarnos más. No podemos hacer esperar al Virrey toda la tarde.

- Podríamos. Tú y el tío Ben no estáis de acuerdo con mi propuesta, y...

- ¿Por qué no dejas eso para la conferencia, querida?

El Virrey exigía a la Comisión una decisión inmediata sobre la actitud a adoptar con los pajeños. Él era sólo uno entre muchos. Armstrong, Ministro de Guerra, quería saber qué tamaño debía tener la flota de combate capaz de desarmar a los pajeños... Por si acaso, decía, para que la sección planificadora del almirante Cranston pudiera ponerse a trabajar.

La Asociación de Comerciantes Imperiales insistía en que lo que Bury supiese sobre posibilidades mercantiles se comunicase a todos lo miembros. El Gran Diácono de la Iglesia de Él quería pruebas de que los pajeños eran ángeles. Otra facción eliana estaba segura de que eran diablos y de que el Imperio no facilitaría información auténtica. El cardenal Randolf, de la Iglesia Imperial, quería que se pasasen en televisión películas de los pajeños para acabar de una vez por todas con los elianos.

Y no había nadie en doscientos parsecs a la redonda que no quisiese un puesto en la Comisión.

Al menos estaremos en la misma reunión -dijo Sally.

- Sí. -Sus cuartos de palacio estaban en el mismo pasillo, pero sólo se veían en las fiestas. En la vorágine de las últimas semanas habían estado pocas veces en las mismas conferencias.

Angus volvió e hizo una inclinación.

- Capitán Anderson, Ragnarok, señor.

- Comprendo. Gracias, Angus. Es una nave de Autonética Imperial, Sally.

- ¡Entonces fue el señor Bury el que envió el café y el coñac! Qué detalle...

- Sí -dijo Rod, suspirando-. Realmente tendremos que irnos.

Subieron las escaleras desde el comedor a la oficina del Virrey Merrill. El senador Fowler, el Ministro de Guerra Armstrong y Cranston, almirante de la Flota, les esperaban impacientes.

- Es la primera vez que comemos juntos en dos semanas -explicó Rod-. Disculpen.

- Será mejor cuando llegue la Lenin -dijo el senador Fowler-. Los científicos de Horvath podrán hacer entonces la mayor parte de las apariciones en público. Ellos se prestarán gustosos a eso.

- Suponiendo que usted les permita hacerlo -dijo el príncipe Merrill-. No ha dejado decir gran cosa a sus protegidos pese a todo lo que han hablado.

- Disculpe, alteza -dijo el almirante Cranston-. Tengo prisa. ¿Qué he de hacer cuando llegue la Lenin? La nave entrará en órbita de aquí a sesenta horas, y tengo que enviar órdenes a Kutuzov.

- Estaría ya resuelto si hubieses aceptado mi sugerencia, tío Ben -dijo Sally-. Démosles habitaciones en Palacio, asignémosles criados y guardianes, y dejemos que los propios pajeños decidan a quién quieren ver.

- En cierto modo tiene razón -convino Merrill-. Después de todo; son representantes de una potencia soberana. Sería difícil de justificar si los detuviésemos, ¿no? Sería un paso decisivo y ¿para qué?

- El almirante Kutuzov está convencido de que los pajeños son una amenaza -dijo el Ministro de Guerra-. Dice que son muy persuasivos.

Que si se les da ocasión de hablar con quien quieran, Dios sabe de lo que pueden ser capaces. Podrían plantearnos problemas políticos, Alteza, y eso no sería nada conveniente.

- No creerá que tres pajeños puedan constituir una amenaza militar -insistió Sally. Benjamin Fowler suspiró pesadamente.

-Ya hemos discutido eso antes. ¡No es la amenaza militar lo que me preocupa! Si dejamos libres a los pajeños podrán establecer acuerdos. El informe de Bury me convence de eso. Los pajeños pueden llegar a formar grupos de interés que les apoyen. Negociar acuerdos comerciales.

- La Comisión pone un veto a cualquier acuerdo, tío Ben.

- Difícil será oponerse a un acuerdo que puede sernos desconocido. Si los pajeños son, como Horvath cree, gentes pacíficas que sólo desean vendernos o regalarnos su tecnología, que no pretenden competir por el territorio habitable (¿cómo demonios podemos saberlo?), que no constituyen ninguna amenaza militar, ni van a aliarse jamás con los exteriores...

El almirante Cranston carraspeó sonoramente.

-Y todo lo demás; aunque fuesen todo eso y más, aún constituyen un problema. Por una parte, su tecnología hará tambalearse todo el Imperio. No podemos limitarnos a aceptar las innovaciones sin un plan de reajuste.

- El departamento de trabajo se ocupa actualmente de eso -dijo secamente Merrill-. El presidente del instituto de trabajo estuvo aquí hace menos de una hora exigiendo que mantengamos aislados a los pajeños hasta que su equipo pueda estudiar los problemas de desempleo. No es que se opongan a la nueva tecnología, pero quieren que seamos cautos. Y no puedo reprochárselo.

-Tampoco la Asociación de Comerciantes del Imperio se muestra unánimemente favorable -añadió Rod-. Anoche, en casa de Lady Malcolm, dos comerciantes me dijeron que desconfiaban de los pajeños.

Rod se acarició las solapas de su capote de brillantes colores. Las ropas civiles ajustaban mejor y deberían resultarle más cómodas que el uniforme de la Marina, pero no se lo parecían.

- Maldita sea -continuó-. ¡No sé qué decir! He estado tan ocupado con charlas y conferencias sin sentido y con esas malditas fiestas que no he tenido posibilidad de pensar con calma.

- Lo comprendo -dijo Merrill-. Aun así, señor, las órdenes que tengo de Su Majestad son claras. He de seguir el consejo de la Comisión. Y aún sigo esperando ese consejo. Lady Sandra...

- Sally, por favor. -No le gustaba su nombre, aunque no supiese por qué.

- Lady Sally ha propuesto por lo menos algo. ¡Senador, usted y Blaine no han hecho más que decir que no sabían bastante!

- Hay un pequeño problema con mi flota -intervino Armstrong-. Debo saber si los cruceros de combate de Cranston pueden volver a luchar contra los exteriores o deben permanecer en este rincón del sector. ¡Si no aparece la flota en las provincias distantes pronto tendremos más rebeliones!

- ¿Las mismas exigencias? -preguntó Rod.

- Sí. Quieren naves propias. Más participación en la política imperial, también. Pero sobre todo naves ¡Para volverme loco! Tienen ya control de sus asuntos internos. No pagan más impuestos que nosotros. Cuando aparecen los exteriores, llaman a la Marina y acudimos. Pero esto no es problema suyo, señor. Si realmente necesitamos naves para defender a la Humanidad de monstruos alienígenas, las encontraré aunque tenga que ir yo mismo a trabajar a los astilleros.

- Casi sería mejor que los pajeños fuesen hostiles -dijo pensativo Merrill-. Una auténtica amenaza contra el Imperio uniría a las provincias... Me pregunto si podría convencer de esto a los barones.

- ¡Alteza! -protestó Sally.

- Era sólo una idea. Nada más.

- Podemos hacerlo indirectamente -gruñó Fowler; todos se volvieron a mirarle-. Es evidente. Dejemos que la prensa haga su trabajo. Cuando llegue la Lenin, organizaremos un espectáculo insólito en Nueva Escocia. Gran recepción a los pajeños. Con todos los honores. Con mucho protocolo, muchos desfiles, etcétera. Conferencias con el cuerpo diplomático. Nadie podrá poner objeciones a que las apariciones en público de los pajeños sean ceremoniales de protocolo y que el Ministro de Asuntos Exteriores monopolice el resto de su tiempo. Y entretanto, podríamos trabajar. Alteza, le aconsejaremos lo más pronto posible, pero Leoni... Su Majestad no me envió aquí para hacer juicios precipitados. Hasta que sepa más, no llegaré a una conclusión definitiva.

49
Desfiles

El vehículo de aterrizaje se posó en el techo de Palacio con un agudo silbido de los motores que fue convirtiéndose en rumor sordo hasta apagarse por completo. Fuera se oyó un prolongado redoble de tambores. La música marcial penetró en la cabina y luego atronó en la nave al abrirse la escotilla.

David Hardy parpadeó ante los reflejos del sol matutino sobre las piedras multicolores del Palacio. Aspiró el aire fresco sin olor a naves y hombres y filtros, y sintió la calidez de Nueva Caledonia. Sus pies tocaban sólida roca. ¡El hogar!

- ¡GUARDIA DE HONOR, ATENCIÓN!

Oh, Señor, ahora saldrán todos, pensó David. Se irguió y descendió por la rampa mientras las cámaras centraban en él sus objetivos. Le seguían otros oficiales y civiles. El doctor Horvath fue el último, y cuando apareció David hizo una seña al oficial que estaba al cargo.

- ¡PRESENTEN... ARMAS!

- ¡Snap! ¡Crak! Cincuenta pares de guantes blancos hicieron idénticos movimientos y golpearon las armas al mismo tiempo. Cincuenta mangas escarlata con cinta dorada se alzaron con geométrica precisión. El redoble del tambor se hizo más sonoro, más rápido.

Los pajeños bajaron la rampa. Parpadearon bajo la claridad del sol de Nueva Caledonia. Las trompetas lanzaron su saludo y luego cedieron paso de nuevo a los tambores. Después sólo alteró el silencio el lejano rumor del tráfico en las calles, a medio kilómetro de distancia. Hasta los informadores guardaban silencio en su plataforma elevada. Los pajeños giraban sus cuerpos a un lado y a otro.

¡Qué curioso! Al fin un mundo humano, y humanos gobernando. Sin embargo, ¿qué hacían? Delante había dos hileras de veinticinco soldados en posición rígida, sosteniendo las armas en lo que no podía ser una postura cómoda. Todos igual y evidentemente sin amenazar a nadie; pero Ivan se volvió automáticamente, como buscando a sus Guerreros.

A su derecha había más soldados de aquellos, pero llevaban instrumentos que producían ruidos, no armas, y varios llevaban banderas de colores; tres más llevaban armas y un cuarto una bandera aún mayor de un solo color, símbolos que ya habían visto antes. Una corona y una nave espacial, un águila y la hoz y el martillo.

Justo enfrente, más allá de los tripulantes de la Lenin y de la MacArthur, había más humanos que vestían ropas muy diversas. Evidentemente esperaban hablar con los pajeños, pero no hablaban.

- El capitán Blaine y la señorita Fowler -gorjeó Jock-. Su postura indica que los dos que hay frente a ellos reciben un tratamiento de respeto.

David Hardy condujo a los pajeños. Los alienígenas aún seguían charlando entre sí con tonos musicales.

- Si el aire les resulta desagradable -dijo David-, podemos hacerles filtros. Pero no vi que la atmósfera de la nave les molestase. -Aspiró otra bocanada de aquel aire limpio y precioso.

- No, no, es sólo un poco insípido -dijo un Mediador; era imposible distinguirlos-. Además hay oxígeno extra. Creo que lo necesitaremos.

- ¿Y la gravedad?

- Bien. -El pajeño achicó los ojos hacia el sol-. Necesitaremos también gafas oscuras.

- Desde luego.

Llegaron al final de la hilera de guardias de honor. Hardy hizo una inclinación a Merrill. Los dos Mediadores hicieron lo mismo; una imitación perfecta. El Blanco permaneció erguido un instante y luego se inclinó, pero no tanto como los otros.

El doctor Horvath esperaba.

- El Príncipe Estefan Merrill, Virrey de Su Majestad Imperial en el sector Trans-Saco de Carbón -anunció Horvath-. Su Alteza el Embajador de Paja Uno. Su nombre es Ivan.

Merrill se inclinó protocolariamente y luego indicó al senador Fowler con un ademán.

- Senador Benjamin Bright Fowler, Lord Presidente de la Comisión Imperial Extraordinaria. El senador Fowler tiene poderes para hablar con ustedes en nombre del Emperador y les trae un mensaje de Su Majestad.

Los pajeños se inclinaron de nuevo.

El senador Fowler había permitido a su criado que le vistiese adecuadamente: millones de seres humanos verían las imágenes de aquella recepción. Su túnica negra no tenía más adorno que un pequeño sol de oro al pecho, a la izquierda; la faja era nueva y los pantalones ajustaban perfectamente y se embutían en unas botas resplandecientes, suaves como guantes. Llevaba en el brazo izquierdo un bastón de caña con el mango de oro labrado, mientras que Rod Blaine sostenía un pergamino.

Fowler leyó con la voz de sus discursos oficiales muy tranquilo. Este caso no iba a ser una excepción.

- Leónidas IX, Emperador de la Humanidad por la gracia de Dios, a los representantes de la civilización pajeña, saludos, bienvenidos. La Humanidad lleva mil años buscando hermanos en el Universo. Es un sueño de toda nuestra historia...

El mensaje era largo y protocolario, y los pajeños lo escucharon en silencio. A su izquierda un grupo de hombres se movían y murmuraban, y algunos les enfocaban instrumentos que los pajeños identificaron como cámaras trivisionales mal diseñadas. Había

un bosque de cámaras y, más allá, más hombres; ¿por qué necesitarían los humanos tanta gente para una tarea tan simple?

Fowler terminó el mensaje. Siguió la mirada del pajeño sin volver la cabeza.

- Los señores de la prensa -murmuró-. Procuraremos por todos los medios que no les molesten.

Luego alzó el pergamino para mostrar el sello imperial y se lo ofreció a los pajeños.

- Evidentemente esperan respuesta. Éste es uno de los actos «protocolarios» de que nos habló Hardy. No sé qué decir. ¿Qué opináis vosotros?

- No sé qué decir tampoco -dijo Jock-. Pero hay que decir algo.

- ¿Qué dijeron ellos? -preguntó el Amo.

-Aunque lo tradujera no tendría sentido. Nos han dado la bienvenida en nombre de su Emperador, que parece ser un super Amo. Ese bajo y gordo es el Mediador de ese Emperador.

-Ah. Al menos hemos encontrado uno con quien poder comunicarnos. Hablale.

- ¡Pero si no ha dicho nada!

- No digas nada tú tampoco.

- Estamos muy agradecidos por la bienvenida de su Emperador. Creemos que este primer encuentro entre razas inteligentes será una fecha histórica, quizás el acontecimiento más importante de nuestras historias. Estamos deseosos de iniciar el comercio y el enriquecimiento mutuo de pajeños y humanos.

- Pareces Horvath.

- Claro. Fueron palabras suyas. Solía utilizarlas antes de que los humanos destruyesen su nave más pequeña. Tenemos que saber por qué lo hicieron.

- ¡No preguntarás hasta que no sepamos más de los humanos!

Los pajeños seguían parpadeando en un silencio que se prolongaba embarazosamente. Era obvio que no tenían más que decir.

- Deben de estar ustedes cansados del viaje -dijo Merrill-. Supongo que querrán descansar en sus habitaciones antes de que empiece el desfile.

Al ver que los pajeños no contestaban, Merrill hizo un leve gesto con la mano. La banda inició una marcha y los pajeños se vieron conducidos hacia un ascensor.

- Conseguiremos burlar a esos malditos periodistas -murmuraba Fowler. Se volvió para sonreír a las cámaras. Los otros hicieron lo mismo y aún sonreían cuando las puertas del ascensor se cerraron ante las caras de los periodistas, que corrieron tras los pajeños al ver que se iban.

No había ningún ojo espía en las habitaciones, y las puertas tenían cerraduras. Había varias habitaciones, todas de techo muy alto; tres con lo que los humanos consideraban camas adecuadas para los pajeños, y cada una de éstas con un cuarto adjunto para deshacerse de los desperdicios y lavarse. En otra habitación había un refrigerador y hornillos de llama y de microondas, grandes reservas de alimentos incluyendo los manjares que habían traído los pajeños, cubertería y equipo que no reconocieron. Otra habitación, la mayor de todas, tenía en el centro una gran mesa de madera encerada y sillas pajeñas y humanas.

Vagabundearon por los vastos espacios.

- Una pantalla trivisional -exclamó Jock.

Manipuló los controles y apareció una imagen. Era una cinta en la que aparecían ellos mismos escuchando el mensaje del Emperador. Otros canales mostraban lo mismo, u hombres hablando sobre la llegada de los pajeños, o...

Un hombre alto que vestía prendas sueltas gritaba. Su tono y su gesto indicaban cólera:

- ¡Son diablos! ¡Hay que destruirlos! ¡Las legiones de Él lucharán contra las legiones del infierno!

Los gritos de aquel hombre quedaron cortados y le sustituyó otro hombre, que vestía también ropa floja, pero que no gritaba. Hablaba con calma.

- Han oído al hombre que se autoproclama la Voz de El. No es necesario que lo diga, por supuesto, pero hablando en nombre de la Iglesia puedo asegurarles que los pajeños no son ni ángeles ni demonios; son sólo seres inteligentes muy parecidos a nosotros. Si constituyen una amenaza para la Humanidad, no se trata, desde luego, de una amenaza espiritual; los siervos de Su Majestad podrán tratar sin miedo con ellos.

- Cardenal Randolf, ¿ha determinado la Iglesia El, bueno... el status de los pajeños? Es decir, su definición teológica...

- Por supuesto que no. Pero puedo decir que no son seres sobrenaturales. El cardenal Randolf se echó a reír y lo mismo hizo el comentarista. No había rastro del hombre que gritaba furioso.

-Venid -dijo el Amo-. Ya tendréis tiempo para esto más tarde. Entraron en la habitación mayor y se sentaron a la mesa; Charlie sirvió cereal de las reservas de alimentos.

- ¿Habéis olido el aire? -preguntó Jock-. No tienen desarrollo industrial. ¡El planeta debe de estar casi vacío! Hay espacio para millones de Amos y todos sus servidores.

- Un exceso de luz solar de este tipo podría dejarnos ciegos. La gravedad acortaría nuestras vidas. -Charlie inspiró profundamente-. Pero hay espacio y alimentos y metales. Creo que podríamos soportar bien la gravedad y la luz del sol.

- Quizás no haya oído bien... -dijo Jock con un gesto burlón-. ¿Vamos a conquistar nosotros tres el planeta?

- ¡Estos humanos me llevan a ideas de Eddie el Loco! ¿Os disteis cuenta? ¿Oísteis? El Mediador del Emperador detesta a los operadores de las cámaras trivisionales, y sin embargo les habla sonriendo y dice que no tiene poder para impedirles molestarnos.

- Nos han dado un aparato trivisional -dijo el Amo.

-Y es evidente lo que ven los humanos. Había portavoces de varios Amos. Ya visteis - indicó Jock con placer-. Tendré muchas posibilidades de descubrir cómo se gobiernan los humanos y cómo viven.

- Nos han dado una fuente de información que ellos no controlan -dijo el Amo-. ¿Qué significa esto?

Los Mediadores guardaron silencio.

- Sí-dijo Ivan-. Si no tenemos éxito en nuestra misión, no nos permitirán volver. - Hizo un gesto de indiferencia-. Lo sabíamos antes de venir. Ahora es más vital que nunca que establezcamos comercio con los humanos cuanto antes; o que determinemos qué relaciones no son deseables y hallemos medio de impedirlas. Debéis actuar enseguida.

Lo sabían. Los Mediadores que habían propuesto aquella misión y los Amos que habían consentido conocían los límites temporales antes de que abandonaran Paja Uno. Eran dos: el período de vida de un Mediador era corto, y el Amo moriría aproximadamente al mismo tiempo. El gran desequilibrio hormonal que le hacía estéril y permanentemente macho le mataría. Pero sólo los híbridos y los Encargados estériles podían ser candidatos, pues ningún Amo confiaría en otro que no fuese un Encargado para aquella tarea; y sólo un Encargado podía sobrevivir sin procrear.

La extensión del segundo límite temporal era menos previsible, pero no menos segura: la civilización estaba de nuevo amenazada en la Paja. Se iniciaba otro Ciclo, y pese a los inevitables Eddie el Loco no habría medio de impedirlo. Tras el colapso, los humanos encontrarían a los pajeños sumidos en la barbarie. La raza estaría desvalida, o casi; ¿qué harían entonces los humanos?

Nadie lo sabía y ningún Amo quería arriesgarse.

- Los humanos han prometido acuerdos comerciales. Supongo que el Mediador será su instrumento. Quizás también el señor Bury u otro como él.

Jock dejó su silla y examinó las paredes artesonadas. Había botones ocultos y apretó uno. Se deslizó un panel mostrando otro aparato trivisional, y Jock lo accionó.

- ¿Qué hay que discutir? -preguntó el Amo-. Nosotros necesitamos alimentos y tierra para salir de los Ciclos. Tenemos que ocultar la urgencia de nuestras necesidades y sus razones. Poco tenemos que ofrecer para intercambiar, salvo ideas; no tenemos recursos que

ampliar. Si los humanos desean bienes duraderos, deben darnos metales para fabricarlos.

Cualquier reducción de los recursos de la Paja prolongaría el colapso siguiente; y esto no podían permitirlo.

-Aunque la Marina insiste en guardar silencio, puedo decirles que esos seres poseen una tecnología muy superior a la del Primer Imperio -decía un comentarista en la pantalla. Parecía impresionado.

- Los humanos no poseen ya muchas de las cosas que tenían -dijo Jock-. En otros tiempos, en el período que ellos llaman el Primer Imperio, tenían maquinaria transformadora de alimentos de asombrosa eficacia. Sólo necesitaban energía y materia orgánica, basura, maleza, incluso animales hombres muertos. Las materias tóxicas quedaban eliminadas o transformadas.

- ¿Conoces los principios? ¿O la amplitud de su uso? ¿O por qué no disponen ya de ella? -preguntó el Amo.

- No. Los humanos no hablan de ello.

-Yo oí -añadió Charlie-. Fue un soldado que se llamaba Dubcek, intentaba ocultar el hecho evidente de que los humanos tienen Ciclos. Todos lo hacen.

- Nosotros conocemos sus Ciclos -dijo Ivan-. Son Ciclos extrañamente erráticos.

- Sabemos lo que los guardiamarinas nos dijeron en sus últimas horas. Sabemos lo que los otros habían dicho implícitamente. Sabemos que les sobrecoge el poderío de su Primer Imperio, pero que sienten escasa admiración por sus civilizaciones anteriores. Poco más. Quizás con la trivisión podamos aprender.

-Y esa máquina alimentadora, ¿sabrán otros más sobre ella?

- Sí. Un Marrón, con lo que saben los humanos de los principios, es posible que pudiera...

- Por favor -dijo Charlie-. Deja de echar de menos a los Marrones.

- No puedo evitarlo. No tengo más que tenderme en una de sus literas, o sentarme en esta silla, e inevitablemente mi pensamiento me lleva...

- Un Marrón moriría enseguida. Dos Marrones procrearían infinitamente y si se lo impidiésemos morirían lo mismo. Olvídate de los Marrones.

- Lo haré. Pero esa máquina de alimentos reduciría considerablemente los Ciclos.

- Reunirás todos los datos posibles sobre la máquina -ordenó Ivan-. Y tú dejarás de hablar de los Marrones. Mi litera está tan mal diseñada como la vuestra.

La tribuna estaba frente a las puertas de Palacio, y llena de humanos. Se extendían a ambos lados estructuras más permanentes, hasta donde podían ver los pajeños desde su asiento de primera fila. Les rodeaban humanos por todas partes.

Ivan permanecía impasible. No comprendía el propósito de todo aquello, pero los humanos se esforzaban por observar las formalidades. Cuando dejaron sus habitaciones les siguieron humanos armados, y aquellos hombres no observaban a los pajeños; vigilaban incesantemente a las multitudes que les rodeaban. Aquellos soldados no eran impresionantes y sería como Carnes en manos de los Guerreros, pero al menos los Amos humanos les habían proporcionado una guardia personal. Intentaban ser corteses.

Los Mediadores charlaban como hacen siempre los Mediadores, e Ivan escuchaba atentamente. De las conversaciones de los Mediadores se podía aprender mucho.

- Éstos son -decía Jock- los Amos supremos de este planeta, de veinte planetas y de más. Sin embargo han dicho que deben hacer esto. ¿Por qué?

- Tengo varías teorías -dijo Charlie-. Fíjate, en las normas de respeto cuando se aproximen a los asientos. El Virrey Merrill ayuda a Sally a subir las escaleras. Algunos omiten los títulos y otros los utilizan siempre, y por los altavoces se dan títulos y más títulos. «Caballeros de la prensa» parece que no entraña ningún status especial. Sin embargo paran a quien les place, y aunque los otros les impidan ir donde quieren, no les castigan por intentarlo.

- ¿Qué regla ves ahí? -preguntó Jock-. Yo no veo ninguna.

- ¿Has extraído alguna conclusión? -preguntó Ivan.

- Sólo tengo preguntas interesantes-contestó Charlie.

- Entonces os diré mis propias observaciones -dijo Ivan.

Jock pasó a hablar la lengua reciente de los remolcadores troyanos.

- ¿Qué esquema ves tú?

Charlie contestó en el mismo idioma.

-Veo una compleja red de obligaciones, pero dentro de ella una pirámide de poder. Aunque nadie es de verdad independiente, cuando se acerca uno a la cúspide de la pirámide el poder crece muchísimo. Sin embargo, raras veces se utiliza plenamente. Hay líneas de obligaciones que se extienden por todas partes, hacia arriba, hacia abajo, a los lados de un modo totalmente extraño. Mientras que un Amo nunca trabaja directamente para ningún otro, estos humanos trabajan todos unos para otros. El Virrey Merrill responde a órdenes de arriba y a obligaciones de abajo. Los Marrones y los Labradores y los Guerreros y los Trabajadores exigen y reciben cuentas periódicas de la actuación de sus Amos.

Jock (asombrado):

- Es demasiado complejo. Pero si no llegamos a descifrarlo no podremos predecir lo que harán los humanos.

- Las normas cambian constantemente -dijo Charlie-. Y hay esa actitud que ellos llaman «protocolaría»...

- Sí, lo he observado -dijo Jock-. Esa mujer pequeña que cayó frente al vehículo. Los hombres del vehículo vacilaron, quizás resultaran heridos. El vehículo se detuvo con mucha brusquedad. ¿Qué prerrogativas puede tener esa mujer?

- Si el que se la lleva es su padre -dijo Jock-, entonces es una protoingeniero. Salvo quesea una mujer pequeña y tengan pocos ingenieros femeninos, y el coche del Amo se detuviese para evitar atropellada, en perjuicio del Amo. Ahora comprendo por qué sus Fyunch(click) se vuelven locos.

La tribuna estaba casi llena, y Hardy volvió a su sitio junto a ellos.

- ¿Puede explicarme otra vez qué pasa aquí? -preguntó Charlie-. No entendimos nada, y usted tenía poco tiempo.

Hardy lo pensó. Todos los niños sabían lo que era un desfile, aunque nadie se lo dijese; lo que uno hacía era llevarlos a que viesen uno. A los niños les gustaba porque podían ver cosas extrañas y maravillosas... Los adultos... Bueno, los adultos tenían otras razones.

- Pasarán -explicó- una serie de hombres ante nosotros en formaciones regulares. Algunos tocarán instrumentos de música. Habrá vehículos que exhibirán piezas de artesanía y de arte e implementos agrícolas. Luego pasarán más hombres caminando, y cada grupo llevará el mismo uniforme.

- ¿Y con qué objetivo? Hardy se echó a reír.

- Honrarles a ustedes, y honrarnos nosotros y honrarles a ellos. Que muestren sus habilidades. -Y quizás su poder...-. Hemos tenido desfiles en toda nuestra historia, y no hay indicios de que vayamos a prescindir de ellos.

- ¿Y es éste uno de esos actos de «protocolo» de que nos habló?

- Sí, pero teóricamente también debe de resultar divertido. -Hardy sonreía benévolamente. Tenían un aire curioso con su piel marrón y blanca y sus grandes gafas negras, fijadas con cintas, porque no tenían narices en que apoyar las gafas ordinarias. Aquellas gafas les daban un aire extrañamente solemne.

Hardy percibió un rumor atrás y se volvió. El estado mayor del Almirantazgo ocupaba su puesto. Hardy reconoció al almirante Kutuzov junto al Gran Almirante de la Flota, Cranston.

Los pajeños charlaban entre sí, sus voces subían y bajaban escalas, agitaban los brazos...

- ¡Es él! ¡Es el Amo de la Lenin! -Jock se levantó y miró. Los brazos indicaban sorpresa, alegría, asombro...

Charlie estudiaba las actitudes de los humanos cuando entraban en el espacio de la tribuna. ¿Quién rendía pleitesía a quién? ¿De qué forma? Los que vestían del mismo modo reaccionaban previsiblemente, y sus ropas indicaban su rango concreto. Blaine llevaba en otros tiempos aquella ropa y mientras lo hacía correspondía al rango que teóricamente podía asignársele. Ahora no vestía ya lo mismo, y las reglas eran distintas. Hasta Kutuzov se había inclinado ante él. Y sin embargo... Charlie observó las acciones de los demás y las expresiones faciales, y dijo:

- Tienes razón. Ten cuidado.

- ¿Estás seguro? -preguntó el Blanco.

- ¡Sí! Es el que he estudiado durante más tiempo, aunque sólo a través de la conducta de los que seguían sus órdenes. Fíjate en la ancha faja de la manga, el símbolo planetario en el pecho, el respeto que le muestran los infantes de marina de la Lenin que hacen guardia. Desde luego que sí. Tenía razón desde un principio, un solo ser y humano...

- Deja de estudiarle. Aparta los ojos de allí.

- ¡No! ¡Debemos conocer este tipo de humano! ¡Ésta es la clase que ellos eligen para mandar sus naves de guerra!

-Aparta los ojos de allí.

- Eres un Amo, pero no mi Amo.

- Obedece -dijo Ivan. No se le daban bien las discusiones.

A Charlie sí. Mientras Jock vacilaba con su dilema interno, Charlie pasó a un idioma antiguo y medio olvidado, menos con propósitos de acatamiento que por recordar a Jock cuánto tenían que ocultar.

- Si tuviésemos varios Mediadores el riesgo sería admisible; pero si tú te vuelves loco ahora, tendríamos que decidir las cosas sólo Ivan y yo. Tu Amo no estaría representado.

- Pero los peligros que amenazan a nuestro mundo...

- Considera la suerte de tus hermanos. La Mediadora de Sally Fowler se dedica ahora a decir a los Amos que podríamos llegar a un mundo perfecto si ellos limitasen su descendencia. El Mediador de Horace Bury...

- Si pudiésemos saber...

-... ha desaparecido. Envía cartas a los Amos más poderosos pidiendo que le hagan ofertas porque está dispuesto a cambiar de Amo, e indicando el valor de informaciones que sólo él posee. ¡La Mediadora de Jonathon Whitbread traicionó a su Amo y mató a su propio Fyunch(click)! -Los ojos de Charlie brillaron al mirar a Ivan. El Amo estaba observando, pero no entendía.

Charlie pasó otra vez a la lengua común.

- La Mediadora del capitán Roderick Blaine se volvió también loca. Estabais presentes. La Mediadora de Gavin Potter también. La Mediadora de Sinclair aún puede vivir en sociedad, pero está también completamente trastornada.

- Eso es cierto -dijo el Blanco-. La hemos puesto al cargo de un proyecto para crear un campo de fuerza como el que poseen los humanos. Trabaja asombrosamente bien con los Marrones y utiliza personalmente herramientas. Pero con su Amo y con sus hermanos Mediadores habla como si tuviese dañado el lóbulo parietal.

Jock se sentó de pronto, los ojos fijos enfrente.

- Considerad el panorama -continuó Charlie-. Sólo la Mediadora de Horst Staley está realmente sana, de acuerdo con un criterio racional. No debemos identificarnos con ningún humano. Desde luego esto no debería resultar duro. ¡No puede haber en nosotros ningún instinto que nos empuje a identificarnos con los humanos!

Jock volvió al idioma reciente de los remolcadores troyanos.

- Pero estamos solos aquí. ¿De quién debería ser entonces Fyunch(click), Ivan?

- Tu no serás Fyunch(click) de ningún humano -dijo Ivan. Sólo había entendido esto último. Charlie no contestó.

Me alegro de que terminase, fuese lo que fuese, pensó Hardy. La conversación pajeña se había prolongado sólo medio minuto, pero el intercambio de información debía de haber sido

considerable... y el contenido emocional muy alto. David estaba seguro, aunque no pudiese identificar siquiera unas cuantas frases de un idioma pajeño. Hacía muy poco que había llegado a la conclusión de que había varios idiomas entre los pajeños.

-Aquí vienen el Virrey y los miembros de la Comisión -dijo-. Y ahora empiezan las bandas. Pronto sabrán lo que es un desfile.

A Rod le pareció que hasta las paredes mismas de Palacio temblaban a causa del estruendo. Un centenar de tambores redoblaron como un trueno, y tras ellos una banda de música entonó una marcha antigua de tiempos del

Condominio. El director alzó la batuta, dirigiendo a sus músicos. Las chicas arrojaban al aire sus bastones y los recogían ágilmente mientras iniciaban el desfile.

- El Embajador pregunta si ésos son Guerreros -gritó Charlie. Rod estuvo a punto de echarse a reír, pero controló cuidadosamente su voz.

- No. Es la banda del Instituto John Muir... Un grupo juvenil. Algunos pueden convertirse en Guerreros cuando crezcan, y otros serán Agricultores, o Ingenieros, o...

- Gracias. -Los pajeños comenzaron a gorjear entre sí.

No tardarían en llegar los guerreros, pensó Rod. Como aquella recepción tendría sin duda la mayor audiencia trivisional del Imperio, Merrill no iba a despreciar la oportunidad de hacer un despliegue de fuerza. Podía obligar a los rebeldes a pensárselo dos veces antes de sublevarse. Pero no se desplegaría demasiado equipo militar, y habría más jóvenes bonitas con flores que infantes de marina y soldados.

El desfile era interminable. Todo barón provincial tenía que hacer acto de presencia; todo gremio, corporación, ciudad, escuela... Todos querían participar y a todos había dado permiso Fowler.

A la banda del Instituto John Muir siguió un batallón de tropas de montañeses con faldas escocesas, tambores y gaitas. A Rod aquella música estridente arañaba los nervios, pero procuraba controlarse; aunque aquellos soldados procedían del otro lado del Saco de Carbón, eran, naturalmente, populares en Nueva Escocia, y a todos los neoescoceses les gustaba, o decían que les gustaba, la música de gaita.

Los montañeses llevaban espadas y picas, y gorros de piel de oso de casi un metro de altura. De sus hombros caían ondas de brillantes pliegues. No había amenaza visible, pero la reputación de los montañeses era bastante amenazadora; ningún ejército de los mundos conocidos podía enfrentarse a ellos cuando abandonaban su protocolaria suavidad y se colocaban una armadura y un traje de combate; y los montañeses eran leales al Emperador hasta los tuétanos.

- ¿Son Guerreros ésos? -preguntó Charlie.

- Sí. Forman parte de la guardia del Virrey Merrill -dijo Rod. Tenía que hacer esfuerzos para no saludar al ver pasar las banderas. Por fin, se quitó el sombrero.

El desfile continuaba: una carroza cubierta de flores de alguna baronía neoirlandesa; otras de los gremios de artesanos; más soldados, de Friedlandia esta vez, desfilando torpemente porque eran artilleros y tanquistas y no tenían sus vehículos. Otro recordatorio para las provincias de lo que Su Majestad podía enviar contra sus enemigos.

- ¿Qué sacarán en limpio los pajeños de todo esto? -preguntó por lo bajo Merrill. Hizo un gesto de saludo a la bandera de otra carroza.

- Es difícil saberlo -contestó el senador Fowler.

- Más seguro es lo que van a pensar las provincias -dijo Armstrong-. Este espectáculo valdrá por una visita de un crucero de combate a muchos sitios. Y resulta mucho más barato.

- Más barato para el gobierno -puntualizó Merrill-. Me horroriza pensar lo que se ha gastado en todo eso. Afortunadamente, no tuve que pagarlo yo.

- Rod, ahora ya puedes irte -dijo el senador Fowler-. Hardy presentará excusas en tu nombre a los pajeños.

- Está bien. Gracias.

Rod desapareció. Detrás quedaban los rumores del desfile y la conversación apagada de sus amigos.

- Nunca en mi vida oí tantos tambores -dijo Sally.

- Bueno, en todos los aniversarios es lo mismo -le recordó el senador Fowler.

- Sí, pero yo no tengo por qué estar pendiente de todo en los aniversarios.

- ¿Aniversarios? -preguntó Jock.

Rod se fue cuando Sally intentaba explicar lo que eran las fiestas patrióticas, y centenares de gaitas pasaban desplegando esplendores gaélicos.

50
El arte de la negociación

El pequeño grupo entró en un hosco silencio. La hostilidad de Horowitz era casi audible mientras encabezaba la comitiva hacia al sótano más próximo. Yo soy el xenólogo más competente del sector Trans-Saco de Carbón, iba pensando. Tendrían que ir a Esparta para encontrar otro mejor. Y ese maldito aristócrata y su dama dudan de mi palabra profesional.

Y tengo que soportarlo.

No había duda sobre esto, reflexionaba Horowitz. El presidente de la Universidad se lo había dicho muy claro personalmente.

- ¡Haz lo que ellos quieren, Ziggy, por amor de Dios! Esta Comisión es muy importante. Todo nuestro presupuesto, y no digamos tu departamento, se verá afectado por sus informes. Podrían decir que nosotros no cooperábamos y pedir un equipo a Esparta.

Y qué. Al menos aquellos jóvenes aristócratas sabrían que el tiempo de él era valioso. Se lo había dicho media docena de veces mientras iban a los laboratorios.

Estaban situados en profundos sótanos de la Universidad Vieja, y caminaban sobre suelos de piedra gastada por el roce, excavados una era antes. El propio Murcheson había recorrido aquellos pasillos antes de que se completase la terraformación de Nueva Escocia, y, según la leyenda, aún podía verse su espectro vagando por aquellos pasadizos: una figura encapuchada con un ojo rojo y llameante.

¿Y por qué es esto tan condenadamente importante, en definitiva? ¿Por qué le dará tanta importancia la chica?

El laboratorio era otra sala excavada en la roca viva. Horowitz hizo un gesto imperioso y dos ayudantes abrieron un recipiente congelador. Salió de él una larga mesa.

El piloto de la sonda de Eddie el Loco yacía despiezado sobre la blanca y suave superficie de plástico. Sus órganos estaban dispuestos de modo semejante a su situación antes de la autopsia, con líneas negras trazadas sobre la piel indicando las articulaciones. Rojo claro y rojo oscuro y verde grisáceo, formas imposibles: los componentes de un Mediador pajeño tenían todos los colores y texturas de un hombre alcanzado por una granada. Rod sintió un vuelco en el estómago y recordó escenas de combate.

Pestañeó al ver a Sally inclinarse impaciente sobre el cadáver para ver mejor. Tenía una expresión tensa y hosca... aunque ya la tenía en la oficina de Horowitz.

- ¡Mire! -Horowitz explotó triunfalmente; su dedo huesudo indicó varios nódulos con forma de cacahuete, de un verde lima, en el abdomen-. Aquí. Y aquí. Éstos serían los testículos. Las otras variantes pajeñas tienen también testículos internos.

- Sí... -aceptó Sally.

- ¿De este tamaño? -preguntó despectivamente Horowitz.

- No sabemos -dijo Sally, muy seriamente-. En las estatuillas no había órganos reproductores, y los únicos pajeños diseccionados en la expedición fueron un Marrón y algunas miniaturas. El Marrón era hembra.

- He visto las miniaturas -dijo Horowitz.

- Bueno... sí -aceptó Sally-. Los testículos de las miniaturas machos eran lo suficientemente grandes como para verlos...

- Mucho mayores que éstos, en proporción. Pero es igual. Éstos quizás no hubiesen producido esperma. He estado haciendo comprobaciones. El piloto era un híbrido estéril. -

Horowitz dio una palmada con el dorso de la mano izquierda sobre la palma de la derecha-. ¡Un híbrido estéril!

Sally estudió al pajeño. Está realmente alterada, pensó Rod.

- Los pajeños empiezan siendo machos y luego se vuelven hembras -murmuró Sally, con voz casi inaudible-. ¿No sería quizás éste un ejemplar no maduro?

- ¿Un piloto?

- Sí, por supuesto... -suspiró-. De todos modos tiene usted razón. Era de la estatura de un Mediador plenamente desarrollado. ¿Podría haber sido una casualidad?

- ¡Vaya! ¡Se reía usted de mí cuando indiqué que podría haber sido una mutación! Pues bien, no lo es. Mientras ustedes estaban fuera trabajamos mucho aquí. He identificado cromosomas y los sistemas genéticos responsables del desarrollo sexual. Esta criatura era un híbrido estéril de otras dos formas que son fértiles. -Tenía una expresión de triunfo.

- Eso encaja -dijo Rod-. Los pajeños le dijeron a Renner que los Mediadores eran híbridos...

- Miren -dijo Horowitz.

Activó una pantalla de lectura y tecleó los códigos. Fluyeron formas por la pantalla. Los cromosomas pajeños eran discos cerrados ligados por finos vastagos. Había bandas y formas sobre los discos... y Sally y Horowitz hablaban un lenguaje que Rod no entendía. Escuchaba distraído, hasta que encontró a una auxiliar de laboratorio haciendo café. La muchacha le ofreció cordialmente una taza, el otro ayudante se les unió, y Rod hubo de explicar cosas de los pajeños. Otra vez.

Media hora después dejaron la Universidad. Aunque Rod no sabía lo que había dicho Horowitz, no había duda de que Sally estaba convencida.

- ¿Por qué estás tan alterada, querida? -preguntó-. Horowitz tiene razón. Parece bastante lógico que los Mediadores sean híbridos estériles.

Rod frunció el ceño al recordar. Horowitz había añadido que los Mediadores al ser estériles no se sentirían tentados por el nepotismo.

- Pero mi Fyunch(click) me lo había dicho. Estoy segura. Hablamos de sexo y de reproducción y ella dijo...

- ¿Qué?

- No recuerdo exactamente...

Sally sacó del bolsillo la computadora y tecleó los símbolos correspondientes al almacenaje de información. El aparato ronroneó, luego cambió de tono para indicar que estaba utilizando el sistema de radio del coche para comunicar con los bancos de datos de Palacio.

-Y no recuerdo exactamente cuándo lo dijo... -Tecleó algo más-. Debería haber utilizado un sistema de referencia mejor cuando grabé la cinta.

-Ya lo encontrarás. Estamos en Palacio... Tenemos una conferencia con los pajeños después de comer. ¿Por qué no les preguntas? Ella rió entre dientes.

- Te has puesto colorada.

- ¿Recuerdas cuando los pequeños pajeños copularon por primera vez? Fue la primera indicación positiva de que existían cambios de sexo entre los pajeños adultos, y yo bajé corriendo al salón... ¡El doctor Horvath aún cree que soy una especie de maníaca sexual!

- ¿Quieres que pregunte yo?

- Si no lo hago yo... Pero, Rod, a mí mi Fyunch(click) no me mentiría. No tendría que mentirme.

Comieron en el comedor de autoridades, y Rod pidió otro coñac y café. Bebió un trago y dijo pensativo:

- Había un mensaje con este...

- ¡Oh! ¿Hablaste con el señor Bury?

- Sólo para darle las gracias. La Marina aún le retiene como huésped. No, el mensaje era el regalo mismo. Me indicaba que él podía enviar mensajes, antes incluso de que la Lenin se pusiese en órbita.

- Tienes razón... por qué no... -Parecía desconcertada.

- Demasiado trabajo. Cuando pensé en ello, no me pareció que fuese tan importante como para informar, por eso no lo hice. La cuestión es ésta, Sally: ¿qué otros mensajes envió, y por qué quiere que yo sepa que puede hacerlo?

-Yo preferiría analizar las motivaciones de los alienígenas que las del señor Bury. Es un hombre muy extraño.

- Desde luego. Pero no es ningún estúpido. -Se levantó y ayudó a Sally a salir de su asiento-. Es la hora de la conferencia.

Se reunieron en los cuartos que los pajeños tenían en Palacio. Teóricamente aquello era una conferencia de trabajo, y el senador Fowler pretextaba tareas políticas en otra parte para que Rod y Sally pudiesen hacer preguntas.

- Me alegro de que nombrases al señor Renner para el equipo asesor

- dijo Sally cuando salían del ascensor-. Él ha conseguido... bueno, una visión distinta de los pajeños.

- Distinta. Ésa es la palabra.

A Rod le habían asignado también otros miembros de la expedición: el capellán Hardy, Sinclair y varios científicos. Hasta que el senador Fowler decidiese respecto a la petición del doctor Horvath de ingresar como miembro de la Comisión, no podían utilizarle; el Ministro de Ciencias podía negarse a aceptar ser un subordinado de los miembros de la Comisión.

Los infantes de marina que hacían guardia a la entrada de las dependencias pajeñas se pusieron firmes al ver aproximarse a Rod y a Sally.

- Mira. Te preocupas demasiado -dijo Rod mientras respondía a los saludos-. Los pajeños no se han quejado de nuestros guardias.

- ¿Quejado? Jock me dijo que al Embajador le gustan las guardias

- dijo Sally-. Supongo que nos tiene un poco de miedo.

-Ven mucha trivisión. -Rod se encogió de hombros-. Dios sabe lo que piensan ahora de la especie humana.

Entraron, sorprendiendo una animada conversación.

- Por supuesto, no esperaba ninguna prueba directa -insistía el capellán-. Pero aunque no la esperara, me habría sorprendido agradablemente encontrar algo concreto: unas escrituras, o una religión similar a la nuestra, algo así. Pero esperarlo, no.

-Aún me pregunto qué pensaban ustedes que podían haber encontrado -dijo Sally-. Si tuviese el problema de demostrar que los humanos tienen alma, no sabría por dónde empezar.

Hardy se encogió de hombros.

- Ni yo. Pero empezando por las propias creencias de usted... usted cree que posee algo parecido a un alma inmortal.

-Algunos lo creen, otros no se preocupan de ello -dijo Charlie-. La mayoría de los Amos lo creen. Los pajeños, como los humanos, no se dedican a pensar si su vida tiene un objetivo o no. Y que puede llegar un momento en que ellos desaparezcan. Y ese momento llegará, sin duda. Hola, Sally. Rod. Siéntense por favor.

- Gracias. -Rod hizo un gesto saludando a Jock y a Ivan.

El Embajador parecía una versión surrealista de un gato de angora espatarrado al borde de una litera. El Amo movió la mano derecha inferior, un gesto que, según había aprendido Rod, significaba algo parecido a «les veo». Había evidentemente otras formas de saludo, pero estaban reservadas para otros Amos: iguales, no criaturas con las que los Mediadores discutiesen asuntos.

Rod activó su computadora de bolsillo para enterarse del programa del día. La lectura estaba codificada para recordarle tanto los puntos concretos a discutir como las cuestiones que quería aclarar sin que los pajeños supiesen que habían sido formuladas por el senador Fowler; preguntas tales como por qué los pajeños no se habían interesado nunca por la suerte que había corrido la sonda de Eddie el Loco. Esto no necesitaba ningún código; Rod estaba tan desconcertado como el senador. Además no quería que los pajeños empezasen a hacer preguntas, pues habría tenido que explicarles lo que había pasado con la sonda.

-Antes de que empecemos -dijo Rod-. El ministerio de asuntos exteriores les suplica que asistan esta noche a una recepción para los barones y algunos representantes del Parlamento.

Los pajeños cuchichearon. Ivan gorjeó contestando.

- Con mucho gusto -dijo Jock protocolariamente. No había en su voz ningún matiz.

- Está bien. Así que ahora volvemos a los mismos problemas que ya teníamos. El de saber si son ustedes una amenaza para el Imperio y el de las consecuencias que puede tener su tecnología en nuestra economía.

- Es curioso -dijo Jock-; a nosotros nos preocupan los mismos problemas. Sólo que al revés.

- Pero nunca logramos aclarar nada de forma definitiva -protestó Sally.

- ¿Cómo íbamos a poder? -dijo Hardy-. Suponiendo que la cuestión amenaza sea rechazable, hasta que sepamos lo que nuestros amigos pueden vender, los economistas no podrán predecir las consecuencias... y los pajeños tienen el mismo problema.

- Pero ellos no están tan preocupados como nosotros -dijo impaciente Renner-. No pienso como Sally. Hablamos mucho, pero no hacemos gran cosa.

- No podremos hacer nada si no empezamos. -Rod miró los datos de su computadora-. La primera cuestión es la de los superconductores. Los físicos están muy contentos, pero el sector económico quiere datos de coste más exactos. Yo soy teóricamente el que debe preguntar...

Accionó el control para dejar deslizarse las preguntas por la pequeña pantalla.

- ¿Son ustedes híbridos estériles? -preguntó Sally.

Hubo un silencio. Los ojos de Hardy se achicaron levemente, pero por lo demás no reaccionó. Renner alzó la ceja izquierda. Miraron primero a Sally y luego a los pajeños.

- Quiere usted decir los Mediadores -dijo Jock cuidadosamente-. Sí. Por supuesto. Siguió un nuevo silencio.

- ¿Todos ustedes? -preguntó Renner.

- Desde luego. Somos formas híbridas. A ninguno de ustedes parece satisfacerles la respuesta. Sally, ¿qué es lo que les preocupa? Los Mediadores fueron una evolución tardía, y la evolución se realiza por grupos y tribus tan a menudo como por individuos... eso se cumple también en los humanos, ¿no?

Hardy asintió.

- No sólo nosotros. La mayor parte de las formas de vida alienígenas que hemos encontrado se ajustan también a esa norma.

- Gracias. Suponemos que las tribus con Mediadores sobrevivirán mejor que las que no los tienen. No hemos visto nunca un Mediador fértil, pero si hubo uno alguna vez, debió de actuar sin duda más en interés de sus hijos que de la tribu. -El pajeño se encogió de hombros-. Todo esto es pura especulación, claro está. Nuestra historia no llega tan atrás. En cuanto a mí, me gustaría tener hijos, pero siempre he sabido que no los tendría... -El pajeño se encogió de hombros de nuevo-. Aun así es una lástima. El acto sexual es el más placentero. Lo sabemos. Podemos proyectarnos perfectamente en los Amos y captar sus sentimientos.

Hubo más silencio. Hardy carraspeó, pero no dijo nada.

- Sally, ya que hablamos de problemas pajeños, hay algo más que debéis saber sobre nosotros.

La pesadez del ambiente podría cortarse con un cuchillo, pensó Rod. Por qué será tan deprimente...

- Comparada con vuestra especie, la nuestra es de vida muy corta. Nosotros tres fuimos elegidos por nuestra experiencia e inteligencia, no por nuestra juventud. Vivimos bastante menos de diez años.

- Pero... ¡No! -Sally estaba visiblemente alterada-. ¿Todos ustedes?

- Sí. Hubiese preferido no tocar este doloroso tema, pero todos consideramos oportuno explicarlo. Los desfiles, las recepciones oficiales y todo lo demás nos resulta muy agradable. Suponemos que será una gran satisfacción resolver el misterio de por qué hacen ustedes todo eso. Pero debemos también establecer relaciones comerciales y diplomáticas con ustedes, y

hay un límite temporal muy definido...

- Sí -dijo Sally-. Sí, por supuesto. ¿No hay ni siquiera diez años? Jock se encogió de hombros.

- Los Mediadores viven un total de veinticinco años. Unos más, otros menos. Suponemos que ustedes tendrán también sus propios problemas.

- La voz alienígena adquirió un tono de amarga ironía-. ¡Como todas esas guerras que padecen por falta de Mediadores!

El pajeño miró a su alrededor. Hubo más silencio y más ojos en blanco.

- Parece que les he inquietado. Lo siento, pero había que decirlo... Lo mejor será que sigamos mañana, cuando hayan tenido tiempo para pensar en esto.

- Emitió una nota aguda y dulce y Charlie e Ivan le siguieron hacia la zona privada de los aposentos pajeños. La puerta se cerró suavemente tras ellos.

Mientras caminaban hacia la habitación de Ivan, Charlie parloteaba con el Amo. Entraron y cerraron la puerta; aunque estaban seguros de que no había ningún sistema de espionaje, hablaron en un idioma lleno de alusiones poéticas. Los humanos jamás podrían descifrarlo.

La postura del Amo era exigir una explicación.

- No había tiempo para consultas -gritó Jock-. Tenía que hablar inmediatamente, antes de que diesen demasiada importancia a la pregunta.

- Les dijiste que sí-dijo Ivan-. Podrías haberles dicho que no. O que quizás. O que unos sí y otros no...

- Podrías haberles dicho -añadió Charlie- que nosotros no hablamos de esas cosas. Ya conoces a los humanos, ya sabes que no les gusta hablar abiertamente de cuestiones sexuales.

- Pueden hacerlo cuando quieran -protestó Jock-. Y su petición siguiente habría sido que nos sometiésemos a un examen de sus xenólogos. Nos hemos sometido ya a exámenes de sus médicos... ¿cómo íbamos a negarnos ahora?

- Sus xenólogos no encontrarían nada -dijo Ivan-. Un macho mostraría ausencia de esperma, pero vosotros sois hembras. Charlie fingió un pesar protocolario.

- Las circunstancias me obligan a discrepar de usted, Amo.

- Sus primeros exámenes no perseguían nada concreto. ¿Estás seguro de que ahora no podrían ser más exhaustivos? ¿De que no descubrirían que los tres sufrimos desequilibrios hormonales? -Charlie movió los brazos disculpándose por recordar al Amo su esterilidad; siguió luego moviéndolos para indicar que las circunstancias le obligaban-. El mismo desequilibrio que detectaron en la minera Marrón. Desequilibrio que no estaba presente cuando la encontraron, pero que se desarrolló antes de que muriese a bordo de la MacArthur.

Los otros se quedaron de pronto inmóviles. Charlie continuó inexorable.

- No son tontos. Pueden muy bien haber relacionado esas alteraciones con la abstinencia sexual. ¿Qué han descubierto sobre los Relojeros? Han tenido sin duda Relojeros para examinarlos; no hay duda de que la Minera debió de llevarlos a bordo.

- ¡Demonios! -Ivan se quedó pensativo-. ¿Encerrarían a los Relojeros en lugares distintos?

Ambos Mediadores hicieron un gesto que indicaba ignorancia.

- Jock tenía razón para contestar como lo hizo -dijo Charlie-. Ellos tenían el cuerpo que iba a bordo de la sonda de Eddie el Loco. Tenía que haber uno, y tenía que ser un Mediador, un joven con mucha vida por delante para poder negociar con quien hubiese aquí cuando llegase la sonda.

- Pero según nuestros archivos ese Mediador estaría muerto -dijo Jock-. Tenía que estarlo; y los humanos no aprenderían nada de él. ¡Demonios! ¿Y si los archivos fallaran...?

- Si los archivos fallaran. Si tuviésemos un Marrón. Si los humanos nos dijesen lo que hicieron con la sonda. Si los humanos nos dijesen por qué destruyeron la MacArthur. Dejaos de una vez de frases sin sentido. Debemos enterarnos por los humanos -ordenó con decisión Ivan-. ¿Qué os parece que pudieron aprender los humanos del piloto de la sonda?

- Lo diseccionarían, sin duda -dijo Charlie-. Sus ciencias biológicas son tan avanzadas

como las nuestras. Más aún. Hablan de técnicas de ingeniería genética no registradas en ningún museo, y desde luego aún no descubiertas en este Ciclo. Así que debemos suponer que sus xenobiólogos pudieron descubrir que el Mediador era estéril. El Fyunch(click) de Renner le dijo que los Mediadores eran híbridos.

- Eddie el Loco. Incluso entonces -dijo Ivan-. Ahora ella discute incesantemente con su Amo -hizo una pausa, pensativo, balanceando los brazos para pedir silencio-. Lo has hecho bien -dijo a Jock-. De todos modos se habrían enterado de que sois estériles. Es crucial que no descubran lo importante que es eso. ¿Descubrirán con esto los humanos que los Fyunch(click) pueden mentirles y les mienten?

Silencio. Por fin habló Jock:

- No sabemos. El Fyunch(click) de Sally habló con ella de la sexualidad, pero la conversación fue a bordo de la nave humana. No está registrada, sólo sabemos lo que se nos dijo.

- Lo que nos dijo un Eddie el Loco-añadió Ivan.

- Hice todo lo posible por distraerles -dijo Jock.

- Pero ¿lo lograste?

- Sí. Era evidente por sus caras.

Ivan era incapaz de entender una cara humana. Pero comprendía la idea: había músculos alrededor de los ojos y de la boca de los humanos, utilizados para indicar emociones, como los gestos púnenos. Los Mediadores podían descifrarlas.

- Sigue.

- Hice una alusión directa al acto sexual para desviar sus pensamientos. Luego el hecho de nuestro período de vida, revelado como podría revelarse que se padece una enfermedad mortal. Ahora esas longevas criaturas llorarán por nosotros.

- Bueno, podría ser -convino Charlie.

- No hay duda de que se compadecerán de nosotros por nuestras taras. Puede incluso que intenten remediarlas.

Ivan se volvió rápidamente a Jock.

- ¿Crees que pueden hacer eso?

- ¡No, Amo! ¿Soy yo acaso Eddie el Loco? Ivan se tranquilizó.

- Debéis considerar esto cuidadosamente. Analizaréis los datos que tienen los humanos y lo que pueden deducir de ellos. ¿No había dos Ingenieros, además de vuestro Amo, a bordo de la nave embajadora que se encontró con la MacArthur?

-Así es -dijo Jock.

- ¿Y cuántas crías de Mediadores había cuando regresaron?

- ¡Yo tenía cuatro hermanas!

- ¡Maldita sea! -Ivan quería decir más; pero indicar lo obvio habría sido perder para siempre la lealtad de Jock; podría incluso haber afectado a Charlie, produciéndole desviaciones anormales. Los Mediadores se identificaban con los Amos. Sentían las emociones habituales de los Amos hacia los niños.

Aunque estéril desde temprana edad, Ivan no era inmune a aquellas emociones; pero él sabía. Aquellos niños deberían haberse salvado.

51
Después del baile

- No tiene objeto sentarse aquí -proclamó Renner.

- Sí. -Rod abría la marcha hacia la oficina-suite de la Comisión en Palacio. Sally le seguía silenciosa.

- Kelley, creo que sería mejor traer una ronda de copas -dijo Rod cuando se sentaron a la mesa de conferencias-. Para mí, doble.

- De acuerdo, señor.

Kelley dirigió una mirada de desconcierto a Rod. ¿Estaba ya creándole problemas Lady Sally? ¡Pero si aún no se habían casado!

- ¡Veinticinco años! -exclamó Sally.

Había amargura y cólera en su voz. Lo repitió, dirigiéndose esta vez al capellán Hardy:

- ¿Veinticinco años? -Y esperó a que él explicara un universo en el que había tanta injusticia.

- Quizás sea el precio que pagan por poseer una inteligencia superior a la humana - dijo Renner-. Es un precio muy elevado.

- Hay compensaciones -dijo pensativo Hardy-. Su inteligencia. Y su amor a la vida. Probablemente hablen tan deprisa porque piensan a la misma velocidad. Supongo que los pajeños se aprovechan cumplidamente de sus pocos años de vida.

Hubo más silencio. Volvió Kelley con una bandeja. Distribuyó los vasos y se fue, con una expresión de desconcierto y desaprobación.

Renner miró a Rod, que estaba en posición de pensador: el codo sobre el brazo de la silla, la barbilla sobre el puño cerrado, cavilando ceñudo. Kevin alzó su vaso.

- Brindemos.

Nadie contestó. Rod no tocó su vaso. Un hombre podía vivir una vida feliz y útil en un cuarto de siglo, pensó ¿No vivían aproximadamente eso en la época preatómica? Pero no podía ser una vida completa. Yo tengo ahora, pensaba, veinticinco años, y no he creado una familia, ni he vivido con la mujer a la que amo, ni siquiera he iniciado mi carrera política...

Observó a Sally, que se había levantado y paseaba. ¿Qué querrá hacer? ¿Querrá resolverles ese problema? Si no pueden ellos, ¿cómo vamos a poder nosotros?

- Esto no nos lleva a ninguna parte -dijo Renner. Alzó de nuevo el vaso-. Bueno, si a los Mediadores no les preocupa ser híbridos estériles de vida tan corta, por qué ha de importarnos a nosotros... -se detuvo a media frase-. ¿Estériles? ¿Híbridos? Entonces las crías de Mediadores de la nave embajadora... tenían que ser hijas de los dos Marrones y del Blanco oculto.

Todos le miraron. Sally dejó de pasear y se sentó de nuevo.

- Había cuatro crías cuando regresarnos a Paja Uno -dijo-. ¿No es cierto? -Así es -dijo Hardy; hizo girar el coñac en el vaso-. Es una tasa de natalidad muy elevada.

- Pero viven tan poco tiempo -alegó Sally.

- Uno sería una tasa de natalidad muy alta en aquella nave. En aquella misión. - Renner parecía seguro-. Capellán, ¿consideraría usted eso una situación ética? Salían

al encuentro de una raza extraña muy bien armada. Eran frágiles piezas de una nave desarmada. La solución era sembrar de hijos el lugar y...

-Ya entiendo por dónde va -dijo Hardy-. Pero quiero pensarlo con calma. Quizás... Le interrumpieron unos puños que aporreaban la mesa. Dos puños. Los de Sally.

- ¡Demonios! -cogió el estilete y garrapateó símbolos en la placa de su computadora; la máquina ronroneó y parpadeó-. Estábamos esperando el vehículo de transferencia.

Yo sé que no lo interpreté mal. No podría haberlo hecho.

Hardy miró desconcertado a Sally. Renner hizo una pregunta a Rod. Rod se encogió de hombros y miró a Sally.

- Su pajeña nunca le dijo que fuesen híbridos estériles -explicó a los demás.

La computadora ronroneó de nuevo. Sally asintió y activó el indicador de instrucciones. Se iluminó una pantalla en la pared del fondo y apareció en ella Sally Fowler, ocho meses más joven, hablando con una Marrón-y-blanca. Las voces eran extrañamente idénticas.

Pajeña: Pero ustedes se casan para tener hijos. ¿Y quién se encarga de los hijos nacidos sin matrimonio?

Sally: Hay centros de caridad.

Pajeña: Supongo que usted nunca...

Sally: No, por supuesto que no.

La Sally real estaba a punto de ruborizarse, pero su expresión seguía siendo agria.

Pajeña: ¿Cómo no? No quiero decir por qué no, quiero decir cómo no.

Sally: Bueno... Ya sabe que los hombres y las mujeres tienen que tener relaciones sexuales para hacer un niño, lo mismo que ustedes... les he examinado con bastante detenimiento...

- Quizás no con el suficiente -comentó Hardy.

Al parecer no -dijo Sally-. Chisss.

Pajeña: ¿Pildoras? ¿Cómo actúan? ¿Hormonas?

Sally: Exactamente.

Pajeña: Pero una mujer honrada no las usa.

Sally: No.

Pajeña: ¿Y cuándo piensa casarse?

Sally: Cuando encuentre el hombre adecuado... quizás lo haya encontrado ya.

Hubo una risa apagada. Sally miró a su alrededor, y vio que Rod miraba beatífica y despreocupadamente, Hardy sonreía y Renner reía. Maldijo al piloto, pero éste se negó obstinadamente a desvanecerse en negro humo.

Pajeña: Entonces, ¿por qué no se casa?

Sally: No quiero hacer nada precipitadamente. «Quien pronto se casa, pronto se arrepiente.» Puedo casarme cuando quiera. Bueno, cuando quiera dentro de los próximos cinco años. Si no me he casado entonces, seré una solterona.

Pajeña: ¿Solterona?

Sally: La gente lo consideraría extraño. ¿Qué pasa si una pajeña no quiere hijos? Pajeña: No tenemos relaciones sexuales.

Hubo varios clics, y la pantalla quedó en blanco.

- La verdad literal -musitó Sally-. «No tenemos relaciones sexuales.» No las tienen, pero no por elección.

- ¿De veras? -David Hardy parecía confuso-. La afirmación considerada junto a la pregunta resulta bastante equívoca...

- No quiso hablar más del tema -insistió Sally-. No tiene nada de extraño. Fue simplemente un malentendido mío, eso es todo.

-Yo nunca tuve ningún malentendido con mi pajeña -dijo Renner- A veces ella me entendía demasiado bien...

- Bueno. Suéltelo de una vez.

- El día que bajamos a Paja Uno. Ustedes hacía meses que se conocían -dijo Renner-. Capellán, ¿qué piensa usted?

- Si no entiendo mal, lo mismo que usted.

- ¿Qué es lo que quiere insinuar, señor Renner? Repito que lo diga. Sally estaba furiosa. Rod se preparó para lo que parecía anunciarse: hielo o explosión, o ambas cosas.

- No estoy insinuándolo, Sally -dijo Renner con súbita decisión-. Lo afirmo. Su pajeña le mintió. Deliberadamente y con un propósito.

- Eso es absurdo. Se puso muy nerviosa.

Hardy movió ligeramente la cabeza. Fue un movimiento muy leve, pero detuvo a Sally. Esta miró al sacerdote.

-Yo creo -dijo David- que sólo puedo recordar una ocasión en que un pajeño se puso nervioso. Fue en el museo. Y todos actuaron allí del mismo modo... de forma muy distinta a como acaba de hacer ahora su Fyunch(click), Sally. Me temo que es muy probable que Kevin tenga razón.

- ¿Y por qué motivo? -insistió Sally-. ¿Por qué iba a mentirme mi... mi casi hermana? ¿Por qué?

Hubo un silencio. Sally cabeceó satisfecha. No podía responder con dureza al capellán

Hardy; no tanto por respeto a su oficio como por él mismo. Pero Renner era otro asunto.

- Si encuentra usted una respuesta a esta pregunta dígamelo, señor Renner.

- Desde luego. Así lo haré. -La expresión de Renner le hacía parecerse extrañamente a Buckman: Bury habría identificado la expresión inmediatamente. Apenas si la había oído.

Dejaron la resplandeciente sala de baile en cuanto pudieron. Tras ellos una elegante orquesta tocaba valses, mientras los pajeños eran presentados a una fila de invitados que parecía interminable. Había barones provinciales, dirigentes del Parlamento, comerciantes, individuos con amigos en la oficina de protocolo y diversas personas más. Todos querían ver de cerca a los pajeños.

Rod cogió a Sally de la mano mientras caminaban por los desiertos pasillos de Palacio hacia sus habitaciones. Tras ellos sonaba desmayadamente un viejo vals.

- Hay tan poco tiempo para vivir, y estamos desperdiciándolo con... eso -murmuró Sally-. ¡Rod, no es justo!

- Es parte de nuestra misión, querida. ¿De qué serviría que ellos estuviesen de acuerdo con nosotros si no pudiésemos mantener la baronía? Incluso respaldados por el Trono estamos más seguros si participamos en el juego político. Lo mismo ellos.

- Supongo que sí. -Le hizo detenerse y se apoyó en su hombro.

El Hombre Encapuchado había salido, negro frente a las estrellas, y les observaba a través de los arcos de piedra. Abajo, en el patio, canturreaba una fuente. Permanecieron así largo rato en el desierto pasillo.

- Te amo -susurró ella-. ¿Cómo puedes soportarlo?

- Eso es muy fácil. -Se inclinó para besarla, y desistió al ver que no obtenía respuesta.

- Rod, estoy tan fastidiada... ¿crees que debo pedirle disculpas a Kevin?

- ¿Kevin? No digas tonterías. ¿Has visto alguna vez que Renner se disculpase ante nadie? No te preocupes por eso. La próxima vez que le veas habla con él como si no hubiera pasado nada.

- Pero él tenía razón... Te diste cuenta, ¿verdad? ¡Te diste cuenta entonces! La hizo andar de nuevo. Sus pisadas retumbaban en los pasillos. Aun con aquellas luces difusas, las paredes de roca reflejaban tonos iridiscentes a su paso. Luego una pared bloqueó la ardiente mirada del Hombre Encapuchado, y se encontraron en las escaleras.

- Lo sospeché entonces. Sólo por los informes y por la breve relación que tuve con mi pajeña. Después de que te fuiste esta tarde estuve comprobando. Te mintieron.

- Pero ¿por qué, Rod? No lo entiendo... -subieron otro tramo en silencio.

- La respuesta no va a gustarte -dijo Rod cuando llegaron a su planta-. Ella era una Mediadora. Los Mediadores representan a los Amos. Recibió orden de mentirte.

- Pero ¿por qué? ¿Qué motivos podían tener para ocultarnos que eran híbridos estériles?

- Me gustaría saberlo. -O no saberlo, pensó; pero no tenía sentido explicárselo a Sally mientras no estuviese seguro-. No te lo tomes tan a pecho, querida. También nosotros les mentimos a ellos.

Llegaron a su puerta y él posó la mano en la placa identificadora. La puerta se abrió y apareció Kelley, con la túnica desabrochada, espatarrado en un sillón. El soldado se puso en pie de un salto.

- ¡Dios mío, Kelley! Le dije que no me esperara. Vayase a la cama.

- Hay un mensaje importante, señor. El senador Fowler vendrá aquí más tarde. Le pide que le espere. Quería asegurarme de que recibiría usted el mensaje, señor.

-Ya -la voz de Rod era de limón amargo-. Está bien. Ya me ha dado el mensaje. Gracias.

- Me quedaré para servirle.

- No, no hay por qué. No tiene sentido que todo el mundo esté despierto toda la noche. Vayase.

Rod vio al soldado desaparecer en el pasillo. Luego Sally se echó a reír sonoramente.

- No veo que sea tan divertido -dijo Rod.

- Estaba protegiendo mi reputación -dijo Sally sin dejar de reírse-. ¿Y si no recibías el mensaje y aparecía aquí el tío Ben y nos encontraba...?

- Sí. ¿Quieres beber algo?

- ¿Con tío Ben a punto de aparecer? Un desperdicio de buen licor. Me voy a la cama. -Sonrió dulcemente-. No te acuestes demasiado tarde.

- De acuerdo -la cogió por los hombros y la besó; luego otra vez. Podría cerrar la puerta por dentro para que él no pudiera entrar...

- Buenas noches, Rod.

La contempló hasta verla desaparecer en el interior de su propia suite, que quedaba frente a la suya, y luego volvió al bar. Había sido una velada larga y pesada, en la que la única perspectiva agradable era la de poder abandonar la fiesta pronto.

- ¡Maldita sea! -dijo en voz alta; bebió un vaso lleno hasta el borde de Crema de las Tierras Altas de Nueva Aberdeen-. ¡Maldita sea!

El senador Fowler y un preocupado Kevin Renner llegaron después de que Rod se sirviera un segundo vaso.

- Siento lo de la hora, Rod -dijo Fowler protocolariamente-. Kevin me dice que sucedió hoy una cosa interesante...

- ¿Ah, sí? Y fue él quien sugirió la idea de esta conferencia, ¿verdad? -Benjamín

Fowler asintió y Rod se volvió a su antiguo piloto-. Te ajustaré las cuentas por esto...

- No tenemos tiempo para jugar -dijo Fowler-. ¿Hay más whisky que ése?

- Sí. -Rod sirvió a ambos, bebió el suyo de un trago y se sirvió otro-. Siéntate, Ben.

Usted también, señor Renner. No me disculparé por dejar a los criados irse a la cama...

- Oh, no se preocupe -dijo Renner.

Volvió a hundirse en aquel ensueño que parecía absorberle, se retrepó en la silla y luego sonrió asombrado. Nunca se había sentado en una silla de masaje, y evidentemente le gustaba.

- Está bien -dijo el senador Fowler-. Dime lo que piensas de lo que pasó esta tarde.

- Te lo mostraré.

Rod manipuló su computadora de bolsillo y la pantalla de pared se iluminó. La imagen no era buena; había sido tomada por una pequeña cámara instalada en una condecoración de la túnica de Rod, y el campo de visión era limitado. Sin embargo, el sonido era excelente.

Fowler observaba en silencio.

-Veamos eso otra vez -dijo.

Rod pasó de nuevo la conferencia. Mientras Fowler y Renner observaban, volvió al bar, decidió en contra de otro whisky y se sirvió café.

- Bueno, ¿y por qué considera usted esto tan importante? -preguntó Fowler.

- Es la primera prueba que tenemos de que nos mienten -dijo Kevin Renner encogiéndose de hombros-. ¿Qué otras mentiras pueden habernos contado?

- Demonios, nos han dicho muy pocas cosas -dijo Fowler-. ¿Y eso era mentira?

- Sí -dijo tranquilamente Rod-. Implícitamente, claro está. No fue un malentendido.

Lo he comprobado. Tenemos muchas grabaciones en las que los pajeños decían implícitamente algo falso, se daban cuenta de que lo habían hecho al observar nuestras reacciones y se corregían. No. Esa pajeña empujó a Sally deliberadamente a creer algo que no es cierto.

- Pero ¿qué más nos da a nosotros el saber o no saber que los Mediadores tienen hijos? -preguntó Fowler.

- El hecho nos indica que dos Marrones y un Blanco tuvieron cuatro hijos -dijo lentamente Renner-. En una nave pequeña. En el espacio. En condiciones peligrosas. Por no mencionar el hacinamiento.

- Sí. -Ben Fowler se levantó y se quitó la túnica de gala; la camisa que llevaba debajo era vieja, muy gastada y cuidadosamente remendada en tres lugares-. Rod, ¿qué es lo que piensan exactamente los pajeños de sus hijos? -preguntó Fowler-. Quizás piensen que no valen nada hasta que no pueden hablar. Que pueden prescindir de ellos.

- No es cierto -dijo Renner.

- La forma correcta -dijo lentamente Rod-, la forma cortés de discrepar de la opinión del senador sería decir: «Pienso que ése no es el caso». La cara de Renner se iluminó.

-Ah. Está bien. De todos modos, el senador se equivoca. Los pajeños piensan mucho en

sus hijos. La única religión de la que me hablaron enseña que sus almas se dividen para entrar en sus hijos. Prácticamente adoran a los pequeños.

-Vaya -Fowler alzó su vaso para una segunda ronda; frunció el ceño impaciente-. ¿Podría ser que les gustasen tanto que tuviesen hijos siempre que pudiesen?

- Es posible -dijo Rod-. Y en este caso la amenaza es obvia. Pero...

- Exactamente -dijo Fowler-. Entonces el planeta se llenará inevitablemente. Lo cual significa que los pajeños tienen problemas de presión demográfica como no hemos tenido nosotros jamás...

- Quizás puedan controlarlos -dijo Rod-. Porque si no pueden... llevan encerrados en aquel sistema mucho tiempo.

- ¿Con qué resultado? -preguntó Fowler-. ¿Qué sabemos de la historia pajeña?

- No mucho -dijo Renner-. Tienen una civilización muy antigua. Mucho, realmente. Fueron capaces de desplazar asteroides hace por lo menos diez mil años. Casi me da miedo pensar cuánta historia han tenido. -Kevin se movió en la silla para disfrutar de todos los efectos del masaje- Así que han tenido mucho tiempo para resolver sus problemas demográficos. Sólo desde la época en que lanzaron aquella sonda de Eddie el

Loco hasta ahora, podrían haber llenado el planeta. No lo han llenado, así que pueden controlar la población...

- Pero no quieren -proclamó Ben-. ¿Y qué significa eso? Si consiguieran llegar aquí, el territorio del Imperio, ¿cuánto tardarían en superarnos en número? -El senador Fowler jugueteó pensativo con un sector gastado de su camisa-. Quizás por eso intentaran utilizarnos. Un índice de nacimientos muy elevado y ningún deseo de reducirlo. -De pronto pareció tomar una decisión-. Rod, que tu gente investigue esto. Quiero todo lo que sepamos sobre historia pajeña.

- De acuerdo -dijo Rod con tristeza. ¿Y qué significará esto para Sally cuando lo tengamos? Porque...

- Parece usted el fiscal en un juicio por asesinato -dijo Renner-. Dios mío, senador, tienen una historia larga. Tienen que haber resuelto de sobra el problema de la presión demográfica.

- Muy bien. ¿Cómo? -preguntó Fowler.

- No lo sé. Pregúnteles -sugirió Renner.

- Pienso hacerlo. Aunque desde que sabemos que pueden mentirnos y que nos mienten... Pero bueno, ¿por qué ha de sorprenderle esto a un político? -se preguntó Ben-. En fin. Ahora que lo sabemos, quiero tener las cosas muy claras antes de entrar ahí y enfrentarme a los pajeños.

- Las posibilidades comerciales son fabulosas -proclamó Jock; los brazos indicaban emoción-. Esos humanos son indescriptiblemente ineficaces en el uso de sus recursos. No tienen ningún instinto para las herramientas complejas.

- ¿Ninguno? -preguntó Ivan.

- Ninguno, por lo que he visto -Jock indicó la trivisión-. Tienen que adiestrar a los jóvenes para cualquier actividad. Muchos de los programas de ese aparato son para ese fin.

- Pero tienen tiempo de aprender -reflexionó Charlie-. Viven mucho. Más que ningún Amo.

- Sí, pero qué derroche... No tienen Marrones, no tienen Relojeros...

- ¿Estás seguro de que no tienen Relojeros? -interrumpió Ivan.

- Sí. No vimos ninguna señal en las naves, ni hemos visto ninguno en la trivisión, ni aparecen los productos que fabrican los Relojeros. No hay ningún artículo personal individualizado.

-Ya lo he visto. Los guardias que nos atendieron en la Lenin los traían...

- Hechos por nuestros propios Relojeros...

- Exactamente -dijo Ivan-. Ahora sabemos por qué destruyeron la MacArthur. Y por qué nos temen.

Los Mediadores parlotearon animadamente hasta que Ivan les cortó de nuevo.

- ¿Estáis de acuerdo? -preguntó en el tono de ordenar que confirmasen la información.

- ¡Sí! -dijeron al unísono; Charlie habló rápidamente, silenciando a Jock.

- La Minera que cogieron a bordo debía de llevar un par de Relojeros. Los humanos no saben nada de los Relojeros y debieron de dejarles escapar. Y si consideramos que podían correr libremente por la nave y que tuvieron tiempo para adaptarse a ella...

- Sin embargo nos dijeron que tenían Relojeros -dijo Ivan. Jock adoptó la postura que indicaba que estaba esforzándose por recordar. Al cabo de un segundo dijo.

- No. Sally nos permitió suponer que los tenían. Cuando su Fyunch(click) le sugirió que los Relojeros humanos debían de ser mayores, Sally dijo que sí.

-Y los guardiamarinas parecieron sorprenderse cuando hablamos de ellos por lo de la construcción de sus botes salvavidas -dijo lisamente Charlie-. Sí, tienes razón, no cabe duda.

Hubo un silencio. Ivan pensaba.

- Ellos saben que tenemos una subespecie prolífica -dijo luego-. Reflexionen sobre eso.

- Temen que causáramos deliberadamente la destrucción de la MacArthur -dijo Charlie-. ¡Maldita sea! Por qué no nos lo dirían. Podríamos haberles advertido de los peligros, y los humanos no tendrían nada que temer. ¿Por qué demonios dispuso el universo que el primer pajeño con que se encontraran fuera un Marrón?

- Dijeron que la MacArthur estaba afectada por una plaga -musitó Jock-. Y lo estaba, aunque no les creímos. Una plaga de Relojeros. Pero, si realmente creen que destruimos de modo deliberado su nave, o permitimos que la destruyeran, ¿por qué no nos lo han dicho? ¿Por qué no preguntan?

- Ellos ocultan sus puntos vulnerables -dijo Charlie-. Y nunca admiten una derrota. Ni siquiera en los minutos finales, los guardiamarinas se negaron a rendirse. Hubo un silencio. Habló Ivan.

- Los humanos no querían que supiésemos que había Relojeros a bordo hasta que los liquidaran. Estaban seguros de que podrían hacerlo. Después, no querían que supiésemos que los Relojeros podían destruir sus naves.

- ¡Idiotas! -exclamó Charlie-. Los Relojeros, si se les da tiempo para adaptarse, pueden destruir cualquier nave. Contribuyen poderosamente a los colapsos. Si no fuesen tan útiles, tendríamos que exterminarlos.

-Ya se ha hecho -dijo Jock, hizo un gesto de seco humor-. Con el resultado habitual. Otro Amo los conserva...

- Silencio -exigió Ivan-. Ellos nos temen. Hablad de eso.

- ¿Sabéis qué es eso que los humanos llaman «ficción»? -preguntó Charlie-. Leyendas inventadas deliberadamente. Tanto los que las oyen como los que las cuentan saben que no son verdad.

Ivan y Jock indicaron que estaban familiarizados con la idea.

-Anoche hubo un programa de trívisión. Era una obra de ficción como son muchas de las retransmisiones. Esta se llamaba «Istvan Dies». Cuando se terminó, el comentarista hablaba como si la acción principal de la historia fuese cierta.

- No la vi -dijo Jock-. El Virrey Merrill quería que me entrevistara con unos comerciantes antes de la recepción de los Barones. ¡Maldita sea! Estas formalidades interminables consumen nuestro tiempo sin que consigamos enterarnos de nada de lo que nos interesa.

- No os hablé de este programa -dijo Charlie-. El actor principal representaba a un hombre que evidentemente pretendía ser el almirante Kutuzov.

Jock hizo el gesto de asombro y de pesar por la oportunidad perdida.

- Pero ¿qué interés tiene? -exigió Ivan.

-Veréis. La historia desarrollaba una serie de motivaciones conflictivas. El almirante que estaba al mando no deseaba hacer lo que hacía. Había guerra entre los humanos: entre el Imperio y esos exteriores a los que tanto temen.

- ¿No podríamos llegar a un acuerdo con los exteriores? -preguntó Jock.

- ¿Cómo? -replicó Ivan-. Ellos controlan todos los posibles accesos a nosotros. Si

sospechan que pretendemos hacer eso, harán todo lo posible por impedirlo. No pienses siquiera en eso. Cuéntame tu programa.

- En esta guerra había un planeta sublevado. Se sublevarían muy pronto otros planetas. Lo que en principio era una guerra pequeña podía convertirse en una guerra muy grande, con muchos planetas implicados. El almirante halló un medio de impedir esto, y decidió que era su deber utilizarlo. Con cinco naves como la Lenin borró toda forma de vida en un planeta habitado por diez millones de humanos.

Hubo un largo silencio.

- ¿Son capaces de hacer eso? -preguntó Ivan.

-Así lo creo -contestó Charlie-. No soy un Marrón para estar seguro, pero...

- Reflexionad sobre esto. No olvidéis que nos temen. Recordad que ahora saben que tenemos una subespecie prolífica. Recordad también que partiendo del estudio de la sonda colocaron a aquel hombre al mando de la expedición que fue a nuestro sistema. Temed por vuestros Amos y a vuestras hermanas.

Ivan se dirigió a su cámara. Al cabo de un largo rato, los Mediadores comenzaron a hablar rápida, pero muy suavemente.

52
Opciones

Pesadas nubes cruzaban los cielos de Nueva Escocia. Se separaron, dejando a los luminosos rayos de Nueva Caledonia invadir cálidamente la sala de conferencias. Brillantes objetos relampaguearon momentáneamente ante las ventanas polarizadas. Fuera se veían profundas sombras en los terrenos de Palacio, pero la luz del sol brillaba ya en las estrechas calles donde las oficinas del Gobierno se vaciaron. Muchedumbres que vestían faldas escocesas se amontonaba cuando el sector burocrático se apresuraba a volver a casa con su familia, para tomar un trago y ver la trivisión.

Rod Blaine miraba pensativo por la ventana. Abajo, una bonita secretaria salía apresurada de Palacio, con tanta prisa por llegar a un vehículo de transporte público que casi derriba a un funcionario más viejo. Una cita importante, pensó Rod. Y el funcionario tendrá familia... todas esas personas. Y son responsabilidad mía, y debo tenerlo en cuenta en mis tratos con los pajeños.

Tras él había mucha actividad.

- ¿Se han hecho los arreglos necesarios para dar de comer a los pajeños? - preguntaba Kelley.

- Sí, señor -contestó un camarero-. Al chef le gustaría aderezar algo ese musgo que comen... ponerle algunas especias. No le parece bien poner simplemente carne y cereal en una cazuela y cocerlo.

-Ya podrá hacer obras de arte en otra ocasión. Los comisionados no quieren ninguna fantasía esta noche. Sólo quieren darles de comer lo que quieran. -Kelley miró la cafetera mágica para asegurarse de que estaba llena, luego miró airado un espacio vacío contiguo-. ¿Dónde está el maldito chocolate? -preguntó.

-Ahora llega, señor Kelley -dijo el camarero.

- Está bien. Que esté aquí antes de que lleguen los pajeños. Tardarán una hora. - Kelley miró el reloj de pared-. Muy bien. Supongo que estaremos preparados. Pero aseguraos de ese chocolate.

Los pajeños eran adictos al chocolate caliente desde que lo habían descubierto a bordo de la Lenin. Era una de las pocas pócimas humanas que les gustaban. ¡Pero cómo les gustaba! Kelley se estremeció. Lo de la mantequilla podía entenderlo. Ponían mantequilla en el chocolate a bordo de las naves normalmente. ¡Pero añadir un chorro de aceite de máquina en cada taza!

- ¿Preparado para nosotros, Kelley? -preguntó Rod.

- Sí, señor -le aseguró Kelley.

Ocupó su puesto en el bar y apretó un botón para indicar que podía empezar la conferencia. Algo inquieta al jefe, dedujo. No es su chica, sin embargo. Me alegro de no tener sus problemas.

Se abrió una puerta y entró el equipo de la Comisión, seguido de varios científicos de Horvath. Tomaron asiento a un lado de la mesa y sacaron sus computadoras de bolsillo. Hubo suaves zumbidos cuando comprobaron su contacto con el sistema computerizado de Palacio.

Horvath y el senador Fowler aún seguían discutiendo cuando entraron.

- Doctor, lleva tiempo procesar esas cosas...

- ¿Por qué? -preguntó Horvath-. Sé que no tienen que comprobar con Espada.

- Está bien. Me lleva tiempo aclarar las ideas, entonces -dijo Fowler irritado-. Mire: veré lo que puedo hacer por usted el próximo aniversario. Su actividad es anterior a la expedición pajeña. Pero, maldita sea, doctor, no estoy seguro de que esté usted temperamentalmente dotado para ocupar un puesto en... -se interrumpió al ver que las miradas se volvían hacia él-. Seguiremos más tarde.

- Muy bien -Horvath miró a su alrededor y fue a sentarse justo enfrente de Ben. Hubo un arrastrar de sillas cuando el Ministro de Ciencias situó a su equipo a su lado de la mesa.

Entraron otros: Kevin Renner, el capellán Hardy, ambos aún con uniforme de la Marina.

Una secretaria. Entraron camareros y hubo más confusión cuando Kelley encargó el café. Rod frunció el ceño mientras tomaba asiento, luego sonrió al ver entrar a Sally.

- Siento llegar tarde -se disculpó-. Es que...

-Aún no hemos empezado -dijo Rod, indicando un sitio contiguo al suyo.

- ¿Qué es todo esto? -preguntó quedamente; había algo en la actitud de Rod que la inquietaba, y le estudiaba detenidamente-. ¿Por qué está tío Ben tan interesado en la historia pajeña? ¿Qué pasó exactamente anoche?

-Ya lo verás. El senador va a empezar. -Y espero que todo sea positivo, querida, aunque lo dudo. ¿Qué será de nosotros después? Rod se volvió ceñudo a la conferencia. Me pregunto qué hará ahora mi Fyunch(click). Sería curioso enviar un representante a esto y...

- Empecemos -dijo bruscamente el senador Fowler-. Esta reunión de los comisionados extraordinarios que representan a Su Majestad Imperial ante los habitantes del sistema pajeño se da por iniciada. Escriban, por favor, sus nombres y las instituciones a las que representen.

Hubo un segundo de silencio, roto por el suave murmullo de las computadoras.

- Tenemos mucho trabajo -continuó el senador-. Anoche se descubrió que los pajeños nos habían mentido en ciertos asuntos de vital importancia...

- También les mentimos nosotros -interrumpió el doctor Horvath. ¡Maldición! Tengo que controlarme mejor. Tenía que decirlo, pero si el senador se enfada de veras...

- Lo que nos preocupa es el asunto sobre el que mienten, doctor -dijo suavemente Fowler. Hizo una pausa y pareció rodearle una aureola de poder. Aquel hombre viejo, descuidado y barrigudo desapareció. Hablaba el primer ministro-. Miren, a mí me gustan las cosas informales. Si tengo algo que decir, lo suelto, pero déjenme acabar las frases. -Esbozó una sonrisa sutil, invernalmente fría-. Puede usted interrumpir a cualquier otro si se atreve. Ahora, doctor Horvath, ¿sabe usted lo que los pajeños nos ocultan? Anthony Horvath se pasó los delgados dedos por el ralo cabello.

- Necesito más tiempo, senador. Hasta esta mañana no se me había ocurrido que los pajeños ocultasen algo. -Miró nervioso al capellán Hardy, pero nada dijo el eclesiástico.

- Fue una sorpresa para todos -dijo Fowler-. Pero tenemos pruebas de que los pajeños procrean a una velocidad vertiginosa. La cuestión es, ¿podemos mantener su controlado número si ellos no quieren? Rod, ¿podrían los pajeños habernos ocultado armas?

Rod se encogió de hombros.

- ¿En todo un sistema? Ben, pudieron ocultar cualquier cosa.

- Pero son totalmente antibelicistas -protestó Horvath-. Senador, estoy tan preocupado como el que más por la seguridad del Imperio. Me tomo muy en serio mis deberes como ministro del sector, se lo aseguro.

No está asegurándolo, está hablando para la grabadora, pensó Kelley. El capitán Blaine lo sabe también. ¿Qué será lo que inquieta al jefe? Tiene la misma expresión que antes de entrar en combate.

-... ninguna prueba de actividades bélicas entre los pajeños -concluía Horvath.

- Pues resulta que no es así -intervino Renner-. Doctor, me gustan los pajeños tanto como a usted, pero algo produjo a los Mediadores.

- Oh, bueno, sí -dijo Horvath-. En su prehistoria debían de luchar como leones. La analogía es muy adecuada, por cierto. El instinto territorial aún aparece... en su arquitectura y en su organización social, por ejemplo. Pero las guerras fueron hace mucho, muchísimo tiempo.

- ¿Cuánto?-preguntó el senador Fowler. Horvath le miró incómodo.

- Puede que un millón de años.

Hubo un silencio. Sally movió la cabeza, triste. Atrapados en un pequeño sistema durante un millón de años... ¡Un millón de años civilizados! ¡Cuanta paciencia debieron de aprender!

- ¿Y ninguna guerra más desde entonces? -preguntó Fowler-. ¿De veras?

- Sí, maldita sea, han tenido guerras -contestó Horvath-. Dos por lo menos como las que hubo en la Tierra cuando terminó el período del Condominio. ¡Pero eso fue hace mucho tiempo! -tuvo que alzar la voz para superar la exclamación de asombro de Sally. Hubo murmullos en la mesa.

- Una de esas guerras bastó para hacer la Tierra prácticamente inhabitable -dijo lentamente Ben Fowler-. ¿De cuánto tiempo está hablando? ¿De un millón de años también?

- Centenares de miles, al menos -dijo Horvath.

- Miles, probablemente -dijo el capellán Hardy-. O menos. Sally, ¿ha revisado sus cálculos sobre la edad de aquella civilización primitiva que usted investigó? Sally no respondió. Hubo un silencio incómodo.

- Por anotarlo, padre Hardy -preguntó el senador Fowler-, ¿está usted aquí como miembro del equipo de la Comisión?

- No, señor. El cardenal Randolph me pidió que representase a la Iglesia ante la Comisión.

- Gracias.

Hubo más silencio.

- No tenían adonde ir -dijo Anthony Horvath; se estremeció nervioso; alguien rió entre dientes y luego se calló al continuar Horvath-: Es evidente que sus primeras guerras fueron hace muchísimo tiempo, por lo menos un millón de años. Se percibe en su desarrollo. El doctor Horowitz ha examinado las muestras biológicas de la expedición y... bueno, dígaselo usted, Sigmund.

Horowitz esbozó una sonrisa triunfal.

- Cuando examiné al piloto de la sonda pensé que podría ser un mutante. Tenía razón. Son mutaciones, sólo que sucedieron hace mucho tiempo. La vida animal primigenia de Paja Uno es bilateralmente simétrica, como en la Tierra y en casi todas partes. El primer pajeño asimétrico debió de ser una mutación brusca. Tampoco debía de ser una forma tan bien desarrollada como las actuales. ¿Por qué no murieron? Porque hubo esfuerzos deliberados para obtener la forma asimétrica, creo. Y porque todo lo demás estaba mutando también. La lucha por sobrevivir era escasa.

- Pero eso significa que tenían civilización cuando se desarrollaron las formas actuales -dijo Sally-. ¿Es eso posible? Horowitz sonrió de nuevo.

- ¿Y el Ojo? -preguntó Sally-. Debió de irradiar el sistema pajeño cuando se hizo supergigante.

- Hace demasiado tiempo -dijo Horvath-. Lo comprobamos. Después de todo, tenemos el equivalente a una observación de quinientos años del Ojo en datos de nuestras naves exploradoras, y coincide con la información que los pajeños dieron al guardiamarina Potter. El Ojo lleva siendo supergigante seis millones de años o más, y los pajeños adquirieron su

forma actual mucho después.

- Oh -dijo Sally-. Pero entonces ¿cuál fue la causa...?

- Las guerras -proclamó Horowitz-. El incremento general de los niveles de radiación planetarios. Junto con una selección genética deliberada. Sally asintió a regañadientes.

- En fin... tuvieron guerras atómicas. También nosotros. Si el Condominio no hubiese inventado el Impulsor Alderson nos habríamos exterminado unos a otros en la Tierra. - No le gustaba la respuesta, sin embargo; era difícil de aceptar-. ¿No pudo haber otra especie dominante que se exterminó a sí misma y que los pajeños evolucionaran después?

- No -respondió Horvath-. Su propio trabajo, señorita Sally: usted ha mostrado lo bien adaptada que está la forma pajeña para el uso de herramientas. El mutante debió de ser un ser que ante todo manejaba herramientas... o que estaba controlado por usuarios de herramientas. O las dos cosas.

- Eso es una guerra -dijo el senador Fowler-. La que creó a los pajeños tal como son ahora. Usted habló de dos. Horvath asintió con tristeza.

- Sí, señor. Los actuales pajeños debieron de luchar con armas atómicas. Más tarde hubo otro período de radiación que extinguió las especies de todas aquellas castas... las formas civilizadas y las animales. Más intermedios como los Relojeros. -Horvath miró exculpatorio a Blaine, pero sin ningún signo de emoción.

Sigmund Horowitz carraspeó. Era evidente que disfrutaba con aquello.

- Creo que los Marrones fueron la forma original. Cuando pasaron a dominar, los Blancos criaron a las demás subespecies para sus propios fines. De nuevo evolución controlada, como ven. Pero algunas formas evolucionaron por sí mismas.

- Entonces ¿los animales asimétricos no son antepasados de los pajeños? -preguntó curioso el senador Fowler.

- No. -Horowitz se frotó las manos y acarició su computadora de bolsillo anhelante-. Son formas degeneradas... Puedo mostrarles los mecanismos genéticos.

- No será necesario -dijo enseguida el senador Fowler-. Así que tenemos dos guerras. Posiblemente los Mediadores nacieran de la segunda...

- Son más bien tres guerras -dijo Renner-. Aunque aceptemos que sobrevivieron a la radiactividad de la segunda.

- ¿Por qué? -preguntó Sally.

- Usted vio el planeta. Luego tenga en cuenta la adaptación al espacio

- dijo Renner. Miró expectante a Horvath y a Horowitz. La sonrisa triunfal de Horowitz se había ensanchado.

-Vuelve a ser trabajo suyo, señora mía. Los pajeños están tan bien adaptados al espacio que uno se pregunta si no evolucionarían allí. Lo hicieron. -El xenobiólogo asintió teatralmente-. Pero después de pasar por un largo período de evolución en el planeta mismo. ¿Quiere que exponga las pruebas? Mecanismos psicológicos que ajustan a baja presión y gravedad nula, astronavegación intuitiva...

- Le creo -dijo Sally.

- ¡Marte! -gritó Rod Blaine; todos le miraron-. Marte. ¿Pensaba usted en eso, Kevin?

Renner asintió. Parecía verse en un conflicto, su mente corría demasiado y no le gustaba lo que descubría.

- Desde luego -dijo-. Combatieron por lo menos una guerra con asteroides. No hay más que ver la superficie de Paja Uno, toda llena de cráteres. Debieron de estar a punto de arrasar el planeta. Y los supervivientes se asustaron tanto que se llevaron los asteroides de allí para que nadie pudiera volver a utilizarlos de aquel modo...

- Pero la guerra casi liquidó la mayor parte de la vida superior del planeta -concluyó Horowitz-. Mucho tiempo después, el planeta fue repoblado por pajeños que se habían adaptado al espacio.

- Pero hace muchísimo tiempo -protestó el doctor Horvath-. Los cráteres asteroidales están fríos y las órbitas son estables. Todo esto fue hace mucho.

Horvath no parecía muy a gusto con sus conclusiones, y Rod escribió una nota. No es

bastante buena, pensó Rod. Pero... ha de haber una explicación...

- Pero aún podían luchar con asteroides -continuó Horvath-. Si querían. Haría falta más energía, pero siempre que estuviesen dentro del sistema podían moverlos. No tenemos ninguna prueba de guerras recientes, y ¿qué tiene que ver todo esto con nosotros, de todos modos? Ellos lucharon, en el pasado, y crearon luego a los Mediadores mediante un proceso evolutivo para acabar con la guerra, y lo lograron. Ahora ya no tienen guerras.

- Quizás no -gruñó el senador Fowler-. O quizás sí.

- No lucharon contra nosotros -insistió Horvath.

- Hay un crucero de combate destruido -dijo Fowler-. Bien, ahórreme las explicaciones. Están también los guardiamarinas, y sí, he oído lo que se dice de ellos. El hecho es, doctor Horvath, que si los pajeños luchan entre sí sabe perfectamente que una facción buscará aliados entre los exteriores y los rebeldes. Demonios, podrían incluso fomentar las revueltas, y, por Dios, no nos hace ninguna falta eso... además hay otra cosa que me inquieta... ¿Han conseguido llegar a un gobierno planetario?

Hubo más silencio.

- ¿Bien, Sally? -exigió el senador-. Es tu campo.

- Ellos... Bueno, tienen una especie de gobierno planetario, la jurisdicción. Un Amo o un grupo de ellos adquieren jurisdicción sobre algo y el resto lo acepta.

Ben Fowler miró ceñudo a su sobrina.

- Demonios, nosotros no dejamos siquiera a los humanos andar por el universo hasta que no han conseguido crear un gobierno planetario. ¿Se imaginan ustedes que una colonia pajeña decida ayudar a una facción de Paja Uno, el planeta natal? -Miró a su alrededor y frunció el ceño de nuevo-. Maldita sea, no me miren todos así. ¡Es como si pensaran que quiero fusilar a los Reyes Magos! Quiero comerciar con los pajeños, pero no olvidemos la Directriz Primordial del Imperio.

- Necesitamos más tiempo -protestó Horvath-. ¡No podemos decidir las cosas ahora mismo!

- No tenemos tiempo -dijo con calma Rod-. Doctor, debe usted tomar conciencia de la expresión. Usted ayudó a crearla. No hay grupo de intereses en este sector que no exija acción inmediata. -Rod había estado recibiendo llamadas diarias de la Liga de la Humanidad, y estaba seguro de que el ministro Horvath estaba proporcionándoles información.

- Lo que a usted le inquieta es la tasa de natalidad potencial -dijo Horvath-. Estoy seguro de que comprende que ellos tienen que ser capaces de controlar su población. No habrían sobrevivido tanto tiempo si no.

- Pero pueden no querer -objetó Fowler-. ¿Podríamos obligarles a hacerlo? Rod, ¿no ha trabajado más el teniente Cargill en ese cálculo de amenaza potencial?

- Sólo en detalles, senador. Sus cálculos originales eran bastante correctos.

- Por tanto, se necesitaría una gran operación de la Flota para obligar a los pajeños... y esto con sus recursos actuales. ¿Qué problemas tendrían nuestros nietos si les ayudáramos a conseguir colonias?

- No puede usted impedirles hacerlo -protestó Horvath-. Capit... señor Blaine, su análisis lo demostraba. Acabarán consiguiendo el Campo Langston, y saldrán de su encierro. Debemos tener relaciones amistosas con ellos antes. Yo sostengo que debemos empezar a comerciar con ellos ahora y resolver nuestros problemas sobre la marcha. No podemos resolverlo todo inmediatamente.

- ¿Ésa es su recomendación? -preguntó Fowler.

- Lo es. La mía, la de la Liga de la Humanidad, la de la Asociación de Comerciantes...

- No todos ellos -interrumpió Rod-. Su consejo local está dividido. Hay una notable minoría que no quiere saber nada de los pajeños.

- Lo mismo harán las industrias a las que la tecnología pajeña arruine

- dijo Horvath despectivamente-. Podemos resolver ese problema. Senador, los pajeños crearán inevitablemente algo que les permita salir de su sistema. Tendríamos que vincularles hasta tal punto al Imperio que sus intereses fuesen los nuestros antes de que pasara eso.

- O integrarles en el Imperio y apechugar con ellos -murmuró Fowler-. Estuve pensando eso anoche. Si ellos no pueden controlar su población, podemos hacerlo nosotros por ellos...

- Pero sabemos que pueden -protestó Horvath-. Se ha demostrado que llevan mucho tiempo de civilización en su sistema. Han aprendido...

- se paró un momento, y luego continuó con excitación-: ¿No han pensado que quizás tengan repartos de población? Los pajeños de aquella nave expedicionaria quizás tuviesen que tener hijos en un tiempo determinado, o no tenerlos. Por eso los tuvieron a bordo de la nave.

- Humm -dijo Fowler; su ceño desapareció-. Quizás haya dado usted con una clave. Les preguntaremos... les preguntaré a los pajeños cuando vengan. Doctor Hardy, está usted ahí sentado como un hombre al que estuvieran a punto de ahorcar en baja gravedad. ¿Qué es lo que le inquieta?

- Las ratas -dijo lentamente el capellán.

Horvath miró a su alrededor rápidamente, luego asintió sumiso.

- ¿Le inquietan también a usted, David?

- Por supuesto. ¿Puede usted encontrar el expediente, o quiere que lo haga yo?

-Yo lo tengo -dijo Horvath suspirando. Marcó números en la placa de su computadora de bolsillo, ronroneó ésta y las pantallas de la pared se iluminaron...

... una ciudad pajeña, arrasada por el desastre. Vehículos volcados y oxidados por calles destrozadas. Había vehículos aéreos empotrados entre las ruinas de edificios calcinados. Crecían matorrales entre las fisuras del pavimento. El centro de la imagen era un inmenso montón de escombros, y un centenar de pequeñas formas negras que salían y entraban y corrían sobre él.

- No es lo que parece. Es una planta del zoo pajeño -explicó Horvath.

Accionó sus controles y la imagen se aproximó y se centró en una sola forma negra que creció hasta que las líneas exteriores se difuminaron: una cara afilada y ratonesca, con malignos dientes. Pero no era una rata.

Tenía una oreja membranosa y cinco miembros. El primero de ellos, del lado derecho, era una quinta garra. Era un brazo largo y ágil, que terminaba en unas uñas como dagas curvadas.

- ¡Oh! -exclamó Horowitz; miró acusador a Horvath-. Usted no me enseñó esto... más guerras, ¿eh? Una de las guerras debió de destruir tanta vida que los nichos ecológicos debieron de quedar vacíos. Pero esto... ¿consiguieron un espécimen?

- Por desgracia no.

- ¿De qué degeneró? -preguntó asombrado Horowitz-. Hay mucha distancia entre el pajeño inteligente y... y eso. ¿Hay alguna casta pajeña que no me hayan enseñado? ¿Algo similar a eso?

- No, por supuesto que no -contestó Sally.

- Nadie criaría selectivamente una cosa así -musitó Horowitz-. Debió de ser selección natural... -sonrió satisfecho-. Más pruebas, si es que hacían falta. Una de sus guerras casi despobló su planeta. Y además durante muchísimo tiempo.

- Sí -dijo rápidamente Renner-. Y mientras esos seres se apoderaban de Paja Uno, los pajeños civilizados estaban fuera, en los asteroides. Debieron de procrear allí durante generaciones, Blancos y Marrones y Relojeros y quizás otros que no vimos porque no llegamos a la civilización asteroidal.

- Pero de eso también hace mucho tiempo -dijo Horvath-. Muchísimo... El trabajo del doctor Buckman sobre las órbitas asteroidales... Bueno. Quizás los Mediadores evolucionasen en el espacio antes de volver al planeta. Ya pueden ver que eran necesarios.

- Lo que significa que los Blancos son tan belicosos ahora como antes

- indicó el senador Fowler.

-Ahora tienen Mediadores, tío Ben -le recordó Sally.

- Sí. Y quizás hayan resuelto su presión demográfica... ¡Doctor, quite ese maldito ser de la pantalla! Me pone los pelos de punta. ¿Por qué demonios se les ocurriría meter una ciudad destruida en un zoo?

La horrible imagen desapareció, para alivio de todos.

- Lo explicaron -Horvath parecía otra vez casi alegre-. Algunas de sus formas evolucionaron en ciudades. Un zoo completo tendría que incluirlas.

- ¿Ciudades destruidas?

- Quizás para recordarles lo que pasa cuando no escuchan a los Mediadores -sugirió quedamente Sally-. Un horrible ejemplo para que teman la guerra.

- No hay duda de que es eficaz -dijo Renner; se estremeció levemente.

- Bien, resumamos. Los pajeños estarán aquí dentro de unos minutos

- dijo el senador Fowler-. Uno: La tasa de reproducción potencial es enorme, y los pajeños parecen dispuestos a tener hijos en lugares donde nosotros no lo haríamos. »Dos: Los pajeños mintieron para ocultar su elevada tasa de natalidad.

»Tres: Los pajeños han tenido guerras. Al menos tres grandes. Quizás más.

«Cuatro: Su civilización es muy antigua. Mucho, realmente. Eso parece indicar que han conseguido controlar su población. No sabemos cómo lo hacen, pero podría relacionarse con el hecho de que tengan hijos en misiones peligrosas. Debemos preguntárselo. ¿De acuerdo, por ahora?

Hubo un coro de asentimiento.

-Ahora las opciones. Primera: Podemos seguir el consejo del doctor Horvath y negociar acuerdos comerciales. Los pajeños han pedido estaciones permanentes, y el derecho a buscar y poblar mundos vírgenes dentro del Imperio y más allá de él. No insisten en el espacio interior, pero les gustaría obtener lo que nosotros no usamos, asteroides y rocas terraformables, por ejemplo. Ofrecen mucho a cambio.

Hizo una pausa por si había comentarios, pero no los hubo. Todos dejaban satisfechos que el senador resumiese lo dicho para la grabación.

-Ahora bien, esa actitud implica dejar sueltos a los pajeños. En cuanto tengan bases, no controlaremos el acceso a ellas, y es seguro que exteriores y rebeldes harán acuerdos con los pajeños. Hemos de tenerlo en cuenta, y es posible que nuestra generosidad de ahora nos proporcione más tarde su gratitud. El acuerdo inmediato tiene el apoyo del miembro de la Comisión Sandra Bright Fowler. ¿De acuerdo hasta ahora?

Hubo más síes y cabeceos afirmativos. Unos cuantos científicos miraron con curiosidad a Sally. El doctor Horvath le dirigió una sonrisa alentadora.

- Segunda opción: Acogemos a los pajeños en el Imperio. Instalamos un general gobernador, al menos en alguna colonia pajeña, posiblemente en el propio Paja Uno. Esto sería caro y no sabemos lo que pasaría si los pajeños se opusieran. Tienen un elevado potencial militar.

-Yo creo que eso sería una terrible imprudencia -dijo Anthony Horvath-. No creo que los pajeños se sometieran fácilmente, y...

- Sí. Intento exponer todas las opciones, doctor. Ahora que ha expuesto usted su objeción debo decir también que este plan tiene en principio el apoyo del Ministro de Guerra y de la mayoría de los miembros de la Oficina Colonial. Aún no tiene el de ningún miembro de la Comisión, pero pienso planteárselo a los pajeños como una posibilidad. Demonios, podrían querer.

- Bueno, si ingresan voluntariamente en el Imperio, yo lo apoyaría -dijo Horvath.

- También yo -añadió Sally.

Ben Fowler fijó sus gruesos rasgos en una máscara de contemplación.

-Yo no creo que funcionase -musitó-. Generalmente gobernamos através de los habitantes del lugar. ¿Qué premio podemos prometer por cooperar con nosotros contra una conspiración de toda su raza? Pero lo plantearemos.

Fowler se estiró en la silla. Su sonrisa cavilosa e irónica desapareció.

- Tercera posibilidad: El remedio de la glosopeda. Hubo exclamaciones de sorpresa. Horvath frunció los labios y respiró profundamente.

- ¿Significa eso lo que pienso, senador?

- Sí. Si no hay glosopeda, no habrá necesidad de remedio. Si no hay pajeños, no habrá

problema pajeño.

David Hardy habló en voz baja pero muy firme:

- La Iglesia se opone rotundamente a eso, senador. Y lo hará utilizando todos los medios de que dispone.

- Comprendo, padre. Me doy cuenta también de lo que pensará la Liga de la Humanidad. En realidad, la exterminación no provocada no es una verdadera alternativa. Aunque pudiéramos hacerlo materialmente, no podríamos, desde el punto de vista político. A menos que los pajeños fuesen una amenaza inmediata y directa para el Imperio.

-Y no lo son -dijo rotundamente Horvath-. Son una oportunidad. Me gustaría ser capaz de convencerle y de que lo viese así también.

- Doctor, puedo ver las cosas lo mismo que usted. ¿No se le ha ocurrido? En fin, las posibilidades son ésas. ¿Estamos preparados para recibir a los pajeños, o alguien tiene algo que decir?

Rod miró a Sally. Esto no va a gustarle...

- Senador, hemos olvidado las excavaciones de Sally... Recuerde que Sally encontró una civilización primitiva de una antigüedad no superior a los mil años. ¿Cómo eran primitivos los pajeños en fecha tan reciente?

Más silencio.

- Tuvieron que ser las guerras, ¿no es cierto? -preguntó Rod.

- No -dijo Sally-. He pensado en eso... los pajeños tienen zoos, ¿no? ¿No podría ser aquello... bueno, una reserva para primitivos? Las tenemos en todo el Imperio, reservas culturales para gente que no quiere integrarse en la civilización tecnológica...

- ¿Después de un millón de años de civilización? -pregunto Renner-. Lady Sally, ¿cree de veras eso?

- Son alienígenas -dijo Sally, encogiéndose de hombros.

- No lo había olvidado -dijo Ben Fowler-. Está bien, discutámoslo. Sally, tu idea es absurda. Sabes lo que sucedió, movieron los asteroides mientras los pozos estuvieron fríos. Luego, hacia la época del Condominio, sus luchas les volvieron de nuevo a la Edad de Piedra. Supongo que nadie seguirá diciendo que no aprendieron a luchar, ¿verdad?

- Nosotros hicimos lo mismo entonces -dijo Sally-. O lo habríamos hecho, si hubiésemos estado encerrados en un solo sistema.

- Sí -contestó Fowler--. Y si yo fuese un comisionado del imperio pajeño, no dejaría a los humanos vagar por el espacio sin vigilancia. ¿Algo más?

- Sí, señor dijo Rod-. Sally, no me gusta esto, pero...

-Adelante -gruñó Fowler.

- De acuerdo. -¿La perderé por causa de los pajeños? Pero no puedo olvidarlo sin más-. Doctor Horvath, parecía usted muy inquieto después de que llegamos a la conclusión de que los pajeños tenían una civilización milenaria. ¿Por qué?

- Bueno... en realidad por nada... salvo que... bueno, he de hacer más comprobaciones, eso es todo.

- Como Ministro de Ciencias, es usted responsable de las previsiones tecnológicas, ¿verdad? -preguntó Rod.

- Sí -admitió Horvath.

- ¿En qué punto nos encontramos respecto al Primer Imperio?

-Aún no hemos llegado a ese nivel. Tardaremos aún otro siglo.

- ¿Y dónde estaríamos de no haber sido por las Guerras Separatistas? ¿Si el Viejo Imperio hubiese seguido sin interrupción...?

Horvath se encogió de hombros.

- Probablemente tenga razón. Sí. También a mí me preocupa. Senador, lo que quiere decir el comisionado Blaine es que los pajeños no están lo suficientemente avanzados para haber tenido civilización un millón de años. E incluso diez mil. Posiblemente ni mil.

- Sin embargo, sabemos que trasladaron esos asteroides hace por lo menos diez mil años -exclamó Renner; había en su voz asombro y nerviosismo-. ¡Debieron de recolonizar la Paja

aproximadamente cuando se inventó el Impulsor Alderson en la Tierra! ¡En realidad los pajeños no son mucho más viejos que nosotros!

- Hay otra explicación -indicó el padre Hardy-. Recolonizaron mucho antes... y tuvieron una nueva serie de guerras cada milenio.

- O incluso con más frecuencia -añadió suavemente el senador Fowler-. Y si así fuese, sabemos cómo controlan su población, ¿no les parece? ¿Qué nos dice a eso, doctor Horvath? ¿Qué nos aconseja?

-Yo... yo qué sé -tartamudeó el Ministro de Ciencias; se mordió las uñas, comprendió lo que hacía, y dejó las manos sobre la mesa, donde vagabundearon como animalitos heridos-. Creo que debemos asegurarnos.

- Eso creo yo -le dijo el senador-. Pero no perjudicaría el que... Rod, mañana trabajarás con el almirante.

- Le recuerdo, senador, que la Iglesia prohibirá a sus miembros participar en el exterminio de los pajeños-dijo Hardy.

- Eso se acerca mucho a traición, padre.

- Quizás. Pero es cierto.

- En fin, no era eso lo que yo había pensado. Quizás tengamos que incluir a los pajeños en el Imperio. Les guste o no. Puede que se sometan sin luchar si vamos allí con una gran flota.

- ¿Y si no se someten?-preguntó Hardy.

El senador Fowler no contestó.

Rod miró a Sally, luego miró a su alrededor, y por último a las paredes.

Es una habitación tan corriente, pensó. No hay nada especial tampoco en la gente que hay aquí. Y aquí exactamente, en esta sala de conferencias ridiculamente pequeña en un planeta apenas habitable, hemos decidido la suerte de una raza que puede ser un millón de años más vieja que nosotros.

Los pajeños no van a rendirse. Si son lo que creemos que son, no podremos derrotarlos tampoco. Pero sólo tienen un planeta y unos cuantos asteroides. Si vinieran...

- Kelley, puede usted traer ya a los pajeños -dijo el senador Fowler. Penetraban en la estancia los últimos rayos mortecinos de Nueva Caledonia. Fuera, los terrenos de Palacio se hacían de un púrpura sombrío.

53
El Djinn

Iban siguiendo a los que les conducían por los pasillos de Palacio. Mientras caminaban, Jock hablaba con el Embajador.

-Algo ha cambiado. Este soldado nos mira de una forma distinta. Como un Guerrero a otro Guerrero.

Entraron en la sala de conferencias. Un mar de rostros humanos...

- Sí -dijo Jock-. Todo ha cambiado. Debemos estar en guardia.

- ¿Qué pueden saber ellos?-preguntó Ivan. Jock indicó falta de conocimiento. -Algunos nos temen. Otros nos compadecen. Todos intentan ocultar su distinto estado emocional.

El soldado les condujo hasta unos sillones mal diseñados que había al fondo de una alargada mesa de conferencias.

-A los humanos les gustan mucho estas mesas -gorjeó Charlie-. A. veces la forma que tienen es muy importante, por razones que no he podido averiguar.

Se intercambiaron los saludos sin sentido que los humanos llamaban «protocolo»: preguntas formularias sobre el estado de salud, vagas bendiciones y esperanzas de pasado bienestar; todo ello compensaciones de la falta de Mediadores humanos. Charlie se ocupó de ellas mientras Jock continuaba hablando con el Amo.

- El humano que está al otro lado de la mesa es un funcionario importante. En nuestro

lado de dos manos, en el centro, está el poder. El Mediador imperial ha llegado a alguna conclusión. Lord Blaine la comparte a disgusto. Sally discrepa, profundamente, pero es incapaz de argumentar. No encuentra razones. Quizás necesitemos encontrarlas por ella. Frente al Mediador del Emperador están los científicos, que comparten las emociones de Sally. No se sienten tan implicados en la decisión como ella. Los otros no tienen importancia, salvo el sacerdote. No he sido capaz aún de determinar su importancia, pero ha aumentado desde la última vez que le vi. Quizás sea para nosotros el más peligroso de todos...

- ¿Entiende nuestro lenguaje? -preguntó Ivan.

- No si hablamos deprisa y ayustándonos por completo a la gramática. Detecta el contenido emotivo básico, y se da cuenta de que intercambiamos mucha información en muy poco tiempo.

- Descubre lo que preocupa a los humanos.

Ivan se enroscó en su sillón y contempló despectivo la sala. Los encargados hablaban a veces directamente con Mediadores de varios Amos, pero nunca era una experiencia agradable. La negociación con los humanos era penosamente lenta. Sus pensamientos reptaban como helio líquido, y a menudo no tenían ni idea de sus propios intereses.

Pero no podía limitarse a instruir a los Mediadores. Éstos se mostraban inquietos, cada vez más. Tenía que controlarlos directamente. Para preservar la raza...

- Esta reunión puede ser más agradable que las otras -dijo Charlie. El senador Fowler pareció sorprenderse.

- ¿Por qué dice eso?

- Por las expresiones que veo, han decidido llegar a conclusiones en esta reunión -contestó Charlie-. Nos han dicho que la reunión será larga, que durará hasta después de la cena. Sus trivisiones nos explican que se hallan ustedes sometidos a una gran presión para llegar a un acuerdo con nosotros. Nosotros aprendemos con lentitud sus métodos, que acaban agradándonos; pero nuestra formación, toda la base de nuestra existencia, es llegar a concluir acuerdos. Hasta ahora los han evitado ustedes cuidadosamente.

- Bastante duro -murmuró Fowler; e intenta que nos sintamos un poco incómodos, ¿no es así, amigo? Eres listo-. Primero necesitamos información. Sobre su historia.

-Ah. -Charlie vaciló sólo un segundo, pero vio la señal que le hacía Jock, y los movimientos de los dedos del Amo-. ¿Les preocupan nuestras guerras?

- Eso mismo -dijo el senador Fowler-. Nos han ocultado prácticamente toda su historia. Mintieron en lo que nos contaron.

Hubo murmullos de desaprobación. El doctor Horvath lanzó una áspera mirada a Fowler. ¿Es que aquel hombre no sabía lo que eran unas negociaciones? Pero por supuesto que lo sabía, lo que hacía aún más desconcertante tanta aspereza. Charlie se encogió de hombros a la manera humana.

- Como ustedes nos hicieron a nosotros, senador. Nuestra historia: muy bien. Como ustedes los humanos, hemos tenido períodos de guerra. A menudo por cuestiones religiosas. Nuestras últimas grandes guerras fueron hace varios de sus siglos... Desde aquella época hemos logrado controlarlas. Pero tenemos rebeliones de vez en cuando. Amos parecidos a sus exteriores, que sitúan la independencia por delante del bien de la especie. Entonces es necesario combatirlos...

- ¿Por qué no admitieron esto en un principio? -preguntó Rod. El pajeño se encogió de hombros nuevamente.

- ¿Qué sabíamos de ustedes? Hasta que nos dieron el trivisor y nos dejaron verles tal como son, ¿qué podíamos saber? Y además estamos tan avergonzados de nuestros conflictos como ustedes de los suyos. Deben comprender, casi todos los Mediadores sirven a Amos que no tienen relación con la guerra. Nos dijeron que les convenciéramos de nuestras intenciones pacíficas hacia su raza. Nuestros conflictos internos son sólo asunto nuestro.

- ¿Así que nos ocultaron sus armas? -dijo Rod. Charlie miró a Jock. El otro Mediador contestó:

- Las que tenemos. Habitamos un solo sistema estelar, señor. No tenemos enemigos raciales ni muchos recursos para dedicarlos a naves de guerra... nuestras fuerzas militares de hoy son más parecidas a su policía que a su Marina y a sus soldados.

La suave sonrisa del pajeño no decía nada más, pero de algún modo transmitía otra idea: sería una locura dejar que los humanos supieran el armamento de que disponían.

Sally sonrió feliz.

-Ya te lo decía, tío Ben... El senador Fowler asintió.

- Otra pequeña duda, Charlie. ¿Cuál es el índice de natalidad de sus castas reproductoras?

Fue Jock quien contestó. Al ver que Charlie vacilaba, David Hardy observó con interés... ¿Había comunicación por gestos?

- Cuando se les permite procrean -dijo lisamente el alienígena-. ¿No hacen igual ustedes?

- ¿Cómo?

- Ustedes controlan su población con incentivos económicos y emigración forzosa. Nosotros no disponemos de esas alternativas, y sin embargo nuestros impulsos reproductores son tan fuertes como los suyos. Nuestros Amos procrean cuando pueden.

- ¿Quiere decir que tienen mecanismos legales para limitar la población? -preguntó Horvath.

- En líneas generales, sí.

- ¿Y por qué no nos lo dijeron antes? -preguntó el senador Fowler.

- No nos lo preguntaron.

El doctor Horvath rió entre dientes. Sally hizo igual. Hubo una sensación de alivio en toda la sala. Salvo...

- Ustedes confundieron deliberadamente a Lady Sally -dijo el capellán Hardy-. Explíquenos por qué, por favor.

- El Mediador servía al Amo de Jock -contestó Charlie-. Jock podrá explicar eso. Y, por favor, perdónennos, he de comunicar al Embajador lo que se ha dicho. -Charlie empezó a gorjear.

- Jock, debes tener mucho cuidado. Nos hemos ganado su simpatía. Quieren razones para creer. Estos humanos tienen casi tanta empatia como los Mediadores cuando están del humor adecuado, pero pueden cambiar Instantáneamente.

- Entendido -dijo Ivan-. Haz lo que puedas para tranquilizarles. Si escapamos de una vez a su control les seremos útiles a todos, y seremos una necesidad económica para poderosos grupos de humanos.

- El Mediador pensó que la verdad podría inquietarle -contestó Jock-. No sé exactamente lo que dijo. Yo no estaba allí. Nosotros no solemos tratar el tema del sexo y de la reproducción dentro de nuestros grupos familiares, y fuera de ellos no lo hacemos casi nunca. El tema es... no tienen ustedes una emoción idéntica. Es similar a la turbación, pero no idéntico. Y deben comprender hasta qué punto un Mediador se identifica con su Fyunch(click). Lady Sally no habla fácilmente de temas sexuales, ni le agrada hacerlo; su Mediador debía de sentir las mismas emociones, y sabría que la esterilidad de los Mediadores inquietaría a Sally si supiese de ello... como así fue, al enterarse. Digo todo esto, pero no lo sé con certeza: nunca consideramos importante el tema.

- Basta de suspicacias -dijo Sally-. Por favor. Me alegro de que lo hayamos aclarado todo.

- Pese a nuestra capacidad -dijo el pajeño encogiéndose de hombros-, es inevitable que se produzcan malentendidos entre especies alienígenas. ¿Recuerdan las puertas de los baños?

- Sí. -Sally pudo ver que Ben Fowler se disponía a hacer una pregunta; siguió hablando rápidamente para impedírselo-. Una vez aclarado eso, ¿qué hacen su Amos cuando no quieren a un hijo?

Sintió calor en las mejillas y sospechó que estaba ruborizándose. El doctor Horvath la miraba curioso. Maldito viejo verde, pensó. Claro que no soy justa con él.

Los pajeños gorjearon unos instantes.

- Es frecuente la abstinencia -contestó Jock-. Tenemos también métodos químicos y hormonales como ustedes. ¿Quieren que les expliquemos cómo funcionan?

- Me interesan más los incentivos -dijo el senador Fowler-. ¿Qué le pasa a un Amo, o a un Marrón o a cualquier otro si empieza a tener hijos cada seis meses?

- ¿No consideraría eso como un acto de independencia más importante que los intereses de la raza?-preguntó Jock.

- Sí.

- Nosotros igual.

-Y así fue como empezaron las guerras -concluyó el doctor Horvath-. Senador, con todos los respetos, creo que tenemos respuesta a nuestras preguntas. Los pajeños controlan sus poblaciones. Cuando los individuos no están de acuerdo, hay conflicto. A veces esto lleva a guerras. ¿En qué difiere esto de los humanos?

Benjamín Fowler se echó a reír.

- Doctor, no hace más que pedirme que considere su punto de vista, que está basado en la ética. Usted nunca considera el mío, que no lo está. Nunca he pretendido que la raza humana fuese superior a los pajeños... ni en ética ni en inteligencia ni en ninguna otra cosa. Sólo afirmo que es mi raza, y que me han encargado que defienda los intereses humanos. -Se volvió a los pajeños-. Ahora que ya nos han visto funcionar -continuó Fowler-, ¿qué piensan de nuestro Imperio?

Jock rió entre dientes.

- Senador, ¿qué quiere que le diga? Estamos en poder de ustedes... los tres, y toda nuestra gente. Sus naves de guerra controlan el punto de Eddie el Loco que lleva a nuestro sistema. Ustedes podrían quizás destruirlo, y he oído discursos en la trivisión en que se pedía precisamente eso...

- No de alguien importante -protestó Anthony Horvath-. Locos y chiflados...

- Desde luego. Pero lo dijeron. Así que cualquier respuesta que dé a la pregunta del senador tiene que ser a la fuerza lo que yo crea que él quiere oír. ¿Qué remedio?

- Bien dicho -gorjeó Ivan-. Los humanos parecen respetar la admisión de verdades contrarias a intereses. En este caso, lo sabrían inevitablemente de todos modos. Pero ten cuidado.

- Confía en mi habilidad, Amo. Date cuenta de que la mayoría se han tranquilizado. Los únicos que no están satisfechos son el eclesiástico y el oficial de la Marina. El Mediador Imperial está ahora indeciso, y cuando entramos en esta habitación estaba decidido en contra nuestra.

- Tengo miedo -dijo Charlie-. ¿No sería mejor decírselo todo, ahora que saben tanto? ¿Cómo vamos a poder ocultar nuestros Ciclos y nuestras pautas reproductivas secretas a la larga? Amo, me gustaría decírselo todo...

- Te callarás y dejarás que Jock hable a los humanos. Delega en ella todas las cosas que te inquieten.

-Asi lo haré, Amo. Recibí instrucciones de obedecerte. Aun así pienso que mi Amo tenía razón.

- ¿Y si valoró mal a los humanos? -preguntó Jock-. ¿Y si nos consideran una amenaza para sus descendientes? ¿No nos destruirían a todos ahora, que aún pueden?

- Silencio. Habla a los humanos.

- El Embajador indica que, como el Imperio es a la vez la asociación humana más poderosa y el grupo más próximo a nuestro sector natal, va en interés nuestro establecer una alianza con el Imperio, independientemente de nuestras opiniones. Estamos rodeados.

- De eso no hay duda -aceptó Sally-. Tío Ben, ¿cuánto durará esto? Los técnicos en cuestiones económicas han hecho ya un borrador de los acuerdos ¿No podíamos pasar a estudiar los detalles?

Fowler no estaba satisfecho. Se veía en sus cejas fruncidas y en sus hombros tensos. Ya había bastantes problemas en el Imperio sin pajeños. Si la tecnología pajeña caía en manos de

exteriores y rebeldes, podía pasar cualquier cosa.

- Hay un borrador de acuerdo -dijo lentamente el senador Fowler-. Antes de que se lo expongamos, tengo otra proposición. ¿Les interesa a ustedes incorporarse al Imperio? Como miembro de primera clase del sistema, por ejemplo... tendrían ustedes gobierno autónomo, representación en Esparta y acceso a la mayoría de los mercados imperiales.

- Lo hemos considerado. Llevaría tiempo estudiar los detalles...

- No -dijo decidido el senador Fowler-, eso no es posible. Disculpen, pero no tenemos intención de permitir que sus ingenieros inventen el Campo y construyan una flota de guerra. La primera condición sería admisión inmediata de observadores imperiales en cualquier punto de su sistema.

- Desarme. Confianza en sus buenas intenciones -dijo Jock-. ¿Cómo podríamos someternos a esas condiciones?

- Eso no tiene que preguntármelo a mí -dijo Ben-. Sino a ustedes.

- Dije que harían esta oferta -gorjeó Charlie.

- No podemos aceptar -afirmó Ivan-. Quedaríamos desvalidos. Suponed que los humanos son sinceros. Suponed que el Imperio no nos destruyese en cuanto se hiciera evidente nuestra auténtica naturaleza. ¿Podemos creer que dentro de unas generaciones presidiría el Imperio la misma benevolencia? Es un riesgo que no podemos correr. La raza debe asegurar su supervivencia.

- ¡No hay ninguna seguridad!

- Debemos salir de nuestro sistema hacia el universo. Cuando estemos firmemente asentados en varios sistemas, los humanos no se atreverán a atacar ninguno de ellos - dijo Jock. Sus gestos mostraron impaciencia.

- ¿Estás convencido de que no podemos aceptar esta oferta? -preguntó Charlie.

-Ya hemos discutido eso -dijo Jock-. Los humanos querrán llegar al final. Querrán desarmar a los Guerreros. Los Amos no permitirían eso, se lanzarían a la lucha. Habría guerra precisamente cuando los humanos lo esperasen. No son tontos, y sus oficiales de la Marina nos tienen miedo. Los observadores estarían respaldados por fuerzas abrumadoras. Si fingiésemos aceptar, se sentirían justificados para destruirnos: recordad la suerte de los planetas humanos sublevados. Esta oferta ni siquiera serviría para ganar tiempo.

- Entonces da la respuesta que acordamos -ordenó Ivan.

- El Embajador lamenta que un acuerdo de este género exceda a su autoridad. Podemos hablar en nombre de todos los pajeños, pero sólo dentro de ciertos límites; poner toda nuestra raza en vuestras manos queda fuera de ellos.

- Es lógico -dijo el doctor Horvath-. Sea razonable, senador.

- Procuro ser razonable, y no se lo reprochaba. Les hice una oferta, eso es todo. -Se volvió a los alienígenas-. Ha habido planetas incorporados al Imperio contra su voluntad. No disfrutan de ninguno de los privilegios que les he ofrecido.

- No sé lo que los Amos harían si intentasen ustedes conquistar nuestro sistema -comentó Jock-. Sospecho que lucharían.

- Perderían -dijo tranquilamente el senador Fowler.

- Haríamos lo posible porque no fuera así.

-Y al perder podrían absorber ustedes un volumen tal de nuestras fuerzas que perderíamos la mayor parte de este sector. Y el impulso unificador retrocedería quizás un siglo. La conquista resulta siempre cara. -El senador Fowler no añadió que la esterilización no; pero este pensamiento no expresado colgó pesadamente sobre la sala iluminada.

- ¿Podemos hacer una contraoferta? -dijo Jock-. Permítannos establecer centros de producción en mundos deshabitados. Nosotros los terraformaremos: por cada mundo que nos den, terraformaremos otro para ustedes. En cuanto a los desajustes económicos, pueden formar empresas para establecer un monopolio en el comercio con nosotros. Parte de las acciones podrían venderse al público. Se mantendría el equilibrio para poder compensar a las empresas y trabajadores desplazados por nuestra competencia. Creo que descubrirían que esto minimizaría los inconvenientes de nuestra nueva tecnología, dándoles a ustedes al mismo

tiempo todos los beneficios.

- Magnífico -exclamó Horvath-. Precisamente mi equipo está trabajando en eso. ¿Estarían de acuerdo con esto? Comercio sólo con empresas autorizadas y con el gobierno imperial.

- Desde luego. Pagaríamos también por la protección naval del Imperio a nuestros mundos coloniales... no tenemos ningún deseo de mantener flotas en las regiones del espacio que ustedes controlan. Para asegurarse, podrían inspeccionar los astilleros de las colonias.

- ¿Y el planeta natal? -preguntó Fowler.

- Supongo que el contacto entre Paja Uno y el Imperio sería mínimo. Sus representantes serían bien recibidos, pero no nos gustaría ver sus naves de guerra cerca de nuestros hogares... He de decirles además que estábamos muy preocupados por aquella nave de combate que orbitaba nuestro planeta. Era evidente que llevaba armas que podían convertir a Paja Uno en un planeta casi inhabitable. Nos sometimos, llegamos incluso a invitarles a que se aproximasen más, precisamente para demostrar que no teníamos nada que esconder. Nosotros no somos una amenaza para el Imperio, señores. Como muy bien saben, son ustedes los que constituyen una amenaza para nosotros. Sin embargo, creo que podemos llegar a un acuerdo en beneficio mutuo (y para seguridad mutua) sin tensiones innecesarias y sin que una raza haya de confiar en la benevolencia de la otra.

- ¿Y terraformarían un planeta para nosotros por cada uno que se quedaran? - preguntó Horvath.

Pensó en las ventajas: incalculables. Pocos sistemas estelares tenían más de un mundo habitable. El comercio interestelar era terriblemente caro comparado con el comercio interplanetario, pero las operaciones de terraformación eran aún más costosas.

- ¿No es bastante? -preguntó Jock-. Supongo que se hacen cargo de nuestra situación. Tenemos sólo un planeta, unos asteroides y una gigante gaseosa que no podemos hacer habitable. Merece la pena realizar una inversión enorme de recursos para duplicar lo que tenemos. Digo esto porque es evidente, aunque sé que sus procedimientos mercantiles no suelen incluir la admisión de inconvenientes. Por otra parte, sus planetas inhabitables de órbitas propicias no deben de ser para ustedes de gran valor, porque si no los habrían terraformado ya. Consiguen, pues, algo por nada, mientras que nosotros tendremos que hacer un gran esfuerzo. ¿Les parece justo el trato?

- Magnífico para la Marina -dijo Rod-. Prácticamente una nueva flota pagada por los pajeños...

- Un momento -dijo el senador Fowler-. Estamos hablando del precio y aún no hemos decidido lo que haremos. Jock se encogió de hombros.

-Yo les hice una oferta, nada más. -Su imitación de la voz y los gestos del senador despertaron risas. Ben Fowler frunció el ceño un momento y luego rió también.

- Bueno -dijo Fowler-. No sé a qué acuerdo llegaremos, pero sí que tengo hambre. Kelley, traiga a nuestros invitados un poco de chocolate y pida la cena. Podríamos también ponernos cómodos mientras acabamos esta discusión.

54
Fuera de la botella

- Está resuelto -informó Jock-. El senador está a punto de aceptar. Sally ya ha aceptado.

- ¿Y Blaine? -preguntó Ivan.

- Hará lo que quiera el senador, aunque preferiría estar de acuerdo con Sally. Le agradamos, y ve ventajas para la Marina. Es una lástima que se volviera loca su Fyunch(click); ahora nos sería de gran utilidad.

- ¿Crees que puede resultar? -preguntó Charlie-. Jock, ¿cómo es posible? Antes de que fundemos esas nuevas colonias, los imperiales descubrirán cómo somos. Visitarán nuestro sistema, y se enterarán. ¿Qué pasará entonces?

- Nunca lo sabrán -dijo Jock-. Su propia Marina lo impedirá. Habrá visitas de naves sin armas, pero no arriesgarán más navíos de guerra. ¿Acaso no podemos engañar a unas cuantas naves llenas de humanos? Nunca podrán hablar nuestro idioma. Tendremos tiempo para prepararnos. Nunca les dejaremos ver Guerreros. ¿Cómo se enterarán? Mientras tanto, se asentarán las colonias. Los humanos no pueden tener idea de la rapidez con que podemos fundar colonias, ni de la rapidez con que podrán las colonias construir naves. Estaremos entonces en una posición de trato mucho mejor, en contacto con muchos humanos... y podremos ofrecerles lo que quieran. Tendremos aliados, y nos extenderemos lo suficientemente lejos para que ni siquiera el Imperio pueda exterminarnos. Si no pueden hacerlo con seguridad, no lo intentarán. Así es como piensan estos humanos.

El infante de marina les trajo la bebida que los humanos llamaban chocolate y bebieron con placer. Los humanos eran omnívoros, como los pajeños, pero los gustos y sabores que preferían los humanos eran generalmente insípidos para ellos. Sin embargo, el chocolate... era excelente y, con hidrocarburos extra para simular las aguas de su mundo natal, incomparable.

- ¿Qué alternativas tenemos? -preguntó Jock-. ¿Qué harían si se lo dijésemos todo? ¿No enviarían su flota a destruirnos para librar a sus descendientes de nuestra amenaza?

-Apruebo este acuerdo -dijo Ivan-. Tu Amo lo aprobará también.

- Quizás -dijo Charlie; se puso a pensar, adoptando una actitud que excluía el mundo exterior. Era un Amo...- puedo aceptarlo -dijo-. Es mejor de lo que esperaba. ¡Pero es muy peligroso!

- El peligro existe desde que los humanos llegaron al sistema pajeño -dijo Jock-. Es menor ahora que antes.

Ivan observaba atentamente. Los Mediadores estaban muy alterados. La tensión había sido grande, y pese a su control exterior estaban acercándose al límite. No correspondía a su naturaleza desear lo que no podía ser, pero él esperaba que tuviesen éxito las tentativas de producir un Mediador más estable; era difícil trabajar con criaturas que podían ver de pronto un universo irreal y establecer juicios basándose en él. La regla era siempre la misma. Primero deseaban lo imposible. Luego trabajaban por conseguirlo, aun sabiendo que era imposible. Por último, actuaban como si lo imposible pudiese lograrse, y permitían que la irrealidad influyese en todos los actos. Se daba más entre los Mediadores que en el resto de las clases, pero también se daba entre los Amos.

Aquellos Mediadores estaban casi en el límite, pero aguantarían. Se preservaría la especie. Así había de ser.

- Doy mil coronas por tus pensamientos -dijo Sally. Sus ojos relampaguearon de felicidad... y alivio.

Rod se apartó de la ventana y la miró sonriendo. La habitación era grande, y los demás estaban reunidos cerca del bar, salvo Hardy que, sentado junto a los pajeños, escuchaba su parloteo como si pudiese entender algo. En realidad, Rod y Sally estaban solos.

- Eres muy generosa -dijo él.

- Puedo permitírmelo. Te pagaré inmediatamente después de la boda...

- Con los ingresos de Crucis Court. Aún no es mía, no tengas tantas ganas de eliminar a papá. Puede que tengamos que vivir aún muchos años de su generosidad.

- ¿En qué pensabas? Parecías muy serio.

- ¿Cómo voy a votar a favor de esto si el senador no está de acuerdo? Ella asintió sobriamente.

- Eso pensabas...

- Podría perderte por eso, ¿no es así?

- No sé, Rod. Supongo que dependería de por qué rechazases la oferta de los pajeños. Y qué aceptaras en su lugar. Pero no vas a rechazarla, ¿verdad? ¿Por qué no te parece bien lo que proponen?

Rod miró el vaso que tenía en la mano. Era una especie de bebida no alcohólica que había comprado Kelley; la reunión era demasiado importante para beber whisky.

- Por nada, quizás. Es el quizás, Sally. Mira. -Señaló las calles de Nueva Escocia.

Había poca gente a aquella hora. Los que iban al teatro y a cenar. La gente iba a ver el Palacio después del oscurecer. Pasaban marinos con sus chicas. Soldados con faldas escocesas y pieles de oso se mantenían firmes ante la garita de centinela que había junto a la entrada.

- Si nos equivocamos, sus hijos están condenados.

- Si nos equivocamos, la Marina sería derrotada -dijo lentamente Sally-. Rod, y si los pajeños salen y en veinte años se establecen en una docena de planetas. Si construyen naves. Si amenazan al Imperio. La Marina puede aún controlarlos... tú no tendrás que hacerlo, pero podría hacerse.

- ¿Estás segura de ello? Yo no lo estoy. No estoy seguro de que podamos derrotarles ahora. Exterminarles, sí, pero ¿derrotarles? ¿Y dentro de veinte años? ¿Te imaginas la carnicería? Y Nueva Escocia sería el lugar más afectado. Está en su camino. ¿A qué otros mundos iban a ir?

- ¿Y qué alternativas tenemos? -preguntó ella-. Yo... Rod, me inquieto también por nuestros hijos. Pero ¿qué podemos hacer? ¡No podemos hacer la guerra a los pajeños porque puedan llegar a ser una amenaza algún día!

- No, claro que no. Aquí está la cena. Y siento haber estropeado tu buen humor.

Todos reían antes de que terminara la cena. Los pajeños hicieron una exhibición: imitaciones de los personajes más famosos de la trivisión de Nueva Escocia. Al cabo de unos minutos todos los comensales reían.

- ¿Cómo lo consiguieron? -preguntó David Hardy entre ataques de risa.

- Hemos estudiado su humor -contestó Charlie-. Hemos exagerado levemente ciertas características. Pensamos que si nuestra teoría era correcta, y al parecer lo era, el efecto acumulativo resultaría divertido.

- Podrían hacerse ricos -dijo Horvath- como animadores y artistas, aparte de lo demás que pudiésemos intercambiar.

- Eso, al menos, tendrá pocas repercusiones en nuestra economía. Sin embargo, les pediremos ayuda para una comunicación reglamentada de nuestra tecnología. Horvath asintió con gravedad.

- Me alegro de que se hagan cargo del problema. Si lo soltáramos todo de golpe, se produciría un caos en el mercado...

- Créame, doctor, no tenemos ningún deseo de causarles problemas. ¡Si ustedes nos consideran una oportunidad, piense cómo lo veremos nosotros! ¡Poder salir del sistema pajeño después de tantos siglos! ¡Salir de la botella! Nuestra gratitud no tiene límites.

- ¿Qué antigüedad tiene su civilización? -preguntó David Hardy.

- Tenemos fragmentos y restos que indican varios cientos de miles de años de antigüedad, doctor Hardy. Los asteroides estaban ya colocados entonces. Otros quizás sean más viejos, pero no podemos interpretarlos. Nuestra historia real comienza hace unos diez mil años.

- ¿Y han tenido ustedes colapsos de la civilización desde entonces? -preguntó Hardy.

- Desde luego. ¿Cómo podría ser de otro modo, atrapados como estábamos en aquel sistema?

- ¿Conservan ustedes testimonios de la guerra asteroidal? -preguntó Renner. Jock frunció el ceño. Su cara no se adaptaba a aquel gesto, pero el gesto que hizo indicaba menosprecio.

- Sólo leyendas. Tenemos... Son muy parecidas a las canciones de ustedes, o a los poemas épicos. Instrumentos lingüísticos para facilitar la memorización. No creo que sean traducibles, pero... -la pajeña se detuvo un instante. Fue como si quedase congelada en la posición que tenía al decidir pensar. Luego

Hace frío y no hay nada que comer, los demonios arrasan la tierra.
Nuestras hermanas mueren, hierven las aguas,
pues los demonios hacen caer el cielo.

La alienígena se detuvo ceñuda.

- No es muy bueno, pero qué le vamos a hacer.

- Es bastante bueno -dijo Hardy-. Nosotros tenemos también poesía de ese tipo. Leyendas de civilizaciones perdidas, desastres de nuestra prehistoria. Podemos remontar la mayoría de ellas hasta una explosión volcánica que tuvo lugar hace unos cuatro mil quinientos años. En realidad, parece ser que fue entonces cuando los hombres concibieron la idea de que Dios podía intervenir en sus asuntos. Directamente, en vez de crear ciclos y períodos y cosas así..

- Una teoría interesante... Pero ¿no va en contra de sus creencias religiosas?

- No. ¿Por qué habría de ir? ¿No puede Dios disponer un acontecimiento natural para producir efectos deseables, pudiendo como puede alterar las leyes de la naturaleza? En realidad, ¿qué es más milagroso, una marea cuando es necesaria o un acontecimiento sobrenatural y único? Pero no creo que tengan ustedes tiempo para discutir de teología conmigo. Parece que el senador Fowler ha acabado su cena. Así que, si me perdonan, me iré unos minutos, y creo que pronto empezaremos de nuevo...

Ben Fowler llevó a Rod y a Sally a una pequeña oficina que había detrás de la sala de conferencias.

- ¿Bien? -preguntó.

-Ya sabes mi opinión -dijo Sally.

- Sí. ¿Rod?

- Tenemos que hacer algo, senador. La presión se nos va de la mano.

- Sí -dijo Ben-. Maldita sea, necesito un trago. ¿Rod?

- Gracias, yo paso.

- Bueno, si no puedo pensar bien después de un buen trago de whisky el Imperio está perdido. -Buscó por el escritorio hasta que encontró una botella, la olió y se sirvió un buen trago en una taza de café usada-. Hay algo que me desconcierta. ¿Por qué no presiona más la Asociación de Comerciantes Imperiales? Yo esperaba que la mayor presión viniera de ellos, y están muy tranquilos. Debemos dar gracias a Dios. -Bebió media taza y suspiró.

- ¿Qué tiene de malo que aceptemos? -preguntó Sally-. Podemos cambiar de idea si descubrimos algo nuevo...

- En absoluto, gatita -dijo Ben-. En cuanto haya algo concreto los tipos listos pensarán cómo hacer un puñado de billetes a costa de ellos, y en cuanto tengan dinero invertido... Creí que sabías algo más de política elemental. ¿Qué os enseñan hoy en la Universidad? Rod, aún estoy esperando que digas algo.

Rod se rascó la curvada nariz.

- Ben, no podemos aguantar mucho tiempo. Los pajeños deben saberlo... Quizás lleguen incluso a retirar su oferta cuando vean la gran presión que tenemos encima. Lo que yo digo es que debemos aceptar.

-Ya veo. Quieres hacer feliz a tu esposa sea como sea...

- ¡No lo hace por mí! -protestó Sally-. Deja de pincharle.

- Sí. -El senador se rascó la calva un momento y luego vació la taza y la posó-. Tengo que comprobar unas cosas. Probablemente salga todo bien. Si es así... supongo que pactaremos con ellos. Vamos.

Jock hizo un gesto de arrebato y de excitación.

- ¡Están dispuestos a aceptar! ¡Estamos salvados!

Ivan miró fríamente al Mediador.

- Contrólate. Aún hay mucho que hacer.

- Lo sé. Pero estamos salvados. ¿No es así, Charlie?

Charlie estudió a los humanos. Las caras, las posturas...

- Sí. Pero el senador aún no está convencido, y Blaine tiene miedo, y... Jock, mira a Renner.

- ¡Eres tan frío! ¿Es que no podéis alegraros conmigo? ¡Estamos salvados!

- Mira a Renner.

- Sí... Conozco esa expresión. La utiliza cuando juega al poker, cuando tiene una jugada sorpresa. No es buen agüero. ¡Pero él no tiene poder, Charlie! ¡Es un vagabundo sin sentido de la responsabilidad!

- Quizás. Pero tengo miedo. Sentiré miedo hasta que muera.

55
La carta oculta de Renner

El senador Fowler se sentó y miró a los que estaban sentados a la mesa. La mirada fue bastante para parar la charla y llamar la atención de todos.

- Creo que sabemos lo que perseguimos todos -dijo-. Ahora tenemos que hablar del precio. Dejemos establecidos los principios. Primero y ante todo: aceptan ustedes no armar sus colonias y dejarnos inspeccionarlas para asegurarnos de que no están armadas.

- Sí -dijo con firmeza Jock; gorjeó para el Amo-. El Embajador está de acuerdo. Siempre que el Imperio quiera, por un precio, proteger nuestras colonias de sus enemigos.

- Lo haremos, desde luego. Segundo: aceptan limitar el comercio a las empresas que tengan una licencia del Imperio.

- Sí.

- Bueno, éstos son los puntos principales -proclamó Fowler-. Estamos en condiciones de abordar los detalles. ¿Qué estudiamos primero?

- ¿Puedo preguntar qué clase de colonias instalarán? -preguntó Renner.

- Claro, cómo no.

- Gracias. ¿Enviarán allá representantes de todas sus clases?

- Sí... -Jock vacilaba-. Todos los que sean útiles según las condiciones, señor Renner. No llevaremos a los Agricultores a una roca sin terraformar mientras los Ingenieros no hayan construido una cúpula.

- Sí. Bueno, por eso lo preguntaba. -Accionó su computadora de bolsillo y las pantallas se iluminaron; mostraban una Nueva Caledonia extrañamente deformada, un relampagueo brillante, luego oscuridad-. Vaya. Me equivoqué. Eso es cuando la sonda disparó contra la nave del capitán Blaine.

- ¿Cómo? -exclamó Jock; gorjeó con los otros-. Nos preguntábamos cuál había sido la suerte de la sonda. Francamente, creíamos que la habían destruido ustedes, y por eso no queríamos preguntar...

- Casi aciertan -dijo Renner; aparecieron en la pantalla más imágenes; la vela de luz se ondulaba-. Esto es un momento antes de que disparara contra nosotros.

- Pero la sonda no pudo disparar contra ustedes -protestó Jock.

- Claro que sí. Supongo que creyeron que nuestra nave era un meteorito -explicó Rod-. De todos modos...

Cruzaron la pantalla formas negras. La vela se onduló y flameó y las formas desaparecieron. Renner dio marcha atrás a la cinta hasta que las siluetas quedaron recortadas contra la luz. Entonces paró la filmación.

- Hemos de advertirles -dijo Jock- que nosotros sabemos muy poco sobre la sonda. No es nuestra especialidad, y no tuvimos posibilidad de estudiar los archivos antes de dejar Paja Uno.

El senador Fowler frunció el ceño.

- ¿Adonde quiere ir a parar, señor Renner?

-Verá, señor, me parecían curiosas estas imágenes -Renner cogió un indicador luminoso que había en la mesa-. Se trata de diversas clases de pajeños, ¿no les parece?

Jock pareció vacilar.

- Lo parece.

- Lo son, sin duda. Ése es un Marrón, ¿no? Y un Médico.

- Sí. -El indicador se movió-. Un Corredor -dijo Jock-. Y un Amo...

- Hay un Relojero. -Rod casi escupió; no podía ocultar su repugnancia-. El siguiente parece un Agricultor. Es difícil distinguirlo del Marrón, pero,.. -Su voz adquirió un tono inquietante-. Renner, a ése no le reconozco.

Hubo silencio. El indicador planeó sobre una sombra informe, más larga y delgada que un Marrón, con lo que parecían garras en las rodillas, en los talones y en los codos.

- Les vimos antes una vez -dijo Renner; su voz era ahora casi automática. Como la de un hombre que cruza un cementerio por ganar una apuesta. O como el que avanza y sube una colina en territorio enemigo. Sin emociones, resuelto, rígidamente controlado. No parecía Renner.

La pantalla se dividió y apareció otra imagen: la escultura de la máquina del tiempo del museo de Ciudad Castillo. Lo que parecía una escultura de «arte pobre» de piezas electrónicas aparecía rodeada de cosas con armas.

La primera vez que vio a Ivan, Rod sintió un fuerte y embarazoso impulso de dar unas palmadas en el pelo sedoso del Embajador. Su impulso ahora fue también muy fuerte: el impulso de adoptar la posición de kárate. Las cosas esculpidas mostraban sobrados detalles. Llevaban dagas por todas partes, parecían duros como el acero y se mantenían como tensos muelles, y cualquiera de ellos habría dejado a un instructor de combate de la infantería de marina como si le hubiese pasado por encima una segadora. ¿Y qué era aquello que tenían bajo el gran brazo izquierdo, como un cuchillo de hoja ancha medio oculto?

-Ah -dijo Jock-, un Demonio. Supongo que debían de ser muñecos que representaban a nuestras especies. Como las estatuillas, para que el Mediador pudiese hablarles más fácilmente de nosotros.

- ¿Todos esos? -la voz de Rod reflejaba el más puro asombro-. ¿Todo un cargamento de muñecos de tamaño natural?

- No sabemos cuál era su tamaño, ¿no? -dijo Jock.

- Muy bien. Supongamos que eran muñecos -dijo Renner; continuó sin detenerse-. Eran modelos de clases pajeñas existentes. Salvo éste. ¿Por qué incluirían a éste en el grupo? ¿Por qué incluir a un Demonio con los demás?

No hubo respuesta.

- Gracias, Kevin -dijo Rod lentamente; no se atrevió a mirar a Sally-. Jock, ¿es o no es otra clase pajeña?

- Hay más, capitán -dijo Renner-. Mire con detenimiento al Agricultor. Ahora que sabe usted lo que ha de buscar.

La imagen no era muy clara, era poco más que una silueta de bordes difuminados; pero el volumen era inconfundible de perfil.

- Está embarazada -exclamó Sally-. ¡Por qué no lo pensaríamos! ¿Una estatuilla embarazada? Pero... Jock. ¿Qué significa esto?

- Sí-preguntó Rod fríamente.

Pero era imposible atraer la atención de Jock.

- ¡Basta! ¡No digas más! -ordenó Ivan.

- ¿Qué iba a decir? -gimió Jock-. ¡Los muy idiotas llevaban un Guerrero! ¡Estamos perdidos, perdidos, cuando hace unos instantes teníamos el universo en la mano! La poderosa mano izquierda del pajeño se cerró amenazadora en el aire.

Silencio. Contrólate. Ahora, Charlie, dime lo que sepas de la sonda. ¿Cómo fue construida?

Charlie hizo un gesto de desprecio interrumpido por respeto.

- Es evidente. Los constructores de la sonda sabían que esta estrella la habitaba una especie alienígena. No sabían nada más. Así que debieron de suponer que la especie se parecía a la nuestra, si no en apariencia, en lo esencial.

- En los Ciclos. Debieron de suponer que había Ciclos -musitó Ivan-. Aún no sabíamos que no todas las razas están condenadas a los Ciclos.

- Exactamente -dijo Charlie-. La especie hipotética había sobrevivido. Era inteligente.

No podrían controlar su crecimiento más que nosotros, pues ese control no es una característica de supervivencia. Así, lanzaron la sonda creyendo que la gente de esta estrella estaría en colapso cuando la sonda llegase.

- Claro. -Ivan pensó un momento-. Y aquellos Eddie el Loco pusieron hembras preñadas de cada clase a bordo. ¡Idiotas!

- No podemos reprochárselo. Hicieron lo que pudieron -dijo Charlie-. La sonda debía de estar articulada de modo que arrojase los pasajeros al sol en el instante en que fuera recibida por una civilización que viajaba por el espacio. Si los hipotéticos alienígenas estaban tan adelantados, se encontrarían, no con una tentativa de apoderarse de su planeta con la vela de luz como arma, sino con un Mediador enviado en misión pacífica. -Charlie se detuvo a pensar-. Un Mediador accidentalmente muerto. La sonda debía de estar dispuesta de modo que le matase y asi los alienígenas pudiesen descubrir lo menos posible. Tú eres un Amo: ¿no lo harías así?

- ¿Soy también Eddie el Loco, acaso, para lanzar una sonda como ésa...? La estrategia falló. Ahora debemos decirles algo a estos humanos.

-Yo propongo decírselo todo -dijo Charlie-. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Estamos atrapados en nuestras propias mentiras.

- Espera -ordenó Ivan.

Sólo habían pasado segundos, pero Jock estaba normal otra vez. Los humanos le miraban con curiosidad.

- Debemos decir algo importante. Hardy sabe que estamos nerviosos, ¿no es cierto?

- Sí -convino Charlie.

- ¿Qué descubrimiento pudo ponernos tan nerviosos?

- Confía en mí -dijo rápidamente Jock-; quizás podamos salvamos todavía...

-... ¡Adoradores del Demonio! Ya les dijimos que no teníamos enemigos raciales, y es cierto; pero hay una facción religiosa secreta, que convierte en dioses a los Demonios del tiempo. Son malvados, y muy peligrosos. Debieron de apoderarse de la sonda antes de que abandonase el cinturón asteroidal. Secretamente, quizás...

- Entonces ¿los pasajeros de la tripulación estaban vivos? -preguntó Rod. Charlie se encogió de hombros y dijo:

- Eso creo. Debieron de suicidarse. ¿Quién sabe por qué? Puede que pensaran que habíamos inventado un impulsor más rápido que la luz y que estábamos esperando por ellos. ¿Qué hicieron ustedes al aproximarse?

- Enviamos mensajes en la mayoría de las lenguas humanas -contestó Rod-. ¿Cree usted seguro que estuvieran vivos?

- ¿Cómo saberlo? -preguntó Jock-. No se preocupen por ellos -la voz se llenó de desprecio-. No eran representantes adecuados de nuestra raza. Sus rituales incluyen sacrificios de seres inteligentes.

- ¿Y cuántos de estos adoradores del Demonio hay? -preguntó Hardy-. Nunca me hablaron de ellos.

- No estamos orgullosos de su existencia -contestó Jock-. ¿Nos hablaron ustedes de los exteriores? ¿O de los excesos del Sistema Saurón? ¿Les alegra que sepamos que los humanos son capaces de cosas así?

Hubo murmullos de embarazo.

- Maldita sea -dijo Rod-. Así que estaban vivos... después de recorrer toda aquella distancia. -El pensamiento resultaba amargo.

-Veo que están alterados -dijo Jock-. Nos alegramos de que no hablasen con ellos antes de conocernos a nosotros. Su expedición habría sido de un carácter completamente distinto si ustedes hubiesen...

Se detuvo, con un gesto extraño. El doctor Horowitz se había levantado de su asiento y estaba inclinado sobre la pantalla, examinando la imagen de la máquina del tiempo. Accionó

los controles de la pantalla para agrandar una de las estatuillas demoníacas. La silueta de la sonda se desvaneció, dejando la mitad de la pantalla en blanco, luego apareció otra imagen y creció y creció... Una criatura de cara de rata y agudos colmillos acuclillada sobre un montón de escombros.

- ¡Aja! -gritó triunfal Horowitz-. ¡Me preguntaba quién podría ser el antepasado de las ratas! Formas degeneradas de éste...

Se volvió a los pajeños. No había en sus gestos más que curiosidad, como si no hubiese prestado atención a lo que se hablaba antes.

- ¿Y para qué utilizan esta casta? -preguntó-. Son soldados, ¿verdad? Tienen que serlo. ¿Para qué otra cosa podrían servir?

- No. Sólo son mitos.

- Pamplinas. ¿Demonios con armas? Padre Hardy, ¿puede usted imaginar Demonios con rifles desintegradores? -Horowitz accionó de nuevo los controles y apareció otra vez el perfil de la sombra-. ¡Por las barbas de Abraham! Eso no es una estatua. Vamos, admítanlo, es una subespecie pajeña. ¿Por qué ocultarlo? Es fascinante... No he visto nada mejor adaptado para... -la voz de Horowitz se apagó.

- Una casta guerrera -dijo lentamente Ben Fowler-. No me extraña que nos lo ocultaran. ¿Cree usted, doctor Horowitz, que esa criatura es tan prolífica como sabernos que pueden ser los otros pajeños?

- ¿Por qué no?

- Pero les aseguro que los Demonios son seres legendarios -insistió Jock-. El poema. Doctor Hardy, ¿recuerda usted el poema? Esas son las criaturas que hacían caer los cielos...

- Lo creo -dijo Hardy-. Pero no creo que estén extintos. Mantienen ustedes a sus descendientes salvajes en los zoos. Anthony, voy a hacerle una pregunta hipotética: si los pajeños tuviesen una casta muy prolífica dedicada a la guerra; y sus Amos un afán de independencia similar a los leones terrícolas; han tenido varias guerras desastrosas; y están atrapados irremisiblemente en un solo sistema planetario: ¿Cuál es la proyección más lógica de su historia?

Horvath se estremeció. Y los demás lo mismo.

- Como... la MacArthur -contestó con tristeza Horvath-. La cooperación entre Amos cesa cuando la presión demográfica se hace lo suficientemente grave... si es que se trata realmente de una casta actual, David.

- Les aseguro que son demonios legendarios -protestó Jock.

- Creo que no podemos creer todo lo que nos dice -dijo Hardy; había una profunda tristeza en su voz-. No es que haya aceptado siempre todo lo que me decían. Los sacerdotes oímos muchas mentiras. Pero siempre me preguntaba qué estarían ocultando. Habría sido mejor que nos enseñasen algún tipo de fuerzas militares o policiales. Pero no podían, ¿verdad? Eran... -señaló a la pantalla- ésos.

- Rod -dijo el senador Fowler-, pareces muy preocupado.

- Lo estoy, señor. Pensaba lo que sería combatir a una raza que genera guerreros durante diez mil años. Esas cosas deben de estar adaptadas también a la guerra espacial. Si los pajeños adquieren la tecnología del Campo y... Ben, no creo que pudiéramos derrotarles... ¡Sería como intentar luchar contra millones de ciborgs de Saurón! Demonios, ¡un par de miles que tenían fueron capaces de mantener la guerra durante años!

Sally escuchaba desesperada.

- Pero ¿y si Jock dice la verdad? ¿Y si tiene razón? Hubo una casta guerrera, que está extinta ya, y forajidos pajeños... que quieren resucitarla otra vez.

- Es bastante fácil dé descubrir -murmuró Fowler-. Y mejor actuar deprisa, antes de que los Marrones pajeños construyan una flota que pueda detenernos.

- Si no lo han hecho ya -murmuró Rod-. Trabajan muy deprisa. Reconstruyeron la nave embajadora mientras iba al encuentro de la MacArthur. Un cambio completo, sólo entre dos Marrones y algunos Relojeros. Yo creo que el cálculo de amenaza del teniente Cargill puede resultar demasiado prudente, senador.

-Aunque no lo fuese -dijo Renner-, tendríamos de todos modos que contar con todas las naves capitaneadas y controladas por el almirante Kutuzov.

- Exactamente. Está bien, Jock. Ya ve usted nuestra situación -dijo el senador.

- En realidad no. -El pajeño estaba inclinado hacia adelante y resultaba muy extraño.

- Se lo diré más claro. No tenemos recursos para combatir a un millón de individuos que han evolucionado para la guerra. Quizás ganasen y quizás no. Si ustedes siguen conservándolos, es porque los necesitan; su sistema tiene un exceso de población y no puede permitirse mantener bocas inútiles. Si ustedes los necesitan, es porque tienen guerras.

- Comprendo -dijo Jock lentamente.

- No, no comprende -dijo el senador frunciendo el ceño-. Usted sabe algo sobre el sistema Saurón, pero no bastante. Jock, si ustedes los pajeños crían castas guerreras, nuestra especie les identificará con los saurones, y no creo que puedan hacerse idea de lo que les odiaba el Imperio, a ellos y a sus ideas de un superhombre.

- ¿Y qué harán? -preguntó Jock.

- Echar un vistazo a su sistema. Pero mirar bien.

- ¿Y si encuentran guerreros?

- No necesitaremos buscar mucho, ¿verdad? -dijo el senador Fowler-. Sabe usted perfectamente que los encontraremos.

Lanzó un suspiro. Su pausa para pensar fue breve... no más de un segundo. Luego se levantó y se acercó a la pantalla, caminando lentamente, como una apisonadora...

- ¿Qué haremos? ¿No podemos pararle?-gimió Jock. Ivan permanecía tranquilo.

- De nada serviría, y además no podrías hacerlo. Ese soldado no es un guerrero, pero va armado y tiene el arma empuñada. Nos teme.

- Pero.

- Escucha.

- Llamada a la conferencia -dijo Fowler a la telefonista del Palacio-. Quiero hablar con el Príncipe Merrill y con Armstrong, el Ministro de Guerra. Personalmente, y no me importa donde estén. Quiero hablar con ellos inmediatamente.

- Sí, senador -la muchacha era joven, y el tono del senador la asustó. Comenzó a manipular su equipo, y la sala quedó en silencio durante un rato.

El ministro Armstrong estaba en su oficina. Estaba sin túnica y con la camisa desabrochada. Tenía el escritorio lleno de papeles. Alzó los ojos irritado, vio quién llamaba y dijo:

- ¿Sí?

- Un momento -dijo bruscamente Fowler-. Estoy localizando al Virrey para una conferencia en circuito. -Hubo otra larga espera. Llegó Su Alteza; la pantalla mostró sólo una cara. Parecía jadear.

- ¿Sí, senador?

Alteza, ¿ha visto usted mi nombramiento firmado por el Emperador?

- Sí.

- ¿Acepta mi autoridad en todo lo relacionado con los alienígenas?

- Por supuesto.

- Pues como representante de su Majestad Imperial le ordeno que se reúna lo más rápido posible la flota de combate del sector. Pondrá usted al mando de ella, y a espera de mis órdenes, al almirante Kutuzov.

Hubo más silencio en las pantallas. Un parloteo irritante llenó la sala de conferencias. Ben exigió silencio con un gesto imperioso y el parloteo cesó.

- Por pura formalidad, senador -dijo Merrill-. Necesitaré confirmación de esa orden por otro miembro de la Comisión.

- Sí. Rod.

Aquí está, pensó Rod. No se atrevía a mirar a Sally. ¿Una raza de guerreros? ¿Amos

independientes? No podemos permitir que penetren en el sector humano. No duraríamos un siglo.

Los pajeños están paralizados. Saben lo que hemos descubierto. Procreación sin limitaciones y Demonios. Corno en las pesadillas de los niños... Pero me agradan los pajeños. No. En realidad me agradan los Mediadores. No he conocido a los otros. Y los Mediadores no controlan la civilización pajeña. Miró con cautela a Sally. Estaba tan paralizada como los pajeños. Rod respiró profundamente.

Alteza, yo también lo apruebo.

56
Última esperanza

Sus dependencias parecían pequeñas ahora, a pesar de la altura de los techos. Nada había cambiado. Había allí todos los manjares que el Imperio había podido encontrar para meter en su cocina. Con sólo apretar un botón acudirían una docena, un centenar de criados. Los infantes de marina del pasillo eran correctos y respetuosos.

Y estaban atrapados. En algún lugar situado en los extremos del sistema de Nueva Caledonia, en una base llamada Dagda, estaban convocadas todas las naves de guerra del Imperio, y una vez reunidas todas...

- No les matarán a todos -masculló Charlie.

- Claro que sí. -La voz de Jock era un tembloroso gemido.

- Los Guerreros lucharán. La Marina perderá naves. Y estará al mando Kutuzov. ¿Va a arriesgar sus naves para salvar vidas pajeñas? ¡Reducirá nuestro planeta a escoria iridiscente!

- ¿También los asteroides? -gimió Charlie-. Sí. No ha habido un Ciclo en que ambas cosas desaparecieran. ¡Amo, debemos hacer algo! ¡No podemos permitir esto! Si hubiésemos sido sinceros con ellos...

- En ese caso su flota estaría ya de camino, en vez de estar todavía reagrupándose - dijo despectivamente Jock-. ¡Y estábamos tan a punto de conseguirlo! ¡Ya les tenía! - Tres dedos como grandes salchichas se cerraron, en el vacío-. Estaban dispuestos a aceptar, y entonces... entonces... -gimió al borde de la locura, pero retrocedió a tiempo-. Tiene que haber una posibilidad de hacer algo.

- Decírselo todo -dijo Charlie-. ¿Qué daño puede hacer? Ahora nos ven como seres malignos. Al menos podemos explicarles por qué les mentimos.

- Piensa en lo que podemos ofrecerles -ordenó Ivan-. Considera sus intereses y piensa los medios que tienen de protegerlos sin destruir nuestra raza.

- ¿Ayudarles? -preguntó Jock.

- Por supuesto. Ayudarles para librarnos de ellos.

- Es a los Guerreros a quienes temen. ¿Aceptarían los Amos matar a todos los Guerreros? Con eso podríamos entrar en el Imperio.

- ¡Eddie el Loco! -gimió Charlie-. ¿Cuántos Amos guardarían Guerreros escondidos?

- Se ha intentado antes -dijo Ivan-. Piensa otra cosa.

- ¿Podemos hacerles creer que no somos capaces de construir los Campos? - preguntó Charlie.

- ¿Con qué fin? Pronto se enterarían. No. No entrarán de nuevo en nuestro sistema mientras no tengan la flota preparada; y entonces se apoderarán de todo. Una docena de naves de combate. Si esta flota entra en nuestro sistema, los Guerreros lucharán y morirá la especie. No deben enviarla. ¡No DEBEN!

Jack utilizó un idioma medio olvidado, que los Amos no sabían.

- Está casi loco.

-Y nosotros igual -Charlie se estremeció en amarga y silenciosa risa pajeña-. El Amo da pena. Sus miedos son los nuestros, más el miedo a que nosotros nos volvamos locos. Sin nosotros se quedaría mudo, viendo reunirse la flota, incapaz de decir una palabra de protesta.

- ¡Piensa! -ordenó Ivan-. Envían a Kutuzov. Él destruyó un planeta humano... ¿Qué piedad mostrará con alienígenas? ¡Piensa!¡Piensa o la raza está condenada!

Al entrar en la oficina de Rod, Sally le oyó hablar por teléfono. Él no la había visto. Tuvo un instante de vacilación, luego se quedó inmóvil, escuchando.

- De acuerdo, Lavrenti. En la primera etapa debemos centrarnos en la civilización asteroidal. Además, puede que tengan allí su base naval más importante.

- No me gusta dividir la flota -dijo por teléfono una voz de fuerte acento-. Me ha encomendado dos misiones, Lord Blaine. No son compatibles. Caer sobre los pajeños y derrotarles por sorpresa... Sí, eso es posible. Provocar su ataque y contraatacar luego... eso costará vidas y naves que no podemos despreciar.

- Debe planearlo usted así, de todos modos.

- De acuerdo, señor. Mis oficiales me traerán planes preliminares por la mañana. Le enviaré también un cálculo de pérdidas y bajas. ¿Qué oficial me sugiere para poner al mando de la nave que utilizaremos como reclamo, señor? ¿Algún compañero de curso de usted? ¿Un extraño? Espero sus sugerencias.

- ¡Maldita sea!

- Perdone mi impertinencia, señor. Sus órdenes serán cumplidas.

La pantalla quedó oscura. Rod siguió con la mirada fija en su superficie hasta que entró Sally y se sentó frente a él. Las estatuillas de Guerreros estaban clavadas en su pensamiento.

- ¿Oíste?

- Parte... ¿La situación es realmente tan grave?

Rod se encogió de hombros.

- Depende de lo que nos aguarde allí. Una cosa es entrar allí disparando y abrirnos paso a cañonazos y saturar el planeta y los asteroides de fuego. Pero enviar una flota, advirtiendo a los pajeños de lo que nos proponemos, y esperar a que ellos nos ataquen... ¡El primer movimiento hostil podría llegar del cañón láser que lanzó la onda! Ella le miró con tristeza.

- ¿Y por qué tenemos que hacerlo, en realidad? ¿Por qué no podemos simplemente dejarles?

- ¿Para que cualquier día aparezcan por aquí y liquiden a nuestros nietos?

- ¿Por qué tenemos que ser nosotros?

- Nos toca a nosotros. Dime, Sally, ¿crees que podemos dudarlo? ¿Crees que podemos dudar cómo son realmente los pajeños?

- ¡No son monstruos!

- No. Sólo son nuestros enemigos.

Sally movió la cabeza, triste.

- ¿Qué sucederá entonces?

- La flota irá allí. Les pediremos que se rindan al Imperio. Puede que acepten, puede que no. Si lo hacen, descenderán brigadas suicidas para supervisar el desarme. Si luchan contra ellos, la flota atacará.

- ¿Quién... quién aterrizará en Paja Uno? ¿Quién se hará cargo de la...? ¡No! Rod, ¡no puedo permitirte que lo hagas!

- ¿Quién podría ser si no? Yo, Cargill, Sandy Sinclair... Aterrizará allí la antigua tripulación de la MacArthur. Quizás se rindan realmente. Alguien tiene que darles esa oportunidad.

- Rod, yo...

- ¿Podemos casarnos en seguida? Ninguna de nuestras dos familias tiene herederos.

- Inútil -dijo Charlie-. ¡Qué ironía! Hemos estado embotellados millones de años. Y la forma de la botella en que estábamos encerrados ha moldeado nuestra especie para nuestra desgracia. Ahora hemos encontrado la salida y resulta que a través de ella penetra la Marina para arrasar nuestros mundos.

- ¡Qué vividas y poéticas son tus imágenes! -dijo Jock.

- ¡Qué suerte poder disfrutar de tu constructivo consejo! Tu... -Charlie se calló de pronto.

El paso de Jock se había hecho... raro. Pensaba con las manos incómodamente unidas detrás, la cabeza doblada hacia adelante, los pies juntos para ajustar su paso al de los humanos.

Charlie reconoció a Kutuzov. Hizo un gesto perentorio para contener los comentarios de Ivan.

- Necesito una palabra humana -dijo Jock-. Nunca la hemos oído, pero tienen que tenerla. Llama a un criado -ordenó con la voz de Kutuzov, y Charlie se apresuró a obedecer.

El senador Fowler estaba sentado a un pequeño escritorio de la oficina contigua a la sala de conferencias de la Comisión. En la mesa de roble no había más que una botella de whisky. Se abrió la puerta y entró el doctor Horvath. Le miró expectante.

- ¿Bebe? -preguntó Fowler.

- No, gracias.

- Quiere que entremos en materia, ¿verdad? De acuerdo. Su solicitud pidiendo tomar parte en esta Comisión se rechaza. Horvath se quedó rígido.

- Comprendo.

- Lo dudo. Siéntese. -Fowler sacó un vaso del cajón de la mesa y sirvió whisky-. Tome. Coja esto de todos modos. Finja que bebe conmigo. Tony, estoy haciéndole un favor.

- No lo veo de ese modo.

- ¿No? Mire. La Comisión va a exterminar a los pajeños. ¿Qué podría significar eso para usted? ¿Quiere usted asumir una parte de la responsabilidad de esa decisión?

- ¿Exterminar? Pero yo creí que las órdenes decían que se les incluiría en el Imperio.

- Claro. No podemos hacer otra cosa. La presión política es demasiado grande para que podamos simplemente acabar con ellos. Así que tengo que dejar que los pajeños sean los primeros en derramar sangre. Incluyendo al padre de la única heredera que voy a tener. -Fowler apretó los labios-. Lucharán, doctor. Sólo espero que no finjan rendirse al principio, para que Rod tenga una oportunidad. ¿Quiere usted realmente participar en eso?

-Ya veo... creo que entiendo. Gracias.

- De nada. -Fowler buscó en su túnica y sacó una cajita; la abrió un segundo para mirar dentro, la cerró y se la entregó a Horvath-. Tome. Es suyo.

El doctor Horvath abrió la caja y vio un anillo con una gran piedra verde.

- Puede usted grabar una corona de barón ahí el próximo aniversario -dijo Fowler-. ¿Contento?

- Sí. Mucho. Gracias, senador.

- No es necesario que dé las gracias. Es usted un buen hombre, Tony. Bien, entremos y veamos qué quieren los pajeños.

La sala de conferencias estaba casi llena. Los comisionados, los científicos de Horvath, Hardy, Renner... y el almirante Kutuzov.

El senador Fowler tomó asiento.

- Señores comisionados, representantes de Su Majestad Imperial, queda abierta la sesión. Anoten sus nombres y organizaciones. -Hizo una breve pausa y escribieron todos en sus computadoras-. Los pajeños han solicitado esta reunión. No dijeron por qué. ¿Alguien tiene algo que decir antes de que vengan ellos? ¿No? Está bien, Kelley, hágales pasar.

Los pajeños ocuparon silenciosamente sus puestos al final de la mesa. Parecían muy distantes; sus gestos imitando a los humanos habían desaparecido. Aún persistían las sonrisas permanentes y llevaban el pelo muy peinado, suave y brillante.

- Hablen ustedes -dijo el senador-. He de advertirles que es poco probable que creamos lo que nos digan.

- No habrá más mentiras -dijo Charlie.

Incluso la voz era distinta; el Mediador parecía remoto y extraño, y su voz no era una mezcla de todas las voces que los pajeños habían oído, sino que tenía un tono distinto... Rod no podía localizarlo. No era un acento. Era casi la perfección, casi un ánglico ideal.

- Se acabó el tiempo de las mentiras. Mi Amo era partidario de que fuésemos sinceros desde el principio, pero la jurisdicción sobre las negociaciones con los humanos correspondió al Amo de Jock. Lo mismo que su Emperador les dio esta jurisdicción a ustedes.

- Lucha de facciones, ¿eh? -dijo Fowler-. Lástima que no conociéramos a su jefe. Ya es un poco tarde, ¿verdad?

- Puede. Pero ahora le representaré a él. Pueden llamarle si quieren Rey Pedro; los guardiamarinas le llamaban así.

- ¿Qué? -Rod se levantó y la silla cayó hacia atrás y resonó en el suelo-. ¿Cómo?

- Poco antes de que los mataran los Guerreros -contestó Charlie-. Atacarme a mí no les proporcionará ninguna información, señores; y no fueron los Guerreros de mi Amo los que les mataron. Los que lo hicieron tenían órdenes de cogerles vivos, pero los guardiamarinas no quisieron rendirse.

Rod levantó lentamente su silla y volvió a sentarse.

- No. Horst no lo haría nunca -murmuró.

- Ni tampoco Whitbread. Ni Potter. Puede estar usted todo lo orgulloso que quiera de ellos, Lord Blaine. Su comportamiento final se ajustó a las mejores tradiciones del servicio Imperial. -No había rastro de ironía en la voz alienígena.

- ¿Y por qué mataron ustedes a esos muchachos? -preguntó Sally-. Rod, lo siento, yo... Lo siento, eso es todo.

- No fue culpa tuya. La señora le hizo una pregunta, Charlie.

- Habían descubierto nuestro secreto. Sus botes de aterrizaje les dejaron cerca de un museo. No era ninguno de los lugares de diversión que les permitimos visitar a ustedes. Este tiene un objetivo más serio.

Charlie siguió hablando, reposadamente. Describió el museo y el combate, la huida a través de Paja Uno, el inicio de la guerra entre facciones pajeñas y el aterrizaje en la calle junto al Castillo. Contó la lucha final.

- Mis propios Guerreros perdieron -concluyó-. Si hubiesen ganado, el Rey Pedro habría enviado otra vez con ustedes a las guardiamarinas. Pero una vez muertos... pareció más aconsejable intentar engañarles.

- ¡Dios mío! -murmuró Rod-. Así que ése es su secreto. Y nosotros teníamos todas las claves, pero...

Alguien murmuraba al otro lado de la habitación. El capellán Hardy.

- Réquiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua...

- ¿Cómo demonios pensaron que iba a ayudarles contar esto? -preguntó el senador Fowler.

Charlie se encogió de hombros y dijo:

- Si van ustedes a exterminarnos, es mejor que sepan por qué. Intento explicarles que los Amos no se rendirán. El Rey Pedro tal vez lo haría, pero no controla Paja Uno, y mucho menos la civilización asteroidal. Alguien luchará.

- Como yo predije, señores -dijo Kutuzov-. Y los hombres y las naves enviados para aceptar la rendición perecerán. Y puede que también la flota. Si entramos en el sistema pajeño, debe ser para atacar desde el principio.

-Vaya -murmuró el senador Fowler-. Ya entiendo. Usted cree que no podemos ordenar un ataque sin provocación, y que quizás no enviaremos una misión suicida primero. Pues bien, nos ha interpretado mal, Charlie. Quizás me cueste la cabeza, pero me ha convencido usted únicamente de que tengo que dejar al almirante que siga su plan. Lo siento, padre, pero veo las cosas así.

La voz del senador retumbó en la sala.

-Almirante Kutuzov. Tendrá su flota dispuesta y no aceptará ningún comunicado de ninguna fuente sin previa aprobación mía. Y quede claro que digo cualquier fuente. ¿Entendido?

- Perfectamente, senador. -Kutuzov se llevó a los labios un comunicador-. Mijailov, Da. -Habló en sílabas fluidas-. Hecho, senador.

- No he acabado -dijo Charlie-. Tienen ustedes otra alternativa.
- ¿Y cuál es? -preguntó Fowler.
- El bloqueo.

57
Todas las artes de la traición

Llevaban largo rato en el balcón de la suite de Rod. Llegaban flotando hasta ellos ruidos apagados de una ciudad después del oscurecer. El Hombre Encapuchado se elevaba en lo alto del cielo, mirándoles con indiferencia con su ojo rojizo: dos amantes humanos, que enviarían escuadrones de naves al propio Ojo y las mantendrían allí, hasta que murieran también...

- No parece muy grande -murmuró Sally. Apoyó la cabeza en el hombro de Rod y sintió que los brazos de éste la rodeaban-. Sólo una mancha amarilla en el Ojo de Murcheson. ¿Resultará, Rod?

- ¿El bloqueo? Seguro. Estudiamos el plan en el cuartel de operaciones de la flota. Lo proyectó Jack Cargill: un escuadrón dentro del Ojo mismo para aprovechar el momento de desconcierto después del salto. Los pajeños no saben de eso, y en el mejor de los casos sus naves tardarán minutos en volver a estar bajo control. Si intentasen enviarlas con control automático, sería peor incluso.

Sally se estremeció de nuevo.

- Eso no era realmente lo que yo quería decir. ¿Crees que resultará... todo el plan?

- ¿Qué alternativa tenemos?

- Ninguna. Me alegro de que estemos de acuerdo. No podría vivir contigo si... no podría, eso es todo.

- Sí. Y esto me hace agradecer a los pajeños que nos hayan sugerido este plan, porque no podemos dejarles salir de allí. Sería una plaga galáctica...

Y sólo hay dos remedios para este tipo de plagas. Cuarentena y exterminio. Al menos tenemos una elección.

- Ellos... -se detuvo y le miró-. Me da miedo hablar contigo de ello. Rod, no podría vivir conmigo misma si tuviéramos que... si el bloqueo no funcionase.

Él no dijo nada. De los terrenos de Palacio brotó una risa. Parecía la risa de un niño.

- Ellos podrán vencer a ese escuadrón de la estrella -dijo Sally. Su voz parecía rígidamente controlada.

- Seguro. Y pasar las minas que ha proyectado Sandy Sinclair también. Pero ¿adonde pueden ir, Sally? Sólo hay una salida del sistema del Ojo, no saben dónde está, y habrá allí un grupo de combate esperando si lo encuentran. Entre tanto, estarán dentro de una estrella. No podrán descargar energía. Probablemente sufran daños en la nave. Lo hemos pensado todo detenidamente. El bloqueo es seguro. Si no, no lo aprobaría.

Ella se tranquilizó de nuevo reclinando la cabeza sobre el pecho de él. El la rodeó con sus brazos. Contemplaron al Hombre Encapuchado y su ojo imperfecto.

- No saldrán -dijo Rod.

-Y aún seguirán atrapados. Después de un millón de años... ¿Cómo seremos nosotros dentro de un millón de años? -se preguntó-. ¿Como ellos? Hay algo esencial que no entendemos en los pajeños. Una idea fatalista que ni siquiera puedo comprender. Después de unos cuantos fracasos pueden incluso simplemente... ceder.

Rod se encogió de hombros y dijo:

- De todos modos, mantendremos el bloqueo. Luego, dentro de unos cincuenta años, entraremos a ver cómo están las cosas. Si han sufrido un colapso tal como predice Charlie, podremos integrarles en el Imperio.

- ¿Y luego qué?

- No sé. Tendremos que pensar algo.

- Sí. -Se apartó de él y se volvió nerviosa-. ¡Ya sé! Rod, tenemos que considerar

realmente el problema. Por los pajeños. Podemos ayudarles. El la miró interrogante.

- Creo que es probable que los mejores cerebros del Imperio estén trabajando ya en eso.

- Sí, pero para el Imperio. No para los pajeños. Necesitamos... un Instituto. Algo controlado por gente que conozca a los pajeños. Algo ajeno a la política. Y nosotros podemos hacerlo. Somos lo suficientemente ricos...

- ¿Eh?

- No podemos gastar ni la mitad de lo que tenemos entre los dos.

Pasó por delante de él y entró en la suite, la cruzó y luego cruzó el pasillo hasta la suya. Rod la siguió y vio que buscaba entre los regalos de boda que llenaban la gran mesa de teca rosa que había en el vestíbulo. Lanzó un gruñido de satisfacción al encontrar su computadora de bolsillo.

Ahora, ¿debería estar irritado?, pensó Rod. Creo que sería mejor aprender a ser feliz cuando ella lo es. Tendré mucho tiempo para hacerlo.

- Los pajeños han estado trabajando en su problema mucho tiempo sin poder resolverlo -le recordó. Ella le miró con leve irritación.

- Bah. Ellos no ven las cosas como nosotros. Fatalismo, ¿recuerdas? Y nadie les ha obligado a adoptar soluciones que no inventen ellos. -Se echó hacia atrás y garrapateó unas notas-. Necesitaremos a Horowitz, desde luego. Y él dice que hay un tipo muy bueno en Espada; tendremos que enviar por él, y el doctor Hardy. También le aceptaremos.

La miró con asombro.

- Cuando te pones a andar, sabes hacerlo. -Y será mejor que lo haga también contigo si he de tenerte a mi lado toda la vida, dando vueltas. Me pregunto cómo será vivir con un torbellino-. Tendrás al padre Hardy si quieres. El cardenal lo ha asignado al problema pajeño... y creo que Su Eminencia tiene pensado algo aún más importante para él. Hardy podría haber sido obispo hace mucho, pero no tiene la cuota normal de mitrosis. Pero no creo que tenga elección. Es el primer delegado apostólico ante una raza alienígena, o algo parecido.

- Entonces la dirección seremos tú y yo, el doctor Horvath, el padre Hardy e Ivan.

- ¿Ivan? -¿Por qué no? Ya que hacemos esto, bien podemos hacerlo bien. Necesitaremos un buen director ejecutivo. Sally no sirve como administradora, y yo no tendré tiempo. Horvath quizás-. Sally, ¿tú sabes en qué situación estamos? Me refiero al problema biológico: como convertir una hembra en macho sin preñez o esterilidad permanente. Pero aunque encontrases algo, ¿cómo convencer a los pajeños de que lo usen?

En realidad ella no le escuchaba.

- Encontraremos un medio. Somos muy buenos gobernando...

- ¡Si apenas somos capaces de gobernar un Imperio humanal

- Pero lo hacemos, ¿no es cierto? De un modo u otro lo hacemos.

Empujó a un lado unos paquetes para hacer más sitio. Casi se cae una caja grande y Rod tuvo que cogerla mientras Sally continuaba escribiendo notas en el banco de memoria de su computadora.

-Ahora dime, ¿cuál es el código de Hombres imperiales y mujeres científicas? -preguntó-. Hay un hombre de Beiji que ha hecho algo muy bueno en ingeniería genética, y no recuerdo su nombre...

-Yo te lo miraré. Pero con una condición.

- ¿Cuál? -le miró curiosa.

- Que acabes con esto la semana próxima, porque, Sally, si llevas la computadora de bolsillo en nuestra luna de miel, tiraré ese maldito chisme al convertidor de masa.

Ella se rió, pero Rod no se quedó nada tranquilo. Oh. En fin. Las computadoras no eran caras. Podía comprarle una nueva cuando volvieran. Podía hacer un trato con Bury; podría necesitar computadoras en cantidades industriales si pretendían tener una familia...

Horace Bury siguió a los infantes de marina a través del palacio, ignorando ostentosamente a los otros infantes de marina que le seguían. Su expresión era tranquila, y sólo un estudio detenido de sus ojos podía indicar la desesperación que lo acongojaba.

Sea la voluntad de Alá, suspiró, y se preguntó por qué ya no rezaba aquel conjuro. Quizás allí hubiese consuelo en la sumisión... nada más había que le consolase. Los infantes de marina llevaron también a su criado y todo su equipaje a la nave de desembarco, y luego le separaron de Nabil en el tejado de Palacio. Antes de que lo hicieran, Nabil le había susurrado el mensaje: la confesión de Jonas Stone estaba a punto de llegar a Palacio.

Stone aún seguía en Nueva Chicago, pero lo que les había contado a los del servicio secreto de la Marina era lo suficientemente grave como para enviar un mensaje especial. El que había informado a Nabil no sabía lo que había dicho el dirigente rebelde, pero Bury sí, era como si conociese ya el contenido del mensaje. Sería un mensaje breve, con la orden de condenar a la horca a Horace Bury.

Así que esto es el fin. Contra la traición el Imperio actúa de prisa: unos cuantos días, unas semanas. No más. No hay posibilidad de escapar. Los infantes de marina son correctos, pero están muy alerta. Les han avisado, y hay muchos, demasiados. Podría sobornar a uno, pero no cuando están mirando sus compañeros.

Sea la voluntad de Alá. Pero es una lástima. Si yo no hubiese tenido tanta relación con los alienígenas, si no hubiese hecho el trabajo del Imperio con los mercaderes, habría podido escapar fácilmente. Levante es grande. Pero tendría que haber abandonado Nueva Escocia, y es aquí donde se tomarán las decisiones... ¿Qué sentido tiene escapar cuando los alienígenas pueden destruirnos a todos?

El sargento le condujo a una elegante sala de conferencias y abrió la puerta para dejarle pasar. Luego, incomprensiblemente los guardias se retiraron. Quedaron con él en la habitación sólo dos hombres.

- Buenos días, señor -dijo Bury a Rod Blaine. Sus palabras fueron lisas y suaves, pero sentía la boca seca y un picor al fondo de la garganta al inclinarse ante otro hombre.

- No he sido presentado al senador Fowler, pero su cara es conocida en todo el Imperio. Buenos días, senador.

Fowler cabeceó sin levantarse de su asiento en la gran mesa de conferencias.

- Buenos días, Excelencia. Me alegro de que haya venido. Siéntese, ¿quiere? - señaló un lugar frente a él.

- Gracias. -Bury ocupó la silla indicada. Luego se asombró aún más cuando Blaine trajo café. Bury olisqueó detenidamente y reconoció que se trataba de una muestra que él había enviado al chef de Palacio para Blaine. En el nombre de Alá. Están jugando conmigo, pero ¿con qué fin? Sintió rabia y miedo, pero ninguna esperanza. Y una risa burbujeante y salvaje se alzó en su pecho.

- Bueno, creo que podemos empezar, Excelencia -dijo Fowler.

Hizo una seña y Blaine activó una pantalla. Aparecieron los rasgos voluminosos de Jonas Stone perfilados en la elegante sala de conferencias. Le corría el sudor por la frente y por las mejillas, y la voz de Stone atronaba y suplicaba alternativamente.

Bury escuchaba impasible, con un gesto de desprecio hacia Stone por su debilidad. No había ninguna duda: la Marina tenía pruebas de sobra para que le dieran muerte por traidor. Aun así, la sonrisa no se retiraba de los labios de Bury. No les daría ninguna satisfacción. El no suplicaría.

Por fin la proyección terminó. Fowler hizo una seña y el dirigente rebelde desapareció de la pantalla.

- Nadie más que nosotros tres ha visto esto, Excelencia -dijo Fowler. ¿Cómo que no? Pero ¿qué quieren? ¿Es que me queda alguna esperanza?

- No creo que haya nada que discutir -continuó el senador-. Yo preferiría hablar de los pajeños.

-Ah -dijo Bury.

La exclamación casi se le quedó clavada en la garganta. ¿Y deseas pactar, o estoy definitivamente condenado a morir? Tragó unos sorbos de café para humedecerse la garganta antes de hablar.

- Estoy seguro de que el senador comprende mi punto de vista. Considero a los pajeños

la mayor amenaza con que se haya enfrentado la Humanidad. -Miró a los dos hombres que estaban frente a él, pero nada podía leer en sus caras.

- Estamos de acuerdo -dijo Blaine.

Rápidamente, mientras la esperanza comenzaba a brillar en los ojos de Bury, Fowler añadió:

- No hay mucho que discutir al respecto. Están atrapados en un estado permanente de explosión demográfica seguida de guerra total. Si alguna vez logran salir de su sistema... Bury, han desarrollado una subespecie de soldado que dejaría chiquitos a los saurones. Demonios, usted los ha visto.

Blaine accionó su computadora de bolsillo y apareció otra imagen: la escultura de la máquina del tiempo.

- ¿Esos? Pero mi pajeña dijo que... -Bury se paró como comprendiendo de pronto algo. Luego se echó a reír: la risa de un hombre que no tiene nada que perder-. Mi pajeña,

- Exactamente -dijo el senador-. No puedo decir que tengamos mucha confianza en su pajeña. Bury, con que salieran de allí las miniaturas, podríamos perder mundos enteros. Se reproducen como bacterias. Sería imposible detenerlas. Pero usted ya lo sabe.

- Sí.

Bury se tranquilizó con dificultad. Se le suavizó la cara, pero detrás de sus ojos había miríadas de resplandecientes ojillos. ¡Esplendor de Alá! ¡Estuve a punto de traerlos yo mismo! Alabanza y gloria al Misericordioso...

- Maldita sea, deje de temblar -ordenó Fowler.

- Disculpe. Supongo que sabrá de mi encuentro con las miniaturas.

- Miró a Blaine y envidió su calma externa. Las miniaturas no debían resultarle menos desagradables que a él al capitán de la MacArthur-. Me complace saber que el Imperio reconoce los peligros.

- Sí. Vamos a bloquear a los pajeños. A embotellarlos en su propio sistema.

- ¿No sería preferible exterminarlos mientras podamos? -preguntó Bury quedamente. Su voz era tranquila, pero sus ojos relampagueaban.

- ¿Cómo?

- Habría dificultades políticas, desde luego. Pero yo podría encontrar hombres que organizasen una expedición a Paja Uno, y si se les diesen las órdenes adecuadas... Fowler hizo un gesto de rechazo.

- Si fuese necesario yo también dispongo de agentes provocadores propios.

- Los míos serían de mucho menos valor.

Bury miró significativamente a Blaine!

- Sí. -Fowler calló por un momento, y Blaine se puso visiblemente rígido; luego, el senador continuó-: De cualquier modo, comerciante, hemos decidido utilizar el bloqueo. El gobierno ya tiene bastantes problemas sin necesidad de exponerse a que le acusen ahora de genocidio. Además, no me gusta mucho la idea de realizar un ataque contra seres inteligentes sin que medie provocación. Lo haremos así.

- Pero ¡y la amenaza! -Bury se inclinó hacia adelante, sin reprimir el fanático brillo de sus ojos. Sabía que estaba cerca de la locura, pero ya no le preocupaba-. ¿Piensa usted que ha encerrado al djinn porque el corcho vuelve a estar en la botella? ¿Y si otra generación no ve a los pajeños como nosotros? ¿Y si dejan suelto al genio otra vez? ¡Loado sea Alá! Imagínense que vengan. Que se extiendan por el Imperio, mandados por cosas como ésas y que piensen como el almirante Kutuzov... Guerreros especializados, semejantes a los hijos de la muerte de Saurón... ¿y quieren dejarles vivos? Les digo que debemos destruirlos...

¡No! Los hombres nunca se dejan convencer simplemente porque deban creer. No escuchan cuando... Se relajó visiblemente.

-Veo que han tomado una decisión. ¿En qué puedo ayudarles?

- Creo que ya nos ha ayudado -dijo Blaine; alzó su café y bebió-. Y gracias por el regalo.

- El bloqueo es una de las operaciones navales más caras que existen -musitó Fowler-.

Nunca ha sido muy popular.

-Ah -Bury sintió que la tensión se apagaba en su interior; le dejarían con vida, pero le necesitaban... quizás pudiese conservar mucho más que la vida-. Están preocupados por la Asociación de Comerciantes Imperiales.

- Exactamente. -La expresión de Fowler era sincera.

Alivio. Por esto construiré una mezquita. Haría a mi padre inmensamente feliz, y ¿quién sabe? Quizás exista Alá después de todo. Aquella risa burbujeante aún seguía en el interior de su garganta, pues sabía que si empezaba a reír nunca podría parar.

- He indicado ya a mis colegas las desventajas de un mercado libre con los pajeños. He tenido cierto éxito en esto, aunque hay demasiados comerciantes que son como el vecino que siguió a Aladino a la cueva del Mago. El sueño de riquezas sin límites brilla más que el pozo negro de la amenaza y del peligro.

- Sí. Pero ¿puede usted controlarlos? ¿Descubrir a los que intenten sabotearnos y desbaratar sus planes? Bury se encogió de hombros.

- Con cierta ayuda. Será muy caro. Supongo que tendré que utilizar fondos secretos... Fowler sonrió malévolamente.

- Rod, ¿qué más dijo Stone? ¿No dijo algo sobre...?

- No será necesario sacar a colación otra vez a ese hombre -dijo Bury-. Creo que tengo riquezas suficientes.

Se estremeció. ¿Qué sacaría él en limpio de aquello? Fowler quizás se propusiese arruinarle.

- Si algo exigiese recursos superiores a los míos...

- Hablaremos luego de eso -dijo Fowler-. Habrá casos en que sea así. Por ejemplo, este bloqueo va a absorber muchos de los recursos que Merrill pensaba aplicar a la unificación de Trans-Saco de Carbón. Ahora bien, me parece que un comerciante listo podría tener contactos entre los rebeldes. Podría incluso convencerles de nuestro punto de vista. Yo no sé cómo resultaría el asunto, claro.

- Comprendo.

- Pensé que usted podría hacerlo. Rod, coge esa cinta de Stone y colócala en un lugar seguro. No creo que volvamos a necesitarla.

- De acuerdo. -Rod manipuló su computadora de bolsillo. La máquina ronroneó: una música que inauguraba un nuevo tipo de vida para Horace Bury.

No habrá evasiones, pensó Bury. Fowler aceptará sólo resultados, no excusas; y mi vida estará en juego en esta aventura. No será fácil cumplir el papel de agente político de este hombre. Sin embargo, ¿qué elección tengo? En Levante no podría más que esperar lleno de miedo. Al menos así sabré lo que se trata con los pajeños... y quizás cambie su política también.

- Una cosa más -dijo el senador. Hizo un gesto y Rod Blaine fue a la puerta de la oficina. Entro Kevin Renner.

Era la primera vez que veían todos ellos al piloto jefe vestido de civil. Renner había elegido unos pantalones a cuadros escoceses y una túnica aún más chillona. Su faja era de un material parecido a la seda que parecía natural pero probablemente fuese sintético. Botas blandas, joyas; en suma, parecía uno de los capitanes mercantes de éxito de Bury. Comerciante y piloto se miraron asombrados.

-A sus órdenes, señor -dijo Renner.

- Un poco prematuro, ¿no es cierto, Kevin? -preguntó Rod-. No cesa usted en la Marina oficialmente hasta esta tarde. Renner sonrió.

- Pensé que no les importaría. Y no creo que tenga importancia. Buenos días, Excelencia.

Ah, conoce usted al comerciante Bury -dijo Fowler-. Me alegro de ello, pues van a verse mucho a partir de ahora.

- ¿Qué? -Renner se puso muy nervioso.

- El senador quiere decir -explicó Rod- que debe pedirle un favor. Kevin, ¿recuerda

usted los términos de su alistamiento?

- Desde luego.

- Cuatro años, o la duración de una emergencia imperial de primera clase, o la duración de una guerra oficial -dijo Rod-. Ah, por cierto, el senador ha declarado la situación pajeña emergencia de primera clase.

- ¡Un momento! -gritó Renner-. ¡No pueden hacerme esto!

- Claro que puedo -dijo Fowler.

Renner se hundió en la silla.

- Oh, Dios mío. Bueno, ustedes saben más que yo de todo esto.

-Aún no lo hemos hecho público -dijo el senador Fowler-. No queríamos asustar a nadie. Pero a usted se lo notificamos ahora oficialmente. -Fowler esperó a que Renner lo asimilara-. Por supuesto, podríamos tener una alternativa para usted.

- Gracias.

- Le incomoda mucho, ¿verdad? -dijo Rod. Estaba contento. Renner le odiaba.

- Nos hizo usted un buen trabajo, Renner -dijo Fowler-. El Imperio está agradecido.

Yo estoy agradecido. Sabe, yo traje un puñado de nombramientos imperiales en blanco cuando vine... ¿Le gustaría a usted ser Barón en el próximo aniversario?

- ¡Ni hablar! ¡Yo no! ¡Yo no quiero ser un aristócrata!

- Pero supongo que los privilegios le resultarían atractivos -dijo Rod.

- ¡Maldita sea! Debería haber esperado hasta mañana para traer al senador a su habitación. Sabía que habría sido mejor esperar. No, señor, no convertirá usted a Kevin Renner en un aristócrata. Aún me queda mucho universo que explorar. Necesito tiempo para trabajar...

- Podría estropear su vida despreocupada -dijo el senador Fowler-. De todos modos, no sería tan fácil de arreglar. Envidia y cosas parecidas.

Pero usted es demasiado útil, señor Renner, y estamos en una emergencia de primera clase.

- Pero... pero...

- Capitán de una nave civil -dijo Fowler-. Con un título de nobleza. Y que tiene experiencia del problema pajeño. No hay duda, es usted exactamente lo que necesitamos.

-Yo no tengo ningún título de nobleza.

- Lo tendrá. Eso no podrá rechazarlo. El señor Bury insistirá en que su piloto personal tenga al menos la San Miguel y la San Jorge. ¿No es así, Excelencia?

Bury pestañeó. Era inevitable que el Imperio asignara hombres para vigilarle, y querían a un hombre que pudiese hablar con los capitanes mercantes. Pero aquel... ¿Arlequín? Por las barbas del profeta, aquel tipo sería insufrible... Horace suspiró ante lo inevitable. Al menos era un Arlequín inteligente. Quizás le fuese útil, incluso.

- Creo que Sir Kevin sería un hombre admirable para dirigir mi nave personal -dijo Bury suavemente; había sólo un levísimo rastro de disgusto en su voz-. Bienvenido a Autonética Imperial, Sir Kevin.

- Pero...

Renner miró a su alrededor como pidiendo ayuda, pero no había nadie. Rod Blaine tenía en la mano un papel... ¿Qué era? ¡El licénciamiento de Renner! Mientras Kevin observaba, Blaine fue rompiendo el documento.

- ¡Está bien, maldita sea! -Renner no podía esperar piedad de ellos-. ¡Pero como civil!

- Por supuesto -aceptó Fowler-. Bueno, desempeñará usted una misión del servicio secreto de la Marina, pero no se sabrá.

- ¡Por el ombligo de Dios! -la frase sorprendió a Bury. Renner rió entre dientes-. ¿Qué pasa, Excelencia? ¿Dios no tiene ombligo?

- Preveo un futuro interesante -dijo suavemente Bury-. Para ambos.

58

Y quizás el caballo cante

El sol brillaba resplandeciente en el techo de Palacio. Nubes increíblemente blancas cruzaban el cielo, pero en la cubierta de aterrizaje sólo se apreciaba una ligera brisa. El sol era cálido y suave.

Un almirante y dos capitanes estaban a la entrada de un bote de aterrizaje. Frente a ellos había un pequeño grupo de civiles, tres alienígenas con grandes gafas oscuras y cuatro infantes de marina armados. El almirante ignoró ostentosamente a los pajeños y a su escolta y se inclinó dirigiéndose a los civiles.

- Perdone, señora. Señor. Parece que no podrá estar presente en la boda. No es que crea que vayan a echarme de menos, pero lamento llevarme a sus amigos tan pronto. - Indicó a los dos capitanes y se inclinó de nuevo-. Les dejo despedirse.

- Buena suerte, almirante -dijo Rod-. Buena suerte.

- Gracias, señor -dijo Kutuzov. Se volvió y entró en el bote.

- Nunca entenderé a este hombre -dijo Sally.

- Tiene usted razón. -La voz de Jock era fuerte y real.

Sally miró al alienígena sorprendida, antes de volverse a los otros oficiales. Extendió la mano.

- Buena suerte, Jock. Sandy.

- Igual digo, Sally. -Cargill miró la placa de su manga; la insignia de capitán era brillante y nueva-. Gracias por proporcionarme una nave, Rod. Creí que iba a estar sepultado en Operaciones de Combate eternamente.

- Dé las gracias al almirante -contestó Rod-. Yo les recomendé, pero fue él quien decidió. Sandy será el que tenga que sudar. Va destinado a la nave insignia. Sinclair se encogió de hombros y dijo:

- Como ingeniero de la flota, espero pasar con el tiempo a otras naves -dijo-. El mejor punto de observación será el Ojo. Estaré con ese tal Sassenach, y no es mala cosa. Espero no tener que desmontar su nave.

Cargill le ignoró.

- Siento perderme la boda, Sally. Sin embargo, me propongo hacer uso de un privilegio que se concede a los invitados. -Se inclinó hacia adelante y rozó la mejilla de Sally con sus labios-. Si te cansas de él, hay otros capitanes en la Marina.

- Sí -añadió Sinclair-. Y mi nombramiento se firmó dos minutos antes que el de Cargill. Te olvidas de esto, Jack.

- ¿Cómo iba a olvidarme? Recuerda que mi nave es la Patton. Será mejor que nos vayamos, capitán. Basta de despedidas. Buenos días, Jock. Charlie. -Cargill vaciló, luego saludó torpemente.

-Adiós -respondió Charlie. Ivan gorjeó, y Jock añadió-: El Embajador les desea buena suerte.

- Me gustaría estar seguro de que es verdad -dijo Cargill.

- Por supuesto que le deseamos buena suerte -dijo Charlie-. Queremos que se sienta usted seguro.

Cargill se volvió pensativo. Subió a bordo del vehículo. Sinclair le siguió y se cerró la entrada. Vibraron los motores, y humanos y pajeños retrocedieron a un cobertizo. Observaron en silencio cómo el vehículo se elevaba de la azotea y se desvanecía en el cielo luminoso.

- Resultará -dijo Jock.

- Lee usted el pensamiento, ¿verdad? -dijo Rod. Miró de nuevo al cielo pero sólo pudo ver nubes.

- Claro que resultará -dijo Sally.

- Creo que por fin les entiendo a ustedes los humanos -les dijo Charlie-. ¿Han leído alguna vez sus propias historias antiguas?

Rod y Sally miraron asombrados al pajeño.

- No.

- El doctor Hardy nos enseñó un pasaje clave -dijo Charlie.

Cuando llegó el ascensor, guardó silencio. Entraron dos infantes de marina, y después lo hicieron pajeños y humanos, y Charlie continuó la historia, como si no estuviesen presentes los guardias armados.

- Uno de sus escritores más antiguos, un historiador llamado Herodoto, cuenta la historia de un ladrón condenado a muerte. Cuando se lo llevaban hizo un trato con el rey: en un año enseñaría a cantar himnos al caballo favorito del monarca.

- ¿Sí? -dijo Sally. Parecía desconcertada y miraba ansiosamente a Charlie. Él parecía bastante tranquilo, pero el doctor Hardy decía que estaba preocupado por los alienígenas...

- Los otros prisioneros veían al ladrón cantándole al caballo y se reían. «No lo conseguirás», le decían. «Es imposible.» A lo que el ladrón contestaba: «Dispongo de un año, y quién sabe lo que puede pasar en ese tiempo. Podría morir el rey. Podría morir el caballo. Podría morir yo. Y quizás el caballo aprenda a cantar».

Hubo una risa cortés.

- No lo conté muy bien -dijo Charlie-. De todos modos, no pretendía ser irónico. Esa historia me hizo comprender al fin hasta qué punto son distintos a nosotros ustedes los humanos.

Hubo un embarazoso silencio. Cuando el ascensor se paraba, Jock preguntó:

- ¿Cómo va su Instituto?

- Muy bien. Ya hemos enviado a por algunos de los directores de departamento. -Se rió, nerviosa-. Tengo que trabajar deprisa: Rod no me dejará pensar en el Instituto después de la boda. Vendrán ustedes, supongo.

Los Mediadores se encogieron de hombros al unísono, y uno miró a los infantes de marina.

- Nos encantaría que nos dejasen asistir -contestó Jock-. Pero no tenemos nada que regalarle. No hay aquí ningún Marrón para hacerlo.

- No se preocupen por eso -dijo Rod. La puerta del ascensor se abrió, pero ellos esperaron a que los dos infantes de marina inspeccionaran el pasillo.

- Gracias por permitirme conocer al almirante Kutuzov -dijo Jock-. Tenía ganas de hablar con él desde que nuestra nave embajadora voló hasta la MacArthur.

Rod miró a los alienígenas asombrado. La conversación de Jock con Kutuzov había sido breve, y una de las preguntas más importantes que había hecho el pajeño era: «¿Le gusta el té con limón?».

Son tan condenadamente civilizados y afables, que tendrán que pasar los pocos años que les quedan de vida bajo guardia mientras la oficina de información les insulta a ellos y a su raza. Hemos contratado incluso a un escritor para que narre las últimas horas de vida de mis guardiamarinas.

- No tiene que agradecérmelo -dijo Rod-. Nosotros...

- Sí. Ustedes no pueden dejarnos volver a nuestro planeta, volver a casa -la voz de Charlie se convirtió en la de un joven de Nueva Escocia-. Sabemos demasiado de los humanos.

Hizo un gesto suave a los infantes de marina. Dos caminaban delante y entraron en el vestíbulo, y los pajeños les siguieron. Los otros iban detrás, muy cerca, y el desfile cruzó el pasillo hasta que llegaron a las habitaciones de los pajeños. La puerta del ascensor se cerró suavemente.

Epílogo

La Defiant estaba casi inmóvil en el espacio en los bordes exteriores del sistema Murcheson. Había otras naves agrupadas alrededor de ella en formación de combate, y hacia estribor colgaba la Lenin como un huevo negro e hinchado. La mitad de la flota de combate por lo menos estaba siempre alerta, y en algún punto, abajo, en el infierno ardiente del Ojo, giraban esperando otras naves. La Defiant acababa de completar una gira con el Escuadrón Eddie el Loco.

Este término era casi oficial. Los hombres solían usar muchos términos pajeños. Cuando un hombre ganaba mucho al poker, era probable que gritase «¡Fyunch(click)!», y sin embargo, pensaba el capitán Herb Colvin, la mayoría de nosotros nunca vimos un pajeño. Apenas vimos sus naves: sólo objetivos, sin capacidad de resistencia después de la transición.

Unos cuantos habían conseguido salir del Ojo. Pero todos habían resultado derrotados hasta tal punto que las naves no podían seguir navegando. Siempre había tiempo de sobra para avisar a las naves que estaban fuera del Ojo de que se acercaba otra nave pajeña... si el Ojo no la había liquidado primero.

Las últimas naves habían surgido del punto de Eddie el Loco a velocidades iniciales de unos mil kilómetros por segundo. ¿Cómo demonios podían los pajeños precisar la ruta y entrar en un punto de Salto a tal velocidad?

Las naves que había dentro del Ojo no podían detenerlas. No tenían por qué hacerlo tampoco, con las tripulaciones pajeñas (y los pilotos automáticos) sumidos en el descontrol que producía el Salto, e incapaces de desacelerar. Las fugaces burbujas negras cruzaban raudas el arco iris y estallaban siempre. Cuando los pajeños utilizaban sus campos de expansión únicos, estallaban antes, al absorber más deprisa el calor de la fotosfera amarillo-fuego.

Herb Colvin dejó el último informe sobre inventos y tecnología pajeños. Había escrito él mismo gran parte de aquel informe, y en todo él se demostraba la falta de posibilidades de los pajeños: no podían derrotar a naves que no tuviesen que llevar un Impulsor Alderson, naves estacionadas que esperaban por unos pajeños que ni siquiera sospechaban los efectos que producía el Salto... casi le daba lástima de ello.

Colvin sacó una botella del armario del mamparo de su cabina y se sirvió hábilmente, pese a la aceleración de Coriolis. Llevó el vaso hasta la silla y se sentó. Sobre su escritorio había un paquete de correspondencia, la carta más reciente de su esposa, ya abierta, en que le aseguraba que todo iba bien en casa. Ahora podría leer las cartas en orden. Alzó el vaso y bebió un trago, a la salud de Grace, cuya fotografía le miraba desde el escritorio.

Ella no sabía mucho de Nueva Chicago, pero todo iba bien allí la última vez que había escrito. El servicio postal de Nueva Escocia era lento. La casa que había encontrado estaba fuera del sistema defensivo de Nueva Escocia, pero no le preocupaba porque Herb le había dicho que los pajeños no podrían pasar. Había alquilado la casa por los tres años que tendrían que estar allí.

Herb asintió al leerlo. Así ahorrarían dinero... Tres años en este bloqueo, luego de nuevo a casa, donde estaría en la flota del comodoro de Nueva Chicago. La Defiant se convertiría en nave insignia cuando la llevase de vuelta allí. Unos cuantos años en el servicio de bloqueo era un precio pequeño a pagar por las concesiones que ofrecía el Imperio.

Y todo ello gracias a los pajeños, pensó Herb. Sin ellos aún seguiríamos luchando. Aún habría mundos fuera del Imperio y siempre sería así; pero en Trans-Saco de Carbón la unificación se realizaba pacíficamente, y había más escaramuzas que lucha. Los pajeños nos ayudaron en esto, no hay duda.

Un nombre asaltó el pensamiento de Herb Colvin. Lord Roderick Blaine, presidente de la Comisión Imperial Extraordinaria... Colvin alzó los ojos al mamparo y vio la mancha familiar en uno de los puntos que había tenido que ser reparado después del combate de la Defiant con la MacArthur. La magnífica tripulación de Blaine había hecho aquello, y era un

trabajo bastante bueno. Colvin admitió a regañadientes que era un hombre de gran capacidad. Pero de todos modos, la herencia pesa mucho, demasiado, en la elección de los dirigentes. La democracia rebelde de Nueva Chicago tampoco lo habría hecho demasiado bien. Volvió a la carta de Grace.

Blaine tenía un nuevo heredero, su segundo hijo. Y Grace colaboraba en aquel Instituto que había fundado Lady Blaine. Su mujer estaba emocionada porque hablaba muy a menudo con Lady Sally e incluso la había invitado a su casa para que viese a sus hijos...

La carta seguía, y Colvin continuaba leyéndola por obligación, pero era un esfuerzo hacerlo. ¿Es que nunca se cansaría Grace de hablar de la aristocracia? Nunca estaremos de acuerdo en política, pensó, y miró cariñosamente su fotografía. Dios mío, cómo te echo de menos...

Sonaron señales por la nave y Herb metió las cartas en su escritorio. Tenía que ponerse a trabajar; al día siguiente subiría a bordo el comodoro Cargill para inspeccionar la flota. Herb se frotó las manos pensándolo. Esta vez le enseñaría a los imperiales cómo debía dirigirse una nave. El ganador de aquella inspección disfrutaría de unas vacaciones extra en tierra, y se proponía que lo consiguiera su tripulación.

De pronto, relampagueó en la escotilla de visión un pequeño punto de luz blanco amarilla. Cualquier día de éstos, pensó Herb. Algún día entraremos allí. Con todo el talento del Imperio trabajando para resolver el problema, encontraremos la forma de gobernar a los pajeños.

¿Y cómo nos llamaremos entonces?, se preguntó. ¿El Imperio del Hombre y el Pajeño? Sonrió y salió a inspeccionar su nave.

La mansión de Blaine era grande, con jardines cubiertos, provistos de grandes árboles que protegían los ojos del sol brillante. Las habitaciones eran muy cómodas, y los Mediadores habían llegado a acostumbrarse a la presencia de los infantes de marina que les custodiaban. Ivan, como siempre, les trataba como si fuesen sus propios Guerreros.

Había trabajo. Tenían conferencias diarias con los científicos del Instituto, y para los Mediadores estaban además los niños de Blaine. El mayor hablaba ya unas cuantas palabras en lenguaje pajeño y podía leer los gestos como un joven Amo.

Estaban cómodos, pero, aun así, era una jaula; y por las noches veían el brillante Ojo rojo y su pequeña Paja. El Saco de Carbón quedaba arriba, muy alto, en el cielo nocturno. Parecía un Amo encapuchado, ciego de un ojo.

- Tengo miedo -dijo Jock-. Por mi familia, mi civilización, mi especie y mi mundo.

- Eso es, piensa en grande -dijo Charlie-. ¿Por qué desperdiciar tu poderoso cerebro con las cosas pequeñas? Mira... -Su voz y su postura cambiaron; pasó a hablar de cosas serías-. Hicimos lo que pudimos. Este Instituto de Sally no servirá de nada, pero continuemos cooperando. Demostremos lo cordiales e inofensivos, lo honrados que somos. Y mientras, el bloqueo funciona y seguirá funcionando siempre. No queda un agujero para salir.

- Lo hay -dijo Jock-. Ningún humano parece considerar que los Amos podrían llegar al Imperio a través del espacio normal.

- No hay ningún agujero -repitió Charlie; movió dos brazos para subrayarlo-. No habrá ningún agujero abierto antes del próximo colapso. ¡Maldita sea! ¿Quién podría construir otra sonda de Eddie el Loco antes de que llegue el hambre? ¿Y dónde la enviarían? ¿Aquí, en medio de sús flotas? -hizo una señal despectiva-. ¿Quizás al Saco de Carbón, hacia el corazón del Imperio? ¿Has pensado en los lásers de lanzamiento...? Demasiado grandes para superar el polvo del Saco de Carbón. No. Hemos hecho todo lo posible, y los Ciclos han empezado otra vez.

- Entonces ¿qué pasará? -los brazos derechos de Jock se plegaron, el izquierdo se extendió y abrió la mano: listo para el ataque, indicando así implacabilidad retórica-. Puede haber tentativas frustradas de romper el bloqueo. Esfuerzos desperdiciados. El colapso se acelerará. Entonces llegará un largo período en el que el Imperio casi nos olvidará.

Librodot

»Se desarrollará nueva tecnología de guerra, como son siempre las tecnologías que surgen. Sabrán de la Humanidad. Quizás conserven o reinventen el Campo. Cuando alcancen la cúspide de su poder, antes del declinio, criarán Guerreros y querrán conquistarlo todo: Paja Uno, los asteroides, todo. Y luego el Imperio.

Charlie escuchaba, después de dirigir una fugaz mirada al Amo. Ivan seguía impasible, escuchando, tendido, la charla de los Mediadores como solían hacer los Amos, y era imposible saber lo que pensaba.

- Conquista -dijo Jock-. Pero cuanto más progresos hagan contra el Imperio, con más vigor les atacará éste. Son muchos. Por mucho que hablen de limitar la población, son muchos y tienen todo el espacio. Mientras no podamos escapar por completo del espacio humano y procrear, siempre serán más. Nos mantienen embotellados hasta que la presión demográfica es excesiva y entonces sobreviene el colapso. Y con el siguiente colapso... ¡Exterminio!

Charlie puso las rodillas contra el vientre, cruzó los brazos derechos sobre el pecho y colocó el brazo izquierdo protegiendo la cabeza. Un niño a punto de nacer en un mundo cruel. Su voz era apagada.

- Si tienes una idea mejor, exponía.

- No. No hay otra posibilidad.

- Ganamos tiempo. Centenares de años. Sally y su estúpido Instituto tendrán cientos de años para estudiar el problema que planteamos a los humanos. ¿Quién sabe? Quizás el caballo aprenda a cantar himnos.

- ¿Te atreverías a apostar? Charlie miró la curva de su brazo.

- ¿Apostar por esto? ¡Claro que sí!, -¡Eddie el Loco!

- Sí. Una solución Eddie el Loco. ¿Qué es si no? De un modo u otro, los Ciclos terminan ahora. Eddie el Loco ha ganado su guerra eterna contra los Ciclos.

Jock miró a Ivan, que se encogió de hombros. Charlie se había vuelto Eddie el Loco. Ya casi no importaba. Era, en realidad, una magnífica y envidiable locura, aquella ilusión, aquel espejismo que le hacía pensar que todas sus preguntas tenían respuesta, todos los problemas solución, y que no había nada fuera del alcance de un vigoroso brazo izquierdo.

Nunca lo sabrían. No vivirían tanto. Pero habían ganado tiempo; los Blaine sabían lo que debían buscar, y sus hijos crecerían sabiendo que los pajeños eran algo más que una leyenda. Dos generaciones del poder no odiarían a los pajeños.

Si había alguien capaz de enseñar a cantar himnos a un caballo, ese alguien sólo podría ser un Mediador especializado.

FIN